www.flacsoandes.edu.ec

AMAR CON DESOBEDIENCIA

Gumersindo Sánchez

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

I

Confidencias de un hogar



INCLINADA sobre su bastidor, donde en finísima tela bordaba peregrinas labores, Blanca Rosa, en la modesta habitación de una casa de La Loma, suspiraba de cuando en cuando, y dejaba aparecer en su semblante una vaga inquietud. Picaduras semejantes á las que hacía ella con la aguja, experimentaba también en el corazón, y se estremecía silenciosa y tristemente, ocultando su ansiedad.

El silencio del pesar es de suyo un verdadero martirio. Blanca Rosa retiró de súbito el bastidor, é introduciendo en la róseo almohadilla de seda la reluciente aguja, que quedó allí prendida, como en la mente una tenaz idea, dijo á Margarita, su buena madre: — Descansaré, si os gusta; porqué así, encorvada tan largas horas, parezco rama que tronchó el viento. El cuello, rendido de tanto doblarse, me duele, y hasta parece que me humilla esta actitud tan forzada y constante. Con razón he oído decir que agobia el trabajo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Así es la verdad, hija del alma, — contestó Margarita; — pero, si los quehaceres agobian, dignifican también á las jóvenes pudorosas y resignadas á la voluntad de Dios, como eres tú. Si una niña, pobre y sin amparo, no tuviera la labor en sus manos, como el mejor talismán de su decoro, presto caería víctima de la ociosidad, que es una maga terrible para distraer y perder doncellas. Es, pues, el trabajo el refugio del pudor, del fastidio de la vida, el remedio de la pobreza.

— Pero la nuestra, madre, es tan extrema ya, tan desesperante, y tan nada productiva nuestra labor, y tan ingrata, que desfallezco y me canso de la vida, como el viajero que emprendió larga jornada.

— Todas las cosas tienen su término, hija mía. Sin esta verdad, sería inútil é imposible la paciencia. Sin el aliciente de esta idea, no procuraríamos acaudalar méritos con el padecer.

— Esta idea me consuela ciertamente; pero enán duro es y difícil . . . .

— ¿ Qué cosa, hija?

— El perseverar en el bien y en el trabajo.

— ¿ Y por qué ?

— Porque para esto se necesitan santidad y gracia eficaz.

— Teóloga estás, hija mía; y este modo de pensar es extraño para una joven sencilla y modesta.

— ¿Qué debemos decir entonces, madre?

— Que para trabajar y más trabajar, una sola cosa es necesaria: resignación.

— Resignada estoy, pero á veces . . . .

— ¿ A veces qué?

— Medito de veras en mi situación, y mi pobreza se me imagina inacabable. Junto á mi bastidor, estoy como pegada á las celosías de una prisión, y me creo la esclava del trabajo.

— Grata esclavitud, Blanca Rosa, y no la del vicio,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la de la vanidad, la del lujo, que es imperiosa y perpetua.

— Pero es triste, madre, pensar que tantas jóvenes de mi edad y talvez de condición inferior á la mía (ya que no nací plebeya) estén ataviadas ricamente en los salones, y llenas de respetos y mimos, mientras yo, de perenne costurera, estoy, en mi apartamiento llena sólo de obras y cuidados y sin cortesanías ni cariños.

— ¡Tienes los de tu madre!

— Cierto que los tengo, y con ellos podría llamarme feliz, si en nuestra desgracia tuviésemos siquiera algún consuelo, alguna compensación de tantas privaciones.

— No danzar en espléndidos salones, rodeada de adoradores falsos, y oyendo galanterías como silbido fascinador de una serpiente, ¿cuentas, hija, como privaciones de placer? Yo las cuento como riesgos y locuras de la vida. Cierto que eres noble y aun hermosa; pero la nobleza está mejor en la virtud, y la hermosura es más encantadora en la sencillez del hogar que en la magnificencia de un salón.

— Todo ésto será verdad, ya que me lo decís vos, madre, cuyos ejemplos me edifican; mas no podréis negarme que, en la juventud, se ha de tener algún solaz y esparcimiento.

— Cómo negarlo, si son honestos.

— Y hasta un amor, si es honesto. ¿No es así madre?

— Lo concedo.

— Y si ese amor honesto tiene además alguna conveniencia, ¿no será todo justo, cabal?

— Miel sobre hojuelas, hija. Ya caigo en la cuenta de la habilidad y discreción con que has traído el agua á tu molino.

—¿Qué queréis decir con eso madre?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Que has traído la conversación á un punto dado, al cariño y amor que te inspira tu enamorado, el Capitán.

—Si no abro mi corazón, sincero y franco, á mi madre, ¿á quién podré confiar mis pensamientos? ¿con quién departir acerca de mis pesares?

—Dices bien, hija del alma. ¿Con quién sino conmigo, tu amor más antiguo y primero? Mi amor ha de aconsejarte respecto de otro amor. Dulcísimas son las confidencias entre hija y madre.

—Por eso yo derramo en vos, madre amorosa, todo el raudal de mi afecto. Muerto mi adorado padre, huérfana sin ventura, en vos veo padre y madre, y hermana y amiga. Esto es encantador y lo único que dulcifica mis pesares.

—Luego no eres del todo infeliz, y cuanto has dicho, hija del corazón, soy para tí, y ojalá me fuera dable ser todavía algo más.

—¿Qué más quisierais ser para mí?

—Si fuera posible, quisiera ser tu nuevo amor, tu novio, tu amante, tu enamorado, para que todo quedase conmigo misma, dentro del alma. La madre, cuando ama mucho, siempre es egoísta.

—Pero tu egoísmo, adorada madre, no irá hasta impedir mi felicidad.

—Jamás, hija. ¡No lo digas!

—¡Me amáis como ponderáis!

—Aun te amo más de lo que imaginas, Blanca Rosa.

—Pero tengo con vos una queja ó, más bien, un escrúpulo.

—¿Cuál!

—¡Cómo decirlo!

—¿No dices que eres franca? ¡Como podrás ocultarme nada!

—Es vergüenza.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

como se expresan los andaluces, sino también en la acepción de persona noble, de calidad y de alta alcurnia respecto á la clase plebeya. Niño, niña, valen tanto como las voces patrón y patrona, de parte de los criados. *El niño* equivale al amo, y *la niña*, á la patrona, ama ó señora de la casa ó la hacienda. Una persona noble, aunque sea setentona ó de edad decrépita, siempre es niño ó niña en el lenguaje de la plebe y los criados, y muchas veces un hombre adinerado y dueño de casa ó hacienda, por plebeyo y de bajo linaje que él sea, para sus domésticos y mayordomos, será caballero, amo y patrón, es decir, *el niño*. En todas estas acepciones tienen uso exclusivo los términos niño y niña, sin que semejante provincialismo de significación se pueda desarraigar jamás; porque es tan vulgar, aún entre gente culta y está tan inveterado en el lenguaje familiar, que el emplearlo así es ya una necesidad.

No y *Na* se emplean sobre todo en nuestras costas, como contracción de niño y niña ó de señor y señora, ó tienen la fuerza de don ó doña, títulos que se prodigan aquí tanto á nobles como á plebeyos, sin distinción alguna. Tan *don* es el rico y el magistrado como el carpintero ó cargador de fardos, y doña Adelaida Gomez de nobilísima estirpe es lo mismo para el vulgo que la doña Melchora, india que vende leche ó verduras. Son títulos nobiliarios según la intención y acento del que habla y da el referido tratamiento, sin que el más ilustrado ó celoso académico de la lengua alcance á corregir tan lastimosa

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

trocatinta. Pero este abuso del *don* no es propio del Ecuador sino heredado de la misma España, en donde se comenzó á prodigarlo indistintamente desde tiempos anteriores á los Reyes Católicos. En el capítulo III de su *Quijote*, Cervantes critica este abuso y se burla de él, cuando su héroe aconsejó á las dos aldeanas, que le ciñeron la espada y calzaron la espuela, que en adelante se llamasen Doña Tolosa y Doña Molinera. Entre nosotros también todas las Tolosas y Molineras son doñas, y muchas veces *doña*, sin estar acompañado de otro nombre, toma el vulgo en acepción de *india*.

En esta obra, amén de los refranes, frases y modismos peculiares del idioma español, se hallarán, como queda dicho antes, algunos propios del Ecuador y casi de uso inmemorial, como *á la luna de Paita* en vez de á la luna de Valencia; *estar algo hebreo* por estar embriagado, *cultivar la perica* (la embriaguez) por seguir bebiendo todo el santo día, y otras muchísimas frases muy propias nuestras y de uso casi cotidiano. *Saber ó entender medio medio una cosa*, por comprenderla, es una frase de atenuación y modestia, y tiene gracia la duplicación del adverbio.

En América, ya por añeja costumbre, se han deformado y casi hecho inconocibles muchos refranes y locuciones adverbiales de la lengua castellana, como la de por la peana se adora el santo, lastimosamente trocada en *por el santo se besa la peaña;* entre sastres no se *cobran* hechuras, por no se *pagan*, y otras alteraciones que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sería largo el enumerar. A tales alteraciones estamos tan habituados, por haberlas oído desde niños, que aun muchos escritores de nota las usan sin examinar la deformación hecha al capricho del vulgo. Hay que estudiar detenidamente los buenos escritores castellanos y leer las curiosas Colecciones de refranes y el Diccionario de la lengua, para no decir miel sobre *buñuelos* en vez de sobre *hojuelas; pedrada en ojo tuerto* en vez de ojo de boticario. No hay duda que en ocasiones los cambios tienen más elegancia y picaresca intención, como *hacer las tardes ó las mañanas ó matar el gusano,* por beber una copa llena; *meterse uno una buena mona*, por embriagarse con exceso, que dicen más que tomar la mañana y pillar uno una mona. *A boca de jarro*, en español, denota sólo la acción de beber sin tasa, mientras que, por acá, usamos de este modo adverbial, cuando, por falta de copa ó vaso, tomamos el licor directamente, poniendo en la nuestra la boca de la botella, empinándola, cosa de ver el cielo una buena pieza, lo cual acontece en un viaje y entre amigos de confianza, como hizo Sancho con la bota de vino que le brindó Tomé Cecial.

No anotaré todos los provincialismos; porque esta obrita mía está al alcance de todos los ecuatorianos, para quienes en especial escribo. Ellos saben la sal y pimienta que en sí tienen algunas palabras tomadas del hermoso idioma quichua, como *chuspi*, sujeto de ojillos vivaces, picarescos, chuscos, que revelan inteligencia y malicia; *homoto*, hombre de pequeña estatura y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

por lo regular de competente abdomen. Hay un refrán casi siempre exacto: al *hombre lo que le falta de cuerpo lo sobra de retovo.* Este último término se toma en la acepción de ardid, bellaquería, perspicacia, y aun se ha formado el adjetivo *retovado*, el cual, aparte de conservar las significaciones derivadas del sustantivo, que lo creo muy *ecuatoriano*, califica al sujeto de mal carácter, de áspera condición, *llevado por mal*, esto es que sólo se ablanda, cuando se le trata con dureza y rigor. *Chugo*, hablando del caballo de color pío, es de uso común de ilustrados y de ignorantes, sin que el adjetivo español en este caso haya llegado á noticia de nuestros picadores y chalanes. Debe la Academia aceptar la palabra chugo, que expresa un color *sui generis*, un objeto único, y no da lugar al equívoco, del cual abusó el mismo Lope de Vega. Si la Academia ha aceptado ya, en su Diccionario, las voces quichuas, *cancha, chagra, guagua, huaco, huaca, anaco*, (esta última en lamentable confusión con el *guango* ó peinado especial de las indias) y hasta el *¡gua!* de nuestras costas, dándoles carta de naturaleza en el hermoso idioma castellano, de esperar es que acepte algunas de las que aquí se indican. La necesidad ideológica ha contribuído mucho á enriquecer las lenguas.

III

Al terminar, expresaré con franqueza que no temo ni rehuyo la crítica, por sangrienta, ruda, grotesca y disparatada que sea, cual á veces

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Conmigo?

—Aun lo honesto tiene á veces su rubor.

—Dímelo, por fin, vida mía.

—¿Me amáis, madre?

—Te diré sí, sin cansarme ni enojarme, cuantas veces me lo preguntes.

Entonces, dulce madre mía, ¿por qué no amas también lo que yo amo? No quieres á Reinaldo.

—Sí lo quiero, hija.

—Pero no para yerno. ¿No es verdad?

—En esto hay mucho que decir, hija mía. El daulеño es gallardo como una palma de su río, franco talvez por demás, como buen costeño, y cadivoso y decente, pero . . . . .

II

La visita del enamorado

Interrumpió á la buena Margarita esa aparición súbita de Reinaldo, el apuesto joven de las riberas del Daule, cuyas visitas, como de enamorado celoso, eran siempre á diversas horas, como quien intenta sorprender al gavilán si se acerca á un nidal de palomas

Joven de insinuantes miradas, Reinaldo atraía la atención de las quiteñas de entonces, y simpatizaba con todas, y sabía inquietar el corazón de muchas. Los ojos son con frecuencia, los más grandes ladrones de las almas: se las atraen y se las roban todas con silencio mágico é irresistible poderío. En Reinaldo hablaban los ojos, negros como el ébano más negro, y sombreados de largas, volteadas, negrísimas pestañas. Sobre la frente le caían, como al desgaire, rizos también negros como el plumaje del cuervo. Todo lo negro era en él bri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llante y hermoso. ¿Sería también negro el fondo de su alma? Este relato nos lo dirá después.

En los rojos labios del joven dauleño se diría que estaba entreabriéndose una de las encendidas rosas que decoran las orillas de su río encantador, y en su rostro moreno, aunque suavemente sonrosado, se creería ver la apacibilidad del estío, cuando tardece ya y se avecinan las sombras de la noche. En su ancha frente parecía pintarse la amable ingenuidad con cierto tinte de natural, maliciosa franqueza.

Aparecía, pues, como un joven lleno de cualidades el enamorado de Blanca Rosa, cuyas facciones eran también por extremo hermosas. En su frente blanca, tersa y espaciosa, en sus ojos grandes y negros, en sus suaves y rosadas mejillas y en sus labios encendidos, había todo el encanto de una atractiva belleza. El cabello de color totalmente obscuro, largo y ondulante, cuando ella lo destrenzaba, asemejábase á un velo de finísimos estambres. Al verlos se diría que los dos amantes eran sin duda dos seres muy bellos á quienes iba á unir un dichoso destino. ¿Serían asimismo, bellas esas dos almas? Lo dirá el fin de nuestra narración.

III

Entre airado y dudoso

—Señora y Señorita,—dijo, al entrar, Reinaldo,—os saludo con todo el fervor de mi alma, ardiente como este medio día, que brilla tan hermoso ahora, como suele brillar siempre en las márgenes de mi río, en los días alegres de verano.

—Deseaba veros,—dijo Blanca Rosa,—porque me han asegurado que pensabais ya partir para vuestro hermoso Daule;—y, diciendo esto, sonrió la joven con

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cierta sonrisa algún tanto infantil y maliciosa.

—¿Quién te lo ha contado?—replicó la advertida Margarita.

Tantos,—contestó la hija,—como son los amigos de Reinaldo, sé que lo andan anunciando.

Ese pedazo de edén, donde me he criado,—exclamó Reinaldo,—me espera ya; pero, como es un verdadero paraíso del Ecuador, no iré á él sino con mi Eva, ó sea la Blanca Rosa que ha de hermosear más mis vergeles.

Ya os entiendo,—dijo Margarita,—decidor sois y amigo de galanterías; y, agradeciéndoos el piropo á mi hija, os debo asegurar, sin rodeos, que vuestro matrimonio con ella no puede realizarse tan pronto como queréis.

¿Qué razones tenéis para dilatar mi dicha?—preguntó Reinaldo.—Yo os aseguro que el verdadero y primer amor no sufre treguas. Mi abuelo solía decir con gracia, que el casamiento debía ser como puñalada de pícaro: pronto y sin la menor dilación.

Así será,—dijo Margarita;—pero lo cierto es que las madres somos egoístas y no acertamos á desprendernos de los pedazos del corazón.

—Pero, Señora, una vez bien pensada y resuelta una cosa, debe ser rápida su ejecución,—añadió Reinaldo, con visible impaciencia, mientras la sencilla novia, silenciosa y con rubor, inclinaba la frente y, como al descuido, arrancaba las flocaduras del blanco chal de que estaba ceñida.

Margarita, para cuyas miradas la actitud de la hija revelaba cuanto escondía dentro del alma,—yo, por mi parte, Reinaldo, si he de hablaros con verdad,—le dijo con viveza,—ni lo he pensado todavía con despacio, como merece asunto de tanta entidad, ni menos he tomado resolución alguna. El caso es tan grave ....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Grave ciertamente el compromiso,—observó Reinaldo.

—Grave es el estado que pretendéis tomar,—dijo Margarita.—El matrimonio es eterno en la vida, y, si acertamos con el compañero que nos conviene, somos felices las mujeres, cuanto es posible serlo sobre la tierra. De lo contrario, un mal matrimonio no se diferencia del infierno sino en la duración. Ya veis si estas reflexiones no nos harán estremecer, sobre todo á las mujeres, más temerosas del porvenir, más débiles y desdichadas que los hombres; porque, aunque seamos ó nos creamos felices, como sucedió conmigo, siempre llevamos la peor parte en las faenas cotidianas, en el dolor con que damos hijos á la patria, en la lidia casi diaria con los domésticos. La casada perfecta, que cumple admirablemente sus deberes, debe llamarse heroína.

Larga y moralmente habéis discurrido,—respondió Reinaldo, encubriendo, con forzado disimulo, la ira y el fastidio que tenía;—pero esas reflexiones sientan bien cuando el novio es de dudosa honorabilidad y honradez, cuando no aparece el corazón franco, como si se lo enseñásemos en las manos. Sabéis, por fin, que el compromiso con vuestra hija, es un hecho consumado, y, lo que dice todo de una vez, que es mío su corazón. Vano es el retardar.

Sorpresa causó á Margarita tanto el lenguaje altanero del joven como el saber que su hija estaba en realidad comprometida; pero, aparentando no creer, replicó:—¿Como puede ser que mi Blanca Rosa, que tanto me ama, haya pactado con vos su matrimonio, sin mi entera y decidida voluntad?

Veintiun años ya cumplidos,—repuso Reinaldo,—dan á vuestra hija perfecto derecho para disponer de su persona, y disfrutar de la libertad que conceden las leyes. Si á esto se añade la honradez y se con-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sideran los más que medianos bienes de quien la tomará por esposa, no hay razón para impedir nuestro enlace. Una madre no puede, no debe oponerse á la felicidad de una hija. Hay cierto sacrificio en desprenderse del bien que se ama; pero, en espera de un bienestar, el sacrificio se convierte en deber.

Muy elocuente estáis, —dijo Margarita; —pero para que no culpéis mi egoísmo, os pido me dejéis pensar sólo unos treinta días, y os daré mi última resolución.

—Eterno es el plazo para quien ama ó más bien adora á una mujer, —contestó el jóven, y, echando una mirada de predilección á Blanca Rosa, se retiró entre airado y dudoso.

IV

Noticias sobre Rogerio Miño

Siguióse el silencio, como presagiador de desventuras, y ni una sola palabra dirigió la conmovida Margarita á Blanca Rosa, que lloraba, ocultando sus lágrimas bajo su blanquísimo chal. Comenzaba en su corazón la lucha del amor con la desobediencia.

Présago del porvenir es con frecuencia el corazón de una madre. Hay no sé qué presentimiento que la mueve á llorar males que no han acaecido todavía. El corazón vaticina mejor que la mente, y el amor maternal, que todo lo teme, todo también lo medita y escudriña, con aquella penetración de espíritu, tan peculiar de la mujer inteligente y de exquisita sensibilidad, que entrevé con rapidez lo escondido y lo futuro.

Margarita, mujer honrada y talentosa, creía presentir venidero infortunio respecto á su bien amada Blanca Rosa, y una oculta, invencible y fatídica re-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pugnancia la alejaba del cariño del que ella creía su futuro yerno. A pesar de la bella índole del joven, tras la apariencia de su educación y cultura, la sagacidad de la madre descubría un corazón prematuramente corrompido y una alma enemiga de toda piedad religiosa. La coral, víbora bella y deslumbradora á la vista, es más peligrosa cuanto más fascina con sus colores al viajero que se le acerca sin precaución. El disimulo es sin duda la más oculta y venenosa de las víboras que muerden el corazón.

Además de los temores de Margarita, las últimas palabras y recomendaciones de su esposo moribundo le sonaban aún en el oído como acento de amorosa queja. Las postreras expresiones del que agoniza, tienen cierta solemne verdad y tristeza, y son como proféticas para quienes las escuchan con ansiedad y doloroso cariño.

Rogerio, último vástago de uno de los próceres y mártires del Dos de Agosto, varón magnánimo y munífico, católico sincero, y sagaz é inteligente conocedor del mundo, fue el malogrado esposo de Margarita. Muy joven había recorrido muchos países, y visto y tratado muchas gentes, y hecho considerable caudal de fortuna y de experiencia en las cosas humanas. Para el hombre activo, laborioso, honrado y, sobre todo, perseverante en el trabajo, nuestras costas son casi siempre venero inagotable de riqueza. Pródiga la mano de Dios ha derramado en esas comarcas los dones más gratos al hombre: ha puesto variedad de árboles y plantas; ha extendido inmensas y encantadoras dehesas; ha agrupado bosques de elevaciones gigantescas y, como enorme red de plata, ha esparcido innumerables ríos, arroyos y esteros por donde va la vida como alborozada y llena de grandeza. En esas regiones bulle la industria, esplende el trabajo, y como enjambre de solícitas abejas, labra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dores, comerciantes, marineros, menestrales, acuden acá y allá, á todas partes, con el contento en el corazón y el cantar en los labios. Poblados cacaotales, que ostentan flores amarillas y encarnadas, recreo de la vista, se enajan de las bayas preciosas, que ocultan, como granos de oro, los frutos que enriquecen al agricultor y dan la bebida que nutre y deleita.

En esos campos, donde ondean mansamente los arrozales, y los cafetos se visten con ropaje de sencillas flores, habita, como en su centro, la belleza, y todo levanta la mente á meditar en las obras y dádivas del Señor. Las orillas de los ríos, sombreadas de naranjos y tamarindos, dan amenidad deliciosa: las palmas se yerguen como reinas de sus heredades, y, entre rosas y flores variadas, se eleva airosa la piña. Vegetación pomposa y admirable decora esas riberas que, á trechos, parecen pedazos de paraíso, donde se regocijan los genios del amor.

En esas márgenes de verdura, tapizadas de mariposas de múltiples colores, que semejan piedras preciosas volantes, es cuán hospitalaria la sombra gigantesca del mango delicioso, bajo cuyo ramaje puede acogerse á descansar numerosa familia.

Esparcidas en la inmensa extensión de esas costas, se levantan, como castillos feudales, hermosas haciendas y bellos caseríos. Son, en verdad, los castillos de la industria y el trabajo, de los ricos que emplean sus caudales en aumentar más sus bienes, en dar sustento y ocupación á numeroso enjambre de jornaleros, en levantar el comercio y pagar pingüe tributo al erario. En aquellos pintorescos fundos atrae y admira la diversidad de labores, desde el cultivo afamoso del tabaco hasta la corta de las cañas de azúcar, que oprimidas entre las anchas mazas del trapiche, entran retorciéndose y silbando como serpientes que, en vez de veneno, vierten á raudales licor

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rubicundo y delicioso, que nos recuerda la tierra donde manaron arroyos de leche y miel.

En tan feraces costas Rogerio Miño había adquirido no despreciable fortuna, con la cual, unido ya á Margarita, pasó los primeros años de su matrimonio en sosiego y amor correspondido, puro, leal, diligente, con esa unión casi pefecta, que nos hace soñarnos felices en la tierra.

Pasaron los tiempos: la desventura, esa maga irresistible, que así visita el palacio como la cabaña, y en esto se asemeja á la muerte, sobrevino de súbito á la familia de Rogerio, cuando apenas su hija Blanca Rosa, frisaba con los cinco años de edad. Todos los sueños de ventura, para su tierna doncellita, se le cambiaron á Rogerio en pesadilla de dolor, y el porvenir que anteveía sonrosado, se enlutó con lúgubres colores.

Por aquel tiempo se inflamó la discordia civil, tan frecuente en nuestro desgraciado país, y triunfó una revolución de cuartel, que dio por resultado una inicua dictadura. Encumbrado á tan terrible poder un militar sin patriotismo ni luces, de esos cuyo pecho está vacío de generosos sentimientos, y cuya mente arde en ambición desatentada, se vió dondequiera la desolación en múltiples y horripilantes formas. En los campos de batalla triunfó la traición, y, bajo el solio presidencial, se sentó orondo el triunfador insensato. Era satélite del Dictador un antiguo militar, sagaz, previsivo é intrigante, hombre de talento, dado á los placeres y á la crápula, y envejecido en livianidades y vicios. Aficionado siempre á confiscar los bienes de sus adversarios políticos y á abrumar con penosas contribuciones á los adinerados, hubiesen ó no tomado cartas en la contienda civil, hizo lujo de despotismo y opresión, y, en nombre del gobierno de su amo y Señor, ejerció duro é insufrible

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

imperio. Entre las injusticias de aquel hombre descolló de bulto, como la más tamaña, la confiscación de los bienes de Rogerio, por suponérsele complicado en una revolución que el pueblo, oprimido y causado ya del déspota, meditó por entonces, sin haberla podido llevar á efecto.

De pronto Rogerio, reducido casi á la miseria, vio en ajenas manos el caudal que él había acumulado á fuer de perseverancia y afanes de muchos años y sacrificios. Enfermo más bien del alma que de dolencias corporales, ante la terrible amenaza del hambre para su hogar, desfaleció en pocos meses, y murió de tedio y melancolía. Antes de expirar, con mano desfalleciente bendijo á su tierna Blanca Rosa, cuyo dudoso porvenir hacía más amarga su muerte, y le dijo con entereza: "Veo que la desgracia ha de contristarte un día y que el hambre ha de poner á prueba tu virtud. Hija del corazón, en esos casos extremos, acuérdate que vale más perder la vida antes que el pudor. Para que no olvides los acentos de tu padre moribundo, lleva siempre contigo mi retrato, en cuyo reverso están escritos, en verso, mis últimos pensamientos."

Después, con el encarecimiento más grande, recomendó á Margarita que jamás consintiese en que su hija se casase con ningún hombre desconocido, sobre todo extranjero, sin tener antes cabal conocimiento de sus cualidades y procedencia, sin averiguar el origen de su familia.

Cuántas veces un moribundo inteligente, al través de sus miradas, turbias ya y errantes, alcanza á columbrar lo futuro. La recomendación de Rogerio era como un temor vago, como un presentimiento nacido de causas que no le era dable explicar.

Margarita, fiel guardadora de la última voluntad de su esposo, ya que la resolución de Blanca Rosa pa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

recía irrevocable, por haber entregado su corazón al joven militar, resolvió no acceder al matrimonio, ni menos consentir en él, si antes Reinaldo no le expresaba, con franqueza, quiénes eran sus padres, y si vivían, su condición y su permiso respecto al enlace con una joven quiteña. Pensaba, y con razón, que un matrimonio, para llamarse bueno, ha de ser con el beneplácito de los padres, que representan á sus respectivas familias. Esa unión no sólo de los corazones de los enamorados novios sino también del afecto mutuo de dos familias, que se acercan y estrechan, hace más placentera una boda, la llena de regocijos, le atrae simpatías y asegura futuro bienestar. Casamiento, que tiene plácemes y sonrisas de padres y hermanos, rara vez resulta desgraciado. Casamiento que, en vez de himno epitámico, sólo tiene lágrimas y escucha gemidos, casi nunca será feliz.

Si no siempre es dable que la perfecta igualdad de cuna y haberes se equilibren, debe procurarse la semejanza posible en virtudes y caracteres. Virtud real, á lo menos digna de tan bello nombre, no hallaba Margarita en Reinaldo. Era éste un tipo acabado de aquellos mozos apuestos, simpáticos, vivaces, atrevidos, indiscretos, derrochadores de caudal propio y ajeno, amables, á veces leales y buenos amigos, charladores, cuyas faltas todos censuran, y á quienes, sinembargo, todos tienen cierta inclinación ó deferencia. Era, pues, Reinaldo todo un *calavera de lujo*, como dio en llamársele entonces.

Los jóvenes del carácter aquí descrito, forman una clase social por extremo peligrosa, por lo mismo que granjean amistades y simpatías, y tienen cabida en los salones de tertulia y en los centros de gentes honradas. Aves de paso, que aquí y allá deslumbran con su pintado y en la apariencia brillador plumaje, desaparecen de súbito, dejando como, el milano á la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

paloma, destrozado el pudor ó arruinada una fortuna.

Por desgracia, para niñas indiscretas, frívolas, irreflexivas, el calavera es el sér de su predilección, y muchas veces, con conocimiento de causa y de los milagros que ellas saben, le acogen y sonríen con él, y, víctimas voluntarias de un engaño que ellas mismas buscan, con el especioso nombre de ilusiones, le entregan el corazón y la honra. Ah! la tímida torcaz conoce bien al gavilán, que se acerca de la selva, y huye de él, y se esconde, mientras la imprudente doncella, que advierte con claridad las mañas y vivezas del calavera, se deja arrebatar de su simpático enemigo.

Todas estas reflexiones se acumulaban en la mente de Margarita, y su corazón de madre fluctuaba en mar de acerbas inquietudes. La secreta antipatía á Reinaldo le era invencible.

V

Desazones de madre y tristezas de enamorada

Además de su penosa pobreza, la madre infeliz padecía grandemente al contemplar la suerte de Blanca Rosa, y su maternal ternura no le sufría verla silenciosa, triste y marchita como azucena doblada sobre el tallo. Bien penetraba que el amor primero, que tanto como tiene de loco, tiene también de inocente é ingenuo, era la enfermedad de su hija, y, no pudiendo apartarla del objeto de sus ansias, ni alejarse de ella á algún remoto campo, donde distraerla con variedad de cosas nuevas y desconocidos placeres, porque su casi indigencia era obstáculo para todo, la madre, á escondidas, lloraba por la hija, y ésta, á las claras, lamentaba su suerte.

Pasaron dos meses, y la joven melancólica no veía

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

asomar por sus umbrales al deseado de su corazón, y toda ella, desconcertada y llena de tedio á la vida, no se daba punto de reposo. No sólo los días, aun las horas son cuán largas para los que de veras aman. El amor primero es, en la mujer, más tenaz y ardiente; porque es también más sincero, y puro y desinteresado que el del hombre. Ama la joven, al comienzo de su ilusión, con la sencillez de la tórtola en la espesura, con el afán de la cervatilla que corre tras las aguas cristalinas donde apagar su sed, con el anhelo del ruiseñor, que canta enamorado, con la tristeza de la soña, que busca al compañero al declinar de la tarde.

¿A qué médico es dable curar esa llaga oculta en el corazón, esa enfermedad, cuyos síntomas se revelan apenas por miradas tristes y lánguidas, labios medio mudos, rostro sin carmín, frente sin expresión?

El calavera se había arrebatado la voluntad de la joven, y Margarita estaba en la ineludible necesidad de buscar para su hija el remedio más eficaz, y su solicitud maternal iba á agotar todo el raudal de sus afectos.

Luz de mis ojos, —le dijo, después de muchos días de forzado y angustioso silencio, —sueños aterradores, imágenes de desolación y muerte, vagos presentimientos de un no sé qué, que adivina y teme mi amor, me han martirizado hace muchas noches, y el tiempo del descanso á mis trabajos, quehaceres y congojas se ha convertido para mí en horas de tormento. Siquiera en la tumba hay un lúgubre reposo: mi lecho es más temible que un sepulcro. Todo mi sér, mi corazón, mi propia vida, mi alma daría yo en cambio de tu felicidad, y los sacrificios más grandes serían para mí juegos de niños, con tal de verte contenta á mi lado. Quisiera, como el fénix, morir en la hoguera de mi cariño maternal, y volver á vivir por tí, ó para pa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

decer por tí, aunque este nacer y renacer fuesen inacabables para mí. ¿Qué no haría en cambio de llamarte venturosa? Mi imaginación de madre, que idolatra, no alcanza todavía á ponderarte cuánto despreciara todos los males imaginables y cómo agotara toda amargura, si, en compensación, me dijeras que eres feliz á mi lado. Si me fuera posible verme, yo esclava, y tú, reina, no vacilaría en la elección. Alta, muy alta quiero mirarte, como desde la tierra se divisa el sol. Y, para no pecar de tanto egoísmo, llena de todas las dichas quisiera contemplarte, si no á mi lado, junto al de un monarca, pero dondequiera contenta y, sobre todo, pura con la esplendidez y belleza en que te soñaba tu padre. Si eres vida de mi vida, voz de mi voz, aliento de mi aliento, si eres mi mismo corazón, ¿cómo no he de anhelar todo para tí, aunque mis palabras revelen locura ó insensatez? Cierto! estoy loca ó insensata de amor.

Sorprendida y bañada en lágrimas le escuchaba la simpática Blanca Rosa, y deseaba contestarle; pero, temiendo nueva borrasca, como en la confidencia de días anteriores, no se atrevía á dirigirle palabra.

¿Por qué callas, bien mío,?—le replicó Margarita—¿Talvez el sí dado á Reinaldo, sin haber obtenido mi consentimiento, es lo que ahora te entristece y acobarda? Cuando él me aseguró que era ya dueño de tu corazón, no quise replicarle, por no avergonzarte en su presencia. No sabía, además, si me era posible desmentirle. Ahora, pues, si estamos solas, dime la verdad y no quieras ocultármela; porque harías conmigo acción de pesar y sentimiento.

Vuestra angustia,—digo Blanca Rosa,—es para mí pereme motivo de doloroso meditar, y la idea de no poderos calmar vuestra inquietud, me es matadora.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Y, por qué?—respondió Margarita, con cierta actitud de impaciencia y amor. Porque es verdad,—concluyó Blanca Rosa,—que amo de veras á Reinaldo y le he dado ese sí, venturoso ó fatal, que ya no puedo revocarlo.

—¡Es posible, cielos!—dijo entre gemidos Margarita.

—¿Qué hacer, madre del alma?—exclamó Blanca Rosa?—Sería indiscreción, ligereza talvez, talvez atolondramiento ó, lo que es más cierto, amor, ó como queráis llamarlo, la verdad es que estoy comprometida con Reinaldo. Madre, perdóname: ya es tarde todo é inútil toda reflexión. Le amo, y él será mi esposo. No me neguéis vuestra bendición, ni queráis hacerme desdichada.

—¿Conque, es irrevocable tu resolución?,—clamó lastimosamente la madre.

—¡Irrevocable!—repitió entre resuelta y triste la hija; y ambas se abrazaron con frenesí y mezclaron sus lágrimas. Sus corazones palpitaban con violencia y oscilaban como el reloj que da la hora precisa de un ineludible acontecimiento.

Después de largo silencio,—dijo Margarita:—ofréceme siquiera que no te casarás hasta que yo sepa quiénes son los padres de este joven, y si le dan su beneplácito. Espera un poco y no te empeñes en amar con desobediencia.

—Haced como os plazca,—contestó Blanca Rosa en actitud de vacilación.

—¿Me lo ofreces?—repitió con viveza Margarita.

—Obrad como os convenga,—respondió Blanca Rosa.

—¿Me das tu palabra?—dijo la madre.

—Averiguad lo que decís,—concluyó la hija, y ambas quedaron en silencio y dolor.

Margarita, que leía cuanto pasaba en el corazón de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca Rosa, y veía que ya no era posible arrancarle una verdadera promesa, se revistió de cierta desacostumbrada dignidad, que le realzaba el semblante, y con acento dulcísimo, pero de amor ofendido, entre gemidos y queja, plegaria y profecía, dijo por última vez á su hija:—Blanca Rosa, mi tesón y mi bien, causa de mi amor y de mis lágrimas, consuelo ahora mío, pena acaso después, guárdete el cielo de desventuras que me horripilan. Temo y (ojalá fuera dable alejar semejante pensamiento) casi te anuncio que, si te dejas seducir de tu amante, antes de saber quién es él en realidad, llegará día, en que, con arrepentimiento, te veas obligada, por secreto impulso, á inevitable expiación. Será verdad ó visión, no lo sé; pero, en mis sueños de tristeza, me ha parecido, muchas veces, ver allá, en la lejanía, un cementerio cubierto de llorosos abedules, y luego una tumba muy apartada de las demás, y, junto á esa tumba, una joven alta, hermosa y de faz marchita, cubierta con ondulante y negra cabellera, la cual joven regaba con su llanto una rosa blanca que estaba prendida en la hendidura de una losa sepulcral. Dos jóvenes más, con respetuoso silencio, la aguardaban y contemplaban á cierta distancia. Yo no sé qué significará esto, mas la joven es medio parecida á tí, y por eso me estremezco con la visión. Hija, en cualquiera trance de tu vida, te ruego que leas los postreros versos que tu padre dejó escritos al reverso de su retrato:

Hija, te advierte mi amor,
Que, en caso extremo de pena,
Pierdas mil veces, serena,
La vida antes que el pudor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

VI

Un nuevo personaje.

Pronunciadas estas palabras, enmudeció la lastimada Margarita al mismo tiempo que asomaba de visita, un hombre de mediana estatura y gordirlón, cuya edad frisaba con los cincuenta y nueve años. De sus cabellos entrecanos, pocos y lacios, le caía sobre la frente un mechón, como medio ocultando las miradas siniestras de unos ojos verdinegros, diminutos y chuscos, avezados á atisbarlo y descubrirlo todo. Su nariz chata estaba siempre en ademán de olfatear algo en derredor, y de sus labios, con frecuencia entreabiertos, le salía una voz medio femenil, que hacía á veces su plática desagradable y lenta. En su abotagado rostro se veían ya surcos rosáceos, señal inequívoca de la afición continuada á las libaciones de Baco. Barba corta, aborrascada, más bien le erizaba que no cubría el rostro, y ruines bigotes, ásperos y amarillentos, le daban un aspecto de marcada antipatía. Tenía encasquetado el sombrero de copa alta, ya, por uso inmemorial, verdinegro como los ojos del dueño, y se aforraba en capa de paño azul con largas vueltas de uno que se maliciaba haber sido terciopelo carmesí, y lucía en el cuello ancha piel de nutria, bastante arada y aceitosa. Anchos pantalones de casimir de Chillo y de color plomizo, y levita negra, ya anciana, en divorcio con un chaleco de mahón, ceñían al sujeto, que andaba con paso apresurado, á pesar de sus holgadísimos zapatos de hebilla, que á veces querían escapársele de los pies, como denunciando que la horma era de otro vecino.

El nuevo personaje era un pariente político de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Margarita, y ésta y su hija y muchos del barrio le daban sólo el nombre de tío Pelmas. En sus mocedades había sido muy rico y amigo de placeres y holguras, y aunque era hombre de pocos alcances, tenía muchos ribetes de bellaco, y, en ocasiones, era agudo y decidor, singularmente cuando ponía asechanzas á alguna víctima, para entregársela luego á alguno de los amigos nobles, que le echaban el vicio de la beodez.

Hay hombres que parecen nacidos sólo para el mal, seres miserables que, menguados de toda virtud ó inteligencia, sólo tienen aptitudes y talento para la perversidad. Estos casi siempre padecen laceria y, con el pretexto de buscar alivio á su infortunio, entran á todas partes, indagando y descubriendo, al disimulo, cuanto les importa saber para el desempeño de su oficio infame. Ah! yo tengo para mí que el rufián y el traidor son los seres más viles, despreciables ó inmundos que sustenta en su seno la tierra. El pobre, cuando es perverso, puede causar gravísimos daños en un hogar honrado y virtuoso, donde se le acepta y recibe con cristiana compasión. Quien recoge y da calor á la víbora aterida de frío, se expone á ser mordido de ella, cuando menos lo piensa.

El tío Pelmas, noble caído en grande pobreza, tenía entrada franca al modesto hogar de Margarita. Muchas veces era partícipe del sustento de la virtuosa pareja, y, dándose de afectuoso y tierno, prodigaba á la joven paternales consejos. Con esto logró granjear el cariño de la hija, y hacer que la madre le tuviese en reputación de hombre sencillo y sin doblez, de un tío Pelmas muy bueno. Difícil es que la hipocresía no deslumbre á los principios y no sorprenda aun al ingenio más avisado y sagaz. Las mujeres llenas de práctica virtud, las viudas honorables, rara vez se persuaden de que haya per-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

versos que se deleiten en amargarles más su desdichada suerte. Corazones rectos y sensibles no creen sino encontrar otros corazones gemelos de los suyos, para amarse, unirse y vivir.

Siempre era el tío Pelmas bien recibido de las dos, y en la situación en que venía, les pareció más grata y á propósito la visita, cuando llenas de amargura la madre y de ilusiones la hija, deseaban momentos de respiro y tener con quien departir sus pesares, dudas y esperanzas. Contadas nuestras penas, parecen disminuírse, y, si nos escucha persona, á quien profesamos cariño y en quien depositamos los secretos del alma, no sólo sentimos disminuídas sino calmadas nuestras zozobras.

—A buena hora viene nuestro tío Pelmas,—dijo Margarita, contestándole el saludo.

Así es la verdad,—respondió el tío;—porque debía venir á participar de vuestros regocijos y de los afanes de la futura.....

Acabe, tío Pelmas,—dijo Margarita:—¿de qué futura nos habla?

¡Boda!—contestó el hombre, abriendo desmesuradamente la boca.— Aunque yo sé, por experiencia, que los pobres, con nuestra cara de hereje, somos el mayor estorbo, cuando se trata de cosas grandes y reservadas, me vengo acá.

Para Ud. nada tenemos reservado,—dijo Blanca Rosa;—pero el suceso, que Ud. espera, está todavía tardío, en cierne.

Entonces es cierto,—contestó el tío Pelmas.—Ya me lo sabía, eh!

—¿Como lo sabe?—preguntó Margarita.

Es el rumor que corre en el vecindario—afirmó el tío Pelmas,—y así me lo han asegurado algunas amiguitas de Blanca Rosa.

Díceres y nada más,—dijo Margarita—. Apenas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ven entrar un joven en una casa, ya le apellidan novio, y así nadie es libre para tener amigos.

Así es es la verdad—dijo el tío Pelmas;—pero, sea envidia ó caridad, las Gavilanes hablan del asunto como de cosa hecha, y ahí se andan no sé qué vocecillas, que me mortifican un tanto.

—¿Qué dicen?—preguntó Blanca Rosa con sorpresa.

Que es mucha dicha,—contestó el bellaco,—para una joven huérfana y pobrete, casarse con un buen mozo y ricote, dueño de quinientos mil árboles de cacao y de un mar de cafetales y un océano de dehesas.

—Cómo se anticipan las malas lenguas,—observó Margarita.

—Así es la verdad—dijo el tío Pelmas.

—No hay mayor enemiga de una mujer que otra mujer, cuando se trata de casamiento,—dijo Margarita.

Así es la verdad,—repitió el tío Pelmas:—el que es enemigo de la novia no habla bien de la boda. Todas quisieran casarse.

Yo no tengo sino salutación con las Gavilanes,—dijo Blanca Rosa.

—Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas.

Sin tener amistad estrecha, verdadera intimidad, no es fácil saber ni asegurar una cosa,—dijo la joven.

—Así es la verdad,—repitió el tío Pelmas;—¡Envidiosas!

—¿Al fin el rumor es ya muy público?—preguntó Margarita.

Así es la verdad,—respondió el tío Pelmas—Pero conmigo no hay reservas, y os pregunto con interés, como de padre, si es verdad que se realizará el matrimonio.

Blanca Rosa echó una mirada á su madre, y ésta, inclinando la cabeza,—contestó: Nada puedo asegurar

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

todavía, tío Pelmas; porque, si es cierto que mi desgraciada hija tiene dada su palabra, no lo es que yo consienta aún en semejante cosa, aunque hubiese esponsales.

Blanca Rosa echó á llorar, mirando al tío Pelmas como en actitud de súplica y ruego.

Así es la verdad, — dijo el tío Pelmas; — pero, si el partido es bueno, Margarita, en conciencia no puedes oponerte á la felicidad de tu hija.

Ay! tío Pelmas, — dijo la madre, — cuando se habla de un matrimonio, mucho suena la palabra *felicidad*, que, después de poco tiempo, se llama *desdicha*, sobre todo cuando no se cuenta con la voluntad de los padres, y triunfa el amar con desobediencia.

Así es la verdad, — afirmó el tío Pelmas; — pero si Blanca Rosa pide á su madre consentimiento, ¿no séra buen agüero, y no dejarás ya tu escrúpulo de desdichas?

Ha hablado Ud. maravillosamente, — dijo Blanca Rosa; — porque, si eso sólo falta, yo ruego y suplico, delante de Ud. á mi buena madre, que acceda á mi deseo, á mi resolución, para ser y poder llamarme dichosa.

Así es la verdad, — volvió á recalcar el tío Pelmas. — Me alegro de intervenir en estas confidencias íntimas de familia, y deseo la felicidad de este pedazo de mi alma; porque la quiero de veras, como si fuese mi hija propia.

— ¡Gracias!, — dijeron al mismo tiempo, la madre y la hija; pero cada una presa de diversos y encontrados sentimientos. Margarita anhelaba deshacer la boda, y Blanca Rosa no pensaba sino en el momento que debía traerle lo que ella, en sus sueños dorados, llamaba su porvenir y su dicha.

Conque, — dijo el tío Pelmas, — no hay que echar la felicidad en saco roto. Conviene que voluntad

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de madre é hija sea una misma, y entonces la unión futura será más venturosa.

—¿Y conocéis al novio, tío Pelmas?—preguntó Margarita.

Vaya! si le conozco,—dijo el tío Pelmas,—si es el joven del día, el joven de moda en Quito, el Capitán alabado por generosote y espléndido. Entre los costeños, por lo general dadivosos y caballeros, ese Reinaldo es la flor y nata.

Pero me parece algún tanto calavera,—dijo Margarita,—y demasiado pródigo. Así la mejor fortuna se arruina.

Pero si es como dices, para mi tengo,— replicó el tío,— que es de esos calaveras de buen tono, y éstos, cuando alguna vez llegan á ser maridos, son excelentes, sobre todo si se casan con mujeres encantadoras y discretas como Blaca Rosa.

Muy contingente es lo que pensais,—dijo Margarita,—y mi temor es que siga por el camino trillado por todos, hasta parar en la desgracia. No nos forjemos ilusiones.

Mucho teme mi madre,—repuso Blanca Rosa,—cuando de un joven inteligente se debe esperar todo bien.

Pero eso es lo general, lo que suele acontecer con los calaveras,—dijo Margarita.

Reinaldo será una excepción,—replicó Blanca Rosa.— No os parece así, tío Pelmas!

Así es la verdad,—respondió éste.— Los escrúpulos son malos hasta en la confesión. Vamos á ver si os convenís las dos.

—Yo estoy decidida,—exclamó Blanca Rosa.

Yo no todavía,— dijo Margarita.— Veo tu voluntad inquebrantable como una roca; pero no me resuelvo á secundar tu resolución y la pasión loca que le tienes, á lo menos hasta no averiguar quiénes son los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

padres de este joven y la honorabilidad de su familia.

—Así es la verdad—, dijo el tío Pelmas, y sólo esta vez no fueron sus palabras del agrado de Blanca Rosa, que le guiñó el ojo para reconvenirle.

Reinaldo debe, si es caballero decirme con franqueza de qué familia es,—prosiguió Margarita—si de veras quiere ser marido de mi hija.

¿Como apellida,— preguntó el tío Pelmas,— pues yo no sé sino su nombre; porque, en toda la ciudad, no suena sino Reinaldo y Reinaldo, como el tipo de la generosidad y la elegancia.

Reinaldo del Valle es elj oven,—dijo Margarita,— Capitán formado en el antiguo extinguido Colegio militar, costeño rico, y de jefe en comisión ahora en Quito, aunque con el raro prodigio de no ganar sueldo alguno. Esto es cuanto yo sé; y, con tan pocos datos, no me resuelvo á sacrificar á mi hija. Primero daré al tormento mi corazón.

Así es la verdad,—exclamó el tío Pelmas;—pero todo tiene remedio en la vida. Yo, mejor que nadie, me encargo de averiguar todos los particulares que deseáis saber, y os los comunicaré detalladamente, con grande esmero. Mi acucia lo descubrirá todo.

De vos, tío Pelmas, espero este gran servicio,—dijo Margarita;—porque tenéis un fondo inmenso de bondad y os interesáis por mi Blanca Rosa, como me lo habéis dicho repetidas veces. Ayudadme á descubrir la verdad y contribuíd á alejar la desgracia de este pobre hogar ya bastante infortunado.

Así es la verdad,—concluyó el tío Pelmas.—El asunto más es mío que vuestro: con esto lo he dicho todo.

—Lo creo,—respondió la madre, derramando algunas lágrimas. El tío Pelmas se despidió en seguida, y, al salir hizo á Blanca Rosa una guiñada, en la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cual ésta comprendió que todo para ella estaba conseguido.

VII

Los dos pajes y asistentes de Reinaldo.

REINALDO, después de la última entrevista con Margarita, tenía la cabeza ardiente y llena de encontrados pensamientos. Ora, ofendido su amor propio y herida su vanidad, meditaba vengarse de la viuda, arrebatándole su propio corazón, ora, con momentánea piedad, y enamorado de veras, no queria contristar á Blanca Rosa, causando á su madre tamaño dolor. Era soberbio á la par que amante: su orgullo le impulsaba á la seducción y al rapto, y su amor le inspiraba compasiva ternura. Hasta entonces nadie se habia resistido al persuasivo acento ni á la fascinación del calavera; pero también, hasta aquel tiempo, ninguna mujer le habín movido á amar con verdadero amor y ahinco, á sentir en el corazón y la mente algo antes desconocido ó ignorado para él, cierta vaguedad tranquila y apacible, como una tarde de primavera, un no sé qué grato y misterioso, cierto anhelar bastante puro y límpido, no só qué ventura lejana que, como una estrella, entreveía sonreírle en el oriente. Reinaldo sentía, al fin, la suave llama del amor casto sin el fuego de la material concupiscencia; pero, cuando tornaba á pensar que Margarita le había casi humillado, al no darle en el acto su consentimiento, el áspid de la soberbia volvía á hincarle el diente en el corazón, y el joven empeñaba, otra vez, la lucha interior de sus pasiones, y, habituado al orgullo y al placer antes que al amor puro y desinteresado, se resolvía á dar cima al primer proyecto y pasar de novio á su conocido papel de seductor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En Margarita miraba una como furiosa arpía que le alejaba de la presa. En Blanca Rosa contemplaba una inocente y mansa paloma, inexperta y débil. Entre la soberbia y el amor fluctuaba la mente del joven otra vez, y otra vez se decidía á vengarse de la madre con el sacrificio de la hija: siempre es injusta la pasión.

Reinaldo era uno de aquellos jóvenes que cifran su gloria y timbre en pasar, entre los libertinos del gran mundo, por Tenorios de primer orden. Por eso, inflamada su fantasía con la lectura del drama de Zorrilla, y, sabiéndose de coro el "Estudiante de Salamanca", y, empapado en la lectura de esas novelas que dejan vaciedad en la mente y veneno en el corazón, se daba á buscar aventuras y pendencias, y gustaba de enredarse en lances comprometidos y peligrosos, derramando el dinero á trueque de salirse con sus intentos.

Los Tenorios de imitación son gentes que aman por pasatiempo, como de oficio, por jactarse de numerosas conquistas, como un general de sus victorias, por el placer de obrar el mal, por costumbre ya y hasta por punto de honra, para alcanzar entre los del gremio la palma de hábiles é invencibles seductores. El Tenorio de este jaez todo lo sacrifica á su capricho, y, para satisfacer su vanidad necia, no se fija jamás en los medios, y entra en todos los caminos por espinosos que sean. Tiene sólo el tino y posee sólo, á la perfección, el talento de seducir. Medita y calcula sus planes de batalla contra el pudor, con habilidad superior á la del guerrero, que delinea el campo del combate. Ser calavera y Tenorio es una misma cosa: son dos condiciones que se compenetran y producen un ente en el colmo absoluto del mal. El Tenorio tiene como estrujado el corazón; porque juega con él como con las cartas de un naipe

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en juego ruinoso. El Tenorio ha echado la llave á su conciencia, para que no entren en ella los temores del crimen. El Tenorio, como aquellos personajes de los cuentos populares, parece haber hecho pacto con Asmodeo, el demonio del lascivo amor.

Reinaldo era un completo Tenorio. Su jocosidad frecuentemente repetida, entre los amigos de confianza, era siempre *cazar* y nunca *casarse*. Sin mbargo, cómo se ha dicho antes, las gracias y virtudes de Blanca Rosa le avasallaron y casi rindieron, y aun pensó en casarse con ella, pero escondiéndole el origen de su familia. Cosa dura para él confesar que era fruto de ilegítimo amor y que su padre pereció en un naufragio.

Las contradicciones á su intento le desviaban ya de la inspiración momentánea del amor puro, y despertaban en su mente las ideas de Tenorio, su carácter predilecto.

Encerrado en su silencioso gabinete, apoyado el codo sobre la mesa de escribir y la mano sobre la frente, contraído el ceño, arremangada la nariz, estaba meditabundo, de mal humor, en largo aburrimiento, y experimentaba su alma el hastío de la vida.

Esto pasaba casi al mismo tiempo que el tío Pelmas ruaba, meditando en el modo de amistarse con Reinaldo y sacar de él la mejor tajada posible. Un mundo de ideas y planes bullía en la cabeza del tío Pelmas, tan falto de talento para lo bueno, y tan sobrado de inteligencia para lo malo.

Después de permanecer Reinaldo algunos momentos en la actitud en que le estábamos viendo, acordándose que Blanca Rosa le había ofrecido hablar alguna vez á solas con él, para el arreglo difinitivo de sus aspiraciones, ¡Eugenio!—llamó con visible impaciencia—¿donde estás, que no asomas al primer grito?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Aquí estoy sin moverme, mi Capitán,—contestó Eugenio, negro joven y esbelto, con modales de caballero y cierta nativa afabilidad, cualidades raras en los de su raza.

—¿Pues, cómo no oyes?

—Acabo de oírle y acabo de contestarle en el acto, mi Capitán.

—Vente acá más cerca.

—Muy bien, mi Capitán.

—¿Sabes que estoy triste y de muy mal humor?

—Lo siento, mi Capitán.

—¿Y resuelto á entregar la alma al diablo, si lo hay?

—Debe de haberlo, mi Capitán; porque, si no, ¿quien podría inspirar tal despecho y tan pésima resolución á un joven tan alegre y bondadoso, como es mi Capitán?

Reinaldo se sonrió al oír sus alabanzas, y añadió: ¿Sabes? Tú sólo pudieras hacerme un gran servicio, y no otro cualquiera.

—Servir es mi obligación, mi Capitán.

—Bien lo haces en todo; pero ahora quiero que, como buen muchacho, desempeñes una comisión nueva, á guisa de paje y asistente leal y vivo.

El negro, que tenía largas narices y bien conocidas las proezas del Capitán, contestó en el acto:—En cuanto se relacione con el cumplimiento de mis deberes de criado, estoy listo á servir á mi Capitán, que sé no me mandará jamás cosa indigna de hombre de honor.

Mortificó mucho á Reinaldo el lenguaje caballeroso del negro, cuya honradez y buen juicio tenía ya muy experimentados.—De tu probada lealtad quería fiarme en esta ocasión,—le dijo con mal disimulada impaciencia.

—En lo justo no sólo leal seré, mi Capitán, sino que por Ud. sacrificaré gustoso la misma vida, como en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tiendo que mi padre lo hizo con el padre de mi Capitán.

—¡Gracias! Vaya una curiosidad: ¿conoces tu esa calle larga, eterna, que llaman La Loma, y que remata en una plazoleta?

—Sí, mi Capitán.

—¿No has visto en una de esas calles una casita de color de rosa?

—Sí, mi Capitán.

—¿Y en esa casita una joven alta, de ojos y cabellos negros como los míos, rostro sonrosado, labios rojos, nariz muy bonita?

—No, mi Capitán.

¿Cómo ¡hombre! si es la reina de las buenas mozas del barrio y conocida de todos? ¿No la has mirado ni visto nunca?

—No, mi Capitán.

—¿Al pasar por la calle, no has visto en la ventana baja, tras una leve y blanca cortina, á una Señora como de cuarenta años, todavía de buena cara, y que está siempre con la aguja en la mano, mujer alta como su hija, de cabellos color de canela, frente ancha, ojos garzos, grandes, nariz algún tanto aguileña, rostro pálido y boca pequeña, medio antipática mujer y de semblante austero, viuda diz que de uno que había sido rico y lo dejaron en la última pobreza cuando la dictadura del general Urvisín?

—No, mi Capitán.

—¿Nada sabes de ella?

—Nada, mi Capitán.

¡Caray! tú no sabes ni tu propio nombre.

Eugenio me llamo, mi Capitán.

—¡Qué lerdo eres, hombre!

—¿Aquí hay úno de espuela, mi Capitán.

—¿Quién?

—Uno muy listo.

—¿Cuál hombre?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Su segundo paje, Lorenzo Muro, atezado como yo.

—¡Ah! pues llámalo.

Desapareció Eugenio, el buen negro, y Reinaldo exclamó á solas:—Creí que este Eugenio, vivo y racional, como nadie, me serviría para mis planes, y me veo chasqueado. El negro Muro es más á propósito para mi genio, aunque bastante tararira. En fin, lo ensayaré bien y, sobre todo, la propina ....

Pronto apareció en el cuarto del Capitán impaciente otro negro de mediana talla, de más edad que Eugenio, con trazas de pillo y haragán, inquieto y atolondrado.

—A la llamaa de mi Capitán, aleta!—dijo el negro Muro.

Oye, pizmiento, sírveme de algo alguna vez.

—¡Gua! mi Capitán, á su ódene.

—¿Harás por mi cuanto te exija?

—¡Gua! mi Capitán, hata dale el alma al memo diablo.

—Vamos al grano: ¿conoces tú la Loma Grande?

—¡Gua! mi Capitán, cómo no, la conoco. (1.)

—¿Calle que remata en forma de cuchurón?

¡Gua! mi Capitán, la Mama Cuchua, la mema.

—Esto es: es un caballero de aquí, un Señor Asesúbi quien le ha puesto con propiedad y gracia el nombre.

—Así ha de sé, mi Capitán.

—¿Has visto en esa larga calle una casa baja, pintada de color rosa?

—¡Gua! cómo no, mi Capitán, ¿la casa á onde que va Su Mecé casi too lo día?

—Ya lo sabes todo, bellaco. ¿Y conoces á la joven que vive ahí?

(1.) *Como no*, frase provincial que afirma con fuerza y equivale á muy bien, perfectamente. Es de uso grande y frecuente.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—La Ña Blanquita, cómo no.

—¿Y cómo diablos sabes y conoces las cosas?

—¡Gua! mi Capitán, como buen paje, poque yo tamién soy el memo diablo, y buco en esa calle mi cara mitá, y frecuento el barrio, lo veo á Su Mecé entra á la casa onde que etá la niña enamoriscaa de Su Mecé.

—Pues bien: ¿podrás llevar un recado allá?

—Cómo no, mi Capitán, ¡gua! y mejó cata tamién, si quiee Su Mecé.

—No carta; porque eres muy atolondrado y la perderías en la calle, de seguro. ¿Podrás decirle lo que te voy á enseñar?

—¡Gua! mi Capitán, cómo no.

—Pues te estás atisbando todo y, cuando veas que está la niña sola, solita .....

—Sin la mae.

—Entras y .....

—Y me entro, como quien pregunta si vive allí una aplanchadoa.

—Como quieras, hombre. En cuatro palabras, le dices que como convinimos antes, me cite una hora; porque quiero tener una entrevista con ella, para arreglar definitivamente el cumplimiento del pacto que tenemos hecho. Mi amor, mi delicia. No le digas más, y vuélvete con la contestación. A ver ¡vivo! ¡vivo! ¿cómo has de decir?

—¡Gua! mi Capitán, he de decí: aquí vengo, que llueve. Dice mi amo que me evito la hora pa etá lita con ella y pa arreglá difuntamente el complemento del pato, y que ó mi amó y que no le dirá na.

—¡Mostrenco! tienes la memoria más desgraciada del mundo, y te vuelves un tonto de novedad.

—¡Gua! mi Capitán, no impota: yo le he decí noma cuanto pueda, paque la muchacha lo quiera mucho á Su Mecé.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Te has vuelto un animal, Muro. ¿Dime has pasado muchas veces por junto á esa casa?

—¡Gua! mi Capitán, too lo día.

—¿No has observado si entra á esa casa otra persona amiga de Blanquita?

—¡Gua! cómo no. Ayé no ma le vi salí de alí al tío Pelma.

—¿Quién es el tío Pelma?

—Un medio viejo encapao. Mucha vece lo he vito en la ventana con la niña.

—¿Y sabes dónde vive ese tío?

—No, mi Capitán; pero anda de ceca en meca, y lo encuentro onde que lo buque. Lo llaman la presencia de Dio, poque etá en toa pate.

—Pues vete, y tráeme al tío, ya que tú te has vuelto un zote.

—¡Gua! mi Capitán. ¡Me lo traigo al tío!

VIII

El tío Pelmas va á ofrecer sus servicios.

Así maquinaba el libertino el logro de su venganza y la perdición de una joven bella y virtuosa, pero alucinada y sin ventura. No eran necesarios grandes planes, como se agitaban en la cabeza de Reinaldo, para engañar á una doncella inocente. La red se extiende para la bestia feroz y no para tímida cervatilla, y la liga está bien para el gavilán que no para la paloma. El capricho del calavera, que constituyó su gloria en lances de amor y tiene como timbre saber con perfección el arte de engañar, no para mientes en los males que causa sino en la satisfacción del vicio y la vanidad. Si el hombre salaz tuviera piedad de sus víctimas, el sacrificio de las inclinaciones

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

más poderosas del corazón no sería, cómo es, tan raro y admirable.

La noticia que el negro Muro dió á Reinaldo acerca del tío Pelmas, fue verdadera sugestión diabólica: también las pasiones malas, á su modo, tienen su inspiración.

En el atrio del hermoso templo de San Francisco solía pasearse, hácia la tarde, el tío Pelmas, con cara de compungido, cuando talvez echaba el cartabón para sacar el vientre de mal año ó siquiera *hacer las tardes*.

Lorenzo Muro, que conocía los lugares frecuentados por el tío Pelmas, lo buscó por más de una hora, hasta que, al fin, divisándole en el átrio, se le hizo encontradizo.

—Señó, buena tade.

—¡Hola! negrito¿ cómo estás!

—Bie. ¿Uté é el tío Pelma?

—¡Hombre! yo no soy tío de nadie.

—Pedone; así he oído que lo llaman. ¿Entonce uté no tiene sobrino?

—Ni de lejos.

—¿Y la Ña Blanquita de la Loma? ¿No é Uté el tío, no entra Uté allá?

—¡Ah!, negrito: esa es otra cosa. Esa sí es mi sobrina. ¡Vamos! ¿qué me quieres? ¿Conque, la conoces? ¿Cómo?

—Poque mi patrón visita la casa con frecuencia.

El tío aguzó las orejas, como el lobo que olfatea la presa, y preguntó entonces con mas interés:—¿quién es, negrito, tu patrón?

—Pue mi patrón é pue ese que etá de moda en Quito, elegante, guapo, gastaó.

—¿Don Reinaldo?

—El memo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Joven simpático, una alhaja. Yo siempre he deseado tratarle.

—¿Quiee Uté sé amigo de él?

—Sí, cómo no, negrito.

—Pue ande conmigo, tío Pelma.

—No soy tu tío, negrito.

—Déjese de cuento. Vamo.

—Vámonos, negrito.

Y el tío, como hipnotizado del negro, echó á andar tras él, barruntando ya gollería, y regocijándose de haber topado con el paje del mismo joven con quien deseaba amistarse, y que no en otra cosa pensaba durante su paseo. Feliz casualidad,—dijo para sí,—el encontrar lo que soñaba: voy á una mina de donde puedo *extraer* mucho metal ¡caramba!

IX

La pronta intimidad de los vicios.

Un vicio busca á otro vicio: la embriaguez lisonjea á la salacidad, la usura al juego, la adulación á la soberbia. El tío Pelmas, devoto de Baco, va á buscar al adorador de Venus, y, de esa amalgama horrible, repugnante, resultará, como de fuente impura, el turbio raudal de las desgracias de una virgen inexperta, raudal que ella misma, en día no lejano, acrecerá con sus lágrimas, cuando el fruto de su amor sea la desobediencia.

Cerca de la colina, donde se eleva el templo de San Juan, en vez del que los shiris edificaron para rendir culto á la luna, al comienzo del suave declivio de una calle, estaba como escondida la habitación de Reinaldo. Era una casa, por fuera, de pobre apariencia, y dentro ostentaba bastante lujo y comodidad, con jar-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dín lleno de aromas y con jaulas de mirlos, jilgueros y canarios, que deleitaban el oído, ya con unísona armonía, cantando todos, ya, como arpegios de un instrumento, trinando alternativa y cadenciosamente cada uno.

El gabinete, donde antes vimos á Reinaldo, substraído á la vista de todos, estaba oculto y bien amueblado, y por las celosías, que daban al jardín, entraban serpeando menudas rosas y siempre floridas madreselvas. Esa morada debiera ser el repuesto recinto de la meditación y del estudio; pero, por desgracia, era el albergue de las disipaciones y la disolución.

A ella llegaron pronto el tío Pelmas y Lorenzo Muro.

Al primer vistazo que Reinaldo dio á Pelmas, descubrió al sujeto que le convenía, aunque su figura le pareció antipática y de poco grata expresión.

—Saludo á Ud, Señor Capitán,—dijo el tío Pelmas.—Su paje me dice que Ud. desea hablar conmigo, y vengo á ofrecerme á Ud., por quien, antes de ahora, he tenido mucha simpatía y anticipado cariño.

—Gracias,—contestó á secas el militar.—¿Es Ud. el tío Pelmas?

—Sí, Señor; pero sólo soy tío de Margarita Salazar y de su hija Blanca Rosa Miño, las amigas de Ud.

—Está bien. Retírate, Lorenzo.

A solas con el tío Pelmas, convencido de que con tal sujeto no debía desperdiciar elocuencia, ni había necesidad de ambages ni ardides, ya que ni siquiera el tal tío tenía apariencia de honorabilidad y honradez sino más bien catadura de noble ruin y degenerado, le dijo, con desenfado y orgulloso continente:—Amigo, dígame Ud. con franqueza: ¿es Ud. tío de Blanca Rosa? Tartamudeando el tío le contestó:—aunque algo lejano, lo soy, Señor Capitán.

—¿Tiene cabida en la casa?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Mucha.

—¿Y confianza?

—Huy! si soy con ellas lo que en Quito llamamos *confianzudo* (1).

—¿Y está Ud. en los secretos de la casa?

—Como si fuera padre de la niña.

—¡Hombre! no tiene Ud. apariencias para tanto.

—Así es la verdad.

—Bien. ¿Querría Ud. ser mi amigo de entera, de absoluta confianza?

—¡Qué honra, mi Capitán!

—¿Depositario de mis secretos?

—¡Qué gloria para un hombre leal!

—¿Favorecedor de mis planes?

—Con todo anhelo.

—¿Medianero de mis amores?

—Como si fuesen míos.

Echóse larga carcajada el Tenorio militar, mientras el tío Pelmas, con ojos tiernos y apasionados, daba miradas á una botella de aguardiente de uva, que tras de un florero, dejaba ver un cuello como de garza. Notólo Reinaldo y dijo al tío Pelmas: ya somos amigos de confianza. ¿Le gusta á Ud. la copa?

—Así es la verdad. Me place matar, de cuando en cuando, el gusano.

—¿Qué quiere decir eso, hombre?

—Que me gusta la copita para ahogar las penas de la vida.

—Comprendo.

Llenó medio vaso del apetecido licor, y se lo alargó al tío Pelmas, que lo apuró en un abrir y cerrar de ojos, sin siquiera tomarle el gusto al aguardiente.

—Bien lo hace Ud., tío Pelmas. Si así se desem-

(1) Persona que, sin que le demuestren confianza, se la toma muy grande y como de intimidad.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

peña en su comisión,—dijo Reinaldo,—se pasará conmigo la *vita bona*.

—Pierda cuidado Ud. Por Ud. haré hablar otra vez á la burra de Balaán.

—¿Le tiene á Ud. cariño Blanquita?

—Como hija.

—¡Hombre! me parece eso un absurdo; pero, en fin, ¿pudiera Ud. hablarla de mi parte, pedirle una cita, persuadirla á que se entregue á mí como en brazos de un caballero, y otras cosas que son de estilo en semejantes lances?

—Todo lo puedo, Capitán; porque, en materia de amores, hablo yo á las muchachas con más unción que el Padre Aguirre en el púlpito y con más facilidad y facundia que el jesuita Proaño. No es esto encarecer mi diligencia, cuando se trata de complacer á un amigo íntimo como es Ud. conmigo.

Sonrióse Reinaldo y se puso de buen humor, y advirtiendo que su amigo *íntimo* remiraba la botella, volvió á echar en el vaso cuatro dedos ralos del licor, que el tío agotó en un santiamén.

—Veo que le gusta mucho á Ud. el aguardiente,—observó Reinaldo.

—Así es la verdad. Algo.

—Pero, ¡hombre! no beberá Ud. tanto, cuando deba cumplir su compromiso; porque entonces me lo echa á perder todo. Margarita es bastante advertida. Eh!

—No se preocupe, mi Capitán. En lo que me conviene sé más que Merlín. Jamás me embriago con exceso, aunque beba bastantito; porque soy más curado que un cántaro de barro de los Incas.

—Pues bien, Ud. no sólo se ha de empeñar en persuadir y mover á Blanca Rosa, para que acepte la cita, porque élla ya me ama con extremo, sino que ha de ganar á doña Margarita, con quien estoy al-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gún tanto enojado. No he ido á su casa algunos días.

—Lo sé.

—¿Cómo, hombre?

—Porque soy el consultor nato de Margarita, y....

—Y ¿qué más? No me oculte nada, tío Pelmas, y perdone que lo trate así; porque, siendo yo amante de Blanca Rosa, ya lo considero á Ud. como tío propio.

—Así es la verdad.

—Hable, pues.

—Margarita me exigió reserva estricta de un secreto que me confió y de una comisión que me dio.

—Déjese de reservas, tío del alma. Tome la tercera copa.—Y se la escanció de buen grado, y con el mismo gusto y precipitación la vació el tío Pelmas.

—Ea! tío de mi corazón, ¿cuál fue el secreto?

—¡Vaya! contigo no tendré ninguno, Reinaldo. No me delates á Margarita, para congraciarte con ella, y te lo revelo.

—Dígalo, tío,—dijo el Capitán, algún tanto mortificado del tuteo.

—Pues el secreto es que, si Blanca Rosa insiste en quererte, tendrá que acceder al matrimonio, después de cumplida mi comisión.

—¿Y la comisión?

—Que averigüe, con esmero é interés como de padre, quiénes son los tuyos, tu origen, tu linaje, tu genealogía entera, en una palabra.

—¿Con qué objeto esas simplezas?

—Porque sin conocimiento de estas cosas, no dejará que su hija se case jamás.

¡Qué ocurrencia de Señora!

—Ha sido encargo de su difunto marido.

—¿Fué tan tonto?

—No; lo conocí. Era hombre inteligente y de mundo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Pero á qué semejante recomendación?

—No lo adivino.

¿Qué le diría á su esposa?

—Que, sin averiguar bien los precedentes del novio, y, sobre todo, quiénes sean sus padres, no casase á su hija con joven forastero.

—¡Qué cosa tan especial! ¿No cala Ud. por qué sería?

—Creo que había dicho el muerto, que no le era dable expresar las razones del encargo.

—¿Qué muerto habló, tío Pelmas!

—Ninguno, sobrino, sino el padre de tu novia, cuando iba á morir.

—Aclárelo así, tío; porque ya creía yo que narraba otra cosa extraordinaria.

—Nada más dijo don Rogerio.

—¿Así se llamaba mi suegro ó el padre de mi que!... ¿cómo la llamaré!

— Rogerio fue ¿y no lo sabías, Reinaldo!

—No he tenido, hasta hoy, la curiosidad de averiguarlo. Sabía sólo que se apellidó Miño, y nada más. Yo no indago los antecedentes de familia, sino si la joven es buena moza, y si me agrada y si me quiere. Lo demás poco me importa.

—Así es la verdad.

— Conque, tío Pelmas, por ahora sólo le encargo le diga á la Señora, que Ud. va descubriendo que yo soy de familia de alto valer y, sobre todo, rica. Dígale que pronto le avisará los nombres de mis padres; porque espera carta de un antiguo amigo y condiscípulo suyo de Guayaquil, á quien le ha escrito confidencialmente para que descubra todo.

— Sobrino, ni yo discurriría con tanta gracia y acierto. Pero á mí sí me contarás, en confianza, quiénes son tus padres y la alcurnia de tu familia,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que será de lo ancho de la seda (1), sin duda. Dímelo.

—Otro día, en otra visita. Por hoy, no.

—Dímelo, ¡hombre!

—Paciencia, tío Pelmas. Conténtese ahora con ahogar la curiosidad, tomándose el último vaso.

—Muy bien, sobrino. Le haremos la última caricia á la botella.

Y bebió, y, dándole al sobrino un adiós ya muy aguardentoso, salió á la calle, cuando las sombras de la noche se avecinaban á la tierra.

X

Algunos datos acerca de la familia del Capitán

En extremo pesaroso quedó Reinaldo con la nueva de las pretensiones de Margarita. Tenía evidencia sólo de ser hijo natural y fruto de un amor desgraciado. Sabía que su padre, cuyo nombre ignoraba en lo absoluto, fué caballero, de buen linaje, honrado y de buenas partes; pero contristábase su orgullo conociendo que Clara del Valle, su difunta madre, perteneció á familia algo obscura en su estirpe, aunque poseedora de cuantiosos bienes. Existía solamente su abuela materna, conocida con el nombre de la Ña Pola, y ésta habitaba con dos nietas suyas, Violante y María del Campo, primas hermanas de Reinaldo y, como él, huérfanas de padre y madre. Ña Pola, ya viejecita, contaba que el padre de su nieto, gallardo joven, había muerto, una noche, náufrago en una de las bocas de Jambelí. De todos modos, Reinaldo se consideraba hijo sin padre y con sólo el ape-

(1) De nobilísima prosapia. Frase de mucho uso en el Ecuador.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llido de su madre; pero, en cambio, libre, con fortuna y con audacia para arrostrar las aventuras de la vida. Singular era la manía de Ña Pola, la cual, de suyo irascible y despótica con todos, era sólo franca, graciosa y hasta medio bonachona con su nieto; pero aun con él salía de sus quicios, cuando éste la importunaba, preguntándole el nombre y apellido del que fué su padre, Ña Pola, reservándose para sí el misterio, le repitió mil veces que su padre fue un pródigo y seductor, que dejó burlada á Clara. Preceptuó á su nieto que jamás averiguase el nombre de tal papá (que sólo fué mozo elegante y no otra cosa), sino quería caer en su indignación y perder los mimos, condescendencias, regalos y tolerancia de la abuela, de quien llegó á ser el ídolo sin rival. En realidad de verdad, se deduce de aquí, ó que el padre de Reinaldo fué un hombre perverso, ó que Ña Pola encubría un corazón nada recto. Lo sabremos después.

Con tales advertencias y mandatos Reinaldo no se cuidó ya de zafar de curiosidades. Se contentaba con poseer y guardar el retrato, pero oculto, del que creía ser su padre, y le llamaba, entre familia, el papá incógnito, sin pensar más en su ascendencia paterna.

Pero, después de la entrevista con el tío Pelmas, quedóse pensativo é ideando cómo engañar á Margarita, y pasar ante ella como hijo de legítimo matrimonio y de cuna ilustre, dándose parientes nobles y ricos y abolengos españoles de casa solariega. Quizo burlarse y, para esto, le pareció cosa acertada inventar una familia á su modo, ensayar bien al tío Pelmas, á que se aprendiese á maravilla la lección, y deslumbrar así á la viuda. Mentir y más mentir, ya que de la mentira algo queda, tuvo por máxima corriente, y discurrió que si mentía mucho, á gra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nel, también quedaría mucho en su favor. Por último, como conocía que Margarita era juiciosa y reflexiva, si todo corría turbio, se resolvió al rapto de Blanca Rosa. Si esta joven era digna de ser su esposa y tal pensó hacerla, en pasajera resolución, ya ahora no la codiciaba sino como amante y para querida solamente. La llevaría á Daule, haría creer á Ña Pola y á sus primas que iba casado, y poseería á una amable muchacha y se vengaría, al propio tiempo, de la terquedad de Margarita. En todo evento, el tío Pelmas era el sujeto más á propósito, y era preciso tolerarle el tuteo, y darle dinero, y cebarle el vicio del beber, hasta salir airoso con su pasión apoyada. Meditando en las ficciones, ardides y fantasías de sus amores, quedóse el joven dormido. Era el sueño del crimen.

XI

El que tiene el hilo y quiere dar con el ovillo

Entretanto el tío Pelmas, al siguiente día, estaba muy despierto ya para el logro de sus infamias. Pasadas tres horas de paseo por las calles, no faltando en ninguna, para acreditar la verdad, con que algunos le llamaban la presencia de Dios, enjuagándose la boca con elixir, para que no se le percibiesen los hálitos de la bebida del día anterior, pero todavía calamocano, se dirigió á la casa de la infeliz viuda.

Como ésta presentía más cercana ya la desventura de su hija amada, había como duplicado su amor, su ternura y sus caricias. Sin contrariar á Blanca Rosa, ni abrumarla á reflesiones ni contristarla con ruegos y lágrimas, con tino y silencio, pru-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dente y discreta, como debe ser el verdadero amor, la distraía ora con amenas lecturas, como los inocentes y castos amores de Pablo y Virginia y de la inmortal Cumandá, ora con anécdotas graciosas, interesantes y llenas de la enseñanza y moral más pura. Ya cantaba al són de la vihuela, que la solía tañer con perfección, los sentidos romances de Vázquez y Moreno, ya sonreía dulcemente, como si la desgracia estuviese muy lejos de su hogar.

Blanca Rosa, admirando, también en silencio, la innata bondad de su madre, procuraba complacerla, disimulando, por su parte, la tristeza de su alma que no tenía un instante de reposo. Anhelaba ver pronto al tío Pelmas, que era ya para sus ojos simpático, muy bueno, muy amable, menos feo, más joven y hasta verdadero tío de ella. Siempre cobramos cariño, aunque sea superficial, á la persona que lisonjea nuestras pasiones.

Buen mediodía tengan Uds.,—dijo el tío Pelmas, al entrar en el aposento de Margarita.—Os veo un tanto alegres, y será sin duda por las nuevas que os traigo ahora. Dios se lo dó también á Ud. buen mediodía,—contestó Margarita.

Siéntese, tío,—le dijo cariñosamente Blanca Rosa, y el tío, arrellanándose en un sillón de cuero pintado de figuras grotescas, de esos que estuvieron de usanza y lujo durante los tiempos de la Colonia, ¡albricias! —clamó,—que ya tengo el hilo y espero dar con el ovillo. Reinaldo es de alta alcurnia, de una gran familia, y rica, que vale más que todo.

Lo último no es lo principal,—dijo Margarita.—En el matrimonio es muy del caso que haya bienes de fortuna; porque la extrema pobreza es ciertamente desesperante y forma familias desgraciadas. La igualdad en alcurnia, linaje ó valía social, es también

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

muy conveniente y contribuye mucho al bienestar y mútua unión de los casados, y tal igualdad debe procurarse en cuanto sea posible. Todo ésto está bien; pero queda como cualidad accidental respecto á la inteligencia y la virtud. Casi todos atienden poco ó nada á la última, y, por eso, hay tantos matrimonios desgraciados. Hoy la riqueza se atrae las miradas y cautiva los corazones, y ella sólo deslumbra al mundo. Se hacen bodas de negocio y conveniencias, que se desvanecen y truecan en tormento al asomo de la primera contrariedad. No, tío Pelmas, para el corto número de las personas sensatas la primera nobleza es virtud, la segunda talento, la tercera valor, la cuarta cuna y la quinta, riqueza. Cuando estas cinco noblezas se unen en un solo individuo, éste puede llamarse feliz, si los hay en la tierra. Pero, como esta unión de todos los bienes es rarísima en un matrimonio, debemos desear y procurar, sobre todas, la nobleza de la virtud, que no perece jamás. Singularmente la esposa debe atesorar más virtudes, talvez, que el mismo esposo; porque, en los primeros años de la vida de los hijos, la madre es la única maestra de ellos y el ángel tutelar que ha de guíarlos al bien; es el dechado permanente, que está á los ojos de la familia, para su imitación y ejemplo. Conque ya ve Ud. que el dinero solo no forma la felicidad de un hogar, si no hay en él la virtud. Por eso, si mi hija (¡Dios no lo quiera!) ha de ser desdichada, que sea, por lo mismo, virtuosa, y se cumpla con élla el pensamiento que su padre escribió al reverso de su retrato. No recuerdo la estrofita, pero la substancia es: *Hija, en un caso extremo perder la vida antes que el pudor.*

—Es mi modo de pensar, y así es la verdad, así es la verdad,—repitió el tío Pelmas, sonriendo para ocultar el enfado que le causaba el largo discurrir y filosofar de Margarita, y ese moralizar tan opuesto á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

los fines siniestros que él se proponía en servicio de Reinaldo y provecho propio.

Así tan generales y vagas, no me satisfacen sus noticias,—dijo Margarita.—Es preciso que lo averigüe todo, circunstanciadamente.

Así es la verdad,—contestó el tío Pelmas.—Apenas principia mi tarea de averiguar, inquirir, indagar, preguntar, barruntar, conjeturar, maliciar, calcular y hasta adivinar las cosas, para que no quede la menor duda respecto al candidato á la mano de mi Blanquita. Para esto tengo un medio espléndido: hace años que vive en Guayaquil un antiguo amigo y condiscípulo mío, persona seria y de muy delicada conciencia, á quien voy á encargar, como un asunto sagrado, el descubrir cuanto se relacione con la familia de Reinaldo. Ya digo que, en general, sé de buena tinta que es de nobilísimo linaje y de virtuosa estirpe, y que su padre fué un señor del Valle.

Eso parece natural,—dijo Margarita,—ya que el hijo lleva ese mismo apellido. Muy elocuente ha estado Ud., tío Pelmas. Siga solícito en mi encargo.

No sabía la pobre Margarita que el hombre, más que elocuente, estaba mentiroso y esmerado en la perdición de la bella y engañada Blanca Rosa.

Iba á despedirse el tío Pelmas, cuando entró de súbito una nueva visita. Era un joven, de gallarda presencia y cultísimos modales. En su semblante estaba pintado natural y encantadora modestia.

Venga Ud., señor don Leonardo,—dijo Margarita, después de recibido el saludo del joven.—Ya esperaba verlo por acá, según las indicaciones que me hizo su virtuosa hermana Petronila.

Mucho tiempo hace que he deseado visitar á Ud., —dijo Leonardo,—y conocer de cerca y tratar á la señorita Blanca Rosa, digna hija de Ud.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Gracias,—dijo ésta con leve inclinación de la frente, donde se transparentaba el disgusto.

—Siéntese Ud.—dijo cariñosamente Margarita. —El joven se sentó, mostrando ingenuidad en sus palabras y nativo donaire en sus actitudes.

El tío Pelmas, á quien Leonardo saludó cortés pero ligeramente, se daba en su interior á todos los diablos; porque columbraba en aquel joven un impensado obstáculo para sus planes ó acaso un rival de su ya sobrino Reinaldo. Curioso y atisbador, como todos los de su oficio, el tío Pelmas volvió á tomar asiento, y se dejó estar durante la visita de Leonardo, cuya conversación fué amena, variada ó instructiva, en lenguaje correcto, natural, fácil, sencillo, señal inequívoca de buen talento y esmerada educación y provechoso estudio. Si Blanca Rosa, que era muy inteligente y sensible, no hubiera estado tan deslumbrada con los amores de Reinaldo, sin esa fascinación, sin esa locura, habría sin duda reparado en las prendas del joven estudiante y, cautivándose de su ingenio, lo habría amado. Por desgracia, las jóvenes que aman á los calaveras, casi siempre se vuelven frívolas y desjuiciadas.

Cuando se despidió Leonardo, bien quisiera el tío Pelmas averiguar quién era el joven y á qué venía; pero, como para su oficio tenía previsión y especial talento, comprendió que no le convenía manifestarse curioso, y, desmitiendo, con las palabras, lo que sentía en el fondo del alma, se contentó con decir: —¡qué joven tan simpático!—y salió desalado para ir á la casa de Reinaldo á enterarle de lo que pasaba. Los días que siguieron, el tío Pelmas, de una casa á otra, estuvo siempre en el mismo constante ajetreo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XII

El estudiante Leonardo González

Cuando una persona nos es en realidad simpática, no sosegamos hasta no saber quién es y de qué familia. La grata inclinación de afecto, que llamamos simpatía, y cuyo movimiento interior experimentamos, sin poder explicarlo, ese consorcio misterioso y oculto de las almas, que se atraen, nos obligan casi siempre al aprecio anticipado y nos empeñan en interesarnos por la suerte de los que amamos, aún antes de tratar con ellos. Preciso es conocer á Leonardo.

Era de una distinguida familia de Riobamba, joven estudiante de Jurisprudencia, de medianos haberes, de tez muy sonrosada y cabellos rubios, ojos vivaces y frente espaciosa, de mediana estatura, inteligente, franco, discreto y, para los turbulentos veinticinco años de edad, hasta virtuoso y de mucho juicio. Hermano de Petronila, la amiga predilecta de Margarita, había, hasta entonces, frecuentado el paseo de la dilatada calle, solo y silencioso, dando, al pasar junto á la ventana de Blanca Rosa, vagas y melancólicas miradas á la joven, que prendada del calavera rico, jamás puso los ojos sino brevemente en el amable transeunte, al retornarle el saludo.

Reinaldo tenía con las muchachas la irresistible atracción del calavera, que deslumbra y fascina de pronto. Leonardo, modesto y reposado, se granjeaba simpatías con la amenidad de su trato y dulces prendas. El primero se dejaba amar al vuelo, y el segundo poco á poco pero con firmeza. Era Reinaldo lumbre de relámpago, y Leonardo apacible luz de aurora en la primavera. Las jóvenes irreflexivas y candorosas prefieren al calavera, y las juiciosas se

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

deleitan con la amistad del discreto. El calavera es más vivaz que inteligente, y el juicioso menos pronto, pero más sólido en sus dotes intelectuales.

Blanca Rosa amaba, como sabemos, á Reinaldo, y Margarita anhelaba porque Leonardo fuese su yerno, y, por eso, le había facilitado la entrada á su casa, á insinuación y gusto de Petronila, pues ambas eran buenas y tenían las mismas inclinaciones y deseos. Leonardo, con tan felices antecedentes, dio en visitar con frecuencia á Margarita, y pronto supo ganar su entera confianza.

Es indudable que la libertad de elegir esposa y proponer matrimonio es como privativa del varón; pero es cierto también y laudable que la mujer pueda granjearse la voluntad de un joven y cautivarle el corazón con el atractivo de sus virtudes y cualidades. Si una joven conserva intacta su dignidad, si el decoro no sufre mengua, ¿por qué se le ha de negar la aspiración á agradar y conseguir un esposo? Cuando preside el tino, y obra la prudencia, y se velan aun las honradas intenciones con un hermoso manto de modestia y discreción, justo es que, á su modo, también la mujer conquiste el cariño del hombre y procure un honesto enlace.

Con razón Margarita se había atraído la estimación de Leonardo, y deseaba que su hija se dejase amar, para fomentar un casto, legítimo y desinteresado amor. De aquí provino la actitud alegre y benévola con que el joven fue recibido en su primera visita, aunque, como madre prudente, creyó oportuno ocultar á Blanca Rosa las intenciones con que Leonardo frecuentaría su casa. Temía la madre que el amor de su hija á Reinaldo, fuese obstáculo para la sincera voluntad de Leonardo, y que, al fin, triunfase la desobediencia.

Por eso, después de la primera visita de Leonardo,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se contentó sólo con alabar las buenas prendas del joven, y, como distraída, mudó de conversación, y, tarareando un canto, siguió inclinada sobre su costura, único solaz y divertimiento de una mujer hacendosa, resignada y fuerte.

XIII

El tío cree llevar una mala noticia

Receando llegó el tío Pelmas á la habitación de su sobrino Reinaldo. Temía que se le pudriesen en el seno las noticias, y no paró hasta desembaularlas todas.

—¡Buenas tardes!—dijo y se acomodó de pronto en una silla, respirando como quien ha caminado á pie una jornada de viaje.

Conque, tío Pelmas, como le va?—contestó Reinaldo.—¿Ha visto á mi Blanquita? ¿Ha repetido la primera lección que le enseñé? Cuéntemelo, y aprenda la segunda lección respecto á mis antecedentes de familia, que tanto preocupan á doña Margarita.

Pues, sobrino,—dijo el tío Pelmas,—no sólo he visto á Blanca Rosa y repetídole á la madre tu lección á maravilla, sino que he meditado, adivinado y palpado la situacion tuya. Estás perdido, si yo no te aliento, secundo y auxilio en tus amores.

—¿Y por qué, tío Pelmas?

—Porque ha asomado un nublo en el horizonte de tu amor.

—Háblelo todo, tío Pelmas.

—¿Te desalientas?

—Dígalo; que á mí no me amilanan todos los demonios juntos. Tengo audacia y suerte para todo, y ese nublado lo haré desaparecer al instante. ¿Qué hay?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pondré fuerzas primero, para contártelo. Las penas con pan y vino son buenas, Reinaldo.

—Pues échese á pechos el resto del uva que Ud. dejó aquí, y vamos al caso.

—Bueno ha estado, el confortante (bebió dos veces), y, con él, aun yo perdí ya el miedo y el escrúpulo de que te birlen la novia.

—¿A mí?

—A tí y á cualquiera se le quita la novia, cuando ayuda la madre.

—Explíquese, tío Pelmas. Ya no debo permitir que otra vez acaricie á la botella; porque se pone *josco* (*), charlatán, insubstancial, y divaga mucho.

—Bromas, sobrino. No me andaré ya lejos del camino. Sabrás que hay otro candidato á la mano de Blanquita. Hoy visitó la casa, por vez primera, según barrunto, y la Margarita le hizo muy buena cara.

—¿Y Blanca Rosa qué cara le puso?

—Bastante desdeñosa, y no dijo palabra, talvez por respeto mío ó por amor tuyo, que todo puede ser.

—¿Y es joven el advenedizo?

—Joven y de buenas barbas.

—¿Cómo se llama?

—Oí que Margarita le decía Leonardo.

—¿De dónde es él?

—No lo sé todavía. Si fuera de Quito, lo habría conocido como á mi sombrero; porque, de las cosas de mi tierra, sé hasta donde duermen las chicharras.

—Mucho sabe, tío Pelmas; pero procure saber más, sobre todo una cosa, y tome adelantados estos pocos sueres, que sí llegarán á veinte. ¿Está bien?

—Está admirablemente, sobrinito.

(*) Medio achispado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pues indague, ante todo, de qué provincia es el tal Leonardito y qué partido político sigue. Pregunte si es enemigo de nuestro Gobierno. Hágalo todo con viveza.

—Como acostumbro.

—Mañana se va Ud. á la casa de Blanca Rosa, y le pide la cita para su sobrino, ya que, según entiendo, no lo ha hecho ahora. ¿Oye?

—No pude hacerlo; porque la Margarita no se separa un instante de su hija; es un pulpo adherido á su presa. Pero pierde cuidado, sobrino, que yo haré más de lo que me pides. Me revientan los planes en el cerebro. Con el tiempo verás que tengo más conchas que un galápago en esto de amoríos.

—Bueno. Procure también que otra vez se toque de mi linaje y familia, y diga lo siguiente ó, más bien, apúntelo en este papel, para que no omita ni una sola coma, y sea la historia fiel de mi estirpe. Sabrá, tío Pelmas, que mi padre fue del Valle, Coronel, Seminario y Caamaño, hijo de un caballerote español, pariente cercano del Marqués de Miraflores. Mi madre fue, asimismo, nobilísima, y se llamó Doña Francisca Ante, Pareja, y Mogrobego, parienta de Santo Toribio, natural ella de Lima y emparentada también con el Príncipe de Esquilache. Mis padres murieron ya; pero vive mi abuela, una matrona, mujer riquísima, y se llama Mercedes Policarpa. Es mi abuela materna, y fué hija de un señor Pedro Aguirre, Pérez, Machuca y Guzmán. No tengo hermanos sino sólo dos primas, Violante y María del Campo. La primera es rica, bastante buena moza, y desea casarse conmigo; pero yo, enemigo del matrimonio entre parientes, porque ni hay verdadera ilusión ni amor nuevo, y porque muchas veces los hijos nacen ó lisiados ó idiotas, no he pensado jamás en ella. La segunda es linda mujer; pero muy dada

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á misas y devociones y todas esas cosas que nos chocan tanto á los liberales. Así, pues, no hago caso de mis primas, sobre todo ahora que soy futuro esposo ó más bien amante de Blanca Rosa.

—Amante eres y luego serás esposo,—dijo el tío Pelmas con maliciosa sonrisa, de esas que parece quieren indagar y descubrir lo que pasa en ese abismo llamado corazón humano.

Todo puede ser,—respondió el franquísimo Tenorio.—Dígame, tío, sin rodeos y sin salirme con que, *aquí te puse y no parece* (1), como acostumbran los serranos sin franqueza; dígame: ¿si me resuelvo á casarme con Blanca Rosa ó si sólo quiero cazarla, en todo evento y lance, me apoyará Ud?

—Sí, sobrino, sí.

—Pues *enganche estos cinco* (2).

Y se dieron y estrecharon las manos, y encargándole la pronta entrevista con Blanca Rosa, despidió Reinaldo al tío Pelmas, y quedóse riendo de la nobleza que acababa de inventar, para burlarse de la viuda, creyendo que ella fijaba en tal quijotería sus anhelos.

Pasada ya la fugaz ilusión de matrimonio, estaba decidido al rapto, si veía que el desconocido Leonardo se interponía en el camino de sus amores. Además le era muy fácil deshacerse del rival con un medio expedito y entonces frecuente, como veremos luego. De todas maneras, aunque su amor á Blanca Rosa tuvo, al principio, mucho de bueno, puro ó ideal, Reinaldo presto le hizo degenerar en deseo sensual, y vio ya en la joven una nueva querida, no una esposa. Desplegaría, eso sí, lujo de imaginación y decepciones, para tenerla siempre seducida, y la trata-

(1) Adagio popular: sin hipocresía ni excusas.

(2) Estreche mi mano como prenda de su promesa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ría con suma delicadeza hasta alejarla de Quito. Después, se ocultaría el joven culto, atento, el novio, y aparecería el amante inquieto, exigente, el Tenorio.

Esta era la comedia que Reinaldo trazaba en su fantasía.

XIV

No surte el plan de genealogía

El tío Pelmas, temiendo olvidarse de la larga genealogía de su sobrino, tuvo el cuidado de aprendérsela de coro, y los apellidos, un tanto difíciles para él, los escribió en los puños de la camisa, para leerlos furtivamente: así es ingeniosa y advertida la maldad.

Era ya de noche, cuando llegó á la casa de Margarita y halló en el umbral á Manuela, fiel criada de las dos desgraciadas señoras, víctimas designadas por la salacidad de un libertino y la refinada malicia de un correvidile, como el tío Pelmas.

Ah! pobres madres de familia, cuántas veces, inadvertidas, dejáis penetrar en vuestros hogares á la maldad disfrazada con antifaz de virtud. Esos hombres de voz femenil, zalameros, amigos de la lisonja, envidiosos é impacientes con la pobreza, que no pueden soportar, casi siempre son malvados y, no contentos con la propia, buscan la ajena perdición. Asimismo, esas mujeres que, bajo modesto y raído manto, ocultan el rostro, y, bajo la hipocresía, la seducción, son también, con frecuencia, aves de mal agüero, que fúnebres, como el buho, van á anunciaros la pérdida de vuestras hijas y á arrancaros esos pedazos del corazón, sin que vosotras lo entendáis. Se insinúan blandamente en el ánimo de las jóvenes,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

conquistan su cariño, sondean sus inclinaciones, lisonjean sus gustos, se enseñorean de su voluntad, ganan su entera confianza, acechan la oportuna ocasión, las fascinan, las hechizan, las avasallan, las esclavizan con irresistible poderío, vierten en su pecho un filtro mágico que las embriaga y enloquece, y tiranas ya, no solo dueñas, de su albedrío, las entregan á los ajenos antojos, y, ovejas atadas con lazos de rosa, la sacrifican en los inmundos misterios de la diosa de los vedados placeres. La vigilancia del ánsar, la vista del águila, el cuidado del castor, han de tener las perfectas madres de familia, si quieren conservar intacta la virginal pureza de sus hijas.

Manuela,—dijo el tío Pelmas—¿están aquí tus patronas?

—Ahí las tiene Ud.,—contestó Manuela con marcado mal humor, impropio de su genial bondad y de la humilde condición de criada de familia pobre; pero ella, con ojo sagaz, descubría en aquel hombre, un pájaro de mal agüero, un milano viejo, que espía la ocasión de asirse de la presa, cayendo de improviso.

Pues entro,—dijo el tío Pelmas,—á darles importantes noticias.

Entre Ud.,—dijo entre dientes la criada,—corneja de siniestro porvenir, avechucho de mala muerte.

¡Santas noches!—fue la salutación, al penetrar en la estancia.—¿Cómo están?

—Tristes, tío Pelmas,—contestó Blanca Rosa.

—¿Y por qué?—dijo el tío.

Porque las dos, que tanto nos amamos,—contestó Margarita,—y somos como un solo corazón y una misma alma en todos los actos de la vida, sólo en un punto estamos discordes. Un poeta diría que somos como una bien templada arpa de oro, que pulsó siempre la mano del amor, y que, á la postre, viene á desafinar en una cuerda, en una sola nota, que tur-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ba la armonía deleitable que antes reinaba. Desobediencia es la nota que altera nuestro concierto, que armonizaba el amor.

Pues amar y obedecer será en adelante el concierto de las dos,—opinó el tío Pelmas,—y, para esto, he tomado yo cartas en el asunto, y hoy mismo les traigo nuevos y positivos datos.

—¡Ojalá!—dijo Blanca Rosa.

—¡Ojalá! sean verdaderos,—repuso Margarita.

Deben serlo,—dijo el tío Pelmas;—porque persona de valer, un sacerdote, me los ha dado en íntima confianza.

—¿Quién es?—preguntó Margarita.

—Persona de gran consideración, cuyo nombre no puedo ahora expresar; porque me exigió absoluta reserva; y yo, en esto, voy hasta la más escrupulosa nimiedad. Así suelo hacerlo con Uds. en cuanto me confían como secretos de familia. Oh! si fiarme á mí una cosa oculta, es como echar un grano de maíz en el cráter del Cotopaxi.

Así lo creemos,—dijo Margarita.—Por eso, para Ud. nada tiene escondido el corazón. Díganos los datos que Ud. tiene.

Aquí el tío Pelmas, con ínfulas de dignidad, reposada y largamente y metiéndole, á cada paso, el así es la verdad, conforme á su defecto, repitió de memoria, sin omitir una coma, todo el trozo genealógico inventado por Reinaldo, donde sólo algunos nombres, la Ña Lola, las primas, sus caracteres y los bienes de fortuna eran la verdad. Después de repetirlo segunda vez, regocijado de haber cumplido admirablemente su comisión, conque,—dijo,—¿puede ya quedar la más mínima duda del origen de Reinaldo?

—Muchísima duda queda,—respondió Margarita.

—Válgame Dios, ¿y por qué?, hija.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Porque casi dudo ya de todo.

—Sálveme el Señor. ¿Entonces dónde está la verdad?

—Quién sabe en dónde, tío Pelmas.

—Yo no puedo mentir jamás de los jamases.

—Lo creo, Ud. nunca; pero pudo no decir lo cierto la persona que le dió á Ud. esa minuciosidad genealógica, que parece hecha de burla ó por persona interesada por el personaje á quien se realza tanto.

—¿Pero en qué consiste tu suspicacia?

—En tantos retumbantes y nobiliarios apellidos, como los referidos por Ud.

—Ahí está la verdad, Margarita.

—Ahí la desconfianza, tío Pelmas.

—No la hallo.

—Desconfío que tanta nobleza sea verdad; porque, entre nosotros, ya no existen casas solariegas, y las familias de la más noble prosapia, durante el gobierno colonial y más aún en los actuales tiempos de república y democracia (llevada al último extremo) han degenerado, y la sangre roja de los descendientes de Atahualpa corre mezclada con ondas de sangre azul, de tal manera, que nadie, si no quiere frisar con el lenguaje quijotesco, puede jactarse de alta y antigua alcurnia y de que en sus venas fluya sangre española monda y lironda.

—Pero el linaje de Reinaldo es, sin duda, de la antigua nobleza española.

—Mi buen tío, aun esa antigua nobleza española no existe hoy, en América, tan limpia ya, tan pura y sin tacha, como algunos vanidosos la creen y quijotescamente se lisonjean de ella. Dado el origen de los primeros conquistadores, muchos de ellos de baja esfera social, considerados los lazos que unieron á los extranjeros con los aborígenes, el interés de las riquezas, las pasiones, sobre todo la desenfrenada sa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lacidad de los españoles con las jóvenes indias, y aun el amor y mejor trato, durante la colonia entre conquistadores y conquistados, ¿quién será tan osado y necio, que pueda asegurar que, en sus venas, no corra siquiera una mínima parte de sangre de indios ó de españoles plebeyos? No olvidaré las expresiones de un amigo mío, pensador y poeta: "temo, dijo, averiguar quiénes fueron mis ascendientes y me cuido mucho de no caer en achaque de nobleza. Apenas sé quienes fueron mis bisabuelos. Más allá, tiemblo topar con algún galeote, ó presidiario, ó asesino, ó esclavo".

—Pero con la familia de Reinaldo no puede suceder eso, Margarita. Toda ella ha de ser nobilísima y honorable, sin gentes de menos valer.

—Ay! tío del alma: de un mismo árbol frondoso salen ramas llenas de flores y frutos; ramas con sólo flores que se secan sin dar fruto alguno; ramas que tienen hojas verdes, ramas con hojas marchitas, y ramas tronchadas ó torcidas y propias sólo para cortarse y servir de haces de leña. Imagen fiel es ésta de lo que más ó menos pasa en todas las familias.

—Te aseguro que con la de Reinaldo no pasa tal cosa.

—Así podrá ser, tío Pelmas. Sepa que la tal encumbrada nobleza del novio no la estimo en un ardite, ni es eso lo que anhelo saber, sino la honorabilidad de la familia de Reinaldo, la honradez, la virtud de los padres, la legitimidad del nacimiento del hijo. Esta es la alcurnia que me interesa. Ud. talvez no me ha comprendido bien ó yo no he sabido explicarme. Nada de linajes y todo de honradez y virtudes ha de indagar Ud., y así le seré agradecida.

—Así es la verdad. Averiguaré si Reinaldo es hijo legítimo y de padres honrados.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Dio Ud. en el clavo, tío Pelmas. Es lo único que hace al caso.

—Aunque, siendo tan noble, es imposible que la familia de Reinaldo no sea honorable.

—Déjese de noblezas, tío Pelmas. Cierto es que el caballero, por lo general, procede como quien es; pero hay también nobles de corazón y costumbres muy aplebeyados.

—Así es la verdad.

—Por eso yo me contento con alcurnia honrada, con medianía de fortuna y sobra de virtud y talentos. Esto me basta para la dicha de mi Blanca Rosa.

—Pero si todo es grande, vamos á lo grande, y dejémonos de humildades.

. Dice bien, tío Pelmas,—interumpió Blanca Rosa.—Averigüe lo que interesa á mi madre, y todo será pura dicha.

—Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas.

Pronto,—replicó Blanca Rosa;—porque mi madre, cuán buena es, está deslumbrándose con la simpatía de un joven á quien aprecio, mas no quiero.

. —Conque, ¿esas tenemos?—preguntó el tío Pelmas, con el más vivo interés.

Nada he dicho todavía,—respondió Margarita;—pero, sí mi Blanca Rosa ha presentido mi voluntad y adivinado mi deseo, seré franca. No fuerzo el albedrío de mi hija, pero si el amable Leonardo llegara á proponerle matrimonio, mucho holgaría con que lo aceptase.

Blanca Rosa dijo resueltamente: donde manda el corazón, no.....

—Te comprendo,—contestóle con pena Margarita. —Las madres no podemos obligar á las hijas á casarse con determinado novio, á fijarles irremisiblemente al que nos agrada, porque esto es exigir la realización de un sacrificio y dar por fuerza un compa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ñero que haga no dulce sino amarga la vida. No, yo jamás exigiría tal cosa; pero sí creo que las madres, si no podemos señalar el novio á nuestra elección, estamos en la obligación de impedir que las hijas sean desgraciadas, entregándolas á quienes no las merecen, cuando presentimos como realidad la desventura. Quiero que mi barquilla se lance al mar, ya que es forzoso el viaje; pero no me sufre el corazón que salga del puerto cuando esa mar está borrascosa y llena de peligros.

—Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas, haciendo un furtivo guiño á Blanca Rosa.—¿Quién es el joven Leonardo, que se ha captado la simpatía de Margarita?

—Un riobambeño,—contestó Blanca Rosa.

—Un completo caballero,—añadió Margarita.

—¿No le conoce, tío Pelmas?

—Nó, Margarita.

—El que vino de visita la última vez que Ud. estuvo aquí.

—Ta....ta....no me lo presentaron.

—Descuido. Venga mañana y lo tratará y se hará amigo.

—Así es la verdad. Y ¿cómo apellida el joven?

—González.

—Hola!

—Después que lo haya Ud. tratado me dará su voto, su consejo, como buen tío.

—Así es la verdad. Es ya tarde; hasta mañana en que vendré por la noche.

—Hasta mañana, tío Pelmas.

Con azoramiento salió el tío Pelmas; porque en Leonardo veía el fantasma que ahuyentaría sus infamias, y porque no había podido hablar á solas con Blanca Rosa, y temía no llevar á Reinaldo la hora horada de la cita. Sin embargo, ideó de súbito la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

manera de realizarla y se pasó la noche, larga por el insomnio del crimen, en fantasear con los regalos, comodidades, entretenimientos y *vita bona*, que se tendría de parte de su enamorado sobrino, si lograba agradarle y servirle á pedir de boca.

Como el ocio y la vida holgazana son padre y madre del tedio, Reinaldo estaba otra vez de mal humor; porque creía desperdiciado el tiempo que gastaba en enamorar á Blanca Rosa y pasar por novio, cuando en tal cosa, si pensó al principio, en fuerza de la irresistible gracia de la joven, ya no pensaba entonces. Un calavera de buen tono, casarse tan pronto, antes de formar un volumen de la historia de sus amorosas conquistas, habría sido, según él, positivo disparate y venir á caso de menos valer entre el coro de libertinos, á quienes avasallaba hasta entonces por su generosidad y habilidades, siendo proclamado como maestro de las seducciones y modelo de la falsa galantería.

Largo le parecía á Reinaldo el tiempo de su fastidio y, con verdadera impaciencia, esperaba al tío Pelmas, á quien determinó mimar y alabar con las palabras y aborrecerlo de corazón. Lo era un sér odioso, repugnante, su vista le ofendía, y con todo, su pasión le obligaba á tolerarlo y manifestarse amigo leal y dadivoso y sufrir que el rufián le apellidase sobrino: prodigio de la mala inclinación de los hombres.

Fuerte aldabazo dieron á la puerta del cuarto del fastidiado libertino, y éste con fingido contento gritó: bien venido tío, entre á su casa en hora feliz.

—No muy feliz,—dijo el tío Pelmas, entrándose sin saludar á Reinaldo y haciendo pucheros como muchacho á quien se le niega una golosina.

—Tío, ¿á qué hora es la cita?—preguntó Reinaldo. —¿Por qué dice que no es feliz?

—Porque ese bolonio, ese aparecido, ese truhán,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ese bellaco, ese follón, ese hechicero, ese pícaro, ese ...¡. ese.... ese.... me faltó el idioma, ese Leonardo ha fascinado á la Margarita y está, tomando posesión de la casa, y luego, *velis nolis*, tomará posesión de la muchacha, de tu novia, Reinaldo: esto es intolerable.

—Explíquese, tío Pelmas.

—Se ha ganado el corazón de la madre y, después, poco le costará ganarse el de la hija. Margarita sabe persuadir y tiene más lógica que un González Suárez.

—Entonces sigue de visitante el tal Leonardo.

—Y después seguirá de marido.

—Poco me importa, ¡canastos!

—Qué dices?

—Lo que oye, tío Pelmas.

—Estás celoso ¡eh! y los celos desatinan al más cuerdo. ¿Te dejas birlar la novia?

—Déjese, tío, de llamarla mi novia.

—Entonces cómo?

—Mi querida simplemente.

—¡Hola! ya yo lo malicié.

—Soy franco.

—Haces bien.

—A Ud. no le engaño.

—Ni yo me dejo engañar de nadie.

—Pues bien ¿seguirá Ud. de mi colaborador?

—Hasta el día del juicio.

—¿Me entregará á Blanca Rosa?

—A qué tú la deshojes.

—Se entiende.

—¿Qué he de hacer, si ya estoy en medio del camino y te quiero tanto y espero...?

—Espere Ud. toda clase de felicidades. Oiga mi plan.

—Oigo.

—Ud. me ayuda á engañar y robar la joven. La

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

traemos á este cuarto, la tratamos á cuerpo de rey, la llevamos después á mis haciendas del litoral, y allá, en buena paz y compañía, vivimos los tres, y Ud. nada en comodidades y gustos, y manda como dueño en mis propiedades y se ahoga en raudales de vino y de mallorca, y . . . y . . .

—Y soy feliz. ¡Qué franco eres, Reinaldo, qué pródigo, qué espléndido, que munífico, que lucido, que . . . . con tu tío.

—Todo lo seré. Pero vamos, ¿á qué hora es la cita con Blanca Rosa?

—No he podido, hijo, pactar la hora. Seré yo también franco: como el tal Leonardo no se va hasta no dejar el asiento hecho una ascua, no pude hablar á solas con ella. Pero, pierde cuidado; ahora mismo pactaré la hora, y te aseguro que, á las cinco de la tarde, puedes esperarme en el arco de La Loma.

—Bien! pero entiendo que nos conviene, ante todo, hacer que de nuestro camino desaparezca esa sombra.

—¿Cuál?

—Leonardo, tío Pelmas. ¿Me comprende?

—¿Alejarlo de la casa?

—Más.

—¿Matarlo?

—No tanto, tío Pelmas. Desterrarlo.

—¡Acertado! y ¿cómo lo consigues?

—¿Olvida Ud. que tengo plata, y amigos, y soy partidario de nuestro libérrimo gobierno?

—Tienes razón. ¿Cómo procederás?

—Ya lo verá después. Por hoy vaya á cumplir con su deber y, sobre todo, á espiar si el tal Leonardo frecuenta la casa.

—Muy bien. Conque ¡abur!

—¡Abur!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XV

Maquinaciones del tío infame

Algo escrupuloso se quedó Reinaldo por haber descubierto todo su plan al tío Pelmas, y su fin inicuo en toda su vergonzosa desnudez. Como el tío Pelmas, amén de rufián, era traidor, y en una sola persona reunía los dos seres más infames y abyectos del mundo, temía que el avechucho le hiciese una mala jugada, por quedar bien con Margarita y ganarse la voluntad de Leonardo. Pero pronto se aquietó el joven libertino, reflexionando que Margarita era viuda pobre y Leonardo no muy rico. Aunque joven, ya Reinaldo conocía mucho el mundo y todos los pliegues y repliegues del corazón humano. Perdió, pues, los escrupulillos de beata, como él los llamó después, y se resolvió á abrir campaña y *raptar* la muchacha, cosa muy frecuente en los tiempos de esta historia.

En cuanto á la futura suerte de Leonardo González, ya el raptor, como idea luminosa para un libertino, tenía resuelto, de caso pensado, el modo de alejar al rival y zafar de celos. Para todo es á propósito la política en tiempos de desgobierno, y cuando el despotismo militar triunfa, impera, domina, quebranta y esclaviza. Pronto veremos el ardid del calavera. Sigamos ahora al tío Pelmas, que no se daba punto de reposo hasta no cumplir su comisión al gusto y paladar de Reinaldo, dándole una gratísima sorpresa. Para todo había de ayudarle la hipocresía, capa anchísima, holgada y cómoda, con que se encubren las más grandes infamias. Si Margarita le tenía en opinión de hombre honrado y hasta virtuoso y devoto, ¿por qué el tío Pelmas no había de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aprovechar su buena fama en pro de las aventuras de su sobrino?

Con cara compungida y muestras de devoto, entró al cuarto de Margarita, que con Leonardo en dulce y larga conversación se entretenía. Blanca Rosa, algún tanto alejada y silenciosa, contestaba, de vez en cuando, al enamorado, con sólo monosílabos, esperando impaciente la llegada del tío Pelmas.

Este saludó afectuosa y tiernamente á todos, y, estrechando con manera especial la diestra de la joven, la advirtió que estuviese atenta. No sólo los ojos y el gesto del semblante, también las manos tienen su lenguaje, y el tacto es muchas veces señal muda que avisa y se comprende.

—Bien venido sea nuestro tío Pelmas,—dijo Margarita.

—Hermosa está empezando la tarde, contestó éste, y venía á invitar á Udes. á una visita que deleita y encanta, y espero no salir de aquí desairado.

—Siendo tan deleitable la visita, de que nos habla el tío Pelmas, jamás podremos desairarle,—contestó Blanca Rosa.

—Pero ¿qué visita es, tío Pelmas?—preguntó Margarita.

—Una visita divina.

—Menos le entiendo.

—Celestial.

—Mucho menos, á no ser que Ud. quiera llevarnos al cielo. Se lo agradeceremos mucho.

—También en la tierra hay pedazos de cielo y trozos de paraíso.

—Elocuente y poeta está Ud, tío Pelmas.

—Lo divino siempre inspira, Margarita.

—¿Quiére Ud. llevarnos á la Iglesia? ¿No es esto?

—Lo comprendiste bien. El Jubileo está hoy en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Santo Domingo, y el templo parece un cielo. La tarde está serena y un paseo y visita piadosos, nos sentará muy bien á cuerpo y alma.

—Pero, tío, Ud. sabe que mis quehaceres domésticos no me dejan salir á estas horas, y que esas visitas al Prisionero de amor las hago en las mañanas.

—Así es la verdad, — contestó el tío Pelmas, dando furtiva mirada á Blanca Rosa.

Esta, advertida con la insinuación, es verdad, mamá,—dijo,—que no podéis salir ahora, y que el Sr. D. Leonardo tiene que hablar con vos; pero yo no tengo ocupaciones que me detengan, y puedo, en tan deliciosa tarde, hacer la visita que nos propone el tío Pelmas.

—¿Cómo irás sola, hija del alma!—preguntó sencillamente Margarita.

—Ah! mamá, aquí está el buen tío Pelmas que, si no le es gravoso, puede tener el encargo de acompañarme. Una ó dos horas de espiritual recreación, no serán tan tristes por mi ausencia, adorada madre.

—Si quiere Blanca Rosa que sea yo su compañero y su guarda, iré gustosísimo con ella al templo,—dijo el tío Pelmas.—Allá pensaba ir á repetir la visita, y, yendo con un ángel, me será más grata.

Con Ud. que vaya,—dijo Margarita.

—Hermoso es ver que madre é hija jamás se separen, sino que, como dos palomas, anden siempre juntas,—observó Leonardo, á quien vaticinaba no sé qué vago dolor la sola vista de aquel pérfido tío, en cuyas palabras adivinaba el joven que estaba enredada la traición.

—Yo soy como padre para esta niña, por el afecto, —contestó un tanto enojado el tío Pelmas.

Así lo creo,—respondió Blanca Rosa,—y, si no, jamás saldría con él. El será como el guardador de mi honestidad, y me dará sus buenos ejemplos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Está bien, Señorita,—dijo Leonardo, y calló tristemente; porque, amigo reciente, no tenía el prestigio y esa dulce y suave autoridad que suele alcanzar la amistad franca y sincera de largos años: que la amistad, como el vino generoso y añejo, para que alegre y vigorice, ha de ser antigua y bien conservada.

Leonardo, además, temía enojar á Blanca Rosa, salvando los lindes de la discreción y la prudencia.

Blanca Rosa, ciega de amor por el joven costeño, comenzó también, á aprender el lenguaje de la hipocresía; porque es forzoso que una joven, cuando se convierte en irreflexiva amante, deje de ser buena hija, y que al amor se sacrifique la virtud. No le costó dificultad alcanzar la licencia de Margarita, para quien la devoción del tío Pelmas era verdadera y llena de piedad.

Salieron, á la postre, Blanca Rosa y el tío Pelmas, como la oveja sale del aprisco al lado del lobo disfrazado también de oveja. Al llegar al arco, que, como un gigante, sustenta sobre sus hombros el santuario de la Virgen del amor casto, se encontraron con Reinaldo, cuya sorpresa fue por extremo agradable, y valió á Pelmas los calificativos de buen tío, hábil, ingenioso, leal, amable y otras sandeces que los enamorados prodigan á sus terceros.

Entretanto Margarita y Leonardo departían solos en grata confidencia.

—¿Por qué os pareció mal, Leonardo, que Blanca Rosa saliera sin mí, yendo, como va, con un hombre, si pobre, virtuoso, y buen católico?

—No me agrada mucho ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque este acto interno de simpatía ó antipatía es inexplicable. Se siente y no se define. Algo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

oculto me lleva irresistiblemente á no quererle mucho.

—Pronto le querréis, cuando conozcáis su virtud, su sinceridad, su honradez.

—¡Ojalá! Deseo que mi temor se disipe. ¿Es vuestro tío?

—Lo es aunque sólo de afinidad y muy lejano.

—¿Es pobre como decís?

—Es pobre honrado. Ya veis que éste es recomendable mérito en un hombre.

—Lo es, en efecto, sobre todo cuando la desgracia viene tras la prosperidad.

—Como acontece con éste.

—¿Fue hombre adinerado?

—Lo fue un tiempo. No sé cómo cayó en pobreza; pero no en villanías ni vilezas. Vive conforme con su suerte

—Cierto que es grande merecimiento vivir conforme con la desgracia, cuando la privación de los bienes y comodidades perdidos suele abatir los ánimos y aplebeyar los hombres. Conozco muchos de esta estofa que, por volver al goce de deleites perdidos, se envilecen.

—Este tío Pelmas es la excepción de los desgraciados que se degradan.

—Me alegro.

—¿Ya lo quiere?

—Algo por los elogios de Ud.

—¿Disminuye la antipatía?

—Un poco

—Ya lo tratará como amigo y aun le dará protección.

—Con todo gusto. Ahora pasemos á otra cosa. ¿La dificultad que Ud. me proponía respecto á la actitud del joven costeño, que pide la mano de Blanca Rosa, ha desaparecido ya, Margarita?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Es cierto que él no viene ya algunas semanas, pero no sé si ha desistido de su intento.

—No es fácil conquistar un corazón ya enamorado.

—No es fácil.

—Por eso la persuación vuestra alejará á Blanca Rosa de un amor peligroso, y le acercará á otro amor sincero y puro.

—Ay! querido Leonardo, le voy á hablar con entera franqueza y sin ambajes, como quien vacia su corazón en otro corazón virtuoso. Hay ocasiones en que la verdad desnuda es conveniente y deja desahogar el corazón.

Las jóvenes inexpertas todavía, como las aves que empiezan á desplegar las alas y á querer cernerse en los aires, son fáciles de engañarse con la sonoridad seductora de las palabras de un joven buen mozo y calavera, sobre todo, cuando las hacen entrever felicidad velada en ilusiones y celajes de rosa, y procuran hacerlas soñar con paraísos de amor y delicias. Las fascinan y enloquecen las promesas y audaces juramentos de los fingidos amantes; porque la elocuencia de la pasión desordenada y los placeres sensuales del libertino es, á veces, más persuasiva é irresistible que el lenguaje sin doblez de la virtud sencilla. Ay! Leonardo, poco podemos las madres, cuando las hijas se apacientan de ilusiones, y se fingen ya dichosas, y cierran los oídos á las voces del amor maternal, porque otro amor funesto las lleva al abismo de la desobediencia. Las jóvenes engañadas hoy en día están aumentando el número de las desgraciadas, antes por dicha, escaso, y los relatos de desastrosos amoríos se dejan oír con frecuencia. A esto contribuye, con eficacia maldita, la lectura de novelas, ya tan generalizada y gustosa. Toman las jovencitas ese veneno, deslumbradas por la copa de oro en que se les ofrece,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

quiero decir los encantos del estilo, de las situaciones, de los lances, de las aventuras arriesgadas y difíciles de los personajes fingidos, y quieren ellas también ser las protagonistas de otras nuevas novelas. Se creen ya heroinas de peripecias y sucesos semejantes á los que leen, y hastiadas de la realidad de la vida, con cansancio de las faenas tranquilas del hogar, se dementan, creyéndose habitadoras de otro mundo de ilusiones y fantasías. Turbadas así las mentes, ardiendo los corazones, bulléndoles en el cerebro ideas desconcertadas, no causa extrañeza el ver caer á tantas doncellas como víctimas de una pasión al principio imaginaria y después real y positiva. Los calaveras, los libertinos, los seductores de oficio, fomentan en las mujeres la afición á las novelas, crean en ellas una como necesidad y monomanía de semejantes lecturas, para luego aprovecharse de ese desconcierto mental, y seducirlas más fácilmente, haciéndose ellos mismos los héroes de otra novela, que no se escribe, sino que se hace y realiza con desventura de las familias y escándalo de la sociedad. Le sé decir, Leonardo, que entre mil novelas, quizás habrá una de utilidad moral, y que al atractivo del lenguaje y el estilo una el fondo de virtud y enseñanza que deben tener las historias ficticias, para ser inmortales, como verdaderas joyas literarias. Este era el modo de pensar de mi llorado esposo. Yo, que he guardado sus palabras como reliquias de la ilustración y experiencia que él tenía, quiero ahora recordarlas, como se sacan de un cofre perlas y diamantes que adornen á las jóvenes honestas.

Muy á pelo vienen todas las reflexiones que Ud. hace,—dijo Leonardo.—Yo soy en todo de su parecer; porque, aunque joven, acumulo ya bastante experiencia con lo que veo y sobre todo con lo que oigo á algunos libertinos, mis colegas de Universidad.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Las novelas están haciendo más daño que las fiebres palúdicas, y la lectura imprudente de ellas, sin elección ni consejo de personas sabias y de buen gusto, es como enfermedad endémica para la mente y el corazón de las jovencitas. La novela contemporánea, con pocas excepciones, ya no tiene ese idealismo casto, suave, seductor, de sucesos que levanten el alma á regiones ignoradas y felices, que siquiera por algunos instantes nos alejen del tráfajo de la vida ordinaria, de la realidad prosaica de los acontecimientos vulgares del mundo, y nos lleven á fantasear con inocentes goces, con otras tierras, otras personas, otras ideas, con cuadros que despliegnen á nuestros ojos belleza y hermosura, que dilaten el corazón con placidez y esperanzas, y nos entretengan y encadenen nuestra atención con hechos, si fingidos, verosímiles é interesantes, en que aparezca que el hombre y la mujer, cuando quieren y tienen voluntad generosa, pueden ser virtuosos, abnegados, heroicos, sublimes, ora con el triunfo sobre las más halagadoras pasiones, ora con el vencimiento de peligros y desgracias, que antes parecían superar á las fuerzas del mortal. Sólo así la novela enseña y deleita y puede ser provechosa su lectura. Pero ya esos tiempos pasaron. A la tranquila lectura de las novelas plácidas y suaves y sentimentales, como una Cumandá, á las novelas de costumbres, sabrosas y deleitables, cuando son verdaderamente buenas, como las de Fernán Caballero, ha venido á suceder una serie inacabable de hechos, si reales por desgracia y no muy raros en la humanidad, casi siempre exagerados, repugnantes deformes y vergonzosos. El naturalismo actual, como gènero de novelas cultivado cerca de los albañales y dentro de los garitos y casas de mancebía, está á manera de vapores mefíticos, infestando la repúbli, ca literaria. Ciertos novelistas, á semejanza de los-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

traperos, parece que van á buscar el argumento de sus obras en los basureros y depósitos de las inmundicias sociales, en los receptáculos de toda inmoralidad. Zola es ya el ídolo de la imitación de los desperdiciados ingenios del día, y esa escuela de corruptoras, nauseabundas narraciones se va propagando grandemente, sin duda por lo fácil que es imitar lo bajo, lo deforme y lo vulgar. Por fin, el realismo, manejado con grande tino y talento, puede agradar; pero si de esto degenera, es un horror. ¿Dónde irá ya el pensamiento, que como ave impelida del instinto del vuelo, quiere remontarse á las más altas esferas, para respirar aire de vida? ¿Qué será de la novela, de suyo hermoso género literario, si lo ideal cae, si la imaginación se entenebrece y la realidad horripilante absorbe todo como abismo de atracción irresistible? ¿Qué queda para la mente y el corazón, si todo se lo lleva el realismo desnudo, desconsolador y triste? Yo creo, Señora, que la indiscreta lectura de novelas mata más almas que muertes ocasiona la fiebre amarilla de nuestras costas! ¿También Blanca Rosa es talvez apasionada á las novelas?

—No, por dicha, á lo menos que yo lo sepa. Sin embargo, temo que su novio, real ó fingido (que hasta de esto dudo), quiera obligarle á lecturas de este jaez, para conseguir más fácilmente sus intentos. Ya una ocasión oí que le ofrecía un repertorio completo de novelas, y que ella no le aceptaba. Entonces era hija amorosa y obediente, y, sin mi asentimiento, nada acogía ni quiso recibir. Mas ahora todo lo temo, porque el amor loco hace á las hijas desobedientes y las transforma de palomas caseras en torcaces fugitivas.

—Tiene Ud. razón en sus temores.

—Todo se lo digo á Ud., Leonardo, como si fuese

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mi confesor. Esto le probará la irrestricta confianza que con Ud. tengo: le he abierto mi corazón.

—Hace Ud. bien, Señora. Es Ud. madre y viuda, y necesita del apoyo y auxilio de un varón, para precautelar los males en cuanto sea posible. Yo estoy resuelto á sacrificarme, si es necesario, por el candor de su todavía pudibunda y honesta Blanca Rosa. Conozco que, en el fondo de su corazón, como un diamante en guardado cofre, está escondida la virtud y allí se anida la ternura filial. Señora, acuérdese Ud. de mis palabras: su Blanca Rosa no se marchitará jamás. Si no llega á ser esposa, no dejará ajarse su pudor: lo presiento. Hija de madre tan tierna y buena, tan inteligente y virtuosa, hija de lágrimas y cuidados, no puede perderse. Podrá, como la luna, quedar á veces encubierta por el nublado de la desgracia, casi eclipsada por los peligros; pero, como verdadero astro, no perderá su luz. La virtud de la madre se reflejará en las cualidades de la hija. Calme, Margarita, sus temores.

—Otro temor me sobresalta. No he de ocultarle al amigo sincero y virtuoso.

—¿Cuál?

—Mucho pueden, Leonardo, las riquezas; obran maravillas. Pienso que si Reinaldo no alcanza á probarme que es de familia honorable, de padres conocidos, ha de regar el dinero para salirse con sus intentos y hacer cuanto le plazca.

—Lo observaremos y seguiremos sus huellas. Ya le dije que estoy listo al sacrificio. Vuelvo á repetirlo, ya sea inspiración ó vaticinio: Si Blanca Rosa no llega á ser esposa mía, como deseo y ansio, ó esposa de mi rival, como temo y me contristo, jamás perderá su pudor, y se cumplirán las palabras que su padre puso al reverso de su retrato, según confidencialmente me ha contado Ud. en otra ocasión.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ah! Leonardo, cuán consoladoras son sus palabras. Muchas veces los castos deseos son como predicciones. ¡Ojalá! yo alcance á verlos cumplidos.

XVI

En vez de jubileo cita impensada

Así Margarita y el virtuoso Leonardo entretenían el tiempo, mientras, lejos del hogar, pasaba una escena que era el comienzo de las desdichas de Blanca Rosa.

En vez de encaminarse la joven al aprisco de Jesús, fue á caer dentro del valladar de la seductora traición. Allí, cerca del paraje donde el tío Pelmas preparó la entrevista, había en una casa, casi inhabitada, un cuarto retirado y silencioso, lugar oportuno para cita de amantes. Allá fueron la seducida doncella, el seductor y el rufián de nobles, como dos lobos que llevan á remoto bosque la presa que cazaron en el valle.

Blanca Rosa, encendida por el pudor, con la timidez de la primera cita, temblorosa y fatigada, como si hubiese hecho dilatado viaje, casi desmayándose, se sentó en un diván, mientras Reinaldo y el tío Pelmas se le acercaron en sendos asientos.

—Oh! Dios,—exclamó la aturdida joven,—¿cómo he podido venir acá, yo sola, sin mi madre, entre peligros? ¿Qué he hecho? O estoy loca ó soy desventurada.

—No estás loca ni conmigo eres ni serás jamás desventurada,—le contestó Reinaldo, dando á su voz todo el timbre de la más exquisita amabilidad.—¿Qué han proferido tus labios, amor mío? Has llegado acá, á grato apartamiento, no sola sino en compañía

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de un hombre excelente y virtuoso. ¿Qué peligros te cercan? ¿Acaso no soy yo un cumplido caballero, tu amante respetuoso, tu ya casi marido?

—Así es la verdad,—afirmó el tío Pelmas.—Hija, Blanca Rosa, estás con escrúpulos infantiles. Es Reinaldo hasta virtuoso, y lo único que intenta es hablar contigo, en grata confidencia, sin que lleguen á más sus honestos pensamientos.

—El tío Pelmas me conoce á fondo—dijo el joven.

—Como si fuera tu padre legítimo,—contestó el taimado tío.

Reinaldo disimuló el fastidio que le causó semejan- paternidad.

—Todo es cierto,—dijo Blanca Rosa;—pero una cita, para una doncella pudorosa, vale tanto como el primer doble de una campana que toca á muerto.

—Qué ideas tan lúgubres,—dijo el tío Pelmas. —Aquí nada hay de malo. Todo es inocente; y yo tampoco soy favorecedor de inicuos sino de castos amores.

—Yo te adoro,—replicó Reinaldo;—pero talvez adoro más tu virtud, y la acato y admiro. ¿Qué te contrista, bien mío?

—El primer desliz, Reinaldo. Temo el primer desliz.

—No lo llames asi, vida mía. Es la primera expresión del amor nuestro, la primera confidencia, el primer anuncio de dicha, el primer signo de confianza. ¿Querías, Blanca Rosa, que nuestro amor quedase como en su cuna?, ¿qué no se aumentase, creciese y levantase como la gentil palmera de las orillas de mi río? Esto no es natural ni posible. Todos los acontecimientos humanos tienen, como un drama, (y la vida no es otra cosa) principio, medio y fin. Nuestro cariño comenzó ya, prospera, y acabará en el hogar que pronto formaremos los dos. ¿Por qué quieres

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

matar el ave, cuando comienza á volar, y que se interrumpa una canción, apenas principia á derramar sus armonías? No sea así, bien mío. Soy caballero, y mi promesa de lealtad no faltará jamás.

—Sí, amado Reinaldo, temo el primer desliz ó sea la primera cita, que, según pienso, es el primer peligro, la primera falta al pudor, y quién sabe si el primer lazo.

—Lazo de amor, es indudable, y no de engaño, como acaso quieren significar tus últimas palabras.

—No lo dije por tanto, Reinaldo; pero una hoja que se desprenda de una rosa, un pétalo que se le caiga, es ya una pérdida, y deja la flor sin su primera hermosura. Juzgo que una cita no conviene al decoro de una joven. Reinaldo, te creo caballero, porque lo eres en verdad, y, por lo mismo, me convenzo de que nunca enturbiarás el agua cristalina con que un día apagarás tu sed de amor, si de veras me amas. No me vuelvas á sorprender con otra cita. Ven á casa, cuando quieras, y serás bien recibido. Concierta con mi madre nuestro matrimonio. Ella es inteligente, tierna, virtuosa, y no negará la mano de su hija al joven de mi preferencia y cariño, si sabe que eres de familia honrada y conocida, única condición que ella pone para no oponerse á la unión de nuestros corazones, que será eterna.

—Paloma mía, ¿por qué estás así azorada y temerosa? ¿Crees, sin duda, que has caído presa de alguna ave de rapiña? ¿Me juzgas perverso y no amante fino, idólatra tuyo? Me va enojando tu modo de contristarte y afligirme. Nada hay que temer: soy todo tuyo, y, para nuestra felicidad, el único obstáculo es tu misma madre. Por demás previsora, ve las cosas más allá donde ellas están, y su demasiada sagacidad en prever es motivo de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

desconfianza. La hermosa provincia del Guayas no está vecina al Congo, para que se dilate en venir el informe qué desea Margarita. Mientras tanto, como yo sé perfectamente que un tal de González, rival desconocido mío, aspira á tu mano y que Margarita lo anhela para yerno suyo, es natural y bueno preverlo todo y, para ésto, es indispensable que nos veamos con frecuencia. Yo no sé amar á medias.

—Yo tampoco, mucho menos. Yo soy toda de quien amo.

—Pero con reservas, y recortes y excepciones.

—¿Cómo?

—Desdeñando y temiendo las citas, sin las cuales no se fomentan los afectos mútuos. ¿Te gusta que arda la hoguera con fuego vivísimo, claro, vivificante?

—Te comprendo: si me gusta.

—Entonces, ¿por qué quieres alejar la leña que aviva el incendio donde debemos consumirnos los dos?

—¿Por qué hablas así, Reinaldo?

—Porque me quieres privar de tus citas.

—Ya, demasiado fácil, y sin pensarlo, te he concedido úna.

—El sol, para vivificar la tierra, sale todos los días. Tú, sol de mi vida, has de alumbrar de continuo estos mis ojos, que sin la lumbre de los tuyos, se entenebrecen.

—¡Quién pudiera ser eso para tí! Yo no: soy desgraciada.

—La mujer, á quien yo adoro, no debe llamarse desgraciada. Si previera yo que tú no hubieras de ser feliz conmigo, no inquietara tu corazón, y antes preferiría la muerte que contemplarte, no digo infeliz, pero ni siquiera menos venturosa de lo que mereces.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Muy virtuosa, muy interesante mujer me crees, cuando te expresas así.

—Si no te creyera digna de mi amor, no te prometiera ser tuyo. Porque vales y eres para mí corona de gran precio, quiero con ella ceñirme esta frente donde bullen tantos pensamientos de amor para sola tí.

—¡Gracias! Reinaldo. Soy tu Blanca Rosa, y con ella adornarás tu frente de poeta, pues lo eres en el lenguaje apasionado con que me hablas. Conserva tu Rosa pura, blanca como ella es todavía, hasta que llegues á ser mi esposo, y ésto será dicha para mí.

—Te lo juro: aunque se efectúen mil veces las citas, otras tantas seré respetuoso, y cada vez te amaré más. Sí, con tu amor, hasta me haré hombre virtuoso.

Dijo, y vertió algunas lágrimas sobre las blancas manos de la joven, como el rocío de la mañana rueda sobre una rosa nacarada. Era el llanto de la compasión del cazador, cuando ve caer la cervatilla que él mismo hirió con su venablo. Preveía que Blanca Rosa vendría á ser sólo su querida de preferencia, su amante desgraciada, y tenía lástima de su víctima hermosa. Blanca Rosa lloraba también dulcemente, como agradecida y cariñosa; pero sus lágrimas eran brote de la verdad y el amor casto, y corrían como las puras aguas de un arroyo que pasa bañando las azucenas virginales de oculto jardín.

—Tras breve silencio, exclamó Reinaldo: ¿Conque, seré tuyo?

—Sí, contestó Blanca Rosa. Serás mi esposo.

—¿Y esa sombra fantástica?

—¿Leonardo?

—¿No vendrá á turbar tus sueños de ventura?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Es sombra, y las sombras pasan y se desvanecen con la rapidez de un sueño. No le amo: le aprecio, porque le creo inteligente y virtuoso.

—Hipócrita más bien.

—No lo creas.

—Para mí, solo aprecio y amor. ¿No es así?

—No te inquietes: la estimación á una persona y el aprecio difieren mucho del amor. Se puede apreciar á muchas personas, si son buenas, pero no se puede amar sino á una sola. ¿Tengo razón?

—Sí, vida mía.

—Entonces no dudes.

—No dudo: sé amar de veras con el candor del niño.

—Con la verdad del amor primero.

—Conque, ya ves que no hay tal primer desliz.

—Porque te creo respetuoso y caballero.

—¿Nos veremos otras veces?.... ¿Callas?

—Si todas las citas han de ser como ésta, sinceridad y pureza de afectos....

—¡Claro! El tío Pelmas será nuestro grato correvidile y confidente.

—Está bien.

En esto el maldito tío Pelmas, que se fingió dormido durante la confidencia de los dos amantes, simuló también despertarse, y, desperezándose, dijo: ¿Conque, terminaron ya el coloquio mis dos angelitos? Yo me he dormido; porque, hace noches, que padezco de insomnio á causa de pensar en la suerte de Uds.

—Ya terminó la cita,—dijo Reinaldo,—la primera cita. Luego vendrán cuantas sean necesarias, previo el permiso de Ud., papá Pelmas.

—Por supuesto, sobrino ó hijo como quieras. Yo te depararé parajes apartados y amenos, árboles fron-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dosos y hospitalarios, donde os poséis como dos palomitas campesinas. Ja, ja, ja.....

Y rió el tío rufián con esa voz aguardentosa, tan propia suya. Salieron los tres, después de la cita, yendo Reinaldo á encerrarse en su casa, y volviendo Blanca Rosa á la suya en compañía de su demonio, á quien ella creía sólo confidente de buena fe, ángel guardador de su honestidad.

El tío Pelmas oyó bien cuanto Reinaldo dijo á su enamorada, y, como hombre malicioso y avezado á la intriga, comprendió que el avisado costeño desempeñaba á maravilla su novelesco papel, tan bien, con tanta apariencia de verdad, que él mismo, si no conociera ya á fondo al calavera, le hubiera creído todo y hasta graduado de virtuoso. Tal era el entonces enamorado y suspicaz joven, á quien Blanca Rosa, para su daño, calificaba de bueno y excelente; porque, aunque muy talentosa, era todavía inexperta é incapaz de suponer torcidas intenciones en el sér que con predilección amaba.

XVII

Blanca Rosa en la primera falta

Llegó la joven á su casa con los ojos bañados en las lágrimas de las primeras emociones y los primeros temores del primer desliz. ¡Ay! el primer desliz: luchamos como denodados, casi como héroes, en los terribles combates de la vida, lidiamos fuertes otra vez con las pasiones que renacen y levantan la cabeza como la hidra fabulosa de Hércules; volvemos á combatir, tornamos á la pelea y casi nos separamos ya como victoriosos, cuando, de repente, al más leve descuido, con la más breve imprudencia, damos la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

primera caída, y, sin ánimo ni energía para levantarnos airosos y recobrar el paso, nos dejamos inertes en donde caímos. Perdido el primer temor, todo el camino del mal se hace fácil, expedito y bien trillado.

Blanca Rosa, repuesta de su timidez, reflexionó en el paso que había dado y, para ahogar el primer remordimiento y ensordecer la primera voz de su pureza ofendida, que le hablaba con interno murmullo dentro del corazón, se acordó de los que el tío Pelmas llamó infantiles escrúpulos. Pasados los primeros deslices y temores, ya todo es hacedero. Cuando la piedra firme, que como aureola coronaba una verde colina, es de súbito removida de su asiento, cae, rueda sin cesar, y no para hasta quedar en el fondo del abismo que la aguardaba.

Blanca Rosa, delante de Margarita, mostraba el rostro algún tanto inclinado, en actitud de devoción y del afecto místico que simulaba haber experimentado en la visita al Prisionero de amor. Ya la pasión por Reinaldo comenzaba á enseñarle el vicio farisaico; ya pensaba encubrirse con manto de virtud, para con él, ocultar sus amores y citas. Ay! la hipocresía, esa víbora coral, que muerde al pasajero deslumbrándole con sus vivos colores, quería anidarse en el pecho de la honesta joven. Ella creía realizar casi dos imposibles: amar á Reinaldo, verse con frecuencia con su amante y, al mismo tiempo, conservar intacto su pudor. Tenía predilección por la castidad virginal, que la hacía tan bella, y deseaba agradar á su amado, es decir, quería arder en medio de la hoguera, sin quemarse. Para velar las citas con el pretexto de acudir al Jubileo, que en aquellos meses se celebraba en las iglesias de la ciudad, suplicó á Margarita que le diese por perpetuo compañero al tío Pelmas, cuando las dos no pudiesen ir juntas, como ella anhelaba. El tío Pelmas había descubierto á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la joven sus planes de entrevistas amorosas, y Margarita, cuya perspicacia se iba ya debilitando con el amor á su hija y con la buena reputación de virtud, con que alcanzó á fascinarla el inicuo tío, atribuyó á devotos propósitos la resolución de Blanca Rosa, y las lágrimas en que la vió inundada, cuando pisó el umbral de la estancia, las tomó como signo de una alma enternecida en los coloquios con el Amor hermoso. No sabía la madre sin ventura que el amor profano de un calavera había al fin casi trastornado el juicio y empañado la virtud de su hija, en cuyo seno, como gusano en la corteza de gallarda palmera, estaba escondiéndose la hipocresía, que todo lo finge, inventa, calcula, llena siempre de astucia y previsión. Tiene mirada de águila para descubrirlo todo y precautelarse para no ser sorprendida. Tiñe con colores de rosa lo más negro y sombrío; sonríe con la virtud en exterior regocijo, mientras interiormente está halagando al vicio; suspira cuando desea reír; finge devoción cuando está el alma más desprendida y alejada de Dios, y habla de las más heroicas virtudes, cuando es presa de las más grandes pasiones. Oh! después del rufián y el traidor, el verdadero hipócrita es siempre despreciable y temible.

Cuando una joven rasga, por primera vez, ese velo tejido de sutiles estambres de oro, con que velaba sus gracias pudibundas, cuando pierde la virginal timidez, es natural que, como la rosa, que se quedó sin aroma, se marchite y seque. La joven así olvidada del atractivo de la modestia, de la naturalidad y sencillez, se transforma en falsa y forzada virtuosa. Vedla: envuelta en su negro manto, cuando una joven se volvió en realidad hipócrita, acude al templo con paso apresurado, y llevando entre las manos el libro de oír misa, entrelazado con el rosario de negrascuen-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tas y dorada cadenilla. Si la veis, os parecerá una doncella pudorosa, que ora con el corazón puro como una azucena de mayo, fresca como un amancay de diciembre, y os acordaréis de esa azucena que embelleció los vergeles de Quito, la simpática Mariana de Jesús. Entretanto, la joven así ataviada con las joyas de la devoción, apenas sale del templo, en donde sus miradas estuvieron inquietas y su corazón sin reposo, se dirige al lugar de la cita, donde la espera el amante, como el gavilán á la paloma que dejó el seguro nido. Engañando á sus padres, á su familia, corre al seno de su enamorado, como la sierva escapada del nativo bosque. Así, el pretexto de la devoción, de la plática, de la misa, han velado escenas de horror y de culpas. El impío, entretanto, el calavera, el mismo seductor, lanzan contra lo bueno y lo santo los dardos de su incredulidad y maledicencia, y condenan la devoción y llenan de denuestos á la Iglesia católica, como si esta institución divina, en su esencia santa, magnífica, purísima, tuviese la culpa de las simulaciones vergonzosas de los hombres, como si ella enseñara la hipocresía de las jóvenes enamoradas, como si lo bueno fuese malo, sólo porque los perversos abusen de las apariencias de la virtud que no tienen. Culpad á la fuente de raudales cristalinos, porque los enturbió la inmunda planta de un labriego. Decid que el firmamento deja de ser hermoso y sereno, porque nos lo encubren á veces obscuras pero pasajeras nubes.

El tío Pelmas, alborozado con su primer hazaña, se despidió de las dos amigas, no sin haber antes ofrecido venir para acompañar á Blanca Rosa á las visitas del Jubileo. Todo le iba saliendo á colmo de sus malos instintos y, para felicitarse por esto, apuró, antes de entregarse al sueño de aquella noche,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

casi un medio frasco de un buen brandi que le había regalado su no sólo sobrino sino ya hijo Reinaldo.

XVIII

Reflexiones sin arrepentimiento

Este, después del primer lazo tendido á la inocente alondra, se dió á cavilar más y más sobre sus últimos lances de amor, sobre las postreras aventuras, y amorosa batalla en la Capital del Ecuador. Como en el fondo de su alma estaba escondido un resto de caballerosidad, y no era de aquellos calaveras, á quienes el diablo no tiene lado por donde desecharlos, reflexionaba en la poca y mal fundada gloria que conseguiría, aun entre los libertinos, la fácil conquista de una joven huérfana, casi inocente todavía, sin apoyo ni defensa, pobre en extremo, desventurada. Por hábil que sea un cazador y aficionado á su oficio, tiene pena del ave que va á matar, cuando la ve sobre la altísima copa de un árbol, donde se cree segura, cantar alegremente, saludar á la aurora, despedirse de la tarde y alegrar la floresta, y luego volver á trinar en la siguiente mañana, aspirando aire puro, diáfano, llena de luz, llena de vida. Compasión tenía Reinaldo de su futura víctima, y dentro de su alma empeñaron lucha mil encontrados pensamientos. ¿Qué hazaña digna de él había de ser conquistar el amor y robar el corazón de una jovencita inexperta y apenas soñadora de felicidad? El, á cuya magia, se derribaban los más fuertes muros y se quebrantaban los más ponderosos cerrojos, con que las madres guardaban á sus hijas, no iba ahora á vencer endriagos para sacarse una joven custodiada ba-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

jo cien llaves. El, que domaba fieras y amanzaba alimañas, iba á echarse á los hombros, fácilmente, una tímida gacela. Su placer había sido domar altiveces de mujeres encopetadas, humillar su orgullo, triunfar de sus resistencias, poseerlas, esclavizarlas y luego arrojarlas, olvidándose de todas, y no satisfacerse con ninguna, porque solamente encontraba cuerpos hermosos, talles esbeltos, rostros encantadores; pero casi nunca alma, corazón, inteligencia, algo nuevo, inusitado, que halagase su mente y le hiciese siquiera soñar con un mundo desconocido, nada común, nada repugnante. Creía coronarse de flores y, tras la pasión ya saciada, no hallaba sino cerco de espinas, que manaban en sangre. El tedio del placer cumplido es el mayor tormento del hombre insaciable en sus deseos. Cree sumergirse en aguas transparentes, dulces y serenas, y, cuando se ha hundido en ellas, se contempla sólo en fango de perezosa y turbia corriente.

Reinaldo, cuando empezó á enamorarse de Blanca Rosa, sintió, como antes hemos dicho, algo desconocido y seductor en su mente, comenzó á saborear la fruición del amor casto; pero, como pronto volvió á las andadas, esa grata, única y primera impresión, se le iba borrando. Sin embargo, volvía á pensar en ella y su Blanca Rosa, y la contemplaba inerme, sola y llena de virtudes, y, á su pesar, se decía: ¿Qué gran fortaleza voy á tomar, que famosa conquista á emprender, jugando con el corazón de esa joven, como un niño juega con una flor, cuyos pétalos despedaza? Ella se entregará á mí sin dificultad, candorosa y ardiente; porque para ella soy el primer amor, y el primer amor casi siempre es irreflexivo, ingenuo, confiado, agradecido, colibrí que expande sus alas y vuela por primera vez en un campo de flores, cervatilla que se aleja á pacer en el prado que la atrae con su verdor

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de esmeralda...Yo cuento mis conquistas amorosas casi iguales al número de los meses de mi juventud, en dos lustros de esta mi vida de calavera, de rico, de militar, de aventurero. Esta última conquista, última por ahora, es más bien una barbaridad mía, una complacencia por de más, un capricho, por no dejar de hacer, por no estar ocioso, por no sé qué, que yo mismo no comprendo. Vengarme de Margarita, porque ella no me atiende, acoge y adora como quiero, tampoco me parece proeza; que al fin es madre de hija única, y ésto debe ser muy tierno, muy dulce, muy inefable... Pero Blanca Rosa es muy bonita, muy espiritual, de simpatía irresistible, y dejarla pasar sería en mí la más tamaña torpeza. De estas así inocentes, encantadoras, de inteligencia, de candor, no he tenido ni una sola hasta el día. Todas han sido, si nobles y hermosas, vulgares mujeres y nada más que mujeres. Blanca Rosa será la última de mis queridas, la verdadera querida, la reina de todas ellas y .... quién sabe si, á la postre, mi esposa de veras, cuando me llegue el tedio de esta vida asendereada, y le haya cobrado amor de compañero á mi bella serrana, después de algunos años de vivir con ella entre los bosques de mi heredad, junto á las orillas de mi río. ¡Aunque cómo beber el agua que yo mismo he de enturbiar en su fuente! ¿Cómo coronarme de rosas que yo mismo estrujé? ... Vaya! que hasta yo tengo también escrúpulos infantiles. ¿Quién me obliga á sacarme de Tenorio y meterme á Gerónimo? Seré amante afectuoso, delicado con Blanca Rosa: nada le exigiré á la fuerza; procuraré sólo hacerme amar y adorar de ella, y luego vengan las cosas como pluguiere al destino. Dejemos los temores del porvenir, porque el porvenir es incierto. Gocemos del presente y robemos á Blanca Rosa, última flor que me propongo deshojar.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Así dijo á sus solas el enamorado Tenorio, y, en el breve combate del alma, triunfó la pasión. Estaba decidida la suerte de la bellísima quiteña.

Reflexionó también Reinaldo que no debía separarse del todo de la casa de Margarita, para desorientarla por completo, cuando se verificase el rapto, cosa que no podía conseguirse, si él no volvía á frecuentar las visitas. Estando él de amigo de la madre y mostrándose más complaciente, más atento, sin exigencias ya en asunto de matrimonio, se alejaría toda sospecha, y el lance sería al vuelo, sin que Margarita lo adivinase. Además, como hombre ducho en esto de seducciones, pensaba que no le convenía dejar el campo libre al tal Leonardo, su rival aun desconocido, que podía también ser otro Tenorio, aunque no tan temible como el Capitán dauleño. Como la ocasión es el mayor enemigo de una mujer, y la constancia y el saber perseverar vencen las más inmensas dificultades, Reinaldo temía que el joven riobambeño lograse, al fin, captarse por lo menos la benevolencia y afabilidad de Blanca Rosa y, poco á poco, llegar á mayores. Determinó, pues, afrontar al adversario, conocerlo y tenderle tal lazo, en tiempo tan oportuno, que cayese en él irremediablemente. Como Margarita jamás dejaba sola á su hija, Reinaldo no conseguía hablarla á su gusto, y resolvió repetir las citas con la frecuencia posible, y, para éllas, el tío Pelmas se desempeñaría con lucidez, como lo había hecho ya, preparando á su sobrino la grata sorpresa de la improvisada cita.

Margarita era viuda, á cuyos umbrales casi nadie acudía á pesar de su afable y ameno trato, porque era pobre, y la pobreza no siempre se atrae simpatías. Hogar, si de virtudes, también de grandes escaceses, escondido á las miradas de todos, oculto, ignorado era la morada de Margarita. Madre é hija después de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cumplidos los deberes cristianos, desde la mañana hasta la tarde, no se ocupaban sino en la costura y el bordado, ó en tejer y formar hermosos ramilletes de peregrinas flores artificiales, pues ambas eran hábiles floristas. Su entretenimiento, su afán, su única labor grata constituían las ocupaciones indicadas. Cuando Blanca Rosa, inclinada la frente, formaba un clavel encendido ó un pensamiento, no parecía sino una flor que tejía otra flor, dándole sus gracias, sus colores y su belleza. Sin embargo, escaso era el sustento que las dos solitarias de la casa de tinte sonrosado ganaban con sus labores, y apenas tenían para no perecer de hambre que no para vivir. Todo lo penetraba Reinaldo, que muchas veces las sorprendió entre día, tejiendo, cosiendo ó bordando. Pero el joven calavera, bastante caballeroso y sagaz, tenía respeto á la pobreza de las dos, y, aunque anhelaba prodigarles auxilios á manos llenas, se guardó bien de hacerlo ni aun decirlo. Tenía bien probada y conocida la virtud de Margarita y su dignidad, y preveía que jamás le aceptarían la dádiva más pequeña. Oh! la pobreza honrada, digna, recatada, bien sufrida, silenciosa y, á la par, atenta, afable, sin dejar que se transparenten abatimiento ó desesperación, es sin duda una de las más raras y admirables virtudes. Flor bella pero triste, como la melancólica, crece olvidada dentro de las paredes del hogar y se esconde bajo modesto techado. Su aroma casi nunca trasciende afuera; más bien se eleva á las regiones donde mora el Padre de los pobres.

El casi absoluto aislamiento en que vivían Margarita y Blanca Rosa, fue también la causa de que el malhadado tío político de ellas las visitase con tanta intimidad y frecuencia. Como, en sus mocedades, había sido hombre de regular fortuna y aun lucido en el mundo de los saraos y vida holgada, y rozado

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con gentes de alguna importancia y valía, le suponían sus sobrinas, aunque pobre, caballero aún y con virtudes. Para Margarita, sobre todo, era el tío Pelmas hombre de buenas costumbres, de recto criterio, de religiosa piedad, un varón, en fin, de consejo. Ella, tan previsora en todo, tan cauta, tan tímida de engañarse, se dejó alucinar de sólo el tío Pelmas, y la hipocresía refinada de éste llegó á tener predominio sobre una mujer inteligente: debilidades propias de la mente y el corazón humano. Con razón vemos, aun sobre varones fuertes, sabios y sagaces, prevalecer muchas veces el influjo de los peores.

El tío Pelmas era hombre que jamás se resignó á sobrellevar en sus hombros, no habituados al trabajo, el peso de la desgracia y la pobreza. Criado en el regalo y la vida muelle, extrañaba mucho los opíparos banquetes, las comilonas, los paseos, las orgías, el buen vino de antaño, y se enfurecía viéndose reducido á la necesidad casi de pedir, y tornaba á alimentarse con los recuerdos del pasado tiempo, y con tal de volver, siquiera en parte, á las perdidas comodidades y goces, no paraba en los medios, y prestaba á algunos amigos nobles, servicios semejantes á los que ahora hacía á su sobrino Reinaldo. Los que se habitúan á las prodigalidades y regalo, puestos un día en inllevable pobreza, rompen todos los lazos de honradez y decoro, y, primero gastan lo propio y lo ajeno; después se endeudan, trampean, se tornan aduladores del rico, se envilecen, y, al final de la vida, se dan á ejercer un oficio infame. Es el retrato fiel del consabido tío Pelmas.

Mucho de ésto se le alcanzaba á Reinaldo del Valle: casi se avergonzaba, en sus adentros, de recurrir á semejante personaje, y, cuando pensaba en desasirse de él, prevalecía la pasión y triunfaba el capricho de robar á Blanca Rosa. Determinó, pues,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aparentar con él más cariño, darle más dinero y, en primera oportunidad, regalarle un vestido completo, un buen terno; porque era natural y propio de un caballero joven, de un manirroto de lujo, recompensar con buenas mercedes los servicios de un correvidile tan astuto y leal como el tío Pelmas. Si el vestido del criado dice quien es su Señor, muy justo era que su tío adoptivo se presentara más decente á los ojos de la sociedad y de su predilecta Blanca Rosa. Con ésto se conseguiría que el tío Pelmas, viéndose con ropa nueva, cobrase más ánimo y procediese con más tino y bizarría, ya que el vestido pobre, raído, como que abate el espíritu y hasta apoca la inteligencia. Reinaldo quería abreviar el plazo de la realización de sus amores, y, para conseguirlo, pensó dar al tío Pelmas toda clase de comodidades. Así lograría que el intermediario tío no se ocupase sino en los negocios eróticos del sobrino.

XIX

¡Sin capa y sin sombrero!

En estas y otras cosas del mismo pensamiento divagaba la imaginación de Reinaldo toda la noche posterior á la primera impensada cita, y el insomnio, le tuvo, como acontece en tales casos, con la cabeza ardiente y llena de ilusiones y fantásticas ideas que le pasaban con rapidez vertiginosa, encendiéndole más el cerebro, hasta que, al fin, su fatigada mente se adormeció con los primeros frescores de una bellísima mañana, al mismo tiempo que, en su chiribitil de la calle del Suspiro, despertábase el tío Pelmas, maldiciendo la pasada noche, como la más ne-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gra de su vida, y renegando de la balumba de pesadillas que le habían abrumado algunas horas. ¡Vaya!—dijo, desperezándose,—parece que esta noche he estado con todos los diablos, en el mismísimo infierno, en ese infierno atroz, espantoso, horrible, horripilante, que describía en sus sermones el Padre Jaramillo del Tejar, según le oí en una ocasión, cuando yo era muchacho, y me metieron por fuerza á ejercicios, y me hicieron confesar y cumplir con la Iglesia por la primera vez y acaso por la última en toda mi aperreada vida. Al cabo de más de cuarenta años, se me ha vuelto á representar, al vivo, aquel infierno. ¿Qué será? Ya calé ¡caramba! la cosa: antes de acostarme menudeé las copitas de ese bendito coñag añejo, que compré con los sueres que me dió mi enamorado sobrino. Después de muchas navidades he tomado un licor como éste, y me he vuelto á recordar de mis antiguos tiempos, de mi opulencia de marras, cuando cercado de los numerosos amigos, que jamás faltan en la prosperidad, me pasaba las horas enteras en una fonda ó un café, ó en algún billar, viendo rodar las bolas como rueda la vida, catando ya éste, ya aquel vino y bebiendo de lo fino y costoso. Oh! bueno es que, alguna vez, nos venga un *recorderis*. Tanto tiempo de echarme al fondo cuando más el aguardiente desinfectado de Barahona, y eso como un gran regalo, ¿cómo no había de dar grata bienvenida á este añejo amigo, y echármelo todo entre pecho y espalda! Puede ser que ya, por la falta de costumbre de beber cosa suculenta, me haya achispado hasta verme y estar en ese horno, donde se revuelcan y tuestan todos los pecadores del mundo, aunque yo no tengo otro crimen que la pobreza; pero como ésta diz que tiene cara de hereje, por tal me llevaron los demonios, aunque sea en sueños. Eh! si la cosa fuera de veras, estan-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do uno despierto, sería muy seria ¡caramba!; pero pesadillas cualquiera las sufre después de beber largo, felicitándose por el éxcito de una cita sabiamente preparada, y por el comienzo de amores que rematarán con mi dicha y con volverme á las opulencias hace tiempos perdidas. Me veré en los verjeles de Daule, en abundancia, en quietud, con hartura de *comitiva y bebitiva*, haciendo ya de tío abuelo con los chiquillos retozones de Reinaldo y Blanca Rosa, que me gritan ¡tío Pelmas! por aquí, ¡tío Pelmas! por allí, y yo ¡ufano! y yo ¡rejuvenecido! echando una cana al aire. Quitemos, pues, los temores de sueños vanos, y repelamos los miedos, poniéndonos valor con el resto que, no sé como así, hemos dejado todavía en esa botella, que más que pescuezo de garza, lo tiene de pato, ya que no ha muerto en toda la tarde anterior. Me siento mal de la cabeza y de todo el cuerpo; mas ¿qué hacer? ¡caramba! la última copa de lo mismo me pondrá bien; porque, según los tunantes de mi tierra, para curar la herida, es buena la lana del mismo perro. Una vez convalecido de la debilidad y tedio que experimento ahora, para la tarde estaré ya muy hombre, é iré á la casa de Margarita ó á la de Reinaldo, á donde se me venga primero á la mente, á donde se me antoje ¡caramba!

Así dijo el todavía achispado tío Pelmas, y agotó el último resto del coñag que tanto le había desconcertado el caletre. Paseábase al rededor de su mal amueblado zaquizamí, y dábase, de repente, sus cabriolas, cuando se figuraba ya adulado de una bandada de sobrinos y nadando en las riquezas de Reinaldo. Estaba aún *en paños menores*, aforrado en la capa que conocimos al principio de esta historia, puesto un birrete de paño de castor, tan viejo como las malas costumbres del dueño. Espiaba con atención por si hubiese quedado en la botella algún resto, al-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

guna lágrima: la levantaba en alto; se miraba en ella como en un espejo, la halagaba y la oprimía junto al corazón, y viendo que ni así realizaba el milagro de hacer verter la dulce agua con que apagar la sed, entre descontento y alegrón, volvía á las cabriolas y zapatetas. En una de éstas acertó, por su mala ventura, á enredarse en la capa, y metió el pie en una de las vueltas de terciopelo, y rasgó todo el lado derecho de su compañera, como él solía llamarla. No fue ésto sólo: tropezó también, al tenerse en un pie, y dio sobre el sombrero de copa, su único cubilete, como él lo apellidaba, y lo apelmazó, lo aplastó, lo anonadó. Aquí mi hombre perdió los estribos y pensó en morirse de pena y desesperación, y recobró el juicio, que ni con la memoria del infierno había logrado poner en sus cabales. ¡Sin capa y sin sombrero! reflexionó que equivalía á quedarse sin cuerpo y sin cabeza y dejar de ser hombre. ¿Cómo ir á las casas que frecuentaba, ni andarse agenciando los asuntos que tanto le importaban, cómo vivir ó aparecer como hombre racional? ¿Qué dirían Margarita y Blanca Rosa, si no lo volvían á ver? ¿qué pensaría el mismo Reinaldo, su sobrino, si no asomaba su tío? ¿Sería tanta su desventura, que la falta de capa y de sombrero malograse todo un porvenir de dichas? No acertaba ya á pensar, decir ni hacer nada. Estiróse de brazos por derecha ó izquierda, en todas direcciones; púsose sobre las puntas de los pies al frente de un espejo valetudinario, y se miró de súbito medio desnudo, vióse la cara grietosa, los ojos encarnados, las manos sudosas, los pelos erizados, el mechón del centro entrecano, enhiesto, indócil, detestable, y, casi involuntariamente, tuvo que retroceder y exclamar: á buen seguro que he estado en la gruta de Satanás y he salido de allá sin saber cómo ni cuándo. De otro modo no se explica esta mi

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

actitud, mi continente, mi facha, mi figura, mi triste figura. ¡Diántre! ya no soy cosa de esta vida. ¿Qué me ha pasado? ¿La herida de mi vieja, de mi primitiva capa y la abolladura de mi sombrero me han desfigurado? Ah! y no ha sobrado siquiera una pizca de esa ingrata botella para matar esta pena y olvidar este fracaso *capuno*. No desmayes, Pelmas, eh! no te emberrinches, tío; cobra ánimo, que más se perdió en el diluvio y en Gatazo; pues con lo uno se perdió el mundo y, con lo otro, la patria; y aquí no estoy yo perdido del todo sino aporreado y aperreado por la suerte. Todo, fuera de la muerte, tiene remedio, y el mío será recurrir á Reinaldo: el será mi paño de lágrimas, el paño de una nueva capa. Hasta tanto el maestro Bayas remediará la rotura de mi capa vieja, y el vecino sombrerero Pazmiño compondrá el estrujón de mi sombrero, aunque esto sería perdonar el bollo por el coscorrón; porque más fuera el costo de las composturas que la utilidad de vestidos ya incomponibles, casi intangibles, ya que, al tocarlos, al zurcirlos, se romperán más todavía. ¡Canastos! yo sabré ingeniarme para salir aunque sea de nochecita.

XX

Un fantasma de visita

Tal era la situación del tío Pelmas, su momento psicológico, como él dijo después, todo á causa de la pasada *pentáfora*, como se llama en Quito á la embriaguez, y del extremado infortunio de la capa. El día pasaron Reinaldo durmiendo, y el tío Pelmas ideando, hasta que vino la noche obscura como boca

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de lobo, lloviosa como suelen ser en Quito las noches de febrero, y sobre todo fría y llena de heladas ráfagas de viento. Era preciso ser enamorado y aventurero como Reinaldo, ó codicioso y pérfido, como el tío Pelmas, para salir en tan intempestivas horas. Ambos salieron, en efecto, y se encaminaron á casa de Margarita, donde ahora los veremos. Reinaldo llegó el primero, en traje militar, abrigado en una hermosa capa de color de escarlata, la gorra de larga visera, encasquetada, buenos guantes y espada al cinto.

Sorprendida le recibió Margarita y alegre y risueña Blanca Rosa. Cuando el joven acabó de saludarlas con exquisita delicadeza, no esperaba veros,—le dijo la viuda, encubriendo con forzada sonrisa el desagrado—menos aún en noche tan tempestuosa, pues ya algunas semanas os habíais retirado de mi modesto hogar.

Quien bien quiere tarde olvida, Señora,—contestó Reinaldo.—Mi cariño hacia Uds. es entrañable, y, aunque de la última visita me retiré algún tanto resentido (soy franco en confesarlo) y aun resuelto á no pisar estos umbrales, más ha podido el amor que el capricho, y ahora vuelvo á verlas con la ansiedad de quien regresa al seno de su propio hogar, después de prolongados meses de ausencia.

¿Si os ha parecido tan largo, ¿por qué no habéis abreviado el tiempo?—dijo Blanca Rosa.—Muchos días han pasado sin que os vea ni en la calle ni de lejos.

Blanca Rosa decía esto con tal apariencia de candor y naturalidad, como si no estuviese reciente la primera cita, que la madre le dio crédito sin dificultad alguna. Las enamoradas suelen volverse mentirosas.

—He estado también bastante enfermo,—dijo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Reinaldo con la mayor frescura, por aquello de que pretextos y mentiras no cuestan nada.

Pero vuestro semblante está ostentando mucha salud y lozanía,—dijo Margarita.

Mi enfermedad ha sido más bien del alma que del cuerpo, dijo Reinaldo.—He permanecido algo misántropo, hipocondíraco. Además, me han escrito de Daule, que mi abuela, matrona de envidiables prendas, estaba muy mal de su salud. Su muerte, aunque me dejara heredero de inmensa fortuna, sería para mi una calamidad imponderable.

—¿Y aun continúa enferma?—preguntó Blanca Rosa.

Ha mejorado mucho,—contestó el Capitán—y, por eso, de placer de la noticia, he cobrado algún respiro á mi angustia, y vengo á consolarme con Uds. y hacerlas partícipes de mis penas y goces de familia. Yo miro este hogar como si fuese el mío propio, y lo será acaso un día, cuando mi Señora Margarita lo quiera y lo ordene. Hasta tanto mis consideraciones y lealtad de amigo no se desmentirán jamás.

—¡Gracias! está bien,—dijoMargarita.

Blanca Rosa, á quien el joven hizo significadora seña, desvió la cabeza, como que no había escuchado bien lo que se habló.

—¿No os hará mal el sereno de tan destemplada noche?—dijo después maliciosamente á su novio.

En el suave calor de vuestra casa se siente vida y tranquilidad,—dijo Reinaldo;—y luego amenizó la conversación con graciosas y variadas anécdotas, y con la descripción de las costumbres de los labradores de la costa Tenían tal seducción y atractivo sus palabras, que la hija le escuchaba con embeleso, y la madre no sin algún agrado. Reinaldo había, cual un instrumento de finísimas voces, suavizado su galantería y como perfeccionado el arte de seducir.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando estuvo en pie, para despedirse, vio que, de súbito, se deslizaba puerta adentro, uno como fantasma, arrebujado en uno como manto ó capa descolorida y fúnebre, que antes que vestido parecía mortaja. Traía el bulto un sombrero caro aun para cubrir la cabeza de un bausán.

Reinaldo de pronto, y casi inconsciente, requirió su espada, y se lanzaba ya tras la visión, cuando ésta retrocedió despavorida, dando un balbuciente y entrecortado saludo de ¡bue.....nas.....no.....ches! ¡buenas noches de Dios!

Al conocer el timbre de la voz,—ah! tí....—iba á exclamar sorprendido Reinaldo, cuando el aparecido, que no era otro que el mismísimo tío Pelmas, le interrumpió al sobrino, con tan eficaz guiñada, que éste preguntó á Blanca Rosa, quién era aquel hombre, como si no le hubiera conocido nunca.

Un pariente político nuestro,—dijo Margarita;—y luego, volviéndose al recién venido, ¿qué os ha pasado—preguntó—tío Pelmas, que venís en tan extraña figura y en horas tan avanzadas?

Mi cariño y mi desgracia,—dijo el tío Pelmas,—me han parado así. Venía por veros, porque alguien me dijo que Blanca Rosa había enfermado, y, al venir, como la noche está tan negra como mi suerte, tropecé más acá del arco y caí en uno de esos baches que la Policía no se cuida de rellenar jamás. Estoy estropeadito.

—¿Alguna fractura talvez?—dijo Margarita, algún tanto azorada.

No tanto ¡gracias á Dios!—dijo el tío Pelmas,—sólo fue una buena costalada. La herida, el desgarrón, la avería. la han padecido mi capa y mi sombrero.

¡Vaya!—dijo Blanca Rosa con alegría,—eso no mporta gran cosa; porque esas prendas de vestir se ompran sin mucha dificultad, mientras que brazos,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

piernas y costillas no se consiguen á ningún precio. Ud. ha andado feliz.

Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas.—Ahora lo que más me aqueja es el frío; y volvióse á Reinaldo, que, como si todo le fuese indiferente, paseaba á lo largo del cuarto.

Para ocultar la rasgadura del lado derecho de la capa, el tio Pelmas se había envuelto y ajustado tanto con las vueltas del lado izquierdo, que ya casi no podía moverse, y, más que hombre, asemejaba un envoltorio de carne humana. La imagen más repugnante, la figura más antipática, quedáranse en zaga, comparadas con ese cuasi simulacro del vicio arraigado y la vejez prematura. Desagradable fue para Margarita la presencia de su tío político, y hasta se arrepintió, en sus adentros, de haber hecho saber á Reinaldo, que aquel hombre era pariente de ella. Disimuló, cuanto le fue posible, su disgusto, se lastimó de la desgracia del tío, y procuró, con tino y viveza, indirecta y acertadamente, que se fuese á su casa de la calle del Suspiro. Cierto que harto tenía que suspirar el desdichado, acordándose de la mala impresión que esta vez había dejado su presencia.

Al despedirse y salir el tío Pelmas hizo á Reinaldo la postrera guiñada, que equivalía á un *te espero en la calle*. Cuando desapareció de la vista de todos, el joven Capitán volvió á preguntar, con interés, quién era aquel desdichado Señor, á quien tan bravo chasco habían dado los baches de la calle.

Es,—dijo Margarita,—un antiguo amigo nuestro y aun pariente político, aunque muy lejano, hombre antes de regulares haberes, y hoy pobre y casi menesteroso; pero, á mi ver, siempre caballero, siempre digno, amable, honrado. Es para nosotras amigo consecuente y servicial, y le queremos con gratitud.

Y nos fiamos mucho de él,—añadió Blanca

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Rosa.—Hoy, por el fracaso nocturno, ha quedado el pobre mal parado y no muy agradable á la vista. Esto es verdad; pero no excluye que admiremos sus buenas prendas.

Si tantas tiene,—dijo Reinaldo,—es natural apreciarlo y aun protegerlo. La pobreza no es pecado, y pobres hay que, por su dignidad, decoro y buena educación, se merecen consideraciones que muchas veces están lejos de granjearse los adinerados.

Diré, con el tío Pelmas, así es la verdad,—con, testó Margarita,—aunque eso acontece raras ocasiones. La pobreza, por lo común, cuando es extrema, sólo despierta en algunos fugaz y estéril compasión, hermana del desprecio. Pero vos, Reinaldo, habéis razonado con tanto acierto, que no vacilo en recomendar á vuestra munificencia la situación del tío Pelmas.

—Me placerá mucho servirle en algo,—dijo Reinaldo y, deseoso de dar alcance al tío, se despidió de sus amigas.

Margarita, que no se atrevería á pedir auxilio á nadie ni recibiría regalo alguno de parte del enamorado de su hija, con culta delicadeza recomendaba á un desdichado indigno de compasión. Tanta era la bondad de la buena viuda, que se olvidaba de las propias necesidades, para acordarse de las ajenas ó implorar socorro.

A Manuela, la diligente, la leal criada, no le quedó muy tranquilo el corazón con las últimas palabras de Reinaldo. Ella misma se admiraba de no poder traducir en expresiones el presentimiento que se le venía á la mente y el corazón. Algo le decía, algo le vaticinaba su sagacidad, y entreveía que la amistad de Reinaldo con el pájaro de mal agüero, como ella dio en llamar al tío Pelmas, sería funesta

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

al virtuoso hogar de sus amadas señoras. Para ella no pasaron inadvertidas las guiñadas del mal hombre al experto Capitán. Sin embargo, temerosa de caer en juicio temerario, desechaba, aunque en vano, el cúmulo de ideas y temores que se agolpaban en su mente, y no se atrevía á revelar sus recelos á Margarita, por no contristarla talvez con quimeras ó tentaciones del enemigo malo. Con todo, Manuela auguraba venideras desventuras, y gemía en silencio y expectación dolorosa.

Al fin de la prolongada calle, debajo del arco de Santo Domingo, al pie de una imagen de la Virgen, alumbrada por las muchas ceras, que la piedad de un pueblo creyente enciende allí todas las noches, en silencio majestuoso de hora muy avanzada, divisó Reinaldo una estantigua, capaz de imponer miedo y amilanar el corazón de cualquier tumante ó pordonavidas. Pero al Capitán, que era en verdad valeroso y sereno en los peligros y que además presumía quién era aquel endriago, no lo causó admiración ni extrañeza. Soltó, más bien, ruidosa carcajada y, turbando el silencioso respeto de aquel lugar, dijo con voz, que retumbó dentro del arco: ¡hombre! tío, yo creí que Ud. era el diablo, á quien estaba hollando con sus plantas la imagen de esa Virgen. ¿Qué demonios le inspiraron una visita en semejante hora?

—El demonio de tus amores, sobrino.

—¿Por qué no vino primero á casa, para ponernos de acuerdo?

—Porque no te creí tan audaz, tan resuelto, que te vinieses á meter en una casa, de donde saliste con humos de resentido y orgulloso. ¿Cómo había yo de suponer que tú estuvieses allí? Por servirte hice la visita nocturna, para indagar, para ver qué pasaba, si sorprendía allí al Leonardito, al flamante

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

enamorado de mi sobrina, para luego correr á tu estancia á informarte de todo. Te repito que por servirte. Me metí á ejercer oficio ajeno, y no salí con bendición de Dios.

—¿De qué oficio habla, tío Pelmas?

—De mi intervención directa, entusiasta y esmerada en tus amores.

—Ja, ja, ja.....

—¿Te burlas de mí, de tu colaborador?

—No, no, tío. Me admiro de su facundia. ¿Por qué cree Ud. que no ha salido con bendición de Dios?

—Porque he salido con la maldición de todos los diablos, que me persiguen desde anoche.

—Explíquese, tío Pelmas.

¿No es maldición, sobrinito, quedarse uno sin capa y sin sombrero, es decir sin dignidad ni abrigo, sin alma ni cuerpo y, por adehala, aporreado, golpeado, estropeado, despostillado, y afligido, y entristecido, y abatido, y molido, y todos los acabados en *ado* y en *ido* que hay en el mundo y por toda la redondez de la tierra, y en las cinco zonas, y en los dos polos, solamente de cuenta de buen amigo, de leal compañero, de excelente tío y sin esperar talvez ni gratitud?

—Me parece mucho, muchísimo lo que habla Ud., querido tío. Un estropeado y un abatido no habla tan largo. Quien ha sufrido, como Ud., una gran costalada, más está para bizmarse y gemir que para parlar sin descanso. No me persuado, pues, de que Ud. esté en tan lastimoso estado.

—Por amor tuyo, me esfuerzo y no me impaciento; pero dolerme la pierna, la cabeza, el pecho y la mismísima vida, si me duele.

—Ya se acabarán, tío, los dolores y las pobrezas y.....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ya te comprendo, sobrino. Eh! por tí doy por bien dados los dolores y fracasos de esta noche.

—Así son los buenos amigos, tío.

—Así es la verdad, sobrino.

—Vamos andando, tío Pelmas.

—Vamos ¡cáscaras! aunque estoy débil.

—Tome mi brazo.

—Gracias, hijo, honra y apoyo.

—Dígame, tío Pelmas, ¿qué quiso decirme con esas tres guiñadas que me hizo en el cuarto de sus sobrinas? La primera le comprendí bien: iba yo á decirle inconscientemente *tío,* y Ud. me interrumpió á tiempo, dejándome en el *tí*.... para que la viuda no comprendiese que Ud. era ya mi conocido y aun amigo de confianza. ¿No fue todo ésto su guiñada?

—Sí, sobrino, sí, Reinaldo, sí, Capitán. Tienes talento, rápida comprensión, buena sindéresis, y me gusta ser tío de un joven de inteligencia y perspicacia como la tuya.

—¡Gracias! tío Pelmas; ya Ud. olvidó todo dolor.

—Por tí, hijo. Dime ahora,¿ que quise decirte con la segunda guiñada?,

—Esa apenas la advertí.

—Me quejó del frío, ¡hombre! y Ya sabes el remedio del frío.....

—Ah! ahora, en la fonda de Alcocer,matará Ud. el frío.

—¡Gracias! generosote. La tercera guiñada era que iba á esperarte aquí y que no pareciéramos amigos á los ojos de Margarita.

—¿Por qué quiere Ud. que no aparezcamos como amigos á los ojos de Margarita?

—¡Hombre! ¿ no se te ocurre? Porque así quedo yo en más libertad de mis *agilibus* en provecho tuyo. Si la viuda, que es bastante sabida y perspicaz, llega

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á calar que somos amigos íntimos, que nos queremos, ha de entrar en sospechas de que yo secunde tus amores, y entonces ni me ha de confiar sus secretos, ni menos permitir que su hija vaya conmigo al Jubileo de las cuarenta horas. Te quedarías sin las citas que en estas semanas serán más frecuentes y decisivas. Más bien conviene fingir que tú no eres mi amigo, que me saludas, donde ellas, por cortesía, y que te soy algo antipático.

—Magnífico, tío Pelmas. Es Ud. sabio en la materia, y el fondista le va á premiar á Ud. por su acierto en el discurrir.

—¡Gracias! así es la verdad.

Ambos entraron á la fonda, y Reinaldo pidió una regular cena. Mientras les servían, pensaba en que, por primera vez, la mentira iba á ser verdad. El tío Pelmas deseaba que Margarita creyese que él era hasta antipático para el joven militar, cosa que, en efecto, era certísima, aunque al tío le pareciese una bien forjada mentira.

Opípara que no regular fue la cena, y admirable el apetito del tío Pelmas que, á una leve insinuación de Reinaldo, pidió tres *bigstés*, dos tortillas de huevo, un plato de carne fría, una salchicha, larga como un culebrón, pan de Dámer, pastas, helados de la Cope, y otras menudencias más, con las que logró sacar el vientre de mal año. Además, con el pretexto de asentar la cena, apuró algunos vasos de vino, una botella de cerveza, y tres copas de aguardiente del Guayas, y volvió á desocupar los últimos restos de las botellas, diciendo, como algunos tunantes: más bien que haga daño y no se desperdicie. Yantó y bebió para un mes adelantado.

A todo estaba atento Reinaldo y, en silencio, tomando una taza de café con una pasta, ponderaba cómo, por saciar una pasión, había llegado al extre-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mo de halagar y obsequiar á un echacuervos, á quien, si no le fuera necesario, ni siquiera se dignaría mirar de paso. La aparcería difiere mucho de la amistad, y al cómplice se le atiende y adula, pero casi jamás se le ama.

Generoso pagó Reinaldo cuanto había pedido el tío Pelmas y, con éste, ya calamocano y envuelto en la averiada capa, echó á andar, apesarado y triste.

Antes de separarse los dos, junto á la casa donde el tío Pelmas tenía su conocido chiribitil, dijo Reinaldo: tío, záfeme de una curiosidad.

—De cuantas quieras, sobrino. Puedo hablar ahora hasta que venga el alba y saludarla con un brindis; porque ¡canarios! me siento ya sano del todo, y agradezco tus finezas, generosidades y esplendidez.

—Basta, tío: la almohada me está reclamando. Una sola es la curiosidad. ¿Por qué renegó Ud. y dijo denantes que, desde anoche, le perseguían los diablos?

—Hijo, eso no es reniego sino la verdad neta. Sabrás que casi toda la noche me soñé en los quintos infiernos, y me ví éntre demonios que se fisgaban de mí y me hacían higas, y me denostaban claramente. Sabrás que me parecía viajar en un caballito de fuego, que caminaba con mucha rapidez, al trote, y me llevaba desde tu casa hasta la de Margarita; pero al escape después, sin parar, y con tal dureza, que me revolvía las entrañas, y me obligaba á arrojar los bofes, que también eran de fuego. Me sentía morir con una muerte inacabable. ¡Caramba! te digo con franqueza, que si tal sueño me vuelve á visitar, me hago loco.

—Conque, tío Pelmas ¿también Ud. cree en infiernos, candelas y azufres? Déjese de tonterías y supersticiones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—No soy supersticioso, ¡hombre! ni creo yo en nada; porque, desde que me he amalgamado contigo, me reputo y soy un *liberal convencido*. Con todo, el caballito aquel me hace estremecer, y tal cabagaldura *abrenuncio*, aunque fuera el mismo Bucéfalo y aunque me regalasen Babieca; porque más babieca sería yo al aceptar semejante regalo.

¿Pero qué más quería, tio Pelmas? Todo lo hacía Ud. á caballo y con velocidad, y se ocupaba en asunto de mis amores.

—Pero creeme, Reinaldo: el tal caballito quemaba, y aun tengo escaldadas las posaderas. Te aviso en confianza.

—Ya al tío se le subieron al cerebro todas las copitas de la fonda. Con razón dijo que me hagan daño y no se desperdicien. Nada ha desperdiciado mi buen tío. No desperdicie también el buen sueño que le espera en su cama y, olvidándose del caballito, que ya fue á la querencia, duerma á pierna suelta. ¡Adios! sólo le haré una advertencia, que le saldrá muy provechosa, si la atiende y observa estrictamente. Estese quietecito en su cuarto, nada más que dos días; porque no sería bien que saliese Ud. otra vez vestido y apretado como un bausán y con ese sombrero de espantar pájaros. Aquí tiene Ud. cinco sueres con que entretener el plazo exigido. Cuenta con que vaya Ud. á meterse en casa de Margarita, y se deje ver de Leonardo, como se ha dejado ver de mi esta noche. Esto tiene sus inconvenientes.

Prometió y juró el tío Pelmas cumplir lo que le ordenaba su sobrino, y ambos se despidieron cariñosamente.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XXI

Frente á frente dos rivales

REINALDO, ya en su lecho, repasaba con el pensamiento las aventuras que comenzaban á desenvolverse y esperaba que, con el tío Pelmas, personaje por entonces necesario, se verificaría el rapto y el logro de sus deseos. Por lo mismo, quería que el fautor de sus amores no se presentase en traje de desprecio sino aseado y decente. Al verlo en lastimoso estado, Leonardo González, que no debía de ser ningún bobarrón, puesto que se había enamorado de Blanca Rosa, le graduaría, sin duda, de lo que era, aunque oculto, de rufián, cosa que convenía evitar, dándole al tío mejores trazas. Muchas veces el buen traje oculta los vicios y las infamias con más facilidad que la ropa desaliñada y vieja, por esa propensión que tienen las gentes para juzgar que al sujeto roto y desgarbado es más fácil atribuir crímenes y faltas que en los elegantes y bien apuestos repugnan ó se hacen increíbles. Ya verá,—pensaba Reinaldo,—mi tío por fuerza si su oficio no le es por ahora, aunque vil, ricamente lucrativo.

Al día siguiente Reinaldo estuvo muy temprano en casa de la viuda y procuró descubrir si había ó no adivinado su amistad con el tío Pelmas; porque temía que la avisada Manuela diese con la verdad, y harto barruntaba el joven los alcances de la criada. Podía ser ella como el ángel tutelar ó el centinela de Blanca Rosa, y lo seguro era fingir, delante de ella, aversión al tío, cosa no muy difícil, pues la sentía de veras.

¿Ha venido vuestro tío político?—dijo, después de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

saludarlas—¡Pobre hombre! la recomendación vuestra, Señora Margarita, me ha hecho compadecerme de él, á pesar de que, sin motivo alguno, le tengo cierta antipatía y recelo, talvez movimiento espontáneo del corazón; no sé explicármelo.

No os parezca mal el desdichado,—dijo Margarita,—porque ya os contó anoche sus buenas cualidades.

—Quien me aprecia á mí, debe apreciar también á los que bien me quieren y sirven,—dijo Blanca Rosa, y miró de soslayo á su enamorado amigo.

Justamente, por eso,—replicó Reinaldo,—le compadezco y aun procuraré apreciarlo, si me es dable tanto. Pronto estarán remediados los fracasos de ese Señor.

—Os agradezco de mi parte,—dijo Margarita.

Pena me dio y grande,—dijo Blanca Rosa,—que, por averiguar de mí, hubiese el pobre venido en tan lluviosa y negra noche. Se ve que nos tiene cariño y toma grande interés por todas nuestras cosas.

Merece premio esa conducta,—dijo Reinaldo,—ya que la lealtad no es virtud tan frecuente, siendo tan hermosa.

De veras apenado vino el pobre y más apelmazado de corazón que de capa y sombrero,—dijo Margarita.—A veces suele ser locuaz y dichero; mas anoche estuvo desmayado de ánimo y palabras. Si hasta dos ó tres días no vuelve, tendré que irme yo misma á verle. ¿Y Ud., Reinaldo, no tuvo algún contratiempo en tan obscura noche?

—Ninguno, Señora,—contestó Reinaldo, y, cuando comenzaba á contarles las buenas noticias que había recibido de su familia, entró de rondón (cosa que indicaba ya mucha intimidad) un joven desconocido para Reinaldo, pero no para el amable lector, pues no era otro que Leonardo González, el cual, al topar con

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

el Capitán, que se paseaba al rededor de la pieza, dio involuntariamente dos pasos atrás, como el viajero que retrocede medroso para no pisar la víbora que halló en la mitad de su camino.

El joven dauleño sufrió también alguna sorpresa; pero con la mayor serenidad se apresuró á saludarle, y dijo: comprendo que tengo el honor de saludar al Señor González, y le ofrezco, por lo mismo, mi amistad, aun antes que la Señora Margarita se digne presentarme á Ud.

—Acepto de grado su amistad,—dijo algo tibiamente Leonardo, á quien extrañó bastante la facilidad y franqueza con que el mismo Capitán se le presentaba y ofrecía por amigo, y algo se le vino de súbito á la mente, y, con la rapidez del relámpago, columbró lo que le escondía el porvenir.

Hay ojos que divisan todo un futuro.

—Reinaldo del Valle tendrá la honra de contarse en el número de los amigos de Ud.,—volvió á repetir el Capitán, no sin enfadarse en sus adentros, al ver la gravedad y poco entusiasmo de Leonardo.

Ya antes,—dijo éste,—tenía el honor de conocer á Ud. de vista solamente.

—Siéntense Ustedes, Señores,—dijo Margarita; y ambos se sentaron frente á frente, como dos monarcas que se disputan la posesión de un imperio, como dos rivales que se aborrecen sin manifestarlo, y se tratan con cultura y caballerosidad. Se diría, al verlos y calar sus intenciones, que eran dos caballeros andantes, que galante y bizarramente iban á luchar por su dama, en singular batalla.

Hubo instantes de silencio.

Margarita estaba entre desagradada y contenta. Su desagrado era por el encuentro casual, imprevisto, de los dos enamorados y por no haberse acordado de contarle á Reinaldo, con tiempo y oportunidad, las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nuevas relaciones con el joven estudiante. Su contento se cifraba en que Reinaldo viese que no era él el único aficionado ni el único novio de su hija: vanidades del amor maternal. Les place á las madres que sus hijas tengan novios en que escoger al mejor, y les enorgullece á las jóvenes verse rodeadas de varios adoradores á quienes agradar y rendir. Es la regla general de las debilidades y satisfacciones femeniles, regla que tuvo su excepción esta vez; porque para Blanca Rosa fue ingrata sorpresa el encuentro de los jóvenes, y, cabizbaja y purpuradas las mejillas, si daba, á hurtadillas, un vistazo á Leonardo, dirigía diez miradas escrutadoras á Reinaldo. Los vistazos eran recelo, las miradas amor.

Margarita, discreta, se esforzaba por distraerlos con variada conversación, y, en efecto, se habló del invierno hasta entonces más riguroso que nunca, de los trece meses al año que diz que llueve en Quito, de las modas del día, de las familias honorables y ricas del país, de la magnificencia del Jubileo y hasta de política; pero superficialmente, porque sabía que Leonardo, aunque de ideas republicanas, muy sinceras, no llegaba á ser liberal ni menos radical como Reinaldo. Logró, pues, variar la plática y hacerla entretenida; pero no alcanzó á serenar en lo interior los ánimos de los dos jóvenes, que se ardían en llamas de celos candentes como el metal que se depura en la fragua. Los del estudiante eran de temor y desesperanzas, los del Capitán de ira y venganza. Se veían, se hablaban, se entendían, y se comenzaban á odiar cortésmente; al menos Reinaldo aborrecía ya á su rival, mientras éste sólo sentía tedio al nuevo simulado amigo. En esos dos cerebros bullían ardientes ideas tras ideas, y en esos dos corazones llameaba terrible la pasión.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Como esta vez, hubo muchas en que se encontraron los dos supuestos amigos, que creían engañarse mutuamente, tratándose bien y con apariencias de afabilidad. No se querían, pero se hablaban con cultura.

Después de este primer encuentro, salió primero Leonardo, y quedóse unos momentos más el Capitán. Margarita, llevada del deseo de realzar á su hija, haciendo ver que tenía otro pretendiente de importancia, cayó en la imprudencia de prodigar alabanzas al joven riobambeño y exaltarlo en demasía. La falta de oportunidad echa á perder aun las cosas de suyo buenas ó inmejorables. Margarita esta vez, indiscreta por su predilección por Leonardo, enceló más á Reinaldo, que salió despidiéndose con tanta sangre fría, al parecer, que nadie adivinara que iba llevando como empapado en veneno el corazón.

XXII

El júbilo de la ropa nueva

Insoportable se le hizo al tío Pelmas la clausura de dos días y, aunque era ya la tarde del segundo día, las horas se le prolongaron tristes y tediosas, y ponderaba sus pesadumbres, sin embargo de que no se descuidaba de irlas enjuagando en buenos vasos de vino chileno, dádiva y regalo expreso de su sobrino. ¿Por qué,—decía,—me habrá confinado Reinaldo en mi habitación, en esta calle del Suspiro, donde tantos estoy dando á los aires, que ya casi

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no me queda uno solo en el pecho? ¡Qué largo confinamiento! ¡caramba! ¡qué buen premio merezco por mi obediencia! ¡canastos! esto de proporcionar amores á los amigos, tiene sus inconvenientes y sus bemoles, y su más y su menos. El gusto del buen éxito de la cita primera, que antes puede llamarse mía que no de Reinaldo, me costó la destrucción final de mi capa y el famoso magullamiento de mi sombrero. Caros me han salido las cabriolas y retozos de la satisfacción. ¡Caramba! lo cierto es que.....

No pudo proseguir en su ya largo soliloquio; porque lo interrumpieron repetidos aldabazos á la puerta, que se abrió por sí misma, como por encanto, y apareció en el umbral Lorenzo Muro con una ancha bandeja de metal, cubierta de blanquísimo paño. Al ver al negro, quedóse el tío Pelmas asustado, suspenso, pensativo, extático. Después, despertado de su estupor, con ojos llenos de cariño, de gratitud, de gozo, miraba y remiraba no al paje sino la bandeja, que contenía un gran obsequio ya esperado, ya casi seguro, desde que el tío lo vio entrar por sus felices puertas.

—Conque, tío Pelma, ¡Uté aprisionao en su memo cuato!—dijo Lorenzo Muro.

Dominando la cólera de oírse tratar con tanta confianza por un negro,—no estoy de prisionero sino de enfermo,—respondió el tío Pelmas.

—¿Qué tiene, pue, Señó Pelma?

—Debilidad á los bronquios, negrito.

—Lo siento pue.

—Pero, ¿qué milagro es tu venida, negrito? ¿Qué me traes? ¿Cómo está nuestro Capitán?

—Bien etá, cua día ma enamoricao de la Blanquita de La Loma, de la sobrina del tío Pelma. ¿No la conoce Uté?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ah! negrito bellaco, y suspicaz y malicioso, no tomes en boca ni á tu patrón ni á mi sobrina. Dios sabrá cómo son las cosas. Vamos al grano: ¿qué me traes, negrito?

—Oh! una sarta de cosa, tío.

—¡A ver las cosas! Descúbrelas, negrito.

—Págueme primeo la decubieta.

—¡Qué chancero eres, negrito! Con un trago hemos-de asentar el regalo de nuestro Capitán.

—Bueno pue. Véalo.

Y con grande ligereza puso la bandeja sobre un desvencijado diván de damasco verde, único mueble de lujo en el cuarto del tío Pelmas. Cuando éste contempló el regalo á las claras, patente, innegable, y lo tentó con las manos, y lo olfateó dilatando las narices, tuvo el heroísmo de brindar primero una copa de vino á Lorenzo Muro antes de satisfacer toda su curiosidad.

—Salud, negrito.

—Salú pue. Too.

Apuradas las copas, el tío quitó el paño que cubría el obsequio y sacó á lucir una levita azul, de última moda, hechura de Chiriboga Alvear (autor de una buena obra de su arte), de paño muy fino y costoso, luego un chaleco de la misma tela, después unos pantalones de casimir aplomado, en seguida un saco de noche, gris, á continuación botas de charol, sombrero de copa alta y, por fin, para complemento de la dicha, una gran capa de paño negro con orlas de terciopelo carmesí, y borlas y adornos.

Si entonces no perdió, de gusto, el juicio el tío Pelmas, no lo perderá jamás ni á fuerza de pesadumbres y desdichas. Tres revistas pasó á las prendas de su vestido, las acarició de redropelo, las acomodó sobre el diván, separándolas, las contempló otra vez, y, rebosando en regocijo, dio apretado abrazo á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lorenzo Muro, que miraba al tío Pelmas con cierta irónica y graciosa sonrisa.

—¡Vaya! negrito, le dijo, dile á Reinaldo, que, con ropa tan soberbia, no envidio ni al rey de Prusia ni al emperador de la China. Agradécele en mi nombre y avísale que esta misma tarde iré á la casa de las sonrosadas esperanzas. Dile que le quiero de veras.

—Too le he dicí, Señó Pelma, dijo Muro,—pero Uté tamién debe.....

—¿Debe qué, negrito?

—Dale guto en too, pue, á mi Capitán.

—Asimismo lo hago, negrito.

—Y entregale ya la Blanquita, pue.

—No te entiendo, negrito.

—Servile, pue, á mi patrón, á que lo prieme á Uté, y ya le digo lo que má puede hacé.

—¿Qué más, negrito?

—Lo de la Blanquita, pue: robala ó ayudale á robá.

—¿Quién te ha dicho, negro, que mi amistad con tu Señor llegue á tales extremos y empresas?

—¿Sabe quién?....

—¿Quién, negrito?

—La bandeja de ropa.

—¡Calla!

—Y otra persona má.

—¿Quiénes?

—Esa botella de buen vino.

—¡Bueno! negrito, tómate otra copa del buen vino, y ándate ya, que te ha de necesitar tu amo.

—No me necesita mucho por ahoa.

—Yo sé que te necesita con urgencia.

—¡Bueno! pue: tomaé y me iré yo tamién á La Loma, á rondá la casa onde que vive mi oislo prestaa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Hola! ¿quién es tu oislo?

—Dio averigua meno, y pedona.

—Conque, tu también eres amoroso.

—Siguiendo, pue, lo que hace mi Capitán, aunque yo no tengo, pue, un tío que me ayude y me.....

—¡Vaya! negrito, otra copa, y ándate; que tengo que salir al instante.

—Tomaré, pue. ¡Gracia! adio, pue ¡gua!

—¡Adios!, negrito.

Salió Muro, y el tío quedó muy amostazado, al pensar que el negro supiese ó, por lo menos, maliciase cómo pasaban las cosas, según lo había dado á entender.

El regalo tuvo, pues, como todas las cosas de la vida, su agridulce para el tío Pelmas, y resolvió tratar con tino y fingida benevolencia al negro, para que guardase el secreto de todo y no llegase á comprometerlo en la sociedad con algún indiscreto abuso de confianza. Para alejar el disgusto que le causaron las vivezas de Lorenzo, volviendo á contemplar su ropa nueva, se recreó y, metiendo, de curiosidad, la mano en el bolsillo de pecho de la levita, topó con un pequeño rollo, nada menos que de veinte sucres en billetes del Banco del Ecuador. Tal hallazgo le hizo olvidar todas las penurias, temores y desprecios del mundo y, fuera de sí, exclamó: no sólo he de entregar Blanca Rosa á mi Reinaldo, sino todas las rosas blancas, y coloradas, y encendidas, y rojas, habidas y por haber en este mundo. Debo serle agradecido, su aparcero, su eterno amigo, su esclavo y dar, por él, no digo sólo la tranquilidad y la vida sino aun el alma al diablo. Heme aquí hecho y derecho, un hombre cabal, flamante. Tengo la certidumbre de haber vuelto á los días de mi juventud, á los tiempos de mi buena suerte, cuando era yo metido en reales, como se dice en Quito á los bastante

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ricos. Qué bien hice en callarme lo de las zapatetas y no contarle nada á Reinaldo; porque talvez me hubiera tenido por viejo loco y ridículo, que me pongo á brincar como chiquillo y romper así capas y sombreros. Mejor fué fingir la historia de la caída en los baches, y culparle á la Policía que, aunque nunca ha sido buena en Quito, esta ocasión no tiene culpa.

Así habló á destajo y más hablara todavía, si viendo aproximarse la última hora de la tarde, no se hubiera dado prisa á vestirse con la ropa nueva. Primero se lavó cara, brazos y cuello, se limpió y se secó con el mayor esmero y pulcritud, como el más relamido lechuguino. Se engolfó después en los anchos pantalones, que se usaban entonces, se ciñó el chaleco, se ajustó la corbata de color violado, y se puso la levita, que se iba abotonando con la satisfacción de un czar. Cuando estuvo completamente vestido ó de *punta en blanco*, según refrán de nuestro país, descolgó el espejo anciano y polvoriento, y lo limpió con afán, y empezó á mirarse con cariño, ya la cara, ya la cabeza regularmente peinada, ora el pecho, ora los brazos, y levantaba en alto el espejo, y lo bajaba, y lo ponía del lado izquierdo, del lado derecho, como si estuviese enjabonándose con él. Echaba malayas por no tener un espejo de cuerpo entero, para mirarse de una vez, despacio, á satisfacción, y viéndose lindo, elegante y lujoso, decirse: gózate, amable deidad. Seis veces se pasó el espejo en todas direcciones y, al fin, se sintió tan contento, que el gozo le reventaba por los cachetes. Era ya el tía Pelmas, en lo exterior, un hombre nuevo, aunque, allá dentro, se quedaba el hombre viejo, intacto, con todos sus vicios, inclinaciones y pecados.

Daban las cinco de la tarde.

Antes de salir, se vió en el espejo la cara, se atu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

só el mostacho, y, queriendo retorcércelo, por la larga falta de costumbre, lo halló indomable y rehacio.

XXIII

Nuevas confidencias y pesares

La situación de Margarita era por extremo difícil desde que Reinaldo volvió á visitarlas con frecuencia y se encontró con el estudiante González. No era posible sostener por más tiempo el estado de indecisión y peligro para Blanca Rosa, y, por última vez, se resolvió á sondear las intenciones de su hija y hablarle con toda franqueza.

Hija del corazón, — le dijo,— como es triste el anochecer, lo es también para mí pensar en tu porvenir. Una vaga melancolía, como la de esa luna, que empieza á levantarse entre las nieblas, se apodera de mi alma, y siento un no sé qué inexplicable. Cómo quisiera que me amaras de veras y me obedecieses.

—Si os amo y mucho, madre,—dijo Blanca Rosa.

—Pero quien ama obedece, hija mía.

—Obediente os soy, madre mía, y sujeta al trabajo. Soy la compañera de vuestras desgracias.

—Sí, vida mía; pero todo es susceptible de perfección, y tu amor y obediencia fueran perfectos, si me dieras gusto en no casarte con el joven Capitán.

—Os amo, madre del alma, pero también amo á ese joven . ¿Qué queréis que haga? No le puedo decir *no* á mi corazón, donde el cariño á Reinaldo ha echado muy hondas raíces.

—Es forastero, desconocido é ignoramos de qué familia sea.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pero ¿no es razonable escribir á Guayaquil, y averiguar cuanto deseáis, como ya os ofrecieron el otro día?

—Mucho tarda, hija, y además el tío Pelmas no ha vuelto á decirme nada á cerca del particular. Esperar unos pocos días es cuanto puedo hacer.

—Volved á hablarle al tío.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, si viene.

—Entretanto, más dignidad, Blanca Rosa, más delicadeza delante de tu enamorado. No le des ocasión de que él se alabe por tu correspondencia, ni prenda alguna tuya que posea. Los hombres muchas veces, cuando una joven los acoge con afabilidad y los trata con grande cortesía y distinción confunden las atenciones con el amor, y se creen adorados, y se jactan de ser correspondidos, pagando tributo á una credulidad demasiado ligera y necia. Si ésto acontece con frecuencia con muchos, sin razón ni fundamento, cuán grande y positivo riesgo no habrá con Reinaldo, á quien de veras amas.

—Lo idolatro, francamente.

—Ah! no puedes, hija, esconder la locura, que se ha apoderado de tí.

—El será mi esposo. Vos queréis que lo sea Leonardo y le dais la preferencia. ¿Por qué, dulce madre, me contrariáis?

—Yo no quiero imponerte mi voluntad, Blanca Rosa, ni casarte á la fuerza, con ese amable joven; pero, como madre, tengo autoridad para impedir que te unas con un aventurero, hasta no saber quién es.

—Presto lo sabréis.

—¿Me ofreces, hasta tanto, obedecerme y no casarte con él? ¿Callas?.....¡Dios mío!

—Os ofrezco, madre.

Dijo y echó á llorar, porque ofrecía lo que no

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pensaba cumplir, pues estaba resuelta á amar á Reinaldo y seguirle á donde fuese. Las tinieblas del amor ciego se habían condensado en derredor de ella, y sus mismas lágrimas eran como el vaticinio de sus futuros males.

—Está bien, dijo al fin Margarita. ¿Me lo juras?

—Tanto, no, repondió la hija.

—Serás feliz, si sabes amar sin desobediencia.

—Seré feliz, con Reinaldo y contigo.

Margarita enmudeció y, ocultando su rostro entre las sombras de la noche, en la parte más obscura de su habitación, se desató en silencioso, acerbo y larguísimo llanto. Ella temía que su hija, impaciento por esperar el resultado de la averiguación, que era indispensable hacer, se entregase en brazos de su amante. Margarita se imaginaba un cuadro inmenso de desgracias, y se las pintaba con los colores más sombríos y lúgubres, como suelen imaginar los que aman y temen por el objeto amado. La visión, que un día refirió á Blanca Rosa, tornaba á perseguirla, y reflexiones, ideas y desconfianzas, se aglomeraban en la enardecida mente de la virtuosa viuda.

Blanca Rosa estaba inquieta y sus miradas anhelantes se dirigían á la puerta, por donde, de súbito, entró un hombre de mediana estatura, elegantemente vestido, y á quien no conocieron de pronto las dos, hasta que dijo: ¡santas noches! y sonó la consabida voz del tío Pelmas.

Encendióse luz.

—Bien venido seáis, respondió Margarita.—Se nos ha perdido algunos días, tío Pelmas, desde la noche de la costalada.

—Así es la verdad, hija: quedó magullado y nece-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sitaba bizmarme,-y quise estar recluso por hacer de la necesidad virtud.

—¡Pero ya está bien?

—Perfectamente.

—¡Y qué elegante! Como nunca.

—Mi buena suerte me deparó este atavío, Margarita, y aun espero mejorar de situación y hacer mucho en pro de esta casa.

—¡Gracias! si lo creo, porque Ud. es de buen corazón.

—Y muchas veces el desgraciado socorre á otro más desgraciado con mayor largueza que un rico. ¿No es así, Margarita?

—Así es la verdad, tío Pelmas.

—Ja, ja, ja..... si yo me tengo la experiencia en la punta de la lengua.

—La edad, la desgracia misma y el buen juicio son buenos maestros, tío.

—Aunque no soy muy entrado en años, así es la verdad.

Blanca Rosa apenas contestó el saludo y seguía callada. Por ésto el tío Pelmas comprendió que había habido borrasca, y Margarita indicó á su hija que entrase en otro cuarto más lejano, donde la excelente Manuela estaba aplanchando ropa. Blanca Rosa obedeció.

—Tío de mi alma,—dijo Morgarita,—respiraré, ahora que estamos solos y desahogaré en Ud. toda la amargura de un corazón empapado en hiel. Las penas se aminoran contadas á quienes saben consolar.

—Cuéntalas, hija. ¿Qué pasa?

—Que mi hija, cada vez, se apasiona más de ese joven militar, y temo que dé un mal paso y salga, como suelen decir, por la calle del medio. ¿Qué haré, qué me aconseja, tío del alma?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Quiéres que te hable con entera franqueza, sin rodeos ni oscuridades?

—Hable como Ud. quiera. Estamos solos.

—Perdóname, si talvez te digo alguna inconveniencia ó cosa que no te guste. Mi celo por Ustedes y.....

—Dígalo todo, y hable pronto antes que vengan los jóvenes que visitan esta casa.

—Pues bien, si tu hija insiste en casarse, que se case. No hay remedio.

—¿Porqué?

—Porque, hija, cuando á una chiquilla ó jovencita se le mete en la cabeza el casarse, no hay potencia en el mundo que la haga desistir de su intento. No hay persuación, no hay reflexiones, no hay ofrecimientos, no hay promesas que la aparten de su decisión. Dijo: ¡me he de casar! y, no hay remedio, se sale con la suya; porque cierra los ojos al porvenir, y se deja llevar como una flor arrastrada por el turbión, según he leído en un libro. Cuando un varón se resuelve á casarse mal y se obstina tercamente en desobedecer á sus padres, que se oponen á un matrimonio desigual ó inconveniente, todavía queda el remedio de alejarlo del lugar del peligro, y enviarlo á países distantes, donde se distraiga con nuevos objetos y, con el roce de gentes, adquiera mundo, y aspire á más grandes cosas, y olvide así los amores locos, que le tenían atolondrado. En fin, en un varón, ya sea que esté enamorado de veras, ya á medias, ya de chanza, cabe la *Receta para Viajar* del amigo Paco; pero, con una joven porfiada, no hay sino dejarla casar. Todo esto sé por larga experiencia, y lo he leído en el mismo libro de que te hablé denantes. Conque, con la tuya.....

—Cuanto Ud. ha dicho es, por desgracia, certísi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mo. Así es, así es; ¿pero si no sé quién sea el joven Reinaldo y.....?

—Ah! hija, aunque te interrumpo, ¡qué tonto soy! Ofuscado con tus cosas, se me fue de la cabeza el objeto principal de mi visita. Ya sé la procedencia del Capitán. ¿En qué estuve pensando, que no te lo dije antes que más sufras?

—Dígalo ¡por Dios!

—Pues sabrás que, sabiendo era ya muerto aquel condiscípulo, de que te hablé, me valí de una persona honorable de aquí á que escribiese, á Guayaquil, á otra persona honorable de allá, y, encargándole riguroso secreto, le averignase el caso. Ya la persona de Guayaquil contesta á la de Quito, y le asegura qué Reinaldo es hijo legítimo y de familia acomodada y virtuosa, que es lo que á nosotros nos conviene y satisface.

—¿Y quién es el personaje que da el informe? Dígámelo en confianza, tío.

—Te diré que ví la firma: *T. Noboa*, pero no tuve la curiosidad de preguntar el nombre.

—Pues, si Ud. me quiere y se duele de mi Blanca Rosa, consígame la carta, y entonces creeré y me aquietaré. Por Dios se lo ruego, tío.

—Mañana te traigo la carta, Margarita.

—Le seré su eterna agradecida. Una curiosidad, y perdone.

—Dila, hija.

—¿Talvez es Ud. amigo de Reinaldo.

—¡Picaronna! ya caigo en la cuenta del porqué de tu pregunta. Me ves flamante, nuevecito, y sabes que, un pobre no se rejuvenece con facilidad. Pues, con franqueza, la ropa nueva me ha rejuvenecido, según entiendo, á favor de Uds. Me la envió, como regalo, tu futuro yerno, pero á nombre de Blanca Rosa, sin duda para quedar bien con Ustedes. Yo le recibí,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

por no aparecer soberbio, mas no porque me gustase el obsequio de parte de un joven á quien (¡Dios me perdone!) no le tengo mucha simpatía y de cuya conducta debo ser fiscal, para que se case si, además de ser hijo de padres honrados, es bueno, y tome las de Villadiego y se vaya con la música á otra parte, si es malo é inconveniente para la felicidad de mi sobrina. Bien comprendo que, por parecer generoso y agradar á Uds., me ha hecho la dádiva, ya que conmigo nada tiene que ver, y nadie regala á un pobre, y ¡buena ropa! sólo por simpatía. Por la peana se adora el Santo, Margarita.

Dijo esto el tío Pelmas, con tal acento de sencillez y verdad, que la viuda le creyó con entera buena fe y desvaneció la idea que, como un relámpago, cruzó por su mente, de que Reinaldo podía ganar al tío con sus larguezas. Lejos ya de temer ésto, lo tuvo otra vez por el amigo más leal de su casa, su único apoyo y sensato consejero.

Mientras el tío Pelmas estaba en confidencias con Margarita, y mentía y urdía la tela de sus infamias con tanta facilidad; en el otro cuarto Manuela, aplanchando ropa, de vez en cuando miraba con cariño á Blanca Rosa, y suspiraba.

—¿Por qué suspiras, Manuela?—le preguntó su ama.

—Ay! niña,—dijo la criada:—¿le vió al tío Pelmas? Qué lechuguino ¡diantre! ¡qué mampuesto!

—Apuesto, querías decir.

—Como sea, Señorita. El hombre está de que pague el estreno de la ropa. ¿Quién se la daría!

—Su trabajo, Manuela.

—Si, Señorita, puede ser que su trabajo y.....

—¿Y qué más, Manuela?

—Y su industria y su nueva amistad con.....

—Déjate de reticencias, Manuela. ¿Amistad con quién?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Con algún rico, Señorita, con algún enamorado, que le ponga en pinganitos.

—Manuela, tú eres maliciosa y muy adelantada en tus juicios temerarios, y crees que hay maldad donde sólo existe el candor.

—¡Ojalá! sea así, Señorita. Lo deseo con toda mi alma. Pero tóqueme Su Merced el corazón.

—Te daré gusto, Manuela. ¡Qué latidos tan grandes! Sin duda la agitación de planchar.....

—La agitación del cariño, niña. Miré, no vaya á jugar con Su Merced al santo mocarro este tío que, la otra noche, más que el tío Pelmas, fue el tío apelmazado con la caída. No se fíe mucho de él, Señorita, y disimule que su criada se atreva á hablar con tanta franqueza con Su Merced.

—Hasta con atrevimiento, Manuela.

—Sí, Señorita, con el atrevimiento del cariño.

—Pero juzgas muy mal de un hombre bueno.

—Bueno para la hoguera, Señorita.

—Atrevidilla eres, Manuela. ¿Qué has visto en él para que tanto le aborrezcas?

—No he visto sino que he adivinado mucho, y no le odio, Señorita. Sólo le compadezco.

—Es excelente con nosotras.

—¡Ojalá! lo sea de veras.

—¿Crees que un hombre que, allá en sus mocedades, ha sido rico y honrado, venga á pervertirse al acercarse la vejez?

—Para los vicios y los pecados no hay edad fija, Señorita. Jóvenes y viejos, cuando no son virtuosos, allá se van á dar.

—Pero los viejos casi ya no tienen pasiones.

—Viejos fueron los de la casta Susana, Señorita.

—Ja, ja, Manuela: estás ocurrida esta noche.

—Así es la verdad.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Qué bien le remedas al tío Pelmas! pero no le odies.

—No le odio, Señorita, ya se lo he dicho. Lo único que deseo es que Su Merced abra los ojos y mire muy al derredor suyo. Con algunos años le paso en edad á Su Merced; pero éstos algunos quieren decir también algo más de experiencia de las cosas de este mundo. Niña del corazón, no se fie mucho del tío Pelmas, se lo ruego.

—Sí, sí, Manuela: no me fiaré de él jamás. Esto decía Blanca Rosa con algún enfado al propio tiempo que sonreía con su buena criada, cuyas rectas intenciones y cariño no podía desconocer. Comprendió que debía recelarse mucho de Manuela, y no dejar que ésta conjeturase nada; porque, aunque sencilla y buena, era bastante sagaz para barruntar las cosas. Resolvió tratarla con más cariño que antes, pero también engañarla, mostrándose ya muy fría en el aprecio del tío Pelmas y aun en el amor á Reinaldo, para que Margarita no tuviese en la criada una espía segura. La desdichada joven quería engañar la vigilancia de otras, cuando ella misma era engañada de su amante y del pérfido tío político.

Este se despidió de Margarita después de la confidencia, y echó á andar apresurado con el anhelo de ver á su sobrino Reinaldo, que también le esperaba impaciente.

XXIV

Planes para escribir una carta

Era la noche de luna y, por las calles ya silenciosas de la ciudad, reinaba suave calma, como contraste de la imaginación agitada y del oleaje de tur-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bulentas ideas de tío y sobrino. Pronto llegó á la casa del último el tío Pelmas. Al entrar saludó á Eugenio, el buen negro, y tocó suavemente en el hombro á Lorenzo. Eugenio tenía ya ojeriza al tío Pelmas, aunque le era forzoso disimular y callarse. Lorenzo lo recibió alegre, le felicitó por la ropa nueva, y lo condujo al cuarto de su amo que, inquieto y taciturno, se paseaba ya despacio, ya de prisa, dándose á veces palmadas de impaciencia en la frente.

Cuando apenas asomó el tío Pelmas, Reinaldo, casi sin contestarle el saludo, ¡bárbaro!—le dijo—¿cómo me deja Ud. abandonado? Mudarse ropa y venir acá, han debido ser una misma cosa.

Hijo,—respondió el tio Pelmas,—creí de mi deber rondar primero La Loma, y luego venir á darte cuenta de lo que pasáse.

—¿Qué hay?

—Nada: la guardia sin novedad.

—¿Habló con Blanca Rosa?

—Casi nada. Me pareció cariacontecida. Probablemente hubo borrasca entre madre é hija. Esta se metió á otra pieza, y yo me quedó solo con Margarita, y en la más absoluta confianza hablamos, y le saqué cuanto tiene y piensa en sus adentros. Ya te va queriendo, y ya blandea.

—¿Quién sabe?

—Sólo en una cosa se detiene para no hacerte casar al momento.

—¿En qué se detiene, tío?

—En lo de la carta ó informe que yo debo darle acerca de tu familia.

—¿Todavía piensa en ese adefesio?

—Pero, hijo, aunque sea adefesio, hay que complacerla. Ya todo está hecho, y, aunque sin pensar, me metí en un berengenal, tú me has de zafar de él.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Qué compromiso ó qué berengenas son?

—¡Compromiso terrible! Záfame de él.

—¿Cuál, hombre?

—Que urdí (bien urdido eso sí) que un Señor honorable de aquí había recibido ya, de Guayaquil, una carta de otra persona honorable de allá, en la cual carta se aseguraba que tú eres de familia acomodada y virtuosa.

—¿Y ella le creyó á Ud?

—Sí, pero me rogó que, en confianza, le avisase quién era el personaje del informe.

—Avisada es la viuda.

—Si es sabidilla.

—¿Y Ud. cómo zafó del apuro?

—Con ingenio: le dije que había visto la firma del personaje; pero que no había tenido la curiosidad de preguntar por el nombre, pues sólo estaba escrito: T. Novoa. Como en Guayaquil hay Novoas y son de familia honorable, fue el primer apellido que se me ocurrió.

—Bien, tío Pelmas. Se ve que Ud. no es tan tonto.

—Ni tan ni nada, sobrino.

—Es cierto, sobre todo para su negocio.

—Y para el tuyo ¿No es cierto que, por tí, me he vuelto más agudo de lo que me soy de natural?

—Así es, tío, así es.

—¡Bueno! Ahora á tí te toca completar el nombre propio, para decírselo á Margarita.

—Pues dígale que se llama Tácito....ja....ja.

—¿Por qué te ríes?

—Por la facilidad de la invención.

—¿Y la principal invención, en la que consiste el busilis? Sin ella todo perdido, todo acabado.

—¿Qué otra invención?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—La de la carta, que Margarita me exigió que se la llevase, y yo le ofrecí enseñársela.

—Esto sí que es árduo, dificilísimo, impracticable, tío Pelmas.

—¡Todo acabado! y yo ¡de canalla!

—No se aflija, tío, ni haga gestos como un nene. Le digo de chanza; que no hay cosa más fácil que pergeñar una carta. La voy á escribir en seguida, para que engañe á la viuda.

—Talentoso eres, Reinaldo. Con la epístola la viuda cae en el garlito.

—¿Caerá, tío Pelmas?

—Sí, porque añadiré otras muchas cosas y noticias, y la halagaré con ellas hasta engatusarla.

No mienta mucho, tío; porque los que mucho mienten, al fin caen en contradicciones. Para mentir es menester mucho talento y mucha memoria.

—Así es la verdad, pero ya tú sabes que yo soy hábil para tejerlas cosas.

—Así es la verdad, tío Pelmas, pero ahora la carta es suficiente.

—Tienes razón: escríbela, Reinaldo.

—En el acto, al escritorio.... pero....

—Qué pero ni qué perales. Vamos á la obra.

—Pero, buen tío, ¿quién fingiremos que es la persona honorable de Quito, que ha recibido la carta de la ya fingida persona honorable de Guayaquil?

—¡Caramba! nueva dificultad, que ni con toda mi perspicacia he previsto. Tú mismo discurre con tu buen talento.

—Usted conoce, mejor que yo, las familias honorables de aquí, y las hay muchas. ¿Qué caballero escogemos?

—A algún Gómez de la Torre, Pérez, Zaldumbide, Freires, etc., etc. la mar.....

—¿En quién se fija Usted?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—En don Manuel Gómez, Reinaldo

—¿Está en la ciudad?

—Sí, sobrino.

—¿No dice Ud. que es agudo, perspicaz, previsor?

—Que sea como tu quieras, Reinaldo.

—¿Pues no prevé que la suspicaz Margarita ha de ir personalmente á hablar con ese caballero y preguntarle y averiguar más despacio todo!

—Así es la verdad, y confieso que en esta vez me faltó previsión de lo futuro. Discurre tú, que eres algo más inteligente que tu tío.

—Fíjese en algún caballero que esté ausente, para decir á la viuda, que el Señor, que recibió la carta, se la ha confiado á Ud., como interesado en el asunto, y que luego se ha ido á su hacienda ó á cualquiera otra parte. Haga de tal manera, que la cosa parezca verosímil.

—Has discurrido como Cicerón cuando robó á Terencia.

—¿Quién le ha dicho á Ud. ese disparate?

—Allá, en mi adolescencia, aprendí eso en Severo Sulpicio.

—Déjese de majaderías, tío, y fíjese en lo que le digo.

—Pues el Señor Manuel Larrea está ausente, en Ibarra. Digamos que él recibió y dejó la carta.

—Asunto concluído. Escribo.

Reinaldo escribió la carta en un santiamén, y, al entregársela al tío Pelmas, le dijo: ¿sabe Ud. una cosa, tío?

—Sabré aunque sea dos, sobrino.

—Todo lo fingido, preparado y hecho, ya casi no conduce mucho al caso.

—¿Y por qué?

—Porque ya no quiero casarme con Blanca Rosa, sino definitivamente cazarla, y mientras Margarita

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

averigüe y ande ajetreándose para saber si soy hijo de Perico de los Palotes, ya nosotros, con mi cara mitad prestada, estaremos en la costa, en mis haciendas, gozando de amor y buena vida. Haga, pues, Ud. lo que le toca y debe hacerlo pronto.

—¿Qué haré, Reinaldo?

—Entregarme Blanca Rosa.

—¿Cómo?

—¿Un hombre de la habilidad de Ud. pregunta el cómo? Usted lo sabrá. El que ha de recibir el premio de una obra, sabe cómo la prepara y perfecciona.

—Así es la verdad.

—Prepáreme Ud. nuevas y repetidas citas con Blanca Rosa, y entonces con ella misma acordaremos el rapto y el viaje.

—Todo lo facilita tu arrogancia juvenil, Reinaldo. Yo también te facilitaré las citas. A buen tiempo estamos en el Jubileo, que ya sirvió de pretexto, y faltan como veinte días para que se concluya.

—¡Bien! hasta el carnaval, el juego ó el rapto estará ya verificado.

—Ya ves, Reinaldo, si yo no discurro con acierto

—¿Y Ud. es católico, tío Pelmas?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A nada. ¿Le gusta á Ud. el Jubileo?

—Sí, es una solemne función.....pero, ya me acuerdo; soy liberal convencido, y no debo ya gustar de lo místico, de lo fanático, de lo *beatuno*.

—Ja, ja....tío, no lo dije por tanto.

—¿Conque, está ya acordado todo?

—Todo, y se abreviarán las operaciones; porque ya está muy larga la campaña ó más bien la cacería, y muy opuesta á mi carácter, que es enemigo de la dilación y adorador de la prontitud. En esta jornada amorosa he estado bastante flemático. talvez será

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

por ser la última de mi vida ó de Quito. No lo sé: lo cierto es que, en otras ocasiones, mi costumbre ha sido cargar bien mi escopeta, apuntar mejor á la esquiva tórtola, y, *blum*, ave al suelo.

—Pero, hijo, ahora la tórtola está con madre que la cela y la guarda en el nido.

—Pues mataremos las dos tórtolas: Usted á la madre, desorientándola de lo que pasa, y yo, á la hija, dándole una muerte, que para ella y para Usted será vida.

—Con tu modo de discurrir y hacer las cosas y con mi cooperación eficaz, todo saldrá al paladar.

—Así es, tío, váyase á preparar el campo.

—Me voy, sobrino. Hasta mañana.

XXV

Nuevos planes é ilusiones

Bastante distrajo á Reinaldo el mal humor en que le encontró el tío Pelmas, aunque luego se fastidió de él, por la repugnancia natural que aun el calavera, cuando es caballero, tiene á un cómplice ruin é hipócrita. Estaba el tío Pelmas halagando la pasión del enamorado joven y facilitándole el logro de ella, y éste, sin embargo, le odiaba de corazón y meditaba en cómo libertarse de él, cuando ya no le fuese necesario. Dura es la necesidad que imponen las pasiones: Reinaldo se veía en la de halagar á su pretenso tío, cuando estaba lejos de apreciarle. Lo cierto es que, á trueque de satisfacer un antojo, aun el más franco y sincero incurre muchas veces en achaques de hipocresía.

Reinaldo, para abreviar el desenlace de sus amores y hacer rápida la trama de la comedia de su matri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

monio con la desdichada hija de Margarita, había meditado, con despacio, el modo de verificar el rapto sin que ella lo aguardase ó temiese. El tío Pelmas, fingiendo acompañar á Blanca Rosa á las visitas del Jubileo, la ponía en ocasión de ser arrebatada pronta y voluntariamente. Ya el malhadado tío había también pensado quedar bien con el sobrino, escogiendo el mejor medio de dar cima á su intento, el pretexto de una acción de suyo venerable y santa, y no sabía que á Reinaldo, aunque bastante incrédulo, le repugnaba tan inicuo medio, y allá, en el fondo de su alma, por un inexplicable no sé qué, experimentaba hasta horror al plan de su aplebeyado correvidile. A pesar de todo, Reinaldo, como él mismo se decía, había ya salvado el Rubicón de sus temores y escrúpulos y estaba irrevocablemente decretado el rapto de la hermosa, simpática, inexperta y desobediente Blanca Rosa.

Un solo tropiezo hallaba el enamorado Capitán; pero, con breve meditar, lo dejó deshechó. Sabía él muy bien las honradas intenciones del joven Leonardo y el amor que éste iba cobrando cada día á la hija de la viuda, y comprendía, asimismo, que Margarita, como era natural, conociendo á la familia de González y la honesta pretensión de él, lo había de preferir sin vacilación como novio de su hija y yerno suyo. En el rapto de Blanca Rosa, era también natural que el desesperanzado joven, en su dolor y burladas ilusiones, hiciese extremados esfuerzos y exquisitas diligencias hasta descubrir el paradero de su adorada joven, cosa no difícil de conseguir; porque la desesperación es capaz de realizar prodigios y se arroja ciega á lo imposible. En casa de Margarita, donde casi todas las noches concurrían los dos rivales, había observado Reinaldo la silenciosa ansiedad y el amor entrañable de Leonardo, en las miradas que és-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

te dirigía á Blanca Rosa, pues cada una de ellas revelaba más que una confidencia de largas horas. Ambos jóvenes eran inteligentes, ambos se comprendían y se guardaban mutuamente el secreto de su amor y rivalidad. A Reinaldo no le era posible siquiera fraguar motivo de riña y enojo y quiebra de la aparente amistad de los dos; porque el estudiante era de apacible carácter, y, con el tino admirable, que viene á ser un sexto sentido, procuraba no desagradar nunca á su rival, ni darle asidero para que le hiciese algún daño ó pudiera volvérsele enemigo declarado. El tino, en el comercio de la vida, prevé las cosas y las encamina suavemente á buenos resultados. Reinaldo ponderaba todo ésto en su interior, y resolvió poner en ejecución un pensamiento que le dejaría libre de su amable rival. A pesar de que sentía repugnancia en realizarlo, pudo más la pasión que el razonamiento y la caballerosidad. Desembarazarse de su competidor, como decía Reinaldo, era lo más hacedero y práctico, gracias á la injuria de los tiempos que corrían. La oportunidad era favorable á todo lo malo.

Desgobernaba entonces la República un magistrado de funesta memoria, encumbrado desde la nulidad hasta inmerecida alteza. Al abrigo de ese hombre, deparado por Dios para castigo de las aberraciones y extravíos de los bandos políticos, que degeneraron de la primitiva pureza de sus principios, el crimen se levantó erguido en todas sus fases y, como turbulenta inundación de un valle, arruinó y devastó todo lo grande, todo lo bueno, todo lo noble. Al nombre especioso de libertad, de esa como diosa, á quien es tan fácil vestir con ropaje de ramera, y presentarla ante los engañados pueblos, como si fuese pudibunda virgen, todas las malas pasiones, con disfraz de patriotismo, se gallardeaban ufanas y victoriosas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Entonces era muy fácil la venganza, y entonces todo vicio quedaba satisfecho y regocijado.

Reinaldo era joven, militar elegante, y tenía la imaginación llena de ilusiones de libertad, y fantaseaba con un progreso casi siempre quimérico en nuestra patria. Había leído mucho, algo de bueno, y, casi todo lo demás, malo y detestable. Soñaba con la República de Platón, elogiaba á Casio y Bruto, y á veces admiraba al *Mártir del Gólgota*, según la expresión peculiar de los que buscan circunloquios para no pronunciar clara y dulcemente el simpático nombre de *Jesucristo*. No por devoción, que no la conocía, sino por el sentido de lo bello, de lo irresistiblemente grandioso, veneraba las imágenes de la Virgen y al propio tiempo llamaba fanatismo á la religión católica, siendo él mismo admirador fanático de las doctrinas de Rousseau y Voltaire y partidario de los Enciclopedistas franceses; pero, en el fondo de su alma, no creía lo que admiraba ni su lectura le satisfacía el corazón. Era radical por moda, por bien parecer, porque estaba en la juventud, época apropiada para el liberalismo, y porque los temores y responsabilidades de la moral y la conciencia no se avienen jamás con las hazañas del *tenorismo*.

Reinaldo, como hemos enumerado ya, aunque se jactaba de ser *liberal convencido*, no lo era sino superficialmente, pues, dentro de su corazón sin que él mismo lo advirtiese, estaba escondido un principio de fe y simpatía por lo religioso y santo. Por desgracia, esta inclinación al bien casi desaparecía oculta bajo el peso de devaneos, vanidades, locuras y preocupaciones de la edad juvenil de Reinaldo, tan borrascosa y ardiente en sus deseos. Era enemigo de toda acción ruin y poco caballerosa y, sin embargo, en el rapto de una joven inocente y el daño de un joven inofensivo, como lo era Leonardo, no creía proceder

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

como pérfido sino como enamorado, á quien era lícito cuanto condujese á lograr el objeto de su amor. Por esto, la idea de libertarse del modesto rival le pareció naturalísima, y el medio que, para conseguir sus fines, tenía meditado, lo juzgaba como necesario á un lance de amor, y mal pasajero que después se remediaría fácilmente. Era militar y estaba obligado á servir á su bando político reinante, y debía partir para la costa como jefe en comisión. La ocasión era oportunísima para llevar consigo á Blanca Rosa, y vivir con ella allá, en los vergeles de su Daule, tener á la ninfa de sus amores siempre á su lado, en los parajes más amenos del bosque, junto á las orillas del río encantador, bajo la sombra de los árboles más encumbrados y hermosos, pasar los dos las siestas, navegar en el Daule, enseñar á su amada el manejo del remo, deslizarse blandamente por las olas en las noches sosegadas del estío, cuando la luna riela hermosa en las aguas, cantar trovas amorosas y llamarla su esposa, aunque en realidad no lo fuese. A Reinaldo le bullía en la mente todo un edén de poesía, y no pensaba en el crimen que iba á cometer sino en el paraíso que se forjaba su imaginación soñadora. Para alcanzar tanta dicha poco ó nada era que su rival estuviese preso ocho, diez ó quince días, plazo bastante hasta estar con Blanca Rosa seguro en las márgenes del Daule. Fingir que Leonardo estaba tomando parte en alguna conspiración contra el Gobierno y que aun tenía armas escondidas, y hacerlo que cayese preso, era acto mil veces más fácil que el rapto de su amada.

En aquellos años de maldición, la inmoral Policía secreta, en su afán por contentar al déspota del solio presidencial y venderle servicios y cuidados de farsa, inventaba conjuraciones, revueltas y asechanzas á cada paso, y así contaba con un lucro diario, aunque

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

infame y aterrador. El oro, supremo corrompedor de conciencias, había logrado pervertir corazones, que antes parecían rectos y llenos de bondad. Un enjambre de mujeres pobres se convirtieron en temibles espías y fueron la causa de la desolación y lágrimas de muchas familias. Cuántas prisiones, cuántos destierros no tuvieron otro origen que la falsa delación y la calumnia atraídas por el premio.

Reinaldo había dado frecuente limosna á una pobre beata, de aquellas que tienen á Jesús en los labios y á Satanás en el corazón, de esas que en el templo, al mismo tiempo que se santiguan devotamente, dan un pellizco mayúsculo al desgraciado que, al pasar, las pisó ó tocó apenas. La dicha beata devota de Reinaldo no pordioseaba ya de vergonzante, sino más bien espiaba al prójimo, y averiguaba las vidas ajenas, y fingía sediciones, y descubría los lugares donde había armas enterradas, y adivinaba quién era conspirador, y hacía otras hazañas de patriotismo y abnegación, todo por servir al Supremo Gobierno. Solía venir algunas veces al cuarto del Capitán, á darle cuenta y razón de las familias notables de Quito, en donde ella tenía cabida, gracias al olor de santidad que exhalaba y á la buena reputación adquirida en muchos años de virtud y penitencia. Oh! la beata Felipa era un prodigio para hablar de Dios y los santos delante de las madres de familia, y la sal del mundo para entretener á Reinaldo con anécdotas, leyendas y chascarrillos, ya verdes, ya colorados, de todo color. Deleitábase el calavera, cuando recostado en su diván, con el cigarro en la boca, y la beata sentada en el suelo, por ser de su profesión la actitud humilde, la escuchaba referir cositas muy ocultas de la señorita A con el caballero B, y las monstruosidades del señor Z con la señora X mujer casada, todo con descripciones pornográficas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dignas de Zola y sus imitadores, y sazonado con la sal y pimienta quiteñas, casi siempre oportunas y admirables y asimismo casi siempre terribles, desapiadadas, matadoras. Reinaldo, á costa de sus caridades con Felipa, se sabía la vida privada de las personas principales de la ciudad. Para la beata todas las jóvenes eran superficiales, disipadas, coquetas y casquivanas, y para ella el nombre de virgen sólo había quedado ya en las letanías. Cuando el joven Capitán le remojaba la conversación con un vaso de legítimo tinto de Tunga ó con el uva de la Liria, la vieja (frisaba ya con setenta Diciembres) se volvía tan fecunda en lo de inventar cuentos y tan facunda en contarlas, que podía pasarse las noches de claro en claro, sin cansarse jamás y sin siquiera estornudar ó toser. Reinaldo se quedaba dormido al susurro de los cuentos de la beata, y tenía advertido á los pajes que la despachasen si le veían ya dormido, de temor de encontrar en su cuarto algún objeto de menos. Felipa era lista para todo lo malo y podía emparejar maravillosamente con el tío Pelmas. Hubiera sido un matrimonio sin segundo entre las celebridades de esa época infausta, en la cual los buenos se hicieron malos y los malos se hicieron peores.

Reinaldo se acordó de la beata Felipa y pensó en ella, como en el recurso más fácil para que Leonardo González cayese en la trampa política tan en usanza. Llamó, pues, á Lorenzo Muro, el perro de presa, que todo lo husmeaba y descubría, y le ordenó que, al día siguiente, le trajese á la vieja, que no se asomaba ya dos semanas.

¡Gua! mi Capitán,—dijo Muro,—casi too lo día etá la beata en la Policía onde Don Holoferne, dándole cuenta de too, como si fuese su confesó. Mañanita, que vaya, me la traigo onde Su Mereed.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Al caer la tarde el apasionado Leonardo estaba en casa de Margarita; pero taciturno y melancólico y, sin saber porqué, se presagiaba inminente desventura. La viuda, que tanto le estimaba, conoció, por el semblante del joven, la tristeza que le apenaba, y la atribuyó á los marcados desdenes con que Blanca Rosa comenzó á manifestarle su poco afecto hacia él, al menos como enamorado, aunque tibiamente lo aceptase como amigo. Leonardo estaba convencido de que, si no era despreciable á los ojos de la joven, no era amado de ella, y que su amor, que rayaba en lo imposible, le atraería desgracias no merecidas y el alejamiento de la madre que tanto le deseaba como yerno. Temía, y no acertaba á precautelarse de nada; porque la inocencia, cuando teme, es como la cervatilla atolondrada con el peligro, que, en vez de guarecerse, cae víctima del can, que la persigue.

El amable joven conversó con la viuda pero no con el fervor y agrado de otras ocasiones. Si alguna vez dirigía la palabra á Blanca Rosa, ésta le contestaba lacónicamente, y así la pena del enamorado estudiante se ahondaba más en el corazón. El desdén de una mujer de las cualidades de la huérfana de Rogerio Miño, ó hace á los hombres desesperados ó los vuelve santos.

Cuando así pasaban las cosas, entró el tío Pelmas, elegante, regocijado y hasta chistoso, lo cual era para Leonardo importuno y servía de contraste á la situación de su ánimo entristecido. Sin embargo, devolvió, como siempre cortés, el saludo del tío Pelmas, que también estuvo con él afable y aun cariñoso. Hay cariños que son velo de odios reconcentrados y hay perversos que acarician más á su víctima cuando están á punto de devorarla.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Qué ha sido de Usted, tío Pelmas?—dijo Margarita.

—¿Por qué se ha perdido hoy día?—añadió Blanca Rosa.

—Me he andado en pos de un amigo, que debía entregarme cierta carta y que se ha marchado á Ibarra,—dijo el tío Pelmas.

—¿Entonces no obtuvo Ud. la carta?—preguntó con viveza Margarita.

—Me la ha ido dejando el buen señor—contestó el bellaco.

—¡Está bien!—dijo Margarita.

—¿Cómo sigue el Jubileo?—preguntó Blanca Rosa.

Para el intento del tío Pelmas, miel sobre hojuelas fueron estas palabras, y así contestó exagerando lo hermoso y concurrido del Jubileo en el templo de San Francisco, y ponderó la belleza de aquellos últimos días que, en realidad, estaban límpidos y serenos. Dijo que las dos debían ir todos los días y hacer de una vía dos mandados: dar un saludable paseo y satisfacer los anhelos del alma, visitando al Santísimo expuesto en estos tiempos (y decía la verdad) á los mayores desacatos, y describió con lágrimas, las horrendas profanaciones que se hicieron en una de las ciudades del Ecuador, donde el crimen, en consorcio con una fácil victoria, danzó embriagado en el templo, y profanó la hostia sacrosanta con lujo de iniquidad. Contó que el Sultán ecuatoriano había aprobado el triunfo con todas sus horrendas bacanales y premiado á los perversos, que le acataban como á un dios de los Shiris, sin dar la más leve señal de disgusto por tan abominables delitos. Dedujo, de ahí, la necesidad de fiestas reparadoras de tantos agravios, y que, por lo mismo, el Jubileo estaba más concurrido que nunca.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca Rosa, que comprendió las itenciones del fautor de sus amores, perdido ya el miedo después de la primera cita, luchando consigo misma entre la devoción que sentía su alma hacia el ultrajado Jesús y el afecto al enamorado Reinaldo, creyendo que, al salir de casa, satisfaría ambos deseos y lisonjeándose de realizar así el imposible de servir á dos Señores, apoyó las razones del devoto y compungido tío Pelmas é instó á Margarita para que, todos los días que faltaban de las fiestas jubilares, saliesen las dos á las santas visitas. Blanca Rosa sabía muy bien que su madre, ocupada en la labor diurna con que sostenía la vida, no podría ir todos los días, y por eso, advertida y avisada, fingía querer salir siempre acompañada de ella, y la suplicaba accediese á propósitos tan laudables.

Tú sabes que no me es posible,—dijo la ya por fin engañada Margarita.—Soy la esclava del trabajo, y estoy comprometida á entregar una hermosa colcha color de grana, que se estrenará en el matrimonio de Ricardo con Leticia la bella, y además tengo que tejer un ramo de lindas azucenas para la novia. ¡Qué gallarda estará con él la simpática Señorita! Ya ves, hija, cuánto debo hacer y que primero es la obligación que la devoción. Con qué agrado iría, si no tuviera las atenciones del hogar.

Pero yo os ayudo, madre,—dijo Blanca Rosa,—y acabaremos pronto tú la colcha y yo, el ramillete, aunque no estoy de novia,—y se sonrió con encantadora naturalidad.

Así es hija,—dijo Margarita,—pero apenas dos ó tres veces podré salir contigo.

Yo deseo salir todos los días,—dijo Blanca Rosa, —y no me neguéis este honesto placer. Si vos no podéis, iré con Manuela, aunque no os gusta que una joven vaya acompañada de solo una criada, según os

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

he oído repetidas veces. Pero Manuela es excelente.

—Saldrás todos los días,—dijo Margarita, que temía desagradar á su hija y quería distraerla de su adhesión á Reinaldo. No sabía que más bien estaba contribuyendo al premeditado rapto. Margarita no imaginó nunca tanta desgracia, porque había criado á su hija con prácticas lecciones de virtud, y Blanca Rosa era ciertamente virtuosa, aunque esa pureza virginal, al contacto del Tenorio daulense, se había empañado bastante. Así hemos visto una fuente oculta en apartado bosque, cercada de ameno y perenne verdor, y en cuyas olas se reflejaba la diafanidad del cielo, perder su transparencia y tornarse limosa al solo golpe de una piedra que le arrojó grotesco labrador.

—Pues iré siempre con Manuela,—dijo Blanca Rosa,—haciendo significativa seña al tío Pelmas.

Como te acompañé el otro día y te ofrecí voluntariamente,—dijo éste,—te seguiré acompañando, siempre que quieras y la fiel Manuela vaya con nosotros.

—Es daros gran molestia,—dijo Blanca Rosa.

No llames así,—dijo el tío Pelmas,—al gusto que tengo de llevarte á las divinas visitas.

Margarita le agradeció mucho y quedó resuelto que, durante los días de Jubileo, que se acercaba á su fin, el tío sería el compañero obligado, y que Manuela iría también cuando no se lo impidieran los menesteres de la casa.

No sé cómo el tío Pelmas no dio otras cabriolas, é hizo piruetas y formó brincos al ver que todas las cosas salían á su gusto y se encaminaban al favorable desenlace que se había propuesto alcanzar. Todo lo preveía y calculaba el infame: cuando se verificase el rapto, era preciso evitar responsabilidades con Margarita, y, para conseguirlo, creyó lo más

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

acertado hacer que Manuela los acompañase alguna vez. Así, en la escena final, él tendría cuidado de que sospechas y culpas recayesen sobre la virtuosa criada, y llevaría la infamia á su término, con tanto tino, que quedaría de inocente á los ojos de la viuda, apareciendo más bien el amigo y el consuelo de la desgracia antes que el verdugo del corazón de una madre.

Leonardo no dejó de adivinar el júbilo en que interiormente se inundaba el tío Pelmas, y entrevió algo de fatídico en que aquel personaje fuese el compañero y guardián de su adorada Blanca Rosa. Le bullían los pensamientos en su enardecido cerebro, y tuvo necesidad de heroísmo para contener las palabras que, como raudal acrecentado, se le desbordaban ya por los labios. Estúvose mudo, contemplativo; pero, al fin, casi involuntariamente exclamó: tan divina visita sería más agradable al Señor, si madre ó hija fuesen solas las dos, como avecillas solitarias, á posarse al pie de los altares, sin riesgos, seguras.

Estas palabras, si agradaron á Margarita, desplacieron á Blanca Rosa y avivaron más la oculta inquina del tío Pelmas contra el estudiante, á quien iba á costar cara la impensada exclamación. Bien conoció el tío Pelmas que se desconfiaba de él, é hizo voto de perder al petimetre y *filozonzo*, según él le llamaba, porque había oído que era buen filósofo el joven riobambeño.

En esto estaba la tertulia de Margarita, cuando entró Reinaldo y saludó á todos con grande amabilidad y cortesía. Señor Don Leonardo,—dijo, dirigiéndose al estudiante, con refinada malicia y aire de verdad sabida,—sé que Usted se ausenta en los días de carnaval, sin duda por aprovechar de las rápidas vacaciones.

No lo he pensado,—dijo Leonardo,—pero no es di-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fícil que caiga en la tentación de pasear esos días en el ameno valle de Chillo y ocultarme en el encantador boscaje del Señor Jijón. Odio de muerte el juego carnavalesco, verdadera orgía diurna ó coro de Bacantes, en que danzan todas las groserías del mundo, y se afanan los malcriados, y hacen su agosto los vicios. En juego tan grotesco muchas veces aun las personas sensatas se convierten en locas y los viejos se hacen chiquillos. Toda dignidad, todo decoro se pierden, y el más rudo patán, en familiaridad improvisada, se cree autorizado para tocar y manosear á la más recatada señorita, á quien antes apenas se atrevía á saludar respetuosamente.

—Así es la verdad, tiene razón el caballerito,—dijo el tío Pelmas.

La verdad sea dicha,—dijo Reinaldo,—á mí tampoco me gusta mucho el tal juego, y, si algunas veces he cometido esa locura, ha sido como pretexto para el baile con que suele rematar el carnaval.

Es, Señor Don Reinaldo,—dijo Leonardo, —un entretenimiento nauseabundo, que conserva mucho de su origen pagano. Yo siempre huiré de él; y, como presumo que ahora, tiempo de libertad, la tendrá amplísima el juego ruin, es posible que me ausente.

Apruebo su gusto de huírle al juego,—dijo Reinaldo,—y acogerse á la dulce soledad del campo, donde su imaginación de poeta puede espaciarse como el cóndor del Antizana.

¡Ojalá! tuviera el numen, que Usted me concede, Señor Capitán,—dijo Leonardo.—Soy admirador del genio, pero no tengo la felicidad de poseerlo y sentir el poder de la inspiración, centella divina que Dios lanza sobre pocos privilegiados mortales, aunque casi siempre en compensación de amargas desventuras, necesidades y tristezas.

—Así es la verdad,—dijo intempestivametne el tío

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pelmas:—de médico, poeta y loco cada uno tenemos un poco.

—Y de tonto también,—dijo Reinaldo, con algún enfado por la inoportunidad del entrometido.

—¿Por qué?—preguntó algo amostazado el tío Pelmas.

—Porque aun los más sabios, avisados y prudentes tienen en la vida sus cuartos de hora de tontos y necios,—dijo Reinaldo.

Tan cierto es ésto,—dijo Leonardo,—que no sólo los individuos sino también las sociedades y los pueblos tienen sus momentos de insensatez, que luego lloran largos años, expiando tristemente su error.

Reinaldo calló, comprendiendo que el estudiante aludía al advenimiento del *tarconismo* de entonces.

Como experimentados habéis hablado,—dijo Margarita.—¿Y Usted, Reinaldo, no piensa salir al campo?—Talvez no podré hacerlo, Señora,—dijo el joven daulense.

Yo sí ya me estoy resolviendo,—dijo Leonardo. —Tres días de vacaciones pasan brevemente: saldré.

¡Qué bien va dirigiendo el diablo las cosas!—dijo para sí el tío Pelmas.—Se ausenta este petimetre, este llozonzo, y nosotros robamos la doncella, y le birlamos la novia.

No pudo dejar de sonreírse, y lo notó Margarita. —¿Por qué está tan alegre el tío Pelmas?—preguntó.

Hija,—contestó él,—porque los tres días del carnaval, si Dios fuere servido, pienso pasar con Ustedes, viniéndome las mañanas, de madrugada. Anticipo, pues, el placer, y me alegro.

¡Gracias!—dijeron Margarita y Blanca Rosa,—será Usted bien recibido. Pase con nosotras esos días.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Ojalá!—añadió la última,—pueda premiar á Usted por la compañía que me hará en las visitas al Santísimo.

Al instante cayó Reinaldo en la cuenta de cuanto había pasado ya y de cómo el tío tenía por realizados sus planes. Se detuvo unos momentos más y salió curioso de saberlo todo, y al extenderle la mano al tío Pelmas, le dio un apretón, que significaba: salga pronto, que le voy á esperar en la calle, no muy lejos de aquí.

A poco instante salió el tío Pelmas, pretextando sentir un súbito dolor de cabeza. Por último se despidió Leonardo, otra vez triste y meditabundo. En esta ocasión el cuarto de la viuda fue como un campo, en donde se reunieron ovejas, lobos y pastores.

El tío Pelmas dio alcance á Reinaldo, que le esperaba silencioso debajo del Arco. Sabrás,—le dijo, lleno de satisfacción,—que ya todos han caído en en la red tendida por mi ingenio y aceria.

Cuéntemelo, tío Pelmas,—dijo Reinaldo,—porque ya comprendí que estaban arreglados mis intereses.

—A pedir de boca, sobrino. Estos días comenzará el Jubileo de tus citas, y os podréis ver los dos amantes aquí, allí, acá, acullá, porque tengo arreglada la variedad de lugares, para que nadie advierta la cosa ó nos siga la pista. Para esto tu plata, sobrino: con ella se consigue todo, y se allanan no sólo las dificultades sino las montañas ¡cuantos!

—¿Y desde cuándo comienzan mis desahogos, mis entrevistas y mis pasatiempos, tío Pelmas?

—Desde mañana, hijo. Estoy autorizado para ser el compañero perpetuo de Blanca Rosa y hasta tengo facultades extraordinarias. Alguna que otra vez saldremos con Manuela, la criada; pero ésto sólo para alejar toda sospecha y para que Margarita ni en sueños adivine mi unión contigo, mi cariño á tí, mi

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

adhesión á tí, y, para ocultarlos, he fingido y dicho, delante de ella, que tú no me eras muy simpático, y que la ropa nueva la recibí, porque me la enviaste como regalo de Blanca Rosa. ¿Qué te parece? ¿he estado acertado?

—Me parece que Ud. es un prodigio en esto de favorecer amores, y que tiene un poder de inventiva, que podría envidiárselo un poeta. Le apruebo todo lo hecho, lo fingido y lo alcanzado. Tome estos billetes para la realización de sus planes. Derrámelos y prodíguelos, que vida me faltará algún día, pero oro, jamás.

—Así es la verdad.

—No me ha contado Ud. si entregó á Margarita la carta de Guayaquil.... ja, ja, ja.

—Ya le anuncié, y se la entregaré cuando esté sola. No tengas cuidado.

—Es una mera curiosidad.

—En lo que debes estar alerto, solícito, es en zafarte del tal Leonardito. Veo francamente que no es bobo para su negocio. Ahora que se resolvió que yo fuese el compañero de Blanca Rosa, sa le escaparon al riobambeño ciertas exclamaciones muy significativas. Al no estar en presencia de la viuda, le habría dado un bofetón ¡caramba!

No sé preocupe con ésto, tío. El alejar ese estorbo y hacerlo desaparecer, corre de mi cuenta.

Platicando así se fueron hasta la calle del Suspiro, donde se separaron contentos, como si hubiesen hecho una magnánima acción.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XXVI

La beata Felipa

La mañana siguiente Lorenzo Muro despertaba á su Capitán y, al servirle la tasa de café, le anunciaba que Ña Felipa estaba en el corredor.

¡Hola!—dijo Reinaldo,—qué pronto has hecho tu comisión, pizmiento.

—¡Gua! como siempre, mi Capitán. A Su Mercé y al diablo lo sirvo con prontitú,—contestó el negro.

Hazla, pues, entrar,—dijo riendose el Capitán,—y luego retírate, Muro.

—¡Santos días!—dijo una voz, más que femenil, hombruna, señal casi infalible de maldad en una mujer.

Santos serán, Doña Felipa,—contestó Reinaldo,—si Usted me los hace así, desempeñándome una comisión con agilidad, prontitud, viveza, tino y discreción.

—Aunque pecadora, sí tengo esas cualidades, Señor Capitán.

—Por eso la he llamado.

—¡Gracias! A su disposición.

—Pues, amiga, sabrá Usted que le conviene á su amigo, para su tranquilidad, á la patria, para su progreso, y, á Usted misma para su sueldo, que caiga en sus redes un chorlito.

—¡Para comérselo asado, mi Capitán!

—No tanto, sino para tenerlo en jaula, con bastante grano, bien mantenido, eso sí. Es un pájaro de cuenta. Conque.....

—Iré á donde el *enjaulador*.

—¿Quién es él?

—¿No lo sabe, Señor Reinaldito? Así llaman al

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Intendente de Policía, aunque su nombre propio es Holofernes, militar de espada flamante.

—Conozco á Don Holofernes: es medio amigo mío, y varias ocasiones le he brindado *champán*. Dígale que me interesa que el pájaro quede bien enjaulado, en absoluta incomunicación diez ó quince días solamente. El Intendente accederá á todo.

—No sólo accederá á todo, sino que, de su cuenta, añadirá mucho: centinelas de vista, mazmorras por habitación, tratamiento duro, privaciones de toda comodidad. Hasta ha de ordenar que le hurguen la comida con el pretexto de buscar comunicaciones. Maravillas ha de hacer Don Holofernes; porque sabe desempeñar su oficio y servir bien al Gobierno. Si el pájaro chilla ó salta, ó quiere esquivarse de la jaula, ó no canta las malas intenciones de conspirar, mi Don Holofernes lo pone á cuestión de tormento, y le ajusta al *cepo de nueva invención*. Es hombre de recio carácter, y no trata bien á nadie, ni á su mujer propia ¡Jesús! Aun yo le tengo bastante miedo, cuando voy á darle cuenta de mis servicios al Gobierno; porque se porta con bastante dureza, y creo que, con darme el premio pecuniario, queda sin la obligación de tratar como se debe á una Señora de mis precedentes, á una patriota que se desvive por los liberales.

—Hablemos menos y hagamos más, Doña Felipa.

—Así hagamos, caballerito.

—Me interesa la prisión de un joven estudiante.

—Ya iba á preguntar quién era el pájaro.

—Oigame, pues: es un conspirador recalcitrante, y conspira hasta contra mí.

—¡Mal cristiano!

—Es irremediable que caiga preso y quede, como le dije, incomunicado allá, en el *Jaulón* del pié del Pichincha, donde nadie sepá su prisión. Esto es lo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

único que importa. Por lo demás, ¡cuidado! Doña Felipa, con que me lo traten como á criminal, ni se empleen en él esos instrumentos de plena barbarie. Algo he oído de esos suplicios, la mayor parte con gente infeliz y desvalida, como un artesano Calero; mas me resisto á creerlo; porque serían actos propios de caníbales y no de hombres de razón, menos todavía de liberales. No, no: la calumnia puede mucho, y es el odio al liberalismo el que ha propalado la especie y fábula de cuerdas, trapiches, cepos, azotes y otros martirios. Usted, Doña Felipa, que va con tanta frecuencia á conferenciar con Don Holofernes, debe saber si esas invenciones tienen algún principio de verdad. Yo creo que Ud., por chanza, le atribuye tales barbaridades, ó quiere Ud., por ironía, burlarse de los rumores de los enemigos del Gobierno.

—No, caballerito. Yo no hablo de chanzas ni ironías, ni de ficciones sino de realidades. Cuanto le digo de Don Holofernes y su fecunda invención de tormentos, es la misma verdad, y yo los he visto con estos ojos que se han de volver tierra. Sin duda Don Holofernes, que es bravo militar, creerá hacer finezas al Gobierno, ya que, con el consentimiento y tolerancia de él, atormenta á esos malos cristianos, que conspiran contra nuestro General, hombre sin segundo y que tiene entrañas y corazón de madre. Yo sí apruebo el maltrato á los enemigos de nuestro partido. ¿Qué hay de malo en esto, Señor Reinaldo? Nada. Si éstas, que Ud. dice barbaridades, hicieran los terroristas conservadores, sería cosa de ahorcarlos; pero siendo obra de liberales y necesaria para establecer aquí el liberalismo y darle asiento firme, no merece maldiciones ni nombre de agravio.

—Doña Felipa, Ud. me hace dudar. ¿Es Ud. mujer?

—¿Qué pregunta, mi Capitán? ¿Trata de burlar-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se de mí? ¿Acaso, porque soy alta y aun gallarda, como me dicen mis amigos, he de parecer hombre, y no del bello, dél delicado sexo?

—Doña Felipa, mi duda es, porque una mujer, y católica, beata, como diz que es Ud., una mujer, en quien son más naturales, que en el hombre, y aun innatos los sentimientos de ternura, compasión y benevolencia, no se expresa tan desapiadamente, como acaba de hablar Usted.

—Caballerito, yo pensé que, por servir al Gobierno, debía desear á sus enemigos toda clase de males. Talvez estaré errada.

—Al remate, Doña Felipa.

—Entonces, Dios nos libre de volver á decir cosas como las dichas. Como Ud. es liberal, creí que me aprobaría mi opinión.

—Jamás, Doña Felipa: soy liberal y, si se quiere, radical, radicalísimo; pero no hasta el punto de atropellar toda justicia, ahogar todo sentimiento de humanidad y ensalzar el inícuo proceder de esbirros propios de un Nerón. No, el Gobierno de nuestro magnánimo General no puede autorizar á sus empleados para el uso del martirio á sus compatriotas. Es seguro que todo lo ignora.

—Eso mismo creo yo, caballerito, el Gobierno todo lo ignora. ¡Qué bien ha dicho Usted! Si á sabiendas tolerara que vuelva acá la barbarie, como Ud. dice, eso sería hacerse responsable de pecados ajenos y de crímenes de otros, además de los propios.

—Ha discurrido Ud. bien, Doña Felipa.

—Le diré, pues, á Don Holofernes, que no trate muy mal al estudiante.

—No muy mal sino muy bien. No quiero sino que esté privado de libertad por algunos días, porque así conviene. Nada más. Si Ud. ve que el es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tudiante puede padecer positivos tormentos, dígamelo con franqueza, para desistir de mi intento.

Esto lo decía Reinaldo con todas veras, pues nuestro Tenorio tenía buen corazón y no se deleitaba, como otros de su bando político, con el tormento y desgracias de sus hermanos. La idea de que Leonardo padeciese sólo por el crimen de ser rival y amar á Blanca Rosa, le agitó rudamente y movió sus sentimientos de caballero, y vaciló entre el deseo de no hacerle mal ninguno y la resolución de ponerle á buen recaudo hasta que se verificase el rapto de su amada. Conoció que la beata, á fuer de hipócrita, era maligna; pues, de una mirada, alcanzó á sondear el abismo de ese corazón vacío de virtudes. Vio, por otra parte, que era habladora y que sería también vengativa con él, si la despedía sin aprovecharse de sus servicios. Por lo menos contaría á Don Holofernes cuanto Reinaldo le había dicho acerca del estudiante, y Don Holofernes, que no despreciaba la oportunidad de manifestar su adhesión al Supremo Caudillo, vendría á averiguarle, con exquisito esmero, sobre la conducta del joven, le exigiría descubriese quién era él, y así una cosa imaginaria tendría que convertirla en realidad. Creí cosa fácil, — se dijo, — esta travesura ó episodio de mi amor, y veo que el camino se me va presentando escabroso. Cuán triste es valerse de cómplices y terceros, para coronar uno sus obras. Oh! si la viuda fuese más blanda y asequible, yo solo me hubiera bastado para terminar mi obra. Es evidente que una madre virtuosa, cauta, prudentísima, es el mejor centinela de su hogar y el más grande obstáculo aun para el más diestro seductor. Margarita, con más suave proceder, me habría evitado el rapto de su hija, y ésta habría sido mía en su misma casa, sin necesidad de robarla irrevocablemente y sin tener, sobre todo, que tratar con perso-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

najes como el tío Pelmas y la beata Felipa, buenos para ahorcados que no para amigos, á quienes es duro pero preciso mimar y mostrarles buena cara en cambio de sus malas obras.

Así reflexionó Reinaldo; mas, después de largo tiempo de silencio y pensar, acordándose de que, poderoso caballero es Don Dinero, dijo súbitamente como inspirado:—Conque, Doña Felipa, buena Señora, ¿hay peligro de que mi estudiante sea atormentado?

—Mi Capitán,—dijo ésta,—no tema tanto: algo le harán; pero, con su recomienda, no será ni descuartizado, ni padecerá el suplicio de las parrillas, el ecúleo ó las catastas. Cuando más tendrá su regular azotaina; porque, eso sí, Don Holofernes, aunque yo se lo ruegue (aunque no me acuerdo haberle rogado nunca), algo le ha de hacer como á enemigo del General.

—Pues no le hará nada.

—Talvez por consideración á Ud.

—A mi plata, Doña Felipa. Conferencie Ud. con Don Holofernes, cuéntele lo único que me propongo, que es la detención del estudiante en la Penitenciaría, por pocos días, desde la fecha que yo indique, en absoluta incomunicación, de tal manera, que la familia del preso ignore su paradero, ó más bien lo suponga ausente. Para conseguirlo todo á mi satisfacción, ofrézcale Ud. cien sucres al contado, y Ud., como buena intermediaria, tenga la bondad de guardarse estos billetes.

Reinaldo regaló veinte sucres á la vieja, que creyó caerse muerta de gozo; porque jamás, en su vida, había tenido cantidad tan fuerte en su poder. Luego añadió: caballerito, las cosas irán y saldrán mejor de lo que Usted espera. Le juro por lo más sagrado: cuando yo quiero perder á una persona, la arruino de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

veras, y, cuando me place agradar y servir á otra, lo hago á maravilla. Yo mucho le debo á Ud. por sus frecuentes pesetas que me da, y deber mío es serle agradecida y servicial. Sólo resta que me diga quién es el estudiante, para, arreglado el asunto, darle á Don Holofernes el santo, seña y contraseña.

—¡Bien! Doña Felipa, Ud. me guarda el secreto, con estrictez; que, si yo barrunto siquiera el menor signo de que lo ha revelado á persona alguna ó dejado que medio lo adivinen sus compañeras de policía secreta, la mato. También yo se lo juro, aunque no sea por lo más sagrado.

En actitud indignada y caballerosa (que de todo tenía) afirmó Reinaldo el juramento, y dio á la beata diez billetes más, ofreciéndole todavía mayor recompensa. La beata, entre lívida por la amenaza y alegre por la adehala de billetes, ofreció entera reserva, y volvió á jurar por todos los Santos del cielo y añadió: el nombre del estudiante, caballerito, y nada faltará. Correré á donde Don Holofernes.

Mi estudiante es riobambeño, dijo Reinaldo.

—¡Hola!

—Muy joven aún. Frecuenta mucho la gran calle de La Loma.

—¡Tate! ni me diga más, Señor Reinaldo. ¿Y visita la casa color de rosa, donde hay otra Rosa? ¿No es la verdad!

—¡Caramba! ¿cómo lo sabe Usted?

—¿Y se llama Leonardo González, y está enamorado de la hija de Margarita Salazar, que la llaman la buena viuda? ¿No es la verdad, Señor Don Reinaldo?

—¡Qué no sabrá Ud., Doña Felipa!

—Todo, y aun que Ud. frecuenta la casa, y no debe de acomodarle á Ud. que el González también la frecuente y sea amigo; porque, aunque el tal rio-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bambeño tiene la fama de ser, diz que muy moral joven, no conviene que vea con frecuencia á la bonita huérfana de Rogerio Miño. Ambos diz que son buenos y virtuosos; pero, entre santa y santo..... ¿Sabe lo demás?

—Doña Felipa, me deja Ud. estupefacto.

—Ah! Señor, no se asombre, porque las beatas sabemos mucho, y más ahora de policías secretas.....

—Cierto que yo visito á la viuda algunas veces.

—A la hija, más bien dirá, caballerito.

—Pues á las dos, Doña Felipa. ¿Cómo conoce á Leonardo?

Porque soy medio amiga de Petronila, la hermana de él, y, por ella y por otras amigas íntimas de ella, sé que el estudiante se despepita por casarse con la Rosa. ¡Qué no sabré yo!

—¿Conque, tiene hermana el riobambeño?

—Sí, caballerito, y es muy amiga de la viuda Margarita. ¿Apostemos que ésto no ha sabido Usted?

¡Cierto! no lo he sabido, Doña Felipa.

—¿Y que la Margarita quiere á Leonardo para su yerno, y que la Petronila trabaja para ese objeto, tampoco lo ha sabido, Señor Reinaldo?

—No, Señora, nada. Sólo Ud. se lo sabe todo, más que el diablo, que dicen sabe mucho por ser muy viejo.

—Yo no por ser vieja, Señor, sino por beata.

—¿Ha hecho estudios Ud., Doña Felipa? Yo creo que, para ser beata de la Policía de Don Holofernes, se necesita mucha ciencia.

—Mucha astucia, Señor, y tener también devoción, no decir mal del prójimo, si no se ofrece, y observar cuanto pasa en el mundo y las casas principales, á donde entramos con más frecuencia que los enamorados.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Bien, bien! Doña Felipa, ¿qué más sabe respecto á Leonardito?

—Que, si Ud. se descuida un poco, la Margarita ha de salirse con la suya, haciendo casar á Blanca Rosa Miño con Leonardo González, sin que haya impedimento dirimente, y sin que al generoso Señor Reinaldo del Valle le aproveche ni la amistad del tío Pelmas.

—¡Caramba! mujer, ¿cómo sabe Ud. esas cosas?

—Porque ando en todas partes, y porque también mis compañeras, que todo lo observan, todo me lo cuentan. Vea, Señor Reinaldito, una cosa si le aconsejo, porque lo quiero.

—¿Cuál? Doña Felipa.

—No ande nunca en compañía del tío Pelmas, aunque sea de noche, y aunque él sea de familia decente.

—¿Por qué, Señora?

—Porque, aunque, como he dicho, sea persona de buen linaje, desde que quedó pobre, por pródigo y jugador, se ha degradado mucho, y aun las malas lenguas dicen que, con reserva, á algunos amigos nobles les sirve de.....

—¿De qué, Señora?

—Dios me guarde de decirlo, Señor Reinaldo.

—Dígalo, Doña Felipa.

—Ay! Señor, no vaya á ser que no me quiera absolver el Padre Puches.

—Déjese de escrúpulos, Señora. Sirve Ud. de policía secreta, y tiene miedo de contarme lo que dicen del buen tío Pelmas.

—¡Bueno para quemado!

—Me conviene saber para seguir su consejo de no meterme con él.

—Tiene razón. Ahora es caso de conciencia para mí el contárselo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Pues qué dicen que es?

—Ay! fea cosa es, Señor.

—Dígalo.

—La palabra es tan repugnante como el oficio que ella significa.

—Pero dígalo al fin. ¿Qué es?

—Pues, con perdón de Ud., dicen que es alca.....

—Pues no volveré á hablar con el tal tío Pelmas. He sido, más bien que amigo, favorecedor suyo, porque está arruinado en su fortuna.

—¡Bien hecho! para que jugó y disipó su caudal.

—Para dar caridad no debe averiguarse la causa de la pobreza del favorecido. ¿No le parece así á Ud. Doña Felipa?

—Así debe de ser, caballerito. Ud. es muy dadivoso y digno de ser servido en todo.

—¿Y Ud. no me sirviera también en todo?

—¿En lo que le sirve el tío Pelmas? Talvez por lo mucho que le quiero, caballerito, no porque yo tenga inclinaciones como las de ese tiazo. Y ahora lo he visto elegante. ¿No adivina, Señor Capitán, quién lo habilitaría para que mude la cáscara?

—No, Doña Felipa.

—Yo sí como que adivino.

—¡Bueno! Ud. sabe más que todas las beatas y dueñas habidas y por haber, y más que los diablos meridianos.

—¡Dios nos libre, Señor!

—No quiero exigir el servicio que Ud. piensa. El único servicio, la única comisión que le encargo, es el arreglo secreto con Don Holofernes.

—Está bien, caballerito.

—Pues, adios! Doña Felipa.

—Hasta muy pronto, caballerito.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y salió la beata, y, al pasar por el corredor, dio una palmadita en el hombro á Lorenzo Muro; pero recibió de Eugenio una mirada que decía: te conozco, vieja infame, y te mataría, si pudiera.

XXVII

Don Holofernes de la Rada

Tomó á andar Doña Felipa, arrebujada en su largo manto negro, que no le dejaba libre, para ver, sino el un ojo, pues el ótro era preciso ocultar; porque lo tenía algún tanto bizco, y según creencia del pueblo, los bisojos casi siempre son perversos. El rostro de la beata era bastante amarillento. Era, tanto por la edad ya avanzada, ni por necesidnuelos ayunos ó penitencias, sino por la mala co- que, como ictericia del alma, se transparentótras ocasioterior Llevaba la frente siempre inclitud de humildad, y como la nariz, ramidal, la hacía poco simpática, la embozaba con gran día el cabello, —dijo la beata, entrándose precimo las hebr-

A pes- lipa t- sas, sp-

¿Cómo?

—¿Como que hay novedad.

—¿Segura ó de las que solemos inventar?

—Segura, próxima, Señor Intendente.

Don Holofernes creyó á la beata, y tímido y ruin en el peligro, como fanfarrón y audaz en la seguridad, echó una mirada al escondrijo donde se ocultaba, cuando tenía la más leve sospecha de un levantamiento popular. Se dirigía á esconderse, cuando Doña Felipa le gritó: no es para tanto, Señor; se trata sólo de la captura de un estudiante.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tonces se corrompieron aun algunos buenos, que antes eran sensatos y de buena conducta; entonces se tentó con el oro á la misma virtud, y los hombres de carácter, los honrados y excelentes, fueron escarnecidos. El mismo Reinaldo, tan caballero en su proceder con sus adversarios políticos, sin darse cuenta de lo que hacía, estaba pagando tributo á la corrupción de aquellos días y sirviéndose de la política para aprisionar á su inocente rival. Esto le pareció poco, ya que mayores crímenes se cometían en nombre de la libertad.

Doña Felipa, dando brinquitos de apresuramiento, fue á casa del Intendente Holofernes, á quien temía por su trato duro, despótico, imponente. Don Holofernes, hombre sin creencias ni fe alguna, era de esos seres raros, estrambóticos, atentos y humil-

—¡Y los grandes, orgullosos y altaneros con sus

—¡Enemigos, insoportables con los inferiores. Su por lo mucho buenas maneras, no le duraban un cuarto que yo tenga se olvidaba de su educación forzada y Y ahora lo he visto las audadas, y daba campo á su Capitán, quién lo habilitaría... Creía que los enecara?

—No, Doña Felipa.

—Yo sí como que adivino.

—¡Bueno! Ud. sabe más que todas las beatas dueñas habidas y por haber, y más que los diablos meridianos.

—¡Dios nos libre, Señor!

—No quiero exigir el servicio que Ud. piensa. El único servicio, la única comisión que le encargo, es el arreglo secreto con Don Holofernes.

—Está bien, caballerito.

—Pues, adios! Doña Felipa.

—Hasta muy pronto, caballerito.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sa de su prisión, y nadie acertaba á descubrirla. La voluntad de Don Holofernes imperaba con omnipotencia abrumadora, y él manejaba la Policía secreta con tino y habilidad masónicos y pasmosos. Si sus acciones hubieran sido obras de virtud, el nombre de héroe lo habría merecido con justicia. Tenía en sus manos todos los hilos de su suspicaz malicia, y la trama, como red enorme, la dilataba por todas las provincias. Era la tela sutil del engaño y la traición aleve, donde caían los infelices, los mosquitos sociales. Para asechar á los poderosos, las grandes moscas, el célebre Holofernes, como enorme araña, extendía en derredor más firmes y acerados estambres. Oh! Don Holofernes de la Rada era el personaje de la época, el radical más perverso y convencido de cuantos entonces esclavizaban á la Nación. Era, al mismo tiempo, el tipo y modelo de otros tiranuelos de menor cuantía.

Con más brío y resolución que en otras ocasiones, en que era cobarde y recelosa, Doña Felipa golpeó la puerta del Intendente. ¡Qué demonios! —dijo éste,—¿quién va? ¿Acaso hay algún movimiento?

—Y grande,—dijo la beata, entrándose precipitada.

—¿Cómo?

—Como que hay novedad.

—¿Segura ó de las que solemos inventar?

—Segura, próxima, Señor Intendente.

Don Holofernes creyó á la beata, y tímido y ruin en el peligro, como fanfarrón y audaz en la seguridad, echó una mirada al escondrijo donde se ocultaba, cuando tenía la más leve sospecha de un levantamiento popular. Se dirigía á esconderse, cuando Doña Felipa le gritó: no es para tanto, Señor; se trata sólo de la captura de un estudiante.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Malhaya! Dueña Quintañona y decana de todas las viejas del Ecuador,—dijo Don Holofernes, —¿para tan poca cosa, me viene Usted con preámbulo de sustos y exageraciones? ¿No sabe que soy nervioso y sensible?

—Señor, no soy ni Quintañona ni Quintana siquiera, sino Felipa Tena y no tan vieja como Ud. se imagina.

—¡Qué razones tan gangosas las suyas!

—Es que, de resentimiento, una no puede ni articular palabra.

—Agradézcale á mi buen humor de hoy día el no haber recibido una bofetada mayúscula.....Sobre todo, está Usted en mi casa.

—Muchas mercedes recibo de Usted, Señor Intendente, cuando vengo á dárselas muy buenas.

—¡Eh! déjese de ironías, Doña Felipa. Ya estoy reportado. ¿Qué merced me trae? ¿Alguna persona diminuta ó algún endriago de importancia?

—De importancia, Señor Holofernes. Es como le dije, un estudiante de la Universidad.

—¡Oh! qué fuera aquel del discurso ó más bien filípica, catilinaria ó verrina contra nuestro gran Caudillo. Aunque ya estuvo preso en *carcera duro*, durante noventa días mortales, todavía no ha expiado el estudiantillo las hechas y por hacer. Lo tuvo á mi Señor en ascuas, en conmoción extraña, sin saber qué hacerse, moviéndose sin hallar fijeza en su asiento, cabizbajo, inquieto, indeciso, *emocionado*. Un mal rato y un chasco de padre y señor mío, le dio el estudiantín aquel.

—¿Y de dónde es el mal cristiano?

—Creo que de Riobamba.

—¿Entonces el González?

—El mismo, el mismo, beata mía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pues ¡albricias! de él vengo á dar cuenta á Usted. Conspira, y lo sé de buen origen.

—¡Hola! ni otra cosa deseaba para sentarle el guante.

—Ni haciendo una novena hubiéramos alcanzado ésto.

—¿Qué sabe de él?

—Que tiene fusiles ocultos y, en un sótano obscuro, una parva de cápsulas. Hace postas al Norte y Sur de la República y ha conquistado á muchos soldados de la Brigada de Artillería. ¿Le parece poco, Señor Intendente?

—Me parece mucho, muchísimo, a pesar de que con lo de los fusiles basta y sobra para *trapicharlo*. (*)

—Pero, Señor, ¿si es persona decente?

—Nadie sabrá lo que hagamos. Usted ve, Doña Felipa, que aquí se guarda todo como secreto masónico y, sino.....

—¡Jesús! Señor Intendente.

—Conque, ¿lo *trapichamos*?

—Es riquito él, Señor Intendente.

—Entonces, incomunicación, amago de azotes y pago de una razonable suma.....¡eh!

—Con lo primero basta, Señor Intendente: lo segundo ni nombrarlo, y, lo tercero, hay quien pague por lo pronto cien patacones como obsequio.

—¿Con anticipación á la captura? ¿Cómo puede ser eso?

—Siendo.

—Desembuche todo, bonísima beata; que esto de-

(*) No es el verbo español *trapichear* sino otro inventado aquí, *trapichar*, y significa el tormento de atar con una cuerda las piernas é ir apretándolas poco á poco y *levantándolas en alto*, causando un dolor agudísimo y desesperante, hasta obligar al paciente á inventar crímenes que no ha cometido ó delatar falsamente á laspersonas más inocentes, á quienes se trata de dar por culpables.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nuncio es *sui generis* y no se parece á los otros que Usted me ha hecho tantas veces.

—Bastante he servido al Gobierno.

—Verdad.

—Pero ahora he venido á su casa de Usted y no á la Policía, para que hablemos con entera libertad. Hay un interesado en la prisión del estudiante, y es un rico.....un liberal enamorado.....un amigo leal del Presidente Tarcón.

—Esto me basta.

—Y me ha dicho que le ofrezca, por pronta maniobra, cien sucres, que después le pagará doblado, y decuplicado y centuplicado también. Exige sólo de Usted que lo enjaule al estudiante Leonardo González, y lo tenga en absoluta incomunicación durante pocos días, desde la fecha que yo le indicaré á Usted. Por lo demás, quiere que á su preso se le dé buen tratamiento como á persona honrada. Lo del cepo, (*) trapicho y esotras travesuras suyas, llama él barbaridades.

—¡Qué más barbaridades que las acusaciones que Usted hace al estudiantillo! Fusiles, cápsulas, postas, &.

—No son tantas, para decir la verdad.

—Pero habrá mucho de eso.

—Algo.

—Pues ese algo contra nuestro liberal Caudillo ya merece todo mi acostumbrado rigor.

—Pues ahora, Señor Intendente, salga de su costumbre; porque el preso, más bien que del Gobierno, será de Don Reinaldo del Valle, Capitán elegante, gastador, joven de buen tono y muy apasionado de las hijas de Eva.

(*) No se puede ni indicar el tormento del cepo, porque lo prohiben la moral y la decencia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Hola! Es Don Reinaldo el interesado. En el acto será servido. Dígale que ha debido ordenarme y no pedirme de favor. El riobambeño irá á la Quinta de arriba, á repetir allá su discurso académico y consolar á los otros presos.

—Así le avisaré, y le agradecerá mucho el Señor Reinaldo.

—¿Qué haré, beatita, respecto á los cien sucres? ¿No creerá ese caballero que me vendo para complacerle?

—No tenga escrúpulos como nosotras las beatas. ¿Acaso fuera Usted el único comprable en estos tiempos? Además, los cien sucres creo que son para el sustento del preso durante los días del encerramiento. Así lo entendí.

—Sea de cualquier cuenta, recibámoslos, Señora. ¿Me los trajo?

—No.

—Entonces, beata desgraciadísima, ¿á qué me hace perder tiempo?

—No es perdido sino ganado. Mañana, á primera hora, estará aquí uno de los pajes y asistentes del Capitán. Es un negro, joven todavía, quien le traerá un paquetito.

—¡Bueno! Doña Felipita. Usted húgame quedar bien con Don Reinaldo. Dígale que voy á hacer más de lo que él me pide.

—Pierda cuidado; que le voy á ponderar su buena voluntad. Ya él sabe que Usted es hombre de acción y de cualidades sin rival para Intendente.

—Y para amigo.

—Así es. Sólo exige que no haya el más ligero maltrato.

—¡Eh! esto de doblegar uno su carácter es bastante durillo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pero ¿qué hacer, Señor Intendente? Por la plata baila.....

—Y por el oro hasta las beatas de mi Policía secreta, Doña Felipa.

—¡Ay! bueno, pues, Señor. Queda arreglado todo á sabor y satisfacción de Don Reinaldo.

—A maravilla, Señora.

—Hasta más luego.

—Hasta cada rato.

Salió, pues, la beata, y Don Holofernes quedó frotándose las manos de gusto y esperanzas. Iba á enjaular á un estudiante enemigo de su amo y, de paso, á ganar algunos sueres. Cómo había de perder tan lisonjera ocasión de medrar y unir lo útil á la patria con lo dulce para su persona. Oh! Don Holofernes de la Rada, tan inflexible ó inexorable para dejarse conmover con ruegos, tenía la bondad de blandear mucho, cuando era preciso complacer con un adinerado. Bien sabía él que el servicio hecho al Capitán no lo echaba en saco roto. La fama de la prodigalidad de Reinaldo le atraía las simpatías de los más altos personajes y autoridades de entonces.

Mientras esto pasaba, el enamorado dauleño ponderaba la malignidad de Doña Felipa y, por más que cavilaba, no sabía á qué atribuir el entero conocimiento que la beata tenía de la familia de Margarita, de sus amores con Blanca Rosa y de la amistad con el tío Pelmas. Nada ignoraba la arpía, que sin duda era sabedora de otras cosas más, que callaba. Era mujer temible, y convenía guardarse de ella; porque, si no, sería difícil conservar el secreto. Reinaldo resolvió no descubrir á Doña Felipa y al tío Pelmas sino lo muy necesario para su objeto y no revelarles lo que no conviniese. Ni la beata debía saber del rapto ni el tío el lugar donde estaba el estudiante.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No hay quien más tema á un cómplice que el favorecido y pagador. Además, Reinaldo quería hacer á su rival los menores males posibles, y, para evitar que lo despedazase el inclemente Holofernes, se decidió á pagarle bien la intriga; para que, fingiendo complicidad del estudiante en asuntos políticos, se limitase á tenerlo incomunicado, pero con las consideraciones merecidas por el joven. Era mucho pedir á Don Holofernes, quien, cuando estaba culto y con finos modales, lo menos que hacía era proferir alguna blasfemia, y cuando no era cruel, lo menos que permitía á sus desapiadados y torpes esbirros era que simulasen el aparato de un fusilamiento, como se verificó con un honrado herrero, á quien, en són de pasarlo por las armas, condujeron algunos verdugos hasta el Panteón de San Diego, en donde el infeliz, dejando caer los brazos, en actitud de esperar una muerte segura, vio destacarse mustia una sombra melancólica que parecía le llamaba.

Tal era el famoso Intendente, y, sin embargo, una carta de Reinaldo y, sobre todo, los billetes en ella incluídos, consiguieron el objeto del enamorado perseguidor de González. La carta decía:

A Don Holofernes de la Rada.

En sus manos.

Estimado Señor Intendente:

Saludo á Usted y le deseo bienestar.

Una mujer, que sirve y apoya á Usted en el ejercicio de sus deberes de empleado, muy conocida suya y de su entera confianza, ha debido hablarle respecto á la prisión de un joven estudiante, que conspira contra el actual orden de cosas. Interesa, pues, al país y á Usted, como buen patriota, que ese ca-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nario, que canta muy suavemente, esté en jaula durante algunos días, en absoluta incomunicación, y que nadie, ni el mismo S. Gobierno lo sepa, hasta que yo crea oportuno. Es natural que Usted necesite de recursos para vigilar al preso, y le remito, por ahora, esa suma. Le suplico á Usted (y creo dirigirme á un caballero) que á mi hombre se le dé fino y atento tratamiento; porque es tan sólo un preso político que no un criminal y, para decirlo con franqueza, es sólo un preso de su afectísimo amigo, —

R. del V.

Escrita la carta, llamó á Eugenio y se la dio, ordenándole que se la entregase al Intendente en propias manos. Conocía la puntualidad de su paje, su reserva, su discreción, y quiso que él sólo fuese el conductor de una comunicación que no convenía confiar á Lorenzo, negro curioso y listo por demás, aunque de cascos lucios. Eugenio, que no alcanzó á comprender la mala acción que se tramaba, desempeñó la orden de su amo con el esmero y prolijidad que acostumbraba.

Reinaldo se estuvo, durante aquel día, muy reflexivo, solo y avergonzado de sí mismo. Acababa de cometer una perfidia: le parecía que alguien llegaba ya á descubrir la trama en que caía su noble rival y el pretexto de una conspiración política para ocultar una aventura amorosa. Se admiraba del modo inusitado con que estaba procediendo en este lance, cuando en otros semejantes había jugado con las dificultades y las había hecho desaparecer con la misma facilidad con que un niño hace y deshace pompas de jabón. Veía que, en el rapto de una joven, hija única de madre viuda, pobre, sin auxilio ni defensores, no había ni riesgos, ni esfuerzos, ni proezas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que hacer, y, con todo, experimentaba algo nuevo y desconocido, cierto amilanamiento de espíritu, que desdecía mucho de su carácter impetuoso y emprendedor. No acertaba á explicarse lo que le pasaba: se desconocía á sí mismo, y se llenaba de admiración, sintiendo temor de tronchar por su tallo una rosa, él, que tan altos y robustos árboles había antes derribado. Soy gigante,—se decía,—y en ésta, que talvez será mi última empresa de amor, me siento con fuerzas sólo de niño, ó me acobardo. ¿Será que lo muy fácil amilana y lo muy árduo y dificultoso alienta y da vigor? No sé que sea; pero ya no soy el mismo Reinaldo, el príncipe de los seductores, el más admirado de los calaveras. ¿Talvez, aunque ya en mí pasión por Blanca Rosa creo seguir un vano capricho, tengo oculto algo de verdadero amor casto, algo de lo que sentía al principio, la primera ocasión que la traté? ¿Acaso me da pena de estrujar una florecilla? ¿me avergüenzo de arrancarla del escondido jardín donde creció inocente, aromosa? Esto es extraordinario y no sé darme la respuesta. Soy ahora un sér indefinible, y, si le pregunto á mi corazón qué le pasa, él late fuertemente, como nunca, pero tampoco me responde.

Reinaldo no comprendía que la virtud de Margarita, llena de cierta dignidad grande ó irresistible, le hacía á él respetuoso y menos atrevido en sus violencias de amor. Además, sin darse cuenta de la razón, sentía por Blanca Rosa un afecto menos impuro, violento y desenfrenado que el que le arrastraba en pos de otras beldades, de quienes tan fáciles triunfos alcanzaba. Tenía conciencia de que estaba engañando á una joven inocente y virtuosa, cuyo rostro se sonrosaba como amapola, cuando oía palabras que no eran muy castas. Siempre que miraba á Blanca Rosa y se deleitaba en contemplarla, obser-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vó que, no acudían á su mente los enjambres de lascivas ideas y lúbricos pensamientos que solían inflamarle el cerebro cuando sólo conversaba con jóvenes, aunque hermosas, frívolas, desenvueltas ó siquiera poco pudorosas. Por lo mismo que este lance de amor era extraordinario y para él hasta sobrenatural, se resolvió á llevarlo á cabo y ver su desenlace, ya fuese cómico, ya trágico, ó ya novelesco, como él se figuraba. No siendo el caso vulgar, se decidió á portarse con Blanca Rosa con cierta honrosa excepción, que no la confundiese entre el número de las coquetas y queridas, á quienes antes había engañado para echarles luego tierra de olvido. Con la joven, cuya belleza y virtud eran irresistibles, con la hija de Miño y la inmejorable Margarita, Reinaldo iba á ser respetuoso y delicado. La decidiría al rapto sin enseñarle el más leve indicio de goce sensual; pero tampoco sin hacerle ya promesa alguna de matrimonio, para no empeñar palabra que fuese después causa de reconvención y amarga queja. Iba á evitar ambos extremos y á ejercer en el alma de su enamorada todo el imperio de un amor mágico, que no da treguas á la reflexión, ni á mirar el porvenir ni á exigir prendas. Adormecería el fuego de sus deseos, para despertarlos allá, en sus amenos bosques, donde el silencio y la soledad dominan, donde el hombre se sueña solo, absolutamente solo, porque no se acuerda ó no cree que Dios lo está mirando.

Tranquilo ya Reinaldo con su decisión irrevocable, y pensando en que Don Holofernes desempeñaría su comisión (pues ya estaba comprado) con la reserva del caso y trataría al joven González sin la rudeza que le era connatural, como á empleado de Tarcón, se dio á imaginar cómo realizaría su viaje á la Costa y si le estaría bien ó mal llevar consigo al tío Pelmas, á quien tantas dichas había ofre-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cido, pero sin empeñar palabra de caballero. Anhelaba porque su marcha fuese ignorada, é iría con su querida Blanca Rosa, el tío Pelmas ¿qué hacer? y sus dos negros, como jefe en comisión del servicio imaginario, como se acostumbraba entonces; pero él no admitiría otros asistentes, ni sueldo, ni subvención alguna del Gobierno, de cuyo lado se separaría luego, con licencia absoluta, pues ya le iba cobrando tedio invencible á causa de las ocultas iniquidades que oía referir y por las injusticias y robos de que él mismo había sido testigo. Reflexionaba que, con nombre de libertad, se había entronizado un verdadero terrorismo, y que el terrorismo, ora fuese negro, ora rojo, de cualquiera color deslumbrante con que se lo pintase, siempre era terrorismo; porque no el follaje ni la hermosura de un árbol le hacen codiciable sino la abundancia y suavidad de sus frutos. Las escenas de barbarie, que la beata Felipa le había relatado y de las cuales él mismo tenía barruntos, pues ya se murmuraba de ellas como de misterios escondidos y pavorosos de inquisición maldita, le decidieron á volver al regazo de la vida privada, al seno de sus heredades y á no tomar cartas en política sino cuando el despotismo llegase al colmo de la iniquidad. Fijó, por último, la madrugada del miércoles de ceniza, cuando todo estuviese ya silencioso y triste, después de la algazara carnavalesca, para emprender el meditado viaje. Todo era hacedero, realizable, y se verificó luego, como lo delineó Reinaldo. Más que el poder de su imaginación el poderío del dinero bastaba al cumplimiento de sus deseos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XXVIII

Las intrigas y temores del tío

Dos días después, en calma présaga de última y recia tempestad, el tío Pelmas acudía muy devoto, detrás de Blanca Rosa, al templo de S. Francisco para hacer la visita del Jubileo. Como en esta ocasión iba también la leal Manuela, y Reinaldo estaba advertido del caso, por las minuciosas advertencias que de todo le hiciera el tío Pelmas, no se realizó la segunda cita, y volvieron á la casa de la viuda la joven, la criada y el compañero. Blanca Rosa manifestaba mucha alegría, en tal manera, que su madre, ya engañada, tomó como signo de expansión de ánimo, y pidió al tío Pelmas que fuese el confidente obligado del paseo de Blanca Rosa y de sus visitas al Santísimo durante los pocos días que faltaban para terminarse el Jubileo. El tío Pelmas estuvo, en este y los siguientes días, en su trato y modales, más fino que la seda joyante, más atento y bondadoso que de ordinario. Era necesario manifestar grande bondad, cuando se trataba de encubrir grande traición, y debían ser más suaves las últimas palabras del embaucador, cuando iba á ser más cruel y matadora la puñalada hundida en el corazón de una madre.

Como el tío Pelmas, con capa y autoridad de hombre virtuoso, quedaba con frecuencia á solas con Blanca Rosa, la decidió á verse todos los días con Reinaldo, le quitó los últimos temores de su desobediencia á Margarita, los últimos recelos de que su amante fuese alguna vez menos respetuoso á su pudor, y la última aprensión de la maledicencia del público, que, si

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se olvidaba de ella para protegerla y remediar su situación, se acordaría muy bien de vituperarla sin piedad. Cierto que hay gentes que no se fijan en el brillo y valía de una perla sino cuando la ven caída en un lodazal.

El tío Pelmas, de acuerdo con Reinaldo, y prodigando á otros el dinero de éste, tuvo prevenidos los parajes, donde se verificarían las citas, en diversos lugares, con precauciones y tino propios de su gran talento para rufianear, baj › la especie de noble y virtuoso empobrecido.

Durante las noches de los días que precedieron al rapto, los dos jóvenes rivales se encontraron con más frecuencia en casa de Margarita, y aun algunas veces salieron juntos en tranquila conversación, y se despedieron afectuosos. Reinaldo ya casi no odiaba á Leonardo: le tenía más bien desapego, poca simpatía, porque era enamorado de su enamorada. Esta era para él poderosa razón. Amable es Leonardo, —le decía á la misma Blanca Rosa, en ocasiones; — pero es mi rival, y yo soy hombre que tengo celos hasta de las flores, cuyo aroma aspiras tú, poniéndolas sobre tus labios. Si la desgracia quisiera que tú correspondieses á su amor, le mataría.— Leonardo, por su parte,— gallardo y caballero es este joven,— decía á la viuda,— y tiene fama de dadivoso y aun de aliviador de necesidades de familias pobres. Es lástima que estas cualidades no estén realzadas por algunas virtudes, que le harían más estimable; porque entiendo que se preocupa poco ó nada con sus deberes religiosos. Casi nunca le he visto en un templo y sí con frecuencia en los casinos.— Aunque González sabía ya los milagros y hazañas de su rival, no se expresó sino vagamente, sin contárselas á Margarita, para no contristarla más de lo que ella estaba apenada, indecisa y temerosa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La mañana que precedió á la segunda cita, el tío Pelmas, con cara de satisfacción, dijo á Margarita: ¿has de creer lo desmemoriado que me estoy volviendo? Tengo ya la carta que me entregó el Sr. Larrea, y me he olvidado de enseñártela. Aquí la tienes.

Veámosla, dijo Margarita, no con la curiosidad exagerada, casi peculiar del sexo hermoso, sino con cierta acentuación de desconfianza.

La carta decía:

«Al Sr. D. M. Larrea.—Quito.

Estimado Sr. y amigo:

Por ruegos de un Señor Pelmas, de esa Capital, me encarga Ud. que le diga si es ó no limpio el origen de donde procede el joven Reinaldo del Valle, y me pide se lo comunique en secreto. En contestación le diré que es excusada toda reserva; porque Reinaldo es hijo de una honrada y rica familia de Daule, muy honorable y conocida aquí. Es cuanto debo asegurar á Ud. en obsequio de la verdad.

Guayaquil, &.

T. Noboa»

¿Qué te parece, Margarita? dijo el tío Pelmas.

—Muy concisa, muy vaga, muy indeterminada, me parece la tal carta,—contestó friamente la viuda.—Yo pregunté si era hijo legítimo y de virtuosa familia. Si hubieran contestado *si es* ó *no es*, habría más claridad para el partido y resolución definitiva que debo adoptar sin demora alguna.

—Así es la verdad. Yo creí que esto bastaba.

—No, tío.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Tomemos otras medidas.

—¿Quién firma?

—Ve tú misma.

—T. Novoa. ¿Quién es este Señor T.?

—D. Tácito Novoa, persona honorabilísima de Guayaquil.

—Pero para mí desconocidísima, tío Pelmas.

—¿Crees que te engaña el que se complace en ser como padre de tu hija?

—Eso no, perdone; pero sí puede ser que á mí, á Ud. y al Señor Larrea nos engañen. ¿Conoce Ud. al Señor Tácito Novoa?

—Francamente, no.

—Luego tiene que temer como yo temo.

—Preguntaré al Señor Larrea las condiciones del Señor Tácito. ¿Qué piensas?

—Ya, ya..... ya dí con lo que debo y me conviene hacer. En la necesidad son buenos los recuerdos.

—¿Qué recuerdas?

—Que Rogerio, mi esposo, tan conocido en la Costa por su carácter benévolo y caballeroso, tuvo en Guayaquil un amigo muy estimado y joven, como él era entonces, con quien le ligaba dulce lazo de intimidad. Este Señor debe vivir aún, y ahora recuerdo que mi marido me recomendó que, si alguna vez necesitase yo de una persona en la Costa, nadie sería más leal, y cumplido y de buena voluntad para hacer un servicio, que su amado amigo Don Adriano Roca, de honorable familia y descendiente de uno de los presidentes de esta República ecuatoriana. A este Señor voy á escribirle yo misma, encareciéndole que se digne avisarme lo que sea exacto respecto de la procedencia del joven militar. Le escribiré sencilla y claramente con el corazón, con el alma, como debe escribirse una carta. Le aseguro, tío Pelmas, que estoy tranquila sin más que esta resolución.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Así es la verdad. Yo te apruebo, y con mucho gusto echaré tu carta en el buzón del correo.

—Gracias, tío, no he de molestarle en esto; porque Ud. sabe muy bien que en estos años no hay seguridad de que las cartas lleguen á su destino. Muchísimas se pierden, ó son interceptadas ó abiertas, y yo no quiero que ojos profanos lean las mías, ni que nadie se imponga de las cosas que demandan el más estricto secreto.

—Pero tu carta no la abrirán; porque no eres metida en asuntos políticos, cosa tan fea en una mujer.

—Pero, tío, puede ser que el Señor Roca sea hombre metido en política y enemigo del actual Gobierno, que sí lo será desde que es hombre honrado. Entonces, viendo la dirección, abren mi carta, y lo llega á saber el mismo Reinaldo.

—Entonces yo veré cómo hacemos.

—No hay necesidad. Paulina, hermana de Leonardo, y tan buena como él, tiene en Guayaquil una amiga con quien se cartea frecuentemente. Voy á pedirle que, en una carta suya ponga la mía, y recomiende á la Señorita guayaquileñá la haga entregar en manos del Señor Roca. Para todo hay remedio, tío Pelmas.

—Así es la verdad.

No pudo proferir más palabras el tío. Todo el plan de apoderarse de la carta, y enseñársela á Reinaldo, y forjar la contestación del Señor Roca, quedó desvanecido con la resolución de Margarita, que era mujer de carácter. Además, el tío Pelmas no insistió en su empeño, de temor de que la viuda llegase á maliciar que entre él y Reinaldo había absoluto acuerdo. La idea de que la ropa nueva fuese, más que regalo, lazo de unión entre el enamorado y su pariente político, podía muy bien ocurrírsele á Margarita, y entonces

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

todo estaba perdido. Era, pues, indispensable seguir aparentando lealtad y mostrar aquiescencia á cuanto quisiera Margarita.

—Cuanto tú hagas me parece bien, le dijo, y soy de tu mismo modo de pensar. Las madres son sabias siempre, cuando se trata de la felicidad de sus hijos.

—Gran verdad ha dicho Ud., tío Pelmas. —respondió Margarita.—Quedamos en lo resuelto.

—Quedamos.

—Ahora, más tarde, saldrá Usted con Blanca Rosa á la obligada visita del Jubileo.

—Grata obligación impuesta por la fe y el amor divino. Así logramos también desviarla de su inclinacioncilla al otro amor profano del Capitán.

—Es uno de mis objetos. Por esta razón y por la confianza en Usted depositada por mí, le permito que salga con Usted todos los días; de otro modo no la dejaría irse; porque las niñas deben estar siempre al lado ó en la presencia de sus madres, como el rebaño de cándidas ovejuelas que pace á la vista de su pastor.

—Así es la verdad; pero también sucede que, si una joven no se guarda á sí misma, no bastan á guardarla ni cien puertas con cien cerrojos y cien candados. Así lo he oído decir con frecuencia á muchas jovencitas.

—Mucho tiene de verdad ese dicho; pero muchas veces lo alegan las jóvenes para evitar la vigilancia de sus padres y para no ser muy caseras. Estando las hijas junto á sus madres, si no imposible, á lo menos no es tan fácil la conquista de un seductor.

—Aun así caen con frecuencia.

—Sí, tío, las demasiado fáciles, y faltas del temor de Dios y de cariño á sus padres. No crea, tío, tan posible la caída de una joven de firmísima virtud.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Los libertinos espían, más que la ocasión, las escondidas inclinaciones de una joven, para aprovecharlas en pro de su designio. De otro modo, no son, por lo general, tan atrevidos. Mire, tío Pelmas: aun á una mujer casada nadie se atreve á solicitarla, si ella misma no da asidero, y muestra el lado flaco, y se insinúa ó, por lo menos, deja vislumbrar el deseo de ser amada de otro. De diez adúlteras sólo una lo será, porque haya dado en el blanco la audacia de un hombre contra la voluntad decidida de una mujer. Las nueve lo son espontáneamente y porque han atraído adrede al seductor.

—Terrible está tu sentencia, Margarita.

—Es terrible pero muy verdadera.

—Así debe de ser, cuando la dice una mujer tan virtuosa como tú.

—¡Gracias! tío Pelmas.

—Hasta luego. Voy y vuelvo. Dile á Blanquita que esté prevenida para salir. ¿Irá con nosotros Manuela?

—No, tío, con Usted basta. Manuela tiene muchos quehaceres en casa.

—Ya se ve. No hay necesidad. Yo, con tu hija, haré oficio de padre y madre, para corresponder á tu ilimitada confianza en mí.

—Es la verdad.

—Me voy.

Salió el tío Pelmas pensando en la carta que iba á escribir Margarita al Señor Adriano Roca, y volvió á desconcertarse, sin saber cómo evitar tal fracaso; que á tanto no alcanzaba su inteligencia. Apresuró el paso y fue á dar cuenta de todo á su sobrino Reinaldo, á quien encontró de muy buen humor y con una carta en la mano.

—Sobrino, le dijo, vengo apresurado á hablarte de la carta.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Reinaldo, algo sorprendido,—¿de qué carta?—preguntó, y guardó en el escritorio la que estaba teniendo.

—Reinaldo, yo hablo de la carta de Margarita y no de la que tenías en tu mano.

—Explíquese, tío, prontamente.

—Ten paciencia, hijo. Te contaré la historia que me tiene trastornada la cabeza.

—Veamos si merece la pena tal trastornamiento.

—Pues sabrás que enseñé á la viuda la carta de Tácito Novoa, caballero de tu invención amatoria.

—Ja, ja, ja, ¿y qué dijo la viuda?

—No se persuadió de su autenticidad, y más bien dio señales inequívocas de completa desconfianza. Estamos perdidos.

—¿Por qué?

—Porque ella misma, dice, que va á escribir á un Señor de Guayaquil, Don Adriano Roca, que fue amigo de su esposo, y que así sabrá la verdad clara y sencilla. Estamos perdidos.

—¿Cuándo le escribe?

—Pronto y por seguro conducto.

—¿Quién es él?

—¿Quién es ella? dirás.

—Pues ¿quién es ella?

—La Petronila, pues.

—¿Cuál?

—La hermana de Leonardo Gónzález, la amiga y confidente de Margarita. Mira cómo el tal Leonardo ó su familia, que es lo mismo, se interpone como sombra en tu camino. Hazle desaparecer al de Riobamba. Estamos perdidos.

—Ja, ja, ja, tío Pelmas.

—¿Te ríes de los peligros y de que nos cojan en la trampa puesta por nosotros mismos?

—Me río de Usted, tío Pelmas, de sus temores y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

escrúpulos y de su falta de reflexión. Está Usted en Babia. ¿No es cierto que, antes del carnaval, estará ya en mi poder Blanca Rosa?

—Sí, Reinaldo.

¿No es cierto que en esos días, estaremos ya viajando á la Costa mi prenda, mi compañero Pelmas y el que habla?

—Certísimo, Reinaldo.

—Pues entonces, ¿de qué teme Usted? Mientras la carta de la viuda vaya á Guayaquil ó venga la contestacion del Sr. Roca, ya nosotros estaremos seguros y contentos, y campantes en la llanura de mi hacienda de Bellaestancia, lugar hermoso, con Blanca hermosa, en esos bosques hermosos, en donde todo es y se vuelve hermoso, y donde hasta Usted se ha de volver hermoso, aunque parezca una hipérbole como una montaña.

—Ja, ja, Reinaldo. Esta ocasión he estado tonto, y lo confieso.

—¿Ahora no más?

—Antes no lo he sido, menos lo seré después. Ya verás los amenos lugares, donde están preparadas las citas, y, entonces, atrévete á llamarme tonto.

—No, tío. Ja, ja, si Usted sabe más que Merlín, según dijo en otra ocasión. Es Usted de una astucia y un talento colosales.

—¡Gracias! creí que me habías satirizado.

—Ni por pienso, tío. Váyase á casa de Margarita. Es la hora horada.

—Bueno. ¿De quién es la carta que guardaste? Perdona la curiosidad.

—Curiosidad femenil, tío Pelmas. Es carta de mi familia de Daule, avisándome que me remite dinero suficiente para nuestro viaje. Pronto estará Usted brindando con mi Señora Abuela, y apurando de lo más añejo. Eh! tío. Váyase.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Magnífico todo! Hasta más luego.

Reinaldo quedó riéndose de la crédula simplicidad del tío Pelmas, del rapto de Blanca Rosa ya tan cercano y de la vileza de Don Holofernes, cuya carta era la que acababa de leer cuando entró el *noble* rufián á darle noticias que él juzgó gravísimas y que para el Capitán eran bagatelas. Todas las cosas tenían buen éxito para el futuro raptor. Don Holofernes le decía en su carta:

Aunque Ud. no pone, al pie de su comunicación de hoy, sino las iniciales de su nombre y apellido, acaso porque así conviene y porque así importa al bien de nuestro General, me apresuro á obedecerlo, pues conozco quién es Usted y cuanto vale. Le obedeceré puntualmente, como me ordena y manda, y no tiene sino que seguir mandando, y yo, obedeciendo. Recibí los billetes, y ellos servirán para ocultar la escena que debe pasar en breves días.

Su amigo que b. s. p.

El Intendente.

XXIX

Triunfo del seductor

GRANDE afluencia de gentes como oleaje que manso va y vuelve sin cesar, tendiéndose en tranquila playa, había en la iglesia de San Agustín el segundo día del Jubileo. Era también el día de la segunda cita bien preparada por el tío Pelmas, quien entraba al templo con Blanca Rosa. Después de arrodillarse en actitud devota, él inclinado y sin mirar á nadie, y ella coloreando y viendo á todas par-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tes, rezaron un instante y salieron, pasando de la visita á Jesús á la visita del seductor, de la vida á la muerte, del edén al estercolero. El tío Pelmas, en su malignidad, arrastra á la hipocresía á la inexperta y sensible joven, y quiere darle la habilidad de servir á dos Señores: visitar á su Dios y acudir á una cita amorosa. Horrenda es la amalgama que el hombre hace á veces del bien y del mal, creyendo, insensato, que, con la aparente y forzada piedad, debilita la culpa.

Reinaldo esperaba á Blanca Rosa en un paraje escondido, donde el silencio y soledad más convidaban el alma á meditar que á distraerse con ilusiones, que apacientan la mente, matando el corazón. Cuando la enamorada joven le saludó y le estrechó la diestra, sintió algo semejante al escosor de quien imprudentemente acerca la mano á una hoguera viva. Notólo Reinaldo, y la serenó con palabras tan dulces, que parecían arroyo que brotaba por entre prados de espeso césped y apiñadas florecillas. Sus razones eran tan persuasivas, tan delicado su tratamiento, que la joven le tuvo por enamorado respetuoso y lleno de raras virtudes. Vio en él no al amante vulgar sino un sér algún tanto extraordinario, y soñó con el amor de un hombre de genio y de un verdadero poeta. Como Blanca Rosa no sentía en sí el más leve anhelo sensual, su inexperta fantasía, como águila que acaba de salir del nido por primera vez, volaba con vaguedad á mundos para ella desconocidos, y los poblaba de encantos. Era muy joven, sin experiencia de las realidades de la vida, y su inteligencia, todavía poco cultivada, la hacía soñadora de dichas en la tierra. Su imaginación era, sin embargo, pura, nítida, tersa, y se forjába un amor algo divinizado, y llegó á persuadirse de que Reinaldo era una especie de espíritu sin ligaduras ni afectos terrenales.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Su amor y sus aspiraciones no se asemejaban á los de las jóvenes que, con la lectura de novelas, se embeleñan y, perdida la calma, se fingen y desean ser las heroinas de las narraciones que leen. Blanca Rosa contemplaba muda á Reinaldo, después que éste, habiéndola encantado con sus acentos, se quedó también silencioso. Ella no apartaba de él sus miradas, como temiendo desfallecer; porque es cierto que, cuando nos fascina una visión, desmayaríamos, si ella no nos siguiese fascinando. Mientras más miramos el objeto de nuèstro amor, más nos encendemos con él: de ahí resulta el goce de los bienaventurados que ven eternamente á Dios; pues, contemplándole por toda la eternidad, es necesariamente eterno el amor. Como abismada estúvose mucho espacio Blanca Rosa, creyendo que su amor era hasta santo y que el primer amor es siempre bueno. Este juicio procedía de la inexperiencia y de haberse nutrido con ideas de virtud y formado su corazón recto por las enseñanzas de Margarita. Como los árboles ora floridos, ora cargados de frutos, muestran al exterior la bondad de la simiente ó del vástago de donde procedieron, también las almas buenas, ya en palabras, ya en obras, están manifestando la primitiva esmerada educación que recibieron.

Reinaldo y Blanca Rosa tornaron á conversar agradablemente, sin más testigo que el prosaico tío Pelmas, que, al comienzo de la escena, estuvo como insimismado, pensando que él sería el complemento de esa dichosa pareja, á quien tan sabrosos instantes prodigaba. Luego se puso obsequiador, y regaló á Blanca Rosa un cucurucho de exquisitos dulces y grajeas, de cuyos variados matices aprovechó Reinaldo para discurrir largamente y hacer aplicaciones galantes á su amada; pues, si las flores tienen len-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

guaje, lo tienen las grajeas que les imitan el color.

Mucho debemos agradecer al tío Pelmas por la grata sorpresa en esta nueva cita,—dijo Reinaldo. —Como ella es dulce al corazón, ha querido también hacérnosla dulce al paladar con tan regalados confites y grajeas. Es Usted, tío, un gran inventor de regalos y fuegos al amor.

Tan inventor soy,—dijo el tío Pelmas,—como el famoso indio Sessa, á quien se debe la distracción del ajedrez, como Ustedes me deben el esparcimiento de su amor y sus apasionadas confidencias.

—Muy oportuno está el tío en sus ocurrencias,— dijo Blanca Rosa.

Por agradarte á tí, gacela mía,—dijo el tío Pelmas. —Como la presente, tendrás estos días otras confidencias con tu dueño, hermosa coima.

—¿Qué significa esa palabra?—preguntó Blanca Rosa.

—Adorada,—dijo Reinaldo, con el rostro encendido de mal disimulado furor contra el deslenguado tío, que tan pronto estuvo ya importuno y grosero, no tanto por tonto, cuanto por ignorante del término que empleaba para galantear á Blanca Rosa.

Comprendió así el tío Pelmas, y dijo tembloroso: adorada, sí, Blanquita, adorada quise decir, y virtuosa y llena de donaire, que todo esto significa la expresión.

Sin esta fácil aunque disparatada salida, el bofetón de Reinaldo habría sido inevitable para el tío Pelmas. Desvió, pues, el joven la conversación, y comenzó á tratar del rapto. Dijo que, una vez opuesta Margarita con tesón á todo arreglo y al enlace de dos amantes, á quienes la dicha debía unir para siempre, era preciso huir los dos, aunque se opusiesen todos los poderes de la tierra, pues por algo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se había dicho que el amor es más fuerte que la muerte. No es amor el que no arrostra los peligros, y vence los imposibles, y convierte en luz las mismas obscuridades. Estas y otras muchas cosas dichas con el tono seductor y patético de la pasión, comenzaron á decidir á Blanca Rosa á obrar una acción, que antes le había parecido monstruosa pesadilla. En esos instantes Reinaldo duplicó sus razonamientos y hasta se sintió inspirado, escribiendo pocos pero galanos versos. Aquello de que todos tenemos un poco de poeta, se cumple á la letra, cuando está alguno enamorado. El amor es armonía y se expresa mejor con la sonoridad del metro. Antes Blanca Rosa se había estremecido al pensarlo; ahora apenas experimenta un vago temor de abandonar á su madre: poder de la seducción. No se preocupa ya con el sacrificio del pudor, porque confía ciega en las palabras de Reinaldo, y cree que será su esposa y nunca su querida. A pesar de las promesas, que juzgó sinceras, en esta cita no cedió con ligereza á la resolución de su enamorado, y no le dio palabra todavía. Le rogó que aun no le exigiese un *sí*, que debía meditarse, porque de él dependían felicidad ó desdicha eternas. Como Reinaldo comprendió que la mente de su amada seguiría el impulso del corazón, y que la tregua era rápida, como es breve el espacio en que el cazador pasa acechando al ave, aplazó el *sí* deseado para próxima cita. Se retiró antes que Blanca Rosa, y ésta salió con su aleve compañero, que gastó la tarde aquella y la mañana del día siguiente en persuadirla que á ciegas se entregase en brazos de un caballero, que juraba no tocarla, ni aun levemente, hasta que allá, en su hacienda, les bendijese el párroco de Daule. También el tío Pelmas inventaba las cosas y mentía de cuenta propia, esperando la aprobación de su sobrino.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca Rosa llegó á su casa con el rostro encendido, y fingió que el calor del día, en que reverberó un sol ardiente, como suele ser el de nuestros climas, cuando se aleja la estación de las lluvias, había avivado sus colores. Margarita estaba tranquila, confiada en el tío Pelmas, á quien agradeció al despedirse.

Blanca Rosa, después de recibir las obligadas visitas de Reinaldo y Leonardo, que llegaron al caer la tarde y se retiraron temprano, se entregó al sueño aquella noche, en que la inquietud y la ilusión, el miedo y el amor, el recelo y la esperanza, le presentaban cuadros ora lastimeros, ora halagadores, y oía como dentro del fondo de su alma, á veces rumor de gemidos, á veces algazara de alegrías. Veía, entre sueños, la palabra *si* dibujada con caracteres muy negros, hacia un lado, sobre la pared de su estancia, y luego miraba, hacia otro lado, el mismo *si* en letras de luz, que relampagueaba. Contemplaba á Margarita y Manuela, los únicos seres del hogar, que la miraban ya llorosas, ya risueñas, y observaba que el color de las paredes de su modesta casa se volvía lívido, y luego recobraba el tinte sonrosado, que le era propio. En ese vaivén continuado de tristes y gratas visiones, se pasó la noche, y, al despertar, se dijo Blanca Rosa: la indecisión de mi voluntad se pinta en los sueños que me han venido con tanta rapidez. No, ó la muerte ó la vida, ó un *si* ó un *no* terminantes. El estado de la duda es más terrible y tiene más ansias que la realidad por espantosa que sea. Hasta para decidirse á arrostrar una desgracia, es preciso que sea positiva. No puedo ya seguir indecisa y atormentada con la vacilación. ¿Amo á mi madre? Como á la vida. ¿Amo á Reinaldo? Como á mi corazón. ¿A cual de los dos amo más? ¡Dios mío! No quiero darme la respuesta. Si amo á Reinaldo, desobedezco á mi madre, y, si obedezco, no es verdad mi

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

amor. Mente, aclárate; corazón, no seas cobarde.

Quedó como aturdida unos instantes. Se conocía que el ángel del bien y el ángel del mal, que le dieron las visiones de la noche, luchaban todavía. ¿Quién vencerá? Blanca Rosa, á manera de velo, tenía tendida sobre el rostro la cabellera negra, flotante, como si intentase ocultar su resolución. En sus hermosos labios estaba medio apagado el carmín, y sus ojos negros eran entonces como los de la golondrina, cuando empieza á adormirse bajo la algosa teja de la alquería. En su aflicción, á medio vestirse, parecía una Magdalena de Salguero. Después se cubrió bien, de súbito se puso en pie y exlamó: Soy de Reinaldo. Lloró en seguida, se lavó el rostro y salió risueña á saludar á Margarita y darle el casto beso en la frente.

Ese día se verificó la tercera cita, acudiendo Blanca Rosa y el tío Pelmas al templo de San Agustín. El día posterior y los cuatro siguientes, que el Jubileo esplendía en Santa Clara, fueron pretexto para otras tantas citas, y el *si* de la joven se retardó todavía. Pasó el Jubileo al templo de la Compañía de Jesús, y Blanca Rosa y el tío Pelmas hicieron la obligada visita, y se vieron con Reinaldo en varios lugares preparados por el tío Pelmas, con el tino, gusto y oportunidad que á veces tiene el crimen. El penúltimo día del Jubileo, fue también el de la última cita, y en ella Blanca Rosa, creyendo en la verdad de la pasión de Reinaldo, y, juzgándola ya bastante probada, sin poder resistir á la magia de la seducción, resuelta y, al propio tiempo temblorosa, dio el *si* fatal con que triunfaron amor y desobediencia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XXX

La prisión del estudiante

El último día del Jubileo en la Compañía, cuando desfilase la procesión, entre pompa y cánticos, cuando el gentío llenase todo el recinto del templo, debía verificarse el rapto. La víspera llegó ya: la noche era hemosa; pero, con los amagos de revolución, que hizo propalar el famoso Don Holofernes, las calles estaban desiertas como de ciudad abandonada, y ni aun el valeroso Capitán había ido á su acostumbrada tertulia. Sólo un joven bien abrigado en su paletó gris, avanzaba con pasos lentos, como dirigiéndose á las calles de La Loma. En su mirada de serenidad reflejábase la placidez de su corazón bondadoso á la par que el valor de su ánimo en los peligros. Iba pensativo y sonreído, cuando súbitamente, al grito de ¡Viva Tarcón! acompañado de una interjección, que la Academia no escribirá jamás en su diccionario, se le pusieron delante dos hombres con almas y caras de Judas, y le intimaron pronta y sumisa rendición. El joven, de pronto, creyó caer en manos de forajidos y ladrones, que no escasean en tiempos de libertad absoluta, y sacó su revólver y, en ademán resuelto, se dispuso á defenderse. Ni valor, ni brío, ni calma, tres cualidades que muy bien se concilian en un verdadero adalid, faltaron á nuestro simpático garzón, que presto se vio rodeado de cuatro sujetos más, medio encubiertos en sendas capuchas burdas como su educación y rudos modales. No se acobardó el agredido, antes cobró más denuedo y los aguardó con el arma en alto y en peligro. Iba ya á soltar el tiro, cuando uno de los agresores gritó,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

entre airado y medroso: no somos ladrones sino gente del Gobierno. Pare Usted y dése por preso.

No creí,—contestó el joven—que para una sola persona se reuniesen tantos sabuesos.

No somos perros,—dijo otro de los celadores disfrazados de paisanos, con tono de respeto, temor y resentimiento.—Está Usted preso.

—¿Por qué replicó el joven,—bajando el revólver.

A esta pregunta, tan natural en quien está horro de toda culpa, contestó un primer celador: se le toma preso por conspirador.

A risa provocó al joven la acusación.

¿De cuya orden es mi prisión?—preguntó con ironía.—¿Es del General de Ustedes?

—Creo que sí,—dijo un segundo.

No,—replicó un tercero,—es orden del Coronel Fricador.

—Fue orden del Comandante Garrastón,—aseguró un cuarto.

—La orden es del Ministro Perraltón,—aseveró un quinto.

Estamos lucidos,—dijo el joven.—Aquí todos mandan y ordenan. Esta es una verdadera pliarquía. ¿Al fin de quién es la orden de mi prisión?

Un sexto, que parecía ser el Jefe de la mesnada, dijo: Don Holofernes de la Rada es el único que me ha ordenado aprehender á Usted, y Usted dispense que cumpla yo la orden y mi deber, aunque conozco que Usted es hombre inofensivo y joven inteligente, que algún día será útil á la patria. Entonces se acordará Usted de un pobre subalterno que lo trata ahora con las consideraciones que se merece. Perdone, Señor, y vámonos buenamente. Adelantemos los dos, y que, á prudente distancia, nos sigan los demás.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

. No hay duda de que á veces los criados son más amables y comedidos que los amos. Juan Martel, que así se llamaba el Jefe de los celadores, valía mil veces más que el adusto y testarudo Don Holofernes.

Buen carnaval voy á pasar,—dijo el joven.—Dígame, señor Jefe, y dígamelo como amigo y en confianza, ¿porqué me toman preso y qué se proponen con migo?

—Lo ignoro, Señor, contestó el buen Martel.—A los empleados subalternos nos dan la orden pero nunca la razón de un arresto. Yo conozco á usted, Señor, y tengo para mí que no tiene la menor culpa, ni se mete ahora en política, ni conspira.

—Amigo, ha dicho Usted la verdad. Soy estudiante y, con mis libros, no conspiro sino contra la ignorancia.

—Así lo creo, Señor.

—¿Creerán talvez que tengo parte en la revolución que se prepara?

—Aquí, en confianza, no hay tal revolución, Señor. Son tretas de Don Holofernes para llevar á cabo sus planes, y para, sin qué ni por qué, matarnos á nosotros con noches enteras de vigilancia sin objeto. Aparenta conspiraciones, sabe Dios con qué siniestros fines, y aflige á todo prójimo por placer, por capricho, por vengarse de sus enemigos particulares. Lo peor es que el Gobierno le da gusto en todo á Don Holofernes, y le cree todo, y ve conspiraciones aquí, allí, en la tierra, en los aires, en todas partes. El tal Don Holofernes al mismo Tarcón lo tiene hipnotizado, y hace de él lo que quiere.

—¿Es cierto cuanto Ud. me dice, Señor Jefe?

—La verdad es, Señor estudiante. Creen los jefes y los grandes que nosotros los subalternos y los pequeños no les calamos sus infamias, porque tenemos que callar y obedecer.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Según veo, Usted no está contento con su destino actual.

—¡Qué he de estar, Señor estudiante!

—¿Y entonces?

—¿Por qué no se separa? querrá decir Usted. ¡Ay! Señor, porque soy pobre, ya bastante viejo, y no tengo en qué ocuparme. Así que, Señor estudiante, más soy esbirro de la pobreza que del mal Gobierno. Mucho se abusa del pobre, y se le encargan las más grandes infamias á trueco de un reducido sueldo. Amargo y negro es, Señor estudiante, el pan con que mato el hambre de mi familia. Los gigantes reciben, por premio de tamaños crímenes, tamañas sumas de dinero, mientras los enanos, muchas veces por servicios útiles, nos contentamos con poco. Así son las cosas, Señor estudiante.

—Ha dicho Usted verdades como un templo, mi compañero. Me lastima su situación. ¿Cómo se llama Usted?

—Juan Martel, Señor estudiante, un servidor de Usted. ¿Y yo podré saber la gracia de Usted Señor estudiante? Le conozco por el apellido, pero no le sé el nombre.

—Buen Martel, yo soy Leonardo González, un amigo de Usted.

—¡Señor! ¿Usted es el que diz que pronunció el discurso que tanto disgustó al Supremo Gobierno?

—El mismo.

—Entonces, Señor Leonardito, la causa de su prisión no la busque en otra parte.

—Talvez no es esa, Martel. Ya, por aquella imprudencia ó valor juvenil, como quieran llamarlo, expié dura y largamente, antes de ninguna sentencia judicial.

—¡Hola! Señor estudiante. Dígame ¿conoce Usted á Don Holofernes?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Si le conozco, pero nunca he tenido la pena de tratarle.

—¿No es su enemigo?

—No lo sé. No le he dado motivo.

—Ahora no es preciso dar motivo, Señor estudiante. Basta ser lo que llaman *curuchupa*, para merecer persecuciones. ¿Dígame, Señor estudiante, conoce á la Felipa Tena?

—No. ¿Quién es esa mujer?

—Una beata maldita, la principal pantera de la Policía secreta de Don Holofernes.

—No la conozco ni quiero conocerla jamás.

—Pues esa vieja, esa arpía, ese basilisco, que hasta á nosotros, los celadores, nos pone mal con el Intendente, puede ser que le haya seguido á Usted los pasos.

—No tengo conciencia de haberlos dado malos ni cometido crimen alguno.

—Pero ella puede haber adobado las cosas á su antojo, ó inventádole á Usted alguna sedición.

—Todo puede ser, Martel; ¿pero á qué fin mi prisión?

—Algún plan de tercera persona.

—¿Lo cree así?

—Los de la Policía estamos acostumbrados á ver tanta infamia, que ya nada nos sorprende. Cuando la política malea las costumbres, todo es corriente y moliente.

—Cierto, Martel. Hay bandos políticos en que es natural toda infamia, como en el tarconismo.

—Pues, Señor, ya nos acercamos al lugar de su prisión.

—¡Hombre! entretenido con su conversación, no advertí que estábamos ya cerca de la Penitenciaría, cuyas torrecillas ó atalayas se destacan como genios melancólicos bañados por los rayos de la luna.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Ah! Señor estudiante de mi alma, créame que tengo pena de dejarle y haber sido su conductor. Perdone por Dios.

—Creo cuanto me dice; porque es Usted hombre de buena fe, y, en vez de perdonarle, le agradezco por su buen trato y conversación. Sólo una cosa le pido.

—Si puedo hacerla, de mil amores, Señor estudiante.

—Que procure averiguar la causa de mi prisión. Yo le guardaré reserva.

—Ya lo creo, Señor González, que asimismo no dirá Usted nada de cuantas cosas le he dicho contra el Gobierno, á quien sirvo, hasta que pasen los tiempos y sea necesario publicar el terrorismo de hoy cubierto con manto de libertad. Yo procuraré husmear lo que pasa contra Usted; y le aseguro, Señor Leonardo, que si la beata Felipa anda en el bolero, ella misma ha de revelarlo todo, no muy tarde; porque las beatas no saben ni pueden callar los secretos, y creen que, al guardarlos muchos días en el pecho, se les pudren y comienzan á apestar.

—Martel, Usted conoce mucho el mundo.

—¡Ah! Señor Leonardo, si la Policía es un mundo chiquito, en donde se saben y aparecen desnudas todas las picardías, infamias y barbaridades del mundo grande.

—Hemos llegado, Martel.

—Ya, Señor. Va á quedar Usted aquí, á diposición de Don Bertoldo, el Director, á quien debo decir que lo trate á Ud. con todas las consideraciones posibles, según la orden é instrucción de Don Holofernes, el cual nunca ha solido hacer semejantes recomendaciones. Se conoce que ha tenido que violentar su carácter y vencer sus malos instintos. Es un héroe en esta ocasión.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿No me verá ya otra vez, amigo Martel?

—Procuraré verlo, Señor estudiante.

Martel apretó las manos de Leonardo, habló con Don Bertoldo en secreto, y le entregó el preso. Volvió luego con los seis celadores, que hablaban por los codos, expresando cada uno su parecer. Este afirmaba que el preso parecía un joven inofensivo y que su prisión era injusta. Aquel pensaba que no sería del todo inocente, cuando le castigaban en esa fría, tétrica y sucia cárcel, donde los reos de crímenes comunes, los parricidas, los ladrones, se mezclan y hombrean con los presos políticos, muchos de ellos hombres de viso, honorables y aun virtuosos. Uno aseguraba haber oído que el joven era de muy buena conducta, pacífico é incapaz de meterse en conspiraciones. Otro decía que el tal preso era mal encarado y que las acciones debían de ser como la cara. No le valían á Leonardo ni su gallarda presencia, ni su rostro bello y varonil, para no caer en la maledicencia del celador. Hay seres tan menguados, entre los esbirros de la tiranía, que, por simpático y honorable que sea un personaje, le miran con ojos prevenidos y lo reputan perverso por el solo hecho de ser perseguido y ultrajado del Gobierno.

Los últimos celadores dijeron con aire de convicción: apostaríamos con cualquiera los sueldos de todo un año, si, en la prisión de este joven, no resulta un ¿Quién es Ella? Nuestra Policía se presta ahora para todo y dentro de sus mismos locales se han cometido cosas que.....mejor es no mencallo, y punto en boca, y ¡viva Tarcón!; que con este grito se tapa toda maldad.

Así conferenciando, se perdieron los celadores en el atrio de San Francisco. El silencio de la noche continuó ya sin ser interrumpido del más leve rumor, y la luna, vertiendo sus resplandores sobre la muda

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cumbre del Pichincha, se dejaba contemplar triste y majestuosa, como una reina solitaria.

XXXI

La tarde del rapto

Mientras así pasaban las cosas, y Leonardo quedaba preso en uno de los zaquizamíes del Panóptico, Reinaldo, en su gabinete, después de jugar al rocambor con sus tres amigos de más confianza, Adolfo, Bruno y Bertín, se había quedado á solas con el tío Pelmas en arreglos del plan para el rapto de Blanca Rosa. El último, con refinado ardid, tenía bien meditado el postrer lance del drama doloroso para el corazón de una madre viuda. Exigiría que, siendo el último día del Jubileo en el templo de la Compañía de Jesús, y grande la afluencia de gentes devotas ó curiosas, los acompañase Manuela, con la cual quedaría Blanca Rosa en la Iglesia, mientras el tío saliese durante algunos minutos, pretextando una ocupación á que le era idispensable atender. Todo no pasaría de un cuarto de hora: entretanto, la joven, advertida ya y amaestrada por él, procuraría confundirse entre la multitud, separarse de su buena criada y salirse silenciosa y bien cubierta de su manto, por la puerta diversa de aquella por donde entraron. Reinaldo la aguardaría en un lugar conveniente y lejano, y dándole su brazo, para apoyo, se la llevaría al gabinete donde entonces estaban arreglándose y componiéndose las cosas, para que fuese recibida como una princesa. El tío volvería luego á la Iglesia, para sacar y acompañar á Blanca Rosa, y, como era natural que sólo encontrase á Manuela buscando á su Señorita, fingiría enojo con

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la criada, y comenzaría á buscarla él también, solícito, desesperado, lloroso. Desempeñaría su papel con tal naturalidad, que, haciendo caer toda la culpa sobre Manuela, lograse él evitar las responsabilidades del suceso y las reconvenciones de Margarita. Además, acompañaría á la viuda para consolarla, y seguir sus pasos. Como ésta tendría casi evidencia de que el raptor era Reinaldo, el tío Pelmas fingiría también, al principio, apoyar ese juicio como acertado, para luego disculparlo y sincerarle en lo absoluto. Para ésto, Reinaldo iría á la casa de Margarita, la misma noche, como si estuviese libre de culpa ó ignorase el suceso, y se portaría con la serenidad, que le era connatural. Los dos personajes de esa tragicomedia jugarían sus papeles con la más grande perfección.

Reinaldo comunicó al tío Pelmas, que, á la hora, en que ellos conversaban, el estudiante estaba ya puesto á buen recaudo; y, como el tío le importunase para saber dónde y cómo se verificaba la separación de González, Reinaldo, con voz firme ó imperativa le significó que jamás volviese á preguntarle lo que no tenía necesidad de saber. Calló el tío, medroso y descontento, aunque luego salió ya consolado; porque, al despedirlo, su sobrino le puso entre manos un cóndor de oro, penúltimo premio de los infames servicios que le estaba haciendo.

Amaneció el día, que iba á ser de gozo para Reinaldo, de satisfacción para el tío Pelmas, de agridulce para Blanca Rosa y de lágrimas y luto y casi desesperación para la virtuosa y desventurada Margarita. ¡Ay! cuántas veces un mismo suceso alienta y alegra á unos, abate y entristece á otros, y, mientras á estos les provoca á estrepitosa carcajada, á aquellos les arranca desgarradores gemidos. Era el día en que las pasiones y afectos extremos se

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tocaban y que en el placer y el pesar se unían á medias en una misma persona. Margarita estaba destinada á llorar de veras, Reinaldo y el tío Pelmas á reír, Blanca Rosa á alegrarse tristemente, Leonardo á pensar y sufrir, Petronila á compadecer. Era el día de la confusión y amalgama de lo santo y lo malo, del Jubileo y el rapto, del Amor hermoso que, entre el velo blanco de la hostia, va robando con afecto celestial los corazones de los justos, y del amor mundanal, que desapiadado arrebata del seno de una madre sola á una joven inconsciente y desconcertada.

Las cuatro de la tarde sonaban en el campanario de la Compañía de Jesús, cuyo templo, embellecido con admirable gusto, brillaba como un lucero desprendido del cielo, ó era, según la sencilla y hermosa expresión de la gente humilde, un pedazo de la Gloria. Se diría que la Iglesia era aquella tarde un panal misterioso, de donde salían y á donde entraban solícitas abejas saboreando unas y á gustar otras la dulcísima miel, que deleita el paladar con sabor eterno, sin jamás hastiarle con el empalagamiento que causan las dulzuras mundanales. Tal era la muchedumbre de caballeros, señoras, señoritas y pueblo de todas condiciones, que el templo quedaba estrecho, diminuto, para los fieles adoradores del Bien sacramentado. Entre la multitud, se veían como perdidos, el tío Pelmas y sus dos víctimas, procurando Blanca Rosa adelantarse y confundirse, y Manuela seguirla y no alejarse de ella. Todo fue en vano: Blanca Rosa, estudiosamente, penetró por la puerta del Cuadro del Purgatorio, y, envuelta en el gentío, en la parte que éste se apiñaba más, desapareció velozmente, burlando las miradas de Manuela, y, saliendo por la puerta del Cuadro del Infierno, se encontró con el tío Pelmas, el cual, pretextando

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

volver muy luego de una ocupación, se había separado de la criada, encargándole con encarecimiento cuidase de su Señorita.

El tío Pelmas advirtió á Blanca Rosa que se envolviese bien en el manto negro, y la condujo hasta la plaza del Teatro Suere, por las calles que entonces estaban casi desiertas. Allí los esperaba Reinaldo. Dio el brazo á su amada y, ufano con su presa, se la llevó á su casa de San Juan, al gabinete que ya conocemos, y que estaba entonces adornado con todos los objetos que podían embelesar y distraer á Blanca Rosa, la cual, fatigada y con vergüenza, se dejó caer sobre una silla poltrona forrada de terciopelo de color tan encendido como una vehemente pasión.

Manuela, al principio del desaparecimiento de Blanca Rosa, no se inquietó mucho; porque la creyó confundida entre las demás señoritas ó talvez arrodillada en algún reclinatorio. Desfiló la majestuosa procesión, pasó por junto á Manuela, se terminó, cesaron los cánticos, se recibió la bendición del Santísimo, y todos comenzaron á salir. Manuela buscó á su Señorita junto á todos los altares, aquí, allí, en todas partes, y, no hallándola ya, empezó á desasosegarse, á temblar, á palidecer, á llorar. Sudor frío le bañaba la frente; los ojos se le enturbiaron, cansados de tanto mirar, y el corazón le palpitó con tanta violencia, que creyó caerse muerta sobre el pavimento de la Iglesia. A la pena sucedió rápidamente la ira, al temor la desesperación, y, cuantos la vieron, la juzgaron loca de atar. Los muchachos de Quito, que gozan de la no envidiable fama de ser los más traviesos, maleriados y malévolos del mundo, se complacieron en burlarse de la infeliz criada y en darle pellizcos y capirotazos. Estaba para enloquecerse de veras la asombrada Manuela, cuando asomó el tío Pelmas con importuna sonrisa en los labios, y le dijo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

suavemente: muy devotas son Ustedes, y quieren que el sacristán las saque con la escoba ó les encargue las llaves del templo. ¿Por qué no sale todavía la Señorita? Vámonos, que ya da el toque de oración.

Manuela no le contestó sino rompiendo á llorar con desesperante amargura.

El tío Pelmas entró á la Iglesia, la recorrió toda y, con semblante airado y entristecido, salió diciéndole á Manuela: no parece Blanca Rosa. O la has dejado volverse sola ó le ha acaecido alguna desgracia. En todo caso, tú, pérfida, criada desleal y talvez mal entretenida, eres la única responsable.

—Qué me castigue Dios, si yo tengo la más leve culpa,—dijo Manuela desconsolada.

—Ya lo veremos,—contestó el tío Pelmas, y ambos echaron á andar apresurados en dirección á la casa de Margarita, la cual también caminaba con rapidez hacia la plaza Sucre.

¡Margarita á dónde iba? Ay! corazón de madre, présago de los sucesos desgraciados, tú no sólo los temes y adivinas, sino que los sientes, los ves y los palpas á la distancia. Corazón, que te inquietas, que te advierte, que te dejas arrastrar de un impulso secreto, invencible y matador, que te impele á buscar al objeto de tu amor y tus temores, sin saber nada y, sin embargo, sabiéndolo todo, corazón de madre viuda y desolada, corazón que, en el padecer te asemejas algún tanto al Corazón de la Madre del Amor que expiraba entre suplicios, tu sólo, corazón, puedes revelar, con lenguaje de lágrimas de sangre, el tumulto de ideas que enloquecieron la mente de Margarita, cuando ya vino la noche y no llegó su hija esperada, y la desesperación, el tormento y la agonía del alma, cuando, encontrándose con el tío Pelmas y Manuela, supo que Blanca Rosa había desaparecido. Se le anubló el mundo, se le anudó al

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

voz, y desfalleció, y cayó al pie de la estatua de Sucre, como palma herida del rayo.

XXXII

La visita del Intendente

Entretanto Blanca Rosa, la prisionera voluntaria de Reinaldo, reclinada sobre el sillón, con amargas sonrisas recibía las atenciones y finezas, con que Lorenzo Muro y Eugenio Cortés procuraban agradarle y distraerla. Los dos negros estaban advertidos, de antemano, sobre la conducta que debían observar, y ésto con tanta severidad, silencio y exactitud, que les costaría la vida el menor descuido ó imprudencia. Lorenzo quería merecer bien de su amo, y, aunque era, de índole, perverso y rematadamente malo, procuró tratar cariñosamente á la que él solo creyó ser querida de su amo. Eugenio, á quien Reinaldo hizo creer que Blanca Rosa acababa de casarse con él en secreto, cobró á la joven un cariño puro, solícito, entrañable, que no se entibió jamás. Fue, para la hermosa huérfana, el ángel tutelar de siempre, el ángel negro, como después lo apellidó el mismo patrón.

Reinaldo trató á la joven con la más grata cortesía y, pidiéndole permiso para indagar lo que pasaba con Margarita, dejándola con los negros, que la suplicaron tocase el piano, que estaba abierto y como provocando á la armonía, se marchó con la más brava frescura del mundo, como si estuviese en la más completa tranquilidad ó ignorancia del terrible acaecimiento de la tarde.

Mientras el Capitán caminaba á la casa de Marga-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rita, el pobre Leonardo González, ya largas horas encerrado y como sumergido en su chiribitil penitenciario, solo, en silencio tan profundo, como si estuviese dentro de una tumba, pensaba y más pensaba sobre lo que le estaba sucediendo. Algo desconcertado y con la cabeza, donde se dijera que había lava ardiente de volcán, á causa del continuado insomnio de la noche anterior, discurría sin cesar, y su pensamiento, con la rapidez prodigiosa de la luz, divagaba por todas partes: ya reposaba en su hogar, como hablando con su hermana Petronila, ya se figuraba entre sus condiscípulos, en la Universidad, discutiendo amigablemente con ellos. A veces se creía en casa de Margarita, y, fija allí su imaginación, no acertaba á separarse del lado de la doncella hermosa, á quien amaba sin ser correspondido, especie más bien de maldición que de amor. Luego se contemplaba solo en las tinieblas de su prisión, y se esforzaba en volver con el pensamiento á la estancia de la joven quiteña, y se soñaba con ella; pero ¡ay! también veía allí á su rival, Reinaldo del Valle, y se estremecía y exclamaba: ¿por qué estoy aquí solo? ¿Qué desgracia me ha encerrado en esta mansión de criminales? ¿Qué infamia he cometido? ¿Es sueño lo que me pasa ó estoy loco? ¡Yo metido en revoluciones y conspirando! Es una burla que se me está haciendo. Cuanto me dijo el pobre Martel me ha impresionado, y, sobre todo, se dibuja en mi mente la sombra de aquella Felipa, á quien no conozco y, sin embargo, la veo alta, cubierta de manto negro, escuálida, desdentada, legañosa y hasta tuerta, con todas esas señales que delatan un sér avieso y aborrecible.....¿Pero que motivo me da esa infeliz beata para que la aporree yo con cargos tan temerarios y haga de ella tan poco simpático esbozo? ¡Fiebre de la imaginación! Volvamos á pensar en la que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

me robó el sosiego, vamos á la casita de color de rosa como mis ilusiones. Allí está mi adorado tormento, la mi dulce enemiga; pero, junto á ella, otra vez el joven militar. ¿Talvez él es la causa de mi infortunio? Hay aquí el perpetuo. ¿Quién es ella? ¡Oh! no, no; soy temerario en mis juicios. Reinaldo es caballero y, para alejarme de la casa de su predilección, no necesitaba cometer un pecado enorme y transformarme á mí en conspirador. Pero ¡ay! el amor loco, celoso, suspicaz, todo lo sacrifica á sus antojos y, á veces, hasta se olvida de la caballerosidad. ¿Quién sabe si el joven no reputa como delito el tenerme prisionero, sino que considera el caso como uno de tantos juegos y lances de amor, y no tiene intención de hacerme mayores males? Pero, entonces, me expone al pésimo tratamiento que suele darse ahora á un preso político, y quien sabe si hasta á tormentos como los que padeció el amigo Fulgencio. Esta es crueldad.....pero, otra vez, torno al juicio temerario. Oh! Dios, perdónaame: mi cabeza es fragua de ardientes pensamientos, y por vengarme soy capaz.....

No pudo proseguir; porque, de súbito, se abrió la puerta de su negro camarote, y se presentó, como vestiglo nocturno, un hombre alto, seco, de bigotes ya cenicientos y de mirada severa y con las narices en arremango, como si oliese algo pestilencial. Estaba ceñido de espada.

—Buenas noches, Señor preso,—dijo el personaje.

—Buenas las tenga Usted,—dijo Leonardo,—que yo no las tengo sino malas, y pésimas ó insoportables en este ergástulo de malhechores.

—Lo siento, joven; pero Ud. se tiene la culpa de su mala andanza.

—Ignoro qué delito se me imputa.

—¿Es poco delito conspirar y turbar la paz de la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

República regida hoy por el más grande y célebre de los liberales de América!

—¡Qué invención! Quisiera conocer al autor de la calumnia.

—No hay calumnia. Ud. conspira en unión del Clero, y debo juzgarle yo. He aquí una prueba irrefragable.

Don Holofernes (que no era otro el personaje) presentó á Leonardo un periódico, en cuya crónica se leía: "Sabemos de buena tinta, que el famoso estudiante del discurso de marras, el insigne terrorista Leonardo González, ha estado, de acuerdo con el sedicioso Clero, fraguando una magna conspiración, en la cual se proponían nada menos que el asesinato de todos los genuinos liberales. Por fortuna, González ha sido aprehendido en fragante, entre cajones de fusiles y elementos de guerra, dinero de los frailes dominicos y cartas de muchos famosos terroristas y otros frailes de levita. Ya nuestro ilustre Caudillo debe borrar de su maternal corazón las palabras de *perdón y olvido*, y castigar y escarmentar severamente á estos eternos conspiradores. A González debe juzgársele con rigor por sedicioso incorregible.

—¿Cómo supo el periodista que yo conspiro y escribe que ya estoy preso, cuando aun no lo estaba en realidad?—preguntó el estudiante.

—No sé,—dijo Don Holofernes.

—El número del periódico es de fecha 15 del mes, y yo caí preso ayer 19. ¿Tiene el dón de adivinar el tal Redactor, ó estuvo de acuerdo con Usted, Señor Intendente? ¿Le reveló Usted lo que iba á pasar? Dígamelo con franqueza.

—Nada de lo que Usted tan temerariamente juzga, ha sucedido. Lo que hay es que el Redactor de este periódico es hombre que se lo adivina y se lo sa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

be todo. Con razón es el lujo de nuestros escritores liberales.

—¿Quién es el eximio escritor, á quién tanto admira Usted, Señor Don Holofernes?

—Pues el conocido y célebre Malvenuto Pillastrón. El periódico es "El Nuevo Germen". ¿No se fija Usted en el título?

—Tiene Usted razón. Ya yo maliciaba que aquel pajarraco de mala muerte, como él mismo canta, era el que me calumniaba. No me sorprende ya lo escrito contra mí; porque, según su costumbre, mayores barbaridades y sandeces ha podido estampar en "El Nuevo Germen" de infamias y torpes invenciones, puesto que la calumnia le es connatural á ese bicho, y blasfema de oficio, y es incrédulo por moda y conveniencia rentística, y escritor mercenario. Ha puesto á la venta su pobre péñola, y, si el amo le manda, alaba hoy lo que denigró ayer, y vilipendia ahora lo que loará después. Y así, como este, pululan escritorzuelos ó *escribidores*, y aun alguno hay de alguna valía, que á su mismo Caudillo le llama infame y, en seguida, viejo Luchador Verbo de Montalvo, con otros adefesios que apestan á adulación. Todos estos liberales, que escriben por negocio, son sin ideas fijas, inconsecuentes y voltarios. ¿Qué caso voy, pues, á hacer ahora de hombrezuelo de tan ruin proceder político y social, Señor Don Holofernes?

—Mal trata Ud. á nuestro Pillastrón, la flor y nata de los escritores que rodean al General. ¿Cómo puede Ud. negar que es muy inteligente?

—No se trata de eso, Señor: Malvenuto es muy talentoso y nada tiene de tonto, pero sí mucho de pícaro y bellaco. Escribe con suma facilidad y, á veces, con cierta gracia y algún donaire, y es, entre los escritores tarconistas, el primero, por aquello de en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tierra de ciegos....Por lo demás, con la misma audacia y ligereza, con que destroza el idioma y quebranta las reglas de la gramática, miente, calumnia y denuesta á las personas más honorables. En él el atrevimiento excede á la inteligencia, y la bellaquería supera á la aparente ilustración con que pretende deslumbrar á los ignorantes. Pillastrón es un sér de suyo avieso, atrabiliario y despreciable. El estrabismo, más que en los ojos del cuerpo, lo tiene en los del alma, y, apodando de cursis á respetables escritores, el verdadero cursi, aun en su figura, es el mismo. Diminuto en la talla material, es asimismo pigmeo en ideas y aspiraciones. Nada hay grande para él: todo lo ve pequeño y malo á través de su mirada siniestra. Adula ó insulta por la paga, y es de tan bajo jaez y tan perverso, como periodista, que puede llegar á ser la deshonra aun de un Gobierno deshonrado é infame.

—Precioso retrato ha hecho Ud., Señor estudiante.

—Llámelo fotografía, Señor Don Holofernes. Hombres, como ése, quiero más bien que me insulten, pero no que me alaben. Prefiero su malevolencia y su sosa crítica (es uno de los imitadores de Venancio) á su encomio en mi favor; porque, si él me encomiase, las gentes sensatas creerían que me he corrompido y llegado al último envilecimiento.

—Pero él no tiene la culpa de ser chiquito y feo.

—Pero la tiene de ser malo. La fisonomía fea de una persona, se vuelve simpática, cuando consideramos que posee virtudes, y el rostro de un perverso, si es feo, al acordarnos de sus maldades, se nos hace feísimo, y más repugnante y más antipática su figura. Si somos desfavorecidos por la naturaleza, embellezcámonos con las virtudes y no nos afeemos más con los vicios.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Así será, Señor filósofo. Sean también como quiera las cualidades del escritor de "El Nuevo Germen", es cierto que su prisión de Ud. está anunciada, y debo juzgarle.

—Pues júzgueme; y, si de las pruebas y sentencia aparezco plenamente culpado, podrá Ud. llamarme conspirador. Hasta tanto es sobra de ligereza darme por criminal y....

—Y por terrorista. ¿No es esto, Señor?

—¡Terrorista! Este nombre temible se ha vulgarizado tanto, que la palabra no significa ya nada. Lo usan los escritores liberales como un tópico de los lugares comunes en sus diatribas contra nosotros los republicanos. Todo enemigo del actual desgobierno es terrorista, aunque sea patriota y honrado á carta cabal.

—Modérese Ud., Señor.

—Moderen también Ustedes su trato y dicterios.

—¿Quiere Ud. decir que no es terrorista de tuerca y tornillo?

—Pruébemelo Ud., que es quien me viene á atornillar.

—Es Ud. todo un terrorista y, aunque no conspirase, su opinión bastaría para acarrearle desgracias. Sea liberal ó radical, y seremos amigos.

—Supongamos que lo somos. Dígame, Señor, como amigo razonable, ¿por qué se me puede apellidar terrorista? Yo no soy partidario de la pena de muerte por delitos meramente políticos, menos todavía, de los fusilamientos sin siquiera fórmula de juicio que más bien son verdaderos asesinatos con impunidad y descaro. A mí no me parecen bien las confiscaciones de bienes, antes de que, por sentencia de juez competente, se compruebe culpabilidad. A mí tales confiscaciones, así hechas sin fórmula alguna legal, me parecen robos en pleno día, que aprovechan

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sólo á los libertinos y viciosos, para derramar el dinero ajeno en orgías y liviandades, dejando al Fisco con enorme deuda que, pasados los tiempos, tiene que pagar siempre. A mí me horripilan los destierros inmotivados. A mí me indigna la llamada *requisa* de bestias, verdadero salteamiento contra la clase más asendereada del pueblo, los infelices arrieros, á muchos de los cuales les ha costado la vida el defender su propiedad. A mí me parece una infamia el que, con el pretexto de buscar armas y municiones, entren á las casas y haciendas bandadas de soldados á talar y robar á destajo, y salgan los jefes militares y aun algún general caballeros en las mejores mulas y bucéfalos ajenos, ufanos y orgullosos, como si los hubiesen comprado á subido precio. Yo repruebo el que, en nombre de la libertad, se cometan actos de barbarie, y se destruyan imprentas, y se encadene el pensamiento. Condeno toda persecución no justificada. Pido la igualdad de la ley para todos, sin distinción de grandes ni pequeños. Quiero para mí las garantías que deseo para los demás, y reniego de la ley del embudo:

"Para mí lo ancho para tí lo agudo", como dijo uno de nuestros buenos poetas. Estas son mis ideas, estos mis principios, este mi *credo*, como suelen decir Uds. los liberales. ¿Es ésto ser terrorista, Señor Don Holofernes?

—Su largo razonamiento me parece más bien una continuada sátira contra el Supremo Gobierno.

—¿Por qué, Señor Don Holofernes? ¿No es liberal el Supremo Gobierno? ¿Acaso es terrorista como soy yo en opinión de Ud.?

—Liberal es; pero, como Gobierno de transición, ha tenido que ejercer algunas durezas con sus gobernados, y nuestro gran Caudillo ha tolerado, es cierto, algunos desafueros necesarios para el estable-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cimiento de la libertad. Acuérdese Ud. de la Francia y del reinado del Terror. Sin hacer rodar algunas cabezas, no se consolida un gobierno radical.

—Usted, Señor Don Holofernes, me está dando lecciones de verdadero terrorismo.

—Pero terrorismo que encamina á la libertad, terrorismo precario, de transición, necesario.

—¡Qué transición tan larga, Señor! Desde que dejó la Presidencia el republicano Delío, hace meses que estamos transitando por una vía dolorosa de sangre, lágrimas y espinas, y no acabamos de transitar. Bueno es el pretexto, Señor. Si esta es su doctrina política, la mía es muy contraria, y hace Ud. muy bien en tenerme preso aquí, incomunicado y lleno de incomodidades.

—Los valientes no se amilanan, Señor preso. Quéjese Ud. al que ordenó su detención y al que debe juzgarle.

—¿No ordenó Ud. mismo mi prisión? ¿no dice que Ud. va á juzgarme? Esta salida es tan bella como los principios políticos de que Ud. alardea.

—No tengo porqué darle á Ud. satisfacciones de mi conducta, ni porqué explicarle el cómo de la orden de su prisión. Yo sé lo que me hago, y eso, que ahora he estado con Ud. blando, tolerante como buen liberal. De genio me soy algo paparabias.

—Lo sabía por la fama.

—Por lo demás, estese Ud. tranquilo; que nadie lo molestará. En esta Penitenciaría están mejor los presos que no en mi Despacho, dondo tengo dos comisarios, comedido el uno aunque no muy bueno, díscolo el otro y rematadamente malo. Los llaman el Dimas y el Gestas, y sirven mucho al Gobierno, y tienen más ojos que Argos y más vigilancia que los gansos del Capitolio de antaño.

—Pues, Señor Intendente, yo creí que, con una

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sola excepción, todos los Comisarios eran Gestas, y casi ninguno Dimas. Le agradezco por la tranquilidad que me ofrece.

—Ha sido una distinción traerlo acá sin tocarle ni al pelo de la ropa.

—¡Gracias, gracias!

—¡Adiós! Puede ser que su prisión no pase de pocos días. El nubarrón, que asomó por el Norte, va ya disipándose casi del todo. Repito mi ¡adiós!

—¡Adiós!

Y quedóse el buen Leonardo sumergido en un abismo de cavilaciones, ideas opuestas, juicios temerarios, conjeturas, y temores y esperanzas, no sin imaginarse siempre al lado de Blanca Rosa, frente á Reinaldo, sonriendo con Margarita y mirando de reojo la figura peregrina del tío Pelmas.

XXXIII

El dolor inmenso de Margarita

Dejamos á Margarita derribada al pie de la estatua de Suere, y ahora la hallamos en su habitación, vuelta ya en sí y recostada sobre un diván, y al rededor de él el tío Pelmas, Manuela y Petronila, la cual, al anuncio de la caída de su amiga, había acudido presurosa. La infeliz viuda, apenas se recobró algún tanto, con la imprudencia propia de la primera impresión de dolor, prorrumpió en ayes y sentidas quejas. Aleve raptor, raptor cruel, me habéis arrancado mi propio corazón,—decía con delirio.—Reinaldo, asesino de mi honra y de mi vida, ¿qué hiciste de la que amo con el alma? ¡Cielos! vengadme.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Después se apoderó de ella una mortal congoja, y temblaba toda, y le parecía que, con ella, temblaba también la Creación. Era el supremo dolor. Todos estaban silenciosos, y Petronila le enjugaba el frío sudor de la frente, y Manuela, bañada en torrente de lágrimas y cobarde, como si en realidad fuese culpada, abrigaba á su Señora los pies helados como trozo de nieve.

Margarita, tras el aturdimiento de su pesar, comprendió luego que le era forzoso reanimarse, cobrar ánimo y buscar su perdida joya, sin que se divulgase el rapto. Hizo supremo esfuerzo moral, tan grande y hasta sublime, pero tan vehemente y sobrenatural, que podía serle destructor y funesto. Respiró un poco, como quien despierta de los brazos de la muerte y, algún tanto sosegada, dijo: Cuánto os agradezco el cuidado con que me habéis conducido hasta aquí, con el anhelo de la madre que lleva entre sus brazos al primogénito de su amor. Dispensad cuanto habéis oído. Si algunas palabras imprudentes dije, me pesa de haberlas dicho. Guardad, os ruego á todos, el secreto, que será guardar el honor de mi llorada hija.

No tengáis cuidado alguno,—dijo Petronila.—Tenderemos densísimo velo sobre lo acaecido hoy día. Si todas, como creo, somos personas de caballerosa lealtad, lograremos que no se divulgue el secreto. Yo daré pruebas de que sé ser amiga. Además, pudiera ser que Blanca Rosa esté en casa de alguna amiga y que más tarde ó mañana venga. Esperemos: es joven virtuosa, y no la creo tan fácil, que se deje arrebatar su pudor y buena fama.

Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas;—pero yo tengo para mí, que Margarita no tiene porqué arrepentirse, si juzgó que el raptor (caso de que haya rapto) es el tal Reinaldito. Yo también creo lo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mismo á pie juntillas. Ningún otro puede ser sino él, rico, militar ¡y de Tarcón! audaz, emprendedor, y, sobre todo, adorado de tu hija. Yo, aunque más estoy para morir que para hablar y obrar, no dejaré piedra por mover hasta descubrir el paradero de mi idolatrada sobrinita, y quejarme á la justicia y delatar al joven dauleño. ¡Caramba! juro vengarme, y perderlo y deshonrarlo.

—Bonita manera de ocultar lo sucedido y cubrir el deshonor de mi Señorita,—dijo llorando la lastimada Manuela.

Cierto,—dijo Petronila,—que su proceder, aunque sea por amor á Blanca Rosa, recaería en desdoro de ella. El divulgar el agravio del joven Reinaldo, sería pregonar el rapto, caso de que tal desgracia resultase verdadera. El tino, y sólo el tino, nos guiará en esta senda de lágrimas ó infortunio, y así llegaremos á descubrir la verdad y tomar providencias ocultas, con cautela y acierto, y cosa de remediar el mal ó atenuarlo cuanto fuere posible. Siento de veras que mi hermano no pueda ayudarnos con su prudencia, discreción y talento.

—¿Por qué no nos puede ayudar, Señora?—preguntó el tío Pelmas con fingido interés.

—Ha desaparecido hace ya dos días y no ha vuelto á casa. Supongo que, sin avisarme, porque no le sería dable hacerlo, se ha ido con algún amigo al valle de Sangolquí, para evitar el juego de carnaval, que tanto detesta y censura. De todos modos estoy cuidadosa y temo por él mucho. Sé que le atisban sus enemigos políticos, en especial desde que pronunció aquel discurso, que de buenas á primeras, se aplicó y se lo apropió el célebre Caudillo del radicalismo, inspirado por su Ministro Perraltón.

Siento yo también que no sepáis de vuestro her-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mano,—dijo Margarita.—Sin embargo, sé deciros que, aunque estuviese aquí, no le haría saber la desventura de mi hija, de vergüenza; porque de un joven virtuoso tiene una más rubor y aprensión que de todo un mundo de viciosos. La presencia sola de un bueno es muda reprensión para muchos malos. Mejor está, Petronila, que vuestro excelente hermano esté lejos por esta vez é ignore mi doméstica calamidad. Además (seamos francas) los celos son una de las más funestas pasiones del hombre, y ellos pueden transformar á Leonardo de cordero en tigre; porque conozco que ama no por placer ó pasatiempo sino entrañable y lealmente á mi hija, y yo quise que él fuera su esposo y ¡ay!....

Margarita se interrumpió, lloró, se enjugó las lágrimas, y estuvo medio serenada la tormenta, cuando entró Reinaldo, y saludó alegre y cortés, como siempre.

—Y qué tiene Ud., Señora, dijo á Margarita, que está reclinada en actitud de enferma?

—Lo estoy, en efecto, dijo la viuda, pero con enfermedad pasajera.

—Hay que cuidarse mucho; porque algunas enfermedades á los comienzos parecen poca cosa y, si no se curan, toman cuerpo y acaban por ser graves.

—Así es la verdad, —dijo el tío Pelmas, á quien Reinaldo no se dignó mirar para que se entendiese que no tenía con él lazo ninguno de intimidad, como ya sospechaba Petronila y era casi evidente para Manuela, á pesar de que el tío Pelmas á su sobrino, con segunda y calculada intención, le había antes injuriado.

Si os place,—continuó Reinaldo,—os enviaré, Señora, un médico amigo mío, al célebre liberal, diputado de elocuencia *sui generis*, al Doctor Almendra.

¡Gracias!—dijo Margarita.—Con ese Doctor no

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tendría yo la confianza que tengo con el Doctor Arjona y el Doctor Jenaro, médicos que curan á las familias pobres, con bondad, constancia y sobrada ciencia.

—Pero está Usted algo lívida,—observó Reinaldo.

Dióme un accidente, que fue bastante fuerte,—dijo Margarita.—Ya pasará, si logro conciliar el sueño.

Margarita quería que Reinaldo se retirase pronto, antes que preguntara por Blanca Rosa. Ya la viuda no creía culpable á Reinaldo. No se persuadía de que el descaro, la actividad y el cinismo de un Tenorio pudiesen llegar al último escalón de la perfidia. Sin embargo, dudaba otra vez, y se combatía su juicio.

Reinaldo dijo: Cierto que os es preciso dormir para reparar vestras fuerzas, y es natural dejaros; pero no me iré sin saludar antes á Blanca Rosa. ¿Por qué no sale?

Está preparando los remedios con una vecina,—dijo Margarita,—perdonadla por ahora.

La viuda suspiró.

Reinaldo, encareciéndole que se cuidase mucho é indicándole que se complacería en serle útil, le exigió que, en su nombre, ocurriese, por cuantos remedios se necesitasen, á la Botica de Míster Antón; y, oyendo á la viuda un trío y casi moribundo ¡mil gracias! salió apresuradamente de la casa á donde no volvería jamás.

—Petronila dijo á su amiga: Ya he alejado toda sospecha respecto de este joven. Es imposible que él sea el seductor y, al mismo tiempo, venga á visitaros. Sin duda Blanca Rosa está en casa de alguna amiguita, que se la llevó, y no tiene cuidado de enviaros un recado; porque las jóvenes son así: cuan-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do están en sus gustos y pláticas de confianza, no se acuerdan de nada, y dejan pasar las horas sin advertirlo.

Así es la verdad,—dijo el tío Pelmas.—También sucede que, de donde menos se piensa, salta la liebre. Si hay rapto (¡Dios no lo permita!), no puede ser éste el raptor sino el menos pensado, alguno que hasta parezca virtuoso.....Yo me convenzo ya de haber juzgado mal de Don Reinaldo. Me arrepiento de mi juicio temerario. Ya se ve; tiene el pero de ser soldado, y todos creemos en general, que los militares, sobre todo, en tiempos de Tarcón, no pueden jamás ser buenos, como si tuvieran obligación de ser siempre malos, cuando, como digo, hay otros que, con capa de virtud, dan el beso de Iscariote.

¡Quién lo decía era el tío Pelmas! Palabras propias de todos los tíos Pelmas habidos y por haber. Son los tipos y modelos de la traición y la infamia.

Petronila, que no comprendió la pésima ironía del tío Pelmas, acudió á ayudar á Manuela en sus menesteres, y cuando Margarita quedó sola con el bellaco de su tío político, exclamó: Cómo me engaño tal vez, inculpando á Reinaldo lo que no ha cometido. Mi hija estará en casa de Clemencia Gómez, amiga tierna y generosa, y condiscípula suya, á quien suele visitar siquiera tres veces al año.

Nos engañamos,—dijo el tío Pelmas,—pero, si ella no está en casa de la Señorita que tú dices, y si hay rapto, en el otro juicio mío no me engaño.....

—¿En cuál?

—En que el raptor (si lo hubiera) sería el mismísimo Leonardo.

—¡Qué atrocidad! ¡qué juicio tan temerario el suyo!

—Así te parece. Después lo verás, y dirás que he acertado en mi juicio.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Qué barbaridad! ¿No ve, tío Pelmas, que Blanca Rosa no le tiene á González cariño alguno y antes le desdeña para esposo suyo?

—¡Ah! Margarita, no sabes cuánto puede la ficción, sobre todo en los enamorados, y más todavía en las jóvenes á quienes no dan gusto las madres.

—No puede ser ¡por Dios! no puede ser. Mi hija no es corrompida.

—Es virtuosa, pero puede estar engañada y creer que procede bien al aparentar en tu presencia desamor por Leonardo, cuando á solas le ama, y delira y se priva por él.

—Pero ¿qué necesidad tendría de fingir así las cosas, cuando ella sabe que yo quiero á González y lo sobrepongo al joven del Valle?

—Así parece á primera vista; pero las mujeres de repente tienen sus caprichos incomprensibles, y tejen un enredo de novela. Además, como Reinaldo es rival temible para el riobambeño, y éste se arde en celos, y se ve impotente ante la influencia del millonario Capitán, y teme que, de fuerza ó grado, se salga con la suya, habrá resuelto el rapto para evitar le birlen la novia, y te avisará á tí, cuando ya esté casado, y te dará grata sorpresa y, al dauleño, irremediable chasco. Todo esto puede ser; porque yo tengo narices muy largas y huelo las cosas que están tras una montaña.

—¡Ay! no es verosímil cuanto Usted juzga. Su modo de pensar me desespera y mata.

—No te mataré, pero el haber desaparecido sin qué se sepa á dónde....

—Iría al campo. ¡Coincidencias!

—Coincidencias de caso pensado, Margarita..... ¿Y tu Petronila no será más bien observadora, espía, cómplice, que viene á servirte para alejar toda sospecha?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Nueva atrocidad! tío Pelmas. Entonces es la amistad una vana expresión, una mentira, un mito, un tormento. ¿En quién confiaremos entonces? ¡Oh! no: la amistad existe.

—En el nombre.

—¡Oh! no: es realidad, y un buen amigo ó una buena amiga son un tesoro casi de infinito valor. La verdadera amistad es el bálsamo benéfico y misterioso que se vierte en un corazón desolado, es bálsamo de las almas, que las refresca y les da perfume. Oh! sin el amor de la amistad el mundo sería un infierno, tío Pelmas.

—Así es la verdad. No sería sino que es un infierno.

—¡Por Dios! no me desconsuele, no añada aflicción á mi aflicción, dolor á mi dolor.

—Me retiro ya, pobrecita; pero después verás que no solo adiviné sino que tuve ciertos datos para mi juicio temerario. Hasta mañana. Volveré á verte, aunque ya ha empezado el carnaval, y durante los tres días que él dure, no pararé hasta hallar á tu desviada corderilla. Te lo prometo, aunque me cueste la vida.

—¡Gracias! tío Pelmas. Ya ve que sí hay amistad en el mundo. ¿Ud. mismo no está dando pruebas de gran amigo? ¿no sería yo un monstruo de temeridad, si juzgara á Ud. traidor y causa de mis postreras desdichas!

Así es la verdad.

Dijo el tío Pelmas, y salió precipitadamente, como temeroso de que en el semblante le descubriese Margarita ser el ente abominable que ella no suponía. Margarita se admiró ella misma de haber proferido, sin pensar, estas palabras: causa de mis postreras desdichas, y, aunque quiso ahogarlas en la garganta, involuntariamente volvió á repetirlas en alta voz, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

entonces acudieron Petronila y Manuela, y la encontraron en completo estupor é inmovilidad.

XXXIV

La prisionera voluntaria

En la ausencia de Reinaldo, su hermosa cautiva había pasado tres horas arrancando gemidores sonidos al piano; porque, aunque intentaba tocar valses, zarzuelas y alegres piezas musicales, no acertaba esta vez sino á repetir los más flébiles yaravíes ó cuando menos el Miserere del Trovador, cuyas estrofas cantaba, como si le saliesen del fondo del alma y fuesen escritas para ella. Los negros, que algo adivinaban de la situación de ánimo de su Señorita, procuraron distraerla, bailando y entonando ellos también la *marimba*, con ademanes, actitudes y entonaciones, que, aunque tristes y monótonas, no dejaron de alegrar á Blanca Rosa. Ella les glosaba en el piano y, á la luz de la lámpara incandescente, que reflejaba en el rostro expresivo y bello de la joven, los dos negros, en la parte más sombrosa del salón, danzaban como dos genios misteriosos, que estuviesen cuidando de una ninfa.

Reinaldo regresó más afable todavía y, saludando á su amada, le dijo: tu madre no se da por entendida del suceso, y, cuando le pregunté por tí, me contestó muy expedita, que estabas ocupada en faenas domésticas, y que te perdonase si entonces no recibías mi visita.

—Cuán buena es mi madre y cuán bien guarda mi honor y mi buen nombre,—dijo la joven.

—Tu honor, Blanca Rosa, está tan bien guardado aquí como allá.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Lo creo, porque eres caballero y, debiendo un día ser mi esposo, serás estos días más respetuoso y digno enamorado.

—Te lo ofrezco y te doy mi palabra, y coloco en tu dedo este anillo.

—¡Cuánto brilla! ¡Gracias! ¡Qué diamante tan hermoso!

—Tiene el brillo de mi amor, y es hermoso como tu amor. Como la brillantez y la hermosura se unen en esta prenda, así nos hemos de unir los dos.

—¡Gracias! ahora será solo la unión de las almas.

—Como tú quieras, amor mío.

—¿Dime, Reinaldo querido, no estaba mi madre medio loca, desesperada, no te reconvino resentida, no dejó salir del pecho las quejas en tropel, no te llamó aleve, traidor, no estuvo en actitud de desgreño y de pesar? Dímelo: tú no me ocultes la verdad. Es mi madre; perdónalo sus demostraciones de dolor y resentimiento.

—¡Ah! vida mía, cómo se conoce que eres de imaginación febril, inquieta. Nada de lo que das por sucedido, ha pasado. Estaba algún tanto triste ó más bien displicente, y pare de contar. Muchas veces el resentimiento es más poderoso que el amor en las mujeres, y con más frenesí del que amaron, aborrecen.

—Así será, Reinaldo. Tú tendrás experiencia de eso; pero madres, como la mía, no hacen tal cosa. Será un amor resentido, lastimado, pero las madres aman, y he oído decir que al hijo desgraciado se le ama con más ternura.

—¿Te crees desgraciada, Blanca Rosa?

—No lo dije, porque así me crea. En tu poder no puedo sino ser feliz.

—Así es la verdad, diré con el tío Pelmas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Y qué es de él?

—No quise hablar con ese personaje, aunque estuvo en casa de tu madre, de temor de que diese alguna señal de intimidad conmigo.

—¡Bien hecho!

—¿Así que mi madre no sospecha de tí nada?

—Nada.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es la verdad, y, cómo suceda, no lo sé.

—¡Ah! quién sabe, Reinaldo, si mi adorada madre, bajo una indolente apariencia, no está ocultando un pesar que luego la matará..... y yo seré causa de su.....

Blanca Rosa vertió algunas lágrimas; pero Reinaldo la consoló con tan buenas y oportunas expresiones, que ella sonrió con su amante, y, dándole las buenas noches, entró al pequeño pero ricamente amueblado cuarto donde estaba preparado el lecho de descanso.

Reinaldo, en su gabinete, casi no durmió toda la noche. Sentía tristeza y hasta cobardía, cosa que jamás le pasó en otras conquistas amorosas. Poseía ya un tesoro y no le era dable malgastarlo. Había empeñado su palabra de caballero para ser respetuoso con Blanca Rosa, y, mientras estuviese en Quito, era forzoso cumplirla.

Los dos negros dormían profundamente tendidos cerca del umbral del gabinete y Reinaldo estaba sentado en una poltrona, escribiendo el plan de viaje, y arreglando lo que debía hacer, pagar y prevenir para después de los tres días de canarval. Todo lo trazó y arregló á deseo, pues era rico. Cansado se quedó dormido en la misma actitud en que escribió: la cabeza reclinada sobre el escritorio entre los brazos cruzados. Una mariposa, mató la luz, y la sobre-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

guez de la noche envolvió todo en su manto de pavor.

Muy temprano, al siguiente día, estuvo el tío Pelmas á saludar á Blanca Rosa, á la novia, como él dió en llamarla, con disgusto de Reinaldo, que tenía que disimularlo todo.

Blanca Rosa estaba de pies, junto á un lavabo bellísimo, obra maestra de Minguetti, adornándose con sencillez y gracia. Con sus naturales colores y hermosura propia, sin necesidad del arte de afeitarse ó embellecerse con disfraces, estaba encantadora la joven, y, aunque sonreía suavemente, se adivinaba la inquietud y tristeza de su interior, que no otra cosa significaban las ojeras con que había amanecido, aunque ellas mismas contribuían á realzar la belleza de la joven y hacerla más simpática y agradable. Quien la viera en esa mañana, se sentiría movido á amarla y compadecerla, sin saber porqué y sin haber la antes conocido.

—Hermosa como la aurora de este día, para mí feliz, has amanecido,—dijo al entrar, Reinaldo, al mismo tiempo que también entraba el tío Pelmas, cuya presencia alegró á Blanca Rosa, ya por amor á Margarita de quien ansiaba saber, ya también por la curiosidad de imponerse de cuanto pasaba en su hogar abandonado.

Bien hacéis de venir á verme tan temprano,—dijo Blanca Rosa, después de contestar la salutación. —Ya yo os esperaba impaciente. No me ocultéis nada. ¿Cómo está mi madre querida? ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¿Llora, como es natural, me inculpa y trata de ingrata? ¿Qué sucede?

Pues tu madre,—dijo el tío infame, con el más grande aplomo y entonación de verdad,—no está mal, no hace nada por averiguar de tí, ni tampoco llora, como tú supones. Te trata de ingrata: en eso sí

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

has acertado, y aun dice otras cosillas que no quiero repetirte. Lo cierto es que casi ..... casi.... te.....maldice.

Reinaldo hizo al tío Pelmas una guiñada amenazadora, y Blanca Rosa dijo: eso me parece exagerado, buen tío Pelmas. Conozco el corazón de mi madre, y en él no cabe tal extremo de venganza, que llegue á maldecir al sér que más adora. No, la maldición no puede resonar en esos labios maternales, sino el ruego, la plegaria y la queja.

No digo terminantemente que te haya maldecido, —replicó acobardado el tío Pelmas;—pero á eso se acercaba cuanto la oí decir contra tí. En fin, ella está como si tu desaparición no hubiera acaecido; está indiferente, y no ha hecho las terribles demostraciones que yo aguardaba. Esta es la verdad desnuda.

Que se manifieste ó finja indolente, á fuerza de resentida, no es difícil,—dijo Blanca Rosa.—Luego pasará todo, y, cuando nos casemos, ella se acordará de que es mi madre y de que tiene ya otro hijo en Reinaldo, y acudirá á nuestra llamada, como la torcaz viuda vuela al reclamo de los hijos que labraron otro nido. ¿No es así y no será así, Reinaldo?

Es natural cuanto dices,—contestó este.—Serénate, si alguna inquietud turba tus hermosos pensamientos, y ten la firme convicción de que Margarita, tú y yó seremos felices. El día de la reconciliación con tu madre no está lejano. Anda, vida mía, y tócanos algo en el piano, que nosotros te oiremos desde aquí.

Blanca Rosa entró al salón, y Reinaldo logró quedarse á solas con el tío Pelmas, á quién trató ya con alguna aspereza, por haber dado á Blanca Rosa noticias que rayaban en inverosímiles, pues no se compadecían bien con el carácter de Margarita, cuya bondad y virtud conocía tanto su hija. No se empe-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ñe Usted,—le dijo—en amontonar invenciones absurdas ó increíbles, creyendo que hace una cosa buena y conveniente; que á tanto no alcanza su talento ni tiene Usted el dón de dar el colorido de verdad á sus disparates. Así, más bien Blanca Rosa llegará á desconfiar de Usted. Lo inventado y hecho hasta aquí, basta. Ella está ya en mi poder, es mía, y no hay para qué meditar más comedias ni intrigas. Vaya Usted, por las últimas veces, en los días de carnaval, á observar lo que la madre dice y hace, y déme cuenta de todo solamente á mí, sin ocultarme la verdad. Entonces le agradeceré y le premiaré, y, el miércoles de ceniza, estará Usted caballero en una guapa mula, de viaje á Daule, conmigo y su sobrina, antes que raye la aurora de ese día de cenizas, que muchas tenemos que echarlas entre Quito y nosotros. Conque, tenerme de amigo y oír mis mandatos, y aprender la sabiduría del silencio; porque yo, de enemigo, soy bastante insufrible.

—Todo lo prometo y obedezco, Reinaldo. Ya me has dado un buen capelo por mis invenciones, y evitaré el que me hagas Cardenal, cuando se te suba la mostaza á las narices. Te iba á contar mi última invención, pero.... punto en boca.

—No lleve las cosas al extremo, tío Palmas, y entiéndalas bien. La prudencia, el silencio el tino y la reserva, con Blanca Rosa, santo y bueno. Conmigo debe ser Ud. más franco, y explícito y veraz, sin el menor asomo de mentira; porque entonces sí, me vuelvo á sulfurar. A ver ¿cuál fué su invención, y qué dijo, y qué piensa de mí la viuda? De esto todavía no me ha dicho Ud. oxte ni moxte.

—Pues mi invención no te desagradará; pero vamos por orden, y primero dáme aliento con una caricia de esa poma de Cartuja.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Poco favor me ha pedido. Aquí la tiene. Beba y hable.

—¡Deliciosa! Pues al principio la viuda te maldijo (créemelo), á tí si te maldijo, te trató de traidor, desalmado, y pirata y radical. Te dijo cuantas son cinco.....y, luego, esa montaña se deshizo, como cera, con tu visita. Además, cuando saliste tú, con la mayor facilidad del mundo la persuadí que era imposible que fueses tú el raptor, y tales razones aduje, que ella se convenció del todo. ¿Y creerás que Petronila, á quién tú viste allí, también pensó de la misma manera, y persuadió de lo mismo á su amiga? Ni pagándola para esto, lo hubiera hecho mejor. Estamos de buena suerte. Salió Petronila, y mi última invención puso el sello á todo.

—Veámosla. Echela afuera.

—Pues, como Petronila aseguró que había desaparecido también su hermano Leonardo, sin que ella supiese á dónde se había encaminado, al vuelo me aproveché de esta circunstancia, y persuadí á Margarita, que ese hipócrita, ese estudiante, ese beato, era el positivo raptor de Blanca Rosa.

—¿Y creyó semejante disparate!

—Si lo creyó; porque así fué el peso de los argumentos que traje para persuadirla. Estuve inspirado, te aseguro. En ninguna otra ocasión volveré á estar más feliz.

—Ya lo creo que no volverá á estar más feliz; pero tampoco la invención volverá á ser más horrenda é injuriosa.

—¿Por que! Yo creí que me aplaudirías, sobre todo siendo en tu servicio.

—Es horrenda por la magnitud de la calumnia contra el pobre Leonardo: tras cuernos, palos. Es injuriosa á Blanca Rosa; por que muchos en el barrio de La Loma, y aun en Quito, saben que yo soy aman-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

te de ella, con pasión, con ternura, con firmeza, y la tienen por joven de virtudes, pudorosa y digna, y aun piensan que con ella sí doblaré yo la cerviz al yugo del matrimonio. Al propagarse la voz de que ha fugado con otro y no conmigo, la tendrán por mujer fácil y hasta de corazón dañado. Ha hecho U. una invención bárbara, y torno á inponerle absoluto silencio. Cuidado con que U. vaya á seguir divulgando semejante especie .....

—A buen tiempo sólo se lo dije á la interesada, á Margarita, y no creas que lo cuente á nadie, ni al mismo Satanás, que me pagará mejor mis servicios .... con gratitud.

—Está bien: no vuelva U. sino el último día del carnaval, para que duerma aquí, y emprendamos el viaje el día prefijado. Dígale á Margarita (á quien no volveré á ver jamás) que de temor del carnaval no iré á verlas estos días. Reitérele mis ofertas de anoche, y corra el telón sobre las escenas de ese pobre hogar.

XXXV

Visitas muy inoportunas

El tío Pelmas, entre resentido y contento, salió de casa de Reinaldo, no sin haber antes acariciado otra vez, de *motu propio*, á la poma de Cartuja.

Blanca Rosa salió oyendo que se iba el tío Pelmas, pero no alcanzó á despedirse de él.

—Le he ordenado que se marche,—le dijo Reinaldo;—porque este hombre se va haciendo insufrible y perdiendo toda mi confianza. Lo que te ha dicho acerca de Margarita, es, como tú juzgaste, inverosímil, y no quiero que te mortifique más. Es cierto que tu madre parece estar indiferente y fría contigo,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sin duda por el resentimiento de que ames sin obedecerla, ó sea sin esperar que ella sepa de qué familia soy yo y á quién hace hijo suyo. Esto es todo, y no hay maldiciones ni cosa alguna que deba inquietarte.

—No te acuites por esto, Reinaldo; porque no le creo al tío Pelmas, y se me va haciendo ya antipático y cansado. Si hasta aquí le he tolerado y aun procurado que me sea simpático y agradable, ha sido por tí, por tu cariño, y porque el tal tío nos ha sido necesario. En adelante no tendré porqué manifestarme ya muy fina y hasta obsequiosa, como lo he hecho estos meses.

—Yo creo que debemos ya librarnos de este hombre ¿Que te parece?

—Eso no. Si no le lleváramos, el mismo, de venganza y furor, hasta cierto punto justos, se andaría divulgando todo, y entonces mi honor, ¡ay! Reinaldo, mi honor....

—Tienes razón, Blanca mía. Yéndonos con él, las cosas quedarán en confuso ó se sabrán tarde, cuando ya estén remediadas. Hasta tanto él será de nuestra amistad y compañía. ¡Qué remedio! Quizás algún día llegue la oportunidad de quedarnos libres de una persona, que nos es ya molesta.

—Así es la verdad, diré yo también. ¡Cómo habrá amanecido mi buena madre! Es tan sensible, que temo llegue á enfermar de veras. Deseaba enviar al tío Pelmas á que la visitase y me diese noticias de mi casa, pero tú lo despachaste sin que de mí se despidiese.

—No abrigues cuidado alguno: yo tengo aquí dos fieles servidores, mis dos negros, que anoche te han entretenido con sus bailes y tonatas provinciales. Ellos me darán razón de cuanto tu desees. Lorenzo á quien más quiero es vivaracho, listo, pero algo atolondrado. Eugenio es más juicioso, reposado y ha

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta inteligente. Es fama, en Daule, que el padre de éste murió en defensa de su patrón, y se sacrificó por él, lo cual es prueba de lealtad llevada al sacrificio.

—Yo les he cobrado cariño y gratitud á tus pajes ó asistentes.

—Uno y otro son y peones de mi hacienda de Castalia.

—Procuraron distraerme y hasta me hicieron reír con sus ocurrencias y gracia nativa, aún ruda en Lorenzo, más correcta y aun culta en Eugenio.

—Así es. El uno es todavía bozal, y el otro tiene sus humos de caballero. Vamos, vida mía, á tomar la sopa.

—Vamos, Reinaldo.

Más tarde volvieron á agradables y entrenidas conversaciones. Unas veces leían trozos de alguna novela, otras jugaban al ajedrés, en el cual era muy diestra Blanca Rosa, y otras, cantaba la joven con suavidad extraordinaria. Su canto tenía notas de dulce y profundo amor, y a ratos semejaba gemidos, á ratos quejas del corazón. Nunca Blanca Rosa había cantado tan bién ni con tanta variedad de entonación. Todas las encontradas y rapidísimas emociones de su alma palpitaban, hablaban, aparecían en sus labios, y eran los acentos de la joven como un arpegio de sonidos nuevos, antes no escuchados, casi divinos. La magia de la música y el poder del canto tenían á Reinaldo como embargado y suspenso, cuando oyó pasos en el zaguán de la casa. Blanca Rosa interrumpió su tocado y su canción, temerosa de que alguien viniese á sorprenderla. Quién sabe si la misma Margarita ....

Reinaldo introdujo á Blanca Rosa á otro gabinete más interior, desde donde podía mirar y oír lo que pasaba en el gabinete exterior, sin que nadie la des-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cubriese. Reinaldo, conociendo los pasos de los que subían las escaleras, tuvo disgusto de visitas entonces inoportunas. No pudo hacerse negar con el consabido *no está en casa*, mentira ya social, valedera y tolerada, con que se evita recibir á acreedores, á pedigueños y á ciertos posmas, cuya conversación enfada lejos de entretener y deleitar. Sin embargo, ese efugio mentiroso, esa negativa convencional, son signo de falta de educación, de carácter, y arguye pobreza en discurrir.

Las personas recién llegadas eran tres amigos íntimos de Reinaldo, Adolfo, Bruno y Bertín. El último, además, era conterráneo del Capitán dauleño.

Como en el decurso de una tertulia se conoce á los hombres y, sobre todo, en la mesa y en el juego, ya veremos quiénes son los jóvenes visitantes.

Gran Reinaldo,—exclamaron los tres—¿cómo estás! Venimos á avisarte que los días de carnaval pasaremos aquí contigo, como nos ofreciste hace algunos meses.

Es cierto—dijo Reinaldo,—que os invité, y debo recibiros mañana siquiera, ya que los últimos dos días estoy comprometido á pasar en una quinta de Chaupieruz, llamada "La María". Me invitó una familia, y no es posible desairarla. Me perdonaréis si el programa no se cumple en todas sus partes. Entrad.

Te perdonamos—dijo Adolfo,—pero dinos primero ¡de quién es la voz encantadora, que escuchamos desde la calle!

—Lo ignoro.

¡Como,—dijo Bertín,—si sonaba en tu mismo salón!

—Te has equivocado,—dijo Reinaldo—Es el canto de la Lola Tejada, que vive más arriba, y como su habitación es más alta que la mía, en el declivio de la cuesta, desde su casa los sonidos se dilatan hasta acá y parecen muy cercanos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A otro con ese cuento,—dijo Bruno—La canción era de aquí y no de allí. No nos engañes.

Además—dijo Adolfo,—la modulación de la voz era tan suave, tan insólita, que tenía algo de celestial. Semejante voz no tiene la Lola Tejada. ¡Qué más se quisiera! La mujer, de quien son tan delicados acentos, debe ser hermosa como el primer amor y pura como los castos ensueños.

Calla,— dijo Bruno;— debe ser mujer y nada más.

Para éste,— dijo Bertín,— todas las mujeres son ángeles. Buenos ángeles con ciertas necesidades humanas.... y expresó una palabrota.

Cuando yo llamo ángeles á algunas,— dijo apaciblemente Adolfo,— no tengo en cuenta esas necesidades, que humillan á todos, hombres y mujeres, y se adivinan sin la precisión de nombrarlas. Yo las apellido ángeles cuando son buenas, de amabilísimo carácter, pudorosas, tiernas, compasivas de la desgracia, cuando nos atraen y se dejan amar con cierto amor respetuoso y tranquilo.

Déjate de poesías,— dijo Bertín,— que las mujeres me agradan á mí, porque son de carne y hueso, y nos sirven de placer y pasatiempo.

Blanca Rosa, desde su escondida morada, se estremeció.

Vamos al grano,—dijo Bruno:—Dinos, Reinaldo, si la voz, en verdad, es de la Tejada ó si acaso tienes aquí prisionera ó encerrada alguna hurí.

O alguna de las de la vida airada, como acostumbramos todos,— dijo Bertín.

Blanca Rosa volvió á estremecerse.

Ya os digo,— repuso Reinaldo,— que nó, y tomad un vaso de cerveza más bien, y no me mortifiquéis con ilusiones forjadas.

¿Que me importara que tuvieras aquí una hermosa

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

joven, si no me la habías de prestar siquiera por una semana! — dijo Bruno— Mejor es tomar la cerveza.

Y brindar, — dijo Bertín, — á tu salud y buena vida, Reinaldo. ¿A quién estás amando ó engañando ahora, que es para tí lo mismo?

Blanca Rosa palideció y se estremeció por tercera vez, como azogada.

Han venido Ustedes de buen humor y algo excididos en palabras— dijo Reinaldo— Se conoce que, anoche, os habéis excedido también en alguna orgía.

Cierto, — dijo Bertín; — pero tu lenguaje es hoy extraño y parece que te chocan nuestras expresiones, cuando tú á veces sueles....

Reinaldo le interrumpió, presentándole el vaso de cerveza.

Blanca Rosa vaciló y cayó sobre un sillón, dejando de mirar por entre las rendijas de la puerta cerrada.

¿Conque, os disvertísteis anoche? — preguntó Adolfo.

— Sí, — dijeron Bruno y Bertín.

¿— Y tú? — dijo Reinaldo.

Adolfito se da una vida aperreada, — dijo Bertín. — El no trasnocha, ni enamora, ni sabe tunear ni..... y ensartó palabras de horripilante obscenidad.....

Blanca Rosa creyó estar en cueva de basiliscos, de fetidez y de horror. Sus oídos vírgenes se estremecieron.

Reinaldo estaba en ascuas, y, no pudiendo reprender á sus dos amigos por tan lúbrico lenguaje, se esforzaba, en vano, por variar de conversación. El diccionario de la pornografía es inagotable, y los libertinos suelen, con todo, casi agotarlo. Las conversaciones, los chistes, las anécdotas, las historietas, las invenciones de los hombres desvergonzados, son de tal naturaleza, que toda ponderación es nada, toda

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pena ninguna, todo dolor insignificante, para deplorar las tertulias de la impudicicia.

Armemos aquí un fandango,— dijo Bruno,— y traigamos algunas....

Formemos una famosa orgía, dí más francamente, —gritó Bertín—Las mujeres para nosotros son sólo instrumentos de placer...

—¡Qué inicuos han solido ser los hombres!— dijo asombrada Blaca Rosa, y por sus mejillas, más rubicundas que nunca, rodaron algunas lágrimas.

Ustedes no piensan sino en liviandades,—dijo Adolfo.—Alguna vez seamos hombres serios. A mí también me agradan los bailes y la diversión, pero con decoro y con señoritas honorables. El baile y aun la tertulia deben ser siempre con mujeres honestas; porque entonces tenemos más miramientos y respeto sociales, y uno se refrena y cuida con más esmero de la educación, afabilidad, agrado y cultura.

Respiró Blanca Rosa, y se dijo: ¡gracias á Dios! no todos los hombres han sido corrompidos. El que habla y mi Reinaldo no han proferido una sola de esas cosotas, que me hieren como la punta de un puñal cuidadosamente aguzado.

—Algo hipocritón eres,—dijo Bertín á Adolfo. ¡Gracias! por el piropo—contesto el último—Te diré que me juzgas mal. Yo te digo que sí me agrada el baile aun el de bastante confianza, y alegría y franca expansión, como el que en Quito llamamos *baile de arroz quebrado*. La orgía es la que me choca: allí no se baila, se enloquece uno, se degrada, y enciende la hoguera de las más vergonzosas pasiones. Entonces no hay diversión sino danza de vicios.

—Buen predicador tenemos,—dijo Bruno.

A nosotros,—dijo Bertín—, que somos francos, nos gusta el baile de salón una vez al año, el baile de arroz quebrado, una vez al mes, y la orgía, la chispa,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la *pentáfora*, la *perica*, como suelen llamarla en terminos provinciales, nos agrada casi todos los días, con tal de que uno pueda hacer lo que se le antoje, sobre todo con las mujeres.

Añadió tres ó cuatro palabrotas más... y Blanca Rosa ya lívida exclamó, en su silencioso retiro: ¡qué monstruo!

¿Qué dices, ¡Reinaldo,—preguntó Adolfo,—de las lindezas del amigo Bertín?

Nada,—dijo Reinaldo—le oigo por oír.

Estás de mal humor,—dijo Bruno—Tú también, aunque no sea con tanta frecuencia como nosotros, sueles dar suelta á la lengua y decir algunas cosillas, que no les quedan en zaga á las nuestras.

¡—Jesús! ¿qué oigo? dijo en su retiro Blanca Rosa, y se sumergió y se encovó en el muelle sillón, tapándose los oídos é inclinando la hermosa cabeza, cubriéndose el rostro con el cabello destrenzado, que le caía como un velo negro y transparente.

—Largo hemos charlado,—dijo Reinaldo.

—Eso quiere decir que nos larguemos,—dijo Bertín.

No lo creas,—dijo Reinaldo—Cierto es que algo tengo que hacer; pero, si queréis estaros más tiempo, podéis hacerlo.

—Más bien volveremos mañana ú otro día,—dijo Adolfo.

—Cuando queráis—dijo Reinaldo.

Mañana vendremos,—dijo Bruno—¿No te acuerdas que nos convidaste á pasar contigo siquiera un día del carnaval, ya que el último día tienes que ausentarte?—Cierto,—dijo tristemente Reinaldo.

Pues ¡adiós!—le dijeron los tres amigos.

—Buenas tardes,—les contestó Reinaldo; y apenas estos bajaron las escaleras, corrió á verá Blanca Rosa, á quién encontró medio dormida, en actitud de melancolía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Semejaba la joven á la azucena que se doblega sobre su tallo.

Después ordenó á los negros que prepararan la comida, y esperó que despertase la joven, para llevarla al comedor.

XXXVI

Las galanterías de los dos negros.

Esta despertó, y halló delante de sí á Reinaldo, y lo vio silencioso, melancólico y con las mejillas encendidas.

Sonrióse y, apoyándose en el brazo de él, al levantarse, le dijo: ¿por qué estás triste y rubicundo, como una rosa de tu jardín?

—También tu estás como yo, triste y rubicunda, y la causa de esto es, para los dos, la misma. A mala hora, hace muchos meses, invité, para los días de carnaval, á estos perillanes, que han venido antes de tiempo, con una inoportunidad lamentable, cuando ya no me acordaba de la tal invitación. Han llegado aquí para mortificarte y herirte los oídos.

—Y el corazón y el alma, Reinaldo. Dime ¡por Dios! ¿así son todos los hombres, así hablan, así conversan, cuando están solos?

—No todos somos así, vida mía. ¿No oíste como hablaba Adolfo, joven hasta virtuoso? Yo tampoco he dicho palabra que pudiese ofender tu pudor, y más bien he padecido tormento, y la visita de mis amigos me ha parecido casi oterna.

—Así lo creo. ¿Dime, cómo siendo Adolfo hasta virtuoso, tiene intimidad con los otros dos, que parecen educados en un albañal y que tienen un lengua-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

je tan lleno de abominaciones é inmundicias? Yo, al recordarlas, me estremezco todavía. He pasado horas de martirio indecible para mis oídos y mi alma; que jamás adiviné siquiera que existiesen expresiones y deseos semejantes. Cuán desgraciada soy, si todos los hombres son lo mismo.

—No te angusties, hermosa quiteña. Ya te digo que no todos somos iguales. Adolfo posee el dón de conservarse en buena conducta á pesar de vivir con Bruno, su primo hermano. La desgraciada no eres tú ahora sino yo, que no preví lo que podía acaecer, y te dejé en la habitación vecina, desde donde, sin pensar ni querer, has escuchado todo. Perdóname la falta de previsión.

—¿Pero por qué vive Adolfo con Bruno?

—Porque éste, que es muy rico, le da lo necesario á aquél, que es muy pobre.

¿No tiene familia Adolfo? ¿es huérfano?

—Adivinaste: lo es.

— Cuánto sufrirá el pobrecito, viviendo con un joven, con el cual no congenia. Aquello debe ser terrible. ¡Ay! necesidades que imponen la pobreza y la orfandad.

Dijo, y suspiró sin querer.

Reinaldo preguntó: ¿por que suspiras? ¿no estás contenta á mi lado? Pídeme cuanto desees, que estoy pronto á complacerte y darte aun mi vida, si es preciso.

—Contigo estoy contenta, es cierto. Por tí he dejado en el hogar á mi santa y adorada madre. Ahora conozco la fuerza de mi amor á tí, que ha sido más poderoso que el amor que me une á mi Margarita, y me ha traído acá, ciega, resuelta, sin repugnancia ni temor. Pero ahora tengo ciertos temores ....

—¿Cuáles y por qué?

¡Ay! Reinaldo, tus amigos te han hecho ciertas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

burlas, y alusiones y reticencias, que me han desconcertado. Aquellas dos cosas que dijeron que para tí eran lo mismo....

—Los jóvenes alegres, divertidos, disipados, en una palabra, libertinos, como Bruno y mi paisano Bertín, hablan por hablar. No hagas caso de sus chanzas.

—Tú has debido hacerlo; porque eran chanzas más pesadas que una mole de bronce.

—Por no provocar una gresca y darte un malísimo rato, sufrí las burlas. ¿Lo dudas?

—No, Reinaldo. Pues vamos á comer, que tus negros te aguardan.

Entretenida pasó Blanca Rosa en la mesa como después en el salón y en el piano. Si el día le fué desagradable y largo, por el diálogo de los libertinos, la noche se la hicieron grata y corta las pláticas de su amante, que estuvo inspirado para saber agradarla y no manifestar el más leve desliz en los deseos que le quemaban la sangre. Los negros, por orden de su amo, volvieron á bailar la marimba y á cantar los aires de su tierra.

—¿Que te parece mi esposa? dijo Reinaldo á Lorenzo.

—La mema hemosura, mi Capitán, el memo sol, ¡gua! el memo cielo.

—¿Y á tí, Eugenio?

—La más hermosa niña, mi Capitán, como una palmita de nuestro río. Su color es el de la rosa que yo cultivé en un invernadero. ¡Que bella era! La niña canta como una alondra de los jardines del cielo. Preciosa es la niña, y mi Capitán ha tenido mucho gusto en desposarse con ella. Están unidos como la enredadera de flores azules se enlaza en las ramas de un tamarindo de mi tierra.

Sonrieron los dos amantes.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Y tú que más dices, Muro? –preguntó Reinaldo.

—Y yo tamién digo, pue, que epreciosa la niña y debe sé má sabrosa que una otrita de concha doraa.

—¡Bueno negritos, bueno! hijos míos, quieran mucho á mi esposa, y llévenla ahora á su gabinete, que la veo cabecear suavemente como adormidera movida de las auras. Véte á acostar, Blanca mía.

—Iré, Reinaldo. Hasta mañana, que tu sueño sea tranquilo y feliz.

—Igualmente el tuyo.

Lorenzo Muro no resistió á una curiosidad, y cuando quedó solo, y se alejó Eugenio, dijo á su patrón: quisiea decí una cosa, mi Capitán y mi amo.

—Dila, pero que sea bonita como la que dijiste á mi esposa.

—¿Eposa de Su Mecé?

—Esposa naturalmente. ¿Por qué me preguntas, cuando ya lo sabes?

—Poque .... poque .... lo casao duemen junto y no separao como si etuviesen peliao.

—Negro bellaco, el amor verdadero no consiste tanto en dormir en el mismo lecho sino en tener las mismas inclinaciones y pensamientos, y vivir en perpetua tranquilidad. Otra vez te ordeno que no me hagas esas preguntas. Mañana tú y Eugenio prepararán todo lo necesario para el viaje, que será el miércoles, antes de la aurora. Esto te conviene saber y hacer. ¡Vaya! ¡largo de aquí! á dormir.....

El negro hizo una cortesía á su amo, y se retiró. La noche volvió á extenderse majestuosa, y la luna brillaba sobre la alta ciudad de los Shiris.

Fué noche tranquila para los dos amantes, rendidos de tantas impresiones. Blanca Rosa durmió después de tantas penas, contrariedades, esperanzas y consuelos, y, ya avanzado el día, se levantó en su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

silencioso gabinete, y puesta en pie, junto al espejo del tocador, y mirándose largo espacio, se dijo: el rostro no puede ocultar las impresiones del alma. Tengo tal tinte de sonrisa y de tristeza, que no me conozco yo misma. Entre sonreída y melancólica, feliz y desgraciada, resuelta y tímida, amante y desobediente, no sé lo que me esta pasando. Todo tengo á medias y nada completo, ni en su plenitud y perfección. ¿El amor á un joven no conocido desde mi niñez, el amor á un forastero, extraño, vence y supera al mismo amor filial? ¿Esto es falta ó virtud? ¿Esto es misterio ó maldición? Todo lo ignoro, y solos ó que amo y con pasión entrañable, y con locura, y que mi voluntad está cautiva con lazos de oro ó de hierro. Sé también que he cometido una falta, talvez un delito; pero á lo hecho hay que oponer el vigor y arrostrar cuanto me viniere. Ya sea feliz, ya desgraciada, yo sola soy la autora de mi suerte. Ya me lo he dicho otras veces.

Dijo, y abriendo las celosías de las ventanas, que daban al jardín, se puso á contemplar las flores, hermosas como ella, y arrancó unas madreselvas; percibió el aroma de únas, deshojó ótras, y reservó la más fragante para Reinaldo, el cual llamó á la puerta y entró, obtenido el permiso. Se estrecharon las diestras, y la joven prendió la flor en el ojal de la levita de su enamorado, diciendo:

—Que el aroma de esta flor se conserve como la pureza de nuestro amor.

—Como lo deseas, Blanca Rosa.

—¿Seremos esposos? ¿no me burlarás? ¿no se cumplirá en mi la burla que ayer te hicieron tus amigos?

—Son vanas tus preguntas é inútiles tus escrúpulos. Todo saldrá á medida de tus deseos.

—¡Ojalá! en los últimos años de nuestra vida, en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

canezcamos juntos y mis ilusiones sean realidades.

Reinaldo salió con el pretexto de ordenar la preparación del almuerzo; pero, en realidad, para no descubrir la honda aunque pasajera impresión que le hicieron las últimas palabras de Blanca Rosa, á quien no miraba como esposa sino como á querida de preferencia.

Pudiera y aun deseaba hacerla feliz, y no se resolvió á tan grande sacrificio. Los Tenorios rara vez se casan.

XXXVII

Dados y copas

REINALDO temía que el pudor de Blanca Rosa se ofendiese con la más leve expresión de impureza, á pesar de que también él tenía el hábito de proferir algunas palabras no muy honestas, sin frisar eso sí con el lenguaje pornográfico de Bruno y Bertín, cuya visita aguardaba ese día, antes como un amago que como un placer. Determinó, pues, dejar á Blanca Rosa en el salón al cuidado de Eugenio, y recibir á los amigos en el gabinete grande, y despacharlos con buenas razones y pretextos, si podía, ó entretenerlos en el juego, al cual eran muy aficionados él y los dos libertinos. Era seguro que Adolfo no vendría; porque, prudente y avisado, comprendió que Reinaldo quería estar sólo y sin testigos, y le creyó triste y de mal humor. Si todos los amigos tuvieran el tino, prudencia y como adivinación de Adolfo, las amistades serían más consideradas, firmes y duraderas.

A las doce del día, los temores de Reinaldo estaban realizados. Bruno y Bertín, tarareando la tonada de "El Rey que rabió," subieron las escaleras.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El capitán estaba solo en el gabinete, y Blanca Rosa en el salón Era el primer día de carnaval: las calles de Quito se asemejaban á una Babel, y á todos los quiteños les había llegado el final del juicio. Parecía ciudad tomada por asalto, y bandas de hombres casi en *paños menores* y de mujeres del pueblo, pintarrajados los rostros, los cabellos descompuestos y en actitudes de Euménides, discurrían por todas partes en grito y algazara horrenda. ¡Agua y polvos! ¡á ellos! ¡á ellas! sonaba con incesante y empalagosa monotonía.

Los amigos de Reinaldo llegaron no muy mojados merced á los sendos paraguas con que se defendieron.

Amigo,—dijo Bertín,—como ingleses hemos cumplido la palabra de venir á pasar contigo este día, ya que los otros dos días tienes que salir, según te entendimos.

Está bien,—dijo Reinaldo,—Pasaréis conmigo conversando ó jugando, como queráis.

—Uno y otro se puede hacer,—dijo, Bruno.

—¿Qué tal de carnaval?— preguntó Bertín.

No he salido ni saldré mientras dure esta locura, —contestó, Reinaldo—Más bien me marcho mañana al campo, como os dije ayer.

¡Buen gusto!—dijo Bertín.—A "La María" ó á Chillo irás, gran Tenorio, á buscar alguna fada fugitiva del carnaval y á pasar alegremente en las orillas del San Pedro, engolfado en placeres, y adorado de las muchachas, y atendido de las viejas, y servido de todos. Tú eres el hijo de la dicha....ja, ja.... yo, no: será talvez porque me gusta usar de mi buen humor y no estarme con atenciones ni cultura. Pronto me canso de etiquetas, y sólo me avengo con la franqueza y con decir lo que pienso.

En realidad, dijo entonces cuanto pensó, y fueron tan indecentes los pensamientos, que Reinaldo se ale-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gró de que Blanca Rosa estuviese oculta en el salón. Sin embargo, se reía de las ocurrencias de Bertín, el cual á veces doraba sus expresiones desvergonzadas con mucha agudeza y jocosidad, manera terrible é ingeniosa de obrar el mal y corromper los corazones, excitando la hilaridad y buen humor.

Bruno era, más que sus dos amigos, inclinado al juego, funesta pasión, más poderosa y despótica que el amor, pues á su imperio todo cede y todas las cosas quedan olvidadas: familia, afectos de esposo, deberes, atenciones, fortuna, sosiego, honra y dignidad.

Trae acá la trípode,—dijo á Reinaldo,—para ver si la inspirada pitonisa del juego y la buena suerte me favorecen, ya que soy su más leal y constante adorador.

Está bien,—dijo Reinaldo;—si otros juegan al carnaval, nosotros jugaremos siquiera al rocambor.

No, replicó Bruno,—al tresillo juegan hasta las mujeres. Nosotros, como varones ilustres y valerosos, haremos rodar aquí las muelas de Santa Polonia. Es juego más rápido y de más súbitas y variadas emociones.

Juguemos á lo que queráis,—dijo Reinaldo;—pero, antes de entrar en batalla, pongamos fuerzas con este filtro agradable y misterioso.

Luego les sirvió sendos vasos de añejo y delicioso oporto, y colocó la mesa, y puso sobre ella, sin advertirlo, un blanquísimo pañolón, que tomó al acaso, y era de Blanca Rosa. La carpeta exhalaba un exquisito olor.

¡Qué carpeta tan linda!,—dijo Bertín:—¿de dónde la hubiste, Reinaldo? Despide fragancia virginal, fragancia de rosas. Es un pañolón blanco y limpio, como son las doncellas castas, según el decir de los poetas candorosos. A mí me dan barruntos de que este pañolón de hoy y el canto de ayer son de la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

misma persona. Danos alguna parte en tus conquistas.

Déjate de bromas,—dijo Reinaldo.—No había advertido que ponía de carpeta el bonito pañolón, que voy á enviar de regalo á mi prima Violante, como recuerdo de Quito.

¡Ah!—dijo Bruno,—la prima que se despepita por casarse contigo, según me has contado.

—La misma,—dijo Reinaldo.

—Pues no la hagas carpeta,—gritó Bertín.

—Pues la retiraré,—respondió Reinaldo,—jugaremos á mesa limpia.

Quitó el pañolón y lo guardó, y sentándose, á la redonda, los tres amigos, comenzaron á echar los dados alternativamente.

Juguemos tu fragante carpeta,—dijo Bruno.—Es un capricho empezar por una prenda de mujer; pero esto no es raro: yo jugaría todo el ajuar de mi mujer propia, y aun la misma mujer, si la tuviera en propiedad. Como las que tengo son todas prestadas y de dudosa duración, no puedo jugarlas, pero pudiera . . .

Aquí dijo dos palabras rojas como un hierro en fragua de herradores.

Dejémonos de carpetas y vamos á pesetas,—dijo Bertín.—Paro estos sucres más denodados que el guerrero de quien les viene el nombre.

—Pago—dijo Reinaldo, á quien no arredraba ningún jugador.

Vamos,—dijo Bertín—¡A ver! ¡Canastos! me eché cuatros: llévatelos.

Aquí soltó una blasfemia.

Me toca á mí—dijo Bruno.—Suerte ingrata, ¿qué dices?

Rodaron los dados, que el jugador seguía con ansiosa mirada, y resultaron también . . . ¡cuatros!

Bruno se quedó en silencio y se encandeció su rostro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Reinaldo echó los dados, y le salieron senas. ¡Demontre!—dijo Bertín,—este es tan afortunado en el juego como en el amor, aunque ambos son juegos de azar. Nosotros sí que sólo estamos afortunados en lo segundo, ya que lo primero nos sale de mal talante.

Así me parece,—dijo Bruno.—Sin embargo, echó otra suerte; van cien sucres.

Van,—dijo Reinaldo.

Se jugó la parada, y la ganó el afortunado Capitán.

Después alternaron Bertín y Reinaldo, y apostaron quinientos sucres, que se los ganó el joven del valle.

Cómo le corre el dado á Reinaldo,—dijo Bruno muy descontento.—¡A ver! paro estas seis onzas... tira, hijo de la fortuna y del amor.

Reinaldo tiró los dados, y ganó la partida. Sus amigos quedaron silenciosos.

Después el juego se enfervorizó, y Bruno y Bertín casi con frenesí, y Reinaldo con serenidad, jugaron fuertes sumas, dos anillos valiosos, y una cadena y reloj de oro. Paradas vienen y van, y senas corren y cuatros salen, en rapidez admirable, y ya taciturnos los jugadores, y ya habladores y blasfemos, el desenlace fue que Reinaldo les ganó á los dos cuanto dinero y cuantas alhajas tenían.

Los dos tahures, con la mirada siniestra y el cabello en desorden, con escozor en el pecho y rabia en el corazón, unas veces, sin querer, soltaban estridente carcajada, y otras veces blasfemaban. La blasfemia es el pecado más torpe y más falto de placer, es la expresión de almas viles y mal nacidas. Del blasfemo se ríe el mismo Satanás, y tienen asco y horror los que le escuchan. La blasfemia es la lepra más asquerosa del alma.

Reinaldo los oía muy paciente y sereno, y sonrién-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dose más bien del estúpido desahogo de los perdidos.

—Nos has dejado *limpios*, — dijo Bertín.

—Peor fuera que quedarais sucios, como vuestras lenguas, — dijo Reinaldo.

Reinaldo tenía repugnancia á la blasfemia, que no sonó nunca en sus labios.

—No tenemos ni con qué matar el gusano roedor de la pérdida, — dijo Bruno.

—Eso sobra, — gritó Reinaldo; y en la misma trípode del juego, sirvió variedad de licores, pastas y conservas exquisitas. Reinaldo era generoso: escanció mucho vino á sus dos amigos, y logró embriagarlos pronto. Ellos, con la embriaguez, olvidaron las pérdidas, y se volvieron más generosos y derrochadores, pero sólo de palabras. Cuando Reinaldo los vio temulentos, y que perdían ya el idioma y hablaban en lengua babilónica, llamó á sus dos pajes, y les ordenó que condujeran á sus amigos á sus respectivas casas. Ellos se despidieron balbucientes. Reinaldo se quedó libre y aliviado de enorme peso. Los negros llevaron, cada uno, á su Señor achispado, no sin sujetarlos con alguna fuerza y dificultad, para que no formasen en las calles zetas y erres y figuras de serpentín.

Bruno estaba tan embriagado, que pugnó por quedarse de pies, en una esquina de la calle, hasta que pasase su casa, para entrar en ella. La ciudad le daba vueltas en el cerebro, y veía desfilar los edificios, como el que se embarca, por primera vez, ve pasar rápidamente las orillas de un río con sus árboles y plantas.

Reinaldo se apresuró á ver á Blanca Rosa, que había pasado divertida con las narraciones de los negros, en especial de Eugenio, que con talento natural y sin estudios ni retóricas, describía á la joven quiteña los usos, costumbres, carácter de los coste-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ños, y le pintaba, con naturalidad y sencillez, los parajes más hermosos del Litoral, sus bellezas y encantos, el curso de los ríos y la amenidad del Daule, su patrio río, al cual quería y veneraba como los antiguos griegos á sus ríos, fuentes, manantiales y selvas, donde moraba alguna deidad. Blanca Rosa, con la pintura de regiones para ella desconocidas, entró en vivos deseos de conocerlas y viajar. Pagaba el tributo á la novedad y al natural curioso del sexo encantador.

He estado gustosísima con tus negritos, —dijo á Reinaldo, —y su conversación me ha entretenido más que lo que te habrán deleitado á tí las frases coloradas de tus amigos. Mi tertulia ha sido mil veces más inocente y agradable que la tuya. ¿No es verdad, querido Reinaldo?

—Cuanto dices es cierto, paloma mía. Vamos: harás penitencia en mi comedor.

—Tu mesa es muy regalada. Yo estoy acostumbrada á la frugalidad. Me tratas como á princesa.

—Lo eres de mi corazón.

—¡Gracias!

Terminada la comida, hubo conversación variada y se tocó algo en el piano. Llegó la noche y, como en las anteriores, cada uno se retiró á descansar en su gabinete.

Blanca Rosa compadecía la situación en que estaría Margarita, pero su amor y apego á Reinaldo le atenuaban la pena. Estaba ya algo diversa de la Blanca Rosa antes tierna, afable, solícita y cariñosa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XXXVIII

Las últimas vivezas ó infamias del tío Pelmas

TEMPRANO estuvo el tío Pelmas en la habitación de Margarita, el día segundo del carnaval.

La viuda yacía en su lecho más enferma de amor maternal que de dolencias físicas, y en su derredor se hallaban la lealtad de la amiga y la fidelidad de la criada. No se movían de allí Petronila y Manuela.

Buenos días,—dijo el tío Pelmas.—Vengo sólo por cariño á tí, venciendo, como adalid aguerrido, esas bandas inmensas de jugadores, que cubren calles y plazas, como langostas que invaden las sementeras. Con este carnaval no queda títere con cara limpia.

He hecho una hazaña en venir á verte á través de tantas dificultades, vocerío, confusión, blasfemias, borracheras, cantos y titiritainas.

—¡Gracias! ¡gracias!— dijo dificultosamente Margarita, para interrumpir al interminable hablador, que le iba debilitando más la cabeza con la relación de proezas y ponderación de méritos, cuando sólo acudía á espiar las acciones de una madre infeliz y á atribularla dolorosamente.

—¿Qué habéis sabido de Blanca Rosa?—preguntó el tío Pelmas.

—Nada, absolutamente nada. Vea Ud. mi dolor, pálpelo y compadézcase de la más desdichada de las madres.

—Así es la verdad. Ella aparecerá después del carnaval. Te aseguro que no puede estar sino en poder del caballerito, de quien te hablé la última vez; y, cuando yo te afirmo una cosa, es porque la sé....

Dijo estas últimas palabras, indicando á Margari-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta, con la mirada, que era el hermano de Petronila.

Esta, atenta á servir y cuidar á su amiga, no advirtió los siniestros guiños del hombre. La viuda, ya casi persuadida con las afirmaciones del tío Pelmas, empezó á desconfiar aun de su buena amiga, y nuevo tormento le angustió el corazón. Veía, por una parte, el esmero y cuidado con que Petronila le servía, y la tranquilidad de conciencia reflejada en el semblante de ésta, y, por otra parte, se inclinaba á suponerla sabedora del rapto hecho por Leonardo, y que lo encubría como buena hermana, aunque, como mala amiga, traicionaba á la amiga. La indecisión de su juicio, la duda, la incertidumbre, el temor de errar y el casi convencimiento de acertar, hicieron en el corazón de Margarita la más honda herida que puede imaginarse.

¡Qué combate interior tan espantoso! No sabía á qué atenerse: ó tenía á su lado una amiga ó una traidora, ó era paloma ó era fiera. ¿Cómo decirle nada, de lo que sentía? ¿cómo declararle su desconfianza? su resentimiento, su indignación, si todo era cierto El silencio era un suplicio y, el hablar, una indiscreción ó ingratitud imperdonable. ¿Que haría? Venció la prudencia, y quedó suspenso el juicio, y algún tanto sofrenada la indignación; pero esa lucha empeoró la enfermedad de Margarita. De la calumnia algo queda, se ha dicho, y en el alma de la madre desolada quedó mucho, lo bastante para tenerla en continuado martirio.

El tío Pelmas, viendo que su invención maldita había clavado saetas en el corazón de la viuda, pretextó una diligencia inexcusable, que debía hacer inmediatamente, y aterrado el mismo al contemplar la actitud doliente de Margarita, salió ofreciendo volver muy luego, cuando ya no iba á volver jamás.

Cuando el tío desapareció, Manuela exclamó, sin

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

poder refrenar la cólera que le hervía en el pecho: ¡adiós! verdugo de esta casa, viejo de Satanás.

Petronila le dijo tristemente, —calla, —y Margarita movió con languidez la cabeza, y, más lívida la faz y más turbios los ojos, quedó en una especie de letargo ó somnolencia fatigosa.

El tío Pelmas, por primera vez algo avergonzado de sí mismo, aunque no debía ir á casa de Reinaldo, sino la víspera del viaje, según la orden recibida, enderezó sin embargo á ella, rumiando por el camino el modo de engañar á Blanca Rosa, y persuadirla del desafecto, de la frialdad de Margarita, para que más alegre y resuelta emprendiese el viaje y se olvidase de su madre.

Cuando llegó á las habitaciones de Reinaldo, era ya muy avanzada la noche, y los encontró en profundo silencio. Sólo Lorenzo Muro, como buen centinela, estaba despierto en el corredor alto, y cuando vio llegar al tío bien envuelto en su capa, le preguntó:—ño Pelma, ¿á qué diablo viene Uté eta hora como ánima bendita?

—A hablar con Blanca Rosa y preparar el viaje, negrito.

—Pue la niña etá durmiendo, y Uté no e hombre que sepa preparà un viaje.

—Todo sé, negrito. ¿En cuál gabinete están durmiendo los dos novios?

—¿Qué le impota sabé á Uté?

—Porque soy como padre de ellos.

—Tan graciosa niña no parece hija de un hombre como Uté.

—Déjate de gracias, negrito. ¿No podré hablar con ella siquiera?

—No, poque, cada uno en su gabinete, duemen que e un contento. Aguae que venga la mañana.

—Entonces ábreme el salón para esperar y dor-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mirme allí hasta que amanezca, ó haré vida contigo, negrito.

—A mí me guta hacé vida con la buena moza y no con lo viejo.

El tío Pelmas, sin querer conversar más con Lorenzo, entró, cabizbajo y abrumado, al salón, y arrellanándose en un ancho sillón, muy muelle y cómodo, reflexionó primero sobre su aplebeyamiento, pues, de noble antes afortunado, se veía al presente tiempo, convertido en burla y risa de un pobre negro bozal, que un día apenas hubiera sido paje suyo. Después suspiró y quedóse profundamente dormido.

Aquel día, mientras este hombre miserable, en casa de Margarita, ponía el último sello á sus infamias, Reinaldo había pasado entretenido en arreglar documentos y papeles, guardando los que le eran útiles, y quemando los que ya no le servirían. Entre ellos dio á las llamas numerosas cartas de amores de las enamoradas que conquistó en la capital y otras ciudades y aldeas. Había comunicaciones amatorias de todas partes y de todas clases, de personas nobles, de la clase media, de la plebeya, como que, perfecto Tenorio, había recorrido *toda la escala social*. Las cartas, dispersas en el gabinete, antes de ser quemadas, semejaban páginas arrancadas de un libro, y lo eran, en efecto, del libro de las seduciones y engaños, de la historia de una vida de liviandades, aventuras, inquietudes, lances, desafíos, locas alegrías y profundas tristezas. Eran páginas donde estaban escritas las veleidades del corazón y la muerte del alma. Así esparramadas, parecían también hojas pálidas y secas, que el vendaval arrancó de una selva de espinas. Eran, en fin, los despojos de pasiones ya olvidadas. Reinaldo las redujo á cenizas para que alguna vez no las sosprendiese Blanca Rosa.

Esta había pasado, aquel segundo día de carnaval,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á ratos detrás de las celosías y blancas cortinas de las ventanas de la casa, oyendo el bullicio, las chanzas y groserías del juego, á ratos tocando tonadas tristes en el piano, las que eran como voces de una larga y dolorosa despedida. Unas veces meditó en su suerte y se acordó de Margarita, figurándosela enferma y palidecida, y otras veces, para distraerse, leyó la Cumandá, y al contemplar los paisajes tan admirablemente pintados por el inmortal Juan León, ardió en deseos de conocer los bosques occidentales, en donde creía ser, no desgraciada, como la hermana del poeta Carlos en las selvas del Oriente, sino feliz con su calavera Reinaldo.

Después de tan variadas impresiones del día, ambos amantes descansaron con más tranquilidad y sueño profundo que en las otras dos noches. El tío Pelmas, que los halló así y no pudo despertarlos, después de haber dormido él también, teniendo por lecho el sillón, al amanecer el último día del carnaval, se levantó y, cuando sintió que estaban ya en pie sus sobrinos, caririsueño fue á saludarlos.

Bien recibió Blanca Rosa al tío Pelmas, si no por cariño, que ya iba desapareciendo, al menos por el interés de saber de Margarita, cuya ausencia le amargaba siempre el gusto de verse junto á su idolatrado Reinaldo. Este no quiso separarse de su amada, para evitar que el tal tío soltase alguna indiscreción.

—Buen tío, ¿como está mi madre querida!—preguntó la joven.

—Muy bien,—dijo el tío Pelmas,—como yo no lo esperaba. Tiene su resentimiento, como es natural, y cree que tú estás en poder del Capitán Reinaldo del Valle, y dice que eres una desobediente, pues no has tenido paciencia para esperar que tu madre, como verdadera autora de tu felicidad, escribiese á cierto personaje de Guayaquil, como tenía re-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

suelto, para, con su contestación, saber á quién entregaba su hija. Dice que entonces todo sería tolerable, aunque no al deseo de su corazón.

—¿Y por qué?

—Porque ella tenía pactado tu matrimonio con Leonardo González, el estudiante beato ó bienaventurado, como quieras llamarle.

—¿Así lo dice?

—Y lo afirma, y lo jura con una frialdad que espanta.

—¡Mi madre no sabe jurar!

—Pues ahora, será de verdad ó de cólera, ha jurado y se ha ratificado en su juramento.

—¡Qué horror!

—Esos son los horrores del amor propio ofendido, del gusto no satisfecho. Ella perece por el hijo del Chimborazo.

—Pero ella no podía violentar mi voluntad para un enlace imposible, y eso está en oposición á una confidencia que tuvo conmigo en esas intimidades y franquezas de madre é hija. Querer casarme con quien yo no quiero, fuera crueldad.

—Pues esa crueldad tienen muchas madres. Como ellas no han de padecer, ni sufrir ni lidiar con maridos antipáticos ó calaveras, obligan á sus hijas á casorios peregrinos. Tu misma madre, la buena Margarita, es ya inconocible, es otra.

—¡Como! ¡mi excelente madre es ya otra!

—Otra: no la conozco.

—¡Querer obligarme á que me case con quien no pienso jamás!..... Esto parece mentira.

—Y es verdad. Así son algunas madres; ya te lo he dicho.

—¿Y qué dice que hará? ¿y qué dice de Reinaldo?

—Dice que le buscará por toda la ciudad en junta de Petronila y de Leonardo, que obligará al Ca-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pitán á la devolución de la prenda, que dará suelta á su ira y espacio á su venganza. En fin dice cuanto no pude retener en la memoria, y ni fuera del caso referirte. Yo creí que el cariño de tu madre era más verdadero y firme. Ahora la vence el capricho y el deseo de vengarse de los dos amantes más finos y más hermosos de la República del Ecuador.

Reinaldo, que hasta entonces había estado silensioso, dijo:—basta ya de averiguaciones, linda mujer. En mi tendrás padre, madre y amor verdadero, y aun es probable que, en no lejano día, tornes al cariño de Margarita y ella te dé su perdón y sus caricias.

—Con tu amor me consuelo—dijo Blanca Rosa, y mostró ó aparentó ella también desdenes ó indiferencia por su resentida madre, en cuyo desamor comenzó á creer en fuerza de las noticias del tío Pelmas, que tenía rara facilidad para calumniar y mentir por la mitad de la barba.

Reinaldo dejó sola á Blanca Rosa, y, llamando aparte al tío Pelmas, le dijo:—Ud. es hombre que habla hasta por los codos y puede cansar la paciencia de un Santo Job, si no le van á la mano.

Sí,—dijo el tío Pelmas,—así será; pero era preciso tranquilizar á tu adorada mujer hasta que llegue á descariñarse de la madre, para que no vaya lloriqueando en todo el camino.

—Le aseguro que no le será á Ud. molesta por mucho tiempo.

—¡Ojalá! ¿No te parece que ahora he hablado correctamente y he fingido con primor las cosas?

—Algo ha acertado Ud.: ha dicho algunas cosas oportunas y algunos adefesios. De todo ha habido. Lo que conviene es que, una vez terminados sus oficiosos servicios para con nosotros, deje ya tranquila á la joven, y no le vuelva á hablar nunca acerca de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

su hogar, ni le renueve recuerdos de Margarita, buenos ni malos.

—Al pie de la letra te obedeceré. Me contentaré con ser tu fiel compañero y nada más.

—¡Bueno! pero también se ha de contentar con no empinar el codo con mucha frecuencia.

—Lo haré y triunfaré.

—Vamos ahora acá. Este es su cuarto y aquí tiene Ud. todo lo necesario para el viaje. Mañana, antes de la aurora, daremos el postrer ¡adiós! á Quito, á donde ni Ud. ni yo volveremos jamás.

—Con gusto me alejaré de aquí. Contigo llevo la felicidad duradera de mi vida.

Todo el resto de aquel día pasóse en arreglos de viaje y en agradables confidencias. La noche vino ya tranquila, y el alboroto del juego había cesado. Apenas se dejaba oír un lejano murmullo de las diversiones, danzas y cantos del moribundo carnaval y el sonido de las campanas que recordaban el comienzo de la santa cuaresma.

XXXIX

Viaje al doble de campanas

Triste fue la madrugada del miércoles de ceniza, el día memorable en que Blanca Rosa y su amante, el tío Pelmas, los dos pajes, Eugenio y Lorenzo y un arriero, que conducía las cargas, salían silenciosos y desfilaban por la plaza Sucre, cubiertos por las sombras todavía densas, tendidas sobre las calles de la ciudad que parecía encantada.

El ladrar de los perros interrumpía, de vez en cuando, el silencio, y las ráfagas de un viento helado azotaban el velo purpurino con que la robada joven tenía cubierto el rostro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando Reinaldo llego cerca del templo de Santo Domigo, una figura envuelta en manto negro, alta, enjuta, se deslizó por entre las sombras, como un fantasma, y acercándose al caballo del joven, caballo de buena espuela, pero asombradizo, faltó poco para que el jinete cayera en tierra. Se sostuvo como insigne montador, y, poniendo en peligro su revólver, lo dirigió al vestiglo que tenía delante.

—No me mate, Sr. Capitán,—dijo aquella arrebujada figura.—Sólo vengo á darle la despedida y desearle un buen viaje.

—¿Qué diablo es Ud. que viene á ponerse en medio de mi camino?

—No soy ningún diablo. ¿No me conoce?

—Algo recuerdo de esa voz, pero no sé de quién es.

—De su servidora y agradecida.

—¿Al fin quién es Ud.?

—Su Felipa.

—Vaya con la beata de maldiciones,—dijo entre dientes Reinaldo.—Esta mujer tiene á su disposición á todos los demonios, cuando todo lo sabe. Ha estado en acecho, y, como sombra evocada por un conjuro, me sale al paso cuando yo menos lo pensaba. Hay que darle algo y hay que amenazarla para que calle: pan y palo con los de la policía secreta. Ven acá, buena mujer,—dijo en alta voz.—Voy de viaje al campo, huyendo de la cuaresma y de la impertinencia de algunas personas.

—Así ha de ser, Señor; pero el tren de Ud. y su caravana es como para viaje largo. No se recele de mí, Señor Reinaldo. Yo le soy agradecida y quiero despedirme talvez para siempre, porque ya estoy muy debilitada y muy .....

—Muy vieja.

—No quise decir eso, Señor. ¿Sabe que Ud. va llevando un fardo muy pesado?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Cual?

—Ese famoso tío Pelmas. Aunque sus compañeros pasaron adelante, bien conocí á ese hombre y á la Señorita también. Todo sé yo, Señor Reinaldo. Ud. se va sin duda á su provincia ó quién sabe si mas lejos, y va dejando, en Quito, á un pobre estudiante preso por enamorado, y á una pobre madre enferma por haber tenido una hija bonita. Conque, ya ve que nada ignoro.

—Que sea como Ud. quiera, querida Felipa, ¡adiós! tome Ud. este dinero y guardese Ud. de contar á nadie mi viaje. Si Ud. guarda secreto, lo sabré; porque un amigo queda encargado de seguirle á Ud. la pista, y le enviaré á Ud. premios. Si Ud. revela siquiera algo, el mismo amigo, para Ud. desconocido, le dará á Ud. un balazo: se lo juro. Conque, repito: ¡adiós!

Reinaldo dio á la beata una razonable cantidad de dinero, y picando las espuelas al caballo, fué á dar alcance á los demás viajeros que atravesaban el Túnel de la Paz.

La beata quedó boquiabierta de contento viendo tres cóndores de oro, y de agradecida, hizo propósito de callarse, aunque tenía ya dentera de revelarlo todo. Algún día sabremos si cumplió tal propósito la beata de D. Holofernes de la Rada.

Entretanto, en la torre de Santo Domingo clamoreaban las campanas, y Blanca Rosa, al alejarse, oía el doble, con profunda tristeza. Doblan, porque pasó el carnaval y comienza la cuaresma,—se dijo la joven,—ó tocan á muerto, porque yo estoy muerta para el cariño de mi madre, para mi ciudad natal y para el honor. Parece que una mano ruda me estruja el corazón.

Prosigió caminando.

El clamoreo de las campanas se oía cada vez más lejano, como un eco de dolor repercutido en el hori-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

zonte, como una queja perdida, como un recuerdo vago y confuso.

El clamoreo de una campana es quejido, plegaria, voz de duelo, de desesperación, de arrepentimiento. Al oírlo el bueno reza, el malo se fastidia, la doncella virtuosa se compadece de ajenos y hasta ignorados dolores, y todos sienten algo que apena y entristece. Sólo el incrédulo es indiferente, frío; porque la delicadeza de sentimientos, esa poesía triste del alma, que nos da complacencia en padecer y sentir por otros, no es propia de los enemigos de Dios.

¿Quién no clamorea en la vida? Clamorea el corazón viudo de ilusiones, como nido abandonado; clamorea el anciano por la juventud que pasó, y la doncella por su perdido honor; clamorean la amistad traicionada, el cariño no correspondido, el amor engañado. Todos clamorean por esperanzas perdidas ó aspiraciones disipadas.

El clamoreo de las almas es más frecuente que el de las campanas, y muchas veces los clamoreos ocultos de un hogar ignorado, son más desgarradores que el clamoreo de todas las campanas de una población en calamidad.

El clamoreo es voz de todos los corazones y de todos los siglos, y la creación misma lanzará unísono y universal clamoreo en el día final de los tiempos, cuando el hombre vuelva á recomponerse del polvo en que fué convertido, como lo recuerda el miércoles de ceniza, fecha infausta para la linda y desgraciada Blanca Rosa Miño.

Cuando los viajeros estuvieron en Turubamba, valle de perpetuo verdor y lozanía, dejábase ver la mañana bella y sonrosada en el oriente, como una virgen que es conducida al tálamo nupcial. Blanca Rosa, que viajaba por primera vez, pues sus excursiones campestres nunca pasaron de los valles de Puem-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bo, Pomasqui y Chillo, experimentaba, á cada paso, sensaciones extrañas é iba tristemente distraída en una yegua blanca como una idea de castos pensamientos. Cuando la luz alumbró el horizonte, involuntariamente volvió la mirada hácia el Norte, y vio á Quito que se sumerge ante la vista del viajero que se aleja al Sur, y parece una ciudad que se oculta y pierde, como una mujer avergonzada. Vio de súbito el Pichincha, y, despidiéndose de él, como de un amigo viejo y venerable, escondió el rostro donde brillaba una lágrima, que cuidó de ocultar á su amante. ¡Oh! cuando dejamos la patria ó cuando á ella volvemos, sobre todo después de un destierro, la vista de nuestro monte, silencioso, tranquilo, eterno, despierta en nosotros el dolor ó la alegría, y le contemplamos con cariño.

Las impresiones del viaje no dejaban á Blanca Rosa fijar sus pensamientos en un solo objeto y acordarse solamente de la madre á quien abandonó en un hogar, si antes pobre pero honrado, hoy miserable y en realidad triste y ruboroso. El sol que se levantaba, como corona de las montañas andinas, esparcía sus rayos alegres por los campos, y Blanca Rosa lo contemplaba con cierta fruición desconocida y con cierta tristeza invencible, mezcla de dicha y desventura.

Al descender al valle de Tambillo, desde donde aparece un nuevo panorama de verdor y variada hermosura, la joven se estuvo absorta viendo los montes todos nevados y con las frentes límpidas en un cielo de placidez y claridad sublimes.

Gigantes de la creación, Blanca Rosa veía, á su diestra, el Atacazo, el Corazón, el Iliniza, y, á su izquierda, el Sincholahua, el Pasuchoa, el Rumiñahui y, más allá, en lontananza, el Cotopaxi, entonces silencioso y nítido, como un cristal luciente, donde la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

luz se quebraba en vívidos y variados cambiantes.

A un lado del Atacazo, divisó una hermosa montañuela, algo aislada y de triste aspecto, como una viuda melancólica, que se retira á la meditación y á la soledad. No sé qué pena y simpatía sintió Blanca Rosa, como si contemplase á alguna amiga que se despedía de lejos.

—¿Cómo se llama, Reinaldo, esa montañuela tan solitaria y bella?—preguntó.

—La Viudita la llaman,—dijo Reinaldo.

Con razón,—dijo Blanca Rosa; —porque se asemeja á mi madre, aún hermosa, pero triste y solitaria ahora.

Reinaldo procuró desviarla de esas ideas y comparaciones tan propias de una alma entristecida y preocupada, que halla semejanza entre los objetos físicos y las afecciones morales, para sacar de ahí motivos de dolor ó de alegría. Nos complacemos en creer que aun la naturaleza impasible toma parte en nuestras penas ó placeres, y queremos que la creación nos acompañe á sentir.

Mira, hermosa quiteña,—dijo Reinaldo,—la belleza de esta mañana, que podemos llamar la mañana del amor; porque parece que sonríe con dos dichosos amantes. ¡Ah! contemplad todos esta perspectiva sin segundo. Tío Pelmas, rompa Ud. el silencio y cante esta belleza. Negros, fíjense en esta hermosura. Aquí cualquiera, hasta un idiota, puede ser poeta; porque estos paisajes inspiran á todos.

Estaba Reinaldo como hechizado por la contemplación, y deseaba que todos se deleitasen con la espléndida naturaleza, que todos fuesen poetas en aquella hora, y no pudiendo sufrir la frialdad del arriero que les acompañaba, le dijo entusiasmado: Prudencio, mira ese sol, y la belleza, y esa luz que nos deslumbra, y gózate y regocíjate como nosotros.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Ay, que patrón tan ..... inocente! si asímismo es todos los días,—exclamó el arriero. La poesía del joven quedó de súbito disipada con la grotesca pero natural contestación de Prudencio. Blanca Rosa rióse de la ocurrencia, burlándose finamente de su amante, el cual también celebró la reprensión antipoética del chagra.

Ya en silencio, ya en pláticas sabrosas, continuaron su camino. Sólo el tío Pelmas iba callado, algo triste; pero acariciando, eso sí, con alguna frecuencia, á una botella de mallorca de muy subidos grados, y para esto se atrasaba, pretextando apearse para ajustar las cinchas, que se le aflojaban á cada rato. Reinaldo, que comprendió la causa del atraso, iba muy disgustado, y cuando llegó á la hostería de Machachi, se esmeró para que el viejo yantara á toda satisfacción y hartura, para que se repusiese, por aquello de que *ebrio que no come se muere pronto.*

Los caballos de los viajeros eran inmejorables, voluntarios, andadores, y llevaban suavemente á los ginotes. El tío Pelmas, restaurado con el almuerzo, en que se le trató como á persona decente, se puso alegre y hablador, y, al continuar el viaje, manejaba primorosamente su mula baya, ya haciéndola caracolear, ya galopar, adelantándose unas veces, otras quedándose atrás, por supuesto, para ajustar las cinchas.

Quien viese á nuestro pequeño grupo de viajeros, creería descubrir, entre ellos, una linda y verdadera Dulcinea, y no imaginada ni soñada como la del Caballero de la Mancha. Allí iba Don Quijote, pero no enjuto y de triste figura, en vejez, sino gallardo y robusto en su juventud, y no en Rocinante sino en un generoso alazán. Allí iba el tío Pelmas, especie de Sancho Panza noble, con levita negra y roana de seda carmesí.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El día fue bello, y la tarde apacible; mas, como en nuestros climas, nadie puede jurar que el día más encantador no se cambie en tempestuoso y lúgubre, cuando los viajeros atravesaban el espacioso páramo de Huinchag y se acercaban á descubrir otro horizonte, vino bramando, del lado del Iliniza, un aguacero furibundo con granizo horripilante, rayos y truenos repetidos. No sería exageración afirmar que las cataratas del cielo se desataban sobre la tierra. La noche se cerró antes de tiempo, y al acercarse á Tiopullo los viajeros, la obscuridad era densa, como las sombras del fondo de un abismo. Blanca Rosa iba junto á Reinaldo, aterrada y ensordecida con el tronar de la tempestad. Los rayos serpeaban por todas partes, dejando surcos de fuego, y silbaban lúgubremente los vientos, como presagiadores de muerte. Blanca Rosa, amilanada, llegó junto á la vetusta cruz de Tiopullo, y, al fragor de un trueno, y en medio de un relámpago, que como luz eléctrica, brilló sobre la vieja cruz, creyó ver en ella un verdadero Crucifijo, que le miraba en actitud de reconvención y de amor. Esa mirada severa y dulce, parte temor, parte confianza, quedó, más que en la memoria, impresa en el corazón de la joven, que desde entonces lo sintió dolorido, y que clamoreaba como la campana que marcó la hora de su salida de Quito, y de la separación de su querida madre, á quien no tenía jamás seguridad de volver á estrechar entre sus brazos y darle en el rostro el ósculo filial. Con tan honda impresión y aun creyendo ver la imagen del moribundo Dios, dibujada con lumbre sobre la antigua cruz, llegó al Chasqui, bastante humedecidos, la faz de lágrimas, y el cuerpo, de la lluvia, á pesar del poncho de aguas en que iba forrada con esmero.

En esa venta triste del Chasqui, tuvo Blanca Rosa todas las comodidades posibles; porque su amante

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

había hecho que sus negros llevasen todo lo necesario para hacer más suave y cómodo un largo viaje.

Avanzada la noche, Reinaldo dormía con tranquilidad en un cuarto vecino á la pieza en donde descansaba Blanca Rosa. Allí también dormía ó más bien roncaba el tío Pelmas con pecho fatigoso y como bramado de la pesadez de un sueño aguardentoso.

Blanca Rosa más bien dormitaba que no dormía, ya por el ronquido de su guardián, ya por las visiones que turbaban su mente, despertándola á cada paso. Entre esas visiones tuvo una aterradora: vio á Margarita en traje y actitud de loca, los cabellos erizados, los labios espumantes, los ojos saltándose de sus órbitas, la voz de roncos gemidos, y, en las manos, un azote que chasqueaba. Dio un grito de pavor y despertó; y Reinaldo, que la escuchó desde su estancia, salió presuroso y entró á la habitación de la joven. Esta se estremeció más, y preguntó, entre tímida y resuelta:

—¿Quién es?

—Yo, amor mío,—respondió Reinaldo. Oí tu gemir y vengo á verte. ¿Qué te pasa?

—Un sueño de horror, una pesadilla de espanto; y no es ésta la primera vez que pavorosa visión haya oprimido mi pecho. Desde que te amé, he tenido ya ensueños horrendos.

—No te preocupes, bien mío, ni creas en sueños. Eres Señorita educada, y no debes tener la superstición de la gente vulgar respecto de visiones ó ensueños. Estás impresionada del viaje, y es natural que te asustes hasta con los caprichos de una imaginación inquieta. Cálmate, Señora mía, y duerme; porque la tempestad sigue más embravecida y el agua inunda el camino á manera de un torrente diluvial.

—Me han sosegado tus palabras. Toca el frío sudor que baña mi frente. La estancia estaba muda, y só-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lo el tío Pelmas, reclinado como en almohada, sobre un gordo almofrej, seguía durmiendo como un lirón. Reinaldo tocó á su amada la frente, y se la enjugó con un blanco pañuelo de seda; pero, con imprudencia, ardoroso, incontenible, estampó en ella un beso.

Al contacto de los labios del joven, Blanca Rosa sintió como la marca de un hierro candente, y, saltando del lecho, altiva, resuelta é indignada, le dijo con palabras de fuego:

—Detente, miserable, ó, más bien, mátame. ¿Tan pronto quieres abusar de mi amor y ver manchada la honra de quien un día debe ser tu esposa? ¿Qué has hecho, temerario? O respétame ó mátame. No tienes aún derecho para un acto que es ahora de completa inmoralidad. Déjame sola y no con tu terrible compañía; porque prefiero mil veces el pavor de un sueño imaginario antes que la realidad de una acción irrespetuosa y sin decoro.

Atónito quedó Reinaldo, al oír el lenguaje de Blanca Rosa y contemplar su actitud airada. Era Diana que fulminaba rayos contra el indiscreto cazador que osó mirarla medio desnuda.

No me riñas,—le dijo Reinaldo,—y más bien perdona mi amorosa indiscreción. No creí ofenderte sino consolarte. Además, un ósculo en la frente, es signo de respeto y no de otra cosa culpable.

Esto decía él, conteniendo su amor propio ofendido y ahogando los deseos que le quemaban. Bien sabía que los besos, entre los amantes, no son sino mensajes de la sensualidad. Sin embargo, tuvo que contenerse y pedir mil perdones, ofreciendo respetarla en adelante. Se despidió y salió á su cuarto de posada.

¡Graciosa conquista la mía!—se dijo:—la tengo en mi poder, y tiemblo gozar de ella. Yo, el seductor de mujeres, aun de las que están en ajeno poder, no

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

me atrevo á hacer nada con la que está bajo mi propio albedrío, y de una leve señal de incontenible cariño ó deseo, me veo arrepentido y como amilanado. Tenorio y cobarde, son cosas opuestas, pero que se están realizando ahora. ¡Qué demonios! Parece que esta mujer tiene una virtud de repulsión, que me intimida y contiene en mis intentos. Ya veremos si le dura mucho su altivo pudor. Bueno sería que yo me dejara vencer de ella, y no satisficiese mi capricho, aunque sea más tarde, cuando llamándola mi esposa, delante de mi abuela y mis primas, tenga que estar solo con ella, que no se atreverá á desmentirme, y tendrá vergüenza de declarar que aún no está casada.

Tales propósitos hacía, cuando, entre la obscuridad, topó con Eugenio, el cual estaba de pies en el corredor de la Venta.—¿Qué haces?—le dijo con aspereza.

—No duermo, cuidando de los caballos,—contestó el negro.—Además, he oído un sollozo de la Señorita, y acudí á ver lo que pasaba, cuando asomó Su Merced.

—¿Qué te importa?

—Mucho me importa é importará siempre el bienestar de esta hermosa niña, de la casta esposa de un caballero, por cuyo padre dio la vida el mío, é hizo bien, como valiente y leal criado.

Estas palabras, dichas con cierta autoridad y sentimiento, impresionaron vivamente á Reinaldo, que agradeciéndole á Eugenio su cuidado, le envió á que durmiese las horas que faltaban de la noche.

El tío Pelmas, Lorenzo Muro, y el arriero Prudencio, ni enamorados, ni cuidadosos, cansados y bien bebidos, dormían arrullados por la tempestad, que arreciaba sin descanso. La cordillera se dilataba envuelta en un crespón densísimo y negro: el Cotopaxi, como gigante vestido de luto, tronaba con inusitado

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

estruendo, como si el bramido de cien toros heridos se confundiese en uno solo, y penachos enormes de fuego reverberante se elevaban hasta el firmamento; A veces lumbre de luz eléctrica, á manera de corona, asomaba en la cima del volcán, y un horror sublime sobrecogía agradablemente á quien lo contemplaba.

Blanca Rosa, acostumbrándose ya al estruendo de la naturaleza en conmoción, se quedó, por fin, bien dormida al arrullo de los bramidos del huracán y la lluvia rumorosa.

XL

En la segunda jornada

Muy temprano, al rayar el alba, se levantaron los viajeros y gozaron de una vista deliciosa. La mañana llegó límpida, como si en toda la noche no hubiese caído ni la más leve llovizna: alternativa propia de nuestro hermoso cielo ecuatorial.

El Cotopaxi había cambiado el manto de duelo en ropaje de sin igual blancura, donde brillaba el sol naciente, formando sobre la nieve un tejido de cabellera de oro esparcida al derredor. Estaba el volcán quieto y sosegado, como un genio que se aísla á meditar.

Sosegadas pasó Blanca Rosa las últimas horas de la noche, y la sonrisa de la mañana asomó también en los encendidos labios de la bella quiteña. Más animosa siguió en su bizarra yegua, y, con aire de triunfo, dirigió sus miradas á Reinaldo, que inclinó las suyas. Se sentía, á su pesar, medio avergonzado. Blanca Rosa obtuvo el triunfo sobre la pasión intempestiva de su amante.

Iban todos alegres, y el tío Pelmas volvió con su mula á los escarceos, erres, y zetas de la víspera y á fastidiar y charlar casi desatinadamente. Había he-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cho ya las mañanas. (*) Esto, en modismo, si no muy español, muy quiteño en verdad, quiere decir que el tío Pelmas había tomado copas en ayunas, cuando son más dañosas y nos dejan para todo el día mortificante somnolencia y agudos dolores de cabeza.

Casi en todo el camino fue molestando el viejo, y Reinaldo le toleró con paciencia, en él rara y admirable.

¿Quién lidia ó se las apuesta con un hombre embriagado? El ebrio es un sér maquinal, de condición recia, porfiado, y á veces pendenciero. Repite cien veces las mismas palabras, se aficiona de temas insoportables, y, con el nombre de franquezas, dice groserías á granel. El ebrio es un sér de suyo impertinente, y cuando se vuelve pegadizo á algún compañero, y se le muestra cariñoso, es hombre de temblar y de huír de él, con desesperación y despecho. Esos hombres que no creen que les comprendemos lo que hablan, si no nos meten la cara en nuestra boca, si no nos estropean con frecuentes tentones, si no nos dan palmadas en la espalda, en el pecho, en las piernas, y donde más se les antoja, son los verdaderos verdugos de una conversación y los atormentadores del infelíz á quién eligen para su víctima preferida.

La embriaguez, esa locura voluntaria, como la llamó y supo pintarla tan bien el filósofo Séneca, suele obrar prodigios: al manso le hace rabioso, al soberbio humilde, al callado hablador, al sabio grosero, al ignorante más audaz para discurrir sobre lo que nada sabe y dar su parecer en las cosas más árduas y difíciles, al moderado inmodesto y al cuerdo disparatador. Mas ó ménos, en copas, todos pagamos tributo á algún error y pecado, y la educación de los mejores se evapora como los humos alcohólicos, y casi no nos

(*) En español se dice tomar la mañana.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

conocemos á nosotros mismos. Unas pasiones se inflaman más, otras desaparecen y van al lado contrario, y nada hay constante, ni digno, ni agradable. Cuando la alegría ha salvado sus lindes, el enagenamiento la reemplaza y destruye los momentos de expansión.

In vinó véritas se ha dicho con razón; porque el ebrio, perdidos temor y respeto á las personas, dice cuanto siente y tuvo oculto en su corazón, y, con la misma facilidad que despide por la boca el exceso de licor, como se derrama el agua de un vaso que rebosa, vomita también injurias y, entre disparates, ensarta verdades amargas.

Así pasó con el tío Pelmas: creyó que el vasto horizonte donde respiraba, le daba ocasión para espaciar sus pensamientos y decirle á Reinaldo tales franquezas, que una sola de ellas bastaba para derribar al viejo de una estocada. Pero Reinaldo, por no disgustar á Blanca Rosa, nada dijo ni hizo. Miró al infeliz achispado como á un ente que nada significaba, y vio, en el mismo cómplice y fautor de sus amores, un monstruo antipático, grotesco y odioso. El aplebeyamiento de la embriaguez degrada al más caballero. El tío Pelmas lo era, pero había descendido al último peldaño de la indignidad y el desprecio.

Tú eres un verdadero raptor,—le decía al joven danleño,—un acabado Tenorio, según tus mismos amigos. Tú te vas robando una de las más lindas quiteñas, y dejas á una pobre viuda sin consuelo, y al consabido rival quién sabe dónde, que eso no sé positivamente. Al fin ese merecía que le birlasen la novia, y más vocación demuestra para meterse fraile que para emparejarse con una buena moza, como mi sobrina. A mi me lo debes todo, Reinaldo. No puedes, por lo mismo, impedirme que encumbre el codo y haga así ..... á tu salud, á la de esta linda joven y á la mía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Dijo, y tomó de la botella, á boca de jarro, y se atrasó bastante con gran placer de Reinaldo y Blanca Rosa, entre las risas de los negros y la envidia del arriero, que veía la botella con ojos de conmiseración y deseo.

Así se pasó el día y, á la tarde, nuestros viajeros entraron á Latacunga, á la hostería de Don Lucio Iturralde, hombre afable, atento y muy avisado, que recibió á sus huéspedes con extraordinarias cortesías. Blanca Rosa llegó algún tanto fatigada de las dos primeras jornadas de un camino para ella nuevo, á pesar de las consideraciones y delicadeza con que la conducía su amante, y de los cuidados y afán del buen Eugenio, su ángel tutelar, su centinela voluntario y amoroso, el hombre que, con piel negra, tenía acciones desinteresadas, puras y hermosas como la piel del armiño.

Grandes agasajos hizo D. Lucio á su huéspeda, pues advirtió, por la fisonomía de la joven, que era de familia honorable y entroncada con algunas familias de Latacunga, de característica bondad y domésticas virtudes. Es lo cierto que el tipo y locuela de familia se conservan y pasan á varias generaciones, y que la semejanza, que declara un parentesco, la observan y descubren los extraños con más facilidad y exactitud que los propios. Lorenzo Muro se fijaba en los más escondidos pormenores; notó que el caballero, dueño del hostal, se asemejaba mucho á su patrona. Tenía vista sagaz el negro, porque, en efecto, Blanca Rosa era nieta de D. Jacinto Miño é Iturralde, latacungueño notable de los tiempos de la independencia.

Tranquila fue la tarde y sosegada la noche que pasaron los viajeros en Latacunga. Sólo el tío Pelmas de nada daba razón; porque la tenía perdida con la embriaguez y necia alegría, que le sacaban de quicios,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y le hacían soñar en futuras grandezas y perenne dicha.

Se puso tan fastidioso, y hombre de tantas pretensiones, y tan altivo con su soñada fortuna, que el caballeroso Reinaldo determinó darle un golpe de gracia. Ordenó que le sirviesen cuanto el tío Pelmas pidiera, y como sabía que, para matar una víbora, hay que darle recios golpes en la cabeza, consintió que le diesen de beber en abundancia, con esa mezcla de licores que equivale á la confección de variados venenos, que matan no sólo el cuerpo sino la inteligencia y el alma.

Todos comieron y luego reposaron. Sólo el tío Pelmas, cual un tronco que yace olvidado en la selva, estaba tendido en sueño ponderoso, y durmió la tarde de la llegada, y la noche entera y toda la mañana del siguiente día.

Cuando este llegó, Reinaldo y Blanca Rosa, los negros y el arriero Prudencio, estuvieron listos á proseguir el viaje, y solo el tío Pelmas continuó en el limbo de su sueño nebuloso.

Reinaldo, que aunque caballeroso, no podía soportar por más tiempo ni la presencia ni las impertinencias de su cómplice, llamó al hostalero, y, después de hablar larga y secretamente con él, partió con su amable comitiva, mientras el tío Pelmas quedó en su lecho, roncando. Hay seres que, en esta vida, se pasan sólo roncando hasta que les sobreviene el último ronquido de la muerte.

Pasaron cuatro horas después del alejamiento de Reinaldo y los suyos, cuando despertó el tío Pelmas, y comenzó á desperesarse largamente, como un Sardanapalo, dueño de una inmensa Asiria.

Don Lucio estaba en acecho. Acudió donde el loco voluntario, como diría el gran Presidente del Ecuador, y le dijo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Buenos días, Señor Pelmas.

—Tío me llaman todos.

—No lo sabía.

—Pues soy el tío universal de Quito.

—Y lo será de Latacunga.

—Puede ser, si me tratan bien.

—Como Ud. lo merece.

—¡Gracias.! Dígame ¿qué es de mi sobrino?

—¿De cual sobrino?

—Pues de ese calavera, gastador, y pródigo y rumboso, del gallardo Capitán que está hospedado aquí y llegó ayer conmigo.

—No sabía que fuese su sobrino.

—Es mi sobrino político. Como esposo de esa linda muchacha.

—¿Quién es élla?

—Blanca Rosa Miño.

—¡Talvez hija de Rogerio!

—Sí.

—¡Oh Dios! Siento haberlo ignorado. Le habría prodigado más cariños y atenciones. Una oculta simpatía me impulsaba á quererla, y con razón: es mi parienta.....

—Pero puede reconocerla por parienta. No es tarde todavía.

—Es ya demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque hace más de cuatro horas que partió ya con su esposo y sus pajes.

—¿Está Ud. soñando?

—Estoy más despierto que Ud. y en mi pleno juicio.

—¿Qué dice?

—Lo que me oye.

—¡Partieron! Por Dios dígame la verdad.

—Y verdad purísima y desnuda, se fueron ya, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

para siempre. Si quiere Ud. convencerse de esta terrible pero indubitable verdad, levántese y pálpela, y confiésela, y déjese de ilusiones.

—No me convenzo ¡carambolas!

Se levantó el desventurado Pelmas, y recorrió todas las piezas de la hostería, y no dejó rincón sin visitar, ni recoveco sin inquirir. A todos preguntó, todo lo averiguó, todo lo supo y lo palpó, y, sin embargo, no quiso convencerse de su desgracia. Cuán natural es en el hombre ver sus males y esforzarse en no querer persuadirse de ellos, y engañarse á sí mismo. La realidad es la muerte de nuestras ilusiones.

Cuando el tío Pelmas se convenció, al fin y á su pesar, de que estaba abandonado, solo, sin amparo ni esperanza alguna, se entregó á todos los extremos de la desesperación, la rabia y el despecho. Después vinieron las lágrimas, el arrepentimiento, el desconsuelo, la desolación. Aunque el tío Pelmas merece este riguroso castigo y mucho más, debemos ahora compadecerle: siempre la desgracia arranca acentos de conmiseración.

Disipadas todas las ilusiones de prosperidad, los humos de grandeza, y los humos del licor, vuelto á su entero y cabal juicio, dijo llorando, al buen D. Lucio:

—Ya veo la realidad de mi desgracia. No es burla ni engaño, caballero, cuanto Ud. me anunció. Soy el hombre más infelíz de la tierra. Si de veras fuera yo radical convencido ó demonio, blasmefara contra el Altísimo.

Don Lucio se estremeció.

—Dígame,—dijo el desolado viejo,—¿cómo ha sucedido el abandono en que me deja el ingrato, el pérfido de Reinaldo del Valle?

—¡Como! ¿Es el famoso Capitán de Tarcón, el Tenorio de moda, el huésped que he tenido en mi casa?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿No lo sabía?

—No me ha dicho su nombre. Lo ví muy caballero, muy generoso, y apuesto y gallardo; pero no me atreví á preguntarle quién era. ¿Conque, es el celebre pródigo de amores y dinero?

—El mismo.

—¿Y va casado con mi parienta?

—¡Casado! .....

—¿No va casado?

—Como yo con Ud.

—¡Miserable! ¿Y á qué iba Ud. con ellos?

—A salvar el honor de esa Señorita.

—No tiene Ud. cara de caballero andante ni de desfacedor de agravios.

—Ud. me los hace.

—Adivino que Ud. es más bien autor de la deshonra que no guardián del honor de esa joven tan bella como desgraciada. Los que cuidan de la honra de una joven, no se duermen, Señor, no se embriagan, no se .....

—¡Me acrimina Ud!

—Sí, le hago responsable del infortunio de esa joven; y si Ud. por vengarse del raptor, la deshonra, pagará muy caro su venganza. Yo soy hombre de mundo, y, de una mirada, comprendo cuanto ha pasado. Lo que conviene es callar.

—¿Y qué hago yo, cielos santos?

—Callar, conformarse y esperar.

—¿Está aquí mi mula?

—El caballero no ha dejado sino un caballejo para que se lo entregue á Ud. y me dio algunas instrucciones.

—¿Cuáles son?

—Que le diga que se regrese Ud. á Quito ó á donde le plazca, pero que no se atreva a seguir para el Sur; porque la continuación de tal viaje sería para

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ud. sentencia de muerte.

—¿Y sólo eso dijo, y se largó el impío?

—Me dejó también este dinero, para que se lo diese en sus manos, con que emprender el viaje de retroceso. Cuente, pues, la plata, déme un recibo de ella, almuerce bien y márchese, si no quiere que venga acá el Comisario Gestas y se lo lleve á la Policía.

—¡Que! ¿Aquí también hay Gestas Comisario?

—En estos tiempos los hay en todas las provincias. ¿No ve Ud. que la República está ahora crucificada?

—¡Cierto! y yo también quedo crucificado por ese judío de Reinaldo. Al fin había de ser radical convencido.

—¿Y Ud. no lo es?

—Sí, pero renegado.

—Pues, Señor mío, entre sastres ó cómplices no se pagan hechuras.

—¡Vaya! que Ud. lo sabe todo.

—Lo adiviné todo.

—Déjeme ir para Ambato, y déme un buen caballo.

—¿Le dejaré ir á muerte cierta, positiva?

—¡Basta! Mi desventura es realidad.

Y se desató en llanto, y el viejo lloró como niño abandonado, é hizo extremos de dolor; pero, como la conmoción de las grandes pasiones, si fuera duradera, matara á muchos mortales, cedió en favor del desolado tío Pelmas, y éste procuró ahogar la pena, antes que en reflexivas consoluciones, en repetidos vasos de vino.

Don Lucio Iturralde le tenía preparado todo lo necesario para el regreso y procuró consolarle con oportunos consejos y palabras.

El tío Pelmas, viendo disipadas sus ilusiones y esperanzas, su porvenir nublado, y su desengaño po-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sitivo, innegable y desconsolador, conoció, al fin, que era no el tío de Reinaldo sino su simple rufián y el verdadero verdugo de Blanca Rosa, y el traidor á la amistad y confianza de la engañada Margarita.

Iré,—se dijo con furor, despecho y tristeza,—iré no á Quito, en donde la vista de la viuda sería mi perpetuo asesino, sino á vivir en apartada y obscura aldea, donde no sepan mi nombre, ni de dónde soy, ni qué hago. Viviré ignorado y acaso maldecido. Esta es mi suerte, este el fruto de haber perdido mi fortuna en el juego, mi honor, ejerciendo un oficio infame, y, á la postre, para siempre mi tranquilidad y mi alma.

¡Pobre tío Pelmas! Fue de buena estirpe, hombre de alguna riqueza, un tiempo estimado y de no despreciable posición social. Disipó sus caudales, le faltó la fortuna, le sobraron las necesidades, y, siendo desgraciado, no supo ser digno en la desgracia. ¡Ah! la pobreza, llevada con silencio, conformidad y dignidad, es verdadera sabiduría. El noble, honrado y sufrido, se dignifica en la miseria y se atrae la admiración; el noble, despechado é impaciente, se aplebeya y cae en desprecio. La felicidad, el heroísmo, consisten en ser varón en todas las vicisitudes de la vida.

XLI

Un compañero menos y un viajero más

Tan preocupada iba Blanca Rosa con sus pensamientos, que sólo en el puente de Pansaleo echó de menos al tío Pelmas, á quien suponía departiendo amigablemente con los negros, ó atrasado para hacer

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á la botella las acostumbradas caricias.—¿Dónde está el tío Pelmas?—preguntó á Reinaldo.

—Durmiendo todavía la mona,—dijo Reinaldo.

—No te comprendo.

—Quedó en la hostería de D. Lucio.

—¿Cómo has hecho semejante cosa? ¿Por qué le abandonaste?

—Porque nos era un sujeto ya insoportable, é indigno de nuestra compañía. Era el ángel malo para tí que eres mi ángel bueno, y te mortificaba á cada instante; pero, como todo tiene su término, le llegó también el suyo á ese mal hombre. Indiscreto, hablador, y, en especial, devoto de Baco, habría sido para nosotros carga que no compañero de viaje. ¿Qué disparates hubiera hecho, qué despropósitos dicho, qué cosas revelado, si lo hubiesemos llevado al seno de mi familia? Tu honor y el mío estaban expuestos con la lengua maldiciente de aquel hombre; porque el individuo que se achispa con frecuencia, no puede jamás guardar un secreto. Además, ya no nos era necesario; porque, antes que fautor de nuestros amores, sería un testigo impertinente. Era preciso dejarlo.

—¿Pero abandonado?

—No hay abandono, cuando se remedian bien las cosas. Encargué al dueño de la hostería, que es un caballero cumplido, que le diese dinero y facilitase la vuelta á Quito ó á donde le pluguiese. Todo lo he previsto: he sido inexorable pero con misericordia.

—Te agradezco. Yo le quise por causa tuya; porque él fue quien me acercó á tí, quien quitó mis temores y alejó de mi madre las sospechas de que yo me viese contigo.

Dijo, y vertió algunas lágrimas.

Reinaldo la reanimó. Olvídate,—le dijo,—de un hombre que, aunque nos favoreció, hizo el papel más ridículo é infame de la tierra. El rufián causa des-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

precio, y, si se aprovecha de la traición, se detesta al traidor; y el tío Pelmas, fue lo primero contigo, y lo segundo, con tu buena Margarita, á quien engañó con habilidad é ingenio, porque para eso le sobra talento. Tu madre, que le tenía en concepto de de virtuoso, y le creyó, aunque pobre, siempre caballero, se fió de él, sin reserva ni discreción, siendo élla, como es, avisada, prudente y cautelosa. Yo trataba con generosidad y benevolencia y aun mimaba á ese hombre, pero no le quería. Debo ser franco, y pintártelo al tío tal cual es, para que empieces á conocer el mundo y las personas.

Blanca Rosa, enjugó pronto las lágrimas y se consoló con facilidad; porque no nos pesa mucho de la ausencia de quienes nos indujeron al mal, y forjaron la cadena de nuestras desgracias. Le pareció á la joven terrible aquel hombre, antipático y verdugo de ella y de Margarita. Con la consideración le contempló en plena deformidad moral, y dijo á Reinaldo:

—Un solo pensamiento me contrista.

—¿Cuál, vida mía?

—Talvez ese hombre llegue á Quito, y, por vengarse de nosotros, cuente á mi madre no sola la verdad, sino que invente las mayores falsedades, para atormentarla, y la enloquezca, y la ponga tal, como la ví en mi pesadilla.

—No conoces el mundo. No se atreverá el hombre á afrontar las reconvenciones y las iras de una madre por él traicionada. Ese infeliz tiene que ocultar su deshonra en algún lugar ignorado. No hablemos más de él: para nosotros queda muerto y sepultado el célebre tío Pelmas.

Bellísima estuvo la tarde de aquel día, y en el camino acertó á unírseles otro viajero.

Nada más fácil, en un viaje, que saludar, hablar y amistarse los que se encuentran y emprenden la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

misma jornada. Súbita y grata simpatía enlaza las voluntades, y se asocian y tratan fraternalmente. Vienen luego la confianza y la expansión del ánimo, y las incomodidades de los viajantes se tornan más llevaderas con los diálogos variados y entretenidos.

El joven que se acercó y saludó á Blanca Rosa y á Reinaldo, era de gratos modales, y presto se captó el aprecio de ellos: privilegio propio de la buena educación.

Bella tarde nos ha deparado el cielo,—dijo el joven,—no hay ni viento ni polvo; la tranquilidad de la naturaleza es ahora como la del corazón de un justo.

Cierto, Señor,—dijo Blanca Rosa,—á mí me habían exagerado las ventiscas y polvaredas del Chunchibamba; pero están ahora estos campos tan plácidos, que parece que los vientos no han visitado nunca estas regiones.

—¿Es la primera vez que Ud. conoce este camino? preguntó el desconocido joven.

La primera vez.—dijo Reinaldo risueño,—y como ella no ha hecho antes un dilatado viaje, todo la sorprende y agrada, y se admira de que sea tan extenso el mundo.

Grande es ciertamente,—dijo sonriendo Blanca Rosa;—pero yo creo y me figuro que el mundo moral es más extenso y desconocido, y más difícil de darle la vuelta.

Tiene Ud. razón,—dijo el joven incógnito;—y, por eso, mayor sabiduría es recorrer el mundo moral y conocerlo, que visitar el mundo material, á pesar de que los viajes dan experiencia y conocimiento de las cosas.

Mi esposa, —dijo Reinaldo, — aprenderá mucho viajando, ya que tantas cosas alcanza meditándolas, y es tan reflexiva y curiosa.

Mucho me agrado de que su esposa sea tan discre-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta, siendo, como parece, tan joven, —dijo el nuevo compañero. —Yo también suelo ser á veces curioso, y deseo saber con quiénes he tenido la buena suerte de acompañarme.

—La Señora es Rosa Blanca del Valle, y yo, Leonardo Miño, —respondió Reinaldo, con tanta frescura, como si dijese candidísimamente la verdad.

Blanca Rosa volvió á sonreir, y preguntó al joven forastero, cómo se llamaba.

Ismael Duarte, —contestó el joven. —Soy colombiano, y he venido al Ecuador por varios negocios. He permanecido ya un año en las provincias del centro, y hoy me dirijo á Riobamba, la ciudad de mi preferencia y agrado.

Pues iremos juntos hasta el Cimborazo, —dijo Reinaldo. —De allí, mi esposa y yo debemos tomar el camino que conduce al ferrocarril de Yaguachi.

Tan contento voy, —dijo Ismael, —con la compañía de Udes. que siento que mi viaje no sea más prolongado.

—¿Y permanecerá Ud. algún tiempo más en Riobamba? —dijo Blanca Rosa.

Señora, —le contestó Duarte, —hasta que sepa que la tormenta se haya serenado en mi patria. Hoy la pobre Colombia es víctima de la más larga y porfiada lucha que se vio jamás.

Así lo sabemos, —dijo Reinaldo. —La verdad es que nuestras Repúblicas Hispano—Americanas, no consiguen ni conseguirán paz y estabilidad; porque no sé qué funesto sino las desgracia y conmueve.

Ese sino se llama ambición, —dijo el colombiano. —Los nombres de conservatismo y liberalismo son vanos fantasmas, que se desvanecen en la práctica de los gobiernos. Todos los partidos son republicanos, liberales en las teorías, antes del mando, y verdaderos terroristas, cuando han alcanzado el po-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

der. Esto es lo que pasó en Colombia, despedazada por la guerra más sangrienta. Mi patria es hoy vasto campo de combate, donde caén los guerreros á millares, donde la sangre corre con tanta abundancia, que en sus charcos pudieran ahogarse todos los ambiciosos.

Pena me da de la suerte de esa nación hermana,—dijo Reinaldo,—y á pesar de que, Sr. D. Ismael, soy liberal, no apruebo la obstinación de destruir la propia patria, empobrecerla y anonadarla, sólo porque triunfe un partido.

Muy bien se ha expresado Ud.—dijo Duarte:—la desgracia es que otras naciones contribuyen á la destrucción y aniquilamiento de Colombia. Sobre todo, una República hermana, que antes debería deplorar nuestros males, se empeña más bien en favorecer á los obstinados revolucionarios de mi patria, derrochando los caudales de la suya. Aunque he dicho mal: no es la República sino su gobierno el criminal y culpado. El fatuo y enorgullecido.....

Reinaldo le interrumpió casi bruscamente. Con justicia,—le dijo,—lamenta U. las calamidades de Colombia, pero no son menores las del Ecuador. Sufrimos decepción los liberales sinceros, cuando creímos que un hombre, á quien levantábamos del olvido y de la inercia, hubiera sabido corresponder á nuestros afanes y sonrosadas esperanzas. Muchos pagamos tributo á lo desconocido, y, á la distancia, nos figuramos gigante, á quien, de cerca, no apareció sino lo que era: un miserable pigmeo. Los pueblos, así como los individuos, se forjan ilusiones, que se desvanecen ó cambian en desoladoras realidades, y, por fatal error de concepto, confían á los peores la dirección de sus destinos. Yo, soñador de utopías, creí en la postiza grandeza de Tarcón, y aun le he servido algún tiempo, esperando que realizara las be-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llas teorías que tuvo, cuando vagaba pobre, solo y olvidado en desiertas playas. Por desdicha, la realidad ha sido la muerte de nuestras ilusiones políticas. Tales atrocidades he oído y visto en Quito, que me he resuelto á abandonar las filas de un hombre, á quien solamente, por apodo de ironía, puede llamársele Caudillo. Voime, pues, al regazo de la vida privada. Ya veo que la verdadera República es entre nosotros un mito.

Bien lo ha dicho Ud. Sr Leonardo Miño—añadió Duarte.—Bolívar dijo: hemos arado en el mar, y nosotros seguiremos arando en él. A mí me duele, como es natural, la suerte de mi patria, pero maldigo la política, y estoy desengañado de ella ó *decepcionado*, según el bárbaro término inventado por los *escribidores* del día.

Mucho se rió Reinaldo, oyendo hablar al talentoso joven colombiano. Yo,—le dijo,—sé asegurarle asimismo, como antes expresé, que estoy desengañado de mi partido y hasta de la carrera militar que profeso.

—¿Es Ud. militar?

—Si, Señor Duarte. Figuro ahora como militar, y voy en comisión del servicio; pero, cuando haya llegado á mis haciendas, pediré licencia absoluta, sin que poder alguno pueda obligarme á pertenecer más al tarconismo. Me avergüenzo de haber contribuído, como dije antes, á entronizar á un caudillo de mala estofa. Soy muy franco en confesar mi error, y me parece que es más natural y loable un sencillo *peccavi*, que vanas excusas y descargos de mi conducta política.

—Cuánto me agrada esa franqueza, Señor Miño; ella le honra y enaltece. Es Ud. un verdadero republicano, y no se empeña en querer dar á un obscuro caudillo virtudes que no ha tenido ni tendrá jamás.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Las pasiones de bandería no le ciegan á Ud.; la verdad le da sus resplandores, y triunfan en Ud. la sensatez, el recto criterio y el desinteresado patriotismo. Como Ud. habrá muchos que, así desengañados, reflexionen y digan cosas semejantes. Yo no creo, como he oído á varios ecuatorianos, que en la tierra clásica de la libertad, donde sonó el primer grito de Independencia, hayan llegado la degeneración del valor, el temor á la chusma de tiranuelos y la indiferencia por las desgracias de la patria, al grado superlativo que se pondera. No juzgo tampoco que todos los liberales sean perversos ni todos los conservadores inmejorables. No me convenzo, asimismo, de que todos los tarcoinistas sean pícaros ó malvados, así como pienso que no hay bribón y bandido que no sea tarcoinista.

—Ha discurrido Ud. en forma.

—¿Y qué comisión lleva Ud. Señor Miño?

—A decir verdad, Señor Duarte, ninguna. Me han nombrado jefe en comisión, pero no se me ha dicho cuál es. Presumo que, para que no le haga oposición al mandarín de mi país, porque ya sabe que detesto su manera de gobernar, se me quiere contentar con una comisión imaginaria, como se hace con muchísimos improvisados militares, que sin desempeñar cargo alguno en pro del Estado, se están en sus casas ganando un sueldo inmerecido. Oh! Señor: los jefes en comisión son los más perjudiciales vampiros del Erario. Yo no acepté la renta que se me quería dar, y la rechacé indignado; porque, no sabiendo qué nombre tenía la comisión, que se me daba, al recibir recompensa por servicios no hechos, me quedaba de disfrazado ladrón del Tesoro, á cuyas cajas va el dinero de los que trabajan, del rico, del pobre, del menestral, del artesano, del labrador, de todo contribuyente, para que se remuneren no los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

solaces de quienes están en sus casas tendidos á la bartola, sino los servicios de hombres que sean esclavos de sus empleos y obligaciones, del militar que padece privación en malos días y peores noches, del magistrado que cumple sus deberes y de todos los que tienen verdadera y laboriosa ocupación.

—Ud. Señor Leonardo Miño, ha dicho grandes verdades; y, de toda nuestra conversación, una cosa se saca en limpio: el militarismo es la llaga cancerosa de algunas repúblicas americanas, con perdón de Ud.

—Aunque soy militar, digo que, afirmar lo contrario, sería una gran mentira.

Blanca Rosa que, como joven discreta, no tomaba parte alguna en conversaciones de política, que tan mal sientan en una mujer, sobre todo si es exagerada y fervorosa, y defiende una causa infeua, iba oyéndoles ya bastante cansada. Por desgracia, en países, donde hay malos gobiernos, la política es el tema obligado de pláticas y tertulias. En las naciones regidas suavemente por buenos gobiernos, republicanos, paternales, nadie se ocupa ni pierde tiempo en disquisiciones políticas, en odios, rencores y calumnias de los opuestos bandos.

El joven Ismael notó el disgusto de la hermosa quiteña, la cual, en ese instante, iba viendo flotar en los aires la imagen de la airada y triste Margarita, y la distrajo del silencio, para enseñarle las orillas del Ambato, que comenzaban á aparecer con la perpetua amenidad y perenne primavera, que las hacen tan risueñas y deliciosas. Ved, Señora,—le dijo entusiasmado,—esas márgenes cubiertas de árboles agobiados de frutos. Esta es sin duda la estancia de la poesía y el amor. Este benéfico río, que desde la cima de la altísima cordillera, se precipita como empujado por la mano invisible de un ángel, es la vida y la ri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

queza de muchas haciendas, quintas y caseríos de esta hermosa provincia del Tungurahua. La industria, el afán y el trabajo le van robando los raudales, y ellos llevan la fecundidad y la hermosura á distantes lugares, convirtiendo en praderías lo que fue antes ingrato y aridecido terruño. Los ambateños debieran ser agradecidos de su río, como los buenos hijos de un padre venerando, que les prodiga cuanto tiene, hasta la sangre de sus venas. La riqueza de estos parajes es dádiva de este río, que debía tener sobre sí varios y hermosos puentes, para desde ellos contemplar las aguas que se deslizan atronadoras como las voces del labriego, que llama á sus compañeros á las faenas del trabajo.

Cuanto Ud. dice,—observó Reinaldo,—es poesía y es verdad; porque aquí se aúnan lo bello y lo provechoso.

¿Y cómo se llama esta quinta?—preguntó Blanca Rosa.—Cuán bella me parece.

Esta es la Liria,—dijo Ismael.—Aquí moró una familia feliz, si por el trabajo, si por la inteligencia, y el padre de ella, hábil viñador, cubrió estas riberas de viñedos, que aun hoy día se purpuran con los maduros racimos.

—Hermoso nombre y hermoso paraje,—dijo Blanca Rosa. Avancemos más,—dijo Ismael, al galopar de su ágil y robusto cervuno.—Fijáos, Señora, en esa otra quinta, medio oculta en la arboleda.

Qué bella,—dijo Blanca Rosa.—Allá diviso unos árboles agrupados, que más me parecen genios adoloridos, que lloran y se repliegan silenciosos.

De veras lamentan, Señora,—dijo el joven Duarte, más entusiasta y triste.—Yo sé que lamentan.

—¿Por qué?—dijo sonreída Blanca Rosa.

—Por la ausencia del ruiseñor que cantaba en estas orillas,—exclamó Ismael.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Ah! tenéis razón,—dijo Blanca Rosa.—Esa es sin duda Atocha, la morada del poeta indiano, del cisne de estos raudales.

—¡La misma!—dijo Duarte.

Blanca Rosa derramó algunas lágrimas, y una nueva ignorada melancolía se apoderó de su alma. Ya no me parecen tan bellas estas márgenes,—dijo,—y, si lo son, tienen la belleza de lo triste, la vaga pena de un recuerdo tan dulce como las trovas del bardo ambateño. ¿Conoció Ud. á nuestro vate?—preguntó á Ismael.

—Hace algunos años le conocí en mi primer viaje, y entonces, admirador del genio, tuve la honra de visitarlo en su misma estancia, y estrechar esa diestra cariñosa de hombre honrado y virtuoso. Después, en mi segundo viaje, anduve tristemente afortunado, pues, sin pensarlo, asistí á la muerte, exequias y entierro del poeta. Las honras fúnebres se verificaron en el modesto templo de la aldea, y el féretro del grande hombre estuvo cercado de sus hijos, hermanos políticos y primos, de los jóvenes del Seminario y de sólo cinco leales amigos. Uno de ellos, el actual historiador de la República Ecuatoriana, celebró la misa de *requiem*, y hubo tristes armonías para el que, en vida, las moduló tantas y tan deliciosas. Otro amigo, en cuyo rostro ajado por vejez bastante prematura y repetidos pesares, se pintaba la tristeza, oraba ahí en actitud de devoción y de dolor. Hombre más versado en desdichas que en las bellas artes, modesto y humilde trovador, no acertaba á separar los ojos del ataúd que encerraba, para él, el corazón del íntimo amigo y compañero suyo. Ah! no podré olvidar jamás las exequias del templo humilde de la aldea, tan sencillas como tiernas y conmovedoras, tan tristes y devotas como las plegarias de un justo, tán melancólicas como las sombras de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

los sauces que, como centinelas, guardan el campestre cementerio.

—¿Y por qué no asistió numeroso pueblo á los funerales del que fue honor de las letras ecuatorianas? —preguntó Reinaldo.

Porque cruel esa lamia, que enemista á los mejores amigos,—dijo Ismael,—esa perenne causadora de males, la política de bandos opuestos, aun junto á las tumbas, es injusta y sañosa, y á su resentimiento sacrifica hasta las glorias literarias.

Lo siento,—dijo Reinaldo,—y hasta hoy no he sabido este suceso. Yo allí presente, como liberal honrado y amante de los grandes hombres, cualesquiera que sean los partidos políticos en que militen, habría rendido al poeta muerto mi tributo de admiración y de dolor.

Estrecharé esa diestra generosa,—dijo Duarte.—Si así fueran todos los liberales, yo sería uno de ellos.

¡Salve! mansión de uno de los más eminentes genios de mi patria,—dijo Reinaldo al alejarse de la vista de Atocha, y se sacó el sombrero.

Demos un suspiro á la memoria del ruiseñor, que remontó el vuelo y desapareció,—dijo Ismael.—Yo soy muy justo en mis apreciaciones y, como extranjero, soy imparcial. Dos talentos igualmente grandes se inspiraron en estos sitios amenos: Mera y Montalvo, y, al desaparecer, cada uno, por diverso camino, dejó huellas luminosas de inmortalidad.

—Estrechemos otra vez las diestras,—dijo Reinaldo.

—¡Adiós! dulce morada del relator de las desgracias de Cumandá,—dijo Blanca Rosa.

Pablo y Virginia, Chactas y Atala, María y Cumandá son las novelas del corazón y las puede leer aun una joven virtuosa,—dijo Duarte.—Ha hecho

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ud. bien en acordarse que el ilustre ambateño fue también novelista y de primer orden.

Con esta variedad de pláticas y sensaciones llegaron nuestros viajeros á la "Hostería del Guayas", donde fueron bien servidos y obsequiados, la quiteña sobre todo, á la cual dos Señoritas, dueñas del establecimiento, vieron con cierta compasión de simpatía. Se empeñaron en conocerla y tratarla, por esa natural curiosidad y propensión de amistarse entre jóvenes de la misma edad; pero Blanca Rosa rehuyó quitarse el velo sonrosado y darles su nombre, aunque les habló afable y les agradeció con delicadas expresiones y finísimos modales, pues también para ella las jóvenes de la hostería tuvieron atractivo y simpatías.

Los huéspedes pasaron una noche tranquila como arrullados por las armonías del poeta á quien tan gratamente habían alabado.

XLII

El arriero condiscípulo de los hijos del poeta

El siguiente día, cuando el sol, más encumbrado, lanzaba verticalmente sus rayos en los llanos de Huachi y Mocha, nuestros viajeros, precedidos por Eugenio y Lorenzo, caminaban tranquilamente y en silencio.

A veces, en un viaje, hay horas mudas, en que nos complacemos en meditar y recoger el corazón y el alma dentro de sí mismos. Cuántas ideas, cuántos pensamientos pasan por nuestra mente, con la brevedad y variación, con que á nuestros ojos van también pasando los objetos, las casas, los árboles, las dehesas.

La mañana era bellísima, y el monarca de los mon-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tes aparecía con una diafanidad admirable. Ese trono de nieve, ese altar de la creación, en el cual sienta sus plantas el ángel guardián del Ecuador, sorprendió con su vista á la amable Blanca Rosa, que lo contemplaba por primera vez, con una especie de fruición, que la hacía remontar sus aspiraciones al infinito. La belleza admira á la belleza: la más hermosa de las quiteñas miraba con placer al más hermoso de los montes, y algo se decían ambos en el sublime lenguaje de la contemplación muda y deliciosa ¿Cómo no había de admirar lo grandioso y lo bello una joven que se sentía con alma grande y hermosa. y no empañada aún por el crimen? Su falta era grave: dejó á la madre por el raptor y, el hogar, por desconocidos lugares que ella, de antemano, poblaba de ilusiones color de cielo. Sin embargo, su cuerpo ¡cosa rara! no estaba amancillado con la impureza, á pesar de que su amante no quería apartarse de ella, y sentía los estímulos de una ciega pasión.

Cuán pura es esa nieve y cómo está bañada en la purísima luz del sol de mediodía,—dijo interiormente la jóven—Aquí todo es pureza, y hay limpidez en el horizonte, en el firmamento y en las montañas veladas de un sudario tan blanco como la inocencia de una virgen de cinco años. ¡Oh! ¿y no seré yo pura, limpia, radiante, como este monte de nieve eterna? ¡Oh! sí: lo seré. Me he puesto yo misma entre los abrojos del peligro, y es casi forzoso y natural que ellos me lastimen. Con todo, á la vista de un objeto tan sublime, en esta dilatada llanura, siento también sublimarse mi dignidad, y juro, por el Chimborazo, grandiosa creación del Altísimo, que si no llego á ser esposa de mi raptor, preferiré la esclavitud ó la muerte antes que perder el pudor. Llevo pegado al corazón el retrato de mi padre, que ocultaré con esmero, y juro también cumplir el consejo, para mí

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mandato, escrito al reverso de esta prenda. Sí, quedaré tan pura como un trozo de nieve de esta montaña. Madre, perdóname mi ingratitud; y, si soy tan desdichada, que pierda tu cariño, no pierda al menos el honor.

Con estas ideas ya reanimada, dijo al joven colombiano: Ud que, indudablemente, es poeta, siempre, al pasar por aquí, no dejará de pararse á contemplar al padre de nuestros montes.

—Siempre, Señora: un año me estaría contemplando esta maravilla, y no me hartaría de mirarla. Para esto no es indispensable ser poeta; porque, en el fondo de toda alma profundamente religiosa, hay un innato sentido de lo bello y lo sublime, que hace gozar de intuiciones y pensamientos que el lenguaje humano no alcanza á revelar. El gozo, que se siente, es tan sólo interno, pero inenarrable y delicioso.

—Pero los poetas gozan sin duda más; porque alcanzan á traducir y revelar, en sus versos, algo de esa fruición y lenguaje internos.

—Algo ciertamente, Señora. Si alcanzaran á revelarlo todo, su idioma sería el de los ángeles. ¿Qué nos dice el Sr. Miño? ¿No es así la verdad?

Aunque profano en arranques y vuelo de poesía, —dijo Reinaldo,—yo lo apruebo cuanto le he oído decir, y siempre que estoy en presencia de este coloso de la naturaleza, le saludo y admiro, y me place contemplarlo en junta de otros admiradores.

—Menos en unión de Prudencio,—dijo riéndose Blanca Rosa.

No,—dijo Reinaldo,—porque el bárbaro me echaría encima todas las albardas de su recua, como la mañana del primer día de nuestro viaje.

—Desearía saber la historia de su alusión,—dijo Ismael.

—Que me place—dijo Reinaldo,—y contó la anéc-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dota del arriero, con la cual el joven colombiano tuvo para reir largamente.

Así divertidos iban, cuando llegaron al vasto páramo de Sanancajas, en donde había trechos que blanqueaban con huesos humanos, por entre los cuales corría entonces una aura ténue, como si fuese el gemido de las almas que dejaron allí los exánimes cuerpos. Nadie dijo nada, y todos continuaron caminando en silencio, hasta que, una legua más allá, en un recuesto, donde se espesaba el *pajonal*, se oyó un plañido, que podía desgarrar aun corazón más insensible.

¡Quién se queja con tan lastimada voz!—dijo Blanca Rosa.—Ese sollozo, antes que al oído, me llega al corazón. ¡Oh Dios! aquí hay sin duda seres que demandan amparo, pues casi siempre, donde hay lágrimas, hay desgracia.

—Acudid á ver qué pasa,—dijo Reinaldo á sus pajes y al arriero.

Ellos corrieron: por curiosidad Lorenzo, por lástima Eugenio y Prudencio. Llamaron á su Señor y le dijeron: aquí hay un mozo mal herido y moribundo.

—Vamos á salvarle,—dijo Ismael.

—Vamos,—dijo asustada Blanca Rosa.

Todos llegaron en breve. La escena era dolorosa: tendido sobre las endebles pajas del páramo, como sobre un lecho de muerte y apoyada la cabeza en el regazo de una aldeana, estaba un mozo, cuando más de veinte años de edad. El rostro tostado con las solanas del trabajo, aparecía ya con la lividez de los muertos; tenía los labios fuertemente comprimidos, y las miradas sidéreas fijas en la mujer que le sustentaba.

Esta, que era su madre, silenciosa, convulsa, con los cabellos erizados y con ansiedad infinita, pegaba

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la boca á la boca de su hijo, y, como queriendo darle aliento, y nueva vida, le ponía las manos sobre los labios, queriendo impedir que de entre ellos se escapase el alma. La desesperación de un dolor sin medida estaba esculturada en esa mujer. Al joven agonizante le brotaba por los pulmones roja y caliente sangre, y la paja, donde yacía, estaba ya teñida de escarlata. Junto al mozo se veía una moza, que lamentaba con una especie de gemido cantado, y tenía en su diestra la diestra del herido. Era su hermana.

Ante tan triste cuadro, apeados ya nuestros viajeros, se estuvieron algunos instantes absortos de pesar y compasión. Después, Blanca Rosa, enjugando, con un blanco pañuelo de holanda, el sudor de la frente del mozo, dijo á la hermana: ¿en qué podemos serviros, desgraciada gente? ¿Qué haremos, Dios mío, para salvar la vida de este joven?

Bella y compasiva niña,—dijo Paulina, que así se llamaba la moza,—decidle á mi hermano algunas palabras de salvación, de consuelo, y auxiliadle en su agonía. Sed ahora el sacerdote de estos desiertos. ¡Ya muere, Dios de mi corazón! Auxiliadle.

Blanca Rosa, con su voz argentina, dijo á oídos del moribundo algunas expresiones oportunas y consoladoras, y repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y de María, último himno que, al morir, escucha todo creyente, vio que el mozo fijó la vista en el Chimborazo, luego en el rostro de su madre, y después quedó inmóvil. Blanca Rosa le cerró entonces los ojos, cual si fuese la madre del joven y se echó á llorar juntamente con Paulina, y Prudencio y Eugenio que también lloraban. Reinaldo ó Ismael estaban conmovidos, y Lorenzo Muro algo apartado ó indolente.

La madre del difunto nada hacía ni decía; no de-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rramaba lágrimas ni exhalaba una queja. La estupidez del dolor la tenía petrificada. No hay pesar más inenarrable que el que no se resuelve en sollozos y llanto.

Cuando Paulina dio suelta á todo el raudal de sus lágrimas, y quedó en esa aparente tranquilidad, en que quedamos todos, porque nos sobra el dolor y nos falta el llanto, Blanca Rosa le dijo: ¡pobrecita!, si no hemos podido dar la vida á tu hermano, te daremos siquiera estas monedas, para que te ayudes á darle sepultura y pagar por su alma algunas misas. ¿Decidme quién causó tanta desgracia?

Lo mismo le exigieron Reinaldo y el joven colombiano.

Este cuerpo, que descansa en los brazos de mi madre,—dijo Paulina, —fue, patrones, albergue de una alma, á quien el cielo adornó con envidiables prendas. Fue, por su cuna, plebeyo y campesino, y, por sus virtudes y modales y honradez, caballero bien quisto y estimado de cuantos le conocieron. Cuando muchacho de escuela, aplicado, bueno, discreto y humilde, fue condiscípulo de los hijos del poeta, cuyos versos declamaba en los exámenes, y sobre todo los que él decía ser de una Virgen del Sol. Cuando adolescente, se dio al oficio de arriero, ocupación que también tuvo mi padre, penosa y burda, pero al fin honrada y ganancíosa. Con su oficio nos ha mantenido á todas: mi madre, Rosa Rumazo, que es viuda, dos hermanitas todavía tiernas, Mercedes y Laura y yo, la esclava de Sus Mercedes. A las inclemencias del cielo, ya claro, ya obscuro, llueva ó granice, tardezca el día ó venga la noche, mi infatigable hermano, detrás de su recua, se iba por esos campos y cordilleras, quebradas y otros andurriales, siempre contento, y al són del

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

silbido, que á todo viajero avisa que se va á topar con un arriero y su recua, y que se ladee. Así era este mi hermanito, mi padre, mi compañero y mi maestro, que él me enseñó á leer y á cantar hermosas oraciones. Toda su fortuna era su recua, y viajando con ella hasta Babahoyo, donde era conocido y estimado, entregaba honradamente la carga, y sacaba de allí otra, y hacía él mismo su comercio; y así, con idas y venidas, veinteó treinta veces al año, sustentaba á su familia, y era hijo inmejorable y hermano sin parecido. Hoy, con él, perdemos todo: manteución, vida y consuelo.

Echó otra vez á llorar, y todos respetaron su llanto. Después Reinaldo le dijo cariñosamente: acabad vuestra relación.

Pues, Señor,—continuó Paulina,—hoy, cuando íbamos nosotras á encontrarlo; porque regresaba de éste para el último viaje, oímos tiros y malas palabras de cuartel, y cuando acudimos corriendo, porque no sé qué nos avisaba el corazón, encontramos á mi hermano teñido en sangre y derribado en tierra. Los soldados de Tarcón, que con disfraz militar, son verdaderos forajidos, mataron á mi pobre hermano por robarle la recua.

La indignación se mostró en el semblante de Reinaldo y las lágrimas en los demás.—¡Pobrecito! ¿se empeñó sin duda en defender su propiedad?—preguntó á la moza.

No, patroncito,—dijo ésta,—como era mozo leído y, por las historias, sabía las atrocidades que hacen las tropas desmoralizadas, les abandonó la recua, pero ni esto le salvó. El gusto de los bandidos fue matarle; porque están ya avezados á crímenes como este, y actos semejantes al que lloramos ahora, son bastante frecuentes. Al grito de ¡viva Tarcón!, se cree que todo crimen es virtud y hazaña toda tropelía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Están persuadidos de que pronunciar ese nombre funesto, es salvarse de toda responsabilidad.

Pero ¡por Dios! —dijo el joven colombiano, —¿por qué no acuden Uds. al gobierno y le dan las quejas de estos hechos de verdadera barbarie?

¡Ay! patrón, —dijo el arriero Prudencio, —cuanto esta muchacha dice es la misma verdad, y yo tengo experiencia de lo que pasa, por ser del mismo oficio del difunto. Muy alto, altísimo está el solio del dictador ó demonio del Tarcón, y las quejas y gemidos de los pobres no alcanzan á llegar á esas alturas. Si algunas llegan, los delincuentes, en vez de aguardar castigos, esperan premios, y las cosas siguen en peor estado, y mejor es no quejarse. Si no nos roban del todo nuestros animales, los toman como prenda, y no nos los devuelven sino después de estipular y recibir el precio de la devolución. Pero no admiréis, patrones, que á nosotros, infelices arrieros, se nos ponga como fuera de la ley, y queden algunos en la mendicidad por la pérdida de sus recuas. Lo admirable es que en las mismas ciudades, como en una que yo conozco, la corrupción del soldado se atreva á allanar casa de familia honorable, para, con fuerza armada, robar una joven casada, en pleno día y á las barbas de las autoridades, como lo hizo un capitán Goyicorvo. Su delito quedó impune, y más bien fue premiado por el amo. ¿Así quién no se hará pícaro, patrones? Hacen de las suyas, y quedan con plata y sin castigo.

Grandes verdades has dicho, —dijo Reinaldo; —pero juzgo que hay exageración en tus relatos. Dime ¿son tan evidentes las cosas que cuentas?

—Patrón, aunque soy arriero, no me gusta mentir. Peores cosas que las contadas, y que no se contarán jamás, por no ofender el pudor de Sus Mercedes, han pasado y pasan; pero, con el cuento de que esta-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mos en tiempos de libertad, de nada se hace caso ni nada se cree. ¡Ah! mi amo, Dios nos libre de los soldados tarcouistas, que todo lo llevan á la bayoneta. Este pobre muchachio difunto no me dejará mentir.

Así es, —dijo Paulina, —y tornó á lamentar. Parecía que á nuevos recuerdos acudían nuevas lágrimas, y todos los circunstantes estaban interesados por el alivio de la madre y hermana del joven arriero.

Reinaldo y Duarte volvieron á dar á Paulina gruesas limosnas. El caso era para conmover y ser generosos.

La madre del muerto, muda todavía de dolor, agradecía con el llanto y extendiendo los brazos á los benefactores. Estos, á su pesar, tuvieron que retirarse y continuar su jornada, que llamaron después la jornada del dolor.

Cuando se despedían, —dijo Paulina á Blanc.. Rosa: —niña del alma, no sé si sois más hermosa que compasiva ó más compasiva que hermosa. Ambas cosas sois. Decidme cómo os llamáis para recordaros.

Rosa, —dijo la viajera.

¡Ah! tocaya de mi pobre madre, —dijo Paulina. —Encomendad en vuestras oraciones, que serán tan bellas como vuestro corazón, el alma de mi hermanito.

—¿Cómo se llamaba?— dijo Blanca Rosa.

Ureisino Pérez, —dijo Paulina, —es el nombre del mozo arriero, del condiscípulo de los hijos del poeta. (*)

Contestó así y se quedó llorando.

(*) Rigurosamente histórico el asesinato.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XLIII

La Venta de Don Custodio

Contristados se alejaron los viajeros, y, á poco andar, divisaron, en la lejanía, el relumbrar de las bayonetas de los asesinos de Pérez, que se retiraban satisfechos de su proeza. Bien quisiera seguirlos Reinaldo y dar suelta á su indignación, pero aquello era ya casi imposible. Hasta vergüenza tengo,—dijo en alta voz,—de haber caído en lamentable decepción, cuando creí que el titulado caudillo liberal hubiera hecho la ventura del Ecuador. Hoy mi desengaño es completo ya, sin restricción, y en aquel hombre no veo sino un vulgar caudillo, elevado al poder por el capricho de la fortuna, que á veces se antoja de querer y encumbrar á los más ínfimos mortales. Gobernante impotente para refrenar crímenes, y castigar delitos y hacer triunfar la virtud, más bien merece el nombre de cómplice que no de magistrado.

Así pienso yo,—dijo Ismael;—porque también en mi patria han acaecido cosas parecidas y aún peores. Los que, además de sus propias culpas y desaciertos, se cargan de los crímenes y maldades de otros, se hacen acreedores á una inmortalidad infame, y sus hechos deben perpetuarse no sólo en la severa historia, sino también en el drama, en la poesía, en la novela, en todas las formas literarias posibles, para que el nombre de los tiranuelos, de los perversos, pase á la posteridad, y ésta odie y maldiga su memoria.

También así pienso yo,—dijo Reinaldo;—porque una memoria detestada y maldecida es el peor castigo para un malvado. Si los hombres se desvelan y atormentan por alcanzar fama y trasmitir su nom-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bre á las generaciones futuras; si, por conquistar esa gloria venidera, pasan y arrostran peligros, penalidades y pesadumbres, es porque se creen compensados con la buena reputación que ganan, y esta idea les endulza los sacrificios y les da aliento para las empresas generosas. Pero, asimismo, pienso que los hombres inicuos, que no esperan tan hermoso premio de sus acciones, deben morir entristecidos y despechados.

Y aborreciendo á la humanidad, —dijo Duarte.— Ha expresado Ud. Señor D. Leonardo, conceptos que son verdades. La tarde cae ya, y estamos cerca de una Venta ó Tambo de malas trazas, y allí tenemos que pasar la noche. Como el posadero es mi amigo, procuraré que nos dé las comodidades posibles en este páramo, donde la incomodidad y la escasez se hallan á cada paso.

Os agradecemos, —dijo Reinaldo; — porque mi esposa debe estar ya bastante rendida y aun con alguna pena.

Rendida no, pero apenada sí,--dijo Blanca Rosa.— La yegua me lleva suavemente, y no siento estropeo alguno. El corazón es el que tiene su fuerte sacudimiento de pesar. La agonía y muerte del mozo arriero, del infeliz Ursicino, me han dejado desasosiego y conmiseración imborrable en el alma.

Dios, que recibió el espíritu de ese joven tan virtuoso, sabrá consolar á su desolada madre y afligidas hermanas, — dijo Ismael. — Ahora lo que conviene es que Ud. se serene y piense en si misma y su salud, ya que bastante ha compadecido y llorado ajenos males.

Así es, —dijo Reinaldo. — Eugenio, adelántate a esa casa, y anuncia al posadero, para que nos prepare lo necesario y sobre todo una buena comida, que repare nuestras fuerzas y nos de algún calor, ya que el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

hielo de estos campos casi penetra los huesos.

Muy helada se acerca la noche,—dijo Blanca Rosa;—pero aquel caserío debe ser de posada.

El mismo,—dijo Ismael,—y ya veo que viene acá el buen patrón de la casa, que sin duda me ha conocido desde allá.

En esto llegó el ventero, que era un hombre pequeño, barrigudo y de buenos colores. Los sonrosados cachetes le temblaban de frío, que aumentaba cada vez más riguroso, y con los ojos diminutos y vivaces se fijaba en cada uno de sus huéspedes, á los que saludó y recibió, aunque amable, con ínfulas de grandeza y autoridad, como un antiguo régulo en sus pequeños dominios.

Conque,—le dijo Ismael,—Ud. siempre robusto y lozano, Don Custodio. A Ud. ni el trabajo le empece, ni el hielo le debilita.

Antes me vigoriza,—dijo Don Custodio,—sobre todo cuando recibo á caballeros como Uds. y á una Señorita tan apuesta y digna como la que estoy viendo. Apéense Uds. que ya, al negrito paje, he enseñado la sala donde Uds. han de albergarse.

Todos se apearon y luego entraron á la que Don Custodio llamó sala, y que, para ser un cuarto de racionales, le faltaba mucho.

Era más bien un desván casi gatero, bastante frío y desmantelado, pues los muebles, si tal nombre merecían, se contaban con los dedos. Cuatro camas algo desvencijadas, sin colgaduras, una enorme mesa redonda, antigua trípode, donde sin duda daría antes sus vaticinios alguna bruja de esos andurriales, y tres sillas de cuero, contemporáneas de la Conquista, eran todo el lujo del salón de Don Custodio, que llevó allá á sus huéspedes, orondo y rebosando de satisfacción.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿—Este es su salón, Don Custodio?—dijo con sorna Reinaldo.

A lo menos lo fue,—dijo Don Custodio,—y, para estos páramos, casi palacio; pero ¡qué diantre! Señor, si los soldados del General, los cuales por donde pasan, dejan huellas de langostas, todo mi menaje se lo han arrebatado ó destruído. Con lo que han podido cargar, han cargado, y lo incargable lo han echado al fuego, unos por prurito y la maldad de asolarlo todo, y otros, porque decían que hacía frío y necesitaban de estufas. De estas me han hecho muchas, y para mi cada paso de tropas ó de comisiones militares es una pesadilla y una positiva calamidad. Supónganse, Señores, cuánto tendré que padecer, amén de la permanencia en tan ingratos lugares. Me han dejado *limpio* de mulas y de caballos, y no han perdonado ni aún á los mismos jumentos, pues hasta éstos hacen, hoy en día, un papel importante en servicio de la patria. Jefe hubo que, porque no tenía ya qué bestia regalarle, me quiso ensillar á mí, y me amenazó espolearme con unas espuelas *roncadoras*, que en el camino había quitado á un chagra del Hatillo. Pero siéntense, Señores, y, lo primero, les daré un buen *gloriado*, el único que, en estos páramos, mata el frío y alegra un poco. Lo segundo, les daré mi tertulia, si no les desagrada, y luego vendrá la comida.

De todo le agradeceremos,—dijo Reinaldo,—pero mucho más de la comida. En lo del gloriado no tomaré yo gran parte, pero sí mi compañero Señor Ismael, mis negros y mi arriero.

—¿Y la Señorita? dijo Don Custodio.

No me agrada mucho esa mezcla de aguardiente y azúcar con agua hirviente,—dijo Blanca Rosa.

En estos climas lo único que pega bien es el gloriado, Señorita,—dijo Don Custodio.—Yo no creo que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tan hermosa joven desprecie mi muestra de cariño.

—¡Gracias! ¡gracias!—dijeron Ismael, Reinaldo y Blanca Rosa, y aceptaron las tazas que venían humeantes y despidiendo un olor bastante aromático y provocativo. Lo cierto es que aquella bebida, en aquel paraje tan frío y en aquella hora, pegó bien á todos, según la elocuencia experimental de Don Custodio. Lo único malo fue que el dueño de la venta, después de sorberse la taza, un poco más grande que la de los demás, se olvidó de pronto de su postiza dignidad, y se puso más hablador que de costumbre, siendo, como era, de suyo dicharachero y amigo de hablar hasta por los codos. Reinaldo y el joven Ismael se alegraron lo suficiente para tolerar la charla de don Custodio, y no fastidiarse de él ni reñirle.

Eugenio estuvo más ágil, Lorenzo más charlatán, bozal y bellaco, y Prudencio más listo y filatero con todos, pues también á ellos les había hecho bien el gloriado. Sólo la joven quiteña, por más que quiso, no pudo manifestar alegría. Una inmensa tristeza, como la de los páramos que había atravesado, le llenaba de sombras el alma, y sus pensamientos viajaban á posarse en el abandonado hogar de Quito, en la rosada casa de La Loma. Aunque amaba á Reinaldo y estaba junto á él, no podía dejar de ser hija, y se acordaba de Margarita, sola, llorosa, enferma talvez. Para ahogar los suspiros, se cubría el rostro, pretextando que se limpiaba el polvo del camino.

Don Custodio, en persona, sirvió la comida á sus huéspedes, y dijo que, por simpatía y distinción, era la primera vez que hacía de anfitrión de la posada, y se honraba de atender á tan cumplidos caballeros y á tan estimable, noble y bella Señorita. Mi honra será mayor,—dijo,—si sé á quiénes sirvo y agrado; porque sólo á Don Ismael Duarte he tenido el gusto

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de tratarle como amigo, desde que él está establecido en la vecina ciudad.

El caballero, -dijo Ismael,—es Don Leonardo Miño y la Señora, su esposa, es Rosa Blanca del Valle.

Qué placer, qué felicidad, qué gloria,—dijo Don Custodio,—tener por huéspedes á la flor y nata del Ecuador. La Señorita me parece quiteña, y el Señor Miño, de Guayaquil.

Exactamente,—dijo Reinaldo.—Cuente Ud. con dos amigos más, y ocúpenos en lo que Ud. desee.

¡Gracias!—dijo Don Custodio,—no faltará ocasión para aprovechar de tan generosa, leal, espontánea y magnífica oferta. Yo suelo viajar con frecuencia á nuestro gran Puerto, á mis negocios; y, un amigo más, es una nueva garantía para un hombre trabajador, como yo, que vivo del crédito, y con él traigo licores y más cachivaches para la tienda de esta hostería.

—Tomemos este vaso de vino,—dijo Ismael, para poner un dique al raudal de palabras de Don Custodio, que llevaba camino de no acabar.

Exquisito Oporto,—dijo Don Custodio,—paladeándose después de beberlo. Sin duda lo traen Uds. para su uso en en el viaje.

Sí,—dijo Reinaldo.—¿Le parece bueno?

—Sin rival, añejo como esta posada, y delicioso. Yo soy viejo catador de vinos.

—Pues mire Usted, Don Custodio, que éste no es vino Oporto sino vino de Patate, que me lo regalaron en Ambato.

—Es la primera vez que me he equivocado en mi vida.

La comida de la Venta no era tan mala en esta ocasión; porque Don Custodio, barruntando que Reinaldo era gastador, lo cual, en una hostería, se conoce á primera vista, se dijo: aquí hago mi agosto, y me

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pagarán bien, cosa de resarcirme de las pérdidas que he sufrido con los jefes y oficiales de Tarcón, y zafar de algunas pobrezas. ¡Gua! cien sucres le ajusto al costeño. Algo le ha de costar irse llevando esa linda mujer, la cual, para mi coleto, no es todavía su esposa. Muy diversos son el trato y la confianza entre dos ya casados y verdaderos consortes. Ella es digna y algún tanto desdeñosa, y no deja que el joven se le apegue mucho, y él la trata con cierto modo y tino que no demuestran propiedad de la prenda. ¡Eh! uno es el novio y otro es el marido. Este no va casado..... ¿pero á mi que me importa? ¡mastuerzo! si me paga bien, puede irse robando esta nueva Elena y todas las Elenas del mundo.

Más largamente se estuviera pensando y cavilando Don Custodio, si el amigo Ismael no le brindara otro vaso de buen vino.

¡A ver!—le dijo,—déme Ud. su voto. ¿Qué le parece este vino?

Y le sirvió un vaso lleno

¡Oh!—dijo Don Custodio,—este sí que es amontillado, del mismo Jerez de la Frontera.

—No es sino un buen vino chileno,—dijo Reinaldo.

Pudiera ser que vuelva á equivocarme,—dijo Don Custodio—Yo también deseo obsequiarles algo de mi parte.

Fuése y con mucho afán regresó trayendo una botella cubierta de polvo y forrada en paja. Señores,—dijo—este vino se pudiera ofrecer á un monarca. La edad de nuestro Señor Jesucristo tiene el bendito, y ha estado de reserva para este día, en que tan honorables y dadivosos huéspedes están honrando esta casa.

Luego descorchó la botella, dando, con mil gestos, avisos del esfuerzo que le costaba tirar el sacacorchos. Al fin, haciendo á sus húespedes carantoñas, y, pon-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

derando la excelencia de su vino y encareciendo el valor del regalo, lo fue sirviendo en pequeñas copas, y suplicó á todos que lo catasen poco á poco, cosa de mascar la uva y percibir el aroma.

Todos catarou el vino y lo tomaron en silencio, y ninguno dijo palabra, pues todos se guardaban mutuamente el secreto ó el chasco que les estaba pasando.

¿Cómo,—dijo con sorpresa Don Custodio,—no les parece á Uds. este vino sin rival?

¿Qué vino es, al fin?—dijo riendo Reinaldo.—

—¡Oh! ¿Señor, no lo paladea Ud? ¿no lo conoce?. Talvez no lo ha tomado nunca. Es vino de lágrima.

—Muchas derramara yo, si otra vez me obligaran á tomarlo.

—¿Por qué, caballero? Ud. se chancea.

—Porque, Don Custodio, su vino es de Málaga y está.....

—¡Bueno! será de Málaga, pero está delicioso.....

—¡Ah! Señor, acepto su buena voluntad; pero el vinito éste está bastante acedado. Ud, aunque muy obsequioso, no tiene la culpa de esto ni de haber equivocado los nombres.

—La equivocación mía es una casualidad, Señor huésped.

Se ve que Ud. está lleno de casualidades.

Riendo todos los hombres y medio sonreída Blanca Rosa, se acabó la comida y, sobre mesa, sentado ya Don Custodio, y sin darse por vencido en lo de catar vinos, ofreció á sus huéspedes una copita de *pousse café*, que no estuvo tan malo como el vino, y siguieron charlando los varones, mientras Blanca Rosa, apoyada en su silla de cuero, se quedó pensativa.

¿Qué tal le va en su negocio?—dijo Reinaldo á Don Custodio.

—Pocas veces bien, Señor, y muchas veces mal,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pésimamente, según sean los huéspedes, generosos ó tacaños. Lo más común es lo segundo, y de esto tengo larga experiencia; porque ha de saber Ud. Señor Miño, que un hotel, como dicen los franceses, ó una hostería ó casa de posada en las ciudades, ó venta en los campos, como dicen los españoles, ó un tambo, como decimos los sudamericanos, (que allá se van á dar tantos vocablos), no es sino un mundo chiquito, en el cual se conoce á todas las gentes y se trata con toda clase de personas, y se aprende mucho, y se escarmienta más. Hay caballeros, como Ud., generosos de veras, pródigos, de esos que no reparan en gastos y botan la casa por la ventana, y no preguntan siquiera por el valor de las cosas, pues todo lo pagan pronto y gustosamente. No piden la cuenta de lo gastado sino el simple aviso de la suma total de la posada, y la pagan sin observación alguna, y se van, dejando al posadero admirado y contento. Por desgracia, estos son raros y aparecen como los cometas en el cielo, después de mucho tiempo y por muerte de algún judío. Lo ordinario, lo usual es la tacañería, la mezquindad, y, en ocasiones, hasta la rabia y el furor por no pagar lo justo y bien comido. Huéspedes he tenido yo, que se han ido llevando aún el resto de la esperma con que se alumbraron de noche.

Así es el mundo,—dijo Ismael,—y no hay que espantarse de nada. Parece que U. exagera las cosas, amigo Don Custodio.

—No exagero, y esto, habiendo sido comerciante, —dijo Don Custodio.

Pero lo cierto es,—dijo Ismael,—que aun los tacaños le pagan al despedirse.

Muchos,—dijo Don Custodio,—pagan con desagrado y se despiden gruñendo, y algunos madrugan por demás, y se van sin pagar, y se despiden á la francesa, como de los bailes que se prolongan hasta rayar el alba.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Bien,—dijo Reinaldo,—todo esto quiere decir que yo he de pagarle á U. sin observación ni réplica alguna.

— Como acostumbra. hacerlo, — Sr. — dijo Don Custodio.

Avise U á mi paje Eugenio, cuánto debo pagarle, —dijo Reinaldo,—y le enviaré esta misma noche; porque pienso madrugar mucho, y caminar más ligero, para lo cual llevo caballos de muda.

Está bien,—dijo Don Custodio,— voy á enviarle el resumen de la *cuentita*.

Se despidió de sus huéspedes, y se retiró deseándoles buen viaje.

Reinaldo llamó á Eugenio, y entregándole un portamonedas lleno de dinero, le ordenó que pagase á Don Custodio, cuanto le pidiese, sin darle aviso ni cuenta de nada.

Luego él, Ismael y Blanca Rosa fueron á reposar en sus sendas camas desvencijadas, siendo aquello, más que dormir en una sala y bajo de techado, dormir á cortinas verdes.

Eugenio, el honrado negro, depositario del dinero de su Sr. pagó á Don Custodio ciento veinte sueres, sin hacerle observación alguna, cuando éste le exigió esa cantidad, y eso, por simpatía y cariño á sus huéspedes generosos.

Cuando el posadero volvió las espaldas, regocijado y casi loco de entusiasmo, Eugenio dijo á su compañero Muro, y al arriero Prudencio: éste cree que, en mucho precio, vende el alma al diablo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XLIV

Una despedida triste.

Aun no aclaraba el nuevo día, cuando Blanca Rosa y Reinaldo con los suyos prosiguieron su viaje. Ismael los acompañó el espacio de algunas cuadras, y, en un paraje, donde se bifurcaba el camino, dando un grande suspiro, que manifestaba dolor, dijo: todas las cosas tienen su término, pero á las veces triste, como acontece ahora conmigo. He pasado con Uds. horas de verdadero placer, y la gratísima compañía de que he gozado, no se borrará jamás de mi memoria. Mi simpatía hacia Uds. será perenne, y la ausencia, en vez de disminuir, hará más grande mi recuerdo. Ha llegado, Sr. D. Leonardo, y digna esposa suya, el instante de separarnos. ¡Ojalá! ésta no sea la primera y última vez que nos veamos. Voy á partir en dirección á Riobamba, en donde tengo mis negocios. Mucho desearía llevarme las tarjetas de Uds. ya que yo les dejo ésta mía.

Siento de veras no haber traído tarjetas,—dijo Reinaldo.— Acepto de grado la suya; que respecto á nosotros, ya sabe U. que Rosa Blanca del Valle y Leonardo Miño son y serán sus leales amigos.

—Por tal me cuento yo,—dijo Duarte, y luego, haciendo votos por el feliz viaje de sus compañeros de dos días, y estrechándoles con cariño las diestras, se alejó tristemente.

Iba muy apesarado Ismael; porque Blanca Rosa le había inspirado vehemente amor, compasión y ternura. He aquí,—se decía—una mujer que, si no fuese ajena, habría sido la única á quien yo uniese mi suerte.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tiene tal encanto y atractivo, que cautiva la mente y satisface al corazón. ¿Será esposa en verdad de ese caballero? ¿Entonces, cómo la deja acostarse sola? ¿Será acaso por pudor y consideraciones á mi presencia? Todo puede ser; pero es lo cierto, que llevo aquí, en el fondo del alma, la imagen de esa joven. Leonardo parte coronado de esa flor, de esa Rosa Blanca, y yo me quedo con las espinas que me están punzando el corazón. ¡Oh! si ella va con ese joven para ser su querida, y no es su esposa, le anguro grandes infortunios, y muchos arrepentimientos, y muchas lágrimas. ¡Ah! si es soltera, yo podría hacerla feliz... Me rehusaron sus tarjetas. ¿Será cierto que no las tenían? Muchas veces de un incidente, al parecer insignificante, se llega á dudar de la verdad. ¡Talvez no van casados! Rosa Blanca del Valle, si yo te hubiese arrancado, no te estrujaría.

Así diciendo, perdióse entre una arboleda, mientras los dos amantes se alejaban por su camino, tristes. El joven les había sido simpático por sus maneras cultas y amena conversación. Con los compañeros de viaje, aun de pocas horas, siempre llegamos á tener cierta confraternidad. Son nuestros amigos é improvisados confidentes y, cuando de ellos es forzoso separarnos, lo hacemos con melancolía. Blanca Rosa y Reinaldo no sabían si, en el camino de la vida, volverían á encontrarse con el afable Ismael. Lo probable era que no le volviesen á ver jamás. En estos senderos del mundo, cuántas veces nos topamos y departimos con personas, á quienes no volveremos á encontrar otra vez, y cada cual nos separamos por diversas vías, sin acordarnos de que, al fin de la jornada de la existencia, nos encontraremos todos en el mismo paraje: la tumba. Buen joven, dijo—Reinaldo.—No te volveremos á ver nunca.

¿Sabes,—dijo Blanca Rosa,—que el no haberle dado

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nuestras tarjetas, puede Ismael echarlo á mala parte y sospechar que todavía no somos esposos.?

—Puede ser así. Cómo se ve que las mujeres son, con frecuencia, más previsoras que nosotros. Yo te diré, con franqueza, que no caí en la cuenta, y no le dí mi tarjeta, porque ninguna tiene el nombre de Leonardo Miño.

—Ni las mías el de Rosa Blanca del Valle. Buena trocatinta hiciste de nuestros apellidos; pero, así y todo, si Duarte da razón de nuestra fisonomía, pueden adivinar quienes somos, y entonces mi honor.....

—Tu honor va seguro conmigo, y nadie ha de sospechar nada. Tu aprensión es vana.

—¡Ojalá! lo sea, ¡gracias á Dios! cuando nos casemos, se remediará todo.

Reinaldo no contestó palabra. Blanca Rosa palideció y siguió su camino en silencio, pensativa.

El sol estaba casi en la mitad de su carrera, cuando Eugenio y Lorenzo, por orden de su amo, se adelantaron y, en un paraje, que formaba una pequeña hondonada cubierta de verdor y defendida del viento, sobre tierna y menuda yerba, mantel tendido por la naturaleza, improvisaron un sabroso y abundante almuerzo. De unas alforjas lojanas, despensa portátil de un viaje, sacaron buena provisión de carnes frías, encurtidos, pasteles, pastas, una gallina bien preparada, sardinas, salmón, y exquisito queso, y provocativo bizcocho, y dos botellas de añejo y generoso vino, no de la bodega de Don Custodio sino del que el Capitán tenía para su gasto. Después se sirvió humeante y aromoso café preparado en un reverbero.

Amos y criados estuvieron á la redonda de la campestre mesa. Prudencio, que se había retrasado, llegó también á buena sazón, y todos en grata paz y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fraternidad, Señores, y pajes y arriero, con igualdad republicana satisficieron el hambre ya de horas avanzadas, y aplacaron la sed, y dieron gracias al joven Reinaldo, que tan previsor había sido de todo. Sólo á Dios no se dieron gracias: el patrón era radical aunque ya en camino de desengaños y reflexiones. Blanca Rosa rezó á sus solas, y Prudencio se santiguó delante de todos, sin ningún respeto humano.

Después se pusieron en movimiento, alegres con la necesidad ya satisfecha, y con las bestias ya más animadas con el buen pienso de cebada que comieron mientras almorzaron los amos.

Unas veces conversando los dos amantes entre ellos, otras con los criados, ya preguntando al arriero el nombre de los lugares, pueblos y caseríos para él tan conocidos, ya en silencio que, en ocasiones es, en un viaje, descanso conveniente y una como soledad sobre soledad, se pasó, sin sentir, el día, y casi al anochecer, llegaron á una aldea toda de pobres y pajizas chozas inclusive la casa del Cura.

—¿Dónde hay aquí hospedaje?—preguntó Reinaldo á un joven labrador, que con la azada suspendida sobre el hombro, volvía de sus faenas.

—Aquí no hay tambo ninguno,—dijo el mozo.

—Cómo, ¿no hay casas donde posar?

—No las hay, patrón.

—¿Entre tantas?

—Sólo una

—¿Cuál?

—La del taita Cura.

—Eso no es posible jamás.

—Pues entonces, caballerito, dormirá Su Merced sobre el duro suelo en vez de tarima, y, por cielo de la cama, tendrá el estrellado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Mozo, llévame á tu casa. Te pagaré bien.

—Bueno sería, pero vivo á media legua de aquí. Vaya á la casa de todos.

—¿A cuál?

A la del taita Cura.

No hay remedio,—dijo Blanca Rosa.—Ya cierra la noche, y me siento cansada.

Sólo por tí haré este sacrificio,—dijo Reinaldo,—porque ya sabes que á mi no me gustan los frailes, y les tengo antipatía.

—Tú no sabes distinguir ni quiénes son frailes, ni quiénes son clérigos. Según veo los confundes y odias á los sacerdotes en general. Talvez nunca has tratado con ninguno de ellos.

—Ni con el Párroco de Daule.

—Pues ahora tienes que tratar forzosamente con un sacerdote, si no quieres que durmamos al raso.

—Ya te digo que, por tí, haré el sacrificio. Lo que no sucede en un año acaeco en un día. Lo que no he pensado en toda mi vida, lo voy á hacer en una noche. ¡Yo en casa de un fraile ó clérigo, como se llame! Cuánto puedes, amor. ¡Arré! Prudencio, entra tú primero allá, á donde está el taita Cura.

—Está bien dijo el arriero, y, de sopetón, se metió con sus mulas al patio de la casa del Cura.

XLV

El Taita Cura Munive

Este, en cuyo rostro estaba apareciendo una bondad extremada, hombre, como se verá, de naturalidad y sencillez campechanas, de mediana es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tatura, bien aforrado en su sotana negra, con roquete blanca y bonete, tendría unos cuarenta años de edad, y era vigoroso y robusto. Cuando oyó tropel de bestias, salió medio asustado, y preguntó: ¿quién viene?

Un Capitán con su gente,—dijo Prudencio—Buenas noches, taita Cura.

¡Jesús!—dijo el Párroco—¡gente en comisión! No viene con gente de armas,—dijo Prudencio,—sino con gente de paz y con una Señorita casada y causada.

Que entren,—dijo el Cura;—que serán bien recibidos. ¡Pobres! les ha cogido la noche.

En esto entró primero Blanca Rosa. Buenas noches Señor Cura,—le dijo,—perdone el atrevimiento con que entramos á pedir albergue en su casa.

No es mía sino suya, Señorita,—dijo el Cura,—apéese Ud.

El mismo bajó las tres gradas del corredor, y fue á tener de la brida al caballo de la joven. Ese momento entró Reinaldo con sus dos negros, y á cada uno contestó el saludo el Cura, y los llamó caballeros y jefes, sin distinción alguna.

—Aquí no hay ma caballero ni ma jefe que mi amo, que lo do somo moreno,—dijo Lorenzo Muro, algo bravo, creyendo que, al apellidarlo caballero, le satirizaba el Párroco.

¿Y viene en comisión el Señor Jefe?—dijo el Cura.

No,—contestó Reinaldo.—Vengo á pedir posada al taita Cura.

—Pues el taita Cura, Ramón Munive, recibe á Ud. con mucho gusto,—dijo el Párroco.—Apéese, caballero.

Apeóse Reinaldo, hizo descabalgar á la joven y entró con ella al cuarto del Cura, que les dio asiento, á ella en un modesto sofá, y, á él, en una butaca, que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

formaba parte integrante de un escritorio antiguo, sobre el cual estaban algunos libros, como una Biblia de medio uso, tres tomos de Teología moral y la Suma de Santo Tomás bastante maltratada.

Llamó el Cura á Doña Eduvigis, su hermana, mujer entrada en los cincuenta y pico, como decimos por acá, respetable y atenta. La presentó á sus huéspedes y le encargó que los atendiera y sirviese *delicadísimamente*.

Doña Eduvigis, creyendo que Reinaldo era Jefe de alguna escolta, se había ocultado en un sótano, que ella sola se sabía. Como los insultos de vieja, abuela, barragana del fraile Cura y otros mayores de la marca, era lo menos que le prodigaban los oficiales y soldados del liberalísimo Tarcón, la hermana del Doctor Munive les cobró tan pánico terror, que, cuando maliciaba siquiera la más remota aparición de gente armada, no había quien la obligase á salir de su escondite, en el cual se acurrucaba y dormía, aunque fuese dándose diente con diente de miedo á las cosas de la otra vida; porque mayor era el que le infundían las tropas, y en ellas veía una legión de demonios: tantas atrocidades le habían hecho los tarconistas.

En esta ocasión, encomendándose á la Santísima Virgen, y no oyendo bravatas ni interjecciones *cuartelescas* ni el consabido ¡Viva Tarcón! salió pronto y sirvió mucho á la joven quiteña. Se afanó en preparar, para sus huéspedes, comida, para la hora y en aquellos lugares casi desiertos, bastante buena y abundante, ofreciéndoles primero la *agüita caliente*, la cual algo cargadita de mallorca, pidió, por pronto solaz, el Señor Cura.

Este y su hermana agasajaron mucho á los dos amos, y cuidaron de los criados y del arriero, sin olvidar el pienso para los animales. Aunque la comi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

da hubiera sido en verdad mala ó *ramplona*, como la llamó el Párroco, la buena voluntad y el cariño, con que fue ofrecida, bastaba á despertar la gratitud en la joven, que era sensible, y en el joven, que de suyo era generoso y amigo de reconocer cualquiera servicio, por pequeño que fuese. Además, Eugenio sacó de las alforjas algunos pasteles y dos botellas de vino para que su patrón quedase lucido (fueron sus palabras) y tuviese que brindar á taita Cura.

Animada estuvo la cena con la sazón del hambre de los huéspedes y de los dueños de casa, y con la conversación en que Reinaldo ostentó sus intenciones maliciosas y burlonas, y el Cura su franca sinceridad.

Bien lo estamos haciendo,—dijo el Capitán,—Señor Cura, y Ud. no se quejará de nosotros.

Caballero,—dijo el Cura,—cuando un pobre sacerdote brinda algo, desea que sus amigos lo tomen con amor y buena voluntad, y no dejen la *política* (*) en el plato. Cuando uno ve que sus compañeros comen con apetito, se anima á hacer lo mismo, que es como alentarse mutuamente al combate. Asímismo, un compañero, con desganas, como que entibia el fervor de los demás, pues un cobarde hace ciento.

—¡Cierto! taita Cura. Yo, por eso, estoy ahora contento, y su cena está apetitosa. Con razón dicen que Uds. los Curas, se pasan la vida regalona, y comen bien y duermen mejor. Será, sin duda, por la tranquilidad y los cuantiosos proventos, que Uds. son tan felices. Yo, á pesar de que Perraltón, el Ministro de las variaciones, ya tiene preparada la celebérrima Ley de Patronato, quisiera ser uno de Uds.

—Caballero, y, á propósito de esto, dígame ¿es cierto que, al fin, se dará esa ley, parto futuro y grandioso

(*) La sobra.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

del Ministro de las variaciones, como Ud. muy bien lo califica!

—Así aseguran, taita Cura. La futura ley será la obra magna de aquel grande ingenio.

—Ay! calle, Señor de mi alma. La tal ley no ha de tener efecto alguno; porque, aunque aquel Ministro tenga, como tiene en realidad, talento, le falta una de las cualidades más preciosas, sobre todo en un hombre de estado.

—¿Cual le falta, taita Cura?

—No tiene carácter, Señor, y los hombres sin carácter no valen para maldita de Dios la cosa. Son los verdaderos camaleones de la política, que varían de ideas, pensamientos y resoluciones, según se transparenta la buena ó mala voluntad del amo á quien sirven y adulan. Acordarase de mí, Señor militar: pronto ese clerófobo furibundo, que tanto medita hoy en esclavizar á la Iglesia ecuatoriana y aherrojarla con afrentosa y pesadísima cadena, si el amo le manda que piense y haga lo contrario, por convenir así á sus futuros planes políticos, mañana pactará un Concordato espléndido para los católicos y no esperado de nosotros, los pobres y odiados sacerdotes. Algo hemos de aprovechar de las variaciones del gran Ministro.

—Tiene Ud. razón, taita Cura; ¿pero no veo qué planes pueda proponerse Tarcón, para hacer que su Ministro varíe de pensamiento? ¿con qué objeto semejante cosa!

—Yo sí malicio con qué objeto.

—Dígalo, taita Cura, que sus franquezas me gustan mucho, y yo no seré el delator de su modo de pensar.

—Lo creo muy bien, Señor, porque Ud. es caballero. Si le es dado á un pobre Cura darse de previsor en política y sondear las interioridades de los hom-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bres públicos, yo soy capaz de anunciarle á Ud. que al pie de la letra, se cumplirá cuanto ahora preveo, y aquí, en este triste páramo, se lo digo. Tarcón, no por bueno, sino para perpetuarse en el mando y evitar que el Clero le haga sombra gigante á sus intentos, para tenerlo contento, ha de procurar darle muerte repentina al Patronato de su Ministro, y obligar á éste á pactar de veras un nuevo y racional Concordato con la Santa Sede. Entonces el habilísimo Ministro, aunque sea refunfuñando, en donde el amo no le vea ni oiga, obedecerá sumiso, y aun afirmará que la idea luminosa del Caudillo liberal es la misma suya. Así, de la noche á la mañana, variará el bellaco camaleón. Así son los hombres sin carácter, Señor.

—Capaz de eso mucho y más es Perraltón, taita Cura; pero jamás llegará el caso que Ud. piensa prever. Ya el país no soporta dictaduras, y Tarcón soñaría en imposibles.

—Talvez, Señor, porque el Ministro Moncada, que no es el hombre perverso é irreligioso, que publica la fama, con su gran talento, habilidad é ingenio, y con el apoyo eficaz del General Aranda, puede vestir de negro las sonrosadas ilusiones del envanecido Tarcón. Lo que no sucederá si sólo participa sus planes al famoso Perraltón. Aunque éste prevea el mal, como hombre inteligente, por no desagradar á su Señor, no se atreverá á contrariarle, sino cuando vea que todos le contrarían. Ha de ser el primero en aplaudir las miras de Tarcón, y el último que las desapruebe. Así son los hombres sin carácter, voltarios, ni para Dios ni para el diablo.

—Talvez, taita Cura, Ud. ve con buen telescopio las cosas lejanas. Una sola cosa le noto á Ud. no muy cristiana.

—¿Cual, Señor? Confesaré mi falta.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Parece que Ud. odia al Ministro Perraltón, y esto en un taita Cura no sienta muy bien ni es nada evangélico, según pienso. Que nosotros los militares seamos odiadores y vengativos, pase. Es natural.

—No pasa ni es natural, Señor, en nadie. En cuanto á mí, líbreme Dios de aborrecer al prójimo. Perraltón, como he dicho antes, es hombre de talento, bastante ilustrado y muy leído en materia de denigrar al Clero; mas yo no le detesto al Ministro tarconista, sino antes le amo en Jesucristo, y expreso sólo sus defectos como hombre público, ya que, como sujeto privado, debe tener sus virtudes. Además, en mejores tiempos, dio pruebas de escritor muy católico y hasta devoto.

—¿Y Ud. lo conoce, taita Cura?

—No, Señor de mi alma; pero me lo figuro alto, algo moreno, de barba cerrada, de mirada altiva, duro con los subalternos, algo desatento con sus iguales y muy blando y complaciente con Tarcón. No creo tampoco que ahora esté de veras impío de corazón. No, Señor: muy bien que ha de rezar á solas y santiguarse de noche, sino de pura devoción, de puro miedo por las cosas que hace y escribe. Algún día se ha de convertir, y quiera Dios que la última de las variaciones de ese caballero sea en bien de su alma pobrecita.

—¿Y qué dice Ud, taita Cura, del Ministro Moncada? Parece que Ud. le tiene algún cariño.

—Bastante le quiero Señor. No es, como le dije, el perverso que creen sus enemigos. En el fondo es muy católico y hasta se confesó conmigo una vez, y cantó á la Virgen en bellísimos versos. Ella me lo ha de convertir y volver al buen sendero, de donde se desvió por fanatismo político. Moncada no es malo, como le juzgan muchos. El sabrá arrepentirse. Tiene más firmeza de carácter que sus compañeros, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

los hombres que poseen esta cualidad, cuando, arrepentidos del mal, abrazan el bien, suelen ser más sinceros perseverantes y fervorosos.

—¡Bueno! taita Cura. Ya le dije que, aunque el Ministro Perraltón ponga en vigencia su celebérrima ley de Patronato, quisiera yo también ser taita Cura para pasarme la gran vida.

—Mal le fuera, Señor; porque á donde pensáis hallar tocinos, no hay estacas. En vano piensan los libertinos liberales que un pobre Cura es un sér inerte y amigo de la vida holgazana y regalona. Los tiempos, Señor mío, son de penuria, y hay muchas desgracias que remediar y muchas lágrimas que enjugar. La pobreza, á causa de las continuas guerras, ha invadido los hogares de los menesterosos, como nunca, con horripilante desnudez y hambre cotidiana. Los campos están casi desiertos: las cosechas son escasas; se roban los ganados ó los matan por placer; se asesina á los arrieros; se roba todo viviente cuadrúpedo; las acémilas de acarrear víveres casi no existen, y el labrador y el labriego no tienen en qué ocuparse. Muchos propietarios han quedado de mendigos; porque la soldadesca de Uds. aunque no haya rumor de guerra, ya por costumbre todo lo tala y lleva á sangre y fuego, y, al terminar los últimos años del siglo de las luces, estamos nosotros en tinieblas, y no les vamos en zaga á los vándalos de marras. El Cura, que sabe cumplir su santa misión en la tierra, tiene que atender á sus atribulados feligreses.

—Pero, taita Cura, Uds. los frailecitos y el Clero todo se tienen la culpa; porque favorecen las conspiraciones contra el gobierno liberal de nuestro mandatario, del Viejo Luchador.

—Ay! Señor Capitán, los pobres curas no estamos para conspirar sino para expirar. Se ha venido

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la peste clerofóbica, y toda la ventura de la patria se hace consistir en nuestro anonadamiento. Los sacerdotes no somos sino el blanco de la maledicencia, de la incredulidad y la calumnia, y ya se estila, como moda, atribuir al Clero toda revolución.

—Pero Uds. envían plata á Sardasti y á otros generales conspiradores. ¿No es verdad, taita Cura? Ud. es sincero y me dirá lo cierto.

—Ay! Señor de mi alma, cuando se malicia que algún cura posee dinero, *relis, nolis*, se le da el dictado de conspirador, y se oye estruendo de armas, y se viene abajo la bóveda celeste. Se le quitan al Cura mil ó dos mil sucres ó lo que tenga, por lo menos una mula, y, al instante, desaparece la sedición, y se serena la tempestad. Si algún Jefe (mejorando lo presente) se aficiona del buen caballo de un cura, éste por fuerza tiene que ser conspirador. Esta es la verdad, Señor Capitán de mi vida.

—¿Y á Ud. le han robado algunas bestias, taita Cura?

—Todas, Señor, y si Ud. va á mi caballeriza, no hallará sino un pobre jumento huérfano y solitario, y más triste que de costumbre, el cual me sirve para ir á las confesiones, que aquí son muy frecuentes, ahora sobre todo, que los soldados de Tarcón maltratan y hieren á los infelices indios, con quienes topan en los caminos.

—¿Conque, amén del burro de las confesiones, no le han dejado una sola bestia al taita Cura?

—Ni una, Señor de mi alma; y con razón hubo quien dijo que la revolución de Uds. fue bestial; porque ciertamente empezó por el robo de los caballos y mulas de las dehesas de Chillo; y las pobres bestias, ahora más que nunca, han sido muy desdichadas y de ellas han muerto á millares. Sin duda se las reputa como conspiradoras consuetudinarias, y no

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se les deja punto de reposo. Con sus huesos están como pavimentados los caminos; porque los soldados de Uds. suponen que los caballos de esta época no saben comer y son como Clavileño, que no gustaba pienso.

—¿Y por qué cree, Ud. taita Cura, que los liberales aborrecen tanto á los Curas?

—Porque somos sacerdotes, Señor.

—¿No será porque fanatizan á los pueblos, y son retrógrados y no muy santos?

—Como ahora á la Religión Católica la llaman los ignorantes fanatismo, el cargo contra nosotros no se acabará jamás, porque no hemos de dejar de ser católicos, es decir fanáticos; porque somos creyentes con la fe del carbonero, como soy yo, Señor huésped de mi alma.

—¿No es Ud. retrógrado, taita Cura?

—¡Ay! Señor, no sé, pues, lo que significará *retrógrado*. *Retro*, atrás, *gradus*, paso. ¡Un paso atrás! No lo doy yo jamás; porque me gusta ir siempre adelante en la firmeza de mi fé, en mis convicciones, en mi carácter, en la virtud, aunque soy pecador, y en el cariño á mis semejantes y á mis huéspedes, Capitán de mi alma.

—¡Gracias! Veo que Ud. habla con sinceridad. Ahora dígame, taita Cura, ¿y ciertas cosillas, que tanto propugan contra Uds. y los hacen aparecer no muy santos, son ciertas? Dígamelo ahora en confianza.

—Ah! Señor, los viciosos quisieran que todos los sacerdotes fuésemos perversos y corrompidos, y, sobre todo, avaros y salaces, para entonces no tener quienes les reprendan sus crímenes y les den ejemplos de las más grandes virtudes. Si todos los sacerdotes fuéramos infames, los malvados no tendrían de quién avergonzarse y ni quien les predicase contra

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

las iniquidades, y éstas se multiplicarián sobre la tierra. Por dicha, Señor Capitán de mi vida, si hay algunos sacerdotes indignos de su santa vocación, son muy pocos, y la mayor parte es de buenos y leales custodios de la casa del Señor.

—Algunos hacen fechorías, taita Cura. No me lo negará Ud.

—Que sí digo, Señor Capitán; en aquello no cabe admiración. Somos hombres y, como tales, débiles también y quebradizos como frágil vaso de barro, del cual fuimos hechos todos. El error de los que ponderan la caída de un sacerdote y se asombran de ella, consiste en que se fijan sólo en el sacerdote y no en el hombre, como si ya estuviese excento de toda pasión y tuviera patente de cuerpo y alma glorificados. No, Señor Capitán de mi vida, todos estamos sujetos á la debilidad humana; y Ud, que parece joven de seso, tampoco me negara que, por cada sacerdote que, en hora desgraciada, cae en un crimen, en un pecado, hay diez mil seglares que cometen el mismo crimen y pecado. Del primero se admiran y contra el primero echan pestes, mientras los segundos tienen como cosa natural y propia de ellos la vieja costumbre de pecar y mas pecar, como si tuviesen el privilegio de la irresponsabilidad. Parece que sólo los sacerdotes debiéramos ser impecables y estar obligados á rendir cuenta de nuestra vida á mi Señor Jesucristo, y que á Uds., los legos, no les toca nada de eso, sino sólo entenderse y ocuparse en el *peccata mundi*. ¿No es así, Señor huésped mío de mi consideración?

En esto habíase ya terminado la cena. Reinaldo dijo al Cura: cuanto Ud. ha dicho me parece y y lo tengo por muy verdadero. A mí antes no me gustaban los curas, le hablo con franqueza; pero desde esta noche, la primera que he tratado con un pres-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bítero, será muy otra mi manera de pensar. Ya veo que, cuando uno tiene ideas y conceptos preconcebidos y preocupaciones que no se desvanecen con un maduro examen, tarde llega á avalorar las cosas en lo que son en realidad. Ud. taita Cura, es sincero y habla con entera libertad, como á mí me gusta. Creo que no todos los curas serán como lospinta la calumnia.

—Y el liberalismo, Señor.

—A lo menos serán muy pocos los párrocos al remate malos. ¿No es así, taita Cura?

—Así mismo es, Señor; porque no hay regla sin excepción, ni cielo sin algunas nubecillas, y algunos habrá que, dejando de ser pastores, se vistan de lobos y se coman algunas ovejas.

—¡Bien! taita Cura, me encanta su ingenuidad. De una sola cosa sí se les hace cargo general aun á los mejores curas.

—¿De cuál, Señor de mi alma?

—De ser codiciosos.

—Feo pecado es la codicia, Señor mío; pero no todos lo somos, y la calumnia es la única que se empeña en hacernos esclavos de la codicia; porque, donde hay una virtud, le echa encima un velo, y, donde descubre un vicio, se ufana de publicarlo. Yo, Señor de mi corazón, no soy rico, y estoy libre de ser avaro, porqué no tengo que guardar. Para mí y esta pobre vieja, mi hermana, hay, ¡gracias á Dios! el pan de cada día, y esto me basta. Lo que sobra es para mis hijos, que así llamo yo á los pobres indios, que, como Ud. verá pronto, en numeroso enjambre me cercan cariñosos; porque para ellos soy todo: consuelo, amigo, juez, fiscal, hermano, padre, componedor amigable, reparador de agravios, arreglador de matrimonios dañados, en fin, Señor Capitán, soy el taita Cura. Esta expresión *taita* lo comprendía todo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

es palabra de amor, de cariño, de respeto, de súplica, de queja, de petición, de filial confianza. Taita, para los indios feligreses, quiere decir padre común, patriarca de un pueblo en Jesucristo, y es término de obligación y dulzura en boca de ellos. Esto y mucho mas significa la voz *taita*, y con ella se enuncian afectos y emociones *sui géneris*. Todas las acepciones, que he dicho á Ud., tiene la palabra *taita*, y no la única que, mezquinamente, le da el Diccionario. Aquí no sólo los niños sino los viejos prodigan este vocablo al párroco, y aun que éste sea muy joven, es siempre el taita Cura no sólo para los indios sino aun para los feligreses blancos. Cuando hasta Ud. me da el tratamiento de taita Cura, será porque le gusta el término, Señor mío de mi alma, y ¡Ojalá! Ud. fuera mi feligrés para hacerle participar de mi paternal cariño.

Mucho se rió y agradeció Blanca Rosa la fineza hecha á Reinaldo. Luego preguntó al Cura, si eran muchos los perjuicios que le habían hecho las tropas tarconistas.

Muchas, mi Señora de mi alma,—dijo el Cura;—pero ninguna atrocidad me ha dolido, y he llorado yo más, como las blasfemias que delante de mí y de mis sencillos feligreses, han vomitado jefes y soldados, más ebrios de incredulidad que de aguardiente. La blasfemia es signo de conciencias inmundas y lastima hasta el sentido común. Los blasfemos son como las cloacas, que no dan de sí sino pestilencia.

—Así es, taita Cura; pero cuando vienen forajidos, ¿por qué no se oculta?

—Ay! Señorita, le agradezco que Ud. también me trate de taita Cura. No huyo de mi pueblo; porque el párroco debe ser pastor que dé la vida por sus ovejas, á imitación del Pastor divino. Si

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

yo me hubiese ausentado, dejando en abandono el redil, ya los lobos hubieran devorado todo el rebaño. Con la resolución de sacrificar mi vida, me quedo aquí, y, en muchas ocasiones, me impongo y hago respetar de los pícaros y los devastadores del pueblo. Acá han venido generales, como un Rubicán, coroneles, como un Gavilanes (que todos lo son) y comandantes, como un Fierabrás, á los cuales, aunque me han baldonado al principio, los he puesto á raya, y no se han atrevido á hacer las proezas con que han cobrado celebridad en otras partes. Dios me ha ayudado.

—¿Y Ud. ha visto algunas muertes, como las que se imputan á los soldados del general?

—Ay! Señora de mi alma, dos barbaridades ví con estos ojos, que no se hartan todavía de llorar. Un pobre indio de este pueblo, se atrevió, talvez por estar algo *hebreo*, á pedirle á un alférez el cigarrillo encendido, para él también encender el suyo. No fue más: el oficial, de un balazo, tendió en tierra al desventurado hijo de Atahualpa, á cuya raza diz que ha venido á proteger Tarcón. Otro soldado tuvo la hazaña de matar no sólo una gallina sino á una india vejezuela, dueño del animal (*). Ay! Señora buenita, día llegará (ya que las cosas no son eternas aquí) en que, para vergüenza de los liberales tarconistas, aparezcan al desnudo sus maldades y alguno de ellos mismos delate las infamias de su partido y de sus amos.

Si fuera realidad,— dijo Reinaldo,—cuanto cuenta el taita Cura, sería de renegar del partido á que pertenezco y, sobre todo, del Caudillo á quien encumbramos al poder.

—No es bueno renegar, Señor Capitán; pero re-

(*) Ambos hechos son históricos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

niegue, pues, porque cuanto le cuento es la purísima verdad.

—Repruebo de corazón tantas atrocidades, de las que ya no dudo, taita Cura, y talvez no esté lejos el día en que me arrepienta de haber contribuído á la exaltación de un .....

—¿Ud. será de los que llaman liberales de orden, Señor Capitán?

—Soy radical ó, más bien dicho, verdadero republicano.

—Magnífico lo segundo, Señor; que lo primero está por demás. El nombre de republicano lo dice todo, y significa un hombre de ley, honrado, amante de la libertad para todos, observador esmerado de la Constitución del país, enemigo de los abusos del poder y del terrorismo, aunque se disfrace con los más bellos y relumbrantes nombres, como de igualdad y fraternidad.

—Pues así soy yo, taita Cura.

—Entonces llámese simple y bellamente republicano, y no radical, que es nombre que asusta ya. Bonita igualdad y hermosa fraternidad la del radicalismo con los indios, por ejemplo, convertirlos en acémilas de cargar parque, mientras los más ruines soldados van caballeros en buenas mulas. Robarles cuanto tienen los infelices, maltratarlos y hasta quitarles las mujeres, si viene á mano: he ahí la fraternidad.

—Ese no es mi radicalismo, eso se llama ya tarcoconismo. Ya no odiaré al Clero por sistema.

—¡Qué bello! Señor de mi alma. Entonces ya no será radical ni menos tarconista. Acordarase del taita Cura, Ramón Munive: Ud. no ha de morir en defensa de mala causa ..... hasta se ha de confesar.

Ja, ja, ja, taita Cura, á tanto no llegará su pro-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fecía. Uds. se hacen antipáticos; porque se meten á las casas á querer, por fuerza, convertir pecadores y confesar moribundos, quién sabe con qué fines.

—Ay! Señor de mi alma y huésped querido, oigame una cosa, y Ud. mismo decida, si hay razón. Cuando un triste Cura, ó cualquier otro sacerdote va á buscar una oveja moribunda, próxima á derrumbarse al abismo, ¿qué lucro, qué ganancia, qué fin terreno puede proponerse? ¿Se le paga por esto? ¿Qué ventaja puede sacar del que ya expira? ¿Va por heredarle? Ay! Señor de mi alma, el sacerdote va guiado por el interés de salvar una alma, y ese interés es la sublimidad del amor. ¿Para quién es el lucro y la ganancia sino para el alma del que, alentado por el taita Cura, muere en el Señor? ¿Dígame, Señor Capitán, el difunto vuelve de la otra vida á pagar en oro ó plata al sacerdote que le envió al cielo? La grandiosidad de nuestro ministerio consiste en salvar al que muere, haciendo los mayores esfuerzos y sacrificios de amor por el prójimo que no conoce su único y positivo negocio. Porque sabrá, Señor mío de mi alma, que, aunque digan que no hay tonto para su negocio, para el negocio de su propia salvación eterna hay innumerables tontos, porque *stultorum infinitus est numerus*. Por salvar almas cuántas veces los pobres taitas Curas padecemos golpes y sufrimos afrentas. Dígame, Señor Capitán, ¿será esa la moneda que vamos á buscar? Decida, y perdone á un pobre clérigo esta especie de sermón.

—¿Y á Ud. taita Cura, le han dado, en alguna ocasión, algún golpe, porque iba á auxiliar moribundos?

—Un gentil coscorrón, como de puño de machacheno, me dieron una vez que fuí llamado á confesar á un paisano de Ud. á un costeño, que moría renegando. Le supliqué, le lloré para que salvase su al-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ma, le toleré injurias, quise animarle con la misericordia infinita de Dios, y nada conseguí. Con una mano larga, amarillenta y trémula, le ví que sacaba algo de debajo de la almohada, y, cuando me llegué á enjugarle el sudor del rostro, creyendo que era pañuelo lo que sacó, me encontré con que era revólver, que el enfermo empuñaba y dirigía contra mí, con tanto brío, como si no estuviera para morir. Al ver tal cosa, un soldado (talvez sería Malco) me dió un terrible puñetazo en la cabeza, y me hizo salir diciéndome: fraire bruto, ¿que le importa á Ud. que á mi jefe moribundo lo cargue too lo diablo? Estaba tan estenuado el enfermo, que un solo diablo era suficiente para que cargase con él, Señor Capitán. Esto pasó en una ciudad. Me salí y, llorando la pérdida del infeliz, me regresé á mi pueblo. Yo volví con sólo mi buen chichón, y el jefe, que murió apenas yo me retiré, se fue ..... Ay! Señor de mi alma no digo más.

—Digo, que, si ásí es la misión del sacerdote, más son las calumnias que la realidad. Yo, taita Cura, desde esta noche ya no seré muy enemigo de los frailes.. Creo que no me convertirán á la fuerza ni me costará dinero la salvación.

—No, Señor, ni á empellones ni á sacudones como creen los ignorantes. Al cielo no se lleva á coces, como los soldados suelen llevar al cuartel á los infelices campesinos, cuando hay la llamada *recluta*, cosa que hay casi siempre. Tampoco, por la confesión, le exigirán derechos, como candorosamente creía un infeliz soldado costeño, á quien unos pésimos radicales le habían persuadido de que los frailes exigían plata para confesar. Esto pasó en el Hospicio de Quito, en el cual yacía un soldado liberal, olvidado de los suyos. Cuando vio que el Sacerdote, persona suave, insinuante é ilustrada, en vez de pedirle dinero, se lo ofrecía, puesto que estaba en absoluta miseria, el mori-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bundo, asombrado, abrió los ojos á la fe, con la realidad de los hechos contrarios á los que él creía, y cedió suavemente y se salvó, como lo espero.

—Me gusta cuanto Ud. ha dicho, taita Cura. ¡Gracias! por su cena y buena voluntad.

—Esta sobra, pero aquella ha estado *ramplona*.

Perdone, Señora, si le he hecho *hacer penitencia* y, sobre todo, perdone mi larga conversación. Como en este pueblo, todo de indios, no hay casi gentes con quienes platicar racionalmente, cuando llegan personas, como Uds., me desquito del silencio de tantos días, y hablo largamente.

Hace bien, taita Cura, —dijo Blanca Rosa,—yo hiciera lo mismo en estas soledades.

La hermana del Párroco, la cual había desaparecido después de la cena, volvió afable y avisó que estaba ya preparada la cama para los Señores esposos.

—No solemos dormir juntos, — dijo Blanca Rosa, algo encendido el rostro.

—¿No son casados? — dijo Doña Eduvigis.

—Somos hermanos, —dijo Reinaldo, guiñando á su paje Eugenio, que estuvo presente.

¡Ujú! —dijo el Cura.—El arriero me dijo que la Señora era casada .... Que le preparen, pues, al Señor mi propia cama, y la hermanita que vaya al cuarto de Eduvigis, donde será servida y acompañada.

No es posible desacomodar al taita Cura,—dijo Reinaldo.—Yo soy soldado y estoy acostumbrado á dormir en el campo raso. A mí me bastará el sofá.

No, Señor, —dijo el Cura; —yo también soy soldado de Jesucristo, y soldado tenaz y porfiado en lo que exijo. Ud. ha de tener la bondad de ocupar mi humilde lecho, pobre pero limpio como la conciencia de un recién confesado.

¡Gracias!—dijo Reinaldo,—no desagradaré á mi taita Cura. Luego le estrechó la mano, y advirtien-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do que el Párroco le miraba con fijeza y pronunciaba algo por lo bajo, como masc ando las palabras, dijo: ¿qué habla, taita Cura?

—Ay! Señor Capitán de mi alma, tienen los liberales la fama de ser desalmados y pícaros. Yo, viendo la buena cara de Ud. y su buena educación, estoy diciendo: no ha de ser tan malo, no ha de ser tan perverso como los demás.

—¡Gracias! por la franqueza, taita Cura,—dijo, riéndose Reinaldo.

Después fueron todos á dormir, menos el Cura, á quien Reinaldo, desde su cama, oyó primero rezar el breviario y luego hablar con una multitud de indios, sobre varios asuntos. Al ruido de ese enjambre de moscones, que repetían cien veces: taita Cura, se quedó dormido tranquilamente.

Cuando Dña. Eduvigis vio ya dormida á Blanca Rosa, se quedó contemplándola, y admirada de la belleza de la joven, dijo entre suspiros: esta mujer es muy hermosa, y no podrá ser muy afortunada. Parece que algún oculto dolor, una falta grave talvez, van dejando en el cerco de sus ojos una ojera de melancolía. ¡Pobrecita! que duerma; que sólo, cuando dormimos, dejamos de padecer.

XLVI

El Cura joven Arteta

En la mañana siguiente todos estaban en pie, huéspedes y dueños de casa. Estos obsequiaron á aquellos con una taza del aromático café de Pallatanga, y luego se manifestaron pesarosos por la partida de tan amable pareja.

Cuando ya, todos á caballo, comenzaban á salir, después de un expresivo adiós, Doña Eduvigis, á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

quien le dio dentera de saber el nombre de los dos jóvenes, cosa que al Cura no se le había ocurrido preguntar, dijo: perdonen Uds. si les suplico me digan sus nombres, para saber á quiénes hemos tenido la honra de hospedar en esta pobre casa.

—A dos hermanos, Cristina y Mario Rendón,—dijo Reinaldo, y echó á andar á todo paso.

—¡Ujú!..... —quedó diciendo el Cura—¡si serán hermanos!

Como dos leguas anduvieron nuestros viajeros, después de prolongado silencio, cuando Blanca Rosa dijo á Reinaldo, entre sonreída y triste: admirada estoy de la facilidad con que inventas nombres para bautizarnos á los dos, y cómo de novios pasamos á ser hermanos.

—Así hay que desorientar al mundo, para tapar las malas bocas y conservar nuestra quietud. Por lo demás no te admires de mi dón de invención; porque el siglo XIX es el siglo de las invenciones, y ahora todo se inventa: lealtad, afectos, patriotismo, todo, y nada es ya natural.

—¡Ojalá! tu amor á mi no sea también inventado.

—Es natural, nacido del corazón y alimentado por tus gracias y atractivos.

—¡Gracias! también por las galanterías, caballero. ¿Que te ha parecido el taita Cura Munive? Nada me has dicho, Reinaldo. A mi me ha gustado el sacerdote.

—Pues á mi tampoco me ha disgustado el clérigo. Es bonazo, generoso, y, con apariencias de sencillez, me ha endilgado verdades de á folio.

—Todo él es sinceridad y sencillez, y ésta no excluye el que sea instruído y razone con lucidez. Hay hombres inteligentes con candor de niños, y hay personas de poco talento, pero vivaces y muy prontas.

—Cierto, Blanca Rosa, pero á estas personas, si

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se va al fondo de las cosas, se les descubre la superficialidad, y no se les halla solidez alguna. Las cosas, para ser buenas, deben ser sólidas.

—Como el amor, Reinaldo.

En estas y otras conversaciones se ganó otra legua de camino, cuando Eugenio y Lorenzo, que iban siempre delanteros, avistaron á un hombre que venía caballero en una hermosa mula torda, todo él elegantemente ataviado.

El galápago era espléndido, freno, pretal y correas guarnecidas de plata, espuelas del mismo metal, pellón de hilos de seda, roana negra de exquisito paño, bufanda de hermosos colores y sombrero de Jipijapa. En los estribos limpios podía verse la cara el sol, que se acercaba casi al mediodía. Cuando le divisó Blanca Rosa, dijo: por allá viene un elegante caballero.

Se cubrió el rostro con un velo verde, por haber dejado ya el de color de rosa.

Tiene apariencias de sacerdote,—dijo Reinaldo,—y está bien puesto. Talvez es algún Cura con mejores proventos que el taita Cura Ramón Munive.

Lorenzo Muro, que veía de más cerca al caballero, dijo al otro paje: apotemo á que lo demonto á ete fraire y le quito la mula. Por algo he de sé soldao tarconita.

—Tú le quitas la mula al sacerdote,—dijo Eugenio,—y á tí te quita la crisma el patrón. El es herejón y calavera, y jugador, y enamorado, como el demonio, y ahora se ha hecho hasta mentiroso; pero no es mal liberal, ni asesino, menos ladrón, sino generoso y hasta caritativo. Métete á cuatrero, y verás lo que te pasa.

¿Perb á lo freire no se le puee quitá too? ¿no lo hacen así too lo día otro jete? No será, pue, malo eso, cuando lo hacen hata lo generale, como yo vide

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

una ve en Ambato. ¡Gua! yo de too te amilana.

—Tú debes servir al Mayor Garrás, que sabe negociar bestias robadas, y no á Don Reinaldo del Valle, que es un mozo muy guapo y muy caballero, y él no deja robar ni roba. Sus travesuras son de otra especie.

—Toas se la conoco yó.

Muro llevaba arrendado un potro recién domado, que su patrón había adquirido en Quito. Era de color pío, alto y brioso, el rey de los *chugos*, según la expresión del arriero Prudencio. Cuando el potro vio á la mula del desconocido ginete, comenzó á relinchar y pugnaba por zafarse y entrar á una dehesa, cuyas puertas estaban francas. Sudaba y maldecía el negro queriendo contenerlo; pero no pudo, y le fue preciso apearse y llevarlo del diestro; y así y todo, el animal se encabritó y bufaba como desesperado.

¿Qué pasa,—dijo Reinaldo?, y se aproximó á todo andar. Entretanto, el desconocido caballero, que era, en verdad, un Cura todavía joven y bizarro, se acercó también y, saludando cortés al Capitán y á Blanca Rosa, se quedó parado.

—¿Qué sucede con este animal, para que así se enfurezca?—preguntó Reinaldo.

Le ha entrao el memo diablo,—dijo Lorenzo—y quiee metese á ese potreo, como si fuese nacío aquí.

En esto el caballo seguía encabritándose, hasta que Eugenio y el arriero se apearon para ayudar á Muro.

—¿A dónde querrá ir este bruto?—dijo Reinaldo.

—No es tan bruto como parece,—dijo el Párroco joven.—Este animal conoce la querencia y quiere volver á ella.

—¿Como puede ser eso, Señor Cura?—dijo el Capitán.

Cosa muy sencilla, caballero,—dijo el Cura:—es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

te caballo es mío ó, á lo menos, lo era, y lo crié con mucho esmero; porque soy aficionado á tenerlos buenos.

¿—Y á quién se lo vendió, Sr. Cura?—dijo Reinaldo.

No lo vendí, buen caballero,—dijo el Cura,—sino que me lo robó un jefe que se enamoró de él; y, como profería amenazas brutales y me quería llevar preso, por conspirador, dejé que el preso y el conspirador fuese mi caballo.

—¿Y supo Ud. cómo se llamaba el jefe ó el ladrón que, para el caso, va á dar á lo mismo?—preguntó Reinaldo.

Noble joven,—dijo el Cura,—no sé el nombre del jefe; pero sí me acuerdo que los mismos soldados le apellidaban el Comandante Garrastel.

Tiene Ud. razón,—dijo Reinaldo.—Es el mismo que me vendió el caballo en trescientos sueres.

Pues á él,—dijo el Cura,—no le costó nada. Con sólo la divisa militar se compra lo que se quiere.

Así será,—dijo Reinaldo,—pero talvez su caballo fue ganado en buena guerra, y Garrastel lo tomó en algún combate, y Ud. tomaría parte en alguna revuelta, si es tan revoltoso el Clero, según lo publican nuestros periódicos *El Nuevo Germen*, *La Nueva Era*, *El Berrinche y otros más*. Si es así, no hay robo; porque, en la guerra, pasan esas cosas, y nada hay que extrañar.

Cierto, es,—dijo el joven Párroco,—lo que Ud. afirma; porque, precisamente, esa es la guerra, el cúmulo de todos los males, y atropellos, y abusos y calamidades, y después de una batalla, todo, aunque horrible, parece hasta natural. El soldado victorioso, ebrio con el triunfo, comete de pronto barbaridades hasta que, poco á poco, se disipa el humo de la pólvora y de los furores. El soldado vencido es todavía

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

más temible, y, en la derrota, àsesina y roba como tigre, á quien le quitaron sus cachoros. Esta es, pues, la condición propia de la guerra; y, por eso, la santa Iglesia, en sus preces, pide á Dios que nos libre de ese azote. Si mi caballo hubiera sido parte de botín de guerra, buen provecho para el nuevo dueño, que yo nada tendría que decir ni por qué quejarme. Pero es el caso, que en plena paz, me lo quitó Garrastel; porque el robo de caballos y mulas ha pasado á ser costumbre y para ésto sí hay perpetua guerra y campaña. Así, un delito en un particular ha venido á ser cosa natural y corriente en un militar. Esta es la verdad, Señor viajero. Por lo demás, que yo sea conspirador, parece ya una burla conocida á fuerza de repetirse tanto. Es calumnia que, entre liberales, ha pasado á tema obligada: el Clero conspira. Pero, dejando á parte estas cosas, me tomaré la libertad de invitar á Ud. y á la Señorita, para que se dignen entrar en mi casa parroquial, que está apenas á tres cuadras de aquí. Es ya tarde, y supongo que Uds. no habrán almorzado todavía. Yo tendré verdadera satisfacción en que me acompañen. No sé aún con quiénes tengo el honor de hablar; pero me bastó una mirada para creer que tuve la suerte de toparme con caballeros.

¡Gracias!—dijo Reinaldo—Esta Señora, mi mujer, es Rosa del Campo, y yo me llamo Leonardo Bustamante. Aceptamos agradecidos su invitación.

—Ya volvió á mentir,—dijo entre sí Eugenio, que iba al lado de su patrona.

—Me permitiréis que os guíe y vaya adelante, —dijo el Cura.

—Como Ud. quiera,—dijo Reinaldo.

—¿Qué te parece?—dijo á Blanca Rosa—Estoy entre dos Curas y una buena moza. Yo huyendo de los individuos de corona, y ellos á salirme al paso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pudiera ser que algún día te conviertas y llegues á ver en los sacerdotes los amigos de Dios y los apóstoles de los hombres. ¿No será así, Reinaldo?—añadió con angelical sonrisa.

—¡Talvez! Dicen que hace prodigios el amor.

—Sí, cuando es casto ó legítimo.

Reinaldo,—variando de conversación,—me gusta este otro Cura,—dijo,—y parece de noble alcurnia. La elegancia en él no es afectada sino de educación y no muestra vanidad. A mí me gustan los sacerdotes decentes, y no de aspecto repugnante.

—Sí, Reinaldo; porque el vestido aseado y decente no está reñido con la virtud, y los sacerdotes que tengan el dón de gentes, deben turnar con la buena sociedad y no aparecer despreciables ni adustos.

—El virtuoso y pulcro debe ser como un ángel. ¿No es así, Blanca mía?

—Cómo vas hablando con tanto acierto. Me place mucho el oírte, y que te vayas haciendo juicioso. No rozando con amigos como Bruno y Bertín, te volverías un santo.

Rióse mucho Reinaldo, y todos entraron á la casa del Cura, que atendió á sus huéspedes con verdadero cariño.

Cuando se sentaron á la mesa, dijo á Reinaldo el Cura: su nombre sonó agradable á mis oídos; porque yo tengo un primo hermano, que también se llama Leonardo, y es estimabilísimo joven.

Blanca Rosa puso mucha atención, y Reinaldo, en mala hora, pregunto al Cura. ¿vive con Ud. el joven?

¡Ay! Señor,—dijo el Cura,—si viviera conmigo, no le habría sobrevenido una desgracia, que ahora lamento, porque le amo entrañablemente.

Reinaldo quedó en silencio y siguió almorzando. Blanca Rosa le miró de soslayo.

Sabrá, Señor Leonardo,—continuó el Cura,—que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

su tocayo de Ud. según un telegrama que recibí anoche, está preso en Quito por cuestiones políticas diz que, cuando jamás toma parte en esa batahola, que hoy asorda y empobrece á la República. Por un discurso que pronunció en la Universidad, ya los liberales, que pregonan la libertad de pensamiento, de palabra ó por escrito, le castigaron duramente. Yo más bien creo que la causa de esa prisión es la inmoral y maldita Policía secreta, y venganzas particulares, á pesar de que Leonardo es incapaz de ofender á nadie. Estoy muy apenado.

—¿Y cómo apellida el joven, su primo?—preguntó Blanca Rosa, con visible disgusto de Reinaldo.

—González,—dijo el Cura, y suspiró.

—Como los presos en Quito son pan de cada día en el Panóptico,—dijo Reinaldo,—y unos entran y otros salen, en incesante jubileo, ya su primo saldrá muy pronto. No lo dude, Señor Cura.

Dios haga efectiva su palabra, buen caballero,—exclamó el Cura—Somos, como dije, dos primos. que nos queremos mucho, hijos de dos hermanas

¿Y el nombre de Ud. Señor Cura? Es preciso que nos lo diga,—advirtió Reinaldo,—para llevar un grato recuerdo.

¡Gracias!, Señor,—dijo el Cura,—soy Fermín Arteta, amigo y humilde capellán de Uds.

Pues pierda Ud. cuidado; que yo escribiré á Quito y me empeñaré para que su primo sea puesto en libertad inmediatamente. Para algo he de ser liberal.

¡Gracias!, Señor,—dijo el Cura—seré su eterno agradecido.

En esto asomó un enjambre de indios de toda edad y condición, que formaban algarabía semejante á la de los loros y pericos, cuando se alzan talando las sementeras de maíz. Se agrupaban en contorno del

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cura y hablaban todos á la vez, en cierto lenguaje de germanía, que es aturdimiento y confusión para quien los escucha. Sólo el Cura era el único que tenía la habilidad y la costumbre de entenderles y la paciencia de escucharlos. El nombre de *taita* Cura resonaba en todas partes, y los indios, afeminando á veces la voz, cuando se quejaban ó pedían algo, se parecían á los pollnelos que pían sin cesar al rededor de la gallina.

El Dr. Fermín Arteta pidió permiso á sus huéspedes para atender á sus feligreses; y Reinaldo, que jamás había visto cuadro ni escenas semejantes á las que tenía delante, se estuvo una pieza contemplándolo y observándolo todo.

Unos habían venido á pedir proclamas para celebración de matrimonio, otros á dejar en depósito una novia robada; estos querían arreglar una fiesta, aquellos ajustar el precio de los funerales de un difunto. Unos pedían, otros rogaban y todos tenían alguna pretensión. El Capatáz de ellos, una especie de Curaca, repetía una y otra vez las mismas palabras, y queriendo ser claro y preciso, como algunos escritores, se enredaba y confundía más y más. En esto lloraban unas indias jóvenes, se balanceaba un viejo bastante achispado, y un mozo aturdía con los flébiles tonos de su *rondador*.

El Cura párroco en todo entendió, á todos satisfizo y todo lo arregló en menos de media hora. Perdonó á unos lo que debían, rebajó á otros lo que pedían, socorrió á estos, reprendió á aquellos, y se hizo todo para todos. Aunque muy joven todavía, el nombre de taita Cura suna bagrato á sus oídos; pues sabía que era consuelo de tristes, sostén de débiles, amparo de desvalidos, defensa de inermes, y maestro y padre espiritual de todos sus indios.

Cuando éstos desaparecieron, admirado estoy, tai-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ta Cura,—dijo Reinaldo,—de su paciencia y bondad en tolerar y oír á esa multitud de salvajes. Yo habría huído á leguas, porque me parecían legión de demonios.

Ud.—dijo el Cura,—no acostumbrado á ver tales cuadros, habría huído de ellos, pero yo, que soy para ellos el Párroco, el padre de todos, el taita Cura, tengo el deber de escucharles, por oportuna ó inoportunamente que vengan á buscarme. Esta es la misión de un Cura, entenderse con los más infelices, los indios, con los *desheredados de la fortuna*, como dicen los liberales. Los Curas queremos que estos desheredados de la fortuna, no queden también desheredados de los bienes del cielo, y, por eso, los doctrinamos con trabajo y constancia penosos, aunque ahora hasta esto nos impide la magnanimidad de las autoridades radicales. Esta es nuestra conspiración perpetua y no la que algunos periodistas nos atribuyen *gratis*, Señor Don Leonardo.

Ud,—dijo Blanca Rosa,—es modelo de buenos párrocos. Así deben ser todos para honra de su ministerio.

¡Gracias! Señorita,—dijo el Cura,—hago lo que debo, y, aún después de cumplida mi obligación, es preciso decir: *Servi inutiles sumus.*

Reinaldo, después de reposar sobre mesa, dijo á sus pajes: sacad los caballos de la pesebrera; porque es hora de continuar el viaje.

Estan Uds. ya cerca de la Victoria,—dijo el Cura,—y pueden ir despacio. Además, esta es la última jornada de ir á caballo, y mañana, en el tren, se disipará el cansancio, y la monotonía del movimiento se cambiará en variedad y alegría. En el ferrocaril, nuestro, tan hermoso por las regiones que atraviesa el viaje es deleitable.

Me alegro de oírle,—dijo Reinaldo;—porque di-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cen que el Clero es retrógrado y opuesto á las vías férreas.

¿Por qué tan tamaño disparate, Señor?---dijo el Cura.

---Por que diz que Uds. creen que por el ferrocarril ha de venir la herejía y una legión de masones. Ja, ja, ja.

—Tiene Ud. razón de reírse de esas invenciones de escritores zarramplines que, no teniendo con que llenar las columnas de sus diarios, forjan una especie tan sosa, como si el Clero ecuatoriano no fuera, por lo general, ilustrado y sensato. Ni las herejías ni la fracmasonería tienen necesidad de vías féreas para esparcirse por todas partes. El mal no espera los buenos caminos; porque, si no anda, vuela, y los vientos mefíticos del error le impelen á donde quiera. Herejes y masones tenemos ahora en lo interior de la República, venidos en mula y aun en burro, y no en ferrocariles, Señor Don Leonardo. El bien y el mal, las virtudes y los vicios, los hombres de la ciencia y los hombres del crimen han de venir en el mismo ferrocaril; y esta invención, así como la de la imprenta, no tiene la culpa del abuso que los hombres hacen de las cosas. Esto es materializar los males; en el mismo ferrocaril, que venga un jugador, vendrá también un santo misionero, y junto con algún comediante llegará algún sabio, y en el mismo vagón, donde se siente una meretriz, viajará una hermana de la caridad. Así es el orden de este desorden del mundo, y los sacerdotes de nada nos admiramos, ni atribuímos el mal á objetos que en el bien tuvieron su origen.

—Me complace oír á Ud expresarse de esta manera. Veo que Ud. es partidario del progreso y que desea que el ferrocaril úna las dos ciudades impor-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tantes del país: la Capital y el hermoso Puerto de la Nación.

—Esa fue la bellísima idea de nuestro gran hombre.

—¿De cual?

—De García Moreno.

—Ese nombre es fatídico para los liberales, Señor Cura.

—Sí, pero muy honroso para la patria. Todos los partidos políticos, cualesquiera que sean sus pensamientos y aspiraciones, si son patriotas, y justos ó imparciales en sus juicios, deben admirar á ese gran varón, de talla tan gigantesca en su cuerpo como en sus ideas.

—¿Lo conoció Ud, Señor Cura?

—Niño quedé aún, cuando él murió; pero sí alcancé á conocerlo, y me ha quedado en la mente la impresión de su imagen. Aun en la lejanía, me parece que diviso esa figura noble, atlética, esa frente espaciosa donde reverberaban las irradiaciones del genio, esa mirada donde á veces había relámpagos de tempestad, y todo ese continente gallardo, apuesto y propio de su grandeza. Añada Ud. á estas prendas un gran talento, un corazón valeroso, que en las dificultades y peligros cobraba mayores bríos, una perseverancia tenaz en lo emprendido, una vista sagacísima para leer en el más lejano porvenir y una predilección sin segundo por el engrandecimiento de la patria, y tendrá el verdadero retrato del gigante del Ecuador. En cualquiera posición social, en cualquier estado, habría sido siempre grande, porque tenía inteligencia para todo. Como fue gran magistrado, habría sido gran astrónomo ó sublime matemático, ó naturalista consumado, si á estas ciencias se hubiera dedicado como se consagró al progreso de la patria. Sus discursos y escritos son ver-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

daderos destellos de su carácter, claros, luminosos, concisos, avaros de expresiones y pródigos en sentido y profundas sentencias, que han pasado ya á ser proverbios en el país. Su poesía rápida, apasionada, vehemente y hasta vaticinadora de la trágica muerte que él tuvo, le da alto puesto entre los poetas ecuatorianos. Es un Moratín de alta talla y vigorosos conceptos.

—Según he oído á personas ilustradas, esa es la verdad; pero no me negará, Señor Cura, que tuvo grandes defectos.

—Sí, Señor, grandes; porque, en hombres como García Moreno, todo es grande y nada ruin ni ridículo, como algunos hombrezuelos que el capricho de la suerte ha levantado para oprobio y vergüenza de la patria. En mi opinión uno de los mayores defectos de García Moreno fue el no haber formado alguno ó algunos hombres, que se le asemejasen, no haberles como transfundido su carácter, su valor aun para el sacrificio, su perseverancia inquebrantable, su patriotismo y abnegación.. No dejó una verdadera escuela, y si formó hombres de alta importancia entre sus numerosos adeptos, ninguno de ellos alcanzó á seguir por el rumbo luminoso que trazó en la esfera social ese astro de primera magnitud. Los genios vienen de tarde en tarde: quizás en lo por venir haya alguno que se le parezca.

—No permita la suerte, joven Cura, que vuelva un tirano como el que Uds. idolatraron. Para los conservadores fue un gran ídolo. No me lo negará, Señor Arteta.

—Jamás es perdonable la idolatría, Señor Don Leonardo, ni aun en política, porque eso se llama vileza. Nada hay tan odioso como la adulación á los que se ciñen la banda presidencial. Sin embargo, aun suponiendo que los conservadores hayamos sido

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

idólatras, tampoco me negará Ud. que el ídolo fue de oro y no de vil y despreciable barro, como esos diosecillos deformes, que suelen desenterrarse de las tolas de los Incas. Uds. los liberales son los que han deificado, como los antiguos egipcios, hasta las cebollas de su huerto. En cuanto al calificativo de tirano, los tarconistas son ahora los que menos deben pronunciar esta palabra. Si García Moreno procedió á veces con vituperable rigor y severidad en sus actos políticos, nunca dejó que la verdadera tiranía, la de los perversos, campase en la República á todo su antojo. Cuando él gobernó, el soldado no fue el verdugo del indefenso ciudadano, ni los jefes de batallones fueron verdaderos sátrapas. Trajo al país, para su progreso, extranjeros útiles y pocos, no aventureros corrompidos y numerosos. Señor Bustamante, es preciso confesar que el primer gobierno radical no ha imitado ninguna de las virtudes del gobierno de García ni de los demás gobiernos conservadores; pero sí, á la perfección, los diversos defectos, errores y aun abusos de algunos de ellos, superándolos á todos en desafueros, con lujo de opresión y tiranía é invento de tormentos pavorosos, siendo el tarconismo la cifra de todos los desaciertos que él mismo antes censuraba. Libertad para todo y para todos, menos para el mal, fue la hermosa tema del Presidente gigante. Ahora, en los tiempos del pigmeo, hay también libertad para todo, menos para el bien, siendo lo más admirable que Tarcón, el caudillo, hombre de intachable conducta moral en su vida privada y padre de una familia honorable y aun virtuosa, en su vida pública se rodee de hombres viciosos y corrompidos, y dé suelta á todas las pasiones é inmundos instintos de sus partidarios, cargando sobre sí la responsabilidad de crímenes ajenos. Perdone, amable caballero que le exprese con sinceridad mis opiniones; porque

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cuando se habla de los intereses de la patria, por dura que sea, debe decirse netamente la verdad. Perdone también la digresión con motivo del ferrocarril comenzado por el tirano, y que, á vivir él, estaría ya concluído.

—Lo concluirán los yankees, Señor Cura.

Vivamente lo deseo, á pesar de un temor.....

—¡Cual? Expréselo con franqueza; porque aquí estamos amigos y ciudadanos para decir nuestro parecer, y se trata, sobre todo, de un bien inmenso para la patria.

—Pues temo que llegue á resultar verdadero el rumor increíble, inverosímil, no imaginable siquiera de que, como aseguran, el ferrocarril se haga sólo con el dinero de la misma Nación, sin que los empresarios gasten nada de sus propios fondos ni traigan de fuera una sola libra esterlina, quedando de dueños de la obra sin trabajarla á su costa. Esto sería, Señor D. Leonardo, como si yo, poseído de una ilusión de demencia, llamase á un ingeniero y lo propusiese que, sin reparar en la magnitud del gasto, me hiciera un camino para una hermosa quinta de mi propiedad. El ingeniero bellaco va recibiendo poco á poco mis caudales, y concluye el camino; pero una vez concluído, resulta que, al fin de fines, á pesar de haberme costado mi dinero, el empresario se queda de dueño de la obra y mi quinta hipotecada á su favor y poco menos que enajenada. Añada Ud. á esto la altanería y el ceño de los yankees, tan en contraste con la amabilidad ecuatoriana. Advierta que tienden ya á ser nuestros amos y señores, y vea si no hay motivos para temer; porque entonces el ferrocarril para los ecuatorianos vendría á ser una jaula de oro.

—Especies muy sosas me parecen esas, Señor Cura, temerarias é inconcebibles; porque un contrato semejante no se toleraría ni entre los cafres menos en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la America civilizada. El infame ó infames que tal red tendieran al pueblo ecuatoriano, merecerían nada menos que el *linchamiento* de bárbara usanza en Norte Amórica. Eso sería entregar el Ecuador, como vil esclavo, á ajenos amos y convertir la obra del ferrocarril, tantos años mirada como rósea ilusión, en obra de esclavitud y muerte y aun de atentado contra la autonomía nacional. Que nuestro ferrocarril sea carísimo sobre toda ponderación y que no alcanzaremos á pagarlo sino empobreciendo al Erario y en penuria aun para los gastos ordinarios de administración, es indudable. Lo demás es una quimera. No se imagine, buen Cura, semejante traición. Son aberraciones del pesimismo, de los odios políticos y una calumnia de nueva y aterradora invención. En inventar y fingir es muy suspicaz ó ingeniosa la pasión de los bandos opuestos.

—Así puede ser, Señor Bustamante; porque es inconcebible ciertamente aun la verosimilitud de tal rumor. Entonces, en cambio de un bien material, tendríamos que lamentar innumerables y positivos males y la obra del ferrocarril no sería de redención sino de esclavitud y eternas maldiciones.

—Temores vanos, Señor Cura.

—¡Ojalá! sea así. Me alegraría de veras, créamelo, de que mis temores fuesen burlados y de que una realidad halagadora nos sonriese.

Lorenzo y Eugenio sacaban ya los caballos de los viajeros, y el potro pío ó *chugo* salía gallardo y relinchando, alegre de verse en la querencia.

Reinaldo dijo al negro Muro: deja ese caballo en su lugar; porque no es mío sino de exclusiva propiedad del Señor Doctor D. Fermín Arteta. Yo no quiero poseer jamás cosa robada; porque no soy ni me apellido Garrastel. Señor Cura ,el caballo está á su disposición.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿Es mío?—dijo el Cura con insistencia.

—Es suyo,—dijo resueltamente el joven.

Pues si está á mi disposición,—dijo el Sr. Arteta,— dispongo de él, y lo regalo con todo gusto al caballero Don Leonardo Bustamante, y esta resolución es irrevocable, y quedaría yo eternamente resentido, si mi huésped no se llevase el caballo.

Lo dijo con tal acento de verdad y generosidad, que Reinaldo lo aceptó y agradeció de veras; porque el potro era de su preferencia y agrado, y sólo la vergüenza de haber comprado y poseer cosa robada, y su propia caballerosidad, le impulsaban á devolvérselo al generoso Cura.

Hermosa es la lucha caballerosa de dos amigos: también Reinaldo quiso, por su parte, regalar al Cura la guapa mula baya, que no había servido ya desde Latacunga, en donde quedó el ginete. Doctor Arteta,— le dijo,—esta mula excelente andadora, es muy á propósito para Ud. Es fortísima, y Ud. puede servirse de ella todos los días para ir á confesiones y otras obras de su ministerio. Ahora está descansada; porque desde la provincia de León no la ha montado nadie. Le pido de favor que me la acepte y se quede con ella.

Yo le pido otro favor más grande,—dijo el Cura: —no me obligue á aceptarla; porque, donde hay compensación, desaparece la dádiva y el dador queda avergonzado y descontento.

Ha dicho Ud. una gran verdad,—dijo Reinaldo,— y no quiero disgustarle. Para llevar un recuerdo de amigo tan generoso como Ud., deseo una cosa.

¿Qué quiere Ud.?—dijo el Cura.

Un trueco: llévese Ud. mi mula baya, indudablemente más mansa que cualquiera otra bestia mular, y yo me llevaré la torda, dijo Reinaldo.

Está bien, dijo el Cura, *mutatio mularum*. Verifi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cóse el cambio, en el cual ganó el Doctor Arteta; porque la mula de Reinaldo era más nueva y de mejores prendas.

Luego se pusieron en marcha Señores y pajes, y el Cura fue á encaminar á sus huéspedes por el espacio de media legua, con entretenida y culta conversación, casi toda acerca de los acontecimientos políticos de la época, los cuales tenían ya á Reinaldo por extremo desengañado y pesaroso de haber contribuído por su parte á la desventura del país, no de su voluntad sino pagando tributo á la ilusión de creer que un hombre, para él desconocido, era la esperanza de la patria y el antemural de la libertad y el progreso. El desengaño le trajo la indignación de las esperanzas burladas, y aseguró al Cura, que en la primera oportunidad, lucharía por derrocar á un caudillejo levantado al poder por una de esas algaradas revolucionarias, que á manera de deshechos huracanes, avientan por los aires, á inmensa altura, las hojas secas y las pajas endebles.

No sé,—dijo el Cura,—qué fatalidad pesa sobre el Ecuador, como si llevase sobre su mente la mole del Chimborazo. Soñamos en libertad como en una hada de peregrina belleza. La vemos ya, casi la palpamos, y pronto ella se desvanece como una sombra luminosa y fugaz, y sólo quedamos con más desconsoladora realidad. Erigimos á la libertad altares y, á breve tiempo, los hallamos convertidos en sepulcros. ¿Será que esta patria, por ser tan hermosa, sea tan desgraciada? ¿Será una triste compensación de su belleza su desventura?

Estoy por creer que así sea, —dijo el Capitán.

Todo puede ser,—dijo el Cura,—mirando á Blanca Rosa, que involuntariamente se sonrojó, como que presentía su desgracia, por que era hermosa. Todo puede ser,—Señor Reinaldo Bustamante;—pero yo sé

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

decirle á Ud., que esta, que llamamos fatalidad, no es sino altísima providencia de Dios, y lección, y enseñanza y escarmiento, que él suele dar á las naciones. Cuando quiere premiarlas, les concede magistrados excelentes, y, si quiere castigarlas, les envía gobiernos inicuos y de expiación. De todos modos castiga y amonesta como Padre. Esta nuestra República debía ser probada y expiar muchas faltas, y el Señor permitió que se levantase en alto el azote, el caudillo Tarcón que ha sido y es, para esta patria, la caja de Pandora, de donde se han esparcido todos los males en contorno de nosotros, y por todas partes y en todas direcciones. ¡Ojalá! los ecuatorianos nos aprovechemos de esta lección y no la olvidemos, para, de la historia de las actuales desdichas, sacar caudal de experiencia en lo futuro. Entonces seremos más respetuosos con la autoridad legítima, y le daremos prestigio y firmeza al primer Magistrado, cuando sea republicano práctico y acatador de nuestras creencias, y le rodearemos de consideraciones, y no lo colocaremos en un cerco de opresión, aturdido por la vocinglería de masas populacheras, y entonces no le atraeremos el odio y aun el desprecio, cosas que han sucedido en estas tierras, y las han realizado no los demagogos y anarquistas sino los católicos republicanos. En la cátedra hemos enseñado el respeto á la autoridad legítimamente constituída, y afuera hemos aconsejado las revueltas y tomado parte en ellas. En teoría bellas doctrinas, Señor Leonardo, y, en la práctica, todo lo contrario. Yo soy sincero y, sin ambajes, declaro el error y pecado de los hombres de mi partido y principios. Cuando se insulta, debilita y desprestigia á un magistrado suave, tolerante y bueno, muy pronto se lo subatituye con la fuerza bruta. Casi siempre, después de un presidente muy republicano, viene un déspota audaz ó inverecundo, y en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tonces los pueblos, descontentos con la mansedumbre del primero, sufren callados la tiranía del segundo y hasta besan la mano que los castiga. Esto pasa hoy en día, Señor Bustamante; y lo peor es que, tras tantas desdichas, todavía no hemos de aprender bien la lección, y hemos de volver á deslumbrarnos con algún otro caudillejo de celebridad postiza, para volver también á llorar desengaños, y esto será nunca acabar. Por eso, Señor Leonardo, lo único positivo y conveniente es acatar y servir á un caudillo, que no paga mal ni se muda jamás, porque es caudillo inmortal.

¿Y quien es ese?—dijo Reinaldo.—Nuestro Señor Jesucristo,—dijo el Cura, y estrechó suavemente la mano de su nuevo amigo; que ya era hora de separarse, talvez para siempre.

Mucho me ha agradado Ud. le repitió á Reinaldo. Es joven liberal, pero sensato y práctico, y justo en sus razonamientos. Ud. Señor, no ha de perecer defendiendo mala causa.

—Ya me lo dijo otro taita Cura,—dijo Reinaldo muy risueño y, volviendo á estrechar la diestra del sacerdote, él y su amante Blanca Rosa se alejaron del parajo de la despedida, algo tristes y meditabundos. Después dijo Blanca Rosa: qué estimable es el Cura Arteta.

Ciertamente,—dijo Reinaldo,—es todo un caballero.

—¡Qué hermoso hubiera sido, Reinaldo!

—¡Qué cosa, amor mío!

—Que este joven Cura nos hubiese echado, en el templo de esta hermosa aldea, la bendición nupcial, en este hermoso día.... Todo hubiera sido hermoso.

Reinaldo volvió á enmudecer, y Blanca Rosa volvió á ponerse lívida, y tendiendo más el velo sobre su faz, exhaló un largo sollozo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

XLVII

El hospedaje de un poeta

Pasadas algunas horas, los viajeros llegaron á la habitación de un joven amigo de Reinaldo. Era una casita improvisada, pero hermosa, en la Victoria, quizás más tarde rica y poderosa ciudad.

Blanca Rosa deseaba estar sola y llorar. Había querido conversar largamente con Reinaldo; pero, como éste enmudeció al hablarle del himeneo, tan anhelado de la joven, como remedio al deshonor que la amenazaba, el desconsuelo de la engañada y hermosa quiteña comenzó á hacerle tedioso el viaje hasta entonces bastante entretenido, á pesar de los recuerdos y sombras tristes que, como visiones, se le aparecían de cuando en cuando, en medio del camino.

En una hora que logró de absoluta soledad, la apenada joven vertió amargo y abundoso llanto. Vio horrible su porvenir, se consideró sola, huérfana, sin una amiga á quien revelar sus ansias, y volvió á recordar de Margarita abandonada en un hogar que ya sería solitario como un cementerio. Se figuraba oír los suspiros de su madre, y verla triste, abatida, muda, más lastimosa su viudez, más insoportable la vida. Traía á la memoria esas palabras maternales, dulces y suavísimas como los sones de una lira pulsada por un ángel, palabras de persuasivo amor, y desinteresado consejo, cuando la rogaba que no se uniese á Reinaldo hasta no saber á quién fiaba su honor, su suerte, su porvenir. A tanta distancia aun le parecía oír la modulación de la voz de Margarita, triste y quejumbrosa, como al anochecer los últimos repetidos arrullos de la tórtola viuda.

La noche cobijaba con su manto la pequeña pobla-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ción de Victoria, y una brisa, suave como el gemido de un amor ausente, refrescaba el rostro de Blanca Rosa, quemado por el llanto abrasador.

¿Dónde voy,—decía,—hoja que lleva el huracán? Quisiera vuelo y fuerza de cóndor, para encumbrarme por esa atmósfera enlutada y viajar hasta mi casita color de rosa, y sosprender á mi madre en su dolor, y darle impensado placer, y abrazos y ósculos filiales. Así vuelve la golondrina á su pobre nido de tierra, y, bajo el conocido alero del techado, está más segura y es más feliz que el águila que se cierne en los espacios. ¿Qué he hecho, desgraciada? Entre obedecer á una madre angelical y amar ciegamente á un joven, preferí lo último, y ahora él enmudece cuando le hablo de nuestra unión conyugal.

Y yo, ay! le amo todavía, y aun espero ser su esposa y evitar mi deshonra, y aun sueño con tantas cosas favorables para mí. ¡Oh! Virgen, á quien prometo conservar virginal mi cuerpo, da fuerzas á mi alma para luchar con el infortunio y las pasiones de mi amante, el cual, en mí, quiere llevar á su casa una querida y no una legítima compañera. ¡No será eso jamás.....!

Dijo esta última palabra en alta voz, como despertándose de un sueño; que muchas veces la reflexión tardía es también un sueño vano.

Eugenio acudió solícito á la voz de la apesarada doncella, y ésta le recibió con la sonrisa en los labios, todavía mal enjugadas las lágrimas que le bañaron el rostro.

Ha llorado Su Merced, niña del alma,—le dijo.

—¿Cómo lo sabes, Eugenio?

—Cuando las anchas hojas del hermoso plátano de mi tierra, están en parte secas y en parte húmedas todavía, es señal que acaba de pasar la lluvia ó que apenas han rodado las gotas de rocío. Las hue-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llas no se borran al momento. Su Merced ha llorado.

—¿No ves que estoy ausente de mi madre?

—Tiene razón Su Merced; pero yo creo que, al lado de un buen esposo, se olvidan los pesares y sólo viven las ilusiones. En los primeros días del matrimonio, en la luna de miel, no debe de haber hieles, niña adorada.

—Ay! Eugenio, no me es posible decirte nada todavía. Tengo una como intuición de que tú has de ser mi apoyo y mi consuelo, y te revelaré mis penas y cuidados cuando tenga ya bien probada tu lealtad.

—La probará Su Merced, y puede que llegue día en que sacrifique mi vida por la suya, como buen heredero de mi padre, el cual murió por salvar á su Señor, según he llegado á entender por boca de Na Perpetua. Es un suceso bastante misterioso, que ella sóla se sabe, y no revela á nadie.

—¿Quién es Ña Perpetua, Eugenio?

—Una mulata vieja, pero fuerte todavia y *agarrada á la vida*, como decimos nosotros. Es madre de mi compañero Lorenzo Muro.

—¿Conque, es la madre del negroMuro?

—La misma. Ya la conocerá Su Merced cuando pise esas costas, donde yo le he de servir y cuidar á Su Merced como á las niñas de mis ojos.

Hablando estaban cuando entró Reinaldo.—¿Qué haces á quí?—le preguntó á Eugenio.

A ver lo que se ofrece ó me manda mi patronita,—dijo el negro.

—Traenos acá la cena—dijo Reinaldo.

Eugenio fue á traerla. Blanca Rosa estaba callada.

—¿Estás algo mal? le preguntó Reinaldo.

—Algo estropeada.

—Es natural, primer viaje largo en tu vida.

—Y de tantas impresiones. Si yo fuera inteligen-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

te, como un Zorrilla de San Martín, escribiría las resonancias de mi viaje. De todo hemos tenido: cuadros risueños, pasos de tristeza, ratos de entretenimiento, momentos de reflexión y silencio: de todo.

—Esa es la vida.

—Una mala y última resonancia me está zumbando á los oídos.

—¿Cuál?

—La noticia de la prisión de Leonardo González. ¿Tú no la sabías?

—Como no salí de casa en los días de carnaval, por pasar á tu lado y preparar el viaje, no era posible que la supiese.

—¡Pobrecito! ¡Ojalá! cumplas tu oferta al Cura Arteta.

— Ya habrá salido. Es seguro eso.

—¿Cómo lo aseguras?

—Porque los presos políticos entran y salen todos los días, y ese joven estudiante habrá sabido vindicarse de cualquier cargo que le hayan hecho. Es seguro.

—¡Ojalá! así sea, y, si no, cumple tu palabra.

—Yo sabré cumplirla, Blanca Rosa. ¡Ojalá! también tú no me hables más de estas cosas, que para mí no tienen ninguna importancia.

Dijo, y salió á tomar aire, y, avergonzado de sí mismo, estuvo paseándose á lo largo de un corredor. Yo, que tanto condeno el despotismo y abusos del Gobierno,—dijo,— he aprovechado de él, para mis planes de amoríos y el rapto de esta joven. Es la falta de que me pesará toda mi vida; porque, francamente, hay pecados de los cuales, si uno no se arrepiente como cristiano, debe arrepentirse siquiera como caballero. Tengo evidencia de que Don Holofernes, con la noticia de mi ausencia, pondría en libertad al pobre enamorado estudiante. Es preciso evitar el que Blanca Rosa me hable más del asunto.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No vaya á ser que la ausencia excite en ella recuerdos y simpatías por ese joven.

Entraron luego Reinaldo y el joven dueño de la casa, Alfredo Dueñas, que había recibido generosamente á sus huéspedes, y ofreció acompañarles en el tren y la navegación del Guayas hasta el paraje en que á este gran río le paga tributo el pintoresco Daule. Era joven ingenuo, franco y muy culto, y agradó á Blanca Rosa, á quien trató como á verdadera esposa de Reinaldo; porque éste siguió jugando su papel de marido y no quería que su víctima apareciese deshonrada. Como la amaba bastante, no quería jactarse de su triunfo y publicarlo todo, á usanza de los Tenorios adocenados y calaveras sin piedad. Además, el triunfo era aún dudoso; porque la joven quiteña, afable y fina con su amante, no le permitía ni la más leve manifestación que empañase su pureza. Cosa rara: en medio del peligro cobraba fuerzas y se afirmaba más en su propósito de perder la vida antes que el pudor.

Después de la cena, un sueño más tranquilo de lo que esperaba Blanca Rosa, le fortaleció el espíritu y avigoró el cuerpo, y despertó algo alegre y se puso risueña como la mañana, en la cual, á poca distancia de viajar á caballo, llegaron al punto donde era preciso tomar pasaje para el ferrocarril. Antes de entrar en él, Blanca Rosa tuvo instantes de verdadero pesar y gratitud. El honrado y sencillo arriero Prudencio entregó la carga y equipaje de Reinaldo, y se despidió tristemente de la joven, cuyas manos bañó con lágrimas. No desconfío—dijo el buen hombre,—de volver á encontrar á Su Merced algún día. Cuando queremos de veras, procuramos volvernos á ver con los seres queridos.

¡Quién sabe si llegará á cumplirse el deseo del arriero!

Reinaldo aplaudió el dicho de Prudencio, le remu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

neró largamente, y se despidió de él, dándole suave palmadita en el hombro.

XLVIII

El viaje en ferrocarril

El joven de Victoria era comerciante y hacía repetidos viajes á Guayaquil, donde la honradez, el buen crédito y el trabajo son favorecidos y estimulados.

Alfredo Dueñas, sabiendo que la joven quiteña viajaba por primera vez, fue indicándole los nombres de los parajes por donde corría el ferrocarril, desde el cual, con rapidez vertiginosa, se divisan, en no interrumpida sucesión, amenísimos lugares, grupos de selvas encantadores, donde se destacan esos árboles, verdaderos gigantes de la vejetación, que mecen sus copas en el vacío. Las palmeras, altivas y gallardas, como la hermosa que las miraba, iban pasando á su vista cargadas del fruto que da manjar y agua refrescante y deliciosa. Los árboles frutales, estos llenos de flores, aquellos agobiados con el peso de sus frutos iban desfilando como sombras de colores, y, con la rapidez de la locomotora, todo se movía en dirección inversa á la que llevaban los viajeros.

—Esto tiene pedazos propios de un paraíso, algo de las fabulosas mansiones de las deidades paganas, no sé qué del cielo de las huríes y de los jardines encantadores de las leyendas,—dijo Blanca Rosa, llena de entusiasmo.

La hermosura se extasía con la hermosura,—dijo galantemente el joven Dueñas—A nosotros, sin embargo de ser viajeros de todos los días, nos tiene siempre embelesados la belleza y variedad de estos pai-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sajes, donde la pintura y la poesía tienen cuadros que imitar, describir y cantar.

Tan verdad es esto,—dijo Reinaldo,—que yo, siempre que vuelvo á estas comarcas, no puedo dejar de admirarlas, como si nunca las hubiese contemplado. Uno aquí siente alguna chispa de inspiración, por prosaico que sea, á no ser un arriero ayuno de sentido estético.

Con este motivo contó á Alfredo la patochada antipoética de Prudencio, con que rió mucho el joven merciante.

Blanca Rosa iba cada vez más entretenida. Cuando presentimos que pronto y mucho hemos de llorar, nos complacemos en no desperdiciar ni un momento de la actual alegría que disfrutamos, contentándonos con la mínima compensación de breves placeres con dilatados dolores, cosa tan propia de corazones humanos. Queremos endulzar con una sola gota de miel el acíbar rebosante del vaso de las desgracias de la vida.

¡Qué tranquilo y, al mismo tiempo, qué rápido es el viaje en ferrocarril!—dijo Blanca Rosa—Locura tenía de viajar en él, y mi mente se forjaba estos paisajes, que pasa viendo, como la realización de sueños dorados. Estos sitios son más amenos de lo que imaginé en mis anticipadas visiones. Oh! Dios, ¿qué serán los campos de tu cielo, si estos son tan hermosos y deleitables? Grandes son las ventajas de la civilización, Señor Dueñas.

Grandes,—dijo éste.—El espacio, que hubiéramos recorrido en dilatadas horas, lo vamos recorriendo en pocos instantes. El hombre, en cuanto le ha sido dable, ha comunicado al ferrocarril la velosidad del pensamiento y la rapidez de sus deseos.

—Y otra cosa hará este ferrocarril para bien de los ecuatorianos, Señor Dueñas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—La oiré con gusto de sus labios.

—No sólo acercará las distancias sino también los corazones. No podemos negar que todavía los habitantes de la Sierra y los de la Costa no estamos unidos con estrecho lazo de fraternidad y de cariño, como el que debía atar á todos los hijos del Ecuador. Nos miramos con tanta indiferencia, como si los serranos habitásemos en el Himalaya y Ustedes los costeños, en la parte opuesta del mundo, como si todos no fuésemos ecuatorianos, moradores de esta bella República, bajo cuyo hermoso cielo tropical aspiramos las mismas auras vivificantes. ¿Por qué, Señor Dueñas, no nos queremos como es justo y deseable? ¿Talvez las insensatas revoluciones, los odios fratricidas tienen la culpa de la desunión entre el interior de la República y sus costas? ¿Acaso las nieves de los Andes nos han dado á nosotros el frío de la indiferencia, y á Uds. el clima caluroso les ha dado el ardor del odio, para que así nos desunamos?

—Señorita, tiene Ud. sobrada razón para quejarse. Los usurpadores del poder, los revolucionarios, los perversos son quienes, para su provecho y fines siniestros, han explotado mucho ese carácter vil y apocado, que llamamos regionalismo y provincialismo. De ahí el odio, la antipatía y hasta los apodos entre serranos y costeños, sobre todo en el pueblo bajo y la plebe vocinglera; que la gente noble ó sensata de ambas regiones piensan muy de otra manera.

—Ciertamente que el odio ó regionalismo es casi peculiar de la clase plebeya, aunque, la verdad sea dicha, también participan de ese mezquino espíritu algunos de las altas clases sociales. La palabra *serrano* la toman en no sé qué acepción de injuria y como si fuese epíteto que significara algo salvaje y grotesco. Tan cierto es lo que digo á Ud., que una persona de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la Costa, cuando siente simpatías y afecto por otra persona de la Sierra, cree hacerle cumplido y alto elogio, diciéndole: Ud no parece serrano.

—Oh! Señorita, esa es una vulgaridad aplebeyada y sosa de sentido, y á mí me suena tan mal como el término *montuvio*, palabra así bárbara como disparatada; porque, si con ella, se quiere significar un habitante de las selvas, se dice un disparate. Ahora no hay ni faunos, ni sátiros, ni silvanos que se críen y vivan en los bosques, ni menos puede aplicarse tan odioso calificativo á la gente culta de las ciudades costaneras.

—Las mismas reflexiones me he hecho yo, Sr. Alfredo, y he acabado por lamentarme del regionalismo, como de una enfermedad asquerosa.

—Pues el ferrocarril, con la facilidad del viaje, llevará á la Sierra y traerá á la Costa las muchedumbres de una á otra región ecuatoriales, y el roce y las amistades y los mutuos enlaces formarán agrupaciones de verdaderos hermanos.

Así es la verdad,—dijo sonriendo Reinaldo.—Yo sé decir á Uds. que ora esté en las orillas del Machángara quiteño, ora en las vegas del Zamora lojano, ya huelle las alturas del Tungurahua, ya me recueste á la sombra de las palmeras y mangos de mi río, en todas partes veo á mi patria, el Ecuador. El que es dueño de un vasto jardín, no porque tenga predilección por un paraje de él, donde estén las flores que cultivó en persona, dejará de deleitarse con toda la extensión del campo florido y de amarlo como con filial cariño. Yo desapruebo tanto el mengnado espíritu de regionalismo como el ruin provincialismo, el cual casi se palpa en algunas de las provincias serraniegas, sobre todo entre las dos últimas del sur de la nación, según he observado en mis viajes.

Terminada tan racional plática, el tren llegó

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á la estación, y nuestros viajeros se apresuraron á dejar la tierra y á embarcarse en el Guayas, y á expandir su ánimo con las bellezas del río, cuyo solo nombre, remontandose á orígenes legendarios, da ideas de hermosura y alegría.

El río estaba entonces tranquilo y brillante, como si un franjón del cielo se hubiera desprendido sobre la tierra. Los árboles, al extremo de las anchas riberas, como genios mudos, guardadores de los raudales del Guayas, se destacaban majestuosos; numerosas vacadas mugían en las praderías cercanas, y el golpe del hacha del leñador se oía á lo lejos, repetido por los ecos. En las aguas rebullian y saltaban pececillos en variedad prodigiosa, y sobre un inmenso caimán muerto, como sobre un leño arrojado al río, iban posados los gallinazos, devorando las entrañas del enemigo, como los buitres que se apacentaban con las del fabuloso Prometeo. Los gallinazos se lo llevaban al caimán aguas abajo como los demonios se llevan el alma de un malvado.

Todo lo veía y observaba Blanca Rosa, con la curiosidad y sorpresa de quien mira por primera vez objetos extraños y no imaginados antes.

Como en el vapor donde iban, había un piano, Reinaldo pidió y alcanzó fácilmente el que su amante tocase algunas piezas. Ella tocó con la dulzura y habilidad que le eran privativas, y deleitó y arrancó aplausos á cuantos navegaban en el mismo vapor. Después cantó, y, al atractivo de su voz, las gentes que iban en canoas, botes y chatas, se pegaron tanto al vapor, que parecía que aquellas embarcaciones eran llevadas á remolque.

La hermosura de los paisajes que la joven había visto ya ó iba contemplando, las armonías del río y sus vegas, y en especial los recuerdos y la invencible melancolía de la ausencia, dieron á su voz modula-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ciones peregrinas. Alfredo, que era poeta, creyó escuchar el canto de una fada, y sintió en el corazón movimientos de amor, suaves y tiernos como las notas que oía. Amor de Dios y amor de madre titulaban las sentidas estrofas de Blanca Rosa. Era joven casta y religiosa, y debía cantar las maravillas del Señor, que tan plácidas se mostraban á sus ojos. Era hija amorosa, aunque por primera vez desobediente, y quería alabar la ternura de las madres, y, al recuerdo de la suya, los acentos se le afinaron más delicadamente, y una lágrima, como complemento de la armonía, le comenzaba á rodar por el rostro, cuando sonó el pito de otro vapor, que estaba atracado en la orilla. Era el paraje de confluencia del Guayas con el Daule, y el vapor había sido enviado por Ña Pola, que tuvo aviso anticipado de su nieto, y la fijación del día dado de su llegada al hogar.

Blanca Rosa y Reinaldo, sintiendo dejar la agradable compañía del poeta Alfredo, se despidieron de él y transbordáronse á la embarcación de familia.

Alfredo, muy impresionado de la belleza y cualidades de la quiteña, se fue melancólico y silencioso, y, en el librito de su cartera, escribió algunos cuartetos. A los poetas hay que perdonarles el que, antes de que se enfríen, escriban las ardientes emociones de un amor, que, por más exigente y profundo que parezca, no pasa de platónico. De las saetas que, sin querer ni advertirlo, lanzó Blanca Rosa con las miradas de sus ojos negros y fascinadores, la clavada en el corazón del joven Dueñas no fué tan aguda y positiva como la que se llevó en el suyo el colombiano Duarte. Este la supo amar de veras, y, como también era poeta, su amor llegó á ser perfecto; que cuando ama de veras un poeta, padece y canta como el ruiseñor herido.

La embarcación de Reinaldo navegaba aguas arri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ba, y el fingido novio, aunque sí muy enamorado amante, estaba ya de rey de sus dominios.

Eugenio y Lorenzo, como pescados que volvían á su río, iban nadando y zambullendo en derredor del buque y dando saltos á la salud de la niña Blanca. El patrón les había ordenado que sólo con este nombre la llamasen.

El Daule, el príncipe de los ríos hermosos, el más pintoresco de las regiones costeñas, recibió en su blando cauce á la linda quiteña y la arrulló con nuevas armonías de aves, auras y cánticos marinos.

Ella estaba halagada con todos los embelesos de una imaginación soñadora que ve, por única vez, realizadas las más poéticas creaciones. La fantasía de los árabes, en sus cuentos maravillosos, no ha forjado ni paisajes ni cuadros más risueños que los que adornan las márgenes del venturoso Daule, cuyos jardines, huertos y dehesas, aquí, allí, acá, allá, acullá y en todas partes, tienen al viajero en inacabables y variadas sorpresas, de hermosura en hermosura, de belleza en belleza. El soñado jardín de las Hespérides no es más hermoso, en la ficción, como las orillas del Daule, en la realidad, ni en encantos le disputarían los verjeles del Tasso, en donde, sobre el regazo de Armida, se dormitaba el otro Reinaldo á los arrullos de la peregrina maga.

El Daule, río formado, de innumerables ríos, que desde sus orígenes vienen tejiendo un laberinto de plata, más prodigioso que el que inventó el artífice cretense, dilátase y se espacia cosa de cuarenta y tres leguas, con sesgos variados y caprichosos, ya como serpiente que desenvuelve y ondula sus brilladores anillos, ya como los enramados cuernos del ciervo ó las abiertas astas del toro.

Desde los amenos parajes, donde el Balzar y el Peripa, trayendo ya consigo innúmeros poéticos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

riachuelos, al fin se unen como dos gigantes que se amistan y estrechan con los brazos, hasta el lugar en que el Guayas le recibe en su lecho, el Daule es una continuada sucesión de paisajes. Primero, en lejana región, le pagan tributo de raudales el Conguillo y el Tachi, el Bijahual, y el Solano, el Tigre de caudalosa corriente, el Jemu, que imita los roncos gemidos de un genio atormentado, el Congo, de largos remansos, y el Puca de aguas bermejas. Luego, en región más cercana, el Colimes que, como gran monarca, reune en sus dominios muchos tributarios, y el Magro y el Pula se rinden al río príncipe, y le dan más poder y belleza.

A uno y otro lado del río Daule, se levantan alegres caseríos y en sus alrededores la naturaleza despliega toda su pompa y majestad.

Ya, muy cerca de la orilla, se dejaba oír el rumor de alegres voces; después se divisaron grupos de hombres y mujeres engalanados como en traje de fiesta, y, luego, apareció una Señora de avanzada edad en medio de dos jóvenes, rubias como los serafines de Murillo.

Cuando todos llegaron á la margen del río, dieron un grito de gozo, el cual Reinaldo contestó desde el vapor, que pitó al instante, y quedó anclado junto á la orilla, donde un mango colosal repartía sombra y aromas.

XLIX

Blanca Rosa en Castalia

EXTREMO de abrazos y ósculos prodigaron á Reinaldo la abuela y las dos hermosas primas, cuando pisó ya la nativa ribera. Una de las rubias demostró mucho afecto por Blanca Rosa; pero la otra y la abuela estuvieron bastante tibias al recibirla.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Formando un grupo, fueron todos á un bello caserío, que cercado de huertos y jardines, y sombreado de palmas, se levantaba á dosientos pasos del río. Era la mansión de la adinerada familia del Capitán Reinaldo del Valle.

Por tu telegrama de hace quince días,—dijo la viejecita, — supe tu matrimonio con esta serrana. Me alegro de que al fin te hayas ajuiciado. Ahora vendrás á trabajar y á enriquecerte, pues para eso naciste, picarón, y no para darte la vida gustosa sin tu abuela, que te quiere tanto. Mi hacienda has de gastar. Harás bien, chico: para eso eres mi único nieto varón. ¡Gua! y qué bizarrote has venido, y que guapa muchacha te has traído. Así me gusta hombre de buen ojo y buena elección.

Todo esto, — dijo hablando en voz baja con sus nietas, —lo digo, siempre que esta no sea una pobrete, que entonces aunque sea un serafín . . . . .

Entremos al cuarto de los novios,—dijo una de las rubias.

Todos entraron á un hermoso gabinete con vista al río, y colocado en la parte más alta de la casa, desde donde se descubría encantador panorama y á donde subía la fragancia de todos los jardines circunvecinos.

Blanca Rosa tenía las mejillas como la flor de su nombre, y el corazón oprimido como nunca. La audacia de Reinaldo en haber mentido que venía casado, cuando ella pensaba casarse en Daule, la puso desconcertada y, en ese instante, comprendió toda la magnitud de su desgracia. Si ella desmentía al joven, nadie creería que había llegado pura y virgen todavía; porque tales prodigios, entre tantas ocasiones y peligros, parecen inconcebibles y faltos de verosimilitud. Así juzgan á lo menos las almas vulgares incapaces de comprender que es posible, aunque rara, la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

realidad de las más heroicas y sublimes virtudes.

Si la joven afirmaba la verdad del matrimonio y se fingía esposa, exponíase á manifiesto riesgo de perderse, y entonces un combate sin descanso ni tregua la aguardaba. Era evidente su infortunio: Reinaldo la amaba como á querida, mas no como á esposa. O perdición ó martirio era la cruel situación de Blanca Rosa, á quien su desobediencia á Margarita pareció ya enorme, espantosa, irremediable y funesta. Además, le fue bastante antipática la abuela de Reinaldo, y la fastidió el mucho hablar de Ña Pola, y ciertas franquezas que rayaban en grosería, tan desde el principio y antes de tener siquiera alguna intimidad. El oírse tratar á secas simplemente de serrana le hirió los oídos y, en un momento de casi idiotismo, se sentó en un sillón y se quedó medio aletargada. Todos lo atribuyeron á cansancio.

Ña Pola la contemplaba con mucha curiosidad y, mirándola y remirándola, pronunciaba entre dientes palabras que no se podían adivinar. Ña Pola era de pequeña estatura, cabellos como algodón escarmenado, ojillos que brillaban como los del cocuyo, nariz fina y perfilada, labios abultados y de color marchito: Era casi incesante tabaquista, y ella misma, en persona, extendiendo las fragantes hojas de tabaco y arreglándolas con esmero, improvisaba cigarros tan exquisitos, que aun el menos aficionado se tentaba á fumarlos, cuando el humo, como nube de aromas, se esparcía en derredor de la estancia. Ña Pola era viva, suspicaz, curiosa por extremo, ni muy flaca ni muy gorda, de cuerpo todavía vigoroso, y de tanta ligereza para su edad, que al subir y bajar las escaleras de la hacienda y divagar ya aquí, ya allí, se parecía á la ardilla, que se trepa y encarama en los cacaotales, donde le place. Hablaba más que una catalnica, era más gritona que una urraca y de voz

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

más recia que la del diostedé. Ella sola se bastaba á llenar la casa de alborotos, singularmente cuando montaba en cólera, lo cual era muy frecuente. Caballera en un burro tordillo, alto, ligero y lucio, al que cuidaba con gratitud y hasta cariño, en vez de mimar y acariciar á algún perro sarnoso, como hacen otras viejas, se andaba recorriendo toda la Castalia, cuyos terrenos abarcaban una legua á la redonda.

La codicia era la pasión favorita de Ña Pola. A ella sacrificaba todo afecto noble, toda inspiración de virtud, y la caridad no halló jamás albergue en aquel pecho indolente. Como es casi imposible vivir en el mundo sin que el corazón tenga algún objeto de preferencia y amor, la abuela fue idólatra de su nieto, cuando niño y adolescente, muy amante de él cuando regresó de Quito, y tibia y desamorada después que se revelaron ciertos misterios y se vio amenazada la avaricia.

Las dos rubias, igualmente hermosas, eran de opuestos caracteres: suave, tierna, apacible, inteligentísima María, humilde y virtuosa: algún tanto áspera, altiva y orgullosa Violante; pero ambas de conducta intachable y puras costumbres. María era en extremo desinteresada y se parecía en esto á Reinaldo; Violante gustaba de la economía, sin llegar al exceso de Ña Pola, pero lo suficiente para parecérsele mucho. María era dada á la lectura, devociones y rezos, y se asemejaba á Blanca Rosa; Violante era poco aficionada á leer y fría en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y, en lo último, se acercaba mucho al indiferentismo de Reinaldo é indevoción de Ña Pola. En María había algo de angelical, mientras que, en Violante, todo era terreno.

Las dos rubias, creyendo que su prima política dormía, le guardaban silenciosas el sueño, y Ña Pola se

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

paseaba en el gabinete, ya sin poder callar ni dejar para después su curiosidad. Al fin, venciéndola el flujo de hablar, dime, calavera,—preguntó á Reinaldo,—¿cómo apellida tu esposa? Tú me dices en tu telegrama que te casas con una Señorita Blanca G., y que ella es de familia muy decente y conocida en Quito. ¿Será, pues, Gomez, sin duda? ¡Gua! ¡qué ocurrencia! creer que con la G. había yo de adivinarlo todo. ¿Cómo se apellida, chicuelo?

Blanca Gortaire es y será el nombre con que Uds. la llamen,—dijo Reinaldo.—Es hija de un francés y de una matrona quiteña, aunque de familia pobre, cosa que me importa un ardite.

Ña Pola abultó más los labios y sacudió la cabeza.

Reinaldo prosiguió: yo la llamo mi Blanquita, porque es muy buena y afectuosa. Además es también inteligente y muy bien educada, y toca primorosamente el piano. Es muy hábil para coser, bordar, tejer flores y otras cosas útiles y hermosas.

Todo está corriente,—dijo Ña Pola,—pero ya sabes que yo soy muy franca: has debido emparejarte con una muy rica, aunque fuese cuarentona, y fea como la iguana y larga como la cuaresma.

Estas últimas palabras oyó claramente Blanca Rosa, que volvía ya de su marasmo doloroso, y con ellas sonrío Violante, y manifestó disgusto María.

Reinaldo, para atajar la avenida, comenzó á preguntar acerca del trabajo de la hacienda Castalia y del adelantamiento de los cañaverales de Bella estancia, y los arrozales del Dauro, y el platanal de Jericó y las dehesas de Santa Lucía. Como Ña Pola era imprudente y porfiada, el nieto, sin contradecirla, logró llevar la conversación á otro punto más grato y conveniente.

El mayordomo, los criados y los labradores de Castalia andaban, entretanto, afanosos por agasajar á los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rección venidos amos, y músicas del pueblo y juegos de Bengala, y danzas y cantares tenían entretenidos á todos.

Eugenio y Lorenzo, rodeados de sus parientes, compañeros y amigos, contaban su vida y aventuras de la Sierra y referían los lances del camino. Eugenio hablaba poco y decía siempre la verdad; Lorenzo mentía á su sabor y conversaba sin cesar; se alababa de haber sido el Adonis de las cholas quiteñas y el imitador de las hazañas de su amo, una especie de Tenorio negro. Refería, á su modo, y en el lenguaje de palabras cortadas, tan propio de gente bozal, una multitud de cuentos, y dichos y apodos de la Sierra, con grandes risas de sus oyentes y mucho agrado de su madre, la mulata Ña Perpetua, mujer contemporánea de Ña Pola, á quien había servido mucho tiempo, junto con su ya finado marido, el negro Tiburcio Muro. Entonces Ña Perpetua vivía ya libre é independiente, en su heredad separada y propia, de la cual Ña Pola hizo donación á Tiburcio en cambio de no sé qué secreto, que sólo la viuda mulata debía de saber, sin atreverse á dejarlo traslucir á nadie, por el pavor que tenía á la iracunda y vengativa abuela de Reinaldo. Como Ña Pola era tan codiciosa y había aumentado su fortuna considerablemente, algún misterio debía de haber en su vida, cuando el ocultarlo le costó una donación.

Después de la cena, algo más tarde que de costumbre, No Topete, que era un mulato honrado y el *factotum* de la hacienda, avisó á la Señora Blanca, que, si gustaba, podría pasar á su dormitorio que estaba preparado como para novios, que estarían sin duda en lo pleno de la luna de miel.

A tal noticia, Blanca Rosa se revistió de extraordinaria fortaleza y, estrechando, como por inspiración, la diestra á María, le dijo con viveza: —Sea

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ud, bella prima, como la madrina que conduce sus ahijados al tálamo nupcial.

La levantó del asiento y salieron afuera. Ña Pola y Violante quedaron solas. Reinaldo siguió á Blanca Rosa y María. Aquella, mirándole cariñosa, le dijo:

Novio y galante joven, como eres caballero, eres también generoso y complaciente, y permitirás que me quede con tu prima y duerma en su cuarto esta noche. María será ahora mi compañera; después Dios dispondrá como le plazca.

Está bien, —dijo Reinaldo, —esposa mía, yo accedo á tu voluntad por esta sola noche .... Se retiró con presura y, con estruendo, que era signo inequívoco de enfado, cerró las puertas de su dormitorio, donde había un suntuoso lecho, como nido recién formado.

Blanca (así solo la llamaremos ya mientras resida en las haciendas de Daule) cuando se vio sola con María, convirtió la sonrisa en largo y doloroso llanto.

María no acertaba á explicarse tan súbito cambio: la acariciaba como á un idolatrado pequeñuelo y, acompañándola en el llanto de causa para ella ignorada, le infundía confianza y aliento. La estrechó contra su corazón, la besó suavemente en el rostro y, al fin, le hizo reclinar la cabeza en su regazo. María, á imitación de la soberana Virgen de su nombre, era para Blanca una madre de consuelo.

—¿Quiere, amor mío, que llame á su esposo? —le preguntó con suavidad

Blanca respiró un poco.

—Oh! no á Reinaldo, no, —contestó á María, —¿Estamos solas?

—Muy solas.

—¿No habrá quien oiga nuestra conversación?

—Sólo las auras tranquilas de la noche.

—¿No nos turbarán algunos rumores?

—Prima mía, no hay sino los del río, que nos lle-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gan muy suaves, y más bien invitan al descanso y dulce sueño, al olvido de las penas.

—Yo no podré ni dormir ni olvidar las mías.

—¿Qué os ha sucedido, Blanca? Dicen que los primeros meses del matrimonio son plácidos y tranquilos como la luz de la luna en las aguas de los lagos. ¿No estáis en la luna de miel, en el encanto de ilusiones realizadas, en el paraíso de los primeros días del amor legítimo y tierno? Es extraño que, cuando reíais y debíais seguir riendo, os pongáis á llorar.

—Ah! buena María, María angelical, arcángel benéfico, que Dios me ha deparado en estas playas, si supiérais que halagáis en vuestro seno á una mujer desventurada, por desobediente é ingrata hija, me rechazaríais, con horror, lejos de aquí.

—Blanca, yo no rechazo á nadie, menos á vos, á quien me atrae una misteriosa simpatía y un impulso de cariño y de amor. Confiadme vuestras penas, y procuraré remediarlas, y, si á tanto no alcanzo, las lloraré siquiera con vos, y vuestro dolor será mi dolor.

—¡Oh! Dios mío, ¿quién habrá que, ingrato, se atreva á negar tu amorosa providencia? Cuando alejada de todo bien, y sola y sin amparo, y víctima de una pasión, cuya hoguera inflamé yo misma casi á sabiendas, me creía como ave indefensa perseguida de un halcón, hallo ya de pronto guarida y consuelo; he aquí, Dios mío, la hermana, la madre, la confidente de mis penas y mis íntimos secretos. Dios mío, también la amistad es á veces inspiración; y supiste infundírmela en el corazón, y me diste el claro conocimiento de que María era para mí la hermana gemela que debía yo amar con preferente amor. María es todo para mí.

—Si lo soy, Blanca mía. Apenas os divisé, desde la orilla del río, cuando sentí que el corazón me latía

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

blandamente. Al veros de cerca me parecisteis un ángel peregrino y viajero, y al abrazaros, ya os amaba.

Blanca se levantó reanimada, dejando el regazo de María, y la volvió á abrazar, con tal efusión de gratitud y de cariño, que la joven rubia lloró.

Las brisas del río y los aromas de huertos y jardines, llegaban á embalsamar la estancia de María, y las dos jóvenes, mirándose y halagándose en silencio, eran como dos fadas en el goce de inefables placeres. La luna llena bañaba los campos con sus fulgores, y las palmas se columpiaban, junto á la hacienda, como si fuesen los centinelas de ella.

Estoy ya muy consolada, —dijo Blanca, —y deseo descansar. Vuestra bondad, María, me ha traído el dulce sueño. Mañana os contaré la historia de mis desdichas, y sabréis lo que pensé ocultar á toda vuestra familia. Con vos no habrá arcanos, y seréis la depositaria de los sucesos de mi vida, de mis errores, esperanzas y resoluciones. Una sola cosa os pido, por acaso de día no pueda hablar con vos á solas: procurad que mañana, de noche, vuelva yo á quedarme á dormir con vos, para entonces contaros todo. Por ahora, me siento desfallecer; porque esta tarde sola ha valido para mí por muchos meses de pesares.

Cuanto me pidáis, haré por vos, Blanca angelical, —dijo María.—

Luego las dos jóvenes se miraron y se abrazaron otra vez. Los ojos azules de la rubia tenían la quietud del cielo límpido de aquella noche serena, y los ojos negros de la joven quiteña, brillaban con rayos de esperanza y amor.

Acudieron ambas á sus lechos, y el silencio, como sublime monarca de la noche y los campos, reinó profundo é imperturbable.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

L

Primeras contradicciones de Reinaldo

REINALDO apenas aclaró el nuevo día, se levantó pesaroso y de muy mal humor. No hay cosa que más mortifique al amor propio, y avergüence y enfade á quien está acostumbrado á conseguir cuanto se le antoja, como la dificultad y obstáculos en lo que más quiso y anheló. Reinaldo, pues, que soñó en pasar una vida deliciosa y sosegada con su Blanca, en medio de los placeres del hogar, entre riquezas y abundancia, veía ya, desde el principio, la contradicción y que su sueño sería irrealizable si no doblaba la cerviz al yugo matrimonial. La quiteña, si fácil para dejarse engañar y consentir en el rapto, se mostraba altiva é indomable para acceder á las pretensiones de su amante, si ellas no eran legítimas y honrosas. Blanca, por su parte, le había en ocasiones dado á traslucir, que la mujer digna, no debe jamás hacer paces ó arreglos con el mal, y que, en vez de términos medios, al tratarse del honor, los extremos de ó esposa ó esclava eran más preferibles. Reinaldo recordaba de la indignación de Blanca, cuando sintió en su frente el inesperado beso en la Venta del Chasqui, y tenía presentes las ocasiones en que, esquivándose con gracia y discreción, no le permitió durante el viaje la más leve señal de amor, si no era pura y decorosa. Reinaldo, que supo entonces vencerse y conducirse como caballero y hasta jactarse de continente, reservó el desquite de sus esperas y continencia para los días de su morada en los campos de Castalia y Bellaestancia, en las praderas de su río y en las amenas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

colinas de sus heredades. Ya estaba en ellas, y, sin embargo, con la mayor facilidad se había dejado dominar de Blanca, y á la primera insinuación. Estaba, pues, mortificado y pensó pasar al cuarto de su prima, para reconvenir á Blanca de su poco cariño.

Se arregló con elegancia y salió de su dormitorio, y, al entrar á ver á Blanca, retrocedió suavemente, sin ruido alguno, y se sintió empequeñecido, con la timidez y cobardía de un niño. Sentía bullir en su corazón oleajes de la audacia de pasados tiempos, y al dirigirse otra vez á donde su amada, volvía á acobardarse. Fluctuaba entre el amor, el miedo y la impaciencia, y no pudiendo vencer á ninguna de estas pasiones, se quedaba esclavo de todas ellas. Era un sér nuevo, que ya no se conocía á sí mismo. Atractivo de un amor invencible hacia Blanca y una oculta repulsión que le obligaba muchas veces á alejarse de ella, fueron los movimientos y extremos que se realizaron hasta el desenlace de sus sucesos amorosos. Tenerla en su poder, como dueño y Señor absoluto de ella, y no dar toda la rienda suelta á su antojadiza pasión, era cosa que sorprendía al mismo Reinaldo.

Cuando este volvía á intentar la entrada, salió la rubia María, y, saludándole cariñosa, le dijo: tu Blanca duerme todavía; no la dispiertes. ¡Pobrecita! el cansancio de un viaje para ella dilatado y primero, le ha fatigado, y talvez la ausencia de su hogar la entristece. Para reparar fuerzas físicas y morales le es necesaria larga quietud. Dejémosla descansar.

Descanse en buena hora,—dijo Reinaldo.—Es natural que las nuevas impresiones la hayan fatigado y que la entristezca la ausencia de su casa, sobre todo de Quito, pues he oído decir que las quiteñas son tan apegadas á su ciudad, que, si van al cielo, aun de allá quieren estar viendo su patria á través de los campos celestes.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Por lo mismo, hay necesidad de hacerle no sólo llevadera sino deleitosa su permanencia entre nosotras. Yo sé decirte que seré para ella como verdadera hermana por la simpatía, por el afecto y aun por la edad.

—Violante hará lo propio.

—No lo dudo: tendremos una caballerosa competencia en amar y servir á Blanca.

—Vamos á saludar á Ña Pola, nuestra abuela.

—Vamos, Reinaldo.

Blanca, entretanto, se despertó risueña y sorprendida y, sin acordarse que estaba en las regiones del Daule, y en el hogar de su futuro esposo, se dió á imaginar edenes y fabulosos valles. Oía, en coro inmenso y unísono, cantar millares de pajarillos, y con tanto ahinco y primor, que con las armonías parecía que vibraba el aire. Bandadas innumerables de tordos y turpiales, toches y churucas, y oropéndolas y carpinteros, unidos á multitudes de aves desconocidas, poblaban el espacio con sus melodías, interrumpidas sólo algunas veces por los gritos de la escandalosa urraca ó el destemplado són del guacamayo, ó el quejido de la cuculí ó las notas flébiles de la soña.

Blanca se estuvo atenta y embelesada, figurándose que se hallaba en el paraíso como una Eva feliz. Estaba sola, pero con la soledad del encanto y la armonía. En nada pensaba que fuese terrenal; porque eran para ella éxtasis de fruición aquellos momentos. Si así hubiese permanecido durante toda su existencia, se habría llamado dichosa. Si el cielo fuera sólo la fruición de un embeleso inacabable, bastaría para que le diésemos el nombre de bienaventuranza. Blanca tenía no sólo deleite de oídos sino goce de espíritu y seguía absorbida en contemplación.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La voz estentórea de Ña Pola vino á quitar á Blanca sus arrobamientos. Entró la abuela muy bien ataviada, y clavó en la nieta política sus ojillos de cocuyo con cierta mortificante curiosidad. Las dos nietas con Reinaldo entraron también, y después Ño Topete con una taza de aromoso café, cuyo vaho se elevaba como el incienso.

—¿Y qué tal ha dormido la serrana?—dijo Ña Pola en tono tan prosaico, que desvaneció todas las ilusiones poéticas de Blanca.

—Bien he amanecido,— contestó ésta.

Violante preguntó lo mismo, pero con más suavidad y algún interés, y Ño Topete, junto con los buenos días, dió la taza de café á Blanca, que la aceptó risueña.

Reinaldo se manifestó como si en realidad hubiese dormido en el cuarto de su esposa, y nadie pudo traslucir la verdad. El joven sabía que su abuela, aunque codiciosa y nada caritativa, era muy severa en la moralidad de su familia, á lo menos dentro de su casa, y que, al descubrir el supuesto matrimonio, la vieja irascible, creyéndose con razón ultrajada, daría al traste con el amor á su nieto y con todas las esperanzas de cuantiosa herencia. Guardó, pues, silencio en este punto, y fingió haber estado con Blanca, á quien dijo: suavemente has descansado esta noche. No te quejarás nunca de la esplendidez con que mi tierra te ha recibido en su seno preñado de aromas y auras vificantes.

—Y de prodigiosa multitud de aves, cuyo canto me ha tenido absorta y embelesada hasta que Ustedes vinieron,—dijo Blanca. —He tenido siquiera una lejana idea de lo que será el paraíso.

Vaya! con la serrana,—dijo Ña Pola,—parece que ha leído mucha novela y enfrascádose en lectura de versos. Aquí, nueva nieta mía, la realidad es la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que vale, y lo puramente espiritual se evapora. Aquí Ud. entenderá en las labores del campo, que la distraigan y enriquezcan. Visitará los trapiches, asistirá al desgrane del cacao, hará pilar el café, presenciará la fabricación de azúcar, y ordenará todo como mujer hacendosa. Esta es la mejor poesía, y allá se vayan con sus cantos todas las aves del mundo.

Reinaldo va á tener una buena esposa, y quizás tú lo ajuicies, serrana; —continuó, —porque éste ha sido muy calavera, y me ha derrochado mucha plata, sobre todo en hembras; pero estas hazañas las hace él fuera de casa y muy lejos, y sabe respetarme; porque me conoce bien lo que yo soy, y que á mí para amiga, llámenme, y, de enemiga, témanme ¡gua!

A esta granizada prosaica contestó Blanca con mucho donaire: si algunas faltas ha cometido mi Reinaldo, las ha reparado ya con muchas virtudes, y será no lo dude, Señora, un excelente nieto, un amoroso primo y un buen esposo, y así seremos felices Ud. él, mis primas y su nieta.

Las rubias sonrieron, y María estrechó la diestra de Blanca.

¡Ojalá! sea así, —dijo Ña Pola. —¿Conque, ya está bueno Reinaldo?

—Muy bueno, —dijo Blanca.

Quizás, —dijo Ña Pola, —después de haberse cansado de sus bribonadas.

Esto no es poesía, dijo Reinaldo, en són de sonrisa y ruego.

—Pero es la purísima verdad, —dijo la vieja.

—Salgamos á pasear un poco, —dijo Violante.

Reinaldo se apresuró á dar el brazo á Blanca, y dejó que la abuela y las primas se adelantasen.

Eugenio los seguía de lejos. No sé qué atractivo de respetuoso y casto amor le atraía á su nueva patrona, é iba en aumento. En el cuerpo de Eugenio, negro

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

como el azabache, moraba una alma blanca como una paloma. La virtud no es privativa de una sola clase social: ella toca todos los corazones, y se alberga en los que encuentra dóciles á sus acentos y halagos.

Reinaldo, á solas con Blanca, se quejó del abandono en que le había dejado durante la noche.

No tienes de que quejarte, Reinaldo,—le dijo Blanca.—Si yo te amo de veras y con pasión, te amo como esposa; porque, para que lo sea, me has traído desde mi hogar al de tu familia. Lo contrario fuera perfidia, y en tí no creo hallarla. Has debido anunciar con franqueza á tu abuela, que venías acá para casarte conmigo en presencia suya, aunque para mí siempre hubiera sido causa de vergüenza. Aunque cuando te seguí, no reflexioné en esto, porque el amor es ciego, me habría conformado con el aviso, si tú no te hubieses aventurado á afirmar que estabas ya casado. ¡Ah! Reinaldo, no sabes la honda herida que has hecho á este corazón, que te adora. ¡Ay! Reinaldo, no pagues tan cruelmente mi cariño. Todavía el remedio no es demasiado tardío: podemos casarnos ocultamente en Daule, sin que tu abuela lo sepa y se aíre contra tí por haberla engañado. Así, nuestro amor será legítimo y duradero. Sólo la muerte y el pudor de una virgen, que se perdió, son irremediables.

Todo se hará,—dijo Reinaldo,—siempre que una prueba de tu amor anteceda y .....

No pudo concluír, porque María le interrumpió, llamándolos á que fuesen á ver un espacioso estanque, donde se solazaban ánades y peces, al brillo de una mañana espléndida, como las que son tan frecuentes en las orillas del Daule, bajo un cielo tropical, límpido como los pensamientos de un justo. En las aguas, que apenas rizaba una tibia brisa, se estu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vieron contemplando Blanca y las dos rubias, y luego arrancaron las flores que bordaban la orilla, y formando sendos ramilletes, cada una obsequió el suyo á la otra, entre contento y risas.

Las tres jóvenes, junto al cristalino estanque, semejaban tres bellas ninfas, como si acabasen de salir de las aguas y diesen al aura las destrenzadas cabelleras.

Reinaldo las contemplaba con agrado, apoyándose á una palmera. Si sus primas le parecieron hermosas, Blanca tuvo para él la apariencia de una beldad sin segundo, y la vio con encanto, y en su pecho sintió avivarse la llama de una pasión abrasadora, turbulenta y sin rival. Qué cruel soy yo,—pensaba; —puedo hoy ó mañana gozar de las caricias de mi Blanca, como esposa, y me encapricho en querer disfrutar de ellas, como querida. Me acostumbré á Tenorio, y no me resuelvo á ser marido .....

Ña Pola interrumpía á veces el placer de las jóvenes y el meditar de Reinaldo, dando gritos de cotorra, y regañando á los peones, que trabajaban no lejos de allí, no porque éstos dieran motivo, sino por no perder ella la costumbre de encolerizarse y ejercer despótica autoridad.

A eta vieja no le deja nunca lo diablo,—dijo un negro jornalero.

Eta abuela e una condenaa,—dijo otro negro.

—Nue mala,—dijo Lorenzo Muro, que estaba con los demás peones.

Que ha de sé pan vo,—dijo otro,—si á tío Tibucio, tu pae, le dio hueta de cacao con inverna dero y do vaca.

Eta vieja,—dijo otro,—no ha de tenó buen fin.

Si e muy regañona Ña Pola,—dijo una negra,—quien la va á queré.

—Qué alhaja blanquita esa Serrana, mujé de Ño Reinaldo,—dijo otra negra.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca memo se llama, dijo Lorenzo, y sabe tocá y cantá, y qué só yo cuanta cosa.

Linda etá, —dijo un mulato joven, — y que rosaa, y qué ojo, y qué cuepo tan ebelto. La serranita etá de comésela con tomate y otione.

¿Qué má se quie Ña Pola, que tené tan bonita nieta, siendo ella tan fea y vejancona, —dijo una mulata. —

Y toda la chusma de negros y negras de un arrozal, donde desyerbaban, siguieron, quien murmurando sin piedad, quien zahiriendo con equívocos y apodos á Ña Pola, cuando ésta con toda su familia se alejaba de allí y volvía á la casa á pedir el almuerzo á sus criadas, siempre con bravatas y gritos de urraca.

Alegremente se pasó aquel primer día, en los jardines, en las orillas del río, en gratas conversaciones de familia. La predilección de Blanca por María, no dejó de traslucirse desde entonces; porque el verdadero cariño, cuando es puro, se manifiesta con más presteza que el amor poco honesto é interesado.

Violante, aunque de carácter indiferente y frío, y cuyo trato con Blanca fue siempre más bien de cultura que de afecto, sintió alguna envidia al creer que María la pospusiese talvez á una serrana.

LI

¡Otra noche sin la esposa!

Cuando llegó la tarde, hermosa pero triste, se comunicó á Blanca la tristeza, y el recuerdo de la noche que se avecinaba, le torturó el corazón. ¿Cómo estorbaría que su fingido esposo la llevase á su gabinete? ¿Cómo expondría su pudor á tan inmi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nente riesgo de perdición? ¿Cómo ella, mujer joven y débil, iba á empeñarse en una lucha, donde lo probable, lo seguro, lo casi natural era sucumbir? ¡Pobre doncella! tenía que vencer ó quedar vencida, ó esposa ó esclava de una pasión. Se acordó de que María era la libertadora del peligro nocturno, que la amenazaba, y estrechándole la mano, en un momento de descuido de Reinaldo: María, le dijo: esta noche corro de vuestra cuenta; no lo olvidéis por la sagrada Virgen.

No os inquietéis,—le dijo María.—Esta noche (y quién sabe si otras muchas) seréis mía.

—¡Ojalá! lo sea todas,—dijo Blanca, muy reanimada, y procuró sonreir y hacerse agradable á la familia, y, sin descender á la adulación y la bajeza, propia herencia de almas viles, se empeñó en agradar más á Ña Pola y conquistar, si era posible, su cariño. Comprendía que, para la tal abuela política, no era ella muy simpática, y que sería difícil que se amalgamasen dos almas de tan contrarios afectos ó inclinaciones. Sin embargo, se resolvió á poner de su parte cuanto condujese á conseguir su honesto fin. Sólo así se haría llevadera la nueva vida, y en el campo de abrojos, en donde ella misma se había entrado, brotaría siquiera una flor que le diese su aroma: la esperanza.

Ña Pola, en la tertulia de familia, dijo que las serranas eran poco francas y bastante encogidas, y que Blanca debía despertarse mucho y ser despreocupada, y dejarse de fanatismos y muchas devociones. Prometió enseñarla á trabajar, y, ante todo, á economizar el centavo, el medio y el real, única manera de enriquecerse y morir tarde, legando á los herederos montones de oro y plata. Luego dijo unas tantas cosas, aceptables algunas, impertinentes las más, y, con el pretexto de franqueza, sembró la conversa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ción de patochadas bien grandes, con disgusto de Reinaldo, pesadumbre de María, indiferencia de Violante y desconsuelo de Blanca.

Cuando anocheció, Ña Pola dispuso que jugaran las *chiquillas*, y ella fue á entenderse con los peones, á pedirles cuenta del trabajo del día, á gritarles y regañarlos, para no perder la costumbre.

Ño Topete, el ayo de la familia, Eugenio Cortés y Lorenzo Muro, pajes de preferencia, y la Calandria, que era una mulata joven y vivaracha, estaban en el corredor fronterizo al río, conversando y murmurando á sus anchas todos, menos el segundo de piel negra como el cuervo, pero de alma blanca como una nubecilla de estío. Ña Pola fué la que llevó la peor parte, sobre todo de boca de la Calandria, que le tenía odio muy firme y duradero.

¿Qué le parece, Ño Topete,—dijo Eugenio,—mi serranita, la niña Blanca? ¿Ha visto Ud. joven más guapa y de más elegancia y bizarría? Qué vá que ni la palma aquella del frente cimbrea más pomposamente que mi patrona, con ese talle tan esbelto! Yo mucho la quiero, porque la he experimentado que es muy buena.

Pues te diré la verdad,—dijo Ño Topete,—que la serranita me gusta mucho. Así patrona me complace tener, y no esa abuela á quien he lidiado más de cuarenta años, de cuenta de amoroso ó de tonto, que es lo mismo. Los criados viejos somos los únicos buenos. Yo quise mucho á mi difunto patrón Ciriaco del Valle y á su linda hija Clara, que fue tan desgraciada, y por cariño estoy aquí, y porque también quiero á ese calavera de Reinaldo, que ¡ojalá! se formalice en poder de la Blanquita, y no vuelva á las andadas. Muy gastador y mujeriego ha sido el atolondrado.

Uté,—dijo Lorenzo,—tiene saña contra la pobre

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ña Pola, poque dice que e de mal genio. Ya ha de morí pronto, ya no ma ha de dejá de gritá.

¡Ojalá! seay yo un profeta, —dijo la Calandria, y vaya á gritá la vieja en lo infierno. Aunque qué ha de morí, si etá ma dura que un guayacán. Primeo he de morí yo que esa vieja condenaa.

Que se dividan las fortunas, —dijo Eugenio, —y entonces el patrón Reinaldo, tendrá su hacienda separada, y nosotros, como patrona, á la niña Blanquita.

Bueno será, —dijo la Calandria —yo, como muchacha, quieo tamién tené po patrona una joven, y no á esa vieja que grita ma que todo lo diablo junto.

¿Y Uté qué haría, Ño Topete, si se patiesen lo biene Ña Pola y el capitán Reinaldo?— ¿Aquién seviría,? —dijo Lorenzo.

Yo, —dijo Ño Topete, —dejo también á la vejezuela, que muerde más que una víbora, y habla como una cotorra,, y me paso á las filas del Capitán y sirvo á la Capitana Blanquita.

Así haremo too, —dijo la Calandria, —meno Lorenzo, moreno mimao de la vieja. El ha de sé el mayodomo de eta hacienda.

—Más aptitudes tiene para soldado de Tarcón, —dijo Eugenio.

—¿Será, pue, ladrón, abusivo y forzadó! —dijo la Calandria— Mejó e que siva á la vieja, que lo quiee tanto.

A mí lo que me guta, —dijo Lorenzo, —e sé soldado de mi General, que no da toa garantía y que hagamo too lo que no dé la gana. ¿Pero qué he de hacé, si mi mae me odena que no deje nunca á Ña Pola, y que sea agraesío, poque fué buena con mi pae.

Tienes razón, —dijo Eugenio, —que cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo nada tengo que agradecer á Ña Pola. Al contrario debía de aborre-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cerla, porque, por su causa, diz que murió Ño Luis Cortés, mi honrado padre. Ño Topete, como más viejo y leal criado, debe saber las cosas.

Ño Luis, tu padre, —dijo Topete, —no murió directamente por causa de Ña Pola. Estás mal informado; pero pereció con motivo de un viaje que ordenó Ña Pola que hiciera con cierto caballero, que yo me sé; y no digo más ni puedo decir, ni me lo pregunten. No quiero morir envenenado y á la vejez.

A nosotros, —dijo Eugenio, —que seríamos guaguas todavía, no nos conviene averiguar y saber cosas pasadas. Allá Dios sabe á quien ha de tomar cuenta de mi orfandad.

Que me ahoquen, —dijo la Calandria, —si en la muete de tu pae no ha tenío toda la culpa la vieja desalmaa.

—Yo la perdono, si es así, —dijo Eugenio.

Dejando á medio hablar á la Calandria, se fué con Ño Topete á servir el café á los patrones.

Eugenio estaba, además, cuidadoso de la suerte de Blanca, porque iba ya convenciéndose de que había venido robada y no casada. Maldició que Reinaldo no quería remediar el daño, y se dijo: Es una infamia que el patrón no sea verdadero esposo de tan linda y buena joven. Acostumbrado á perder á muchas mujeres, por pasatiempo y gusto, no quiere, sin duda, salir de la mala costumbre y hacer excepción con la niña Blanquita, la más hermosa y digna, la princesa de cuantas él habrá amado. No, mujeres, como la Blanca de mi corazón, nacieron para ser esposas y nunca queridas, para señoras de la casa, no para concubinas del amo. Me propongo sacrificarme por esta niña. Haré cuenta de que cuido una hermosísima y casta paloma campesina, una rosa muy delicada, una piña muy suave y deliciosa, qué ha de comerse en mesa de grandes con pulcritud y decencia. Ya ella,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en Victoria, algo me hizo columbrar.... ¡Pobrecita! No sé porqué te amo y te quiero con cariño de padre joven á la primogénita de su matrimonio. Como se ama la luz y la armonía, así te amo yo, con pureza y placer.

Pensando en estas cosas sirvió el café, taciturno y entristecido.

Cuando llegó la hora del descanso para todos, María, tan previsiva como discreta, dijo á Blanca y Reinaldo: vamos, porque es muy natural que reposéis ya. El estropeo de un largo viaje, y la mayor parte á caballo, pide algunos días de quietud y noches de largo y profundo sueño.

—Vamos, —dijo Reinaldo, y, despidiéndose de Ña Pola y la rubia Violante, se retiraron.

Cuando María iba á entrar á su aposento, dijo á Reinaldo: anoche quedó conmigo Blanca, por su cuenta; mas ahora quedará por cuenta mía. Te lo pido de favor gratísimo y te querré más, si me complaces.

—Ya debes devolverme mi prenda,—dijo Reinaldo.

—Como es prenda, te la devolveré mañana, ya que no puedo quedarme con ella, —dijo María.

—Tú, prima, quieres divorciarme de hecho, y eso no se puede. Tú, que eres tan católica, sabes que eso prohibe la Santa Iglesia.

—Sí prohibe la separación sin causa justa, pero no impide la ausencia y la castidad de algunos días, antes la aprueba y alaba.

—No disputemos. Doy licencia por esta vez más, siempre que mi cara mitad lo quiera ahora.

—Ahora y muchas veces y casi siempre lo querré, —dijo Blanca con firmeza de acento y resolución, que asombró á Reinaldo. Vio que la sensible y hasta humilde joven mostraba una fortaleza no esperada y, rabioso, pero disimulando, se entró á su cuarto, sin despedirse de ellas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LII

Las revelaciones de Blanca

Cuando María y Blanca estuvieron solas, la segunda volvió á dar rienda suelta á su llanto, y, no pudiendo ahogar los sollozos, dejó que ellos, uno tras otros, se exhalasen, como notas gemebundas de un laúd en medio del silencio de callada noche.

Explicadme el misterio de vuestro dolor, ángel triste,—le dijo María, con inefable ternura.—Ayer atribuí á la ausencia de vuestro hogar el llanto en que os bañasteis, pero ahora tengo mayor extrañeza. Ayer no quise, indiscreta, preguntaros vuestros secretos; pero hoy debéis revelármelo todo, como ya lo prometisteis. Convenceos de que las dos, como dijisteis anoche, somos almas gemelas, somos hermanas, y desde este instante sólo os daré el dulce apellido de hermana, y, como la confianza, sin reserva ni límite alguno, exige la intimidad de un trato fraternal, me perdonaréis que me olvide del *Usted* y os tutee, y os ame, como si juntas nos hubiésemos criado en estos valles. Es cierto que la súbita ó improvisada confianza, cuando apenas se han conocido y amistado dos personas, es muy expuesta á desengaños y arrepentimientos; porque la amistad íntima debe crecer poco á poco, como las palmas de nuestro río, hasta que profundicen la raíz y tengan consistencia, y se alcen fuertes y lozanas después, y no las maltrate ó derribe el huracán. Sin embargo, como hemos dicho, hay almas gemelas, que al primer encuentro se comprenden, y compenetran y se transfunden como aromas derramados de dos distintos vasos,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y entonces la intimidad prematura no es censurable. Entre nosotras se realizará, pues, esta rara maravilla. Desahoga tus penas conmigo, hermana mía.

Blanca abrazó á María. Temblaba aún, y, abrazada de la hermana, que le daba el amor, se estuvo largo intervalo callada. Después recobrando fuerzas de valor moral, le dijo:

—Hermana mía, ¿quién creyera que yo, que tanto he amado á tu primo, ahora le ame, pero al mismo tiempo le tiemble? Le amo como al corderillo, y le tiemblo como al león. El amor me obliga á estar con él, á oír sus acentos y contemplar su rostro, y el temor me impele á huír de él en ocasiones, á evitar su compañía. Temo la noche, porque la soledad, en unión de Reinaldo, me asusta.

—Explícame, hermana mía, el misterio.

—Ay! hermana mía, mi confidente y nuevo y desinteresado cariño, el pudor me acobarda todavía para contarte mis desvíos, á pesar de que aun estoy intacta y virgen como tú, María.

—Sorpréndeme tu lenguaje, hermana mía.

Si aun estás virgen y pura, no has llegado entonces al último y más deplorable de los desvíos de una mujer. ¿Por qué te acusas tan cruelmente!

—Porque soy la hija más desobediente é ingrata que ha podido tener una madre.

—Si mal no recuerdo, ayer me lo dijiste ya. Explícate ahora.

—Tus palabras, hermana mía, como una música blanda, recrean mi espíritu y me dan el aliento que necesito, para abrirte mi seno y enseñarte este mi lastimado corazón. Yo no soy esposa de Reinaldo.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices?

—Digo, hermana mía, la verdad. ¿Me tienes en poco? Tienes razón.

—No hermana mía, antes te amo mucho más por

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

esta prueba de confianza. Persuádete de que cuanto me reveles quedará guardado dentro de mi pecho, con más seguridad que una perla arrojada al fondo del mar.

—No soy, pues, la esposa de tu primo. Vengo engañada con sus promesas, seducida con su delicado trato y caballeroso proceder. Fuera de una sola ocasión, me ha respetado grandemente; pero ¡ay! no vengo casada sino por rapto. Esta es una realidad vergonzosa, pero ¡ay!..... es realidad.

Volvió á llorar. Parecía que aquella noche la fuente de las lágrimas de Blanca era inagotable, como los escondidos manantiales que brotan al pie de ocultas rocas, cercadas de espesos árboles en repuesta soledad.

María lloró también.

Las almas virtuosas y sensibles, aunque no hayan padecido todavía ni tengan experiencia de desdichas, suelen compadecerse del desgraciado y llorar las desventuras ajenas.

Blanca, al principio con voz turbada, y después con acento más firme, viendo la benévola atención de María, le reveló la historia de sus amores é infortunios, sin omitir nada de cuanto saben ya las amables lectoras y los severos lectores de este libro.

María, aunque muy joven, no se sorprendió mucho de los engaños y ardides tan naturales en los calaveras, ni menos de la inexperiencia y candor de Blanca. Era inteligente, y comprendió que la virgen quiteña era víctima de un primer amor. Compadecióse de ella y le ofreció hasta el sacrificio de su vida en cambio de lograr ó que Reinaldo se casase ó que permitiese que Blanca volviera á su antiguo hogar.

En todo caso, hermana mía,—le dijo,—tú quedarás tan pura como viniste acá, y yo seré el escudo de tu pudor. Bien has hecho en revelarme tu histo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ria, y me lo has confesado todo como el humilde penitente al caritativo sacerdote que le atiende y le consuela. Si las pesadumbres, contadas, parece que se alivian, también los temores, revelados en el seno de una dulce confidencia, suelen prevenirse y aun disiparse. La pintura, que tú me has hecho, de la incomparable Margarita, me atrae hacia ella, para admirarla y bendecirla. No, Blanca, hija que tan virtuosa madre tiene, no puede llegar al último confín de la desgracia. La plegaria de una matrona llena de piedad siempre penetra á los cielos; las lágrimas, que vierte el amor maternal, son perlas, con cuyo precio se redime el dolor, y las angustias y consejos de una alma grande alcanzan á alejar el deshonor de una joven. No te amedrentes, Blanca: si fuiste hija desobediente, y al amor primero y desconocido sacrificaste el casto amor, el amor siempre antiguo y siempre nuevo de una madre te salvará. Guarda los preceptos de Margarita, y de tu misma falta saca vigor y fortaleza. Sólo las almas pusilánimes sucumben á la desgracia, y no se redimen de la culpa. Si fuiste hija desobediente, no serás hija impura. No se ha perdido todo, cuando no se pierde el honor.

Blanca abrazó á María como demente y loca; pero era la demencia y locura del amor correspondido, desinteresado y castísimo. Así se aman los ángeles, así las flores, así las auras.

—¿No os parece que Reinaldo se ha vengado de Margarita, por haber impedido al principio mi enlace con él?—dijo á María.

—Sí, Blanca. Conozco el carácter violento y orgulloso de mi primo; y las averiguaciones de tu madre, acerca del origen de Reinaldo, lo mortificaron seguramente, hasta lanzarlo á la venganza.

—Pero ¡ay! hermana mía, mi madre tuvo sobrada razón; porque Reinaldo era para nosotras desco-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nocido en cuanto á los precedentes de familia. Una madre debe saber á quién va á entregar una hija, á quién va á dar un pedazo del corazón y, si es hija única, el corazón entero. Así me lo dijo ella, y yo entonces, ciega de amor, no la atendía y calificaba de escrúpulos sus temores. Ahora veo que, algunas veces, cuando las madres temen, profetizan.

—Así lo creo, hermana mía. Continúa.

—Si Reinaldo hubiera querido de veras ser mi esposo, habría conseguido que su abuela ó más bien tú, María, que eres tan sagaz y discreta, escribiesen á mi madre, y ella habría accedido al punto, y yo sería ahora feliz. No, ahora me convenzo de que Reinaldo, sólo como pasajera ilusión y buen pensamiento, tuvo la voluntad de casarse conmigo, y luego se arrepintió, y quiso engañar á mi madre y á mí misma, para así seducirme y perderme, pues con promesa de matrimonio, suelen los hombres conseguir la realidad de sus criminales intentos. Si Reinaldo me amó de buena fé,—¿por qué no hizo lo que te digo? Veo que tu familia es honrada, y esto sólo y la calidad de Reinaldo como hijo legítimo, quería saber Margarita; porque ella no se alucina con aleurnias ni riquezas, como te cuento que se lo repitió al tío Pelmas.

—Ay! hermana mía, no vuelvas á repetirme ese nombre, para mí antipático, para tí fatídico; porque me suena á los oídos como el graznido fúnebre del buho en medio de profunda noche. Ese hombre se me figura un avechucho de mal agüero.

—Así lo llamaba mi buena criada Manuela, de la que también te he hablado. Ahora, volviendo á los temores de mi madre, ¿te parece que eran fundados?

—Naturalmente, porque no conocía á la familia de mi primo. Ella es, como tú dices, honrada; pero Reinaldo no es ciertamente hijo legítimo, sino fruto

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de un amor desgraciado, y, en esto, el temor de Margarita fue de admirable clarevidencia.

—¡Qué oigo, cielos! ¿Es posible? Dímelo todo, dulce hermana mia. Yo no te ocultaré nada.

—Tampoco yo te ocultaré nada, puesto que tú no has tenido conmigo ninguna reserva.

—Oh! Dios, cómo disminuye las desgracias la sinceridad de una confidencia de hermanas. Cuéntamelo todo, te ruego.

—Es excusado el ruego, hermana mía. Mi abuelo, Don Ciriaco del Valle, fue un hacendado opulento y honrado, que tuvo sólo dos hijas y un hijo calavera. Este botó lastimosamente su fortuna en revoluciones, contra los consejos de su padre. Peleó en defensa de un pésimo caudillo, le entregó su dinero y, en un reñido combate naval, salió herido y murió ahogado. De las hijas, la mayor tuvo por nombre Clara y fue la madre de Reinaldo, y la menor se llamó Elvira, la cual casó con un Señor Pedro del Campo, de cuyo matrimonio somos fruto único, y gemelas, Violante y tu María. A nuestro abuelo no alcanzamos á conocer, y nuestros padres murieron, cuando nosotras éramos muy niñas, y así quedamos al cuidado sólo de mi abuela Policarpa Aguirre. Clara, mi tía, había muerto ya antes de que Violante y yo naciésemos, y, cuando nosotras vinimos al mundo, Reinaldo sabía ya leer y escribir correctamente, y tenía por ayo ó preceptor á un Don Marcos de la Rueda, que le siguió enseñando hasta que nosotras tuvimos cinco años, y pasó á ser nuestro maestro á domicilio, de todo lo cual me acuerdo con esa placidez y tristeza, mezcla de dulce y algo amargo, con que vuelven á la mente los primeros años de la vida. Ña Pola nos criaba con bastante desapego, sobre todo de mí, y sus caricias, mimos y condescendencias eran sólo con Reinaldo, á quien dejó criar voluntarioso y soberbio

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y sin educación alguna. La que tiene ahora es adquirida con el roce social; porque él es inteligente, y ha leído mucho, y ha procurado formarse como un calavera de buen gusto ó alto tono, según, ya tarde, se lo echa en cara mi abuela, sin pensar que ella tiene la culpa de todo. Esta es, Blanca, la historia de nuestra familia, y no la forjada y urdida por aquel viejo, que tuvo fascinada á Margarita con apariencia de virtud y lealtad.

—Cuánto te agradezco, María, que me hayas hecho con tanta sencillez y verdad tu relato;. pero no lo dejes sin concluír.

—¿Qué falta, hermana mía?

—¿No me dijiste que Reinaldo era fruto de un amor desgraciado?

—Nada te ocultaré. De oídas sé que un caballero muy estimable, cuyo nombre nadie lo sabe ó al menos nadie lo pronuncia ya en la hacienda, quiso casarse con mi tía Clara, cuando ya tenían á Reinaldo y cumplir su palabra de hombre honrado. Dicen que mi abuela se opuso al matrimonio, á pesar de que su hija quedaba sin porvenir y sin honra, y que prefirió su capricho al bienestar de Clara. No sé qué causa influiría en el violento carácter de la abuela para tan extraño proceder; pero la verdad es que el casamiento no se realizó, y que el padre de Reinaldo quedó absuelto de culpa, porque de su parte no faltó nada. Dicen que la abuela le exigió plazo tras plazo y que no llegaba el día de las bodas, hasta que, como última condición, le encargó con mucho empeño que fuese á verificar para ella un negocio más allá de Guayaquil. Dicen que el Caballero se fue por complacer á la abuela, esperando casarse después de su regreso; pero que todo se frustró, porque el viajero naufragó en el mar con casi toda la tripulación de la barca de familia, en que navegaba. Dicen, por fin,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que después de la noticia, enfermó y en pocos días murió tía Clara, sin duda de pesar de verse sin su futuro esposo y deshonrada. Esto es cuanto puedo contarte, Blanca mía, y todo lo he oído como en confuso; porque ni Violante ni yo nos atrevemos á preguntárselo á la abuela. Un bofetón de novedad habría sido la respuesta. El mismo Reinaldo no sabe nada respecto de su padre y creo que aun ignora su nombre, si bien yo malicio que conserva un retrato de él, pero muy escondido. Si lo supiese la abuela, lo rompería airada y ofendida contra el que ella llama el seductor de su hija, único nombre con que conocemos al padre de mi primo.

—Un capricho sin nombre ó acaso algún misterio se oculta en la extraña conducta de tu abuela. Lo cierto es, María, que no sé porqué tu relación me horripila. Por lo menos temo que Reinaldo sea tan caprichoso como su abuela, y que así como ésta no quiso que Clara se casase con aquel caballero, aunque iba en esto el honor, tampoco tu primo quiera matrimoniarse conmigo, aunque yo pierda mi reputación y el nombre. Que el no sea hijo legítimo, no importa mucho; pues nadie tiene la culpa de ser fruto de prohibida unión, y la legitimidad del origen se cubre muchas veces con cualidades y virtudes. Ah! hermana mía, de tu relato, así como de toda historia desgraciada, una lección saco para mi enseñanza: no quedaré burlada y sin honra, como quedó la desgraciada Clara, ni Reinaldo imitara conmigo la conducta de su padre, á pesar de que éste quiso remediar el daño de su amada. Mejor y más facil es impedir que se enturbie una fuente cristalina, que no pretender limpidez cuando ya es casi imposible.

—Bien discurres, hermana mía, y pensamientos como los tuyos sirven como de escudo y de defensa del pudor. Esta noche ha sido la noche de la revelación de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

los secretos. Duerme tranquila; que las horas avanzan, y la luna refleja apenas en la corriente del Daule.

LIII

Solaces y esperanzas

REINALDO tuvo una noche de insoportable insomnio. Pensamiento tras pensamiento, como saetas candentes, le penetraban en el cerebro, y el orgullo ofendido y lastimado se quejaba y rugía. Para un Tenorio avezado á arruinar doncellas con las seducciones, como el segador corta las espigas con la hoz, no hay cosa que contraríe é inflame más el deseo que una pasión en que haya obstáculos y defensas. María era para Reinaldo como un ejército temible, y en el negro Eugenio veía un atalaya de sus acciones. Además, Ña Pola era una barrera infranqueable, para que su nieto pudiese vivir y solazarse con Blanca á su albedrío y talante. La abuela, al descubrir el engaño de su nieto, se tornaría en irritada pantera. Así, pues, la joven quiteña era ya para su amante como una plaza fuerte. Cosa rara por cierto, pero muy verdadera: cuando Reinaldo estuvo en Quito, con sólo el nombre de enamorado, tuvo más facilidad de verse á solas con Blanca. Ella acudió á las citas, ella se dejó arrebatar y vivió con él en la casa de la calle de San Juan; ella viajó con él en un camino bastante dilatado, y, sin embargo, se mantuvo pura; porque él no quiso abusar de la debilidad de la jóven y aprendió á vencerse y á esperar. .....

¡Pérfido vencimiento y criminal esperanza! se

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

venció ayer para buscar el desquite mañana, y esperó, porque se prometía la saciedad y la holgura. La continencia, en este caso, fue resultado no de la virtud sino de la pasión. Después, cuando ya Reinaldo está con nombre de esposo, y Blanca como suya y en lejana morada, ni la posee ni le aprovecha la lejanía. No se le ocurrio á Reinaldo que, al traer consigo á Blanca, traía una mujer de gran carácter, que se resolvió á reparar una falta con muchas virtudes y resarcir un desvío con numerosos aciertos. El carácter es la garantía de la virtud.

Reinaldo, impaciente, tres ó cuatro veces se levantó de la cama y otras tantas volvió á acostarse, y se propuso no ser ya condescendiente con María, y en la noche venidera imperar como dueño y esposo. Recordó de sus bríos y dón de mando y predominio, y reiteró el propósito de no dejarse vencer de dos débiles muchachas.

El día siguiente amaneció más tranquilo para Blanca. El desahogo de los pesares que confió á María, aliviaron su corazón amargado, y pudo, con más entretenimiento, pasearse con las dos rubias, con Reinaldo, Ño Topete y el infaltable Eugenio, y conocer todas las cercanías de la espaciosa y rica hacienda de la familia. Se complació en ver las labores del campo costeño para ella desconocidas, y aun tomó parte en ellas, echando por gusto un poco de arroz blanco como sus esperanzas.

Ño Topete, que había ya cobrado cariño á Blanca, la veía con admiración y conversaba con ella. Mucho me gustan las mujeres hacendosas como Su Merced,—le dijo,—y apuesto que el patrón Reinaldo va á ser feliz, y olvidarse de sus tunanterías, y hacerse hombre formal. ¡Gua! ¡caray! con tan bonita niña debe de estar chinchoso.

Reinaldo, que le oyó las últimas palabras, le dijo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sonriendo: Ño Topete, yo no soy molesto ni pesado para que me llames chinchoso.

—Yo quise decir que Su Merced ha de estar ufano y orgulloso, y creí que eso significaba la palabra. Dispense Su Merced, que yo sí estuviera así con la patrona Blanquita.

—¿Conque, te agrada mi esposa?

—Mucho me gusta; y Su Merced trátemela bien como á reina y Señora de estos campos y haciendas.

—Así lo haré, Ño Topete, y Uds. serán los vasallos de esta princesa.

—Y la serviremos y la amaremos con todo el corazón.

—¡Gracias!—dijo Blanca; y quedó muy contenta María é indiferente Violante.

Las jóvenes se recrearon en las diversas labores de la hacienda, y volvieron á la casa á tomar descanso. Ña Pola, que no se olvidaba de dar gritos y regañar, reprendió á las tres; porque eran unas desconsideradas y se habían hecho demasiado tarde, y ella deseaba ya comer y cesar de tantas domésticas faenas.

Blanca estaba fastidiadísima del mucho hablar de Ña Pola y de las groserías, que la vieja llamaba franquezas y confianzas de madre. Sin el apoyo y consuelos de María, y sin la esperanza de que Reinaldo llegara, al fin, á ser su esposo, la joven habría desfallecido de ánimo y enfermado de pesar.

Reinaldo ansiaba porque llegase la noche, para ejercer autoridad de marido, y probar si era ó no amante ó más bien juguete de su propia pasión. Tolerar desdenes en su misma casa y de un sér tan débil y casi indefenso, le pareció vergüenza.

Durante las primeras horas de la noche jugaron al rocambor. María suplicó á Blanca que tocase el piano, pues los negros pajes le habían contado que lo hacía

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con tal perfección, que podía resucitar á un muerto.

Es cierto,—dijo Reinaldo,—pero es ya muy tarde, y sería cansarla mucho, cuando ella talvez quiere dormir y librarse del calor que tanto la sofoca. Nuestro dormitorio tiene más fresco que esta sala. Vamonos ya.

No tengo sueño,—dijo Blanca,—ni falta de voluntad para complacer á María y aun á Violante, si también quiere oírme.

Os oiré de grado,—dijo Violante,—y en eso no hay dificultad, si lo permite Reinaldo.

—Deja que toque la serrana,—dijo Ña Pola.

—Como quieran Uds.,—dijo el joven.

Blanca, sin vacilar más, se llegó al instrumento, y le arrancó tan dulces armonías, que todos convinieron en que era una consumada artista, y que el gusto y la ejecución con que tocaba eran perfectos.

Es de admirar,—dijo Ña Pola,—que lo haga tan bien, siendo serrana.

Aunque aquí,—dijo Blanca con modestia,—todo canta y todo es armonía en río, árboles y orillas, también en la sierra hay melodías, unas sublimes como sus montes, y otras tristes como un recuerdo querido y lastimeras como el arrullo de una tórtola viuda.

Se le vino á la mente la soledad de Margarita, y calló.

—¿Quién os enseñó el piano?—dijo Violante.

Cuando ya huérfana, estuve en el Colegio de la Providencia,—dijo Blanca,—me enseñó la madre Ignacia, que era una francesa consumada en el arte de la música. A ella le debo esta mi poca habilidad, que de tanto solaz y consuelo me sirve en las penalidades de la vida.

¿Tan joven y tienes penas?—dijo Ña Pola.—Aquí nadie llora, y todos cantan ó siquiera gritan. Las serranas tienen fama de ser muy tristes, y eso no se conoce por acá. Hay que reír en esta vida por todo y de todos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ya hemos oído á Blanca, dejémosla descansar, —dijo Violante.

—¡Buenas noches!—dijo Reinaldo, que estaba impaciente por salir. Ña Pola y Violante se quedaron solas.

Recio combate debía empeñarse entre Reinaldo y las dos jóvenes hechas hermanas ya, si no por la sangre, por la fraternidad de cariño tan puro y verdadero, que no se desmintió jamás.

LIV

Primero y recio combate del amor contrariado

Cuando María invitó á Blanca, para que la acompañase á su dormitorio, ó es burla la que me haces, —le dijo Reinaldo,—ó pretendes, prima, arrancarme de veras del regazo de mi querida esposa. La separación de dos noches es ya crueldad.

—Y será de dos meses, de dos años y de mayor tiempo,—dijo María.

Sonrióse y desconcertó al primo.

—Basta de burlas,—dijo Reinaldo.

Quiso tomar del brazo á Blanca y llevarla á su gabinete.

—No es burla la que te hago, querido Reinaldo,—dijo María, y entró á su dormitorio con Blanca.

Reinaldo entró también.

Te sigo la burla, María. ¿Quieres representar una comedia?

—Talvez una tragedia, Reinaldo.

—¿Por qué me hablas con entonación de autoridad y aun de amenaza? Dáme mi esposa.

-Cuando lo sea de veras.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Lo es por orden de la Santa Madre Iglesia.

—Mientes y te burlas, libertino.

Reinaldo quedó asombrado y mudo.

María prosiguió: has engañado miserablemente á una jovencita que, sencilla y pura, y sin conocer la corrupción de los hombres, te entregó su albedrío, su amor, su pensamiento. Ella te dará también la vida, pero su pureza, jamás.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Reinaldo, el caimán no juega con la paloma ni la devora. ¿Y tampoco entiendes esto?

—Hablas en enigmas.

—Hablo con el lenguaje del pudor, y no quiero explicarme en el idioma pornográfico, que usan ustedes los libertinos.

—Dáme mi esposa, María; porque, si no, escandalizaré la casa.

—Y podrás escandalizar el mundo todo, y no conseguirás al fin tu intento. Eres libertino, calavera, y te has olvidado de ser caballero, cualidad que siquiera tenías.

Reinaldo se avergonzó. Ante la hermosa altivez y el encendido color de una virgen justamente airada, cualquier libertino se intimida y palidece. La virtud tiene á veces un poderío irresistible.

Blanca lloraba, pero se sentía llena de vigor. Creía que á su lado velaba el ángel de la fortaleza.

Reinaldo preguntó á María, entre altivo y medroso: ¿qué exiges de mí?

—Que seas esposo de Blanca, y no otra cosa.

—¿Acaso no lo soy?

—Calla otra vez, seductor. Todo lo sé, y no te quedan sino dos sendas: ó vas por la de flores en compañía de una casta y bella esposa, alumbrado por el sol indeficiente del amor legítimo, ó sigues por camino de abrojos y zarzales, entre la tenebrosa noche

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

del crimen, pero sin compañera que participe de tus culpas. Escoge.

—No eres mi madre ni mi Señora para tan altanero ó imponente lenguaje.

—Ahora no soy María. Soy tu abuela, á quien ultrajas en su propio hogar.

—¿Cómo?

—Queriendo presentar á Blanca bajo el velo de esposa, cuando la has traído con la intención de conservarla sólo como querida. Sí, querida sólo, Reinaldo; le doy tan vulgar y repugnante nombre, porque ese es tu intento. ¡Qué vergüenza!

—Insisto en que es mi esposa y no mi querida, nombre que tanto odias.

—Como odio tu impudencia y tus mentiras. Mira, primo, sé cuerdo. Si te empeñas en tiranizar la voluntad de esta joven huérfana, yo misma revelaré á la abuela cuanto pasa y le pintaré con los más terribles y sombríos colores la indignidad de tu acción.

La abuela, que tanto te ha mimado, conoce y sabe tus desvíos, pero no ha hecho gran caso de ellos. No sucederá lo mismo, si quieres ser criminal á la sombra del común hogar. Te equivocas.

—¿Quién te ha dicho que Blanca no está casada conmigo?

—¿No comprendes que sólo ella ha podido decírmelo? Te repito: sé toda la historia de tu seducción. Los tuyos son amoríos, y no has llegado á conocer todavía el amor verdadero, cuyas delicias castas y legítimas no has saboreado ni quieres aún saborear. Has estragado el gusto con vulgares y torpes placeres, y no quieres gozar de un deleite sin crimen ni remordimientos. Blanca es mi hermana, es mi hija ahora. También el cariño suele engendrar hijas vírgenes, quedándose él virgen. Con esta advertencia,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

atrévete á hacer lo que se te antoje, como habrás hecho con otras muchas.

Dijo, y con varonil denuedo obligó á Reinaldo á retirarse. Cerró luego las puertas, echó la llave por dentro y, abrazando á Blanca, le dijo alegre: hermana mía, triunfamos.

Y que el combate primero fue victoria, no hay para que decirlo. ¡Ojalá! las luchas sucesivas sean también triunfos, y no sucumba á la postre la combatida navecilla entre la borrasca de la mar de pasiones de su amante. ¡Quién sabe!

Reinaldo entró en uno como furor y delirio, y sintió cansancio, pesadumbre y aun temor. Las luchas de las pasiones rinden más que el continuo batallar en un campo de muerte y sangre. Desde esta memorable noche el joven antevió que su combatir sería largo y sin tregua y de dilatados meses. Tal cosa no estuvo escrita en la historia de sus seducciones.

Debía ya cansarse y rendirse y escoger la vida sosegada de un hogar abundante, en compañía de una angelical esposa. En un instante podía remediarlo todo y creerse feliz, y, sin embargo, no lo quiso. Con su carácter indómito, carácter de hierro, aun más acerado con el capricho, fue el verdugo y atormentador de sí mismo. Quería enturbiar el agua, y luego bebérsela á torrentes, haciéndola propia. Imposible: apagada la primera sed de una pasión, viene como expiación el hastío, y los raudales quedan amargos y cenagosos.

Reinaldo después hasta de llorar, cosa para él extravagante y no usada jamás, rugió como león, á quien quitaron la presa, cuando se la llevaba á los bosques.

Luego se quedó dormido: casi no se movía. Era como el cadáver de una pasión derribada.

¡Llorar Reinaldo!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A solas los más altivos, valerosos y soberbios suelen también gemir; porque, en la vida, para todo hay lágrimas: para bienes que pasaron, para esperanzas perdidas, para culpas que se cometieron y hasta para pasiones que no se saciaron.

Al alborear el día todos estuvieron en movimiento. A la tormenta de la noche sucedió aparente calma moral, y Reinaldo, y María y Blanca departieron y conversaron en familia, como si nada hubiese acaecido. Mutuamente se guardaban reserva. Nadie, fuera de ellos y de Eugenio, que tenía casi evidencia de la verdad, adivinó siquiera que Blanca no era esposa de Reinaldo ni advirtió tampoco que los dos jóvenes nunca pasaban la noche en el mismo lecho. Salvaron tan bien las apariencias, y María, la simpática María, condujo las cosas, con tanto acierto y discreción y tino, para ver si lograba el enlace de los dos, que pasaron días, meses y algunos años sin que la realidad apareciese. Las noches Blanca y María dormían en el mismo lecho y, hasta horas avanzadas, una sombra silenciosa vagaba por los corredores de la hacienda. Los peones supersticiosos, que alguna vez la divisaron descender las escaleras y aun perderse por los huertos y jardines, juraron haber visto el alma del antiguo patrón Ciriaco, que debía de estar en el Purgatorio, porque le faltaban algunas misas, y Ña Pola, por no gastar, le tenía en penas. Una peona dijo que ella sabía de positivo que era la ánima de Tiburcio Muro, y que la había visto arder y arrojar llamaradas como de condenado. Otra aseguró que no era sino la Señorita Clara, que, con manto sutil de un fuego sonrosado, solía aparecerse algunas ocasiones, y que debía estar ya para irse al cielo; porque, en vida, diz que había padecido mucho á causa de Ña Pola.

Reinaldo, previendo los escándalos y disturbios,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que ocasionaría un proceder precipitado é irreflexivo, se resolvió á vencer á Blanca con el cariño y jamás con el abuso de la fuerza. En este punto era en verdad caballero y excepcional libertino. Obstinado en su capricho, quería que la conquista de Blanca fuera como el timbre y sello de todas las conquistas que había contado en la ya larga historia de su antes para él venturoso *tenorismo*. También las pasiones tienen su punto de honra, y tan perjudicial y dañoso, que, sin él, habría menos deshonras y desgracias en las familias, y más quietud y moral en las sociedades.

Desde aquel día se estableció, en la hacienda de Castalia, una vida alternada entre las labores del campo y las domésticas, el paseo y la recreación para todos en general. Particularmente, entre Blanca y Reinaldo, no cesaron los combates y las borrascas hasta el desenlace infalible en los acontecimientos humanos.

Blanca, fatigada del continuo luchar, afligida siempre por la separación de Margarita, de quien no conseguía saber nada, y, desesperando ya de ser esposa de veras, adquirió en el semblante y los modales cierto tinte de vaguedad y de tristeza, que la embellecían más, haciéndola por todo extremo simpática y amable.

María, la depositaria de los secretos, ansias, combates y aun virtudes de la joven quiteña, ya su dulce hermana, fue para ella un astro de suaves resplandores, que no se menguaron ni apagaron jamás. Cuando la amistad une dos almas igualmente puras, inteligentes y sensibles, dos corazones que acertaron á enlazarse felices, se crean una mansión separada de las demás, un asilo á donde acuden á consolarse y gozar, un repuesto paraíso donde luce un cielo sin nubes, inalterable, hermoso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LV

Las palmas del amor y la esperanza

Junto á la orilla del río crecían dos palmas, esbeltas y frondosas sobre todas las demás, que quedaban como envidiosas y humilladas, aun con ser todas también hermosas. Blanca y María las llamaban: á la una, el amor, á la otra, la esperanza. Bajo su sombra las dos jóvenes, como palomas que se albergan lejos de la tempestad, solían, casi todos los días, solazarse grandemente, bien contemplando las olas fugitivas como las ilusiones, bien recreándose con los diversos paisajes de las playas risueñas. Unas veces conversaban y otras leían, y otras también meditaban en silencio, arrimada cada una al tronco de su palma.

En algunas ocasiones Reinaldo iba á platicar con ellas, y no fue raro que sorprendiese en aquel lugar á Blanca sola, sin la compañía de su prima.

Un día, mientras Blanca veía los pececillos color de rosa, que saltaban á la superficie de las aguas, y estaba en profundo meditar, comparando sus esperanzas con aquellos animalitos, que ya aparecen graciosos, ya se sumergen y se esconden rápidos, la sorprendió su amante. Ella, viéndose sola, temió al principio; pero allá, arriba del río, entre el follaje de un grupo de tamarindos, divisó una cabeza negra, medio colgada de un árbol como el redondo coco de una palma. Comprendió lo que era, y se disipó el temor á Reinaldo, á quien amaba todavía, pero teniéndole miedo.

Blanca,—dijo él,—bella como esta orilla, de edad risueña como el rosal cercano, esbelta y gallarda como estas palmas, llena de aromas como el cafeto flo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rído, y cuyos acentos son suaves como los murmurios de este río, ¿por qué, dime, no eres también blanda como su corriente, y vienes, como ella, á bañar en grato frescor mi corazón aridecido y casi muerto con tus desdenes? ¿Por qué, Blanca, me aborreces y, en mi propio hogar, me tiranizas con tu altivez? Cede al fin á mis deseos, cede y dáme una prueba de tu amor, y seremos felices.

Si me ofreces, Reinaldo, la felicidad del amor legítimo,—dijo Blanca,—pronta estoy á aceptarla, pues para eso me trajiste, y entonces, más que esposa, seré con gusto tu esclava. Tienes en tus manos la corona de tu amor, de frescas y aromáticas flores blancas, y siéndote tan fácil ceñírtela, quieres deshojarla y echarla á las olas del río, y no de este río tan hermoso, sino del turbulento de tus antojos y pasiones. ¿No es así, Reinaldo?

—No te entiendo: tú me hablas con el lenguaje de las flores, de los aromas y de las auras. Háblame claro, díme yo te amo, y échate en mis brazos. Entonces te entenderé y te amaré mucho más.

—Pues te hablaré con sencilla claridad: casémonos, Reinaldo, y sucederá cuanto dices.

—Primero la prueba anticipada de tu amor.

—Primero la vida, Reinaldo.

—¿Si te encaprichas?

—Si el honor de una joven se llama capricho, seré yo, no lo dudes, la mujer más caprichosa del mundo.

—Mira, Blanca, tú serás la diosa de estos campos, la ninfa de mi río, la reina de estos bosques, y á tí estaremos rendidos todos. Sé mía, y yo seré tu esclavo.

—Te burlas de mí, Reinaldo. Yo no quiero ni pretendo ser ni diosa, ni ninfa, ni reina. No me des esos nombres; hazme y llámame de veras tu esposa, y ésto me basta. Entonces serás no mi esclavo sino mi dueño y mi Señor. Quiero la poesía de la realidad

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y no la de las ilusiones. Ay! Reinaldo, á cuán triste situación me han reducido la desobediencia y mi desgraciado amor. A pedir, casi á rogar que me des tu mano de esposo. Cosa tan impropia de una mujer bien nacida, petición tan inusitada en una doncella, ruego tan vergonzoso, son ahora para mi necesidad. Ah! no merezco ya tu amor sino más bien lástima de tu parte. Compadéceme y no me galanteos, porque es una ironía. Estoy en tú poder, en tus dominios, y más bien tú puedes ser mi tirano, y abusar ay!

—Abusar de tí, Blanca, jamás. Yo quiero que la prueba, que me des de tu amor, sea espontánea, como brota de suyo el pimpollo de un clavel, libre como la brisa del bosque, natural como esta corriente, que vaga tranquila y no forzada. Así me has de amar, así me has de corresponder. No temas violencias materiales. Sé y sabré ser caballero, pero también tu fino y constante amador.

—¿Y por qué no marido?

—Día llegará hasta para eso.

—¡Hasta! Cielos, cuán desdichada soy.

Blanca lloró y cayó medio desfallecida. Reinaldo la sostuvo y, tomándola de la blanca y reducida mano, le besó en ella suavemente. Blanca se estremeció y lanzó un suspiro suave como el aura que va á callar. Cuando Reinaldo la apoyó en sus rodillas, sintiendo él también un estremecimiento de timidez y amor desconocidos, tuvo de improviso, delante de sí, á Eugenio. Esa aparición súbita le estremeció también, y llegó á tenerlo miedo oculto al negro.—A qué vienes?—le dijo con forzado acento y aspereza.

Encaramado allá,—contestó,—en la palma más alta, por sobre los tamarindos, alcancé á divisar á Su Mercé y á la niña Blanca, su esposa, y como la ví medio tronchada, como que desfallecía con algún síncope, me vine volando á ver qué pasaba. Si Su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Mercé no estuviese aquí, yo hubiera creído que la niña vio algún lagarto que quería tragársela viva. Ya sabe Su Mercé que, siendo suya la niña Blanca, pereceré por ella.

Reinaldo, á su pesar, tuvo que agradecer á Eugenio, aunque las últimas palabras de éste encubrían no sé qué sátira ó misterio incomprensibles. El dejo del acento del paje quedó más que en los oídos en el corazón del amo. Llegó á tener cierto respetuoso miramiento por el criado. El joven no versado todavía en tratar con personas virtuosas, no comprendió que la virtud de su negro le imponía y avasallaba.

Blanca despertó como de un sueño breve, y, sonriendo con Reinaldo y el negro les dijo: mucho gusto de ver al amo junto á su más leal sirviente. Un buen criado no es, respecto de su Señor, sino un amigo respetuoso.

¡Gracias! niña Blanquita,—dijo Eugenio!—¡ojalá! fuera para Sus Mercedes como amigo ó como padre, así como soy paje y esclavo de corazón.

Mucho te agradecemos,—dijo Reinaldo,—y Blanca y su amante, quiero decir, su esposo, sabremos recompensarte.

Eugenio quedó suspenso. Su evidencia era ya tan clara como el día.

Yo no espero recompensas,—dijo,—porque sería quitar el mejor mérito del amor, que es el desinterés. Yo sólo anhelo que Sus Mercedes puedan llamarse grande y legítimamente felices.

Las últimas palabras fueron afilado dardo para el corazón de Reinaldo. Tomó á Blanca de la diestra y se fueron á la casa, donde, sin saber cómo, se conoció algo del desfallecimiento de la joven.

María barruntó lo suficiente para arrepentirse de haber dejado sola á su hermana adoptiva; pero los quehaceres domésticos y la imposibilidad de bilocar-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se, como ella quisiera, la persuadieron de que Blanca debía rodearse de fortaleza, como de una armadura de acero, y así le aconsejó cuando estuvieron solas y supo el lance del mediodía.

Blanca, como á su confesor, según su propia expresión, contaba á María cuanto le pasaba con Reinaldo. María, además, llegó á distinguirse con Eugenio y aun á mimarlo con frecuentes obsequios, sin conferenciar nunca con él ni repetirle más que estas concisas palabras: amá y cuida á tu patrona Blanquita.

LVI

La gruta de Bellaestancia y los cantos de Blanca

Entre las labores del campo, agradaba sobremanera á Blanca la cosecha del café, en la que tomaba parte entre las negras jóvenes como la Calandria, la que solía tañer y cantar la marimba y otros aires costeños, con particular habilidad y gracia. Al oírla, sin verla, se la tendría por alguna ave peregrina que cantaba escondida en la selva.

La Calandria cobró afición y cariño á Blanca, á la cual llamaba la cervatilla del Pichincha. Cuando estaba junto á su patrona, gustaba mucho la negra de conversar y contarle sus cosas, los novios que tenía y las calabazas que había dado á muchos, entre ellos, á Lorenzo Muro, moreno, —como ella decía, —porfiao, á quien no amaba y no podía verle ni pintao; poque era blafemo, y jamá iba á oí misa lo domingo sino á emborrachase y desafiá á su compañero para vé quien manejaba mejó el machete y sacaba la primera sangre. Ademá, fue soldao tarconita, maldecidó, enemigo de lo freire y del memo Dio. Todo eto, —aña-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

día la Calandria,—me epelnma el alma, y yo no me casaría jamá con él, aunque me regalase mil árbole de cacao y cien planta de café.

¿Túnto le odias? le preguntó Blanca un día.

—Yo, niña, aborreco á lo que no quieren á Dio, y se vuelven endemoniao, y profieren cosa terrible contra lo santo, diciendo que así deben de sé lo partidario del General.

—Yo tenía á Lorenzo, si no en el concepto de bueno, siquiera de regular muchacho.

—Ya verá Su Mecé lo que hace algún día el condenao.

Lorenzo, entretanto, sin perder de vista á la Calandria, siguiendo de lejos en su faena, decía en són de canto: negrita, con tu dedene ó ha de sé mía ó del río.

No Topete andaba á caballo, cuidando de todo, y Violante y María acompañaban á Na Pola, que, haldas en cinta, discurría por los lugares en donde los labradores hacinaban el café, cuya fragancia se esparcía en derredor del campo.

Reinaldo, aquel día, estaba lejos, pues había ido, dos días antes, á Bellaestancia, en las regiones de Santa Lucía, en donde los ríos se unen y se estrechan, se separan y se desvían, se enlazan y vuelven á encontrarse, con un tejido maravilloso y sorprendente, como no alcanzarían á pintarlo las leyendas orientales.

Allí los bosques se espesan más, y la vejetación forma templos y palacios, y solios y pabellones, como no acertaron á desear ni tener los más opulentos sultanes. Hay árboles que son verdaderas cúpulas de verdor: unos que se comban, formando artesones, y otros que se encumbran, cuán altos son, como columnas verdes, sobre las cuales están pendientes árboles de hojas, flores y frutas, todas naturales y no facticias.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Allí la imaginación no crea ni inventa hermosura, árboles y follaje fabulosos; los halla y los mira realizados por la naturaleza, y ve que la poesía es también seductora realidad. En esas selvas, en esos ríos, en esos huertos, en esas praderas, Tasso y Ariosto hubieran vivido en un Edén por ellos no imaginado.

Cerca de Bellaestancia, en la tortuosidad de un bosque muy retirado y escondido, junto á un estero, cuyas aguas, dulces como una verdadera esperanza, brillaban con tanta transparencia, que podían contarse los pececillos que jugaban en el fondo, hubo entonces una gruta, cuya entrada cubrían, á manera de cortinaje, enredaderas y hiedras de peregrinos colores, blancos como la nieve, rojos como la escarlata, azules como el firmamento, violados unos, rosáceos otros, y algunos de vivo jalde y muchos de tinte indefinido y vago, como los pensamientos de un poeta melancólico, que medita al caer de una tarde serena y silenciosa. El dintel de la gruta era de menudas flores amarillas y el umbral estaba tapizado de hierbas suaves, semejantes á un paño de verde terciopelo. Adentro había un asiento de granito de color sonrosado y las paredes estaban cubiertas de musgo salpicado de florecillas blancas y diminutas como perlas. Hacia un lado vertía un manantial cristalino, que con el ruido de las piedrezuelas, que iban rodando, invitaba á la meditación ó á un plácido dormitar.

Esa gruta, si las fábulas se convirtieran en realidades, debiera ser el retiro de una gentil napea. Tal, como la vemos ahora, sería la estancia feliz de un santo ó un poeta. Rosalía y Rosa de Lima, Teresa y Mariana de Jesús, la quiteña, la hubieran escogido para las delicias y contemplación del amor divino; Byron se hubiera retirado á ella para soñar; Larmig para consolarse y no odiar la vida, y Campoamor para escribir el mejor de sus Pequeños Poemas. Si pudie-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ra contemplarla Virgilio se olvidaría de la cueva de sus pastores Mopso y Menalcas, y haría de la nuestra la morada del amor.

La gruta de Bellaestancia no era conocida de nadie. Ni Reinaldo, ni Na Pola ni las dos rubias la habían descubierto nunca. No se habían internado en la selva de temor de las sierpes y reptiles venenosos; y la abuela, á quien atraían siempre la codicia y el lucro, y nunca la belleza y el descanso, no llegó á visitar un paraje, donde no había qué cosechar ni qué vender.

Sólo Eugenio conoció la gruta en una de sus excursiones por el bosque, y la descubrió yendo en pos de una cabra montés herida. Nosotros, amable lectora y benévolo lector, después de algún tiempo, hemos de volver también á la gruta algunas veces. ¡Ojalá! volviésemos con un poeta que la celebre ó con un artista que nos la pinte, con Remigio ó Juan Abel, con Salas, Troya ó Martínez.

Reinaldo fue á Bellaestancia con el fin de amoblar mejor la casa, y llevar allá á la familia, y estar más alejado. Su intento principal y casi único era rendir la altivez de Blanca con los encantos de una soledad hermosa y hacerla soñar en novelescos amores. Procuraría que ella se olvidase del mundo y se acordase sólo de su amante; pondría en juego toda la red dorada de las más raras seducciones, y, al fin, la vencería con la magia de halagadores pensamientos secundada por la belleza de los sitios.

Ya, para Reinaldo, el capricho se iba tornando en pasión. El creía que el lugar cambiaría las disposiciones de Blanca; porque no le tocó hasta aquel tiempo el desengaño ó la dicha de experimentar que un corazón generoso y resuelto, en toda ocasión y en cualquier lugar, triunfa de las tentaciones, el peligro y las desgracias.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando Ña Pola concluyó la cosecha de café, volvió con las jóvenes á la casa, yendo ella delantera y montada en el asno tordillo de su preferencia. Llegó la noche, y Violante, á quien agradaba mucho la música, y con la cual sólo no era indiferente y fría, pidió á Blanca que tocase el piano.

Accedió muy complaciente y tocó con tanto primor la desgraciada hija de Margarita, acordándose de su angelical madre, que aun Ña Pola, casi refractaria de la armonía (lo cual es casi señal de alma perversa), le exigió que repitiese la canción.

Blanca complació al instante.

Muy dócil eres,—dijo María,—y yo voy á aprovechar de tu docilidad.

—¿Qué quieres?—dijo Blanca.

— Que también cantes,—dijo María.

—¿Conque, también canta la serrana?—dijo la abuela.

Lo supongo,—repuso María—; porque quien toca un instrumento á la perfección, casi siempre sabe cantar. La armonía suena en los oídos y se desata también por los labios. La mente, el corazón, los labios, todo nuestro ser se conmueve y transforma al són de la música, y por eso creo yo que ella vino del cielo, como un vago recuerdo del paraíso perdido.

Bueno está, pues, que cante la serrana,—volvió á decir la abuela,—siquiera para olvidarnos un poco del calor que ahora abochorna como nunca. ¡Cual si parece que los demonios nos han traído acá el infierno.

Las palabras de Ña Pola no eran tan hermoso preludio para entonar un canto. Sin embargo, Blanca cantó, con una vibración de voz, tan suave y dilatada, tan penetrante y tierna, que aun Ña Pola se conmovió bastante, lo cual prueba el poderío de la bella cantora.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La Calandria, que la escuchaba desde el huerto cercano, donde estaba mondando un melón para la niña Blanquita, dijo á sus compañeras: eto e del cielo, mientra que mi canto son de la tierra. Esa niña canta con vo de ángel, y yo sólo como la soña, trito como mi suete. ¡Gua! como no la he de queré á la niña Blanca, mi madrina.

—Hace poco mese que vino de la Sierra, y ya tú la llama madrina,—dijo otra negra joven.

E lo memo.—dijo la Calandria,—poque será algún día, cuando yo me case con algún moreno que me gute.

—¿No te guta, pue, el Lorenzo, mozo bien lito?—le preguntó otra negra algo jamona.

¡Qué ha de gutá!—dijo la Calandria,—Lorenzo má que lito e mozo corrompío y mal hablao, y ha aprendío toda la mala maña y picadía de lo soldao tarconita, que son lo peó del mundo.

—¿Y si te odena Ña Pola que te case con él, que hace vo?—le preguntó la compañera joven.

¡Po qué me ha de mandá la vieja lo que e contra mi corazón?—dijo la Calandria.—¿Acaso somo trate para que no regale á quien le de la gana? Tamién la morena sabemo sentí y tené lo que lo blanco llaman ilusione.

Qué sabia soi vo,—dijo la negra mayor.—Si to guta lo bueno, ásate con Eugenio, que e un buen muchacho y tiene educación mejó que mucho blanco, y sabe lee y ecribí y, siendo moreno, no *echa ajo* ni blafema, ni *machetea* (*) á nadie, ni se emborracha cada ve que quiere. Eta son virtude ¡gua!

¡Cieto!—dijo la Calandria,—pero é moreno que no se enamorica todavía de nadie. O se ha de casá

(*) En la acepción de herir ó matar con el machete. En las costas no sólo es instrumento de trabajo sino arma de riña.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con alguna blanca ó no se ha de casá jamá. Yo tengo ya en quien pensá.

—¿En Eusebio?—dijo la negra joven.

Cállate vo,—dijo la Calandria.—Oigan eso canto de lo serafine.

Las tres negras quedaron suspensas y embelesadas mientras duró el canto de Blanca. Parecían estatuas de ébano colocadas entre los árboles del huerto.

Después la Calandria subió apresurada á ofrecer á la niña Blanquita el melón ya mondado, cuya fragancia deleitó el olfato y cuyo frescor mitigó el bochorno del día.

LVII

Por enamorado, muerto

Reinaldo permaneció algunos días en Bellaestancia, ideando planes y fantaseando con los amores y el vencimiento de Blanca.

María, después de acabadas las domésticas faenas, acostumbróse á salir y pasear sólo con su hermana adoptiva. Violante quedaba siempre con Ña Pola, á quien servía y aun adulaba, para algún día recompensar afanes y mimos con mayor parte de herencia. María era muy desinteresada y desprendida de los bienes terrenos, como más espiritual y religiosa. Violante se contentaba con gozar de las dichas presentes, y María, como creía en las venideras, aspiraba á gozarlas más largamente.

En una ocasión, en su paseo cotidiano y en una tarde de Agosto, Blanca y María se alejaron mucho de la casa y penetraron en un espeso bosque. Cantaban y conversaban las dos, y el sol, desde su ocaso, las bañaba con sus últimos rayos, que temblorosos penetraban por entre las ramas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Oh!—dijo María,—cómo viviéramos las dos, siempre inseparables, como esas dos lianas que se entrelazan suavemente y confunden sus colores rojo y violado. Como se ligan las flores, como se unen las nubecillas sonrosadas con la puesta del sol, como se vuelven una sola las brisas que van rizando las olas del Daule, así y aun más quisiera que las dos nos juntásemos para atravesar solas este espinoso sendero de la vida.

Ay! hermana mía,—dijo Blanca,—si tus deseos, para mí gratísimos, pudieran realizarse, yo agradecería á Dios, que olvidado de mis desvíos, me diera este consuelo, y, créeme, que no ambicionaría más dicha sobre la tierra. Los postreros años de mi existencia los pasaría contigo, en virtud y sosiego, si es que una hija desobediente puede tenerlo, y entonces las amarguras de mi recuerdo se endulzarían con las consolaciones de tus palabras amigas. Ah! dicen que las lágrimas del arrepentimiento, si perseveran, alcanzan algunas veces más que lo que consigue la inocencia; porque el corazón humilde es grato á Dios, y el llanto sincero se convierte en bálsamo que cura las almas. Oh! si plugiese al Señor el otorgarme que viviésemos juntas·

—¿Crees que será difícil que pase á ser verdad nuestro anhelo? Nos forjamos bellísimas ilusiones.

—Yo no veo grande imposibilidad para una dicha tan pura y tan honesta. Solamente los malos deseos no secunda el cielo.

—¿Pero, Blanca, si al fin llegas á ser legítima esposa de mi primo?

—Estás equivocada.

—¿No le amas todavía?

—Ay! todavía le amo á pesar de sus desvíos, y conociendo que ha sido un verdadero calavera, un Tenorio, como el protagonista del drama de Zorrilla,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que ví representarse una vez, y lo creí ficción de una fantasía acalorada, hipérbole de los extravíos de un joven, travesura del poeta, bastante inmoral y exagerada; pero nunca pensé en la verosimilitud ó realidad de semejantes amoríos. Mientras otras se deleitaban con la ficción y las fascinadora armonía de los versos del drama, yo te aseguro, María, que me horripilaba, al pensar que los hombres fuesen de veras tan malos, tan engañadores y audaces, que se robasen aun las mujeres de un convento. Por desventura mía estoy ahora palpando que ese drama no es sólo del teatro sino de todo este pérfido mundo. Hoy conozco que me dejé yo también engañar como Sor Inés, y que tu primo quiso y quiere aún hacer de mí un mero instrumento de sus lúbricos pasatiempos. Hoy comprendo que mi madre le temía con razón, y que, con mirada profética, leía mi entonces lejano porvenir de infortunios. He sabido después que la conducta de Reinaldo ha sido la del héroe de Zorrilla, y le compadezco, y le tiemblo. Algo alcancé á entrever ó por lo menos á recelar, aquella ocasión en que, oculta yo en el gabinete interior, alcancé á oír la horrenda tertulia de Bertín y Bruno, como te he referido en la historia de mis amores, que también la sabes ya. Pero como entonces Reinaldo estuvo moderado y Adolfo habló decorosamente, creí ángeles á estos y demonios á aquellos, y me convencí de que no todos los hombres eran perversos. Ahí, María, conocí el mundo por primera vez, en toda su deformidad, y aquella sola conversación descorrió el velo de inocente ignorancia, que hasta aquel instante tenía delante de mis ojos. Reinaldo lo comprendió sin duda así; porque, al siguiente día, me alejó del gabinete, cuando volvieron sus deslenguados amigos. Reinaldo no ha proferido nunca, á lo menos delante de mí, palabras sacadas del libro verde de aque-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llos jóvenes libertinos; pero, en cambio, con lenguaje tierno y conmovedor, en el idioma peligrosísimo de la seducción, me dice tales cosas y tiene conmigo tales exigencias, que yo, sin el amparo de la Virgen y sin tus consejos, María, no estuviera ni me llamara Blanca, sino negra como el crimen y la conciencia manchada. Ah! veo que el lenguaje figurado y aun fino y culto de un Tenorio, como tu primo, es á veces más insinuante y perjudicial que el enamoramiento de un amante vulgar ó la patochada ú ocurrencia lásciva de un libertino descarado.

—Bien dices, hermana mía: el veneno se bebe más fácilmente en copa de oro que en inmundo vaso de barro. Tú estás ya algunos meses en recio batallar con Reinaldo, y yo espero que más bien tú le venzas, y que él, convencido de tu virtud y firmeza, se case al fin contigo. He oído que á veces los hombres de mundo son los mejores maridos.

—Ay! María, pero es raro, y casi siempre son buenos á la vejez, cuando están hastiados del mundo, y se convencen de que sólo en un honesto hogar se halla el placer que no empece y el sosiego que no cansa.

—Pero, si Reinaldo se casa pronto contigo, tú harás de él un esposo bueno, y la experiencia de sus turbulentas mocedades le enseñará á ser excelente padre de familia. Tu inteligencia, tu suavidad, tu atinada tolerancia le llegarán á embelesar, y tendrá que rendirse á tu suave poderío. La mujer prudente, cuando consigue enseñorearse del corazón de su consorte, hace prodigios con él, y lo transforma. El poder de un cariño discreto alcanza más que mil altiveces.

—Muchas cualidades me das, María, cuando no las tengo, y, aunque las poseyese, como no he de llegar á ser esposa de tu primo, no serán prácticos tus consejos y mis buenas intenciones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que ví representarse una vez, y lo creí ficción de una fantasía acalorada, hipérbole de los extravíos de un joven, travesura del poeta, bastante inmoral y exagerada; pero nunca pensé en la verosimilitud ó realidad de semejantes amoríos. Mientras otras se deleitaban con la ficción y las fascinadora armonía de los versos del drama, yo te aseguro, María, que me horripilaba, al pensar que los hombres fuesen de veras tan malos, tan engañadores y audaces, que se robasen aun las mujeres de un convento. Por desventura mía estoy ahora palpando que ese drama no es sólo del teatro sino de todo este pérfido mundo. Hoy conozco que me dejé yo también engañar como Sor Inés, y que tu primo quiso y quiere aún hacer de mí un mero instrumento de sus lúbricos pasatiempos. Hoy comprendo que mi madre le temía con razón, y que, con mirada profética, leía mi entonces lejano porvenir de infortunios. He sabido después que la conducta de Reinaldo ha sido la del héroe de Zorrilla, y le compadezco, y le tiemblo. Algo alcancé á entrever ó por lo menos á recelar, aquella ocasión en que, oculta yo en el gabinete interior, alcancé á oír la horrenda tertulia de Bertín y Bruno, como te he referido en la historia de mis amores, que también la sabes ya. Pero como entonces Reinaldo estuvo moderado y Adolfo habló decorosamente, creí ángeles á estos y demonios á aquellos, y me convencí de que no todos los hombres eran perversos. Ahí, María, conocí el mundo por primera vez, en toda su deformidad, y aquella sola conversación descorrió el velo de inocente ignorancia, que hasta aquel instante tenía delante de mis ojos. Reinaldo lo comprendió sin duda así; porque, al siguiente día, me alejó del gabinete, cuando volvieron sus deslenguados amigos. Reinaldo no ha proferido nunca, á lo menos delante de mí, palabras sacadas del libro verde de aque-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llos jóvenes libertinos; pero, en cambio, con lenguaje tierno y conmovedor, en el idioma peligrosísimo de la seducción, me dice tales cosas y tiene conmigo tales exigencias, que yo, sin el amparo de la Virgen y sin tus consejos, María, no estuviera ni me llamara Blanca, sino negra como el crimen y la conciencia manchada. Ah! veo que el lenguaje figurado y aun fino y culto de un Tenorio, como tu primo, es á veces más insinuante y perjudicial que el enamoramiento de un amante vulgar ó la patochada ú ocurrencia lásciva de un libertino descarado.

—Bien dices, hermana mía: el veneno se bebe más fácilmente en copa de oro que en inmundo vaso de barro. Tú estás ya algunos meses en recio batallar con Reinaldo, y yo espero que más bien tú le venzas, y que él, convencido de tu virtud y firmeza, se case al fin contigo. He oído que á veces los hombres de mundo son los mejores maridos.

—Ay! María, pero es raro, y casi siempre son buenos á la vejez, cuando están hastiados del mundo, y se convencen de que sólo en un honesto hogar se halla el placer que no empece y el sosiego que no cansa.

—Pero, si Reinaldo se casa pronto contigo, tú harás de él un esposo bueno, y la experiencia de sus turbulentas mocedades le enseñará á ser excelente padre de familia. Tu inteligencia, tu suavidad, tu atinada tolerancia le llegarán á embelesar, y tendrá que rendirse á tu suave poderío. La mujer prudente, cuando consigue enseñorearse del corazón de su consorte, hace prodigios con él, y lo transforma. El poder de un cariño discreto alcanza más que mil altiveces.

—Muchas cualidades me das, María, cuando no las tengo, y, aunque las poseyese, como no he de llegar á ser esposa de tu primo, no serán prácticos tus consejos y mis buenas intenciones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¿Lo dudas? ¿No dices que le quieres todavía?

—Sí le quiero, y con un amor de entusiasmo, miedo y compasión. No acierto á entibiarme en mi cariño ni aun con la consideración de que el ingrato exige de mí pruebas que son crímenes y ofensas de una misma, y quiere tenerme de simple amante y no de legítima compañera. Con todo este desengaño le quiero aún, María, á tu primo; pero resuelta á no complacerle y más bien á morir.

En esto llegaron las dos, sin advertirlo, á apoyarse en una roca, bajo un roble frondoso, al que arrollaban flexibles bejucos, cayendo algunos de ellos al derredor como serpientes desprendidas del tronco del árbol.

—¡Hermoso paraje!—dijo Blanca.

Pero triste,—dijo María.—Hay aquí un silencio medroso. Descansemos.

—¿Trajiste tu libro, María?

—Aquí lo tengo. Leamos un capítulo siquiera.

Leyeron algunos minutos.

Oh! María, qué hermosa es la novela de tu tocaya,—dijo Blanca.—Don Jorje nos pinta un amor tan plácido, tierno y honesto, que es para envidiarlo. Oh! si así nos quisiésemos Reinaldo y yo, como se aman Efrén y María, tuviera mi amor inocentes ilusiones y no recelos ni temores. ¿Dime, María, el amor así tan extraordinario y delicado estará solo viviente en la novela? ¿No existirá también en las realidades de la vida algo que se le parezca?

—Ah! no lo sé, hermana mía. ¡Quizá!

De pronto sobre la roca, donde estaban apoyadas las dos, se oyó un ruido sordo y bronco, semejante al que forman los ecos dentro de una bóveda subterránea. Vióse mover un bulto, crugieron las ramas del roble que estaba junto á la peña, y cayó rodando, casi á los pies de las jóvenes, un objeto, del cual ellas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

huyeron espantadas. Le creyeron algún animal bravío, y se alejaban ya, cuando apareció Eugenio, el cual, muy cerca de allí, estuvo dando hachazos á al tronco de un árbol, pues era tan buen paje como buen leñador.

Las jóvenes, perdido el miedo, con la vista de Eugenio, le llamaron para que las acompañase y para que no quedara á medias la curiosidad: eran mujeres.

El bulto yacia en tierra inmóvil.

Mira, Eugenio, —dijo María, acercándose un poco, —parece un mono muerto.

Eugenio acudió sin temor alguno, y, revolviendo el bulto, dijo: Niñas, no es mono muerto, pero sí es negro muerto.

Las dos dieron un grito de espanto y quisieron correr; mas Eugenio y la curiosidad las obligaron á detenerse. Eugenio las animó á acercarse, y ellas se aproximaron tímidas, y, prolongando el cuello y esquivando hacia atrás el cuerpo, como si las amagara el cadáver, se estuvieron mirándolo asustadas.

El cadáver parecía ser de un negro joven y esbelto: el rostro estaba despedazado y casi sin forma, y se veía que en él había sido clavado repetidas veces un puñal. Los brazos y las piernas tenía fuertemente ligados, como para ser hundido en el hoyo. De la boca manaba roja sangre, que tiñó la verde yerba, y del un ojo abierto y vidriado se desprendía luz siniestra, mientras el otro estaba cerrado y daba señales de haber recibido un golpe fenomenal de nudoso bastón. Por la boca entreabierta le asomaban los dientes, blancos como los huesos que yacen mucho tiempo insepultos en un campo donde fue una batalla, y donde las lluvias y los ardores del sol los mondan y les dan más albura.

La contemplación del cadáver causó horror y pena en las sensibles doncellas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Eugenio,—dijo Blanca,—¿quién será este infeliz? ¿quién le ha asesinado? ¡En tan hermoso bosque tan feo crimen!

Los asesinos y los forajidos,—dijo Eugenio,—no se fijan, niña, ni en lugares hermosos ni en lugares santos para no cometer crímenes horrendos y derramar sangre. Acuérdese Su Merced de la paloma que, en Quito, envenenaron en el mismo Santuario. No conozco quién sea este moreno.

Movió luego al difunto, y, viendo una vaina de machete que le pendía del cinto, la tomó y la examinó despacio. ¡Por mi Padre San Jacinto!—exclamó Eugenio,—que ésta es la vaina que usaba un amigo mío, el moreno Pablo Eusebio, y este cadáver es de él mismo.

Gruesas lágrimas le rodaron por el rostro, y, ahogado por los sollozos, añadió: desde la maldita época en que vino ese hombre, que manda en la República, y no castiga los crímenes, antes abre de par en par las puertas de los presidios para dar suelta á los criminales y transformarlos en partidarios suyos, los asesinatos se repiten con frecuencia, y á cada paso se encuentra uno con cruces que señalan el lugar de un asesinato.

¿Quién será el asesino!—dijo María.—Talvez fueron álgunos ladrones.

—Talvez algún enamorado,—dijo Eugenio.

¿Por qué dices eso?—repuso Blanca temblosa.—¿Los enamorados también asesinan?

—Niña, porque yo adivino las cosas, aunque no las puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque me acusarían por calumniante. Hay cosas de que uno está convencido como de que existe, y, con todo, no se pueden expresar. El crimen sin testigos es un tirano temible y absoluto; porque se bur-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la de la justicia, y no la teme. Niñas, las selvas, así como he oído decir de las grandes ciudades, ocultan también muchos misterios. Ña Blanquita, Su Merced guárdese de frecuentar muy sola lo más enmarañado del bosque.

Blanca se estremeció.

¿Por qué das á entender que el pobre Pablo Eusebio ha sido víctima de algún enamorado?—preguntó María.—Estamos solas, y nadie oirá lo que nos reveles.

No puedo, niñas, afirmar claramente, todavía,—dijo Eugenio,—pero es la verdad que este pobre mozo, moreno como yo, con perdón de Sus Mercedes, era muy aficionado de la Calandria, y perecía por ella, y ella le hacía buena cara. La Calandria tiene muchos pretendientes y, entre ellos, cierto moreno, á quien mima y tolera mucho su patrón. Como el tal moreno ha sufrido desdenes de su pretendida morena, que a todo trance prefiere á Pablo Eusebio, muchacho trabajador y bueno, no es tan dificultoso adivinar de dónde vino el puñal, que acribilló el rostro de este desdichado. Niñas, en estos tiempos un hombre honrado no puede ni enamorarse.

Casi se ríen las jóvenes con la ocurrencia de Eugenio. Este ladeó el cadáver y lo colocó junto á la roca, á la sombra del árbol. Blanca y María pusieron una cruz en el sitio donde cayó el muerto, formándola de los bejucos que pendían del roble, y asustadas, y llorosas y pensativas, se retiraron á la hacienda.

Eugenio, al otro día, acudió á las autoridades del Cantón, para anunciarles lo acaecido. Las autoridades mandaron conducir el cadáver, examinarlo y darlo sepultura, y tomaron providencias para descubrir al criminal. El crimen, con todo, quedó tan sepultado como el cadáver, y de él no se conservó después

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sino vago recuerdo mientras duró la cruz que plantaron Blanca y María.

LVIII

El pájaro pescador. La Calandria desolada

Reinaldo, después de la ausencia de algunos días, dejando arreglada la mansión de Bellaestancia, vino á Castalia, con el corazón más enardecido del deseo y con ansia de ver á su amante. La separación había estimulado más los amores del joven, que no pensaba sino en su Blanca. La halló tan bella, á través del velo de melancolía que la sombreaba, que casi se decidió á darle la mano de esposo y hacerla feliz. Sin embargo, la pasión del capricho volvió á renacer y perturbarle con más vehemencia. Reinaldo, por su propia voluntad, era el juguete de dos pasiones, el orgullo y el amor sensual, y merecía, por lo mismo, expiar el capricho y el libertinaje, y hallar obstáculos donde creyó encontrar suma facilidad, llevando así el castigo de una juventud desperdiciada, impía y borrascosa. Cuántas veces la pena de una pasión consiste en no poder satisfacerla; porque hay vicios que son los inclementes verdugos del vicioso.

Hermosa, como una hurí, te veo,—dijo Reinaldo á Blanca,—y estoy resuelto á llamarte de veras mía. Dáme tu mano y déjate conducir hasta las palmas de tu predilección. Conversaremos allá.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Blanca, y se asió del brazo del joven, y caminó con él á la orilla del Daule, donde las palmas llamadas del amor y la esperanza, ondulaban entonces sus copas, movidas de una aura apacible.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Era la tarde, y, al frente de las palmas, se divisaban, hacia el ocaso, nubes violáceas, sonrosadas, con orla de sin igual blancura.

Era un celaje de poesía y de amor.

Tranquilidad en la tierra, silencio en los aires, serenidad en toda la creación convidaban al espíritu á meditar y alzarse algo más alto de las vulgaridades del suelo.

María, que no creyó prudente seguirlos, desde su gabinete contemplaba á los dos amantes por tras de un blanquísimo cortinaje. La rubia sonreía con la victoria de su hermana, cuyo fondo de virtud tenía ya tan conocido

Blanca y Reinaldo, apoyados en las palmas, se estuvieron mirando de frente, sin decirse nada. Ella no quería hablar la primera; porque el pudor la acobardaba, y él tenía miedo de ser audaz y vergüenza de aclarar el rayo de esperanza que había dado á Blanca. Ya estaba arrepentido de haber dicho: *de veras mía.*

Un pájaro pescador, de plumaje azul celeste, posado en la rama de un árbol de la opuesta orilla, estaba fijo en las olas del Daule, con tanta inmovilidad, que parecia ave en pintura. A Blanca le llamó la atención la actitud del animal, y se estuvo contemplándolo, hasta que, de súbito, con la velocidad del relámpago, lo vio sumergirse en el río, y salir luego ufano, llevándose en el pico un dorado pececillo, y desaparecer en seguida entre el bosque.

—¿Viste, querido Reinaldo?—le preguntó Blanca.

Sí, amada mía,—contestó el joven.—Así hacen todos los pájaros pescadores. Se están quietos, aseguran la presa, la toman y vuelan. La vista de estas aves es asombrosa. Son los linces alados.

—Ah! Reinaldo, así son también todos los seductores. Qué bien los has descrito.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Reinaldo sonrió tristemente, y no se atrevió á contradecir la verdad. La tácita comparación de él con el pájaro pescador y de ella con el inocente pececillo, le pareció exacta, y no quiso ni aun pudo contradecirla.

Blanca sonrió también como con la satisfacción del triunfo.—¿Te gusta la tranquilidad de esta tarde?—preguntó á Reinaldo.

—Sí, es encantadora.

—Así es la tranquilidad de una conciencia virtuosa, así la de un hogar de legítimos amores, y así era también la de mi modesta habitación de la casa color de rosa .....

Rompió luego á llorar.

Reinaldo se conmovió. La llenó de consuelos, le dio otra vez esperanzas y, para que nadie advirtiese lo que pasaba, suplicó á Blanca que se lavase el rostro en la clara corriente del río. Ella lo complació, y, borradas las huellas del llanto, le quedaron las mejillas como rosas de Alejandría. Al verla, el joven le dio un suave abrazo tan sólo por el cuello. Ella se estremeció y coloreó aún más. Vamos,—dijo á Reinaldo;—estamos muy solos.

—Vamos,—dijo él, y acobardado, y, por primera vez con colores de pudor en el semblante, se dirigió con ella á la casa.

Ña Pola, que acababa de gritar á Ño Topete, y de castigar á la Calandria, porque, hacía muchos días, que la pobre no cesaba de llorar, cuando vio llegar á los dos jóvenes, gua!—exclamó—y qué colorados venís, como si os avergonzaseis de haber estado solos y como si no fuerais casados. ¿Qué os ha sucedido? ¿Estáis celosos ó enojados? Si algo te ha hecho, serrana, cuéntamelo no más á mí, y verás si yo no compongo á este calavera. Quién sabe si en su permanencia de Bellaestancia, haya hecho alguna de las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

proezas que él acostumbra hacer, y se trajo de Santa Lucía su entretenimiento. El sólo donde estoy yo, no hace de las suyas y está con las mujeres callado y mogigato. Entren á descansar, y que la serrana me toque un tono de su tierra, y lo cante, que uno y otro lo sabe hacer con perfección.

Estas y otras muchas cosas, que no son del caso referir, dijo Ña Pola, con gran descontento de Reinaldo, que tan ruinmente quedaba en el concepto de Blanca, cuando más intentaba él parecerle enmendado y bueno. La cotorra de la abuela le dañaba todos sus planes y, sin embargo, era forzoso callar y disimular y tolerar. La esperanza de una cuantiosa herencia exigía además algún sacrificio.

Violante recordó á Blanca, que la abuela deseaba oírla tocar y cantar.

Blanca accedió.

Era ya la noche: la luna estaba en menguante, y su claridad indecisa se reflejaba apenas, como un corazón entre la esperanza y la duda. En los naranjos, y tamarindos y limoneros de la orilla del río brillaban innumerables cocuyos, como lucecillas ambulantes. El grato olor de los azahares llegaba hasta el gabinete del piano, y todos esperaban que tocase Blanca.

Ella preludió La Norma, tocó algunos trozos y, de pronto, como inspirada, los interrumpió y los cambió en un yaraví largo como repetidos sollozos, conmovedor y vibrante. Semejaba la agonía de un corazón moribundo y tenía el acento de un dolor desconocido y nuevo, vago y misterioso. Blanca cantó, y la melancolía del canto unida á la tristeza de la música, formó como un coro de desgarradores gemidos, angustiosamente dulces, que acabaron por hacer llorar á María y entristecer á los demás.

¡Válgame Judas con el tono de la serrana!,—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dijo Ña Pola,—que aun á mí casi me hace llorar. Estos yaravíes serranos son muy tristes.

Con razón,—dijo Violante,—algunos serranos participan del carácter triste y melancólico de esta música nacional, que si tiene sus acentos de deleite y doloroso placer, amilana también el espíritu, y llena el corazón de angustia y la mente de sombríos pensamientos.

Así es,—dijo Reinaldo;—yo no quiero que mi Blanca vuelva á tocar yaravíes, aunque lo hace primorosamente. Se entristece ella y nos entristece á todos.

—Yo ordeno que, en adelante, no se repitan esos lloriqueos del piano,—dijo Ña Pola.

—Será Ud. obedecida,—dijo Blanca.

Si ella se complace en tocar yaravíes, no debemos quitarle el gusto,—dijo María.—Es música nacional privativa de la Sierra, y tiene dulcísima tristeza. Es más bien una melodía vaga, como la tonada de los indios, que les recuerda los tiempos de la conquista y de su perdida libertad. Así también los yaravíes de la gente culta son como los gemidos de profundos pesares, ilusiones que se perdieron y amores que pasaron.

—Bien has dicho, hermana mía,—dijo Blanca, y, tomándola de la mano, las dos se salieron afuera.

Reinaldo salió como fingiendo ir á descansar con su esposa, y Ña Pola y Violante quedaron solas.

¿Qué tendrá esta serrana?—dijo Ña Pola.—A veces parece que está contenta, á veces llorosa. Qué carácter tan extravagante. A mí no me gusta la muchacha, pero ni un poquito.

—¿Y ha notado una cosa, abuela?—dijo Violante.

—Muchas le he notado.

—Pero hay una muy especial. Casi todo el día le gusta estar separada de su marido y pasar las horas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sólo con María. Estando ya al terminar el primer año de casados, lo natural me parece que estuviera todavía, como todas las jóvenes amorosas, al lado siempre de su esposo, como la yedra arrimada á su árbol.

—Pues, ciertamente, que la serrana es, como he dicho, extravagante y aun algo bobalicona; porque las mujeres pobres de solemnidad, como Blanca, deben querer y adular mucho á sus maridos ricos.

—No me parece nada boba sino mas bien tímida. Talvez su condición de joven pobrísima y huérfana, (porque sé que hace años murió el padre) la tiene desanimada y descaecida, y no manifiesta el cariño que debe al primo Reinaldo. Parece, además, mujer dada á devociones y místicas y talvez algo beata; porque la oigo á veces estar horas enteras rezando con María. Con razón las dos han hecho buenas migas y se han intimado estrechamente, como dos palomas que á dondequiera vuelan juntas. Ya se ve cuánto puede la igualdad de inclinaciones. A mí no me gustan mucho las devotas.

—Menos á mí, ni pizca. ¿De manera que no la quieres á la serrana!

—Ni la quiero ni la aborrezco. Lo que hago es tratarla con algún miramiento: porque, al fin, está en nuestra casa, y porque algunas veces, abuela, la educación y la cultura hacen lo que no practica la virtud: tratan bien aun á las personas antipáticas: porque la antipatía sola no es razón ni causa para ser una desatenta ó malcriada con otra, en tanto que hay virtuosos y virtuosas algo ásperos en sus maneras y ajenos á la atención y buenos modales. Yo, además, tengo que considerar á Blanca por respeto y cariño á Reinaldo.

—A mí me pasa lo mismo. ¡Qué lástima que tú, Violante, no te hayas casado con tu primo; que así

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

todo hubiera quedado en casa. Esta serrana no ha traído más capital que su buena cara y el buen talle de su cuerpo.

Violante hizo un gesto de aquiescencia y de disgusto, de afirmación y de pena. Ella soñó un tiempo con la ventura de ser esposa de Reinaldo y poseer doblada riqueza. Por eso no amaba á su prima política, aunque tampoco la aborrecía. Era mujer de indiferentismo en la amistad, y, aunque su cabeza aparecía rubia como rayos de sol, el corazón se asemejaba á trozo de apretada nieve. Era casi incapaz de afectos de amor y poco sensible. Violante estaba persuadida de que la felicidad consiste sólo en las riquezas. La abuela no le había dado lecciones contrarias á este pensamiento sino más bien ejemplos perniciosos de avaricia. Con Ña Pola y Violante Blanca hubiera sucumbido á los pesares de la ausencia y de la lucha con las pasiones de Reinaldo; pero tuvo á María, y ella, como astro aparecido en noche tenebrosa, fue el norte y guía de la huérfana amable.

Violante y la abuela se durmieron pronto, después de haber murmurado un poco más y vuelto á deplorar el enlace de Reinaldo con la serrana. Esta y María estaban ya en su cuarto, solas, y hablando de la indiscreción de la abuela y de la indolencia de Violante; pero sin acriminarles demasiado ni manifestar odio sino más bien compasivo cariño, cuando dieron un leve golpe en la puerta. Blanca se preparó para luchar con su amante, creyendo que venía á importunarla. María se puso en actitud de altivez ó imperio.

—Entrad,—dijo con desenfado, y en el momento entró, no el primo que, apesadumbrado y ofendido, dormía ya, sino la sin ventura Calandria, cuyos gemidos desgarradores lastimaron á las dos compasivas doncellas.

Aquí etá vuetra negra, vuetra humilde eclava,—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dijo la Calandria,—que viene á llorá y á pedí consejo á Su Mercede; poque e la criatura ma dedichaa del mundo.

—¿Qué te sucede, negrita?—dijo Blanca.

—Qué ha de sucedé, niña de mi alma, sino que me han mueto al único hombre que he querío en mi vida, al único á quien yo no hubiera dao calabaza jamá. Me lo han asesinao.

Ya nos contó Eugenio que Pablo Eusebio fue tu novio,—dijo María.—Pobre Calandria, mucho te compadecemos las dos.

—¡Gracia! niña María. Su Mecede son la única buena de la casa, si he de decí la verdá. Lo que e Ña Pola me ha regañao y hata me ha solfeao en la espalda con el bejuco, y la niña Violante me ha vito sin decí naa que me consuele. ¿Acaso querese casá con un hombre honrao e malo? Ah! Niña de mi corazón, Dio me manda á que me consolai.

Pues nosotras sabremos consolarte,—dijo Blanca,—y ya que el pobre Pablo Eusebio no llegó á ser tu marido, nosotras te hemos de conseguir un novio honrado y trabajador. Yo tengo uno excelente.

—¡Ay! Niña Blanquita, ya yo caigo en la cuenta de quien e. Ese no pensará en casase jamá conmigo; poque e moreno que sabe la cosa como lo blanco, y como ello e educao, y con piel negra e caballero. A mí no me queda ma que llorá mi suete y maldecí al asesino de un mozo tan bueno como Pablo Eusebio.

—¿Y quién crees tú que es el asesino?—dijo María.

—Patrona naa se pue decí, poque Ña Pola y Ña Pepetua me ahocarían.

—¿Con qué motivo, Calandria?

—Poque el mataó e de la mema hacienda, y come y bebe entre lo peone, que son como familia grande de la Catalia. Ni del ladrón ni del asesino de casa se pue guadá nadie, patronita.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Dínos, Calandria, quién es el asesino; que nosotras no se lo diremos á nadie.

—Así ha de sé. El que vuela de aquí para allí, como gallinazo tra de su presa; el que amenaza á too, y po quítame allá eta paja, saca el machete; el que tiene camorra con too lo peone de eta hacienda y de la Bellaetancia; el que e adulador de su patrón, el que e hijo de un pae que tamién di que fue..... en fin niñas, no digo ma, ese me quitó el novio, pa hacese dueño de mí, como si yo lo quisiea.

La negra volvió á llorar.

No te aflijas,—dijo Blanca,—tú has de consolarte pronto y ser feliz, y yo, como dijiste un día, he ser tu madrina.

—Ay! Niña, Su Mecé ha de sé madrina de mi mortaja.

Mira,—dijo María,—anda y permanece estos días con tus padres, el Bartolomé, que es tan bueno, y la Marta, que tanto te quiere. Ellos te consolarán y vendrás después de una semana á servir á la niña Blanquita. Estos días no conviene que estés aquí, porque has amado mucho y no puedes dejar de llorar, y ya sabes que la abuela es brava, y te volverá á sacudir las espaldas con el bejuco. Toma, y anda al pueblo y manda decir una misa por el alma de tu novio difunto.

María le dio algunas monedas, y la Calandria, besando las manos á sus dos patronas, se retiró consolada. María, temiendo alguna indiscreción de la joven negra, y conociendo el odio que le tenía Ña Pola, y la predilección de Reinaldo por el paje, que ni Eugenio ni la Calandria quisieron nombrar, tuvo por más prudente dejarla algunos días.

Las jóvenes conmovidas aún con las lágrimas de la negra, se acostaron llorando, y la imagen del negro muerto, que se les presentó á la imaginación, las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llenó de pena y de pavor. Creíanle ver de rodillas, con el ojo vidriado, que le brillaba entre las sombras de la noche, en actitud de pedirles que le encomendasen á Dios, y temblaban como azogadas. Después, cobrando ánimo, se arrodillaron también ellas, sin perder de vista al negro, y habiendo rezado el rosario y encomendado á Dios el alma de Pablo Eusebio, se serenaron y quedaron profundamente dormidas.

LIX

Blanca y María filosofan sobre el amor primero

¡Cuán tirano es el amor, —dijo Blanca, cuando sonrió el día, disipando el temor de los fantasmas de la noche— Aun la pobre Calandria en su estado humilde, es también víctima de una pasión y causa inocente de un sangriento drama. Ay! adorada María, también yo temo que me sucedan cosas horribles y que mi amor se convierta en perpetuo pesar.

También yo tiemblo por tu suerte, —dijo María,— si tú no tienes esmero en cuidarte. La pasión es vengativa cuando no alcanza su intento. Parécome ya indudable que Reinaldo ama tu hermosura y no tu persona. De otro modo se hubiera ya desposado contigo.

—Ay! María, no me creo hermosa ni presumo de la belleza, de suyo tan frágil y fugaz. Yo sondeo el corazón de Reinaldo, y hallo en él una mera afición material hacia mi persona y un capricho de poseerla, pero sin hacerme su esposa. Yo, aunque á pesar de ésto, le amo, no sé si de inclinación fatal ó por castigo del cielo, estoy decidida á luchar con él, y espero vencerle, y siento que me reanima un orgullo hasta cierto punto laudable, el orgullo de la dignidad ofendida. Traerme en són ó pretexto de hacerme esposa

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

suya, y aún darme este nombre, y pretender que sólo sea su . . . ay! cielos, me repugna la palabra, con más razón la idea sola. . . . Hacer todo esto es la más grave injuria, el mayor agravio que puede inferirse á una joven débil, huérfana, para quien el pudor es la única joya salvada del naufragio de sus desgracias. Ah! María, tú eres, como yo, joven, y eres hermosa, pero más inocente que yo y no desdichada. Paloma, que no abandona aún el nido ni se mueve lejos de su vivar, no conoces al milano cruel, que se llama amor sensual y persigue con obstinada porfía, volando al derredor. Que Dios te guarde de ser inobediente ó incauta. Que Dios te libre de acudir á la primera cita amorosa. Acude una joven, primero con la timidez y temblor natural de lo desconocido, y con la convicción de cometer también la primera culpa. Luego va á la segunda cita con menos temor, después confiada y al fin con agrado. La senda que recorremos está sembrada de espinas, y nosotras la vemos como si estuviese cubierta de flores, y, así engañadas, llegamos al borde del abismo, como está ahora tu Blanca. Oh! María, ayúdame á triunfar de Reinaldo. Sálvame, hermana mía.

La emoción que causó á Blanca su propio razonamiento, la dejó muda y bañada en lágrimas; y María la estrechó entre sus brazos, la sosegó un instante, y la condujo después á la vega del río, junto á las hospitalarias palmeras, que les daban sombra y consuelo, y ellas sólo eran como testigos de las confidencias de las dos candorosas é inteligentes beldades. Allí aspiraron aura vivificante.

En poco tiempo,—dijo María á Blanca,—tus desdichas te han dado mucha experiencia de las cosas del mundo.

Para conocerlo, me ha bastado un solo viaje,—dijo Blanca.—Cuánto he aprendido. Muchas de mis ob-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

servaciones te he contado ya y muchos de los pensamientos que han bullido en mi mente, sin poder decírtelos todos; porque algunos de nos ocurren y los vemos interiormente con toda claridad, y, sin embargo, no hay lenguaje que pueda explicarlos. Como tiene sus tormentos el corazón, los tiene también el cerebro.

—Yo no conozco el amor, á quien tú llamas ya tirano, y te aseguro, Blanca, que me complazco de no conocerlo todavía, aunque sí creo que el amor es necesidad, y que no habrá poesía más suave que la inspirada por un amor angelical, como el que te profeso á tí, hermana mía. ¡Si así fuera el de los hombres!

—El de una joven es como tú dices y tiene esa poesía á los principios. No se colora mejor en primavera la encendida rosa, como el rostro de una virgen, que se ve obligada á declarar su primer amor. Así me sucedió cuando dije sencillamente á Reinaldo que le quería; porque tuve la ilusión de ser su esposa, es decir la ilusión del amor casto; porque así debe llamarse el amor cuando son lícitos los placeres.

—Sólo entonces, Blanca. Has hablado en lenguaje que me deleita. Yo creo que, en una soltera, la castidad, como el nardo, da olor de suavidad, mientras no se marchita.

—Aun siendo el amor legítimo, María, no sé por qué la tristeza sigue siempre á las impresiones, así como creo que el maligno sonreír y el hastío son los compañeros de los ilícitos amores. Por desgracia, la fuerza primera de la juventud nos impele á amar, aún sin conocer el objeto de nuestras simpatías y complacencias. Ah! si acertáramos siempre con lo conveniente y decoroso. Pero amamos inconscientes y nos engolfamos en un mar de borrascas, como me está sucediendo á mí. Ay! las tempestades del alma no se calman sino con la sonrisa de Dios.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Espérala, hermana mía. Tú, sin duda, jamás creíste que tu primer amor te cansaría tan congojoso porvenir; porque dicen que siempre son dulces las emociones del cariño y amor primero.

—Así es, María: melancólicas pero suaves sensaciones experimenta por primera vez la que siente en el pecho la llama de un amor casto y verdadero. Es la impresión inexplicable de sentimientos nuevos, mezclada de temores de no alcanzar lo que se sueña y con esperanzas de esa misma dicha cuya realidad se anhela. El primer amor es tímido y se asemeja al niño, que comienza á balbucear, y si habla, es dulce su lenguaje y pudibundo, aunque casi siempre es más expresivo el silencio. Habla sólo la rosa en que se transforman las mejillas, la sonrisa que asoma á los labios, la involuntaria inclinación de la frente, y persuade un solo movimiento, una sola lánguida mirada. Oh! dulce timidez la del primer amor: nubecilla de armiño sonrosada por los primeros rayos del sol naciente, se levanta tenue y vaporosa, y luego se esparce y derrama sobre un límpido horizonte. Mucho tiene de inocencia el amor primero, María, sobre todo en la mujer. Por eso los recuerdos de ese amor son puros como la rosa cuajada del rocío de la mañana, y tienen el aroma que aspiramos de niñas, en el jardín del hogar.

—Y al contrario del amor que tú me has pintado, yo supongo, Blanca, que el amor lascivo (si puede llamarse amor) no sufre esperas ni tregua, y es audaz y atropella todo pudor.

—Así creo yo, María, y así pienso que es el que Reinaldo me tiene. Muestras me ha dado de que no me ama con pureza. Con el amor casto se depura el corazón; porque el amante, por agradar al sér amado cuida de aficionarse á la virtud, y evita faltas que puedan presentarle menos hermoso y simpático á los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ojos de su dueño. Si las palabras de Reinaldo no indican manifiesta impureza, porque es caballero y no quiere ofender á una mujer, hija de una madre virtuosa, sus ademanes y su mirada me infunden recelo. ¡Ay! ilusiones de mi primer amor, sois blanquísimas palomas, que volasteis para no volver jamás á mi mente ni arrullar mis esperanzas.

—Pero tú, Blanca, si sabes conducirte bien y domeñar y guiar con acierto las inclinaciones de Reinaldo, puedes regenerarle y transformarlo en otro hombre.

—Mi vida sacrificara por verle transformado. Tengo ilusiones de esto, y mi pensamiento vaga por los campos azulados que miro extática en las noches tranquilas del estío, bañadas por los resplandores de la luna. Yo, después de ser y llamarme esposa de tu primo y formar sus caricias, yo, después de ser el único amor de Reinaldo, y pasar aquí, en estas hermosas regiones, algunos años serenos, quisiera irme con él á ese cielo, donde deben morar las almas juntas, así como vivieron unidas en la tierra. Cuando contemplo brillar junto á la luna el lucero del amor, se me figura que Reinaldo, transformado en astro, está junto á mí en el firmamento luciente de la felicidad.

—¡Ah! Blanca, que fuera realizable ese amor. El casto amor de una virgen, como tú, si logra dominar el corazón de un hombre talentoso, puede, como nueva Beatriz, arrebatar su amante á las alturas.

—Ilusiones, María, sólo ilusiones. Reinaldo no puede dignificar y hacer acendrado su amor; porque su alma no está empapada en ideas religiosas y es escéptico, según parece. El no cree. Para amar de veras se necesita tener en la tierra algún leve destello del divino amor. Entonces los afectos humanos son más puros. Si tu primo fuera creyente, su amor

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sería también menos material. Me amara como á compañera, como á su consuelo, como á un sér que recree su inteligencia sin lisonjear sólo su sensualidad.

—No creas, hermana mía, que Reinaldo sea una alma de incrédulo por sistema, como es la moda del día. Conozco á fondo el corazón de mi primo. Así como le sobran inteligencia y perspicacia, le faltan instrucción y lectura de buenos libros. Si tú alcanzases de él que hiciese estudio de los dogmas y la moral del catolicismo y columbrase las bellezas de la fe, verías que rectificara sus ideas y se gozara con la posesión de la verdad. La abuela ha sido muy descuidada, como ya sabes, en la educación de su nieto, y éste, sin enseñanza religiosa, ha llegado á ver con indiferencia las cosas que atañen á sólo lo espiritual, porque no las conoce. En el fondo, como te he dicho, hay un principio oculto de bondad y religión y un germen de fe, que algún día, al toque de vivificante contacto, brotará hermoso como la luz.

—¡Ojalá! María, se cumplan tus palabras. Vámonos ya; que oigo la voz penetrante de tu Señora abuela. Nosotras aquí, con nuestras palmas de testigos, hemos hablado ó filosofado, ó no sé cómo se llame, acerca del amor, que yo ahora apellido tirano; porque, si al principio fue ilusión de rosa, es ahora para mí un desengaño negro como una nóche del polo.

—Yo también, por inspiración ó instinto, he hablado y discurrido sobre el amor, aunque todavía no me han herido sus saetas.

—¡Ojalá! no te hieran jamás. Como te quiero tanto, deseo que nadie turbe la paz envidiable del alma, ni inquiete tu fantasía, ni le haga entrever, como realidades, las que no son sino quimeras ó sombras de un sueño.

—Esta confidencia de ahora parece, Blanca, que ha enlazado ó más bien transfundido una en otra

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nuestras almas. He aquí una prueba de la existencia del verdadero amor. A solas, sin escucha de nadie, es muy sabroso platicar.

—¡A solas! ya no á solas, María, ¿no oyes que alguien se desliza por entre el piñal cercano, como culebra que estuvo escondida?

—Si oigo: ya se aleja, y es seguro que nos ha oído cuanto hemos conversado. ¡Oh! Dios mío, hasta en la soledad hay demonios transformados en serpientes, que oyen los secretos y atisban las acciones más ocultas.

—¿Quién será?

—Aguarda, hermana mía. Yo descubriré.

María corrió hacia el lado del ruido; pero no alcanzó á descubrir nada con la vista. El atisbador se ocultó entre el cañaveral de la orilla; pero, como silbó indiscreto, fue conocido al instante.

—Ese silbido, más que de sierpe, es del paje predilecto de Reinaldo,—dijo Blanca.

¡Exacto!—dijo María,—es Lorenzo Muro.

—Sin duda su amo le ha ordenado que nos vigile.

—Muy posible es eso. Nosotras también opondremos contra Lorenzo á Eugenio, al ángel malo el ángel bueno.

Blanca sonrió, y las dos jóvenes acudieron á las voces de Ña Pola, que retaba á los peones y gritaba á las *chicas*, como ella llamaba á sus dos nietas y á Blanca.

LX

Antes muerte que deshonra

REINALDO estaba cuidadoso, y había en efecto ordenado y ensayado bien á Lorenzo, para que acechase cuanto pasaba entre Blanca y María. Pensa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ba alejar á la una de la otra, llevarse sólo á Blanca con Violante á Bellaestancia, y que la abuela y la buena prima quedasen en Castalia. Así le sería más fácil la realización de sus planes y deseos.

Ña Pola, con sus disposiciones despóticas, como de vieja rica y de recia condición, trastornó los proyectos del nieto, y por entonces nubló las ilusiones del Tenorio en su propia casa.

Algunos meses más quedaron todos en Castalia, en las labores cotidianas. Blanca, por agradar á sus primas y enseñarles, hacía ramos de bellísimas flores, imitando las de los jardines dauleños, tan raras y hermosas, que ella antes no había conocido.

Reinaldo se agradaba mucho de las labores floríferas de su amada: á Ña Pola le parecían pasatiempos que no daban plata; Violante la miraba con alguna indiferencia, y sólo para María Blanca era la diosa de las florestas, y sus ramilletes artificiales se confundían con los que ellas traían del jardín, en el color, en la belleza. Hasta creía que las flores de Blanca exhalaban aroma. Sin duda María percibía la fragancia del cariño, el cual embellece más las cosas del sér amado y les da más atractivo, vida y olores.

Si Blanca, en lo exterior, tejía flores, en sus adentros no tenía sino espinas. La lucha con Reinaldo era muy frecuente, á pesar de la vigilancia de María y de la lejana custodia de Eugenio, que llegó á persuadirse del todo de que la joven quiteña no era esposa legítima de su amo, aunque alcanzó á comprender también que ella no estaba aún manchada, circunstancia que le animó más á quererla; porque la admiración á la virtud se convierte en sincero y respetuoso amor.

Después de algunas semanas, en uno de los días más calurosos, cuando el Daule reflejando, como un espejo herido de los abrasadores rayos del sol, invita

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con sus ondas á fresco y delicioso baño, Blanca, en compañía de la Calandria, fue al río, á un sitio ameno y escondido, sombreado por un naranjo cubierto de dorados frutos. En traje de baño, junto al árbol, con el cabello negro destrenzado, y sacando apenas los pies para mojarlos en el agua y animarse á entrar en ella, tenía la joven algo de las beldades mitológicas, y sonreía amable con la criada negra, como Diana con alguna de sus ninfas compañeras.

La Calandria, por el cariño á Blanca, había regresado ya de casa de sus padres y aun aliviado la pena por la pérdida del novio, y se enorgullecía de ser la criada preferida de la niña ser rana.

Reinaba el silencio, interrumpido á veces por el canto de las cigarras, ó el grito de alguna pava en la selva, ó el solemne acento de algún lejano diostedé. Blanca vacilaba aún en hundirse junto á la orilla solamente; porque era novicia todavía en el arte de nadar, aunque ya en ocasiones la había enseñado su prima predilecta. La Calandria la animaba con la fresura y remanso de las aguas, cuando la llamaron súbitamente. Conoció la voz del patrón Reinaldo, y respondió.

Véte, —le dijo éste, —y no vuelvas hasta que no te llame. Yo quiero quedarme solo con mi esposa. Aunque, á la orilla, el baño no es peligroso, yo cuidaré de Blanca, que es tímida todavía.

La Calandria obedeció y fue á esconderse en un cacaotal no muy lejano del río, desde donde podía divisar á su patrona y ocultarse de Lorenzo que la andaba buscando no lejos de allí.

Blanca, —le dijo Reinaldo, —si no me amas, al menos no me temas ni te esquives de mí.

Te amo, —le dijo Blanca, sobrecogida de vergüenza y de temor, —pero deseo bañarme sola. La Calandria basta para acompañarme y servirme.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Es algo peligroso el baño; porque la sola vista de un lagarto te espantaría y no sabrías qué hacerte, vida mía. Yo cuidaré de tí, como de mi reina y mi señora. ¿No ves que soy tu esclavo? Los esclavos sirven á sus princesas.

—¡Gracias! por tu galantería, Reinaldo. Mayor peligro hay para mí estando sola contigo. Retírate.

—Si eres ó serás talvez pronto mi esposa, no hay razón para tenerme distante de mi dueño. Aquí estaré contigo.

—Cuando seas mi marido y, por lo mismo, mi dueño, te estarás conmigo en todas partes. Ahora retírate, bien mío; por el amor que te profeso, te lo pido. Cuando ya me haya bañado, te ofrezco que pasearemos juntos en el jardín de la hacienda; pero ahora te has de retirar, Reinaldo mío. ¿No es verdad?

—Primero me hundiría en las profundidades de este río, para morir en ellas, antes que alejarme un momento de tu lado. Estás hechicera como nunca, adorable ¡Ah! si pudiera abrirme el pecho y enseñarte el corazón, verías que te amo como nadie amó en el mundo. Me devora el fuego de tu amor.

Tu amor es fuego de concupiscencia y de pasión. Si me amaras de veras, Reinaldo, la llama no te abrasaría, sino más bien te alumbraría, dándote vida y sosiego. La llama del amor verdadero no quema sino vivifica. El fuego de la pasión devora y acaba; el del amor conyugal es el que dura y deleita.

No me abrumes con la suavidad de tus acentos, Blanca. Yo siento lo que no puedo explicarte: me atrae hacia tí de manera irresistible. Te ofrezco ser tu esposo.

Cumple tu oferta, y seré tuya.

Dáme siquiera una insignificante prueba de tu amor: une tus labios con los míos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Mucho significa esa prueba, y ya en otra ocasión experimentaste que casi me mató el signo de tu exigencia.

Bien mío, te adoro .....

Reinaldo, como venciendo el temor y ese inexplicable interno rechazo que sufría, cuando intentaba asirse de Blanca, ciego y loco, la estrechó en sus brazos y estampó un ósculo en el rubicundo rostro de la jóven. Ella vió la soledad, el silencio en derredor suyo, y, temiendo la audacia de la pasión en paraje tan escondido, al sentir que Reinaldo intentaba otra vez besarla, se desprendió bruscamente de sus brazos, y se lanzó al río, algo lejos de la orilla.

Hundióse en las aguas, que en contorno formaron un círculo de espuma. El traje de baño, de color blanco, flotaba como el ala de una garza caida en la corriente, y asomaba apenas la punta del blanquísimo pie de la doncella.

Como por ensalmo, desde la orilla opuesta se arrojó al álveo del río un enorme caimán, con la boca abierta, donde brillaban los dos órdenes de grandes y blancos dientes, en actitud de triturar la presa; la cola golpeaba las aguas y ondulaba sobre ellas.

Todo pasó con la rapidez en que se suceden tres relámpagos seguidos, cuando la joven apareció en la superficie de las olas, suavemente solevantada por un objeto semejante á un bufeo, el amigo del hombre, pero que no era otro sino Eugenio. Cómo se lanzó al río, en dónde estuvo este genio casi invisible, no podemos adivinar. Son prodigios de un amor inocente, abnegado é indefinible.

El negro colocó blandamente en la orilla á la asombrada Blanca, sin daño alguno. Ella inconsciente apoyó la cabeza en las manos juntas de Eugenio: respiró, sonrió y dijo: *¿qué me ha sucedido?*

— Un vértigo, dijo Eugenio, pero de brevísimo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

momento. Ya está bien, niña Blanquita. Otra vez no se hunda en el río sin aprender antes á nadar con perfección.

—Dices bien. Me parece que he soñado. Sin duda me resbalé y metí en las aguas antes de tiempo.

Le cubrió con ancha sábana el comedido paje, y acudió luego la Calandria para atender y servir á su Señora.

Reinaldo, durante los minutos de la escena, quedó alelado, mustio, inmóvil, como estatua que representase el asombro y el dolor. Cuando respiró, después de un cuarto de hora de estupor y enajenamiento y, con recelo y vergüenza, miró á Blanca y pensó ver en el rostro de ella pintados pesar é indignación, advirtió que más bien le sonreía con actitud hechicera, como si no hubiese acontecido nada. Comprendió Reinaldo el fondo de virtud de su amante y la prudencia con que encubría todo, para que con Eugenio y la Calandria quedase inadvertida la causa del suceso. Siguió un momento conversando con Blanca, luego se alejó de la orilla, meditando en un acontecimiento que pudo haber sido funesto sin la inesperada aparición de Eugenio, pues Reinaldo estuvo tan asombrado, que no se le ocurrió el lanzarse al río y salvar á la joven, como era natural.

Blanca,—dijo Reinaldo,—tiene su ángel negro. Esto es inexplicable. ¿Qué imán hay en Blanca para él, que así le atrae y embelesa? ¿Será amor del negro, será virtud, será también capricho? ¿Me odia talvez mi mismo paje y asistente? En la vida todo es misterios. Sin embargo, es intolerable que, siendo yo el amo, el dueño y el Señor, un pobre criado me quite la libertad. Ya yo, para el negro, no soy sino el lego de los Magiares, y él, para mí, perpetuo centinela y atisbador de mis acciones. Están trocados los papeles. Es preciso llamarlo y amenazarle con-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

severo castigo, si otra vez se entromete en mis cosas y turba las delicias de estarme solo con mi Blanca. Es necesario intimidarle.

—¡Eugenio!, ven acá,—le gritó con voz retumbante,retrocediendo algunos pasos.

Blanca, que le oyó, quedóse temblando por la suerte de su bondadoso salvador.

Eugenio, con la conciencia de una acción excelente, acudió sereno al llamamiento del patrón.—Mande mi Señor y Capitán,—le dijo reposadamente.

—¿Oyes, Eugenio? Te he llamado para .... para .... agradecerte por la acción heroica que acabas de ejecutar. Es un hecho hermoso que te enaltece, y me obliga á serte reconocido. Eres digno heredero de un padre que, según entiendo ó lo he oído de tí mismo, hizo una hazaña bella en servicio de mi padre. ¿Sabes tú qué cosa pasó entre ellos?

—No la sé, patrón. Todo lo que he oído es que mi padre acompañó en un viaje al padre de Su Merced y que, por cuidarlo, pereció.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Luis Cortés. Casi no me acuerdo de él; porque, cuando desapareció, era yo demasiado niño. Soy de la misma edad de Su Merced ó habrá entre los dos diferencia apenas de algunos días.

—Me parece habérselo oído así á la abuela.

—Por eso quiero yo tanto á mi patrón, por contemporáneo y Señor mío, por amo generoso y cumplido caballero.

—Te agradezco de veras tu sinceridad, Eugenio.

—Por lo mismo, con predilección y ternura amo á la niña Blanca, y por servirla y guardarla, sacrificaré gustoso mi vida; porque será como servir á Su Merced mismo, y guardarle la quietud de su corazón, que debe ser todo entero de su esposa, tan buena como bonita, y que por Su Merced dejó su suelo natal

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y las caricias de su madre, que diz que es una santa Señora.

—Te agradezco, Eugenio. ¿Díme en dónde estuviste cuando Blanca cayó al río?

—Casual ó providencialmente estaba yo yendo á cortar un par de piñas, para mondarlas y ofrecérselas á la niña, después que se bañara, cuando sin pensar me dirigí á la margen del río y ví que caía la Señora de mi corazón. Lo demás Su Merced lo sabe.

—No digas, Eugenio, á nadie nada de cuanto has visto y hecho.

—Guárdeme Dios de ser criado imprudente: los pajes no sólo debemos ser diligentes sino silenciosos.

Criados hay que son los testigos, fiscales y jueces de sus Señores, y los que descubren y propagan las acciones de sus amos, debiendo encubrirlas y aun disculparlas, cuando no son conocidamente criminales. La ropa sucia se lava en casa, es un dicho, aunque vulgar, muy exacto y cuerdo, patrón Reinaldo.

—En todo has hablado, Eugenio, como si hubieras vivido en el gran mundo, y leído muchos libros y aprendido por la experiencia.

—Patrón, yo pienso que la razón natural basta por sí misma para conocer lo que es conveniente y mejor y enseñarnos á los hombres á que vivamos buenamente y en paz. Yo, niño Reinaldo, sé medio medio leer y escribir, y algo he aprendido, para no ser criado muy ignorante. Ya ve que para un hombre de raza africana ésto es ya mucho. A Ño Marcos de la Rueda, que también lo enseñó á leer á Su Merced, le debo yo este beneficio. Lo hizo por caridad y porque decía que yo no era rudo como los otros negros, á quienes yo creo más bien ociosos que rudos; porque nuestro Dios á nadie le niega talento del todo. En fin él me educó, y con razón mi difunta madre Ña Cornelia le bendecía á mi maestro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Muy bien, Eugenio. Ahora óyeme: conozco que te agrada mucho la mula torda, que el taita cura Arteta me dio en cambio de la baya.

—¿Por qué me pregunta, patrón?

—Porque quiero que, desde este instante, sea tuya, y te la regalo en efecto.

—Niño Reinaldo, aparte de quitarle el gusto á Su Merced, sería muy feo para su criado recibir la paga de sus deberes y del silencio y lealtad. No me obligue á recibir el regalo; porque le confieso, patrón, que tengo vergüenza de aceptarle la mula.

—Pero hay otra persona que te obliga y te la obsequia en su nombre. Si no admitieras el regalo, le harías un desaire, porque ella te quiere ¿No aceptarás lo que te ofrece mi Blanca?.

—Patrón, Su Merced se valió de un pretexto bonito para darme la mula. La acepto, pues, y en ella montaré para servir á los dos esposos en cuanto me ordenaren.

—Ya Blanca viene del baño. Véle, Eugenio, á preparar las piñas que quieres brindarle.

—Con mucho agrado, patrón.

Eugenio fue á poner en práctica su deseo, diciendo para sí: si estuvieras casado de veras, ella no se habría botado al río, esquivando tus caricias y no pasaran las cosas que pasan, ni yo estuviera, como fantasma de la noche, recorriendo la casa de temor de que llegues, al fin, á abusar de la debilidad de una doncella, porque muy hermosa y encantadora es, y no podrás resistir al impulso de tu exigente tentación. ¡Qué capricho! Amar y no querer ser esposo. Así serán sin duda las inclinaciones de los caballeros. No lo comprendo.

Reinaldo se quedó solo y se admiró de si mismo. Están,—dijo,—pasándome cosas extraordinarias, y hago y digo cosas contrarias á mi voluntad, movido

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de no se qué genio invisible, que me impulsa á obedecerle. Cuánto he variado: ya no soy el terrible Tenorio de Quito y otros lugares. Una débil jovencita y un negro me inspiran respeto y aun temor, y salgo mal parado de mis intentos. Quise halagar á Blanca, y mi beso iba á ser beso de muerte; llamo á Eugenio para reprenderle ó intimidarle, y, en vez de reprensiones, me desato en elogios del negro, y le agradezco y agasajo, y le doy un regalo, para él cuantioso, aunque de ello no me duele ni soy capaz de arrepentirme. ¿Qué sucede? Que él queda más comprometido á servir á Blanca y cuidar de ella, cuando precisamente yo quiero lo contrario. La verdad es que Eugenio, sin advertirlo, se me impone, y es el ángel negro de mi bella quiteña. Hasta la generosidad y el desprendimiento del criado me admiran; porque en los negros esto no es casi natural. Se injurió de que yo quisiera comprarle su lealtad y silencio con el precio de una mula. Me ha avergonzado mi propio paje. Quisiera aborrecerlo, porque es el obstáculo para mis intentos amorosos; deseara alejarlo de mi lado, y no acierto á poner en práctica ni lo uno ni lo otro. Le quiero á mi pesar y no puedo separarme de él. He aquí que yo soy el verdadero esclavo de Eugenio.

Así reflexionando, aguardó á Blanca, la que, sin decirle palabra del suceso, se asió del brazo de él y entró á la casa de la hacienda, con rostro risueño, pero algún tanto apagado el carmín de sus mejillas.

LXI

El regalo de dos naranjas

María, á quien durante la noche dio Blanca cuenta de lo acaecido en el día, alabó y admiró la discreción y virtud de la huérfana hermosa. Tienes tú la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

orfandad de tu padre, porque murió, y de tu madre, porque está ausente,—le dijo;—pero tu corazón no tiene la peor de las orfandades, la falta de virtud. Pórtate así, hermana mía, y siempre vencerás. Aun nos conviene tender un velo sobre las cosas que van pasando, si ellas no llegan al extremo de un forzoso descubrimiento. Por ahora, si la abuela alcanzase á vislumbrar siquiera que tu no eres esposa de mi primo, y que él se burla de toda la familia y la ultraja en su propio hogar, el sosiego y la unión de todos vendrían á cambiarse en desgraciados sucesos. Reinaldo quedaría pobre; porque (en confianza te cuento) la abuela, además de su carácter irascible y vehemente, es muy codiciosa de oro y plata, y tierras y casas, y su anhelar por adquisiciones nuevas es insaciable. Como aun no se ha hecho la división de bienes entre ella y su nieto, y éste posee lo que heredó de sus desdichados padres en mancomún con Ña Pola, se sucederían pleitos en interminable encadenamiento. Cuando las familias se desnudan y litigan por intereses terrenales, llegan á empobrecer en breve, á odiarse y desear sólo la mutua venganza. Estas consideraciones me hacen aconsejarte que sufras, calles y esperes.

—Y, si tu primo salvase los lindes del respeto y compasión conmigo y se empeñase en tenerme á su lado con ilegítimo y criminal amor, ¿qué haríamos, María?

—Dios nos aconsejará y guiará, si llega tan angustioso extremo, y yo prepararé el desenlace de tus amores, pidiéndole inspiración y felicidad en mis actos. Puede también ser que el mismo Señor, por caminos desusados y por nosotras no previstos, disponga el fin suave y sin mancilla de tu existencia de lucha, y vuelvas al regazo de tu extrañada Margarita.

—¡Ay! María, no pronuncies ese nombre tan ama-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do; porque me acuerdo de la ofensa que le hice, desobedeciéndole, abandonándola y viniendo acá, ciega de un amor loco, que aun conservo y no acaba, á pesar de que Reinaldo no me quiere con honestos fines. Te aseguro, María, que prefiero mil veces la pobreza y escasez de mi modesto hogar á la riqueza y abundancia presentes. Aquí abundo de los bienes materiales; pero me falta la paz del alma, que es el bien más apetecible en la vida. Cuando, desde que aparecía el sol en el oriente hasta que se aproximaba á sumergirse en el ocaso, hacía yo mis labores, pegada á mi bastidor, como aquí las yedras á sus árboles, era más feliz que ahora. ¿Qué digo? Sólo entonces era feliz; hoy no lo soy. Con razón, con voz de dolor mi madre me anunciaba futuras desgracias, y aun me contó una visión, que la había acongojado por extremo.

—¿Qué visión era, Blanca?

—No puedo acordarme de ella, por más que lo intento. Lo único que recuerdo es que el lugar de la visión era un cementerio.

—No te acongojes también tú. Sucede que nuestra imaginación es á veces nuestro verdugo, y, cuando estamos tristes, nos presenta cuadros de doloroso pavor. Mira, hermana mía, después de algunos días, iremos á Bellaestancia, lugar más hermoso y escondido que la Castalia. Allí se serenará tu alma, y tu mente de poetisa soñará en mundos ideales y desconocidos.

—Soñaremos, María. Ya que la realidad es sólo el dolor, soñando con felicidades, nos engañamos á nosotras mismas; pero, al fin, gozamos algunos instantes, y ese engaño viene á ser una necesidad; porque si solamente viésemos lo horripilante de las cosas humanas, seríamos capaces de darnos la muerte, como hacen los desesperados que pierden los bienes ma-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

teriales. No perdamos, pues, nosotras el bien de idealizar aquí la vida y fortificar el corazón, pensando en que la lucha de la existencia se hace más llevadera con la conformidad y las esperanzas de goces superiores á los que aquí soñamos. Soñemos, María, ya que lo único que me halaga es soñarme un instante feliz, ya que lo que más perturba mi imaginación soñadora es el combate perenne con tu primo. Por esto, aunque ansio mayor soledad y sepultarme en los bosques de Bellaestancia, entre el laberinto de los encantados ríos que forman y acrecen la corriente del Daule, la idea de que Reinaldo, viéndome más sola y retirada, quiera ó se tiente á perseguirme y obligarme á complacerle, me horripila. ¡Ah! la soledad, así como es santuario y solaz para las almas buenas, es también, para los malos, consejera de inicuos pensamientos. En ella el alma del justo se espacia y extasía, y habla con Dios, cuya voz oye suavísima en las auras, cuyo aroma aspira en las flores, cuya presencia invisible siente y adora. Mas quien sólo piensa en goces materiales, en ella también medita en la consecución de sus pasiones, y da vuelo al pensamiento para trazar planes y cuadros de lubricidad. Yo temo el permanecer en esa otra bella hacienda.

—Yo estaré contigo, hermana mía. No es posible que rehuses ir allá. Es la mansión predilecta de Reinaldo; porque en ella vivió y murió su madre, Clara del Valle. El se deleita en tomar las frutas de los árboles que ella sembró. Hay también allá un naranjo muy particular, que es como el rey de aquellos árboles. Siempre se ve su copa cubierta de naranjas tan grandes y doradas, que yo he creído que ese árbol, talvez por mano de ángeles, fue transplantado desde el paraíso á Bellaestancia, y que el naranjo le dio el nombre á la hacienda. Dicen Ño Topete y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ña Perpetua que lo plantó el padre de Reinaldo, cuando era adolescente. Ya veo que para mi primo Bellaestancia tiene doble atractivo. Es forzoso partir allá, como te he anunciado.

—Hablaban todavía las jóvenes de la rubia y de la negra caballera, cuando en el patio de la hacienda asomó Ña Perpetua. Había llegado á aficionarse de Blanca, y le traía con frecuencia las mejores frutas. En pago de sus regalos y cariños sólo pedía á la joven que tocara algunos aires serranos en el piano.

Blanca le daba gusto, y Ña Perpetua se volvía regocijada, y contaba á sus amigas que había estado en conversación con un ángel y oído canciones que debían ser aprendidas en el cielo.

Traía entonces Ña Perpetua sólo dos naranjas unidas en la misma rama; pero de tanta hermosura, si en el tamaño, si en el color de oro subido, que era de ver y admirar sin acabar de admirarse.

Yo,—dijo Blanca,— las guardaría eternamente, si supiera que nunca habían de podrirse. Más me gusta verlas que probar de su sabor; pero, como nada es durable, menos lo bello y delicado, nos las comeremos las dos, María. Fíjate: están juntas, como nosotras, y mezclan su delicioso olor, como nosotras confundimos nuestras almas, pensamientos y aspiraciones en una sola. En el dorado color se asemejan á tus lindos cabellos.

—Y en el aroma á tu aliento, y han de ser sabrosas como tu compañía y tu conversación suelen serlo para mí—dijo María.

—¿Qué sucediera, María si nosotras nos convirtiésemos en estas dos naranjas?

Con perdón de Sus Mercedes,—dijo Ña Perpetua,— se las comerían algunos golosos, disputándose entre ellos á sablazos. Creerían que eran frutas del árbol de nuestra madre Eva, y frutas prohibidas; y, con to-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do, pelearan por devorárselas; porque así son los hombres. Si sólo siendo naranjas, son tan sabrosas, ¡qué fuera, si se convirtieran en ellas dos niñas tan bonitas y tan buenas como Sus Mercedes? El más santo se las comería.

Mucho rieron las jóvenes con la natural y fácil ocurrencia de Ña Perpetua.

Mondaron luego las frutas y empezaron á tomarlas entre sonrisas y murmullos de placer, sentadas sobre el césped del patio, á la sombra de un plátano que les tendía sus anchas y verdes hojas.

Jamás,—dijo Blanca,—ha llegado á mis labios fruta más exquisita. Esta, María, como crees tú, ha de ser arrancada de algún árbol del paraíso. ¿De dónde trajo estas naranjas, Ña Perpetua? Ud. siempre me trae muy buena y escogida fruta; pero ahora parece que ha hecho viaje á algún huerto encantado, para traernos estas naranjas, que en realidad son de oro.

—Así fue, Niña Blanquita. Ayer me fuí á Bellaestancia, y me las traje de allí, arrancándolas, en persona, del naranjo que los peones llaman el Gran Señor, porque lo es de todos los demás árboles de su especie. El patrón Reinaldo lo llamaba antes el árbol liberal, y ahora debe llamarle el árbol de mi Blanca esposa.

Las jóvenes volvieron á reír.

Ña Perpetua prosiguió: ese árbol, niñas, como si fuera persona ó algún mal cristiano, sólo de Ña Pola es aborrecido. Yo no sé cómo no lo ha mandado derribar. Será por ser propiedad de su nieto, á quien siempre ha dado gusto en todo, hasta en cosas malas. Con más razón debe darle en conservar un árbol que es maravilloso.

—¿Y por qué le aborrece la abuela?—preguntó María.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—El porqué se lo diré á mi confesor en vísperas de morirme—dijo la anciana, y, besando las manos á las dos jóvenes, se alejó con presura.

Blanca y María no se atrevieron á seguirla ni á satisfacer la curiosidad. Temían descubrir algún horroso secreto. Además, ponderaron la imposibilidad de que lo revelase Ña Perpetua, la cual, aunque parecía buena y bondadosa, era al fin la madre de Lorenzo Muro, el terrible paje de Reinaldo.

Me basta y sobra, dijo Blanca, el desengaño que tengo del amor de Reinaldo. No quiero saber algo más que me desazone del todo y me haga llorar nuevas desgracias. Callemos y esperemos, María.

LXII

Un paseo bello y triste

Bastantes días pasaron sin que se realizara el paseo á Bellaestancia. Inesperados negocios detuvieron á Ña Pola, que debía ir á la cosecha de cacao y café.

Las tres jóvenes distribuían el tiempo entre las ocupaciones domésticas y la recreación y correrías campestres, á las que iban con frecuencia llevadas por Reinaldo ó Eugenio, ó el bueno de Ño Topete, el segundo amo de la casa.

En una mañana tranquila, en que soplaba un ambiente refrescante, Ño Topete las invitó á almorzar en el campo. Ña Pola y Reinaldo no pudieron acompañar á las jóvenes paseantes; pero fueron con ellas el invitador, Eugenio, la anciana Perpetua y la Calandria, ya más animada y festiva.

Primero en grata navegación en un bote de familia, y luego á pie, las jóvenes se recrearon y anduvieron gran parte del día, después de un campestre

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y suculento almuerzo, donde las frutas, en variedad admirable, fueron las alabadas y preferidas por Blanca y las primas rubias.

Siempre las jóvenes tienen predilección por el baile y la música en los salones, por las flores en los jardines y por las frutas en los honestos placeres de la mesa, como que se asemejan á las frutas en la suavidad, á las flores en la belleza y no pueden vivir sin la armonía de algún instrumento y sin la movilidad de la danza. ¿Será que la fugaz y hermosa juventud les da más vida, colores, armonías y movimiento? ¿Soñarán talvez creyendo que esa edad, primavera de la vida, es inacabable? La juventud es, por sí misma, movible y armoniosa como las cuerdas de una cítara de oro.

Blanca, que deseaba ser feliz siquiera soñando, estuvo extasiada con los nuevos paisajes que iba conociendo. Cuando llegó á un lugar muy hermoso, sombreado de árboles amenos, donde el aire era puro y transparente, donde gemían las brisas como el suave tañido de la lira de un poeta triste, donde resonaba el el canto de variadas aves, se quedó largo tiempo en silencio. De pronto oyó el arrullo tristísimo de una paloma enemiga y el canto de la soña que, siempre melancólica, parece despedirse del sol que muere, y se sintió ella también sobrecogida de ignorada tristeza. María, —dijo, —¿porqué será que de improviso me he apenado tanto, que este lugar tan bello me parece ya sombrío?

Sin duda, —dijo Violante, —las sombras de la tarde, que se aleja ya, dan melancolía á estos lugares.

—Un silencio respetuoso, un temor hasta cierto punto grato, experimento yo, cuando paso por aquí, —dijo María.

—Algo de extraordinario debe suceder aquí,—dijo Blanca.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sí sucede,—dijo la Calandria,—y ante que no coja la noche, debemo de i de aquí, á que no no siga el mueto.

—¡Qué supersticiosos son los negros de estas haciendas!—dijo Violante.

No es superstición,—dijo Ño Topete.—De noche, en medio de la obscuridad, se oye aquí la detonación de un fusil, y luego como que cae al suelo un gigante. Parece que los árboles gimen roncamente; se estremecen las palmas como batidas de un huracán; se levanta un largo plañido, huyen las aves, y en las ramas y en el césped del camino, se cuaja rocío de sangre. Esto de día, es un paraíso, de noche, el mismo purgatorio.

¿Por qué serán estas cosas?—dijo Blanca bastante medrosa.

—Nadie adivina la causa,—dijo Ña Perpetua.

—Que aquí hay alma en pena,—dijo la Calandria.

Qué alma ni qué abusión,—dijo Eugenio.—Este lugar, aunque es placentero, causa á todos los daulenos tristeza y horror. Aquí se cometió un gran crimen y asesinaron á un caballero de mucho valer. La Sta. María sabe la historia.

—Qué bien dices, Eugenio. ¿Cómo no se me ocurrió á mi el orígen de las cosas terribles que contó Ño Topete?. Sabrás, Blanca, que en este paraje se verificó uno de los dramas que más avergüenzan al Ecuador.

Aquí se cometió, como ha dicho Eugenio, un gran crímen, y una grande alevosía digo yo; porque donde la venganza no se presenta frente á frente del enemigo sino que le tiende ocultas asechanzas, la infamia no puede ya ser más grande y la cobardía más vergonzosa. Muchas veces, más que los crímenes mismos, es más sensible su impunidad; porque ella sirve de aliento á los malvados, y se multiplican los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

delitos. En solitaria selva, aunque en diversos tiempos, cayeron asesinados un ínclito guerrero y un notable poeta, Sucre y Arboleda. Aquí también, en este sitio hermoso, cayó herido y muerto por mano aleve y traidora, un varón, honra de la patria. La ciencia y la poesía habían ya orlado sus sienes: era jurisconsulto y poeta de imaginación y fantasía ardiente. Como orador, de palabra afluente y fácil, embelesaba; como excelente ciudadano, todos cifraban en él sus esperanzas. En estos días luctuosos para el país, cuando impera el vicio y tiene palmas el crimen, ese varón egregio habría sido talvez el salvador de la patria y el que lavase la afrenta de haber encumbrado al solio á un Tarcón. La mano del asesino derribó en un instante el árbol de nuestras esperanzas, más alto y hermoso que estos árboles que estamos viendo. Cuántas veces la desventura prolongada de una nación depende de un solo crimen. El asesino del poeta quedó ignorado é impune. Más le valdría pagar la merecida pena y expiar aquí su pecado; porque los crímenes, que aquí no se castigan, tienen su perenne tormento en las regiones donde sólo se castiga, porque ya no se perdona. Lo que te cuento, Blanca, lo he oído á personas de juicio y sensatez, que deploraron el drama aquí verificado. Aun dicen que, al caer el llorado varón, un relámpago siniestro cruzó por la atmósfera, entonces enlutada, y que las ondas del Daule se purpuraron unos momentos, como si en ellas se hubiese derramado la sangre de la víctima, y cuentan que esos relámpagos se ven todavía, de vez en cuando, y que, á su vislumbre, aparece la sombra del poeta. Daule, pueblo entusiasta, le levantará algún día una estatua, y, cumplido ese voto de admiración y gratitud al buen patriota, quizás este lugar tendrá menos pa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vor, y las palmas, que ahora me parecen tristes, se erguirán altivas.

—¿Y cómo se llama este lugar?—preguntóBlanca.

—La Palestina,—dijo Ña Topete.

El sol se ocultó y las sombras de la noche comenzaron á desplegarse lentas como un manto de duelo. El silencio y el miedo tornaron al paraje del paseo. Todos se retiraron entristecidos, y Blandiflor, el hermoso lebrel que Reinaldo había regalado á Blanca, comenzó á lanzar melancólicos aullidos.

—Aun los placeres de más inocencia tienen de repente un término triste,—dijo Blanca.

Esto quiere decir,—concluyó María,—que en la vida nada es cabal ni lleno, y que aun las más dulces armonías acaban á veces con un dejo de gemido.

Mientras duró el paseo de las jóvenes, Ña Pola y su nieto habían quedado en Castalia, tratando sobre la división de bienes que hasta entonces los tenían en común. Como Reinaldo pasaba por esposo legítimo de Blanca, Ña Pola creyó llegada la hora de separación de haciendas, para que él formase su hogar separado. Además, la abuela temía que Reinaldo y Blanca, al gastar su riqueza, disipasen también la suya. Ña Pola era esclava de vergonzosa avaricia, y el cariño á su nieto, antes tan mimado, llegó á entibiarse mucho. Ella presentía infortunio y pesadumbre no lejanos, sin acertar, cómo ni de dónde pudieran sobrevenirle. No quería á Blanca, y la idea de que su nieto se había casado con una mujer pobre, *limpia*, como solía recalcárselo con frecuencia á Reinaldo, la desasosegaba, sin conformarse nunca con el matrimonio.

Llévate tú la Bellaestancia,—le dijo á su nieto,—ya que esa hacienda compró y cultivó Clara, aun antes de que el seductor de tu padre la abandonase y se fuese, como se fue á naufragar. Si tú no te lu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bierns casado con una joven *limpia y pura*, yo tampoco te habría propuesto separación de bienes y, más bien, te habría dado la administración de ellos. Ahora es otra cosa: quedaré yo con la Castalia y con mis grandes capitales puestos á interés. Tú conténtate con tu hermosa hacienda y con tu Blanca.

—Con mi Blanca también hermosa.—dijo Reinaldo.

—Suplido estás con su hermosura.

—A lo menos asegurado con su virtud.

—Qué virtud, hijo. Yo no conozco otra virtud que la de adquirir plata.

—La suavidad de su carácter, sus habilidades de manos, el ser artista perfecta en la música y el canto, son partes y prendas para que la amen todos, y, en efecto, aquí todos la quieren.

—Así será, hijo. Conténtate, pues, con cualidades, y desprecia la fortuna. ¡Qué feliz eres, nieto mío!

Dijo estas palabras con acento tal de ironía, que Reinaldo quedó entristecido. Contrariarla era peligroso; porque Ña Pola era terrible en sus venganzas. Además, no siendo él nieto por vía legítima, se exponía á perder la gracia y herencia de la abuela. Era, por lo mismo, necesidad, tolerarle su lenguaje desgarbado y aun injurioso, y oírle, callando, las vulgaridades y apotegmas tan propios de la avaricia.

LXIII

Un viaje en noche de luna

Ña Pola deseaba y al mismo tiempo temía que se verificase la división de bienes, y por estas vacilaciones pasaron todavía muchas semanas sin que se realizase la ida á Bellaestancia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Al fin un día, en que la abuela estaba de buen humor (lo cual no era muy frecuente), ordenó que se preparasen los botes y canoas, y que la navegación se emprendiese por la noche, que era de plenilunio.

Reinaldo, soñando en vencer la resistencia de su amada, allá en más apartada y repuesta mansión, y deseando que, para Blanca, el viaje, aunque de pocas horas, fuese encantador, envió á Daule á Lorenzo, para que invitase y trajese á Ño Patiño.

Este Ño Patiño era un mozo de veinticinco años, chico de cuerpo, pero de agradables facciones y aun bastante educado y simpático, aunque muy tunante y mujeriego y, por remate, pobre ó limpio, como diría Ña Pola. Era insigne guitarrista y tocaba la bandola, con tal primor, que hacía hablar y gemir al instrumento. En el cantar no era muy feliz, pero tampoco desagradable. Era, en fin, un muchacho listo y hábil, y, por lo mismo, poco afortunado, como suelen serlo los hábiles entre nosotros, singularmente en bellas artes ó en bellas letras.

Este personaje era muy amigo de la casa y antiguo compinche de Reinaldo en asunto de parrandas y serenatas. Mas se tardó Muro en invitarle que Ño Patiño en aceptar la invitación, y, acompañado del negro, estuvo á la tarde en Castalia, armado de vihuela y de bandola, que él llamaba su compañerita. Su llegada alegró á Reinaldo y á Violante, que gustaba mucho de oírle tocar y cantar.

María y Blanca le recibieron con indiferencia, pero con cultura, y Ña Pola le saludó apenas con un ¡gua! ya está Ud. por aquí. Se dio al diablo la vieja; porque el Trovador (que así le llamaban en siete leguas á la redonda) venía para hacer que Reinaldo derramase la plata como arroz, cuando los dos hacían sus correrías de jaleo.

Dios los cría y ellos se juntan,—dijo la abuela,—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á solas, á su nieta Violante. Ya este par de tunantes han de querer estarse noches enteras en serenatas y beberías, en compañía de alguna pindonga, como lo han hecho siempre. Este Reinaldo debía más bien dar á su pobre abuela el dinero que bota en las jaranas. Si fuera libertino, pero sin gastar una peseta, poco me importaría, con tal que fuese lejos; pero tan cerca de aquí y con el riesgo de que gaste hasta mi plata, no se puede, Violante, llevar con paciencia.

—No sucederá lo que vos teméis; porque ya Reinaldo está casado, y es hombre serio.

—Lo dudo, hija; porque moro viejo ..... eh? Sobre todo el Ño Patiño, el Trovador, el repentista, hará que Reinaldo vuelva á las andadas, y la primera orgía, que tengan, ha de durar una semana, en desquite del mucho tiempo que no se han visto ni divertido juntos. Yo los conozco mucho, y sé dónde cantan y encarean estos pollos.

—No creáis, abuela. No sucederá lo que teméis. Aunque el Trovador sea mozo de vida alegre, no es tan malo como decís. Tiene también sus cualidades y virtudes. Nadie es del todo desechable en este mundo.

—Cállate, pizpireta, y guárdate de disculpar á este tunante. Tantas cualidades tiene para tí, que, si te propusiera, le aceptarías por esposo.

—No tanto, abuela. Yo no podría jamás casarme con quien puede ser mi paje.

Injuriada Violante, lloró con resentimiento y grande soberbia; porque, aunque estimaba algo al Trovador, por deleitarse mucho con su música y sus canciones, no se imaginaba que Ño Patino tuviese la osadía de poner en ella los ojos. No sabía la rubia que un tunante de oficio á todo se atreve, y muchas veces algo consigue y se sale con sus intentos. Los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

hombres de baja esfera é inferiores en la escala social, cuando quieren levantarse á las alturas y aspirar á lo que parece imposible, aventuran la propuesta: si los rechazan, nada hay de nuevo ni tienen qué perder; porque sabían ya que era muy natural que los despidiesen con indignación, y, si los aceptan, miel sobre hojuelas, la ilusión y la audacia se tornan en inesperada realidad. Así se ven uniones repugnantes y matrimonios increíbles, y mozo *garrapatero* hubo que se casó con encumbrada señorita.

En esto no meditaba Violante, y su orgullo, que era de subidísimo punto, no la hacía pensar en la posibilidad de las cosas que parecen irrealizables.

La voz de Ño Topete dio la señal de pasar á bordo, y toda la familia acudió á la playa bañada por los resplandores de la luna llena, cuya lumbre plácida, como la primera sonrisa de una virgen inocente, fulgoraba en las copas de los árboles y rielaba en el río, dando á las olas el color de bruñida plata.

La familia se embarcó en un hermoso y pintado bote, que llevaba vela blanca como el pensamiento de un justo, y tenía de remeros á Ño Topete y al leal Eugenio, á quien Reinaldo pretendió dejar en Castalia; pero María se anticipó á conseguir que la abuela no consintiese en dejarlo. Los demás pajes y gente de servicio, menos la Calendria, que quedó con sus padres, iban en diversas canoas en derredor del bote, que llamaron *Reinaldo* desde aquel viaje.

La navegación fué muy grata: Ña Pola iba en medio de sus dos rubias nietas; Blanca estaba junto á María, y Reinaldo y Ño Patiño al frente, aquel de su enamorada, y éste de la altiva Violante.

Esta es, dijo Reinaldo, la noche del amor. Toca, camarada, y hazle gemir á tu bandola. Los vientos callan, el aire está tranquilo, el ambiente fresco y embalsamado, el río más bello, y la luna, como ami-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ga bienhechora, se complace en vernos y enviarnos sus fulgores. Canta, pues, Trovador, que yo te acompañaré con la vihuela, mientras tú toques la bandola. Los dos jóvenes templaron y acordaron sus instrumentos, y luego se desprendieron como oleajes de armonía, que se dilataban á par de las ondas del río. Todos iban embelesados, y aun Ña Pola alababa á los tañedores y se puso, por fin, animada y jovial. Cantó el Trovador, y su canto pareció á Violante mejor que en otras ocasiones. El golpe de los remos era como el compás de la música, y bote y remos se deslizaban, río arriba, blanda y randamente, como hechizados al impulso de la armonía.

Ño Patiño no desprendía del rostro de Violante sus inquietos ojos de árabe, y las modulaciones de su canción iban acompañadas de un mirar tan dulce y penetrante, que la rubia se olvidó de su altivez, y como ablandada con los acentos del Trovador, sonrió con éste no una sino muchas veces, y se puso alegre y risueña, cosa no muy frecuente en ella.

Alguna que otra copa de suculento vino, á manera de aceite que aviva la luz de una lámpara, tuvo viviente el buen humor y dio más aliento á Ño Patiño para mirar á Violante con más fijeza. Rasgó otra vez las cuerdas de su bandola, y, plegando hacia delante la falda de su sombrero manabita, viendo unas veces á la luna y otras á la rubia, arrancó á su instrumento notas suavísimas, acentos y sollozos de un lenguaje misterioso, que sólo llegó á comprender Violante. Con ella solamente hablaba el Trovador en el idioma de su bien templada bandola.

Sucede con frecuencia que los trovadores errantes, los *serenateros*, al són de su guitarra y con los gemidos de un yaraví, alcanzan el fin de sus deseos con más facilidad que con su elocuencia un sabio, con su lira un poeta. Blanda y furtivamente se introducen

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en el corazón de incauta y sensible joven, y se lo arrebatan sin que ella misma lo advierta. La sensibilidad facticia que les infunde un tono gemidor, la conquista en breve momento, y después de fugaces melodías, se encuentra presa y aun víctima de un seductor vulgar. El pecado, como las sirenas de la fábula, atrae con la magia del canto, para después matar.

Ño Patiño calló.

Trovador,—dijo Reinaldo,—¿quieres oír cantar á una alondra y escuchar acentos de ruiseñor?

—A estas horas fuera una ilusión de cuento,—dijo Ño Patiño.

Pues templa otra vez tu instrumento,—dijo Reinaldo,—y verás si no es verdad lo que te digo.

El Trovador templó su bandola y Reinaldo hizo lo mismo con su guitarra.—Canta, esposa,—le dijo á Blanca, con voz de súplica y amor, cuyo poder fue entonces irresistible.

Blanca, conmovida, cantó.

Homero y Virgilio dirían que la ninfa, deidad del río Daule, había salido de su lúcido palacio, para cantar y llenar de embeleso las orillas y suspender á la luna. Un árabe juraría que eran los acentos de una hurí.

Suspensos de los labios de la joven de los ojos negros, que entonces brillaban á par de la luna, todos estuvieron como en éxtasis de armonía indefinible, y creyeron que también los árboles le escuchaban, inclinando las copas en señal de aprobación, y que las olas del río, unas paraban de placer, y otras corrían llevándose y repitiendo los sonidos.

Ño Patiño, como avergonzado, cuando calló Blanca, no quiso él volver á cantar, aunque se lo exigieron todos. Se contentó con seguir tocando la bando

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la, y, al són del instrumento, llegaron al término de la jornada.

Pasó la noche del amor y las armonías.

Todos desembarcaron alegres, menos Blanca, que si sonreía con los labios, estaba gimiendo con el corazón.

LXIV

La mansión en Bellaestancia

En Bellaestancia, donde estuvimos con Reinaldo y el lector, la vida de familia fue en todo semejante á las escenas domésticas de Castalia. Sólo la lucha de Blanca con su caprichoso y tenaz amante fue más continua y obstinada. Eran casi los postreros combates entre la pureza y la sensualidad, el temor y la audacia, la virtud y el crimen, un ángel bueno y un ángel malo. Para el corazón débil de una jovencita era demasiado tan recio batallar, y lo probable era que, á tantos embates, flaquease y sucumbiese.

La más dura roca, embestida por las encontradas olas de una mar en continuas tempestades, resiste largo tiempo, como burlándose de las borrascas y ostentando su firmeza sobre bases de granito. Van y vienen ofuscados tumbos, la golpean y retroceden ya mansos, en círculos inmensos de espuma, y la acometida y el retroceso de las olas se hacen perpetuos, sin descanso ni intermisión, hasta que la alta roca cede al fin y se desploma, y al hundirse, las aguas se vuelven atrás como asombradas, y el estruendo se dilata á la lejanía, llevado por los vientos, y los grandes peces huyen y nadan raudos de miedo, buscando más quieto albergue en la vasta extensión. Si así sucede con las tormentas del mar, ¿cómo el débil corazón

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

humano, casi siempre pusilánime, resistirá á las borrascas de pasiones, que rugen y hierven en derredor sin tregua ni respiro!.

Blanca, débil como mujer y tímida como huérfana, era como una trágil barquilla, que lanzó al mar una mano inclemente, y allí la dejó sola, sin timón y sin velas. Era lo natural sucumbir.

Reinaldo le prodigaba atenciones y cuidados con generosidad inaudita, y Blanca afluía en comodidades y riquezas, sin que le faltase ninguno de los encantos y seducciones de la vida material. La hacienda, bella como su nombre, los jardines orientales, los bosques paradisíacos, los ríos, fuentes y esteros, como delineados por hábil é ingenioso paisista, donde quiera exquisitos manjares, músicas regaladas, de las aves en los huertos y de magníficos pianos en los salones, todo deseo cumplido, toda aspiración satisfecha, eran para deleitar y saciar á los corazones más sedientos de bienes terrenales. Sólo para Blanca tantas comodidades y tantos placeres eran más bien ocasión de dolor, y su corazón, como avecilla errante, que no encuentra rama segura donde posarse, buscaba el sosiego y la paz, y ellos huían muy lejos. Esa aspiración del alma no estaba en los maravillosos campos y selvas, que ella veía, sino en el estrecho y pobre hogar, en la casita color de rosa, donde Margarita quedó abandonada y sola. Bastaba esta idea para amargar la existencia de Blanca, aun sin contar con las luchas de la obstinada porfía del seductor. Cuántas veces, al apagarse los postreros rayos del sol y despedirse la tarde, suspiró la joven por la pequeña habitación donde cosía, y se forjó ilusiones de apoyarse sobre su costurero, y abrazarse con su bastidor, donde estaba bordando empresas de variados colores con finísima seda. Oía las consoladoras palabras de la inteligente y tierna Margarita y hasta se reía con las

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gratas confidencias de las dos; pero, cuando tendiendo los amorosos brazos, iba ya á estrechar entre ellos á su madre y darle un beso en la mejilla, se hallaba sólo con la soledad y el vacío, exclamaba sollozando: ¡ay! he soñado. Corría entonces á contarle sus sueños á María, antes que el corazón le reventase en el pecho.

Ño Patiño estuvo algunos días en Bellaestancia, sin acertar á separarse de la rubia Violante, á quien iba haciéndose más agradable, y sin dejar en reposo á la bandola. Como notó que Ña Pola le ponía cara de suegra enojada, cogió las de Villadiego, ofreciendo en continuza á Reinaldo repetir la visita.

Era el tiempo de la cosecha de cacao, y numerosos labradores de Bellaestancia y otras haciendas aledañas habían acudido á ocuparse en recoger y hacinar los granos de oro de los campos costeños.

La tierra avara esconde muy adentro los metales codiciados del hombre, y el oro mineral, que se arranca de sus entrañas, cuesta muchos sudores, afanes y aun enfermedades y vidas, en tanto que el oro vegetal de esas opulentas regiones se ofrece casi espontáneo, y regocija al cosechero, y alegra y enriquece al dueño.

Mientras duraba la cosecha, María, Blanca y Reinaldo se retiraban á descansar á la sombra del Gran Señor, del frondoso naranjo, que inclinando sus ramas, les ponía sus frutas en la mano. Estas eran tan deliciosas, y de gusto tan particular, que Blanca hizo de ellas su preferido y único alimento. No sé qué secreto tenían para ella esas frutas, que le daban vigor, robustez y hasta mayor belleza.

Yo creo, —le dijo un día su amante, — que estas naranjas tienen la ambrosía y el néctar de los dioses del Olimpo; porque contigo hacen prodigios: estás más robusta, más hermosa, más encantadora.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Nunca imaginé,—dijo Blanca,—hallar un árbol que parece fabuloso ciertamente. Sus frutos me dan imponderable deleite, y son sabrosos al paladar como á la mente y el corazón los pensamientos de un dulcísimo poeta. Yo sé que este naranjo lo plantó tu padre. Ha tenido buena mano, como dicen las gentes sencillas, y tú, al mirarlo, debes sentir contento y ternura, y antes que el árbol liberal, como lo llamas, debías apellidarle el árbol del recuerdo.

—Así es y así lo llamaré desde ahora, basta que tú lo quieras. El no sólo me recordará de un padre á quien, por desdicha mía, no conocí, sino también á la mujer á quien dedico mis pensamientos y rindo mi voluntad. Blanca, amémonos más á la sombra de este árbol protector.

—Sí, Reinaldo, amémonos más; pero que este árbol, plantado por tu padre, sea protector de casto y legítimo amor, para que no resulte desgraciado como aconteció con Clara, tu buena madre.

—Me has enternecido con tus palabras. ¿Quién te ha revelado estas cosas, Blanca mía?

—Todo lo sé, Reinaldo. Tú, por mal entendido orgullo, ocultaste á mi madre el origen de tu familia y no quisiste confesar que eras hijo de ilegítima unión. Te faltó franqueza en esta parte, y te avergonzaste de lo que tú no eras culpado. ¿Acaso los hijos son responsables de no haberse mecido en cuna de amor santificado por la bendición nupcial? Aunque su padre haya sido un malvado, un buen hijo, con sus virtudes, hace olvidar su origen, por criminoso que sea y gana estimación en la sociedad. Cada uno es responsable de sus propias obras, y, aunque á un hombre se le llame el hijo del traidor ó del asesino, si él no traicionó ni asesinó nunca, no tiene porqué avergonzarse. Mal hiciste, Reinaldo: mi madre satisfecha con la verdad y pagada con la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

franqueza, te habría aceptado como hijo, y allí, en mi hogar, nos hubiéramos casado, y Margarita estuviera ahora aquí con nosotros y con tu admirable prima María, á la sombra de este árbol gustando de sus jugosas frutas. ¡Ah! no, Reinaldo, tú no has querido traerme acá para hacerme tu esposa idolatrada sino tu preferida ..... me indigno y avergüenzo de concluír la frase. Ya sé que no eres hijo de matrimonio sino de amor vedado. ¿Crees que por eso no te amo! ¡Ay! Reinaldo: yo no quiero la legitimidad de tu nacimiento sino la legitimidad de tu amor.

—Estás adorable, Blanca mía. No desesperes de que suene la hora en que seas mi esposa. Hasta tantú ámame y .... espera.

—¿Reinaldo, este árbol no fué plantado por tu padre?

Sí, Blanca, ya lo sabes.

—¿Le tienes cariño por eso?

—Es natural, y lo llamaré, como tú le bautizaste, el árbol del recuerdo.

—Pues déjame uno aquí muy grato.

—¿Junto al tronco del árbol de mi padre!

Sí, Reinaldo, sí.

—Expresa pronto lo que deseas de mí . . .

—Que hasta que nos unamos con legítimo lazo, no me importunes, ni me toques, ni pretendas manchar con el hálito más leve mi pudor.

Como Reinaldo estaba en la presencia de María, que le contemplaba encendido el rostro y silenciosa, contestó balbuceando y en cortadas expresiones: Así lo haremos, Blanca.

—Júramelo,—dijo esta.

—No hay necesidad—respondió Reinaldo.

Y pretextando que Lorenzo Muro lo llamaba en nombre de Ña Pola, se alejó de las jóvenes, que quedaron meditabundas y tristes.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXV

El refugio de la gruta

Pasaron muchos meses sin que Reinaldo dejase de solicitar á Blanca y fatigarla con súplicas y requiebros. La joven estaba aún como la roca entre las olas del mar, inconmovible y fuerte. Su corazón padecía, pero fortificado con plegarias al cielo y propósitos de sólida virtud. El ángel rubio y el ángel negro, María y Eugenio no la desamparaban, éste casi siempre de lejos por respeto á Reinaldo, y aquella de cerca, de compañera de Blanca, reprendiendo las demasías de su primo y aun amenazándole con descubrirlo todo á la abuela, si él no moderaba sus deseos.

Reinaldo estaba más encaprichado. No era su intento ya satisfacer una pasión, sino más bien hacer que triunfase su orgullo y domar, como él erróneamente pensaba, la altivez y capricho de una mujer, que parecía se armaba de su misma debilidad para combatirle y tenerle vencido.

En una ocasión, en que la acometida de seducciones y ruegos de Reinaldo fue más terrible y premiosa, cuando el huracán sopló tan furibundo, que la débil azucena parecía caer tronchada sobre su tallo, Blanca logró evadirse del peligro, corriendo apresurada al salón á tocar el piano. Llamó á las dos rubias para darles un momento de solaz. Ellas vinieron gustosas, y Blanca preludió una pieza alegre y sonora como un himno marcial. Reinaldo conoció que la joven no sólo le había vencido esta vez más, sino que parecía que aun se burlaba de él, y tocaba en són de triunfo. Se avivó más su pasión, y su amor pasó á ser rencoroso amor, mezcla de adhesión, de deseo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y de venganza. Muchas veces en una pasión se confunden otras pasiones, y, con sorprendente miscelánea, hacen del hombre un individuo y carácter extraordinario, que él mismo no se comprende. Las rudas tentaciones de la pasión le estimulaban, de vez en cuando, á asirse de Blanca y tomarla en sus brazos; pero además de que, por propia y natural caballerosidad, le repugnaba lo violento y forzado, al solo ocurrírsele semejantes pensamientos, sentía una irresistible repulsión é interior rechazo, si se acercaba á la joven con estas ideas aún ardientes en el cerebro.

Reinaldo, despidiéndose á la francesa, se fue á Daule á pasar algunos días con Ño Patiño, y matar un poco el despecho y la rabia de verse vasallo en su propio reino y esclavo de ajeno albedrío, cuando creía ser Sultán y Señor. Logró engañar á la abuela y á todos sus servidores y amigos, pasando entre ellos por hombre ya serio y casado, y en esto realizó la primera parte de su plan ideado en Quito; pero no alcanzó á realizar la segunda parte de vivir con Blanca en lazo criminal y obtener la última victoria de Tenorio. El que juzgó Reinaldo puñado de arena, al arrojarlo de su mano, se convirtió en alta y granítica montaña. Así son los proyectos criminosos y soberbios de los hombres: la pasión nos encorva para mirar sólo á la tierra, y no nos deja volver los ojos al cielo, para entonces acordarnos que de allá envían un fuego invisible que convierte en cenizas y humo los intentos humanos.

Blanca tenía ansias de pasar algunas horas en absoluta soledad, en retiro profundo, donde nadie la viese y observase. Hay momentos en que deseamos y nos conviene estar solos, muy solos, con nosotros mismos, cercados del silencio y del misterio, y como absortos en la callada inmensidad de la creación.

Blanca buscaba la opacidad de un asilo en donde,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

desahogar sus penas, y no quiso descubrir su intento ni aun á su predilecta María. Esos labios necesitaban desatarse en solitarias quejas. ¡Ah! un solo vaso no puede contener todas las aguas de una fuente, y, sin embargo, en un solo corazón se vacian alguna vez todos los amargos raudales de la tribulación y el pesar, hasta que rebosen y se derramen. Blanca anhelaba por llorar á solas. El único de quien, para realizar su objeto, era preciso fiarse fué Eugenio, el ángel negro como la obscuridad de las selvas, y conocedor de ellas en todas sus ocultas sendas, cavidades y laberintos. La que Blanca veía algo lejos, le pareció selva encantada, y era preciso evocar á un genio ó valerse de algún mágico para que allá la condujesen.

Blanca llamó á Eugenio, y el negro vino hácia ella presuroso. Nadie los veía. La joven miró al paje con indefinible mirada de dolor, y él, cruzando los brazos, le dijo con vehemencia: Su Merced padece.

—Sí padezco, buen Eugenio, y tengo los suplicios del corazón.

—Si, para quitárselos, es menester un sacrificio, estoy listo á hacer el que Su Merced me pida ó más bien me ordene.

—¡Gracias! protector de mi existencia: tú solo, y nadie, fuera de tí, puede ofrecerme un solaz que hace algunas semanas busco y anhelo.

—Su Merced hable y mande, y yo obedezco.

—Eugenio, llévame á alguna soledad que llene y satisfaga mi deseo, á algún sitio donde yo esté sola, sin más compañía que la invisible presencia de Dios. Si así lo haces, quedaré de tu eterna agradecida.

—Poco me pide Su Merced: allá, á seiscientos pasos de aquí, en esa selva que Su Merced ve hacia el punto donde por las tardes se sumerge el sol en un océano de verdura, hay un retiro tan bello y ocul-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

to, tan tranquilo y encantado, que á él no ha ido aún planta humana. Yo sólo lo he visto sin atreverme á acercarme mucho. No sé qué miedo ó respeto me han impedido descubrirle y reconocerle bien. Es una gruta vestida de flores y adornada con esmero sólo por la madre naturaleza. Le juro á Su Merced que en lugar tan hermoso sólo se debe hablar con Dios, y que El está ahí como en un santuario de verdor. Talvez esa gruta estuvo ahí tan escondida para consuelo y mansión de una niña tan bella y tan triste como Su Merced.

—Eugenio, no me digas más. Llévame, porque me parece que me has pintado una ilusión.

—Su Merced verá que es realidad. Vamos y la dejaré en su retiro.

—¿Nadie conoce, Eugenio, esa gruta?

—Nadie la conoce ni la conocerá. Yo andaré á considerable distancia, rondando para que nadie se atreva á llegar hasta ella y turbar el descanso de mi patrona.

—Vamos, Eugenio; tú me mimas y complaces como un padre amoroso á su última hija pequeñuela.

Echaron á andar Blanca y el ángel negro, que iba delante. Cuando llegaron á corta distancia de la gruta, que el lector y nosotros conocemos, Eugenio se la enseñó á la joven, y se alejó, dejándola sola. Allí, —le dijo, — ni fieras ni ruidos perturbarán el sosiego. No tema nada Su Merced.

Eugenio desapareció en el bosque.

La soledad más profunda y callada sobrecogió el ánimo de Blanca, pero ésta reanimó su espíritu y avanzó á la gruta. Al descubrirla, se quedó suspensa, y creía que estaba soñando despierta. Se arrodilló y extendiendo los brazos, dijo: he hallado el lugar de mi respiro. Bendito Dios, que traes mi alma

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

á la soledad, para hablarme al corazón. Este paraje es mío.

Se levantó, y, desenredando las enredaderas, que cubrían la entrada de la gruta, á modo de celosías de flores y verdor, penetró en ella. Primero quedó hechizada de tanta salvaje hermosura, después se estuvo de pies, con dos dedos de la siniestra entre el rostro y la nariz, en actitud de estatua, oyendo el murmullo del arroyo que también conoce el lector, y deleitándose con la armonía que, al rodar, formaban las blancas piedrezuelas, saltando por debajo de la peña. Al fin, viendo con más claridad los objetos, Blanca se sentó en la piedra color de rosa, y con los ojos inclinados, se puso á meditar. Como bullían las aguas en el arroyuelo, le bullían á Blanca los pensamientos, y su meditación tuvo éxtasis y lágrimas, y suspiros y pavor. Largo había ya pensado, y le era forzoso hablar.

Aunque sabemos que Dios nos oye y entiende el lenguaje interno del alma y el corazón, siempre queremos desatar los labios y dar salida al raudal de los acentos; porque, materiales, aun en medio de lo espiritual, estamos persuadidos de que así somos más escuchados del Señor. Los sollozos son como prisioneros del corazón, y es natural dejarlos que se escapen. Cuando las quejas se exhalan, nos forjamos la ilusión de que nos compadecerán más, y por eso lloramos y gemimos, y creemos enternecer con nuestro llanto aun á las rocas donde nos apoyamos, á los árboles, bajo cuya sombra nos acogemos, á la corriente del río ó del arroyo, á cuya margen nos sentamos á deplorar las penas de la vida. El ruiseñor, cuando se lamenta, derramando en las selvas sus quejumbrosas melodías, la tórtola, cuando arrulla con roncos acentos, la torcaz, cuando repite sus voces plañideras, la paloma cuculí, cuando prolonga

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y aclara sus gemidos, parece que quieren buscar quien los consuele. Blanca, ave que dejó el caliente nido del hogar, exhaló también en sollozos todo el dolor de su alma.

¡Dios piadoso! —exclamó, —tú me has deparado este lugar, para que en él medite mis desgracias, y te ruegue, me lamente y te bendiga. Esta mansión solitaria, tan bella y peregrina, á la que un poeta llamaría sin duda, la gruta del amor, no es sino para mí la gruta del dolor; porque aquí he de derramar mis gemidos y sembrar mis quejas. ¡Oh! Dios, cuya invisible presencia, parece que siento en esta soledad, y cuyo aroma aspiro en las flores que brotan en derredor de tan grato asilo, oye los clamores de la hija desobediente ó ingrata. ¡Ay! la ovejuela que se desmandó del conocido aprisco y corrió á enredarse entre los cambronales, no ha bebido aún del manantial cenagoso de los placeres de la sensualidad, que envenenan y matan, y tímida ahora, al borde ya de un abismo sin fondo, retrocede y se acoge á Ti, Pastor de los pastores. ¡Ah! Señor, aunque no se ha manchado mi virginal pureza, por mis faltas y el rapto, para mí vergonzoso, y mi desobediencia y mi desvío del lado de una madre tan virtuosa como desgraciada, soy ahora la nueva desolada Magdalena, que lloraré en esta gruta, como la pecadora amorosa lloró en la cueva del monte solitario de Marsella. Si noches y días lamentó la que era ya santa, ¿porqué yo, culpada todavía, no he de venir acá, á lamentar con frecuencia? ¡Oh! gruta de mi dolor, yo turbaré con mis sollozos la solitaria placidez, y tú serás para mí el santuario donde se oigan mis plegarias y se derrame mi llanto.

Blanca volvió á sumergirse en el fondo de sus pensamientos y dolores.

Después que hemos gemido, de suyo se reanima

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

el alma y respira el corazón, y por eso llorar es necesidad. Blanca se levantó risueña, recorrió la gruta toda, se lavó el rostro en las limpísimas aguas del arroyo saltador y salió después de tres horas, que á ella le parecieron instantes; porque las consolaciones, en los grandes pesares, aunque sean duraderas, nos parecen más fugaces que los placeres.

Cuando Blanca volvió á contemplar por afuera la gruta, dijo sonriendo: he aquí la realidad de un sueño y una ilusión que es verdad.

Dejó con pena el encontrado asilo, y después de desandar la mitad del camino, halló á su ángel negro, que le sonrió y la llevó á la hacienda.

Desde lejos se oía la voz regañona de la abuela, y se divisaba á María triste al pie del árbol del recuerdo. Cuando esta vio á Blanca, se llegó á darle tiernos abrazos. Creí, —le dijo, — que me habías abandonado, porque no te he visto largas horas. Si mi primo hubiera estado aquí, mi congoja habría sido más intensa; pero, como él está ausente, y el alma es naturalmente amiga de acogerse algunos instantes á la soledad, comprendo que has querido estar sola, con la compañía de tus penas y pensamientos, sin más testigos que Dios, y los árboles y las aves de la selva, que ayudan á meditar, cantando las unas y los otros susurrando con las auras.

—Así es, hermana mía. Déjame que algunos días me entregue á mis reflexiones y tristezas, y después yo te llevaré á un retiro, donde sólo puede expandirse el corazón con libertad y hablarse con Dios en acentos misteriosos y tranquilos.

María volvió á abrazar á Blanca.

Los dilatados meses, que las jóvenes pasaron en Bellaestancia, fueron casi de perenne primavera. Blanca visitaba la gruta casi todos los días, y en ella las horas le eran dulcemente fugaces. En la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pared del fondo, fronteriza á las celosías de flores, había fijado una bella estampa, que representaba la escena del Calvario. Blanca quería contemplar á solas ál Amor que padece. Ella había amado y padecía también. El Amor divino vertió raudales de sangre; porque su predilección fue por toda la humanidad. El amor humano y terreno solamente derramaba entonces llanto de arrepentimiento. Blanca se comparaba con Magdalena, y era natural que estuviese constante al pie de la cruz.

LXVI

Gran feria en Daule

REINALDO, después de su larga correría, vino al fin con su camarada Ño Patiño, y hubo mal recibimiento de parte de Ña Pola, y sustos de Blanca, y recelos de María y alegrías de Violante, á quien parece que reanimaba la bandola del Trovador.

Fueron días de músicas, y de paseos y comidas campestres; porque el amante de Blanca agotaba la fecundidad de inventar placeres y entretenimientos que la cautivasen y la distrajesen. Sabía Reinaldo que la vida muelle y holgazana, en el seno de la abundancia, es el camino más corto y fácil para llegar al colmo de los vedados intentos, y así procuraba multiplicar las diversiones y pasatiempos. Blanca, sin embargo, accedía sólo á lo muy honesto y pocas veces. Soy tu esposa, —le decía sonriendo delante de las dos primas, —y es natural que me ocupe en las faenas domésticas. La frecuente diversión en una casa introduce el desorden, aelimata el ocio, la empobrece, y, en no raros casos, la deshonra. Yo creo que los maridos de mujeres jóvenes deben guar-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

darse mucho de llevar á sus casas, con frecuencia y falta de tino, á ciertos amigos que más tarde les sean causa de pesadumbre y deshonor. Por pura y cristalina que sea una fuente, y aunque esté vedado el beber de sus raudales, los que todos los días se sientan al margen de ella, no pueden dejar de ceder á la tentación de apagar su sed en corriente ajena.

Las palabras de Blanca convencieron á Reinaldo de cuán lejos estaba aún del logro de sus deseos; y y él comprendió la indirecta reprensión por la facilidad con que traía á la hacienda y mimaba al mozo Trovador, cuyos ojos no estaban sino clavados en Violante.

Cuando ésta, el primo y Ño Patiño estaban embebecidos en sus conversaciones y cantos, mientras Ña Pola rabiaba y Ño Topete entendía en las labores del campo, y Eugenio en el arreglo de la casa, Blanca y María cosían, bordaban ó leían útiles é instructivas obras, ó burlando la vigilancia y curiosidad de todos, por entre los rodeos de la selva, para ellas ya tan conocidos, iban á orar y conversar en la gruta. Blanca era como la dueña y ninfa de esa morada, y la visitaba, á veces sola, que era lo más frecuente, y á veces con María.

La primera vez que la llevó Blanca, la rubia permaneció como enajenada de gozo y de sosiego en una soledad que ella nunca había imaginado ni sabido que ocultara la selva. Las dos jóvenes allí, en el silencio de ese retiro, se volvieron á jurar eterna amistad y se dieron palabra mutua de nó separarse jamás, ya les sonriese la prosperidad ó ya las abrumase el infortunio. Bebían del agua cristalina del oculto arroyo, y de las flores hacían coronas que colocaban al pie de la imagen del Calvario. Algunas veces, como ninfas de la gruta, se bañaban en los raudales escondidos, y otras, como anacoretas de una

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tebaida de árboles y verdura, se daban a un silencioso meditar.

En la hacienda, las cuerdas de la laudola del Trovador sonaban ya roncas; en la selva, la música de sus innumerables, alados pobladores, llenaba aires, rocas, espesuras y gruta de vagas, indefinibles y diversas armonías. Allá cañitaban los hombres y acá los ángeles, y allá comenzaba el hastío, y acá no acababa el inocente placer.

Desde que hallaste esta gruta, — le dijo un día la rubia á Blanca, — noto que tu hermosura se ha realzado más y más, y tu rostro embellecido sobremanera á pesar de ese leve tinte de tristeza que sombrea tu frente, como las flores que decoran la entrada de este albergue. Yo pienso también que, como dice Reinaldo, el jugo de las naranjas del árbol del recuerdo te dan robustez y son para tí el néctar y la ambrosía de las paganas divinidades.

— Otros son el néctar y ambrosía, que dan salud y vida lozana, ¡ay! y yo hace tiempo largo que no he gustado de ellos. Ni he comido del pan de los fuertes, ni he bebido del vino que engendra vírgenes, y por eso mi espíritu está flaco y abatido. ¡Ah! María, cuando niña me mecí en cuna de un hogar virtuoso al vaivén de un movimiento suave como el aura que sopla ahora en las llamas de la puerta, y al dulce ro, ro, de una madre, entonces joven y hermosa. Yo, hija de buenos padres, no he debido resultar tan mala y tan perversa. Quien se crió aspirando efluvios de azucenas ¡ay! no debe correr hasta llegar á percibir los vapores metíticos de un lago de cenagosa y estancada corriente.

— No te acrimines, tanto, Blanca mía, ni lleves á la desesperación tu falta. Cierto que fuiste desobediente y no tuviste paciencia para esperar el plazo que te pidió tu excelente madre, á que pudieras en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sarte con mi primo, y por eso estás ahora padeciendo. Ya expiás tu pecado, aunque no has caído en el cieno; te extraviaste por torcida senda, pero no has llegado á derrocarte en el abismo. Esto, en una mujer sola, joven y huérfana, cercada de las solicitaciones de un caprichoso amante, y en poder de éste y casi entre sus brazos, es cosa que maravilla y convence de que la virtud en tales casos, sale de los lindes ordinarios, y se levanta sublime. Lo que te está aconteciendo es casi sobrenatural y prueba que un ángel invisible te ampara.

—Sí, María, ese ángel es enviado por Jesús; pero también aquí tengo dos ángeles visibles.

María se sonrió.

—Esos ángeles son el uno rubio como el amor y el otro negro como el pesar; pero ambos buenos y mis tutelares consuelos.

En estas y otras pláticas semejantes pasaban las jóvenes durante su mansión en Bellaestancia, cuando juntas visitaban la gruta.

Los meses corrieron presurosos, y ya dos estíos vio Blanca recoger en las haciendas las opimas cosechas de arroz, café y cacao, que enriquecían á Ña Pola y su nieto. Vacadas numerosas, potros de generosa raza poblaban las dehesas ardientes de Bellaestancia, y la naturaleza derramaba la abundancia en todas partes.

Se acercaban los días de grande movimiento y regocijo en Daule, á donde, de cuarenta leguas en contorno, afluía inmensa muchedumbre.

Reinaldo quiso que aquella ocasión fuese toda la familia á la pequeña ciudad, en donde se meció la cuna de un gran teólogo y poeta. Ño Patiño fue el encargado de adelantarse á preparar cómodo hospedaje.

Era el mes de septiembre: el invierno no aso-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

maba aún en esas bellas regiones y continuaba un verano plácido y saludable. Corrían auras frescas y vivificadoras, los campos estaban bellísimos, y los huertos y jardines ostentaban toda la variada riqueza de sus frutos y sus flores. La atmósfera estaba luciente con el lujo del sol ecuatorial y perfumada con los aromas que, como un himno de la creación, ascendían desde la tierra.

Cuando la familia de Bellaestancia salió en el bote "Reinaldo" y la chata Blanca, recién fabricada, el río estaba cubierto de innumerables embarcaciones, tan variadas en su construcción como en sus nombres. El río casi desaparecía debajo de esa población movible, y numerosas canoas engalanadas con pabellones de diversos colores, subían unas y bajaban otras, entre gritos de alegría y cantares; y botes y falúas y góndolas, á competencia, en sesgos caprichosos atravesaban la corriente batida al golpear de los remos, ó formaban regatas hasta llegar á la población, á cuyas plantas corre el Daule, limitando así por esa parte, la hermosa plaza.

Cuando llegó la familia de Reinaldo, se veían, junto á la playa algunos pequeños vapores, de donde, como de las colmenas salen las industriosas abejas, saltaban á la orilla gentes de todas edades y condiciones. Sobre la playa, y en calles y plaza, había inmensos y abigarrados grupos, que, uniéndose y condensándose todos, poco á poco, formaban un lago inconstante con oleaje de sombreros, cintas de múltiples colores, cabezas adornadas de oro y perlas, pañuelos, banderillas y estandartes. Aquello era el hervir de un pueblo laborioso, experto, opulento, alborozado. Allí no había ni idea de un gemido ó un dolor; porque todo era animación, saludos, voces de acogimiento, de invitaciones, y músicas, y cantos y ufanía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Los productos de los campos y la industria, los artefactos de distintas y lejanas poblaciones, todo lo útil y lo hermoso, lo que atrae, lo que deslumbra, lo que sorprende, cuanto recrea los ojos, cuanto es grato al paladar se hallaba en la pequeña ciudad, convertida entonces en una como metrópoli del trabajo, y el comercio y el buen gusto.

Era la gran feria del Señor de los Milagros, y lòs había sin duda en la opulencia y en los variados frutos, con que la afortunada zona ecuatorial se ostenta hermosa, abundante, espléndida, y es admirada y bendecida de los viajeros sabios.

También en el templo lucían con esplendidez las fiestas religiosas; porque los pueblos laboriosos y enriquecidos con dilatadas faenas, no pueden dejar de ser adictos al culto de Dios dador de todos los bienes, por más que la incredulidad tenga la irrealizable pretensión de descatolizarlos. Como en las orillas de aquellos ríos crece y se encuentra espontánea la palma, y en los bosques la vegetación pomposa, y en los jardines el rosal peregrino, crece también en el corazón de los labradores sencillos la fé religiosa, y de ahí procede la profusión del oro en las fiestas y devotos regocijos. Los pocos impíos que, de vez en cuando, asoman entre los pueblos costeños, para sembrar el error, son raros por dicha, y se asemejan al árbol de espinas erizadas y al odioso matapalos.

Cuando Reinaldo y los suyos saltaron á la orilla, fueron recibidos de numerosos amigos y llevados, como en triunfo, á la decente y acomodada habitación de Don Arcadio Rocafuerte, hombre generoso y dado á la buena vida, amable y rico, pero de aquellos ricos que han acumulado tesoros, sin defraudar nunca el sueldo del jornalero, ni hacer derramar lágrimas á la viuda, ni oprimir al huérfano. Hom-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bres, como Don Areadio, de sus mismas riquezas pueden hacer motivo de salvación, con sólo alcanzar la continencia y otras fáciles virtudes. Por desgracia, Rocafuerte, caritativo y aun gastador, como Reinaldo, tenía el flaco de este, y era muy apegado, por demás apegado al bello sexo.

Si las dos rubias de Bellaestancia agradaban siempre á los daulenos y los tenían hechizados con su hermosura, Blanca los dejó maravallados, sobre todo á Don Areadio, el cual, dijo para sí: si yo no estuviera ya bien metido en mis setenta años, y si se pudiera comprar una beldad, como se compra una hacienda, le daría al amigo Reinaldo las tres cuartas partes de mis bienes, dejara de ser solterón y me casara con esta ninfa, cuyo aliento hasta me rejuveneciera. A mala hora ha venido esta sirena, para trastornarme la cabeza y darme tentaciones, como si yo fuese mozo de veinte años. Mujeres, como esta, no deben salir jamás de su casa; porque, sin querer, son tentación del demonio y hacen al prójimo mucho daño. ¡Eh! están en mi casa y debo tratarlas muy bien á estas señoritas, sobre todo á la de negra y ondosa cabellera, pero sin fijarme mucho en ella, porque me he de poner inquieto y he de salir de mis quicios.

La tentación de Don Areadio tenía sus razones.

El color de las mejillas de Blanca, medio apagado ya por el clima ardiente, la boca de encendido coral, la frente serena y espaciosa, como que en ella lucía un destello del genio, el largo y rizado cabello, negro y esparcido en derredor del cuello, su talle elegante y airoso y su andar de no estudiada dignidad, le daban la apariencia de una hada fascinadora.

Estaba tan bella y sus ojos, en especial, tenían tal encanto, que los sencillos negros y los guayaquileños y jóvenes que de otras partes concurren á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la feria, la iban siguiendo como atraídos de imán invisible. Los ojos de esta serrana, —decían unos, —no sólo miran sino que hablan y enloquecen. Si los ojos matan, —decían otros, —esta joven debe de ser una insigne asesina. —¡Qué bella!—gritaban en un grupo.—¿Vino del cielo?—preguntaban en otro grupo, y los labios de todos se desataban en acentos de admiración, de alabanza y simpatía.

Reinaldo se puso ufano y aun orgulloso, cuando todos le felicitaban por haberse casado con joven tan peregrina, que más parecía haberla traído de algún edén lejano. En su pecho se renovó el incendio del amor, y en esa hoguera brillaba alguna que otra chispa de ilusión pura y afecto sin mancha. Como en algún agitado y turbio raudal aparecen, para apagarse en seguida, blanquísimas burbujas, en la mente de Reinaldo brotaban pensamientos de amar á Blanca con legítimo amor y hacerla su esposa en realidad.

Blanca que, por las miradas y balbucientes acentos de su amante, leyó lo que pasaba en el interior de éste, porque estaba ya diestra en sondearle, dio, á su rostro, á su voz, á sus actitudes doblados hechizos. Se dijera que, así como en la feria todos ostentaban las maravillas de sus producciones ó industria, Blanca había venido á lucir su belleza y asombrar con sus encantos.

Las mujeres inteligentes y vivaces, cuando ven llegada la oportunidad de agradar, se aprovechan de ella, con tan delicado modo, y gracia, y tino, que no hay por qué maravillarse de que, en pocos instantes, queden algunos mozos embelesados y con el juicio en total trastornamiento. Blanca desplegó todo el lujo de sus atractivos, pero no como la coqueta, para cazar incautos, sino como la virgen casta, como la novia honesta, que quiere poseer de veras

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

el corazón de su prometido. Blanca deseaba aprovechar de los momentos fugitivos en que Reinaldo tenía buenas intenciones y era algo tierno y puro su amor, para arrancarle la formal promesa ó el juramento de que sería pronto su esposa. Estaba la pobre joven en situación de conquistar á su amante, para casarse con él, y así salvar su honor y hacer legítima la unión que anhelaba Reinaldo. Sabía que el calavera era caballero á carta cabal, y que, si le juraba casarse, lo cumpliría. De otra manera todo era perdido. No pudiendo, por vergüenza, rogarle con las palabras, le suplicaba con las miradas y con el ademán que tenía embelesados á cuantos la contemplaban. Muy especiales fueron las circunstancias de la beldad desgraciada.

Los días de permanencia en Daule fueron de bailes y paseos, todo bien prevenido y aderezado por el Trovador, que era mozo de buen gusto, y gozaba de fama en esto de adornar una mesa, y embellecer un comedor, y formar arcos de verdura y gigantes ramos de lindas flores, y ramilletes de odoríferas plantas, y colocar luces con novedad y primor, y disponer los asientos, entremezclando los señores y señoritas de la manera más oportuna y conveniente.

Lo cierto es que, de todo baile los concurrentes salían agradecidos de Ño Patiño, y le aclamaban como el hombre más talentoso para amenizar una reunión. No hay para qué decir que Don Arcadio, como rico y pródigo, y enamorado de la serrana hasta los huesos, era casi siempre, el anfitrión de los convites. Un día, en que estuvo más generoso, dijo á Ño Patiño: yo, con esta quiteña, no soy Rocafuerte sino Rocablanda y desmenuzada. Te digo, Trovador, que si me ofrecieran otorgarme por esposa á la serrana, daría toda mi fortuna, aunque me quedase pobre; porque, para mantenerla, pisaría

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aunque sea lodo, como dicen los mozos que se empeñan en casarse sin tener medio real con que sustentar á la esposa.

En la feria del año de nuestro relato, ya casi al espirar el siglo, todo fue más rico, abundante y espléndido, como que los concurrentes querían, siquiera por algunos días, olvidar los males de la patria, que sufría aún el despótico gobierno de Tarcón, cuya dominación era cada vez más ruda, desconcertada y oprobiosa. Todas las contribuciones é impuestos decuplicados por los insensatos congresos del mandarín, tenían abrumados á los pueblos, y las ingentes cantidades que entraban al Erario no servían para el progreso del país sino para el derroche en ajenas empresas revolucionarias. Esta era la queja que como un susurro cundía en la feria de Daule.

Ño Patiño, además de su habilidad genial en asunto de preparar diversiones, estuvo esos días como lleno de nueva inspiración, por tener contento á Reinaldo y á su cara mitad, como él decía, hablando de Blanca. Sobre todo quería hacerse agradable á la rubia de Bellaestancia, y obrar por ella, si era posible, milagros. ¡Oh! — pensaba en sus adentros, — si yo logro cautivar el corazón de Violante y sembrar en él un cariño loco por mí, me declaro tan potente como Reinaldo, de quien he debido aprender el arte de seducir, en que es consumado artista. Bien es que él tiene, para apoyo de sus seducciones, la del dinero, y yo soy más pobre que el mendigo de Itaca; pero la audacia puede mucho, y el gemido de una bandola alcanza á veces lo que no pudo conseguir la armonía de algunas águilas americanas. Además, como Violante será algún día heredera de los bienes de la cotorra, de la vieja arpía de la abuela, yo no trato de refocilarme sólo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con la nieta, y jactarme de Tenorio, sino de ser marido con la bendición y *conjungo* del cura. Vamos, Ño Patiño, que para los audaces se hizo el cielo.

Así pensaba ó más bien deliraba el Trovador, y volvía á hacer gemir y hablar á su bandola.

Los bailes, invitaciones y banquetes, que otros nobles y ricos del país hicieron á la familia de Reinaldo, fueron fastuosos y repetidos, y tuvieron enloquecida de placer á Ña Pola, con la idea de que no le costaban más moneda que un ¡mil gracias! Por desgracia, como todas las cosas tocan á su fin, y con más rapidez los placeres, la algazara y el bullicio de la feria y de aquellos plácidos días se fueron poco á poco acabando, como se apagan las armonías de una orquesta, el estruendo de un mar embravecido, el incendio de una dilatada selva, y quedan sólo vagos y tenues sonidos, lentos murmullos y algunas chispas y cenizas errantes.

Don Arcadio Rocafuerte no pudo contemplar la partida de Blanca sin sentir estremecimientos y vuelcos en el corazón. Hago cuenta, — le dijo á Ño Patiño, — que me arrancan la mitad del alma y me quitan la vida, llevándose á esta joven más hermosa que el cielo bañado con la luz de mil luceros en una noche serena de estío. Habría deseado no conocerla jamás para no perder quietud y reposo. Lo único que, habiendo tenido la desgracia ó ventura de conocerla, perdería yo de buena gana, es mi fortuna en cambio de ser dueño de esta joven; porque has de saber, Trovador, que á pesar de los setenta años que tengo encima, para querer á esta deidad, todavía tengo bríos.

Las cosas cambian, — contestó Ño Patiño, — y se suceden hechos que jamás uno se imaginó. Pudiera ser que enviude Blanca; porque Reinaldo, hombre metido en política, ha de tomar parte en alguna re-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

volución contra Tarcón, á quien ya detesta. Si esto sucede, pueden meterle en el cuerpo un poco de plomo, y quedar la Blanquita libre y vacante, y, como el dinero es tan poderoso, Ud. puede arrimar la propuesta.

Si para allá me la dejas, perdonármela quieres, dijo Don Arcadio. No sé cómo Reinaldo, que era un Tenorio incasable, se ha casado por fin. Será sin duda, porque encontró una mujer tan linda y tan inteligente como esta. Yo hubiera hecho lo mismo para no envejecerme solterón, cosa bastante fea; porque un solterón no santo sirve de buey de daño en heredades ajenas.

¿Sabe,—dijo Ño Patiño,—que talvez no está casado Reinaldo! Esto se me ha puesto entre ceja y ceja. El sabe mucho en estas cosas, y puede tener engañados á todos los de su familia, á Daule, á Guayaquil y al Ecuador entero. Los Tenorios verdaderos no se casan, Don Arcadio. Ud. mismo ha sido bastante Tenorio, y por eso no se ha casado, y ahora, á la vejez, casi á última hora, sale gimoteando de amor á una muchacha. Sin embargo, Ud. sabrá, cuando dice que todavía tiene bríos. ¡Ojalá! Reinaldo no esté casado.

—Mucho aguzas tu ingenio y tu lengua, Trovador. Lo que dices raya en imposible. Así y todo, bien quisiera que no estuviese casado.

Más largo conversaran, si la familia de Ña Pola no estuviera ya á punto de partir. Dejaron, pues, la grata hospitalidad de Don Arcadio, y se despidieron de él, dejándolo triste, meditabundo y sin palabra, y se volvieron todos á la retirada y hermosa Bellaestancia, llevándose algunos lo que casi siempre suele llevarse, después de los banquetes, donde corrió el vino á raudales: ramilletes, placeres y pudor marchitos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXVII

Desolaciones de Blanca. Una cinta de escarlata.

No Patiño se quedó en su pueblo, y Violante regresó á la hacienda, la cual le pareció entonces muy solitaria mansión, como si fuese reina triste de los bosques ó una ninfa encantada al conjuro de un mágico desapiadado.

Ña Pola y su nieto comenzaron á verificar la división de bienes, y jueces y escribanos, venidos de la ciudad, se estuvieron largas semanas en la hacienda. Reinaldo era muy generoso y su abuela por extremo avara. A pesar de que el joven había sido antes el objeto de las delicias y cariños de la anciana, no pudo obtener de ella ventaja alguna. El amor de Ña Pola se había enfriado casi del todo, y no le perdonaba á Reinaldo el casamiento con una serrana pobre, á quien, ya directamente con trato poco atentó, ya con sátiras y rodeos nada ingeniosos, daba muy malos ratos. El odio, como el amor, cuando rebosa en el pecho, se muestra siempre en los ojos y en los labios, por más que una forzada prudencia trate de esconderlos.

Reinaldo accedió á todas las pretensiones de la abuela, y le concedió cuanto ella anhelaba, para impedir que las dificultades de la codicia retardasen la división de las haciendas. Ña Pola, aunque ya vieja, sentíase vigorosa todavía, y se forjaba la ilusión de vivir cien años cabales. Aseguraba ser esta su resolución irrevocable y su firme propósito, y, para llevarlo á su debido efecto, comenzó á darse una vida más aperreada que antes y llena de privaciones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Mientras se verificaba la división, Violante andaba en los quehaceres domésticos, taciturna y melancólica, y Blanca y María, más unidas con el lazo de su desinteresado cariño, pasaban los días casi siempre juntas, menos en las horas en que la joven quiteña, ansiosa de soledad, acudía sola á su encantado albergue. Salía entonces acompañada de Blandiflor, el leal lebrel, que, como si estuviera enseñado y fuese esa su consigna, quedaba solamente á la entrada de la gruta, sin atreverse jamás á penetrar en ella.

La gruta era el amparo, el refugio, el templo, la ermita, el salón, el gabinete, el kiosco y la morada donde Blanca hallaba consuelos y aun delicias, sobre todo después de las tenaces luchas con la porfía de Reinaldo.

Cuando éste, como resultado de los arreglos con la abuela, quedó de único dueño y Señor de Bellaestancia, la sultana de las selvas, inflamado, aun más que en pasados tiempos, en los amorosos deseos de poseer á Blanca, sin darse por vencido de sus desdenes ni llegar á ser su esposo, sino talvez á última hora, después de la que él llamaba prueba de amor, creyó que la posesión de una hacienda, donde él procuraría vivir solo con la joven, le facilitaría conseguir sus intentos; pero, mientras más seguro y vecino al logro de sus pasiones se creía, mayores eran las dificultades que la vigilancia de María, el cuidado sagaz y prudente de Eugenio, y, en especial, la generosa resolución de Blanca en conservar intacta su virtud, ponían al enamorado caprichoso. Reinaldo pensaba saltar por un arroyuelo de escasas y bullentes aguas, y, al llegar al borde, lo halló convertido en mucho ó insondable golfo de no comunes borrascas.

Un día, en que Ña Pola trató á Blanca con más dureza que en otras ocasiones, y Reinaldo se portó con la exigencia imperiosa de la pasión que no sufre es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

peras, la desolada joven se acogió á su santuario de la selva.

Era el mediodía y el sol estaba abrasador. Blanca caminaba despacio á la protectora sombra del bosque, meditando en su agitada vida y sus peligros, y reanimándose á no desfallecer. Estos árboles dulcemente opacos, cuán hermosos están — decía — y cómo se parecen á las personas piadosas que nos acogen y consuelan y nos dan frescor de vida con sus palabras y bellas acciones. Esto debe estonzarme, porque es lo que María hace ahora conmigo: ella me da, como estos árboles, la sombra que refresca esta mente abrasada y este corazón que dentro del pecho me quema y enloquece de pesar.

Se reanimó más todavía y avanzó.

Blanca era joven de gran talento, y este, con la ya larga serie de infortunios, habíase desenvuelto y adquirido amplitud y solidez. Blanca era mujer de genio en sus altas y ocultas concepciones morales, y buscaba la soledad para gozarse en ella.

¿Qué sería del genio en sus largas vigilias, prolíjos afanes y mal muertas hambres, si en el retiro y la opacidad, que proporciona la desgracia, no tuviera esas fruiciones que entrañan algo de divino? La desgracia es producidora de soberanos pensamientos y el hombre de genio es su hijo mimado.

Blanca, al acercarse á su querida gruta, exclamó: voy á la morada del amigo. El amigo, que más nos ama y es más solícito con nosotras y más compasivo en nuestras calamidades, es sólo .... Dios.

Luego penetró en la gruta.

Al ruido sonoroso del arroyuelo y con la vista de la imagen del moribundo Jesús, al contemplar también á la Madre de las santas esperanzas, cuán bella es aún en medio de su dolor, se soñó unos instantes en la cueva de Lourdes, y después, como despertán-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dose, dijo: Yo también soy aquí una doncella solitaria; pero, como soy pecadora é hija desobediente, la Virgen del amor hermoso no se aparecerá en este sitio, que siendo de suyo tan bello, con su presencia se transformaría en un paraíso ecuatorial. ¡Ah! no soñaré ni me forjaré ilusiones, aunque sean místicas. Vengo á la realidad: la palpo como tocar un trozo de nieve. Odio y amor lascivo me cercan. ¿A dónde acudiré yo, Magdalena de estos bosques? La abuela no me quiere, pobre anciana, á quien no doy motivo de aborrecimiento. ¡Ay! cuán distinta de mi madre: Margarita era carácter de purísima ternura, y de sus labios fluían dulces sus acentos y palabras de consejo, como de esta peña manan las aguas del arroyo. Sí, arroyo, en tí me parece escuchar su voz. ¿A dónde corres? Llévale mis suspiros y las lágrimas con que tantas veces vengo á aumentar tu corriente.

Se puso á llorar y luego exclamó: cómo he cambiado mi tierna madre con una abuela madrastra. Loco amor, amor irreflexivo, amor á un calavera que siente pasión, pero no pureza de afectos, amor tirano, ó más bien maldición, tú me has parado lastimosa y triste presa de las desdichas. En compensación del odio de la abuela, no tengo siquiera el amor y el cariño puros del nieto, del esposo, como él se llama por insultante ironía. ¡Ah! ¿por qué le llamo esposo y miento para engañar á la familia y amigos de Reinaldo, si él no es sino el pretendiente de torpes amoríos? Hasta mi dignidad está vilipendiada. Verme obligada á mentir para guardar mi honor, es acción que me desespera y confunde. Pero no, Dios de los débiles, yo siento que hay en mí un poder de repulsión, y que, cuando mi amante me solicita é importuna, le acobardo y rechazo. Esto, como dice María, en una doncella pusilánime, es sobrenatural,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y debe darme vigor y pujanza morales, para vencer ó saber morir, pero nunca rendirme.

Desahogada la joven de la afluencia de sus congojas, se lavó el rostro y, al salir de la gruta, vio delante una cinta de escarlata. ¿Quién podría haberla dejado allí? María no usaba esas cintas ni atavío alguno, desde que las flores del campo eran el único adorno de su rubia cabellera. Cuando Blanca quiso recoger la cinta, ésta se movió, ondulándose, y luego se irguió como irritada; pues era un finísimo coralillo. La joven, palidecida, retrocedió: el reptil quería deslizarse adentro, pero el lebrel se lo impidió, y con sus ladridos atronaba la selva. Blanca, con los cabellos erizados, veía la lucha de los dos animales, cuando sintió que corriendo acudían su ángel rubió y su ángel negro.

Has pasado aquí más horas que las que acostumbras, —dijo María, — y, al oir el repetido ladrar de Blandiflor, vengo con Eugenio á ver qué pasa: perdónanos, hermana mía.

Blanca pudo ya hablar. No te acerques,—le dijo;— porque aquí está una culebra que silba y se yergue airada. Mírala; que el lebrel la vuelve á ladrar. Retírate ¡por Dios!

Eugenio se acercó, riéndose. María quedó á alguna distancia sin mucho temor.

¡Aléjate! —gritó Blanca á Eugenio — Temo por tu vida.

—No tenga tanto miedo Su Merced,—contestó el negro.

Con la punta de un bejuco dio á la culebra certero golpe en la cabeza. El animal, empinado, onduló en el aire y cayó muerto al instante. Parecía cinta de rosa, que iba apagándose y perdiendo el color.

Yo sería capaz de creer, dijo el matador, que este animal es el mismo demonio, que ha venido á ten-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tar á Su Merced, viéndola tan bonita como nuestra madre Eva.

María rió mucho con la ocurrencia de Eugenio, y la serenidad de éste se comunicó á Blanca, que recobró ánimo, y regresó alegre en medio de sus dos genios tutelares.

Cuando Lorenzo Muro supo el acontecimiento, pero no el paraje del suceso, manifestó pena de que la culebra hubiese muerto antes de hincar el diente en el cuerpo de la doncella. Hay almas tan inicuas, que si no fueran espíritus, manarían en podre y gusanos asquerosos. El negro creía, sin fundamento alguno, que las esquiveces de la Calandria eran aprobadas y aplaudidas por Blanca, y se le puso que el amor de la negra á la joven serrana, era verdadero obstáculo para que él pudiera conseguir sus fines. Además, con los continuos regalos que, en dinero y especies, le hacía Reinaldo, dándole al mismo tiempo palmaditas en la espalda y asegurándole ser él el criado de su preferencia, Lorenzo llegó á insolentarse y ponerse insufrible con los demás peones. Aunque en confuso, él tambien malició que su patrón no estaba casado de veras, ya que le había dado la consigna de observar lo que pasase entre María y Blanca, debiendo avisarle cuando ésta quedara completamente sola. Aunque Muro veía y confesaba que Blanca era mujer de rara belleza, la odiaba envidioso. Así los espíritus malignos de Satanás y los suyos admiran y aborrecen á los espíritus felices del cielo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXVIII

Otra vez en Castalia. La primera carta á Margarita.

Después de dilatada permanencia en Bellaestancia, que fue ya sólo la hacienda de Reinaldo, Ña Pola quiso volver á Castalia, campo de su propiedad y terminar allá los arreglos. Se hicieron las prevenciones necesarias y llegó el día de partir. Ño Patiño no faltó para amenizar el viaje, el cual fue en un día de sol abrasador, y tan grande el bochorno, que ni las conversaciones de Reinaldo ni la bien templada baudola del Trovador hicieron grata la navegación.

Blanca era navecilla azotada por encontrados vientos: le parecía felicidad alejarse de Bellaestancia, lugar oportuno para las pretensiones y acometidas de Reinaldo, que tanto la habían fatigado, y al mismo tiempo creía una gran desdicha abandonar su gruta *edénica*, donde grandes consuelos, reflexiones y dulces pensamientos había tenido, y tantas esperanzas halagado su fantasía, á pesar de la experiencia, todavía soñadora, por la ilusión que todos tenemos de ser felices aunque sea siquiera dos horas en la vida.

Blanca dejó á Bellaestancia, llorando, y, al perder de vista el árbol de las grandes y sabrosas naranjas de oro, el confidente también de sus penas, sintió el pesar que causa en nuestro corazón el apartamiento de un sér querido.

También Reinaldo, sin advertirlo, volvía triste, y ya entre los rizos negros le asomaban algunos cabellos blancos como las flores del almendro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando todos llegaron á Castalia, sintieron hallar la hermosa hacienda tan triste como una virgen abandonada; pero pronto la alegre voz de María, las armonías del piano de Blanca y la bandola del Trovador le dieron el contento de pasados días.

La Calandria abrazó á Blanca y María, llorando, y Bartolomé y Marta dijeron que su hija en ausencia de las dos, como una ave durante el tiempo de la muda del plumaje, no había cantado ni una vez, ni querido trabajar ni comer sino siempre llorando.

—¿Por qué no fuiste á Bellaestancia? — le preguntó Blanca á la negrita.

—Poque con Su Merced fue el gallinazo que me quiee comé como si fuera yo su cane motecina. Su-Mercede me han de ampará.

Las dos jóvenes comprendieron la causa del temor de la negra y presintieron que algún caso siniestro la amenazaba.

Blanca se consoló un poco hallando las dos palmas del río, más verdes y hermosas. Volvió á ellas como al hogar de amorosas amigas y María la acompañó, como antes, en la lectura y conversaciones que tan gratas le eran á la sombra. Blanca, sin embargo, al acordarse de la gruta y de el árbol de las naranjas de oro, lloraba con frecuencia.

Habían transcurrido ya tres inviernos y comenzaba el cuarto, sin que la joven quiteña supiese nada de su madre Margarita. Cuando suplicaba á Reinaldo que le permitiese escribir, éste, con galanterías y pretextos, eludía el complacerle. El negro Muro estaba también advertido para que descubriese si Eugenio ó la Calandria llevaban cartas á la estafeta de Daule.

Blanca, con los recuerdos del amor á su madre y la carencia de sus consejos y cariños, se apenaba más,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y ansiedades y angustias le lastimaban sin cesar el corazón.

Yendo una tarde con María á descansar junto á las palmas del río, su lugar de respiro y recreo, hermana mía, le dijo, aun no te he comunicado una resolución y, sin comunicártela, no la llevaré á efecto. El temor de descubrir á mi buena madre la triste esclavitud á que me veo reducida, y desconceptuar á Reinaldo y acriminarle por su engañoso proceder, y la dificultad de escribir con algún secreto, me han obligado á no enviarle siquiera una breve carta. Pero medito ya en que es una prudencia mal entendida y cruel para con ese sér, que sin duda me llora todos los días y pasa una existencia de martirio. Una separación ignorada, sin que pueda saberse el lugar dónde vive ó ha muerto una hija, dónde está el pedazo de corazón, que le arrancaron de su seno, debe ser para una madre un inacabable tormento. Me confieso culpada de esta crueldad, aunque algunas ocasiones he pedido á Reinaldo permiso para escribir á Margarita, y él, con rodeos, me lo ha negado. Aun de las aves que emigran de nuestros campos, cuando ya se alejó el verano, y levantan el vuelo y se pierden en el espacio, se sabe á qué otro clima van á pasar el invierno, y, con todo, se tiene pena de las viajeras, cuando se las ve emigrar en bandadas que ennegrecen el aire. Sólo mi madre, mi Margarita, ignora mi paradero. ¡Oh! María, aconséjame lo que debo hacer y cómo debo escribir á esa criatura desolada. Tú comprendes que Reinaldo tiene en Lorenzo un perpetuo centinela de mis acciones, y que apenas éste barrunte que he escrito á mi madre, se lo comunicará á su señor. De día es imposible que yo escriba, porque me observan cien ojos, y, de noche, me sorprendería el mismo receloso Reinaldo. ¿No digo verdad al llamarme esclava?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No te desconsueles, —respondió la rubia— ¿Dime qué quieres decirle á tu madre, cómo deseas expresarte?

—"Madre del corazón, si yo soy el tuyo, perdóname; porque con los hijos no se ejerce la venganza. Soy vuestra hija desobediente, pero no desamorada. ¡Ah! no, no lo soy, os lo juro mil veces. Aquí, al lado del que se llama mi esposo, en unión de una prima suya, que es todo mi consuelo y mi cariño, estoy llena de abundancia, y de vida y de salud. Sin embargo, al considerarme sin vos, todo se me vuelve pesar, y se me anublan los ojos con la ilusión de contemplaros, y se enronquece mi voz, cuando, en el silencio de las selvas, salgo á llamaros, como si pudierais escuchar mis acentos. ¡Ah! madre adorada, poned la mano sobre vuestro tierno corazón, y, si él os palpita tristemente, y os dolóis de vuestra hija, escribidme y contestadme esta carta. Si tengo la seguridad de que ella ha llegado á vuestras manos, os escribiré largamente, algo como un memorial ó historia de mi vida desde que me separé de vuestra dulce compañía. Nada ignoraréis. No me negúis que vea letras de vuestra mano y que las bese llorando.

Vuestra BLANCA ROSA"

—Esto quieres decirle, Blanca mia?

—Esto sólo por ahora.

—Pues tenlo por dicho, y escrito y enviado á Quito.

—¡Qué ilusión!

—¡Qué realidad! Yo me encargo de escribir la carta, tal como te ha dictado el corazón y me la has repetido ahora. No te quedará sino el firmarla, cosa que podrás hacer en un instante, sin que nadie lo advierta. Quédate aquí, entre nuestras palmas, los úni-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cos testigos de nuestro inocente plan, y yo corro á escribir al momento, sin que nadie alcance á sospechar lo, pues estás tú á la vista de Reinaldo y el paje espiador.

—Corre, hermana mía. ¡Oh! soledad, consejera muchas veces de lo conveniente, deleitable y dulce. Allá, en Bellaestancia, mi amada gruta de flores, y aquí en Castalia, mis queridas palmas, y dondequiera mis ángeles rubio y negro, me están enseñando cuán solícita y amorosa es la providencia de Dios.

María fue á ocultarse en su gabinete y Blanca quedóse meditando.

LXIX

Un matrimonio de negros.

La carta fue escrita y enviada por María con el secreto más feliz, sin intervención alguna de Blanca. Cuántas veces la esperanza sola de un bien basta para reanimarnos, tener regocijo y cantar.

En aquella época hubo en Castalia un matrimonio de negros, en cuyas bodas fue madrina Blanca y padrino el Trovador de Daule. Todas las gentes de la hacienda y de las vecinas heredades asistieron al prolongado jaleo de las nupcias que fueron muy aplaudidas y democráticas; porque en ellas, con rigurosa y práctica *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, amos y criados, patrones y jornaleros, estuvieron juntos en el salón, en la mesa y en el baile, con alegría, algazara, confianza y entusiasmo.

Rosario, la novia, mulata de color claro, esbelta y de agradable fisonomía, formaba contraste con Manuel, el novio, negro como un cuervo y chico, y por extremo chato de narices; pero vivo, perspicaz y honrado y más jóven que la desposada. En lo de ro-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

zar bosques y cañaverales era, como decían sus compañeros, el *primer machete* de Castalia y las haciendas aledañas.

Rosario estaba vestida de blanco, y lucía en el ensortijado cabello, orejas, garganta y brazos, respectivamente, peinetas, pendientes, gargantillas y brazaletes de oro. Entre las de su raza aparecía como una reina. Manuel vestía chaleco y pantalones de color blanco, relucientes como un espejo, como que eran aplanchados por la misma novia, y ostentaba una chupa negra como el cutis del dueño.

El holgorio fue largo: tres días mortales para amos y sirvientes y cinco más para sólo los últimos ó sea para el *concho*, según un bárbaro modismo ecuatoriano, cuando se quiere significar que, después de la diversión principal, se comen y beben, al siguiente día, los restos del banquete, como si dijéramos, se apuran hasta las heces. No cesó la incansable marimba sino en los ratos precisos, en que Ña Pola y Ño Topete, Violante y Eugenio, Reinaldo y la novia, Blanca y el novio, Ño Patiño y María y todos, en variación incesante de parejas, bailaban con primor la cueca al són de castañetas á la española.

—Nadie se me escapa, —dijo el novio, y, á la fuerza, bailó la Calandria con Lorenzo Muro, y, sin resistirse mucho, hasta Ña Perpetua con No Topete, y Bartolomé con María, y Reinaldo con Marta, la más vieja de toda la vecindad; porque el baile convertido en locura, no respeta ni edad ni dignidades, y tiempo, hubo, por dicha ya remoto, en que tampoco tenia miramiento con sotanas y cerquillos. El baile es una de las locuras ó frivolidades más perdonables en la vida, se entiende, cuando las pasiones, inflamadas con el vino, no hacen de las suyas, cosa algo difícil y rara y que puede pasar por fabulosa.

Blanca y María eran las princesas de la boda, y,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con su amabilidad y largueza, la hicieron variada, bella y respetuosa. Era preciso pagar al novio el difícil servicio de haber franqueado y puesto en el correo la carta para Margarita, burlándose del negro Muro y de la perspicacia y malicia de Ño Patiño. La madrina, siquiera á ratos, estuvo, por eso agradecida y alegre.

Solamente para Ña Pola no fue muy completa la fiesta; pues, á la fuerza, tuvo que regalar á los novios, sus leales vasallos, una media damajuana de aguardiente y veinte libras de arroz. Por lo demás, excusado es contar que los gastos fueron de parte de Reinaldo, que quiso dejar avante y lucida á su esposa. Esta, viendo el contento y la celebración de la boda, tuvo ciertamente alguna envidia, no porque anhelase ya tener marido, sino por el deseo de salvar el deshonor que la amenazaba, el día en que apareciese la realidad de las cosas.

María comprendió el pensamiento de su prima política, y, aprovechando de la oportunidad, asió del brazo á su primo, y le sacó á bailar un vals, tocado por Blanca en el piano, la cual, adivinando lo que intentaba la rubia querida, arrancó al instrumento sonidos que enloquecieron á Reinaldo.

—¿Oyes esa música inspirada por el amor que te profesa Blanca?—dijo María á su primo mientras bailaban.

—Está arrebatadora.

—Por agradarte á tí ha festejado bien á tus negros.

—¡Qué buena es!

—¡Muy buena!

—Por extremo.

—Tienes razón en decir por extremo; porque en la condición, á que la ha reducido tu capricho, ella debía aborrecerte, y, sin embargo, te ama y espera.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Que espere .... pudiera ser que me resuelva á doblar mi cuello al yugo que odio de veras, y á buscar mi cruz, como oigo decir á algunos casados.

—A los ruines, sin duda, á esos que, pudiendo hacer de su esposa, una diadema de amor y de gloria, la miran como á pesado leño. Tú también, cuando robaste á Blanca, no la verías como cruz de tu camino sino como corona de tus amoríos de Tenorio. Si lo primero, fueras un tonto; porque nadie ama lo que pesa y fatiga, y, si lo segundo, que es lo cierto, eres un hombre desapiadado, y cifras tu gloria en vencer la resistencia de la joven más pura y sublime en resistir á tus pecaminosos intentos .... Lo que es mérito y virtud te parece á tí capricho y obstáculo, Reinaldo.

—Así es la verdad, te diré, como solía decir un viejo infame de Quito.

—Tú también lo serás, si no remedias la suerte de Blanca y no te casas con ella. ¿Dime no te da envidia de ver la legítima unión y el gozo de estos pobres negros?

—Pues, con franqueza, sí.

—Sí, primo, porque ellos también, á su modo, sienten la fruición del amor honesto, y permanente, y bendecido de Dios, y bien mirado de los hombres, y saben que el amor furtivo sólo tiene las maldiciones del cielo y la murmuración de la sociedad escandalizada. ¡Qué vergüenza! Reinaldo. Los negros te están dando una lección. Aprovéchate de ella.

—Yo me aprovecharé, prima, cuando tenga certidumbre palpable del amor de Blanca.

—¿Y lo dudas ó finges dudarlo, cuando la ves aquí! Yo, que estoy en los secretos de ella, sé cuánto te ama. Me choca mucho ese *palpable* que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

salió de tus labios. Si llegas á ser esposo de Blanca, la herencia que yo tenga, será tuya y de ella, y mi corazón también tuyo y de ella.

—¡Gracias! buena prima ..... pensaré. Dile á Blanca que me siga amando, y espere.

—¿Le darás palabra de ser su esposo?

—Se la daré después .....

Reinaldo dejó de bailar y colocó á María junto á Violante, que acababa de bailar con Ño Patiño, no sin que faltasen los refunfuños de Ña Pola y un *mala tos te sienta* de Ño Topete.

Blanca, sin que nadie se lo pidiera, tocó y cantó un epitalamio de Miguel Moreno, que ella aprendió de memoria, siendo niña, y después entonó las estrofas de *Quejas* de la malograda Dolores Veintimilla, con acento de tanto dolor que, Reinaldo salió afuera para respirar y, á solas, *lloró en ojos de hombre*, como dice entre nosotros la gente plebe.

Pasaron las fiestas del matrimonio de Rosario y Manuel, y todos volvieron á sus ordinarias ocupaciones

Cuando Ña Pola, en Castalia, se disponía para remitir á Guayaquil una gran parte de la cosecha de cacao, además de los mil quintales que antes había remitido, sucedió que una tarde, al despachar la carga, reunida la familia en la playa del Daule, desde donde la llanura se dilata bajo un inmenso horizonte, se vió de repente un celaje extraordinario.

LXX

Señales de un gran incendio.

Primero apareció una enorme serpiente de fuego en el espacio, la cuál fue prolongándose más

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y tomando dimensiones colosales, y extendiéndose por toda la esfera, que dejó inflamada. El firmamento reverberaba con llamas flotantes, y el éter brillaba encendido, y la lumbre rojiza bañaba en sus colores árboles, dehesas, esteros y ríos.

Algún raro suceso pasaba esos instantes, cuando, con sublime aparato, parecía encenderse el cielo y se iluminaban aun los obscuros senos de las selvas.

Leves y blancas cenizas arrebatadas y traídas por recios huracanes, que soplaban del lado de Guayaquil, anunciaron un fenomenal incendio.

La expectación de los habitantes de Castalia, de Daule y toda la comarca era angustiosa y terrible, y todos anhelaban por saber de qué desgracia eran anuncio las cenizas desventuradas, que como manto gris, iban ya cubriendo los bosques y sabanas.

El Ecuador estaba entonces en el lleno de sus infortunios: hambre, desolación, guerras fratricidas, crímenes y brutal tiranía, como pestes asoladoras, se extendían por dondequiera, y la calamidad ensanchaba su ominoso imperio.

En vez de esperanza de bien, sólo se aguardaban mayores males, y así nadie dudó de que un acaecimiento espantoso conmovía á la ciudad de Olmedo.

Los temores se cambiaron en realidades: las noticias siniestras, que parecen correr con la rapidez de los vientos, llegaron pronto con el pavor de las imaginaciones amedrentadas, que suelen ver y pintar los objetos con mayor intensidad y grandeza de lo que son en verdad.

Pero en aquella ocasión la hipérbole era efectiva y cierta, y el suceso horripilante y doloroso. *La Perla del Pacífico*, como una vestal ó virgen

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

del sol; manchada de impureza, ardía en vivas llamas.

Guayaquil toda era una vasta y colosal hoguera. El fuego, en forma de rojas y crepitantes lenguas, se esparramaba en todas direcciones, y era rojo el aire, roja la ciudad, y rojo el Guayas, cuyas ondas iban rodando como si fuesen las de los ríos que el Dante y algunos contemplativos han mirado en las regiones del dolor.

Aquel día y aquella noche pavorosa parecían los últimos de la tierra, y muchos creyeron que se acercaba el fin de las edades.

Plañidos, clamoreos, voces de desesperación, acentos de dolor, gritos de socorro, alientos de esperanza, expresiones de furor, palabras de despecho, blasfemias, estólidas maldiciones, súplicas, ruegos, votos, plegarias, quejidos y promesas, todo en confusión horrenda, según eran impíos ó creyentes los desgraciados, ensordecía la esfera, formando á lo lejos un solo murmullo, como si el océano se hubiese enfurecido en toda su extensión.

Hubo víctimas que perecieron ó en el oleaje de las llamas ó ahogadas en las ondas enrojecidas del río, y no faltó quien inocente expiase ajeno pecado.

Esos mártires del bien público, los héroes de la caridad y el deber, los voluntarios adalides en la calamidad, los atletas del incendio, que se olvidan de sí mismos para salvar á los demás, los abnegados bomberos, ahí se estaban, luchando contra el voraz elemento, que los cercaba con remolinos candentes. Muchos de ellos, como los antiguos campeones, sin dejar el arma, cayeron contusos, heridos, destrozados, muertos. Algunos perecieron en las llamas y consumieron así la heroicidad de un sublime sacrificio.

¿Qué casualidad ó suprema desventura aflige y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

contrista así á la reina del Pacífico, á la hija mimada de las ecuatoriales playas? ¿Expía algún fatal error? Cierto que ella, como engañada ninfa, soñando en ilusiones de libertad y grandeza, se arrojó inconsciente en los brazos de un sátiro y le entregó su albedrío, y hechizada por el torpe amante, que ella misma llamó de lejana región, lo encumbró al pináculo del poder. Sin embargo, tan funesto extravío fue casi común á todo el país, y pasó como una epidemia de fugaz insensatez, fecunda en males, lágrimas y desengaños.

¡Ah! no: manos criminales traen sin duda la tea de los incendios. Bandidos enemigos de la humanidad, envidiosos de la opulencia y hermosura de la sultana de las costas, van allá para destruírla ó por lo menos afearla.

Destruída Guayaquil, la desolación, el duelo y el pesar se extenderían sobre todo el Ecuador, y él, como padre sin su hija predilecta, quedaríase pobre, entristecido y silencioso.

No sus propios hijos sino verdugos extraños talvez son los que incendian la ciudad del gran Poeta. ¿Lograrán el intento de reducirla á pavesas? Guayaquil vuelve á levantarse ufana de entre sus propias cenizas, y, como la selva frondosa, que encendió el leñador, con lluvia benéfica de trabajo y constancia, se torna á vestir de ramas, y hojas y frutos, y verdeguea y comienza á lozanear más que antes de su destrucción.

Pueden los malvados destruír las casas y perjudicar el comercio de la opulenta ciudad; pero jamás cegar el inagotable venero de sus riquezas; porque la feracidad de sus tierras y la fecundidad de los campos que la cercan y le rinden producciones, que se convierten en oro, no pueden ser aniquiladas con el fuego.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿Y el incendiario, y el verdugo de todo un pueblo, ha de quedar impune? ¿Y la pena de muerte para el que tantas muertes cause en un país, y la destrucción de la vida de quien quite tantas vidas y empobrezca tantas familias, se llamará barbaridad y terror? Los que, olvidándoos de las víctimas, os compadecéis del victimario, y, mirando en los aires el rumbo que lleva el gavilán, no queréis ver la paloma que yace muerta á vuestros pies, id y ponderad alguna vez los horrores de un incendio en Guayaquil.

Aun después de muchos días, humeaba la ciudad, y vastísimos espacios de suelo ceniciento ó negro, como inmensos crespones tendidos sobre gigantes cadáveres, dejaban en el corazón del observador indecible pena y pavura.

La familia de Castalia, que tuvo grandes pérdidas por las especies quemadas en los depósitos de Guayaquil, se vio obligada á dividirse para resarcir daños y atender al trabajo de las dos haciendas, ya divididas entre la abuela y el nieto. La Castalia y los caudales, á crecido interés colocados, tocaron á Ña Pola, que aun se quejaba de perjuicios y se jactaba de su generoso desprendimiento en favor de Reinaldo, dueño sólo de Bellaestancia y sus espaciosos bosques, y dehesas y amenísimas huertas.

A los dos días del incendio, Ña Pola con Violante partió á Guayaquil, para conocer las pérdidas que había sufrido, y Reinaldo, Blanca y María volvieron á Bellaestancia. Ña Pola fue con la cabeza casi perdida de rabia y despecho por el menoscabo de su inmensa riqueza, y temía ya que con tal fracaso no se completasen los cien años de vida que se propuso cumplir. La codicia no conoció jamás esa suave resignación que tempera

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

las angustias del corazón y aquieta el alma, y se llama conformidad con los designios de Dios, y es una de las más meritorias virtudes.

Reinaldo pretendió llevar sólo á Blanca, y eludir, diestra y suavemente, el que los acompañase María, pero todos sus intentos fueron vanos. María, con su delicada amabilidad y con el desinterés que mostró ofreciendo hacer á su primo donación de cuanto ella heredase, consiguió de Reinaldo cuanto quiso, supo cautivarlo y dejarle agradecido, admirado y respetuoso. La inteligencia y virtud de la rubia le avasallaron, y deseando él separarse de su prima, no acertaba ya á alejarse de ella. No sólo María partió para Bellaestancia sino que llevó al buen Eugenio, á quien Reinaldo había ordenado severamente que en aquella ocasión se quedase y fuese, en lugar de él, Lorenzo Muro. Pocas palabras bastaron para que María hiciese mudar de resolución á Reinaldo.

Quiero—le dijo,—que esta vez sólo tres seres leales y amantes tuyos te acompañemos: la que es y será tu vida y los que por tí podemos también dar la nuestra: Blanca, Eugenio y yo te seguiremos. Si amas á los que te amamos, es natural que no nos rechaceis.

Reinaldo abrazó á su prima y accedió á cuanto la rubia quiso. Placer y contradicción sentía al mismo tiempo: complacíase de ver que le amaban y de que María fuese para él una persona desinteresada, adicta, inocente y amable, y Eugenio un paje de nunca desmentida virtud; pero le contrariaba la idea de que los dos serían un obstáculo para el logro de la ilusión y el capricho de rendir la heroica resistencia de Blanca. Con todo, creyó que, como dueño y Señor absoluto de la beldad quiteña, al fin nadie le impediría su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

plena posesión, cuando él se resolviese á mandar como un sultán en su imperio y le fuese ya imposible poner freno á sus antojos.

Castalia volvió á quedar triste como una hermosa y solitaria cautiva. La Calandria quedó otra vez llorando y al despedirse dijo á Blanca: Su Mecé va á sé felí y yo desventuraa; peo la quieo tanto, que, en cambio de que mi Niña sea mujeé de felicidá ofreco yo mi mema vida.

Blanca se enterneció: las palabras bozales y entrecortadas de la negra, brotaban como arroyo cristalino del fondo de un obscuro manantial. La verdad del amor es consoladora. Si Reinaldo me amara como me ama esta negra,—dijo para sí,—sería yo ciertamente feliz.

Ño Patiño acompañó á Reinaldo y á las jóvenes, y, con Eugenio y tres remeros más, la chata *Blanca* se deslizó aguas arriba del Daule, en una mañana bellísima, cuando también subían muchas embarcaciones y un pequeño vapor con dirección á Daule; porque se acercaba otra vez el día de la feria y fiesta anual, que fue entonces no muy concurrida ni alegre á causa del pasado desastre de Guayaquil; porque todos estaban consternados y tristes.

Si la madre está en desolación, los buenos hijos lloran como propios sus pesares. Justo era que Daule y otras poblaciones guardasen el duelo por las calamidades de la opulenta capital de la provincia.

Reinaldo y su familia, al paso para Bellaestancia, visitaron á Daule, donde fueron bien recibidos y se detuvieron cuatro días sin los banquetes ni festejos del año anterior. Todas las coversaciones se redujeron entonces á lamentar las desdichas de Guayaquil y la situación lastimosa de to-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do el Ecuador. Hubo poco movimiento comercial, la fiesta del Señor de los Milagros fue menos pomposa y todos pagaron tributo al reciente pesar. Hasta las márgenes del río y sus bellezas, que antes tuvieron tantos hechizos para Blanca, le parecieron entonces melancólicas; porque nuestra mente reviste los objetos, que contempla, dándoles luces y colores, según los pensamientos que nos dominan, las penas ó placeres que sentimos y los movimientos que agitan el corazón.

Don Arcadio Rocafuerte estaba entonces ausente, y después, cuando Ño Patiño le contó el regreso de Blanca y que ésta estuvo más linda y hechicera, el viejo arrepentido de su ausencia, como si hubiese cometido un pecado de omisión voluntaria, hasta lloró como muchacho. El amor, á los setenta años, tiene mucho de niño y de ridículo, con perdón de los solterones.

Blanca conocía que se acercaban para ella las últimas luchas morales en Bellaestancia y las postreras batallas, en que era preciso ceder ó triunfar del todo. Se despidió, pues, tristemente de los amigos de Daule y de Ño Patiño, á quien esta vez Reinaldo no invitó para que los acompañase á Bellaestancia. Blanca y María presintieron que aquel mozo estaba loco por la rubia Violante y auguraron un desenlace poco agradable á la familia.

Durante la navegación las dos jóvenes conferenciaron sobre la conducta que observarían para con Reinaldo y para dar, al fin, solución á un amor convertido ya en desasosiego y torturas continuadas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXXI

El arroyo se despierta. La plegaría de Blanca.

Cuando llegaron á Bellaestancia, después de una noche alternada entre cuidados y temores y ensueños de felicidad, tras ese insomnio que á ratos es tormento y á ratos ilusión, Blanca, al día siguiente, con su leal Blandiflor, corrió desolada á su gruta, como cuentan que la hermosa pecadora corrió á la cueva donde yacía el muerto divino Amor.

Blanca llegó al asilo encantado, cuya puerta de lianas y enredaderas estaba más densa y florida, más fresca y sonriente. Se dijera que un ángel la había custodiado; porque era una de las entradas del edén.

La joven entreabrió las ramas y penetró en el fondo. Un nuevo horror misterioso, pero al mismo tiempo grato, se apoderó de ella, como si antes no la hubiese conocido y morado en su interior. La silla de piedra estaba fría, y reinaba profunda calma, como si allí no existiese el mundo. Las microscópicas florecillas blancas, que á modo de menudas perlas, matizaban el verde musgo de las paredes internas, se habían multiplicado prodigiosamente. Era aquello un pedazo de cielo estrellado dentro de la selva.

La imagen del Calvario, fijada en la peña, parecía más triste y lastimosa, y el armonioso murmullo del arroyo había callado. El arroyo estaba mudo.

Blanca lloró.

Después de larga ausencia, siempre encontra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mos materia suficiente para el pesar, ó seres que han muerto, ú hogares que han caído, ó amigos en desgracia, ó esperanzas que han pasado ó ilusiones que han huído.

Blanca, con su rosado pañuelo de fina seda, limpió el polvo de la estampa del Calvario, y, una araña rosa que, al rededor de la imagen, había tejido sus casi invisibles estambres, huyó apresurada dejando á Blanca medio asustada. En un silencio profundo hasta el revolar de una mosca sorprende.

Después acudió solícita á la cavidad de la roca, de donde manaba el arroyo entonces silencioso, como se acude á ver si un sér querido respira ó está muerto, y halló que el arroyo, con el dique de una piedra desprendida, estaba medio estancado y adormecido, y que las aguas corrían apenas por debajo de la gruta para salir de ella. Apartó la piedra y sacó las rosas, y yerbas y el musgo que emperezaban la corriente y, á pocos minutos, tornó el raudal á gemir arrastrando las piedrezuelas blancas. La joven se reanimó, sentóse en la silla de piedra, estuvo largo espacio atenta y luego exclamó: Sí, el arroyo gime, yo también he vuelto para gemir. ¡Oh! Dios, cuántas nuevas desdichas me aguardan. Yo presiento, Dios mío, que aun me daréis algunos días de martirio. ¡Ojalá! la prueba, aunque terrible, no sea muy larga. Duélete de mí, Señor, y mira á tu segunda Magdalena en su gruta de lágrimas, y, si no es dable que te aparezcas á mí, en traje de peregrino hortelano de estos hermosos alrededores, sopla en mi frente tu aliento divino, y me verás triunfar, y me llamaré la doncella del amor y del arrepentimiento. Magdalena, porque mucho amó, llegó á santificarse, y yo, porque amé mucho, pe-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ro no con amor divino, estoy desgraciada. Oyeme y dáme aliento, Señor.

Blandiflor, que había estado á la entrada, callado, dio un suave ladrido, y Blanca interrumpió su plegaria. Conoció que María ó Eugenio estarían á lo lejos esperándola, como solía acontecer, cuando ella se demoraba en el retiro de la gruta. Salió sonreída y, después de doscientos pasos, llegó al lugar en que la aguardaba María.

Es ya hora de tomar alimento—le dijo ésta,—y tú te has dilatado en tu agreste santuario. Reinaldo pregunta por tí, y, de temor de que salga á buscarte, y descubra tu amado albergue, me he adelantado á venir. Eugenio lo entretiene, dándole cuenta de lo que ha observado en los cañaverales y con otros pretextos.

Vamos, mi ángel rubio, — dijo Blanca. — He conversado con Dios, y visitado mi gruta y despertado el arroyo que dormía. Estoy algo contenta; pero me horripila la idea de los combates y peligros que me aguardan. María, duplica tu solicitud, ruega á Dios; que el ruego de una alma pura es paloma viajera, que tiende el vuelo al cielo, para volver con la oliva de la paz y el laurel de las victorias.

— Ya sabes, hermana mía, que todas las ternuras de mi corazón para tí serán siempre. Yo contigo viviré y por tí haré gustosa cualesquiera sacrificios. El verdadero amor no tiene límites en la abnegación. Estando aquí Dios, ya apiadado de tí, y tu hermana, que nunca te abandonará, no puedes tu sucumbir. Además, si tú misma te has mostrado fuerte en las batallas contra el amor caprichoso y antojadizo de Reinaldo, es natural que sabrás perseverar hasta el fin. El, viendo la imposibilidad de llevar á cima sus intentos, ad-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mirado y rendido á tus plantas, te dará mano de esposo. Aun los libertinos, aun los incrédulos, á su pesar, admiran la virtud y ven que ella no es como se cree un vano nombre.

—Así es, hermana mía. Como el arroyo de la gruta tiene armonías, que me hablan al corazón, el bosque auras refrescantes, las aves cantos, la noche estrellas y el día resplandores, tienes tú para mi palabras consoladoras, consejos suavísimos, y yo veo en tí un verdadero ángel en la tierra. ¡Ah! yo creo que, cuando la amistad llega al último ápice de su perfección, es y debe llamarse angelical.

—Tú, Blanca, eres más bién ángel, bello y dulcísimo, aunque melancólico como un ángel de dolor. Sin embargo, el tuyo llegará á convertirse en consuelo, y tras de tan largas luchas y extraordinaria perseverancia, algo extraordinario también debe acaecer en tu vida.

—Las almas puras y á la par inteligentes, como la tuya, suelen á veces decir cosas, que son vaticinios de felicidad. Cumpla Dios tus predicciones, si ya El mismo no es quien te ha inspirado lo que me dices.

Las dos, después de alimentarse, se dedicaron á sus útiles y domésticas faenas y, durante muchos días, hubo aparente calma.

LXXII

Lo que resulta de la comparación de dos retratos

Han pasado cinco años. Eran los días de diciembre y habían corrido algunos meses desde la última llegada á Bellaestancia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La tierra, como reflorecida al paso de un ángel invisible, más fecunda y galana, despertaba todos los seres á la vida y el contento. Los campos, los bosques, los ríos, cuán numerosos allí son, se alegraban y estaban encantadores en presencia de la naturaleza, que los contemplaba silenciosa, y ante Dios que veía cuán hermosas y buenas son sus obras.

Reinaldo trataba á su amante como á reina destronada, si con atenciones y miramientos, con exigencias también y con solicitaciones importunas. Desplegó entonces todas las fuerzas, ardides, promesas y hasta gemidos de una pasión en frenesí, y nada pudo conseguir.

María no se apartaba de Blanca durante las noches, cuando el peligro era mayor, y Reinaldo mismo estaba como en invencible obsesión, pues le cercaban los espíritus de los vedados placeres. María y Blanca, dos vírgenes débiles y solas, y Eugenio, leal criado y adorador de su patrona, pero al fin pobre paje, que apenas oponía á su Señor una defensa atinada y respetuosa, no eran bastantes á contrastar la caprichosa pasión del Tenorio en sus últimos furores, y en un paraje tan lejano y escondido, en un paraíso de riesgos donde serpeaba la serpiente que inocula el veneno de los deleites que matan.

Cuantas veces Reinaldo acosaba fuerte y dulcemente á Blanca, en los combates casi cotidianos, ella iba á llorar á la gruta y allí meditaba en lo que debía hacer y decidir.

Llegó un día de los más hermosos de diciembre. Por la mañana Reinaldo apareció triste, comió apenas y se encerró en su cuarto. Una lucha infernal se empeñaba dentro de él. Ya hemos dicho que con frecuencia le acontecía que, en sus solicitaciones á Blanca, cuando olvidándose de sus ofertas de caballero, se decidía á obtener siquiera un óseulo de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

su amada, contra la voluntad de ella, un súbito temor se apoderaba de él, y le latía el corazón como ahogándose, y se acobardaba ante la actitud negativa de la virgen. Quedábase, pues, corrido y despechado.

Blanca fue á pasar la hora de la siesta en su gruta; pero, al irse, no advirtió que su fiel Blandiflor había quedado detenido en el gabinete de Reinaldo.

Al acercarse, observó Blanca que un cuervo volaba en contorno de la gruta, como queriendo penetrar en ella. Ya rozaba con las negras alas las flores que cubrían la entrada, ya picoteaba las ramas superiores, ya rastreaba por el suelo, como buscando por donde guarecerse á dentro.

De pronto apareció una paloma campesina, blanquísima, la cual tendió el vuelo al mismo sitio, de donde, al acercarse ella, huyó como espantado el cuervo.

Cosa tan rara no parece casual,—dijo Blanca—Si yo fuera supersticiosa ó presumiera de buena, diría que el pobre Reinaldo es el cuervo, y yo la paloma. ¡Dios mío! ¿qué significará semejante cosa!

La paloma desapareció también y perdióse entre la selva.

Cuando Blanca entró á la gruta, se entregó á sus meditaciones y pensamientos de costumbre.

El sol reverberaba, y con los ardientes rayos del mediodía, se abrasaba la tierra, y todos los seres yacían en inacción y reposo.

La selva estaba muda.

Blanca de repente oyó interrumpirse el silencio con pasos que conoció no ser ni de María ni de Engenio, que nunca se llegaron á la puerta de la gruta, cuando consideraban que la joven quería estar en absoluta soledad.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Los pasos se oían más cercanos, y las hojas secas parecían crugir pisadas de planta humana.

Blanca tembló. Oyó una leve tos, y dijo: ¡estoy perdida! Es Reinaldo que ha descubierto esta estancia.....

Blanca no se engañaba. Blandiflor, no viendo á su dueño, pugnó por salir del encierro en que le tenía Reinaldo, y éste, observando que su amada no estaba con María, dio suelta al animal y fue siguiéndole la pista hasta llegar á la gruta. Cuando se acercó á ella un desusado temor le detuvo algunos instantes, y quedó sorprendido de la belleza del sitio, hasta entonces para él ignorado. Creyó soñar, y mil ilusiones halagaron su mente. Tan bello lugar en nada podía compararse con las estancias y salones donde él había, como huracán, trouchado tantas flores.

Se detuvo otros momentos más, y oyendo, en tan callada soledad, el suave respiro de Blanca, allá adentro, se reanimó y empezó á desplegar las lianas y enredaderas, para tener fácil entrada.

El lebrel entonces se puso furioso y comenzó á ladrar á su propio Señor. Este, impaciente ó indignado, sin advertir lo que hacía, echó un tiro de revólver al animal, y lo dejó herido, y moribundo y revolcándose entre la yerba, junto á la entrada.

Blanca volvió á temblar; pero, en el peligro ineludible y cierto, se reanimó, y, puesta de pies, vio entrar á su amante, en cuyos ojos fulguraba el deseo.

Luz de mis ojos, reina de Bellaestancia,—le dijo,—qué paraje tan encantador has descubierto en mis dominios. ¡Oh! dueño mío, esta es, sin duda, la gruta del amor, y él me ha traído acá. Este será el día de nuestra unión y me darás la prenda de ser mi sola compañera, mi bien y mi deli-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cia. Desde hoy, lo juro, no amaré á otra mujer, sino á tí sola, la única doncella que ha sabido resistirme. Basta, amor mío: bastante me has rendido y probádome tu entereza. Llegó el instante de las complacencias.....

En actitud de ruego y amor iba á estrecharle entre sus brazos, cuando Blanca, transformándose en leona herida por el cazador, apártate,—le dijo,—¡miserable! No te favorecerá la soledad, ni la fuerza varonil conseguirá triunfar de la debilidad que, cuando se resuelve y sublima, es más poderosa que la loca pasión. Desprecio ahora la muerte. Estoy en tu poder. Mátame.

—Qué altiva estás, Blanca.

—Sí, altiva, con la altivez del pudor ofendido. Desengáñate, seductor: ó tu víctima ó tu esposa; pero.....¡querida! jamás. Llegó el instante en que se cumplirán las palabras que mi padre escribió al reverso de su retrato.

Sí, padre mío, sobre mi pecho te llevo oculto como el talismán de mi pudor.

—¿Tienes allí el retrato de tu padre?

—Sí, lo tengo.

—Enséñamelo.

—Sí, pero detente, y no quieras arrebatármelo.

—Enséñamelo desde donde estás.

—Míralo.

—¡Cielos! te burlas de mí, Blanca, y te has sustraído el retrato de mi padre, que en mi gabinete tenía cuidadosamente escondido y guardado.

—¡Miserable! no sólo pretendes ultrajar mi pudor sino también insultarme, como si yo fuese una ladrona.

—Enséñamelo de más cerca, ¡por Dios!

—Por fin invocaste á Dios. Míralo. ¿Es tu padre?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Sí, Dios, Dios mío, es mi padre. Es el retrato que poseo.

—Estas loco, Reinaldo.

—Veré si lo estoy. Sin duda aquí ha de estar tu ángel negro.

Reinaldo asomó al umbral de la gruta y clamó: ¡Eugenio! ¡Eugenio!

A pocos instantes Eugenio estuvo en la presencia de su Señor.

Anda, le dijo, Reinaldo, paje y amigo fiel. Toma la llave de mi cuarto y esta llavecita de oro. Dentro de mi escritorio hay una caja de ébano, y en ella otra cajita de concha de perla. Ábrela con la llavecita y encontrarás un retrato pequeño envuelto en un pedazo de finísima seda negra. Tráeme sólo el retrato, pero al instante, sin detenerte ni un punto.

Eugenio corrió.

Blanca, medio rendida y con el corazón que le saltaba del pecho, se reclinó en el asiento de piedra, y Reinaldo quedó en pie delante de ella, mudo, con estupor, viendo el retrato en la diestra de su amada.

Los momentos parecieron largos, cuando apenas diez minutos bastaron para que Eugenio apareciese con el retrato en la mano.

El asombro de Reinaldo fue indescriptible; porque hay momentos y emociones que no alcanza á revelar ningún lenguaje humano.

El retrato era idéntico al que tenía Blanca.

Esta, sorprendida, enajenada, loca, se levantó. Compáronse los retratos, y el padre de Reinaldo y el padre de Blanca eran exactamente iguales.

—Mujer, enséñame el reverso del retrato de tu padre,—dijo Reinaldo.

Blanca le enseñó.

En el reverso estaban escritos estos versos:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Hija, te advierte mi amor
Que, en caso extremo de pena,
Pierdas mil veces, serena,
La vida antes que el pudor,

y firmaba *Rogerio Miño.*

—Enséñame el reverso de tu retrato, — dijo Blanca.

Reinaldo se lo enseñó. En el reverso de ese retrato decía: *Que mi hijo, en todo caso, sea contenido y caballero.*

El asombro llegó á colmo. La menuda, clara y hermosa letra era la misma en ambos retratos, con sola la diferencia de que, en el retrato que Blanca tenía en sus manos, se leían nombre y apellido enteros, y en el que trajo Eugenio, sólo había las letras iniciales R. M.

Hubo otros instantes de estupor y otros más en que sólo hablaba el silencio.

Eugenio los contemplaba alelado.

Después Blanca y Reinaldo rompieron á llorar, y se besaron inconscientemente en las mejillas. ¡Eran hermanos!.....

LXXIII

En confianza ya de hermanos.

EUGENIO, tú no eres mi criado, Eugenio, sólo eres mi amigo,—dijo Reinaldo.—Tú, que siempre has sido obstáculo á mi pasión, sé ahora consuelo á mi dolor. ¿Dime cómo descubriré del todo el misterio revelado hoy en esta gruta? ¿Quién sabrá la historia de mi padre? ¡Por Dios! indícame, Eugenio, lo que haré; porque el corazón me revienta, y mi

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cerebro arde como la entraña de un volcán. ¡Conque yo estuve á punto de lograr talvez un amor incestuoso! ¡Oh! Cielos. Creeme, Eugenio, que el Dios, á quien Uds. adoran y ruegan cada día, sin pedírselo ni merecerlo yo, me ha guardado é impedido que, ignorante, cometiese tan tamaña y casi fabulosa maldad. Su virtud ha salvado á Blanca, y te juro, Eugenio, que ella está pura é intacta como vino de su hogar.

Lo creo, angustiado patrón,—dijo Eugenio,—y de esto he estado persuadido antes de que Su Merced me lo afirmase; porque, al haber pecado, él habría aparecido. El crimen, como el fuego, no puede esconderse: el humo lo delata. La virtud perseverante de la señorita Blanca ha salvado á los dos. Cuanto á la relación del misterio, en su principal punto descubierto, le diré á Su Merced, mi amo, que algo de él debe saber Ño Topete, y, el todo del secreto, Ña Perpetua. De esto último tengo casi seguridad.

—Bien, Eugenio: mañana, al romper el alba, te vas á Castalia y me traes la chata *Blanca*; porque aquí no he dejado ahora ni una sola embarcación, y mi abuela me las ha pedido todas para sus envíos de cacao á Guayaquil. Regresas y nos volvemos inmediatamente á Castalia. Juro que, con el revólver en la mano, arrancaré las revelaciones de cuanto oculto guardan en su seno Ño Topete, y Ña Perpetua y la Señora Policarpa Aguirre; porque á la luz del día aparecerán las infamias que han estado escondidas. Sí, presiento que grandes desgracias han de haber acaecido á nuestro padre, Blanca, y que esa anciana envejecida en sólo el afán de enriquecerse, ha de haber sido la autora de las calamidades y la causa única para que yó no sea hijo legítimo y de dichosa unión. ¡Cielos!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cuántas felonías se cometen en el mundo, que, si llegaran á descubrirse, asombrarían aun á los menos perversos. Eugenio, siento que se me ahoga el corazón y que lo tengo lastimado. Llámame á mi angelical prima. Quiero que María, la primera, sepa que Blanca y Reinaldo son dos hermanos sin ventura.

Reinaldo lloró entonces sin avergonzarse, y dio salida á sollozos, y quejas y amenazas. Su aturdimiento no le daba punto de reposo, y dentro de la gruta bramaba á veces como león, y á veces, sentándose sobre la piedra, reclinaba en el seno de Blanca la fatigada frente, bañándose en copioso sudor. Blanca lo halagaba silenciosa y enjugaba las lágrimas de su hermano con la solicitud y cariño con que una tierna madre quiere acallar á su pequeñuelo. La joven creía que, en la vida, hay ocasiones en que soñamos despiertos, y meditaba y ponderaba el suceso, y dábase á creer que hay realidades que son ilusiones. Quiso romper el silencio y tres veces le salieron vanos sus intentos. Se le aglomeraban tantos pensamientos, que no acertaba á comunicar ninguno á su hermano.

María llegó acelerada; porque no dio crédito á lo que Eugenio le relató brevemente. También ella pensaba que todos soñaban. Cuando entró á la gruta y halló á los dos en la actitud en que los vimos hace un momento, conoció, como por intuición, que ya no eran amantes sino hermanos.

Un ambiente de pureza y suavidad flotaba dentro de la gruta, y no sé qué solemnidad respetuosa le daba apariencia de un templo. Era ciertamente el santuario del amor fraternal, que cuando es desinteresado y tierno, es uno de los más santos y deliciosos amores, lazo de unión de corazones que palpitan al abrigo del mismo hogar, consuelo de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

almas gemelas en el sentimiento y las afecciones, recreo de nuestros días infantiles y apego y solaz en la juventud y la vejez. Los hermanos son los primeros amigos que nos da Dios en el mundo, y su amor mutuo es prenda de felicidad y honra de una familia. Hermanos, que se aman mucho, están manifestando que son ó fueron buenos hijos, y que el calor maternal, que los abrigó juntos bajo el mismo techo, no se ha entibiado todavía sino difundido en todos como suave luz de una mañana de primavera.

Cuando antes de hablarle nada, Reinaldo y Blanca enseñaron á María los dos retratos de Rogerio Miño, ésta quedó en muda sorpresa, y después, llorando, estrechó entre sus brazos á los dos hermanos.

Bendecid á Dios,—les dijo,—que por desusados y misteriosos caminos, os ha traído á un desenlace inesperado y feliz de vuestros amores, y os ha conducido al único amor que os convenía y era natural, al amor de hermanos. Esto es maravilloso y debe enseñarte, Reinaldo, muchas lecciones, pues las cosas misteriosas son siempre para enseñanza de los hombres. ¡Ah! Reinaldo, de cuántos remordimientos, de qué mancha tan indeleble, de qué desazón eterna te ha librado la entereza moral de Blanca; pero esto no es sino el resultado especialísimo de una suave providencia divina; porque es para ponderar y maravillarse, que una jovencita, sola, débil y huérfana, en poder de un joven rico, fuerte, orgulloso y de vehementísimas pasiones, haya podido triunfar y conservarse pura como un diamante en medio de un cenagal. Perdóname, querido primo; porque, para tributar gracias á Dios, es necesario decir la verdad de los horrores de que El nos ha preservado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca,—dijo Reinaldo,—no sólo ha triunfado de mí, sino que, sin saberlo ella misma, me ha intimidado y acobardado muchas veces, como el águila al milano. María, debo confesarte la verdad: cuando yo, arrebatado de una pasión funesta, caprichosa y desapiadada, sentía ímpetus de ser amo y Señor y poseedor absoluto de la prenda que yo mismo había robado para mí, al pretender siquiera hacerle un leve cariño á mi Blanca y arrebatarle al descuido un ósculo, se apoderaba de mí cierto oculto estremecimiento, que me acobardaba como el trueno á un medroso niño, y no sabía qué decir, qué hacer ni cómo esforzarme para aparecer varón que no se doma por la resistencia de una mujer. Sin embargo, nada podía, y dentro de mí mismo me avergonzaba de verme humillado y vencido. Yo, el Tenorio que en varias ciudades regué el dinero, como se esparcen aquí con el viento las flores de las enredaderas, sin que mujer alguna resistiese á la magia de mis seducciones; yo, el que ataba á mi albedrío las voluntades de cuantas hermosas lograba fascinar; yo, á quien temían no complacer las más altivas mujeres; yo, que creí que dádivas quebrantan peñas, era, delante de Blanca, impotente, pequeño, miserable. Yo mismo no me explicaba el misterio de ese oculto rechazo que sentía en mi corazón, cuando me acercaba á ella, á pesar de la amable sonrisa con que Blanca me recibía. Ahora me explico todo: una providencia superior velaba sobre Blanca, y ésta me alejaba de sí con una suavidad terrible. Ella se creía talvez mi esclava, y el esclavo era yo, pues me tenía sujeto á su silencioso imperio. Cuántas veces también no sé que genio fatídico me sugirió la negra inspiración de valerme de mi fuerza y poderío; pero yo rechacé tan infame idea. La violencia

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no es amor sino crueldad, y yo no quería sino que la conquista de Blanca fuese obra exclusiva del cariño de ella y de las seducciones mías. Por eso las puse en juego, y, como hábil general en dificultosa campaña, distribuí para ella mis ardides y planes, ya que la pasión siempre es ingeniosa; pero Blanca triunfó de mis combinaciones y artificios, y, amándome, me rechazó, y, queriéndome, no me complació. Por tanto, asombrado yo de su entereza; porque hasta entonces no había creído en que existiese la virtud, me resolví ahora, en este día, á agotar todo el raudal de mis seducciones y halagos, y tuve el propósito firme de casarme al fin con Blanca, si ella salía triunfante de este último porfiado y largo combate; porque todas las cosas han de tener su forzoso término, y las pasiones vehementes no pueden jamás ser muy duraderas: ó han de apagarse como un fuego fátuo ó han de templarse y arrojar más plácida y permanente luz. Esta fue mi postrera resolución, te juro, María. Este ha sido el día de mis juramentos y hablo sólo verdad. María, tú, el ángel rubio de mi hermana, creeme y consuélame, que me siento desfallecer y ahora pienso que las fuertes emociones matan. Ayúdame á descubrir las infamias, de que sin duda fue víctima mi padre.

Sosiégate, Reinaldo,—le dijo María,—no desvado á tu vehemente pensamiento; porque te costaría daño irreparable tanto afanar. El descubrimiento de lo secreto y misterioso pide calma y tino. Yo te acompañaré en todo, y, con tiempo y despacio, hablaremos de la manera más fácil y natural de descubrirlo todo, sin que lo adviertan muchos y sin que tú y mi Blanca seáis pasto de la maledicencia, que no se contenta jamás con la realidad de las cosas sino que siempre las abulta, deforma y desfi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gura á su antojo. Sosiégate, pues, Reinaldo, y así se calmará también tu hermana, á quien tan grande suceso tiene atolondrada.

Así es—dijo Blanca.—Parece que en estas horas no me he pertenecido á mí misma. ¡No sé que ha sido de mí! La vehemencia de la emoción, al durar más, me causaría la muerte. Por dicha, tus palabras, María, tienen la suavidad y fragancia de un bálsamo misterioso, que cura de súbito una herida. Esta, que yo llamaba la gruta del dolor, al fin se ha convertido en la gruta del amor, como quería Reinaldo; pero de un amor puro, hermoso, fragante, como las flores que decoran la entrada. ¡Oh! si no es vano sueño la felicidad, seamos los tres felices estos instantes. Oídme, María y Reinaldo, que yo también quiero contaros los secretos que han pasado en mi corazón y los golpes misteriosos que él ha tenido en estos cinco años de lucha amorosa, constante, terrible.

Blanca calló unos instantes, tomó aliento y continuó: Cuando, inconsciente, me dejé robar de Reinaldo, nunca, lo juro (quizás ahora sea lícito el jurar), tuve en mientes el que pudiera manchar mi pureza, y tal idea no se me ocurrió en mis horas de irreflexivo amor. Soñaba sólo en ser la esposa de Reinaldo, la dueña de su albedrío y la única que había logrado conquistar de veras su corazón voltario, y este sueño era para mí realidad. Pronto se disipó en parte tan dulce soñar. Cuando la noche de tempestad inaudita en el Chasqui, Reinaldo estampó en mi frente un óculo de fuego, sentí tal impresión de sorpresa, desagrado y terror, que creí sucumbir allí mismo. Nunca me había imaginado que así fuese el verdadero amor: huyeron en parte mis ilusiones, y se descorrió el velo de color de rosa, á través del cual había visto hasta en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tonces las cosas, y divisé, en la lejanía de mi suerte, un porvenir negro y de combate, como la tempestad que entonces bramaba al derredor de la casa donde nos albergábamos. Es indecible cuanto padeció el corazón y calló la lengua; pero, como estaba sola, en poder de mi raptor, como la paloma en las garras del gavilán, creí prudente padecer y callar, pero esperando. Esperé en efecto, y en los días siguientes del viaje, empecé á fantasear otra vez con ilusiones que me volvían como las aves y las auras y las flores en la primavera, cuando volvieron también las pretensiones de Reinaldo; pero tan suave y atinadamente ocultas y disfrazadas, que otra joven, menos advertida que yo, habría caído en el lazo. Yo, gracias á la primera precoz imprudencia de mi amante, aprendí á ser recelosa y cauta. Pasaron, pues, los días y se empeñó el combate reñido que tú, María, sabes minuciosamente, y me decidí entonces á triunfar; porque los consejos de mi madre, que procuraba no olvidarlos y los versos escritos en el reverso de este retrato de mi padre, que he traído oculto sobre mi pecho, me dieron inesperado valor. Para conseguir el triunfo creí que lo primero era aborrecer á mi seductor caprichoso, convencida de que me había traído sólo para instrumento de placer. La convicción de que su amor no era puro, iba resfriando algo mi cariño para con Reinaldo y, como te digo, María, me resolvía á odiarle; pero no pude, aunque procuraba pintármelo con los más feos y horribles colores, como un cuadro de horror de los pasajes del infierno del Dante. No conseguí aborrecerle, y me fue imposible aún el procurarlo. Le amaba y le temía al mismo tiempo. Deseaba ser su esposa, y temía sus caricias; quería unirme á él, pero con un amor muy especial, que yo misma no comprendía. Le amaba,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pero sin tener la más leve inclinación ó vaga idea de las que tienen los que se aman y se han de unir un día en lazo matrimonial. Quería tenerle por esposo, pero sin amarle con el amor de esposa, sino con otro cariño, que en confuso me imaginaba yo sola, un amor tierno, íntimo y al mismo tiempo respetuoso. Conocía que mis aspiraciones eran extravagantes, y, con todo, no me decidía á renunciarlas. Esas ilusiones y fantasías me han hecho padecer tanto como los intentos de Reinaldo. Soñaba yo en quimeras; ¿y quién creyera, María, que ilusiones, fantasías y quimeras, habían de convertirse en realidad? Ahora amo á Reinaldo con ese amor que me figuraba, sin poder explicármelo con claridad.

Dijo y abrazó á Reinaldo y á María, y los tres algo reanimados, volvieron á la casa de la hacienda, como otros seres nuevos, purificados por el dolor y el llanto.

Al salir de la gruta vieron el cadáver de Blandidlor sobre la verde y menuda yerba, y las flores de junto al umbral salpicadas como de rocío de sangre. Vertieron silenciosa lágrima Blanca y María; Reinaldo apartó los ojos, y, sin decirse nada mutuamente, llegaron á descansar en sus gabinetes.

La noche les fue propicia y durmieron un sueño profundo.

Al día siguiente Eugenio fue á Castalia á cumplir las órdenes de su amo, y éste, de suyo impetuoso de carácter, esperó hasta la tarde con vivas ansias la llegada de la embarcación.

Por la mañana María dormía tranquilamente, cuando Reinaldo, triste y caviloso, daba disposiciones en la hacienda, arreglándolo todo, con tanta precisión, como si no hubiese de volver más á Bellaestancia.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Blanca, para distraerle algunos momentos, le pidió que la llevase á un espacioso platanal, que se divisaba hacia el occidente. Reinaldo dio el brazo á Blanca, y fueron solos á su paseo. Ya no se temían; se amaban solamente.

LXXIV

La Fada del Platanal

EL paraje sembrado de plátanos era inmenso: los árboles, como genios que meditan, extendían sus anchas y verdes hojas mecidas apenas por una brisa tan deliciosa, que no gemía, sino más bien cantaba, formando rumores que iban y venían como notas de una cítara pulsada por las manos de un ángel.

Los árboles ostentaban sus sendos é inmensos racimos de frutas tan variadas en sus especies como en sus nombres, y diversas en el color, desde el verde de distintos tintes hasta el jalde y dorado. Esas frutas, al existir en la antigüedad fabulosa, las habrían celebrado como el alimento preferido en los banquetes de los dioses. Esas frutas, brindándose á todos con su exquisita abundancia, son el alimento del rico y del pobre, del noble y del plebeyo, tan bellas á la vista como sabrosas al paladar.

El platanal de Bellaestancia estaba entonces en toda su pompa y galanura, y allí la naturaleza hacía ostentación de su fecundidad y de los munificos dones con que la agració Dios en las privilegiadas regiones de las costas ecuatoriales. Al mirarlo de lejos, el platanal semejaba tiendas y pabellones de un dilatado campamento, y de cerca eran

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cortinajes de verdor, á cuyo abrigo el viajero se sienta á descansar.

Se oía el cantar de innumerables pajarillos, que no asomaban á la vista, y eran como voces melodiosas de algunos genios escondidos ó de fadas invisibles.

En el suelo alfombrado de florecillas, unas blancas, otras rosas y otras azuladas, en las hojas de los plátanos, que se inclinaban como para saludar á Blanca y Reinaldo, que pasaban contemplándolos, y en el aire purísimo y transparente bañado por el sol de la mañana, todo era armonías, como si un fragmento del paraíso se hubiese trasladado á la tierra.

El aroma, que árboles y plantas exhalaban, era extraordinario, algo como perfume de cielo, embriagador y delicioso, y esos efluvios de fragancia refrescaban la frente de los dos jóvenes hermanos, que caminaban abismados y embebecidos en las delicias de ese campo sin segundo en la tierra.

—¿Estamos en algún edén?—preguntó Blanca á su hermano.

Así parece,—dijo éste.—Es ciertamente un platanal bellísimo, como no lo tenían los dioses en su Olimpo ni las Musas en su Parnaso, ni lo describió Homero, ni lo adivinó Virgilio. Sin embargo, te confieso, hermana, que nunca lo he contemplado en la maravillosa hermosura en que lo veo ahora. Está como decuplicada su belleza, como si alguna fada hubiera venido á visitarlo. ¿Oyes? ¡Qué armonía tan unísona y suave!

—Sí, Reinaldo, arpas, cítaras y liras de oro deben ser tocadas por seres superiores á nosotros. De otro modo no se explica esta música, que suspende, embriaga y casi nos diviniza. ¿Qué habrá sucedido, hermano mío?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—No lo sé, hermana mía. Ya no me parece mi platanal, y creo que nos hemos trasladado á otro para mí desconocido. Talvez anduvimos mucho sin advertirlo. Aquí todo tiene tintas tan suaves de belleza, y reina tranquilidad tan profunda en el alma y el corazón, que esta parece morada de los dichosos.

—Así lo juzgo yo, Reinaldo. Pero ¡mira! allá, no muy lejos, fíjate, está de pies una joven bella sobre toda ponderación, y se dirige hácia nosotros. ¿Quién será?

Reinaldo se puso á contemplar á la joven forastera, que se acercaba ya, por entre una calle de plátanos, que casi la escondían á intervalos.

Era una joven encantadora, sencilla y hermosamente vestida; pero su ropaje no tenía color permanente. A cada paso, que ella daba con majestad como de una diosa, variaban los colores del vestido: ora lucía el sonrosado de la aurora, ora el dorado del mediodía; ya tenía el tinte de rosas encendidas, ya el de claveles variados, unas veces el color era de jazmines, otras de esmeraldas y topacios y rubíes, que brillaban. A cada paso se renovaba el color, ya de flores, ya de piedras preciosas, siempre deslumbrante y lleno de cambiantes.

Cuando ya estuvo junto á los dos hermanos, el vestido tenía sólo el color verde semejante á las hojas del platanal. Era una ligera bata rezagante y un abrigo solamente, y le ceñía un gracioso sombrero adornado de nunca vistas flores. La sencillez de su traje la hacía más hechicera, simpática y amable. Cuando se llegó, saludó con voz dulcísima. Perdonad, caballero,—le dijo á Reinaldo,—si he venido á visitar vuestro hermoso platanal, y á conocerlo y admirarlo.

Mucho me place,—dijo Reinaldo conmovido,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—que hayáis tenido la bondad de recorrer estos campos y embellecerlos más con vuestra presencia. Yo me juzgaría venturoso, si os dignaseis aceptar hospitalidad en mi casa.

Gracias, generoso joven,—dijo lo desconocida, —yo os agradezco como si ya estuviese en vuestra Bellaestancia. Estoy sólo de paso: entré al bello platanal, y, cuando os divisé, quise saludaros brevemente. Sin duda esta Señorita es vuestra hermana.

—¿Por qué lo creis así, estimable Señorita?—dijo Blanca.

Porque vuestros ojos,—contestó la peregrina beldad,—y el color de vuestros cabellos y aun las facciones y el andar de los dos se asemejan tanto, que, en el aspecto físico, casi aparecéis como gemelos. Sucede con frecuencia que los extraños nos fijamos mejor y descubrimos la semejanza y el tipo de familia. ¡Oh! los dos sois hermanos.

Sí, encantadora joven,—dijo Reinaldo,—somos hermanos y muy desdichados.

—¿Es posible?,—dijo la joven.

No hay exageración alguna,—dijo Blanca,—y nuestra historia es larga de contar; pero vos, Señorita, me inspiráis tanta confianza y despertáis en mi tal simpatía, que si os dignaseis aceptar nuestro hospedaje, os relataría mis desdichas.

¡Ojalá! pudiera complaceros, — dijo la joven del traje verde;—pero me es forzoso partir. Yo siempre estoy de paso, y casi nunca me detengo largo en un solo paraje, á pesar de que prefiero el retiro y la obscuridad de la vida casi ignorada. Tengo pocos amigos, y los veo rarísima vez, y algunas personas hay á quienes sólo he hecho una visita, y otras, á quienes no he podido visitar jamás. Esta es mi condición y mi carácter; porque,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aunque yo anhelo amar á todos y deseo á todos su bienestar, no me es posible conseguirlo. Amable Señorita y generoso caballero, creedme que yo quisiera permanecer con vosotros algunos días, pero es ineludible la continuación de mi viaje. Lo que es vuestras desdichas las sé perfectamente.

Las relató en resumen. Los dos quedaron asombrados, oyendo de otros labios la narración de sus sucesos. ¿Y de dónde venís,—dijo Reinaldo,—y á dónde vais tan presurosa, que no podéis deteneros con nosotros, que en este instante os amamos tanto, como si os hubiésemos conocido y amado durante toda nuestra vida?

Joven,—dijo la peregrina beldad,—os agradezco y ¡ojalá! por vuestras sinceras expresiones, pueda yo daros la dicha, aunque sea al término de vuestro existir, cuando ella es más deseable y conveniente. Yo vengo de Yolán y me encamino á mi habitación, que es desconocida é ignorada, y está oculta allá, en un delta, cuyos huertos y jardines bañan las aguas de esteros sonorosos. Vivo cerca del paraje en donde al Peripa paga el tributo de sus raudales el Muriennba, y mi heredad se llama Floralinda. Ya os he saludado siquiera de paso. Dejadme partir.

Yo,—dijo Blanca—me creería dichosa, si quisierais al menos tomar el alimento con nosotros. Os ofrecería entonces la fruta de un árbol, al cual los dos le tenemos cariño filial, como si fuese persona y pudiera entendernos.

Hacéis bien,—dijo la joven;—porque es el árbol de las naranjas de oro, que plantó vuestro padre.

—¿Cómo lo sabéis?—dijo sorprendido Reinaldo.

—Porque mi padre dio al vuestro la semilla, y porque nada en el mundo queda oculto mucho tiempo. El hombre abre las entrañas de la tierra,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y aparecen á la luz del sol los metales que yacían escondidos y los monstruos y reptiles que habitaban en las tinieblas. Lo propio sucede con los hechos humanos: llega un día en que virtudes y crímenes, que parecían ocultos ó imposibles de revelarse jamás, se descubren y quedan patentes, con claridad que alegra ó entristece.

¡Oh!—dijo Reinaldo, —dádme la dicha que os pido mi hermana, y quedaos siquiera una hora con nosotros.

—Cinco horas he estado ya con vosotros, y no me es dable permanecer más tiempo. Estoy de paso, como la dicha que vosotros ambicionáis, que también siempre está sólo de paso sobre la tierra; porque su morada, como la mía, está en un lugar desconocido, á donde llegan con dificultad sólo los virtuosos.

—¡Adios! caballero y amable Señorita, siento no poderos complacer, pero llevo el grato recuerdo de Blanca Rosa Miño y su hermano Reinaldo.

Blanca se sorprendió de oírse llamar por su nombre. ¿Cómo lo sabía la joven peregrina?

Esta abrazó á la hermana de Reinaldo, y á éste estrechó la diestra.

Al alejarse, le dijo el joven: perdonadnos, Señorita, y decidnos vuestro nombre y apellido. Queremos conservar grato recuerdo de vos, ya que talvez no os volveremos á ver jamás, á pesar de que habéis sabido inspirarnos cariño y amor, puros como la brillantez de esta mañana.

¡Gracias!—dijo la joven, alejándose ya y volviendo á despedirse con una inclinación de su hermosa frente:—yo me llamo Felicidad del Campo.

Se retiró cobrando otra vez la majestad en el andar, y los variados colores de su vestido volvieron á alternar á cada paso que daba la peregrina donce-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lla, brillando con más viveza el blanco y el escarlata, la inocencia y el amor. Perdióse entre lo más espeso del platanal, y Blanca y Reinaldo comenzaron como á despertarse de un sueño delicioso.

¿Sabes,—dijo Reinaldo,—que mientras hemos hablado con esta peregrina y amable beldad, he sentido en el alma y en el corazón un sosiego tan ignorado antes y tan deleitoso, que me ha parecido estar en plena bienaventuranza?

—Lo propio me ha sucedido á mí. Es inenarrable lo que he sentido en todo mi sér. Es imponderable é indefinible lo que me ha pasado: goces en la mente y alborozos en el corazón y fruiciones inexplicables, y todo con un ordenado sosiego. Así debe ser el comienzo de la dicha en las regiones de Dios.

—Así será,—dijo Reinaldo; — que yo en esto soy, por desgracia, profano.

Suspiró luego y añadió: ¿quién crees tú, hermana mía, que será está hechizadora forastera?

—Ya lo dijo ella, Reinaldo. Es la Felicidad, y nos ha visitado siquiera una sola vez, ahora que somos doblemente felices.

—¿Por qué crees que lo somos?

—Porque hemos descubierto que somos hermanos y nos amamos con el amor casto, y porque nos hemos salvado de un enlace, aunque sin culpa nuestra, repugnante, espantoso y funesto.

—Dices bien, hermana mía. Siquiera una mañana hemos sido felices, y se han pasado cinco horas, cuando apenas he creído yo que habíamos hablado con la joven viajera unos quince minutos.

—Así lo creía yo; pero, en realidad, el sol está vecino á derramar su luz sobre esa palma de junto al ostero que llamamos el Cristal, y cuando esto sucede, es señal de mediodía. Qué cosas tan raras

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vamos pasando, hermano mío. Esta misma es extraordinaria.

—Así parece, Blanca, pero no sé si sea este un suceso sobrenatural. Esta joven anda viajando, y es sin duda bonísima, y sabemos ya que habita parajes que baña el Muricumba, aunque no nos ha precisado el sitio. No creí prudente importunarla con más preguntas y señales de su morada. Yo conozco esas regiones, que se van internando en las selvas, pero nunca he llegado al lugar ni sé dónde sea el punto en que vive esta bellísima doncella.

—Al fin, hermano mío, ¿quién será en realidad?

—No lo sé, hermana mía. Ella se dice Felicidad, pero acaso ya no lo será más para nosotros.

—Así es. Llamésmola, más bien, la Fada del platanal.

LXXV

Ño Topete revela una parte del misterio

Los dos hermanos volvieron á la hacienda donde María los aguardaba con inquietud.

Reinaldo, pasadas las horas, que para él fueron de verdadera felicidad, volvió á sus anteriores ansias é inquietud y furor de descubrirlo todo. Blanca y María le habían contado lo único que sabían acerca de Rogerio Miño. Blanca quedó muy niña cuando murió su padre y sólo le conoció por el retrato que poseía. Margarita le había referido que Rogerio vivió algún tiempo en la costa y que en ella adquirió fortuna, que había viajado por algunas provincias, y vuelto al fin á Quito donde se casó; y después de algún tiempo, empobreció á cau-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sa de nuestras inicuas discordias civiles. María contaba que lo único que sabía ella era el naufragio del padre de Reinaldo, cuando éste hizo un viaje enviado por la abuela, cuando á su regreso á Castalia debía casarse con Clara del Valle y legitimar á su hijo. Éste, con el incentivo de estas vagas é inciertas relaciones, ardía en deseos y ansia de saber la verdad en toda su desnudez, por horripilante y desconsoladora que fuese.

Así pasaron las cosas hasta acercarse la tarde. Entretanto Blanca relató á María el encuentro con la Fada del platanal, lo cual sorprendió mucho á la rubia, que se inculpaba á sí misma por haberse quedado aún durmiendo y perdido así horas de un goce verdaderamente puro y envidiable, y fantaseó con cuadros de poesía y cuentos maravillosos, sin saber á qué atribuír la aparición de Felicidad, que tenía el mismo apellido que ella y Violante. Su mente divagaba en conjeturas y no pudo satisfacer su curiosidad á causa de los sucesos que vinieron muy pronto.

Blanca, con el fin de dejar en el correo de Danle, al pasar por allí, una carta para Margarita, se puso á escribirla al instante, de su propia letra, pues ya desaparecieron los recelos y temores con Reinaldo. La carta decía:

«Madre adorada:

Ha llegado á colmo mi ansiedad, porque no habéis contestado á mi primera carta: Talvez me aborrecéis ya, y no queréis saber más de vuestra hija ingrata. ¡Ah! madre mía, si no me amáis ya, al menos compadecedme. Sin la idea de vuestro amor para conmigo, mi existencia es un tormento. No puedo jamás persuadirme de que vuestro resentimiento llegue al extremo de odiarme. Aunque desprendida y lejos de vos, soy todavía un pedazo de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vuestro propio corazón. Madre, si me amáis aún, perdonadme; si aun no me detestáis, contestadme y no me dejéis en esta agonía que no acaba. Si queréis maldecirme, escuchadme primero y leed mis cartas. ¿Qué digo, madre del corazón? ¡Ah! no puedo desconfiar de vos, cuya bondad no tiene límites y por cuyo amor aun no he muerto de pesar. Si vos escucháis á tu Blanca Rosa, cuyo porvenir os angustiaba y por quien tantas lágrimas habéis derramado, ella se creerá feliz. ¡Ah! yo soy la hija de vuestro llanto; dejadme también que lo sea de vuestra piedad. No os contristéis demasiado: es cierto que, lejos de vos y después de mi desobediencia, no soy sino desventurada; pero mi desventura no ha llegado al último exceso que vos temíais. Estoy aún pura como estaba en vuestro poder y al lado vuestro. Esto es extraordinario, pero es muy consolador y verdadero. Una serie de acontecimientos, largos de contar é imposibles de poderlos confiar á una carta, me han dado amargas aunque provechosas lecciones. Mi vida se asemeja á una novela, y os admiraréis cuando un día escuchéis de mis labios el relato de los sucesos míos desde que os abandoné. Escribidme, madre amada, escribidme, y entonces arreglaré las cosas para que podamos vernos pronto, aquí ó en Quito, que todo será fácil; porque he encontrado un hermano, que sabrá complacerme y os amará también. ¿Os sorprende semejante nueva? Es natural; pero si me contestáis, pronto sabréis que os digo una innegable verdad, y bendeciréis á Dios, que me ha salvado de peligros sin cuento y encaminado las cosas á no esperados fines. He estado en el horno de Babilonia y, sin embargo, no se ha quemado ni una orla de la vestidura de pudor, por el cual mi padre me aconsejó preferir aun la muerte. Casi llegó este

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

extremo, y triunfé. Estoy pura, os vuelvo á asegurar, y sólo ansio verme con vos.

Madre adorada, espero vuestra contestación. Dirigidla á Daule. Si me amáis, perdonadme y escribidme.

Reinaldo os pide perdones, y os saluda afectuoso. Mi hermano desea que estéis con nosotros.

Vuestra apenada y amante

Blanca Rosa».

La joven no quiso cerrar la carta sin que antes la leyesen Reinaldo y María. Reinaldo le dijo que estaba á su sabor y que había interpretado bien sus sentimientos, y María le aplaudió por la sumisión y entrañable amor á Margarita, cualidades que enaltecían á Blanca; porque nada atrae ni conquista más las simpatías y el cariño aun de los indiferentes, como el ver una hija amante, tierna, afectuosa y sumisa. El verdadero amor filial no conoce el orgullo, y es siempre como un niño dócil é inocente.

Al anochecer de aquel día, llegaron Eugenio y Ño Topete con algunos remeros en la chata *Blanca*, y su llegada serenó algún tanto el ánimo de Reinaldo, tan combatido ya de pensamientos tristes y desoladoras ideas. Se dispuso el viaje para el amanecer; porque deseaba llegar muy temprano á Castalia, y las horas para el joven serían eternas con la vehemencia de las averiguaciones.

Cuando vio al anciano Ño Topete, respiró Reinaldo, y apenas abrazó á su viejo mayordomo, lo llevó al silencio del huerto de la orilla, al pie del árbol de las naranjas de oro. Allí, solos los dos, lloró en la soledad el joven, y el antiguo criado le contempló compasivo. Jamás le había visto llorar sino casi siempre reír. Bien conoció que aquel

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

carácter tan impetuoso y ardiente, estaba domándose con la desgracia. Ya Eugenio le había revelado el suceso del día anterior, y No Topete vino para contener á su amo en las primeras impresiones de fogosidad, y revelarle parte del secreto que él sabía cuanto á la suerte de Rogerio, la cual noticia no era muy extensa ni muy completa.

Después de largo silencio, buen criado, ó más bien, padre mío,—dijo Reinaldo,—¿talvez sabes ya lo que me ha acaecido y vienes por consolarme?

Lo sé,—dijo No Topete,—y vengo con el objeto que piensa Su Merced.

—Habla, ¡por Dios!, y no me ocultes nada. Me irritarías el ánimo, si me encubrieras la verdad por matadora que sea. Estoy resuelto á arrancar el secreto á sangre y fuego.

—No os exaltéis tanto, patrón. El tino y la prudencia consiguen más que la impetuosidad y el atropellamiento de las cosas. Yo diré todo lo que conozco de los sucesos del padre de Su Merced. Esto es poco, pero la verdad.

—Te agradeceré mucho. Habla.

—El padre de Su Merced, mi patrón Rogerio, caballero de la Sierra, vino acá muy joven, cuando yo tampoco era muy viejo. Lo tengo presente como si lo estuviera viendo ahora: ojos y cabellos negros como los de Su Merced, iguales, frente como la de la niña Blanca, la misma, alto, gallardo, cortés, trabajador y muy entendido en los negocios. Comerció en varios pueblos y adquirió muchos reales, sí, Señor, muchos reales, y tuvo algunos contratos con Ña Pola, que estaba entonces recién enviudada y con ganas de repetir el santo matrimonio; porque de esto daba visibles señales, y mimaba al patrón Rogerio, y (cosa de no creer) hasta le hacía buenos regalos. El caballerito había sido hábil: supo to-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rear á la vieja (perdone Su Merced), y más bien, (como era natural y lo habría hecho cualquiera muchacho vivo) se enamoró de la Señorita Clara, mujer hermosa, y en el carácter parecida á su prima María, la cual aun no venía al mundo. En esto hizo bien el patrón Rogerio; porque buen tonto hubiera sido en desechar á la hija y quedarse con la madre, sólo porque era rica. Bravo chasco se hubiera llevado, como casi siempre se lo llevan los que se casan con mujeres ancianas, sólo por el hipo del interés, esos mineros de veta vieja, como dice mi compadre Octavio Matamoros. Ña Pola es la mesma avaricia, y, teniéndole ya de esposo, en vez de darle su plata, se la habría quitado la suya al patrón Rogerio, y más con el temor, muy natural en una vieja, esposa de marido joven, de que con su mesma plata requebrase y consiguiese á otra joven como él. Como el Señor Rogerio no se dió por entendido de la pasión que la abuela le tenía, oíga Su Merced lo que sucedió.

Ña Pola, viendo que él no blandeaba con ella, rompió las relaciones de negocios, y le despidió de su casa, cuando ya era tarde la despedida. El joven se había enredado en amores con la Señorita Clara, y se amaban ambos con locura. Ña Pola, con el ahinco de negociar con el patrón Reinaldo, y quedarse con él, como la mejor parte del negocio, no advirtió que su hija Clara perecía de amor por el caballero serrano, y que, sin intentarlo ni pensarlo, era la rival de su propia madre. No atajó la corriente al principio, como aconseja la experiencia en esto de amores, y cuando quiso hacerlo, ya no pudo; porque, patrón, cuando una mujer quiere casarse, no hay más remedio que dejarla que se case, porque, si no, se quema. En fin él propuso matrimonio honrada y rectamente y compró con ella es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tas huertas de cacao, que hoy forman parte de Bellaestancia. La propuesta fue como manda Dios y quiere la santa madre Iglesia, y, con todo, Ña Pola se opuso, y bramó y blasfemó como una condenada. Ni los consejos de los amigos de la casa, ni las reflexiones del Cura de la parroquia, consiguieron nada, y la madre iba á desterrar á su hija á no sé dónde, de concierto con Tiburcio Muro, cuando el patrón Rogerio se robó á la niña Clara y se la trajo acá. Aquí nació Su Merced, y, ni después de nacido Su Merced, quiso Ña Pola que su hija se remediase, por más que el patrón Rogerio pidió que los bendijera el Señor Cura, para seguir viviendo como buenos esposos. ¡Ah! más pudo el capricho de la vieja (perdone Su Merced) que la honra de la hija, y todo se lo llevó el mismo Judas.

Pasaron los meses, y como el patrón Rogerio se enriquecía más y más, fingió Ña Pola que lo aceptaría por yerno (ya que no logró atraparlo para marido), si él hacía donación de Bellaestancia á la Señorita Clara. La intención era dificultar el matrimonio, después de la donación, y quedarse ella con el manejo de la hacienda, y satisfacer así su codicia, si es que alguna vez se podía satisfacer, y al propio tiempo, vengarse del caballero. El patrón Rogerio á instancias de su amante y de acuerdo con ella, hizo la donación en favor de Su Merced, que estaba en la cuna, y creyó dar así pruebas de honradez, y ni esto le valió nada. Disimuló Ña Pola su rencor y venganza, y fingió aplazar el casamiento para veinte días después, exigiéndole que, entretanto, hiciese un viaje á Naranjal, á recibir una fuerte suma de dinero, para lo cual le dio una falsa libranza; que de todo esto sabe la vieja (perdone Su Merced) y de mucho más la condenada. El caballero accedió con buena vo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

luntad y le dio gusto en hacer el viaje en una chata, que se llamaba la *Rumbosa*. Para esto quiso Ña Pola, y porfió hasta conseguirlo, que fuese de piloto Tiburcio Muro, el padre del negro que se crió con Su Merced, y á quien Su Merced trata como á hermano. Le repugnaba al patrón Rogerio llevar de ploto á ese hombre, pero tuvo que llevarlo aunque en compañía de Luis Cortés, padre de nuestro buen Eugenio, y de un José Pierdevida, mozo serrano, paje propio del Señor Rogerio. Este José se había casado, y, de seguida, enviudado en Santa Lucía, quedando con una muchacha tierna, hija única á quien jamás desamparaba. En el viaje con el patrón la llevó también el infeliz. Fueron, además, tres remeros, de los cuales no conocí sino á un tal Blas Tremente, y supe que todos eran de Taura. Iban, según entendí, muy bien pagados. Lo cierto es que la vieja (perdone Su Merced) salió con su intento; porque también salió la chata y no volvió jamás.

Después de algunos días, asomó sólo Tiburcio Muro, molino y descalandrajado, y anunció que la Rumbosa había naufragado en Jambelí y perecido todos, menos él y dos de los remeros tomados á jornal. Su Merced puede ya figurarse la impresión que tal desgracia causó en el ánimo de la sensible señorita Clara, que se veía, antes que casada, viuda y sin honor. Baste decir á Su Merced, que desde el día de la noticia, ni comió, ni habló palabra, por más que Ña Pola la regañaba á todas horas. Ésta fingía sentir por la suerte del futuro yerno, pero decía que se alegraba de que su hija no se hubiese casado con un murmurador. Este último insulto era, porque el patrón Rogerio, sabiendo que parte de la fortuna de Ña Pola fue adquirida de mala fe y dejando á algunas familias sin pan y sin abrigo, le afea-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ba tal conducta y le aconsejaba que restituyera lo ajeno, pues tenía lo bastante con lo propio. Llegó á odiarle también por esto. Al fin de fines, le diré á Su Merced, que la Señorita Clara cambió sus colores rosados en lividez de muerto, y, enflaquecida y muda, se fue apagando como lámpara sin aceite y murió, dejando á Su Merced huerfanito y en poder de la vieja (perdone Su Merced) que no supo educarle, y lo crió á toda leche, dándole gusto en todo, sin contrariarle en nada, para así manejar los bienes del menor y guardarse en sus arcas el dinero que produjo Bellaestancia. Ni más ni menos, esta es la relación, amo y joven mío.

Reinaldo apenas podía respirar, sofocado por sollozos é indignación mal contenida. Dime, buen viejo,—le dijo—, ¿Sabes qué sucedió con mi padre y á dónde fue á parar?

—No sé, patrón. Que él no murió, está claro desde que resulta ser también el padre de la Señorita Blanca, y ésta es hermana de Su Merced, cosa maravillosa, pero de esas que pasan en el mundo. Un recuerdo sí se me viene ahora: como unos dos meses después del dicho naufragio, fui yo á Guayaquil á vender el cacao de esta hacienda, y ahí supe que el patrón Rogerio había estado en esa ciudad muchos días antes y sacado del Banco del Ecuador una fortísima suma en billetes y oro que tenía en depósito, y que luego había desaparecido, sin que pudiesen determinar si esto aconteció antes ó después del naufragio en Jambelí, cosa que supieron muy pocos y casi pasó inadvertida; porque entonces los periódicos no eran, como los de ahora, que publican hasta lo que pasa entre gallos y media noche, y, con el *se dice y se cree*, muelen á muchos prójimos.

—¿Cómo sabré el fin de esta tragedia, buen criado y padre mío?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ña Perpetua es sin duda la depositaria de la segunda parte de esta historia, y la abuela, la vieja (perdone Su Merced) debe saberlo todo.

—Tienes razón. Dime sólo una cosa más; ¿cómo se llamaba la muchachita, hija del buen José Pierdevida, que la perdió en el naufragio?

—Aguárdeseme, patrón..... ¡ya! Manuela se llamaba la chica.

—Basta, Topete; anda y hazme el favor de contárselo á mi hermana y á mi prima cuanto me has referido á mí y con la misma prolijidad.

—Está bien, patrón. Su Merced me defenderá de las iras y venganzas de la vieja (perdone su Merced), si intenta contra mi vida; porque le hago saber á Su Merced, que yo estoy casi convencido de que Tiburcio Muro, el confidente y cómplice de Ña Pola, murió á consecuencia de una bebida que le propinó ella, y lo fue acabando lentamente. Ella sabrá con qué fin se la dió.

—¡Qué horror! Tu no tengas cuidado alguno, hombre excelente. Mi vida será tuya.

LXXVI

Lorenzo da malísimo rato á Ña Pola

Salió Ño Topete á desempeñar la comisión que le encargó su amo, y éste fue á encerrarse en su aposento, y se estuvo en meditar angustioso, donde el pesar y la indignación se alternaban como oleaje hervidor de una mar airada. El sueño no cerró los ojos al joven y, al amanecer, éste estuvo pronto para embarcarse con Blanca y María, á quienes desveló también la relación de Ño Topete. Temían las dos que tan doloroso descubrimiento tuviese un des-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

enlace fatal y que la familia se disgregase como un rebaño de ovejas al bramido de hambriento lobo. Conocían el carácter impetuoso de Reinaldo y su inclinación á la venganza, y aguardaban ansiosas los últimos acontecimientos, sin dejar de orar y pedir á Dios por el remedio de tantas desdichas.

Apenas se anunciaba el alba, cuando se embarcaron todos, y la navegación fue muy rápida; porque, doblado el número de remeros, la chata resbalábase por la superficie de las aguas como un cisne ligero.

Mientras canto, en la noche y día anteriores, después de la partida de Eugenio y Ño Topete, habían pasado algunas escenas en Castalia. Al embarcarse los dos leales criados, se dijeron mutuamente: bien visto, sí se parecen en las facciones, ojos y cabellos. ¡Caramba! ser hermanos Blanca y Reinaldo..... ¡qué cosas pasan en el mundo!

Estas solas palabras, oídas por Lorenzo Muro, que asechaba las acciones de los demás criados, para dar cuenta de ellas á Reinaldo, causaron luego alborotos y angustias en la casa. Muro las había escuchado claramente, oculto entre un cañaveral de la orilla, como tenía de costumbre. Apenas se alejaron Eugenio y Ño Topete, corrió al cuarto de Ña Pola, que dormía la siesta, y, despertándola, como para anunciarla otro incendio, le dijo: patrona, ¿la niña Blanca y el niño Reinaldo no son esposo?

—Indecente y atrevido,—contestó, desperezándose Ña Pola,—¿para semejante adefesio de pregunta, tienes la audacia de despertarme? Cómo se conoce que has alzado el codo todita la mañana, bellaco.

—Contéteme no ma. ¿Etán casao lo do?

—Está loco este negro. ¡Maldito! tan casados están como lo estuvo Tiburcio con tu madre Perpetua.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pue se han casao entre hermanó.

—¡Al fin estás loco ó borracho? ¿qué te pasa, negro mostrenco?

—Pue se han casao entre hermano. No digo ma.....

—¡Pillastre! ¿No vinieron ya casados de Quito? ¿no vinieron contigo? ¿No los viste tú casarse allá? ¿Qué me preguntas, negro inaguantable?

—Yo no lo he vito casase. Vinieron al cuato onde que vivíamo, diciendo que etaban casao; ma ni siquiera dumieron junto lo do. A mí no me conta naa. El patrón, su nieto, ha sío siempre muy amigo de la mujere sin reparé en naa: Lo cieto e que son hermano.

—¿Quién te ha dicho semejante torpeza?

—Yo memo lo oí con mi oído á Eugenio y Ño Topete, que hablaban creyendo que etaban solo. Ya yo tamién sopechaba algo de eto; poque no pareáan casao y aquí nunca dormían junto, y el patrón Reinaldo perseguía á la niña Blanca casi too lo día, y ella se le equivaba y se zafaba de él, y una ve casi se ahoga por no dale guto.

—Estamos en Babilonia, maldito negro? ¡Qué cosas inventas para trastornarme la cabeza!

—Le digo la verdá, poque yo he sío de la confianza del patrón, y, como buen oficial, he hecho la guadia pa ve qué hacían las niñas Blanca y María, y Eugenio y Ño Topete. Yo debía avisá á mi amo, y le avisaba, cuando la niña Blanca etaba sola, solita.....

—¡Qué enigmas ó disparates dices, Lorenzo! Habla la verdad: ¿es cierto lo que acabas de oír á Eugenio y Ño Topete?

—Si e mentila, máteme Su Mereé, Ña Pola.

—¡Bueno! véte, y llámame acá á Ña Perpetua, que la necesito al instante. Cuidado le digas nada

de lo que á mí me has dicho; porque te mato de seguro. ¿Entiendes?

—Etá bien.

Cuando Ña Pola se vio en completa soledad, se entregó á la más viva inquietud. Hubo lividez en su rostro, y los ojos le chispeaban de horror, y la boca arrojaba espuma. Se descompuso y mesó los cabellos, y con la frente dio fuertes golpes contra el tabique que dividía su cuarto del de Violante. Esta acudió á ver lo que pasaba con la abuela, y, cuando entró, tuvo miedo de verla. La anciana se parecía á uno de esos diablos, que los malos pintores ponen en los cuadros del Infierno, que causan risa y miedo á la vez. Estaba en absoluto desconcierto cuando vio á su nieta, á quien quería más que á María, y ya la iba prefiriendo al mismo Reinaldo. Luego exclamó, sin poderse contener: hija, estamos perdidas. Reinaldo se ha casado con su propia hermana.....

—Invenciones de algún loco, abuela; no haga caso de semejante especie,—dijo Violante con la más grande frialdad.

—Hija, es la verdad, y estoy para morirme de horror. Aquí van á bailar los mismos demonios.

—Pero, si el padre de Reinaldo murió en un naufragio, si mal no recuerdo haber oído, ¿qué temo, abuela?

—Así lo he creído yo muerto y sepultado en el seno del mar, como merecía; pero, desde que vino esa maldita serrana, he sentido una inquietud, que no me ha dejado sosegar un solo día, por más que he procurado cobrar calma y reposo. La tal Blanca se parece mucho al padre de Reinaldo, y hasta tiene, como él, un hoyuelo encima del labio, como si adrede se lo hubiesen hecho de recién nacida. En todo me he fijado, y aun la semejanza entre ella y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Reinaldo me ha parecido mucha, y me ha hecho estremecer. ¿No la has advertido tú también?

—Algo semejantes me han parecido los dos; pero, como yo no he estado preocupada con estas ideas, no me he fijado bien en ellos. Lo haré ahora, cuando vengan acá. Creo que vienen á visitarnos. Ud. abuela no se amedrente con vanos temores.

—¡Ah! visita terrible, Violante. Déjame sola, retírate á tu cuarto.

Violante obedeció y fuése entre sorprendida y esperanzada. Si son hermanos, se dijo, es una atrocidad, pero también el matrimonio es nulo, y entonces (no hay mal que por bien no venga) puedo casarme con mi primo, aunque no sé qué me hace y dice el corazón, cuando pienso en mi Trovador.

Ña Pola quedó pensativa y como maquinando algo en provecho suyo, aunque fuese una tamaña iniquidad.

Lorenzo corrió á llamar á su madre y, olvidándose de las amenazas de Ña Pola, reveló á Ña Perpetua lo que él había oído á Eugenio y Ño Topete y cuanto le acababa de pasar con Ña Pola.

Ña Perpetua quedó absorta, boquiabierta y con los brazos cruzados y puestas las manos sobre los hombros. Tomó después una actitud de recuerdo y de temor, y dijo: pobre Tiburcio, si hubieras vivido ..... ahora la víctima soy yo.....

Cuéntame lo que sepa, le dijo Lorenzo.

No—dijo Ña Perpetua—Tú no tienes cosas ocultas con tu patrón, y le revelarás todo. Déjame primero ir á la llamada de esa vieja, la más pérfida del mundo.

Por el camino fue meditando lo que había de responder á las preguntas de Ña Pola; porque, más ó menos, comprendió las averiguaciones que ella le haría y los datos que le pediría, como la esposa que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fue de Tiburcio Muro y depositaria sin duda de los secretos del difunto marido.

Entró al aposento de Ña Pola. Esta sonrió y, contra el natural de su carácter imperioso y despótico, recibió á Ña Perpetua con jamás vista amabilidad. Venga, mi buena vieja,—le dijo,—la contemporánea mía, la viuda de mi Tiburcio. Tenemos que hablar cosas muy importantes y de provecho para las dos, sobre todo para tí de mucha conveniencia.

—Por eso vengo á ponerme á las órdenes de Su Merced,—dijo temblando Ña Perpetua.

—¡Bueno! hija. Yo siempre te he querido mucho, y ahora te querré más, si tienes conmigo entera confianza, sin temor alguno.

—Está bien, y agradezco á Su Mercé.

—¡Bien! pero, antes de que hablemos, tómate una copita de un buen *resacado* que tengo para mi gasto solamente.

—Gracias á Su Mercé.

Ña Pola sacó de una alacena una copa de licor servida ya de antemano, y la puso en la diestra de Ña Perpetua, con muestras de grande cariño.

La madre de Lorenzo la recibió temblando, sin saber por qué.

Feo es tomar una sola,—le dijo,—porque parece que una está viciada del aguardiente. No hay cosa más agradable que decir: ¡salud! ¡los dos! Yo quiero tomar con Su Mercé, pidiéndole perdón del atrevimiento.

—Pues tomemos las dos, hija.

Sacó Ña Pola otra copa y la llenó con el licor de un frasco grande; pero, cuando iba á tomarla, obligando á Ña Perpetua á que apurase la suya, la anciana le dijo con viveza: ¿Su Mercé dice que me quiere mucho?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Es la verdad. Somos una misma cosa.

—Pues, entre dos, que se quieren bien, deben confundirse los corazones y las copas.

Diciendo esto, vertió su copa en la de Ña Pola, y mezclándolas bien, volvió á dividirlas, y dijo: ahora sí, tomemos á la salud de Su Mercé.

Ña Pola quedó lívida y no quiso tomar, y los ojos se le desencajaron de sus órbitas, y calló; pero pronto, serenándose, dijo: eres una atrevida, que supones que yo he de beber del mismo licor que tú bebes, y mezclas las copas, como si las dos fuésemos iguales.

Derramó el licor de las copas en el suelo, y diciéndole: me pagarás caro tu atrevimiento, la despidió con despecho y furor, y se encerró en su cuatro como tigre irritada en su cubil. Pasó la noche en insomnio letal, sin querer que la acompañase Violante. Esta durmió al arrullo de nuevas esperanzas.

LXXVII

Altiveces y miedos de Ña Pola

Pronto Reinaldo y las dos jóvenes llegaron á Castalia. Eran las diez de la mañana, y la hacienda tenía un aspecto de tristeza presagiadora de desdichas. Cuando saltaron todos, en silencio, nadie los recibió. Al acercarse á la casa no se oían sino los interrumpidos gritos de Ña Pola, que llamaba á Lorenzo, la voz de alguna urraca, que parecía contestar á la abuela, el cacareo de un gallo, y, allá lejos, en una huerta, el canto de la negra Calandria, tristísimo y largo, como que se anunciaba á sí misma algún funesto fracaso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cuando el nieto saludó á la abuela, ésta quedó airada y temblorosa.

Violante abrazó á su hermana y recibió á Blanca con algún cariño. Ya no la miró como á rival suya ó la ladrona del amor de su primo.

La Calandria vino corriendo al saber la llegada de sus niñas, y se deshizo con ellas en llanto y finezas.

Parecía que comenzaba á reinar la calma, cuando Reinaldo dijo bruscamente á Ña Pola: abuela, necesito hablaros á solas.

Dióle por fuerza el brazo, y se la llevó á un huerto de frutales. Allí, escondidos y en absoluto solos, se miraron recelosos los dos, suelta ya la abuela del brazo del nieto. Este, mirándola de frente y con ceño, le dijo: ¿es Ud. mi señora abuela, la madre de Clara del Valle?

¿A qué vienen esas preguntas disparatadas? —contestó temblando de furia y de temor. — Ya sabes que tuve la desgracia de haber tenido esa hija deshonrada por un seductor. Soy, pues, tu abuela.

—Soy un monstruo de infamia y de crueldad y de avaricia, debía decir Ud, y no la madre de una joven, á quien hice desdichada por capricho y por cruel placer.

—Me faltas al repeto, muchacho desalmado. ¡Para ésto te mimé tanto!

—Yo no respetaré desde ahora sinó á virtud. Ud. es la personificación de la maldad.

—¿Me insultas, atrevido?

—Sí, me atrevo á preguntarle: ¿qué hizo Ud. de mi padre?

—Alejarlo de aquí para que no manchase más lo honra de mi casa.

—¡Mentira!

—¡Altanero!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Mentira! ¿Qué hizo Ud. con mi padre?

—Qué sé yo á dónde se fué. ¿Era acaso su madre ó su esposa, para saber á dónde se iba? ¡Qué ocurrencia!

—Madre no era, pero quiso ser su esposa.....

Ña Pola palideció.

—¿Qué hizo Ud. con mi padre? ¿Qué infamia cometió contra Rogerio Miño?

Al oír este nombre, la anciana quedó como petrificada. Después quiso hablar, y apenas tartamudeó: ¡ese nombre!

—Ese nombre es del joven representa lo en estos retratos. Mírelos, infame mujer. ¿Lo conoce? Lea el reverso de los dos retratos, y fíjese en la letra y rúbrica, que debe conocerlas mucho. Niegue que es la imagen del mismo Rogerio Miño.

—¿Qué hay con eso? ¿qué culpa tengo yo, para que te atrevas á vejarme, malvado?

—Hay que Rogerio, mi padre, fue también el padre de Blanca Rosa Miño, y que Ud. tiene la culpa de mis amores con ella, por haberme ocultado el nombre de mi padre.

—¿Conque, estás casado con tu propia hermana? ¿Soy yo responsable de los crímenes de tu padre, del raptor de mi hija?

—De todo es responsable una mujer malvada. Una vez corrompida, es peor que un hombre forajido. Es capaz de todo lo malo, con más constancia, tesón, sagacidad, astucia y rencor que un hombre.

—Tu padre es el responsable y tú, también, atrevido, cuyas costumbres estragadas han ido al extremo de enamorar á tu propia hermana, y perderla, y casarte con ella, ya que así lo aseguraste tú mismo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Por dicha, Blanca Rosa Miño está tan pura como salió del seno de su madre.

—Blanca Gortaire, dirás. ¿Te has olvidado que le diste este apellido? ¿Conque casada, y está virgen? ¿Ese milagro ha vuelto á repetirse? ¡Casto José!

—No estoy casado con ella, y, para conservar su honra, oculté su apellido.

—Me has ultrajado, trayéndola acá con el nombre de esposa. Tú sí que eres corrompidísimo mozo, y tienes la audacia de insultarme y me incúlpas los crímenes de tu padre.

—¿Por qué no permitió que él se casara con mi madre?

—Mozo imprudente, ¿qué derecho te asiste para averiguar mis acciones?

—¿Por qué le obligó á emprender un viaje donde debía sin remedio naufragar?

—Por su propio bien y el de tu madre, la engañada Clara.

—¿Por qué naufragaron Luis Cortés, José Pierdevida y una hijita de éste?

—Porque lo quiso el mar, tonto.

—¿Cómo se salvó mi padre? ¿qué fue de él?

—Pregúntaselo al piloto Tibureio Muro, y no me vengas con impertinencias, que ya me tienes fatigada.

—Tibureio murió y talvez envenenado por Ud. misma, mala mujer.

Ña Pola se estremeció y se cubrió el rostro con ambas manos.

Ud—continuó Reinaldo,—ha de responder á las averiguaciones de un hijo amoroso, que á sangre y fuego arrancará el secreto de las infamias de una arpía, á quien, en mala hora, he dado el nom-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bre de abuela. No, ¡cielos! perdonadme, si libro á la tierra de un monstruo que la afea.....

Entraba en furor Reinaldo y Ña Pola comenzaba á desmayarse, cuando llegaron Blanca Rosa y las dos rubias inquietas con la desaparición de Reinaldo y la abuela.

Reinaldo quedó mudo y Ña Pola estaba lorosa y poseída de un temblor general en su cuerpo.

Las jóvenes comprendieron lo que acababa de pasar, y se llevaron á Ña Pola á casa.

Reinaldo no quiso seguirlas: llamó á Ño Topete y á Eugenio, y, acompañado de ellos, se dirigió á la casa de Na Perpetua, sin darse punto de reposo.

LXXVIII

Ña Perpetua y el autor dan completa noticia de los sucesos de Rogerio Miño

Cuando Reinaldo llegó á la heredad de la anciana, ésta quedó temblando.

No te turbes, buena vieja,—le dijo—dime la verdad, y nada tienes que temer. Cuéntame cuanto sepas acerca de mi padre, sin omitir nada.

—Nada sé ni puedo decir á Su Merced.

—¿No eres la viuda de Tiburcio Muro, que fue el piloto de la chata Rumbosa, que naufragó en Jambelí?

—Sí, soy la viuda, pero no sé cómo sería el naufragio de que habla Su Merced.

—¿Conque, nada sabes?

Dijo Reinaldo y, arrebatado de furor, sacó su revólver en actitud de amenaza. La vieja lanzó un grito de horror, y Topete y Eugenio contuvie-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ron, con razones y súplicas, á su amo. Este cedió y esperó un instante.

¿Conque, nada sabes?—le volvió á repetir.

—Por Dios y el ánima de la niña Clarita,—dijo Perpetua,—no me mate Su Merced. Yo le contaré cuanto sé y me contó el mismo Tiburcio Muro. ¡Por Dios!, niño, no me mate.

—Déjate de miedos, y revélamelo todo.

—Lo haré, aunque con la seguridad de morir.

—¿Por qué, pobre anciana?

—Porque de que sepa Ña Pola, que yo le he revelado á Su Meregé el secreto, me envenenará.

—Ese es un vano temor tuyo.

—Es verdad y no temor; porque ya una vez intentó darme veneno, para así matar el secreto, que ella sabe que lo poseo tan sólo yo, por habérmelo contado todo mi marido. Sospecho que aun á éste le dio un veneno que lo matase poco á poco, todo de miedo de que algun día se descubriesen las cosas.

—Pues tú nada temas. Yo seré tu defensa, y nada podrá esa mujer. Además, te premiaré muy bien, si dices la verdad.

Se reanimó Ña Perpetua, y la esperanza de la recompensa desterró el temor.

En sencillo y natural lenguaje, pero con repeticiones de lo mismo y relación de cosas extrañas al naufragio, contó Ña Perpetua lo que sabía. Nosotros lo referiremos en compendio, añadiendo, para cabal noticia del lector, lo que hemos averiguado y no pudo saber la madre de Lorenzo.

Deseando vengarse de Rogerio, porque no quiso casarse con ella y prefirió enamorarse de Clara, Ña Pola meditaba la perdición del joven. Veía, además, que éste se enriquecía y que, al llegar á ser su yerno, llegaría también á ser su heredero, co-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sa con que no podía conformarse jamás. Concertó con Tiburcio Muro, hombre malvado y ardidoso, la manera de zafar del futuro yerno, según ella se expresaba. Muro lo arregló todo á su sabor y trató con otros hombres, tan bandidos como él, para que le sirviesen de remeros. Rogerio Miño, sólo por complacer á su futura suegra, se embarcó en la Rumbosa, y emprendió el viaje, llevándose la libranza, que él creyó verdadera, para exigir el dinero á un Señor Ordóñez, que residía en Naranjal. Como amaba mucho á sus dos pajes, Luis Cortés, dauleño, y José Pierdevida, á quien había llevado de Latacunga, quiso que en todo caso le acompañasen ellos, aunque con disgusto de Ña Pola y Tiburcio, que creían inútil y costoso el llevar criados para una diligencia de pocos días.

Rogerio partió triste, después de abrazar á Clara, próxima á ser su legítima esposa, y dio en la boca sonrosada del tierno Reinaldo un casto y sabroso beso. El niño sonrió dulcemente con su padre, y éste, durante la navegación, iba con el pensamiento contemplando la última sonrisa de su pequeñuelo.

Ña Pola, al despedirse de Muro, le dijo al oído: Si vuelves dejando á ese hombre en el fondo del mar, serás dueño de la huerta de cacao, que quieras escoger, y el secreto de la muerte de ese traidor quedará sólo entre los dos. Si tú lo das siquiera á traslucir, te envenено, y, si yo digo algo contra tí, ó no te cumplo la oferta por tan importante comisión, me matas.

Tiburcio partió, dándole la seguridad del suceso. Rogerio iba entregado á melancólicos pensamientos, y su navegación fue tranquila hasta que entró al golfo de Guayaquil. Desde entonces comenzó á sospechar algún fracaso; porque notaba

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que el piloto hablaba en secreto y con frecuencia con Blas Tremente y los dos desconocidos remeros, mulato el úno y, el ótro, de raza india pura. Se trataban sólo por el apodo de cada uno, llamándose Iguana éste y Oso el primero. Tenían caras de Caifás el úno y de Judas el ótro, y su presencia infundía á Reinaldo repugnancia y fastidio. Eran, pues, aquellos hombres verdaderos anunciadores de oculta maldad.

Después del día, navegábase en una noche de luna menguante, algo cerca de la orilla, y el mar estaba picándose, según la expresión de Luis Cortés. Reinaba un silencio profundo y pavoroso, y la escasa luz de la luna iba desapareciendo entre nubes cobrizas, tristes como los pensamientos de un desterrado. Los árboles de las playas vecinas parecían fantasmas de la noche y, en lontananza, se divisaban relámpagos siniestros, pero sin tempestad.

Rogerio dormía en el fondo de la chata, y sobre sus rodillas descansaba, también dormida, la tierna Manuela, hija de José. Este, aunque vigilante en el peligro, se dejaba á intervalos vencer del sueño. Cortés, más avezado á las vigilias, estaba despierto, y no sé por qué, lleno de ansiedad. Tiburcio y sus remeros fumaban sendos cigarros con la más grande tranquilidad á pesar de que las olas se hinchaban poco á poco. De súbito la Rumbosa comenzó á hacer agua, sin que apareciese la causa de tan inesperado accidente, y en rápidos instantes quedó casi toda inundada. En medio del conflicto, José, casi con invencible somnolencia, se puso de pies, vaciló con todo el cuerpo y cayó en el mar, de cabeza, como si un vértigo le hubiese acometido. Todo fue en un momento: José, ignorante en el arte de nadar, se ahogó ahí, junto á la chata, y Cortés, como inspirado de compasión, tomó casi inconscientemente en el bra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

zo izquierdo á la tierna Manuela, y echó á nadar hacia la orilla, en medio de las tinieblas; porque ya la luna se había ocultado del todo. Rogerio, diestro nadador, siguió tras de Cortés, y ambos, animándose mutuamente lograron salvarse. Fue tal la confusión, que no se conocían los mismos remeros y levantaban lastimoso vocerío. Tiburcio Muro, creyendo que Rogerio era el que nadaba junto á él, dióle con el machete tan recio golpe, que le hendió el cuello á su mismo cómplice Blas Tremente, el más perverso de todos los tres asalariados, y siguió bizarramente con los demás hasta ganar la orilla. Tremente fué al instante devorado por un tiburón.

La Rumbosa desapareció de la superficie del mar y los náufragos se agruparon en tierra, mojados y despavoridos, llamándose por sus nombres, sin conocerse todavía los unos á los otros; porque la obscuridad se condensaba más y más. Tentáronse mutuamente para saber quienes eran los salvados de las olas.

Cuando Tiburcio oyó la voz de Rogerio, y vio que éste se había salvado, perdió casi el juicio, de pena, de despecho y de furor consigo mismo, y comprendió que su víctima había sido Tremente, el infortunado cómplice del crimen. Luego conoció también á Cortés, y entonces su desilusión tocó en oculto y rabioso extremo. Cuando á los malvados se les escapa la presa, suelen entrar como en furor y venganza, y encrudecerse más y obstinarse en la prosecución de sus criminales intentos. Tiburcio, nadador insigne, como lo eran igualmente los remeros, creyó que Rogerio y sus dos pajes perecerían; porque ignoraba que el patrón y Cortés eran ejercitados en el arte natatorio. Sólo el buen José pereció como leal compañero de su Señor. Este, con Cortés y la huérfana Manuela, llegó á un rancho de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pescadores, que estaba abandonado, y se albergó en él, lleno de pesar y congojas, sin poder decir ni hacer nada á consecuencia de la obscuridad espantosa. No sabía á qué atribuír el repentino naufragio y hundimiento de la Rumbosa, aunque barruntaba algun crimen oculto, sin atreverse á manifestar recelo alguno á los bandidos remeros y su Capitán, los cuales se retiraron, fingiendo buscar otro rancho en donde recogerse.

Era profundo el silencio de la noche, y sólo á veces se oía el golpear de las olas en la playa. Rogerio yacía entristecido en el fondo del rancho con la salvada Manuela, que dormía profundamente, mientras Luis Cortés, cuidadoso de la vida de su amo, contra quien temía alguna celada, estaba de centinela, á la puerta, queriendo ver y observar en medio de las tinieblas.

Reinaba el horror con absoluto imperio, cuando, de improviso, Cortés cayó en tierra al golpe de un puñal, que le quedó clavado en medio del corazón. La caída hizo levantar á Rogerio con velocidad y sorpresa inauditas. Tentó en el bolsillo su revólver, y no lo halló, y mientras se inclinaba para buscarlo en el suelo, sonó un tiro de carabina, cuya bala pasó rozándole apenas los cabellos y dejándolos levemente quemados.

Volvió á reinar el silencio, y Rogerio, con pesar imponderable, sintió que sus pies resbalaban en la caliente sangre de su leal criado. Manuela dormía aún, como si el ángel que la custodiaba, le hubiese cerrado suavemente los oídos, para que no despertase de su sueño de inocencia.

Rogerio esperó la primera luz del día, y las dos horas que faltaban para clarear la aurora, le parecieron á él dos largas noches. Al fin amaneció un día sereno, y Rogerio vio á sus pies tendido el cadáver

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de Luis Cortés. Lo contempló largamente y sollozó, y tomando en sus brazos á Manuela, que le miraba y quería llorar, sin poderlo hacer de espanto, salió á recorrer la playa y llamar á Tiburcio.

La playa estaba desierta, y el piloto y sus aparceros habían desaparecido. Rogerio no dudó ya de que ellos eran los criminales y asesinos de Cortés, y que, á favor de las sombras, se habían deslizado silenciosos hasta llegar al rancho, sin ser sentidos, y dar á su paje certera puñalada, y luego matarle á él mismo. Rogerio no se engañó, porque así fué en efecto: Tiburcio Muro, viendo tan mal desempeñada su criminal comisión, determinó asesinar al patrón, ya que el paraje y la hora lo favorecían grandemente. El anhelaba llegar solo á dar la noticia del naufragio y asegurar que el amo había perecido. Para esto era preciso matar también al criado Cortés y regalar á uno de sus cómplices la pequeña Manuela. Todo se concertó entre los tres, y con la oferta de la paga y el adelanto de parte de ella, se perpetró el crimen, pero no en toda su extensión. Cuando cayó Cortés y descargaron la carabina dentro del rancho, retrocedieron los bandidos espantados de su propia maldad, y sin acordarse de que dejaban allí á Manuela.

Echaron á andar, como si los persiguiese ya la justicia, y se retiraron con la persuación de haber asesinado á Rogerio y su paje. Cuando se acordaron que habían dejado á la niña, quisieron volver al rancho; pero, acobardados ya, desistieron de su intento, y caminaron con rapidez, haciendo en un solo día, doblada jornada, á pie, medrosos y por sendas extraviadas. Iban con mutuo recelo unos de otros; porque el crimen hace á los hombres aparceros, pero nunca amigos.

Rogerio, llegándose á la orilla del mar, acer-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tó á pararse frente al lugar del naufragio, y divisó el cadáver de José que se hundía y levantaba, juguete de las olas. Su vista le consternó, y apoyándose en un peñón de la playa, se sentó desconsolado, con Manuela entre los brazos. Una hora permaneció en esta actitud, y cuando se pasaron algunos minutos de la segunda hora, y empezaba á desesperar y enloquecer Rogerio, y lloraba ya inconsolable Manuela, asomó á la distancia un pailebote, cuya aparición reanimó al solitario caballero, que, sacando su blanco pañuelo, hacía señas continuadas, llamando con instancia. La embarcación viró en dirección á la playa, y á pocos instantes estuvo cerca de Rogerio. Este, desde la orilla, hizo á los navegantes breve y clara narración de cuanto le había sucedido.

El Capitán del buque, de apellido Garaicoa, joven amable y culto, y dos caballeros más, saltaron á la playa y fueron con Rogerio á visitar el rancho de la desgracia. Allí encontraron el cadáver del leal Cortés, padre de Eugenio, ya muy desangrado y lleno del polvo que comenzaba á levantarse con el viento. Cavaron la tierra y le dieron sepultura, cuidando Rogerio de señalar el paraje con una tosca cruz de palos de mangle, que le ofreció la casualidad. Cuando regresaron á la orilla y Rogerio quiso buscar el cadáver de José, para darle también sepultura, ya éste había desaparecido para siempre.

Cuando bajó la marea, apareció la Rumbosa encallada en la arena, y llegándose á ella, en canoas, Rogerio y sus nuevos compañeros la examinaron detenidamente, y vieron que, en su fondo, toda ella estaba barrenada con extrema habilidad.

Los viajeros del pailebote acogieron al náufrago y la chica Manuela, y con próspero viento llega-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rón á Guayaquil. Allí Rogerio, sin revelar á nadie su desgracia, y convencido de que ella era el resultado del odio implacable de Ña Pola, recogió del Banco el dinero que tenía depositado, y volvió á embarcarse con rumbo al Sur, persuadido ya de que su enlace con Clara del Valle era imposible. Lloró al recuerdo de su amada y del fruto de su amor desventurado, y, consiguiendo otro paje que cuidase de la tierna Manuela, se ausentó para siempre de la Costa. Al pasar cerca del Naranjal, averiguó por el Señor Ordóñez, el supuesto deudor de Ña Pola, y supo que ya no vivía allí por haberse ausentado un año antes. Esto volvió á persuadir á Rogerio de que la madre de Clara era la única autora de sus desdichas y que había querido darle por tumba el mar.

Rogerio viajó después por el Perú, donde engrosó el caudal de su fortuna, y regresando á su patria por la provincia de Loja, llegó á Quito. Aquí se casó con Margarita, á quien entregó, como prenda de cariño, á Manuela, la hija del fiel y desgraciado José. Después de un año le nació la bella y desventurada Blanca Rosa.

LXXIX

Ña Perpetua refiere la muerte de su esposo Tiburcio

Ña Perpetua cuando terminó su relación hasta el punto de la puñalada y el tiro de la carabina, se quedó en silencio y llorando. Animada por Reinaldo, para que terminase su relato, añadió: después de pocos días asomó aquí mi marido y dio la noticia de que habían naufragado todos, salvándose casual-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mente él con el remero Iguana y el Oso. Aseguró que la Rumbosa fue por completo absorbida de las olas en una borrasca, cual no se había visto nunca y derramó algunas lágrimas, y todos le creyeron, patrón Reinaldo, y hasta yo misma le creí, y Tiburcio supo guardar el secreto hasta la víspera de su muerte. Yo lo único que tuve fue sospechas, viendo que Ña Pola, que no da un grano de maíz al gallo de la Pasión, y es la mujer más tacaña de estas tierras de Dios, le hizo donación á mi marido de esta huerta de cacao, que ve Su Merced. Pero, como Dios no quiere que las cosas queden guardadas para siempre, sucedió, patroncito, que mi Tiburcio, que meses antes iba consumiéndose lentamente, desde el día en que la abuela de Su Merced le dio una bebidita de cariño; dos días anteriores à su muerte, soñó que los mesmos diablos se lo llevaban como embarcado en la Rumbosa, y que navegaba en un mar de fuego. Aterrorizado con esto, que dijo ser la verdad, llamó al Señor Cura, y se estuvo con él toditito un día, pues cincuenta años no se había confesado el condenado. Después me llamó, y me refirió á mí también, como al confesor, cuanto acabo de contarle á Su Merced. Me dijo, además, que durante mucho tiempo, había dudado si el primer muerto fue el patrón Rogerio ó talvez el paje, ó si murieron ambos, á puñal el úno y á bala el ótro; porque, ofuscado con el crimen, creyó que todo le había salido á deseo. Añadió que después, no apareciendo ninguna de las dos víctimas, estaba convencido de que ambas perecieron en el rancho de pescadores. *Ña Pola* quedó, asímismo, segura de la muerte del patrón Rogerio, y, gratificando á Tiburcio, le cerró la boca, y él, hasta cerca de su muerte, se guardó el secreto. Entonces, cuando la conciencia no le sufría dejar oculta tan grande maldad, tuvo el des-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

graciado que declarármela, para que yo supiese lo que me hacía después. Tiburcio murió con señales de arrepentimiento, y, clavando en mí una mirada de angustia y de dolor, que aun ahora me estremece, cerró para siempre sus ojos.

Me quedé, niño Reinaldo, muy consternada al saber que yo había sido esposa de un asesino y que poseía una huerta que era precio de sangre. Esta idea no me ha dejado tranquila hasta este momento, en que Su Merced me arranca á la fuerza la revelación de los hechos. Aunque soy negra, ponderaba bien el crimen de mi esposo, y me dolía que el único hijo, que de él me quedaba, se pareciese tanto á su padre, que fue para mí un pésimo marido, de esos que no le hablan á una sino con el palo y el machete ó solfeándole con el bejuco.

Pasados algunos meses, Ña Pola quiso que yo le devolviera la huerta de cacao, que dio á Tiburcio en donación, y que yo fingiera que se la volvía á vender; y, como me negué á obedecerle, me amenazó quitármela, alegando que Tiburcio murió debiéndole una cantidad considerable, cuyo documento tenía ella guardado, y aun un día me enseñó el manuscrito y la firma de mi marido, que no entendí, por la sencilla razón de que no sé leer. Como conozco la codicia de Ña Pola Aguirre, temí que cumpliera la amenaza, y, para no quedarme de mendiga, le declaré que yo también sabía el secreto de sus maldades y la historia de la desaparición del Señor Rogerio, pues yo le he tenido por muerto y perdido en la mar. Ña Pola, con mi noticia, quedó más muerta que viva, y desde entonces no me ha vuelto á decir palabra, y yo he seguido guardando el secreto, aunque con pena y vergüenza de poseer una huerta, que me recordaba los crímenes de Ña Pola y mi marido, cuya sombra se

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

me ha figurado ver á veces vagando triste por entre estos árboles sombríos. Esta es la verdad de todo, patrón Reinaldo. Ahora sólo le diré una cosa: cuando vino Su Merced con la niña serrana, y la fuí á saludar y conocer, me dio no sé qué el verla, porque es *cara cortada* (1) del patrón Rogerio. Desechó como tentación el pensamiento de que fuese hija de él; pero, siempre que he visto á la señorita Blanca, se me ha vuelto á ocurrir lo mismo, hasta que mi hijo me cuenta que Su Merced y ella son hermanos. No tuve dificultad en creerlo, y así me expliqué los vuelcos que tuve en el corazón, la primera vez que conocí á la linda serrana y el cariño que concebí por ella, como si ya hubiera sabido que era hija del patrón Rogerio, á quien quise yo mucho, pero mucho; porque, como Su Merced, era bueno, generoso y compasivo.

Ña Perpetua se puso á llorar.

Reinaldo la consoló y le dijo: No llores. Sabe que te quedo grato por la sinceridad con que me has contado las desgracias de mi padre. Yo no quiero que sigas poseyendo esta huerta, precio de sangre, como has dicho muy bien. Déjala en poder de Ña Pola, para que se llenen sus infamias y vil codicia. Yo te hago, desde ahora, donación de otra huerta mejor en Bellaestancia, á donde irás á vivir más tranquila y libre de las asechanzas de esa mujer malvada.

Dijo Reinaldo y dejando á Ña Perpetua entre llorosa y consolada, regresó con Eugenio y Ño Topete á dar cuenta, á Blanca Rosa y las dos rubias, de cuanto acababa de descubrir.

---

(1) Frase muy ecuatoriana, que quiere decir que una persona es de idéntico rostro al de otra, con semejanza admirable, como si la cara hubieran cortado del cuello de un sujeto y colocado en el de otro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ño Topete dijo: primera vez que todos los juicios temerarios que yo hacía respecto de esta vieja (perdone Su Merced, patrón Reinaldo) han sido la misma verdad. Lo que yó sabía y lo referido por la anciana Perpetua, lo están confirmando. No hay injuria mayor para una mujer jamona que verse despreciada de un mozo, á quien ella tenga por cosa hecha llamarlo suyo, ni hay trabajo que más angustie á una persona avara, como la idea de qué sus riquezas pasen al poder de quienes más aborrece. En Ña Pola, en esta vieja del diablo (perdone Su Merced) se han reunido lo uno y lo otro, enamorada y codiciosa al mismo tiempo, fuego y nieve. Demontre de vieja, que ha dado origen á cosas que á uno le horripilan.

Eugenio, con el relato de Ña Perpetua, volvió entristecido, sabiendo ya de modo seguro, los sucesos y el fin trágico de su padre Luis Cortés, de quien apenas había sabido antes, en confuso, que murió por servir al padre de Reinaldo. La imagen del cadáver de Luis tendido en la playa, rígido ya y polvoroso, no se apartaba de la imaginación de Eugenio, y éste, entre lloroso y resuelto, dijo á Ño Topete: lo que mi padre hizo por el patrón Rogerio, puede ser que yo haga por el patrón Reinaldo, á quien no abandonaré jamás y acompañaré á donde quiera, aunque sea á morir.

La tarde declinaba ya.

LXXX

Del suceso de la Calandria

Ña Pola estaba en su aposento con las tres jóvenes, acriminando á su nieto de desalmado y hombre corrompido, dado al juego, á mujeres y pasatiempos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Le faltaban dicterios y le sobraba voluntad para llenarle de insultos. Cuando oyó la voz de Reinaldo y supo que venía de la casa de Ña Perpetua, un súbito terror se apoderó de la abuela: perdió todos los bríos; se acabó la altanería, y, suplicante y humilde, rogó á sus nietas y, sobre todo, á Blanca Rosa, que fuesen sus ángeles de salvación; porque, trocado el cariño en odio y venganza, Reinaldo, con la impetuosidad de su genio, se dejaría arrastrar á los mayores excesos.

Al oír á Reinaldo, salieron Blanca Rosa y las rubias á recibirlo, y llevándolo á su gabinete, oyeron estremecidas la relación del naufragio y de las maldades de la abuela. Reinaldo, en la enajenación de su furor, quiso pasar al cuarto de Ña Pola; pero Blanca Rosa le desvió de ese intento. Blanca Rosa, desde aquel día fue como el genio tutelar de Ña Pola, y su consuelo y amparo, con tan buena voluntad y hasta cariño, que la misma pérfida anciana tuvo que confesar, que la hermana de su nieto era mujer angelical, y debía estar verdaderamente pura é intacta. La alabanza de los perversos es el mejor tributo que se rinde á la virtud, y cuando los malos confiesan las virtudes de los buenos, triunfa la verdad como la luz en medio de las obscuridades.

Ña Pola, desde el día de los descubrimientos, pasó, como presa voluntaria, encerrada en su habitación, sin dejarse ver del nieto, á quien llegó á tener invencible terror. Sólo sus nietas y Blanca Rosa entraban á verla y consolarla. Blanca Rosa contenía las impetuosidades de su hermano; María acompañaba con frecuencia á la abuela y Violante no la desamparaba jamás. A las dos primeras movía su virtud y el deseo de convertir á una mujer tan perversa como desgraciada, y la compasión les ins-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

piraba cariño y daba expresiones de esperanza y consuelo. La última servía y acompañaba á la abuela con el deseo de agradarle y hacerse necesaria, y granjear así mayor parte de herencia. Tales cosas decía y hacía Violante, que, al fin, logró esclavizar á Ña Pola. Bien quisiera la rubia que Blanca Rosa y María entrasen raras veces á visitar á la abuela, y pretextaba que la anciana deseaba sólo silencio y descanso.

Los días posteriores á la revelación de Ña Perpetua, pasó Reinaldo como poseído de frenesí, y el recuerdo de las desgracias de Rogerio no se le apartaba de la mente, y la consideración del fin prematuro y lamentable de la deshonrada Clara, le avergonzaba y afligía sobremanera. El pensar que Blanca Rosa, su hermana, pudo también haber sido su consorte, en lazo criminal, se le volvió tema tenaz y funesta. El joven pasaba una existencia de hastío, y algo grande, que desviara sus pensamientos lúgubres y le llamase la atención á otra parte, anhelaba y quería. Sólo las conversaciones con Blanca Rosa y María solían tranquilizarlo algunos ratos. Estaba melancólico, y á la pasión amorosa, que hasta entonces había sido su tirana, sucedió el deseo de vengarse de su propia abuela. La venganza, con más poder y agitación que el amor, roba á sus esclavos el sueño y la quietud.

Otro suceso contribuyó también á agriar más el ánimo de Reinaldo, y llenó de pena y terror á los habitantes de Castalia.

Una mañana, en que Blanca Rosa y María llegaban á la orilla del Daule, para bañarse, junto á sus palmas preferidas, vieron en un recodo del río un objeto que remolinaba con violencia, envuelto en un paño negro. Desde la margen le atisbaba una bandada de gallinazos, y si algunos se lanzaban sobre

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la presa, desistían de su deseo; porque, moviéndose ella sin cesar, no les dejaba hacer asiento.

Asustadas las dos jóvenes, retrocedieron poseídas de terror, aunque ignoraban lo que era motivo de su miedo. Llamaron á la Calandria, y ésta no contestó, y como nadie acudiese á sus voces, fueron á verse con Eugenio y Ño Topete, y los condujeron al paraje donde seguía remolinando el objeto desconocido.

Cuando los dos hombres entraron al río, y arrancando el negro paño, que envolvía al bulto, dieron un grito de terrible sorpresa, Blanca Rosa y María, involuntariamente, se alejaron de la orilla, dando un alarido, sin saber porqué. Luego volvieron á acercarse y preguntaron qué sucedía.

Niñas de mi alma,—dijo Ño Topete,—qué ha de suceder sino que aquí está ahogada y con lazo en el cuello la misma infeliz Calandria.

Las jóvenes dieron un plañido y, desesperadas, quisieron entrar al río, cuando ya Eugenio y Ño Topete sacaban el cadáver de la joven negra, tan excelente como desgraciada. Blanca Rosa y María la lloraron desconsoladas y llenaron de gemidos la playa.

Reinaldo, Violante, y todos los criados y peones de la hacienda corrieron al lugar del llanto y contemplaron tristes el cadáver de la pobre Calandria. Sólo faltaba Lorenzo Muro, el paje preferido de Reinaldo, y el enamorado de la difunta negra. Cuando el patrón preguntó por él, Ño Topete y algunos peones aseguraron que no había aparecido desde la tarde anterior, y Manuel, el esposo de Rosario, dijo que días antes le había oído hacer juramentos de vengarse de no sé quién, y la misma Rosario contó que la Calandria le había dicho iba á dejar la hacienda y retirarse lejos, para evitar que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lorenzo la requebrase, á todas horas, y á veces la amenazase, exigiéndole que lo había de querer por la razón ó la fuerza, como si ella fuese peseta chilena. Que la oyó decir que, en vez de amar á Muro, le odiaba por blasfemo y mal hablado, y torpe partidario del tarconismo, y que sólo el amor á las niñas Blanca y María era lo único que la detenía en Castalia.

Esto es todo lo que se dijo y supo. Blanca Rosa hizo traer una sábana limpísima, y envolviéndo en ella el cadáver de su llorada negra, dijo con dolor: ¡pobrecita! ahora me acuerdo que, ofreciéndome yo para ser su madrina, cuando ella se casase, me contestó que había de ser la madrina de su mortaja. Ved como se han cumplido las palabras que yo tomé como burla de la Calandria.

El acontecimiento consternó á cuantos lo supieron. Bartolomé y Marta, padres de la difunta negra, con sus clamores y gemidos aturdieron la playa, y tales quejas exhalaron y tan conmovedoras palabras dijeron, que arrancaron lágrimas á Reinaldo é hicieron llorar á las jóvenes, á Eugenio, Xo Topete y los peones. Bartolomé, ayudado de algunos compañeros, cargó el cadáver de su hija, y lo llevó al pueblo para las averiguaciones y pesquisa del crimen.

En esos primeros días, por más que se procuró ocultar, se divulgó que Reinaldo y Blanca Rosa eran, más bien que esposos, hermanos, y que nunca se habían casado, creyendo esto unos pocos; porque la mayor parte aseguraba que, á sabiendas de ser hermanos, se habían casado, y seguían viviendo juntos, y añadían invenciones atroces, según que á cada uno le sugería su malignidad ó agudeza de ingenio para reír y tener de que conversar.

Estos rumores, que llegaron á oídos de Reinaldo, acibararon más su corazón, y, para acallarlos y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

alejarse algún tiempo del teatro de sus disgustos, se decidió á tomar parte activa en la revolución que entonces, como chispa eléctrica, se comunicaba del uno al otro extremo de la República, á consecuencia de la ya insoportable y estúpida dominación tarconista, á cuyo inmerecido enaltecimiento, como ya sabemos, había contribuído Reinaldo con su persona y dinero. Viendo, pues, el hermano de Blanca Rosa las desgracias de la patria y meditando en ellas y uniéndolas con las propias suyas, se decidió á afiliarse en el bando revolucionario y á libertar el país de un yugo vergonzoso ó morir, como bueno, en defensa de una causa justa. Con tal intento se despidió de su hermana y de sus dos primas, pretextando que iba á Colimes á un negocio de importancia. Advirtió á María que llevase á Blanca Rosa á Bellaestancia, si Ña Pola se portaba, como antes, poco atenta y displicente con ella. Se despidió con lágrimas, y queriendo dejar al fiel Eugenio en Castalia, nunca lo pudo conseguir. El leal criado, conociendo el verdadero fin de la separación de su amo, le encareció y rogó que le llevase, ya que tan probada tenía su fidelidad. Reinaldo accedió á los ruegos de Eugenio, y cuando quiso llevar también á Lorenzo y averiguó si había aparecido ya, supo por los peones de la hacienda que desde la muerte de la Calandria no había vuelto más, y más bien habíase partido el ingrato negro á ser otra vez alta en uno de los batallones del dictador Tarcón. Tanta deslealtad desabrió más el ánimo del antiguo Capitán y no dudó ya de que Muro era el matador de la Calandria y el pobre Pablo Eusebio.

Ña Pola, con la ausencia del nieto, respiró un tanto y salió de su encerramiento, recobrando su imperio y altivez, y aunque se enfrió mucho su forzada consideración por Blanca Rosa, no quiso que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se alejase de su lado, de temor á la vuelta de Reinaldo. Blanca Rosa y María accedieron por compasión y creyendo en el pronto regreso de su hermano y primo.

Ña Perpetua, viendo ausente á su protector, se ocultó hasta que él regresase, y Ña Pola, alegrándose de no ver más á la depositaria del terrible secreto de sus maldades, tomó posesión de la abandonada huerta de cacao, vengándose así de las revelaciones de Perpetua, y afanándose de recaudar su propiedad antigua y aumentar sus bienes, aunque fuese con un óbolo más, ya que era insaciable su avaricia.

Blanca Rosa y María, entretanto, estrecharon más el lazo de unión y mutuo cariño, y entregadas al estudio, la costura y los recuerdos de las cosas acaecidas en casi cinco años, ya en el silencio de su gabinete, ya junto á las palmas confidentes de sus secretas conversaciones, pasaron esperando la vuelta de Reinaldo. Blanca Rosa, con la falta de su hermano y sin recibir la contestación de las cartas escritas á Margarita, pronto volvió á llenarse de su habitual melancolía.

LXXXI

Combate de Pozos Muertos

El Antiguo Capitán de Tarcón, ayer partidario del hombre, en quien creyó que consistía la ventura del Ecuador, y hoy enemigo acérrimo del vulgarísimo tiranuelo de los pueblos, del devastador de las provincias, del cómplice en extraña sedición, donde derrochaba los caudales de la patria, expo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

niéndola á una guerra internacional, que acabase con su autonomía, voló á incorporarse con uno de los tercios revolucionarios más próximos á Daule. Fue recibido en él con aplauso y cariño; porque era reputado como joven de probado valor y lealtad. El bravo Cornejero, inteligente Jefe de los revolucionarios, le recibió con distinguidas señales de aprecio, y le confió el mando de una columna de voluntarios y valerosos jóvenes, algunos de ellos de nobilísimas familias. Reinaldo aceptó el mando y aún la denominación de Comandante, pero ni siquiera quiso recibir un caballo para su servicio. El, con su dinero, hacía los gastos para su persona y la de Eugenio, y aun subvenía con largueza al pago de las raciones y sustento de sus soldados. El encendía ó inflamaba el valor de la juventud que le cercaba con entusiasmo, esperando el ya próximo combate.

En todas partes, sin tregua ni descanso, humeaba la pólvora de la guerra fratricida, por redimir el país de una ignominiosa servidumbre. En nombre de la libertad se perseguía, atormentaba ó desterraba á los infelices ecuatorianos, cuyos verdugos eran no sólo sus mismos hermanos, los tarcontistas, sino también un enjambre de extranjeros de la peor estofa, á quienes el necio dictador gratificaba con abundante soldada, mientras á los suyos contentaba con miserable ración y mentidas esperanzas. Los soldados mercenarios eran el azote de los pueblos, y talaban las poblaciones por donde iban como nube de langostas. La violación obtenía premios, grados militares la calumnia, recompensa pecuniaria la traición, y alabanzas el que no daba cuartel á los rendidos, después de una batalla. Nadie tenía voz para quejarse y era como prisionero el pensamiento; porque la libertad de imprenta, convertida en sarcasmo, fue don especial para los palaciegos,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que habían como comprado el privilegio de calumniar á sus adversarios y llenarlos de improperios, y escribir sandeces contra la religión y la virtud. Los periodistas tomados á salario, eran los únicos que levantaban la voz, en todas las formas y tonos posibles, desde lo gemebundo hasta lo encomiástico, para llorar las sediciones que ellos mismos ó inventaban ó en realidad provocaban con sus infamias, ó celebrar á su caudillo, tan viejo en las revueltas políticas como en sus suspicacias y ambiciones desastrosas. Los escritores de la hampa encumbraron á su Señor más allá de la luna, en un astro desconocido, donde debía convertirse en su dios y genio tutelar. Los aduladores llegaron á deificar al miserable Tarcón, aun conociendo en él nulidad innegable. Para no confesar su voluntario error, creían acertado envolverlo en elogios de su inepto jefe, y volvían á engañarse á sí mismos, dándole cualidades y virtudes fantásticas, y pintándole, ante otras naciones, como un varón de la talla de los gigantes de nuestra emancipación de España: á tanto habían llegado la vileza y ceguedad de la lisonja recompensada.

Así la ambición de Tarcón llegó á colmo de delirio, y los perversos, que supieron explotarla en su provecho, le hicieron creer que había sonado la hora hórada en que iba á recontituírse la Gran Colombia, de la cual él iba á ser el caudillo y el héroe. Le asfixió la adulación, le hinchó la soberbia, se alucinó su propia mente, nada ilustrada y sin luces, y se convirtió en tiranuelo, aunque vulgar y despreciable, siempre pesado y oprobioso para la patria, á la cual oprimían no uno sino muchos déspotas corrompidos y de la más baja esfera, y cada población tenía el suyo, desde la humilde aldea hasta la villa de cantón ó ciudad de provincia. Era, pues, la tiranía de muchos, y toda infamia se hacía en nombre de la li-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bertad y al grito de ¡viva Tarcón! que se convirtió ya en señal de robo, ó de muerte ó de atentado contra el pudor. ¡Pobre caudillo! sus glorias, dominación y prestigio debían pasar con la rapidez del relámpago, y, una vez descendido del poder, debían olvidarle y denostarle sus mismos adoradores y aún avergonzarse de haberle tenido por jefe y caudillo suyo.

Justa era y necesaria la guerra como forzoso remedio á tantos males; pero Dios no quería aún recoger el azote de escorpiones con que castigaba á su pueblo, y el heroísmo de millares de valientes no alcansó otro resultado que el de una muerte gloriosa y digna de imitación, si por desdicha nuestra se repiten tiempos y hechos tan calamitosos como los del tarconismo.

Uno contra diez, diez contra ciento, ciento contra mil, se combatió sin cesar, en montes, ríos, selvas, campos y ciudades, y en todos los combates venció el número y la superioridad y abundancia de las armas. En tan innumerables luchas, perecieron jóvenes heroicos, esperanza del porvenir, y la sangre de las víctimas, recogida en un solo punto, habría formado un río hirviente y rojo, rival del caudaloso Guayas.

En el combate que, en el lugar, que debe denominarse Pozos Muertos, dio el abnegado é infatigable General Cornejero, el valor, el heroísmo, la desesperación tocaron en la sublimidad de los grandes hechos humanos, y Reinaldo lidió como un antiguo campeón del ejército que desde Aulide partió á recobrar á la robada Elena. Tales hazañas hizo él solo, que quedarán imborrables en el pecho de los buenos patriotas. El ardor nativo que le alentaba, y el recuerdo de sus recientes desgracias, duplicaban su valentía, denuedo y pujanza, y le hacían mirar

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

su propia existencia como carga de imponderable peso. Con esta idea rompía por donde los enemigos estaban más apiñados, y se colocaba donde era más obstinada la lucha.

El polvo del campo, que se levantaba cegando los ojos de todos, hacía más despechado y fatigoso el combate, y el sol, que reverberaba en toda su fuerza, tenía á los guerreadores sudosos, rendidos y desesperados. Cornejero y los suyos, y los jefes de los tres tercios revolucionarios, Telmán Vitir, Gomín y Reinaldo, todos en número de trescientos hombres, defendieron la salud de la patria, cual si guardasen el paso de otras Termópilas, y pelearon contra mil doscientos tarconistas en nueve horas de horroroso batallar. Agotóse el pequeño parque de los valientes jóvenes y, á su pesar, hubieron de disgregarse, muriendo muchos, escapando unos pocos y cayendo prisioneros los demás, y siendo luego asesinados en el llamado *repase* de los bárbaros soldados de Tarcón.

Reinaldo que andaba con bizarría, caballero en el brioso *chugo*, recuerdo del Cura Arteta, cayó al terminarse el combate, herido en el pulmón izquierdo, y fue llevado por los soldados suyos á una oculta cabaña de pastores, antes de que lo advirtiese el enemigo, cuya consigna era no dar cuartel á los rendidos.

Eugenio no pudo segir á su Señor, á pesar de los esfuerzos y prodigios de valentía que hizo con la abnegación propia de su lealtad. Cayó prisionero, y, cuando ya estuvo inerme y rendido, le atravesó de un bayonetazo un negro malvado, á quien los suyos le apedillaban Bravontel. Avezado á semejantes hazañas; porque sabía que, por ellas, le habían de sacar en carroza triunfal por las calles de las ciudades, no perdió la oportunidad de agregar á

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

su hoja de servicios este acto de heroísmo. El cadáver de Eugenio quedó ahí abandonado, junto á otro cadáver de un soldado tarcónista muerto en el mismo combate. Cuando, dos días después, estando ya el campo silencioso, como un vasto cementerio, fueron allá Ño Tópete y dos peones de Castalia, hallaron los dos cadáveres: de Eugenio el uno y el otro de Lorenzo Muro. La suerte, que en vida los había unido siempre, los unió también en la muerte, después de haber peleado en bandos contrarios. ¿Se unirán también sus almas en las desconocidas regiones de ultratumba? Misterios son que no nos es dable penetrar, aunque Eugenio fue varón bueno y adornado de muchas virtudes, y Lorenzo un hombre corrompido y lleno de vicios. El primero, defensor del pudor, salvó de las aguas á Blanca Rosa, y, el segundo, manchador de lo honesto, arrojó en ellas á la infeliz Calandria. Para Eugenio hubo lágrimas y alabanza, y para Lorenzo, estéril compasión y silencio.

LXXXII

El Padre Antonio

Reinaldo estaba oculto en la cabaña, á donde llegaron seis soldados más de los suyos, llevándose secretamente al Padre Antonio. Este religioso del Seráfico San Francisco, era un varón apostólico, que habían conseguido los revolucionarios; porque siendo según la expresión de los radicales, *fanáticos*, es decir católicos, no querían luchar por una buena causa, sin que también el alma estuviese buena y vigorosa.

El P. Antonio manifestaba ser todavía joven, aunque su rostro estaba muy enjuto y enflaquecido, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se revelaba en todo su sér continuada penitencia y abnegación de sí mismo. Oraba mucho y hablaba poco, y siempre pensando lo que debía hablar, y era amable, bondadoso y sufrido, sin que jamás se alterase su semblante, aunque le tratasen con dureza y descomedimiento. Si algo tenía ya de viejo por las rugas y algunos cabellos plateados del cerquillo, se conocía venir de prematura vejez. ¿Quién sabe cuántas penas habría padecido ese corazón, cuántos desengaños tendría esa mente?.....Los grandes vicios y las grandes virtudes suelen tener anticipada ancianidad; pero la vejez del vicioso se conoce fácilmente, y es antipática y causa nauseabundo desprecio, mientras que la senectud prematura del virtuoso, del sabio, del que consagró su vida al estudio y la meditación, del que ha padecido privaciones, pobreza y extrema necesidad, infunde veneración y respeto, y se colora en el semblante un tinte de luz tranquila, como el crepúsculo de una tarde de primavera al través de la espesura de las ramas de un ciprés. El P. Antonio era, pues, un joven viejo en la virtud y la penitencia y en el desapego de las cosas de la tierra, y estaba listo á sacrificarse por el bienestar de las almas. A muchos soldados auxilió cuando morían, y expuso él su vida, entre los fuegos, con un valor ejemplar, el de la verdadera virtud. Tan humilde como el sayal, de que estaba vestido, no alzaba á ver á nadie, sino cuando era necesario. Siempre sus ojos se fijaban en la tierra, en actitud de meditar, y, si alguna vez los alzaba para mirar el cielo, sollozaba diciendo que aún se prolongaba su destierro en el mundo. Con su palabra persuasiva y fácil convirtió entonces á muchos soldados y aún á algunos radicales de esos que se llaman *convencidos*.

Era, pues, el P. Antonio el más apto para en-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tenderse con Reinaldo, que siempre tuvo aversión á los sacerdotes, hasta que trató con el Cura Munive y el Cura Arteta. Desde aquella ocasión, si ya no los odiaba, tampoco les tenía mucho aprecio. Estaba en ese estado de indecisión y duda, que es peor que la misma amarga realidad.

Reinaldo estaba herido de gravedad, y, aunque sus compañeros con solicitud fraternal le curaban, era más probable que la vida la muerte. Al ver entrar al P. Antonio, sintió desagrado, pero le contestó el saludo, inclinando la cabeza. El Padre le miró con fijeza y tentándole la frente humedecida por copioso sudor, se lo enjugó con un pañuelo, blanda y cariñosamente. Después rezó de pies una breve oración apenas oída de los soldados, y se sentó junto á la cabecera del enfermo.

Dos días antes del combate había ya visto el Padre al bizarro Comandante, pero no quiso todavía llegarse á él, y estuvo siempre alejado. Reinaldo, sabiendo que había por allí un sacerdote, y á pesar de que todos contaban los méritos del P. Antonio, no tuvo curiosidad alguna de conocerlo. Cuando lo vio junto á su lecho, le pasó, como un relámpago, una vaga idea de haber visto alguna vez un rostro algo parecido al del P. Antonio, pero no hizo esfuerzo alguno por recordar. Volvió á inundarse de sudor, y el Padre Antonio volvió á enjugárselo, con tanta delicadeza y suavidad, que el enfermo le miró agradecido.

—¿Os fatiga algo la sed, caballero?—le preguntó el Padre.

—Me aqueja bastante,—respondió Reinaldo,—y vos me habéis adivinado.

—Yo os daré una bebida que os refresque un poco.

—Os agradeceré mucho.—Me siento desfallecer.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El Padre sacó un frasco de un licor limpísimo, y suplicando que le trajesen un poco de agua tibia, se lo dio á un soldado para que él vertiese en una calabaza vacía, que era el vaso de la cabaña, algunas gotas del remedio. Reinaldo se reanimó bastante con la bebida, y quedóse dormido unos instantes. Entretanto, el P. Antonio hizo señas para que todos saliesen, y el solo permaneció con el enfermo en la cabaña, rezando en silencio y contemplando el crucifijo que tenía en el pecho.

—¡Oh! Jesús, que despierte este joven no sólo del sueño sino del letargo de sus pecados,—dijo suspirando.

Reinaldo despertó.

—¿Estoy solo?—preguntó.

¿Sólo? no,—respondió el Padre—Estoy yo para serviros y vos para dejaros curar, y aun hay otro que ha venido por consolaros.

—¿Quién?

—Aquí lo tenéis. Es Cristo crucificado. Miradlo con amor y gratitud.

—Es ya tarde, P. Antonio. Yo no he blasfemado del que está clavado en esa cruz, pero tampoco he sido su amigo. Comprendo lo que os proponéis.

—Jamás es tarde para irnos al cielo. El cielo no es de los cobardes sino de los fuertes. Si tenéis ánimo, como buen soldado, y voluntad generosa, os arrebataréis el cielo en estos momentos. Si habéis sido tan valeroso para luchar en los campos de batalla, sedlo también ahora para pelear el último combate de la vida. Estáis herido de gravedad; yo os aseguro que, si me fuera dable salvar vuestra vida, lo hiciera con el gustoso sacrificio de la mía. Por desgracia, no puedo tanto. ¡Ah! no puedo daros la vida terrenal, cuyos instantes no se prolongan más

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

allá de lo que Dios tiene determinado. ¡Sin embargo, tengo poder de daros otra vida, la verdadera, la que no perece jamás, la vida del alma en las moradas eternas del paraíso. Animaos, caballeroso Reinaldo.

—Pero ya os he dicho que no he sido amigo de vuestro Jesús, de vuestro Dios. Más bien (os diré con franqueza) he sido su ofensor, y mis culpas no tienen perdón. Son más grandes que el mar.

El Padre Antonio se sonrió.

El enfermo se sosprendió de la sonrisa del sacerdote.—¿Porqué os sonréis?—preguntó.

—Porque no sois tan perverso ni tan malvado como decís. ¿Habéis asesinado?

—No.

—¿Habéis robado y empobrecido familias y cometido crímenes abominables de traición y violaciones espantosas? ¿Habéis agotado vos solo todas las maldades que castiga aún el Código Criminal de nuestra Nación?

—No,—Padre Antonio; porque habría sido un monstruo, á quien la tierra debió sepultar en su seno, abriéndose con espanto.

—Pues suponed, por un instante, que habéis cometido todos esos crímenes y aún otros mayores, y, con todo, sabed que si os volvéis á Dios, arrepentido y con deseo de amarle de veras, su misericordia es más grande que todas las maldades de los hombres, y que una sola gota de la sangre vertida del compasivo Corazón de Jesús, alcanza á lavar todas las iniquidades.

El Padre se arrodilló en actitud de súplica y lloró.

—¿Es verdad lo que decís?—dijo admirado el enfermo.

—Tan verdad, que, por medio mío, Dios os per-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

donaré todos vuestros desvíos, y apelo de que sin duda más os arrepentiréis, como buen caballero, de algún rapto talvez.....de alguna prisión por causa de amores.....¡eh!

—¡Cielos! estáis sondeándome el alma y los senos del corazón.

—Conozco toda vuestra vida. ¿Talvez os arrepentís, porque el huracán de vuestras pasiones, trouchó, al pasar por los campos de la vida, alguna rosa blanca? ¿No es así?

—Si, Padre, así es, y vos lo sabéis todo. Yo arranqué de su hogar esa flor de que habláis, pero no la he deshojado, y ella está aún intacta y fresca. Si, Padre, yo me valí de medios infames para arrebatarla, y lisonjeé la codicia y el vicio de un hombre hipócrita, que ayudaba mis intentos, y privé á una madre viuda de la grata compañía de una hija virtuosa, y jugué con el corazón y el amor sincero de ésta, como había jugado con los de otras muchas jóvenes, mis desgraciadas víctimas. Yo he cometido estas cosas y otras más y, sobre todo, he sido mujeriego como ningún otro Tenorio, jugador y vengativo. Os lo digo como á un último y leal amigo.

—Reinaldo querido, si como á un amigo, me hacéis esta confesión, ¿por qué no me la hacéis también como á sacerdote? Como amigo, puedo sólo consolaros; pero, como sacerdote, daros consuelo y perdón á vuestros extravíos. Hacedlo, os ruego, en debida forma, y os prometo que quedaréis tranquilo, y aguardaréis resignado la muerte.

—¡Ah! Padre Antonio, vuestras palabras tienen la suavidad del consuelo. Cierto es que me arrepiento de haber sido causa del pesar de una madre desolada, á quien no quiero nombrar.

—Nombradla sin detención, y decidi Margarita.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Padre, ya veo que conocéis toda la historia de mi vida.

—Por lo mismo, revelad me ya todas vuestras culpas.

—Pero Margarita y esa prisión, á que aludiste, hace pocos instantes, no me dejan ahora sosiego. ¡Oh! dolor: ya cercana la última hora de la vida, aparecen más claras y en toda su deformidad nuestras maldades. Margarita no ha de perdonarme, y cierto joven ha de estar deseando vengarse de mí.

—Os engañáis. Margarita os perdonó ya, y el cierto joven también os perdonó, aún desde que le dejasteis encerrado en una prisión.

—¡Oh! Dios, si lo sabéis todo, es inútil ocultar el nombre de mi ofendido. La injusta prisión, en que dejé al joven estudiante.....

—A Leonardo González.

—Al mismo, Padre, si, al mismo. Esa prisión me ha causado siempre hasta vergüenza; porque, habiendo sido caballero, en otros actos de mi vida, y enemigo de traiciones y felonías, dejé de serlo en aquella ocasión. Es inútil confesarme, estando ofendidos dos seres, que no me perdonarán jamás.

—Os acabo de asegurar que os han perdonado.

—Tenéis razón. Ya me lo dijisteis, pero.....

—¿Dudáis de mi verdad?

—¡Ah! no, no, Padre Antonio.....pero decidme, os lo ruego: ¿cómo lo sabéis? ¿Conocéis á Margarita?

—La conocí, y de sus mismos labios, escuché el perdón para el raptor de su hija Blanca Rosa.

—Os lo creo, buen Padre mío. Pero Leonardo González ¿cómo me perdonó y cómo lo sabéis? Me parece imposible que me perdone. Los mozos, en la juventud, tenemos como punto de honra la venganza de una injuria ó mala acción. Vengarse del one-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

migo es cuán dulce y cómo queda uno satisfecho y sosegado.

—La dulzura de la venganza pronto se convierte en hiel que amarga el corazón y desasosiega la vida. Estáis errado al hacer el elogio de la venganza; porque no conocéis la suavidad de la virtud contraria á esa pasión frenética, que nos asemeja al tigre y al chacal. El perdón es una de las virtudes más sublimes y heroicas del Cristianismo. Quien perdona, se vence á sí mismo y es un héroe delante de Dios. Lo vulgar es la venganza, lo extraordinario y hermoso es el perdón.

—Pero dicen que es dura cosa perdonar.

—Así es, Reinaldo; pero la gracia de Dios es poderosa para mudar las disposiciones del corazón humano.

—¡Ah! si Leonardo González me hubiera perdonado. Fue excelente, inofensivo joven, y le ofendí.

—Reinaldo, no dudéis, porque Leonardo González os perdonó de corazón.

—¡Es posible!

—Sí, Reinaldo.

—¿Por qué lo afirmáis así?

—Porque Leonardo González, que es ahora el Padre Antonio.....os perdona.

El Padre le tocó suavemente en el hombro. El enfermo asombrado reclinó la cabeza en los brazos del religioso, y quedóse conmovido, silencioso. Después lloró, y, admirado de la grandiosidad de las virtudes-cristianas, creyó ese instante y se hizo un fervoroso cristiano.

—¡Conque, sois Leonardo? le dijo al Padre.

—Ahora no soy, sino el P. Antonio, vuestro Padre y amigo. Os amo.

—Lo creo, ¡Padre y amigo mío! Acabad la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

obra comenzada, y entregadme en los brazos de vuestro Jesús.

—Pronto lo será también vuestro. Sois un varón venturoso; porque las conversiones de última hora son prodigios muy raros en el mundo, y muy pocos Dimas ha habido que, con el arrepentimiento, roben el corazón de Dios. Es indudable que os han adornado algunas virtudes. ¿Tal vez la caridad?

—Sí he sido compasivo con los menesterosos.

—¿Habéis blasfemado de Dios ó su purísima Madre?

Jamás. Siempre la blasfemia me ha parecido necedad de tontos y rabiosos.

—Pues, con razón, Dios os ha reservado su misericordia, y alcanzaréis su gracia; porque sólo los seres desnudos de toda virtud, es cuán difícil que la alcancen. Comenzad ya vuestra confesión, y yo os ayudaré como Padre y amigo juntamente.

Después de una hora Reinaldo sonreía con la verdadera placidez del alma, y le cercaban sus leales soldados. Su mente vagaba como en un mundo desconocido, y el dolor de la herida no le desesperaba. A pesar de las emociones, que acababa de experimentar, estaba reanimado.

LXXXIII

Anuncios tristes é impresiones nuevas

Mientras esto pasaba, siniestras noticias fueron llegando á Castalia. Un soldado, venido en derrota, anunció la pérdida del combate. Un peón de la misma hacienda regresó y contó que desde lejos había visto la muerte ó asesinato de Eugenio, cuando ya estuvo prisionero; y más tarde, estando la ansiedad de Blanca Rosa y María en doloroso extremo,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llegó Manuel, el marido de Rosario, el cual, á ruego de Blanca Rosa, había ido en pos de Reinaldo, cuando se descubrió en Castalia el verdadero fin de la ausencia del patrón. Manuel contó, llorando, que se aseguraba ya la muerte de Reinaldo y de otros bravos oficiales suyos. El espanto y dolor que causó semejante terrible nueva, sobre todo en el ánimo de Blanca Rosa y María, no es para explicarse. Quien haya visto el rayo caer de súbito sobre una higuera verde y llena de exquisitos frutos, y dejarla al instante aridecida, sin hojas ni verdor, puede figurarse lo que pasó en el corazón de cada una de las jóvenes, que atolondradas al principio con la estupidez propia de un tamaño pesar, no sabían qué hacerse, como enloquecidas.

Después de una hora pudieron hablar y, venciendo al mismo dolor, para no desmayarse del todo, pensaron en lo que debían hacer con presteza.

La nueva afligió mucho á Violante, que perdía otra vez la esperanza de un matrimonio bien dotado. Ña Pola, que entonces se sentía con indisposición de salud, oyó con bastante indiferencia la noticia y después hasta manifestó alegría; mas presto otro peón de la hacienda vecina vino á anunciar que parte del ejército triunfante vendría en breve á saquear y talar la Castalia. Entonces Ña Pola se agravó de terror, y, poseída de horribles convulsiones, maldijo á su nieto y lanzó desgarradores alaridos. El placer de verse sola y sin los temores que le había infundido el irritado Reinaldo, se cambió en mortal desasosiego, y Ña Pola pasó de una breve indisposición de salud á seria y grave enfermedad. Violante dobló sus cuidados, y no se movió del lado de su abuela, y animó mucho á su hermana y á Blanca Rosa para que se retirasen de Castalia y huyesen del enemigo victorioso. El pretexto era bueno, pero

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

muy diferentes las ocultas intenciones de la rubia codiciosa.

Blanca Rosa y María, aterradas con la última noticia, pensaron emprender la fuga, y reunieron al buen Ño Topete y seis peones, y salieron con dirección á la hacienda de un amigo de Reinaldo, medio escondida en la selva, desesperadas con el anhelo de saber la verdad de lo sucedido y averiguar por la suerte de su hermano y primo querido.

Después de caminar dos horas, en imponderable aflicción, toparon, por dicha, con uno de los soldados de Reinaldo, Martín Valverde, el cual, dejándole herido en la cabaña, venía á dar aviso en Castalia. Por él supieron que Reinaldo vivía aún, aunque con herida mortal, y que el enemigo se había retirado á Babalioyo, siendo falsos los rumores que causaron á Ña Pola su convulsiva enfermedad.

Con esta nueva Blanca Rosa y María, guiadas por Martín y Ño Topete, variaron de dirección y se encaminaron al paraje donde yacía el herido Reinaldo.

El fiel Valverde contó á las jóvenes cómo el comandante del Valle se había confesado con el P. Antonio, Capellán de los revolucionarios, que era un religioso franciscano, excelente y hombre de penitencia. Esta última noticia llenó de júbilo á las virtuosas doncellas y sonrieron en medio de su pesar; porque siempre los consuelos del cielo superan á las aflicciones de la tierra.

Aun no habían andado nuestras viajeras la mitad del camino, cuando llegó Pedro Arlés, otro peón y soldado de Reinaldo, á anunciar que éste quedaba en la casa de un jornalero vecino, á donde, desde la cabaña, le habían conducido en una camilla improvisada á modo de angarillas ó *guando* como se dice entre nosotros. Contó también Arlés

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que allí, á la cabecera del enfermo quedaba el P. Antonio, sin moverse un punto, atendiendo y curando personalmente al herido Comandante.

Con esto aguijaron los caballos y llegaron pronto á la casa de un pobre jornalero, Mateo Suárez, el cual con voluntad y empeño ofreció albergue á Reinaldo, y le servía con lágrimas de gratitud, por haber sido antes peón de Castalia.

Blanca Rosa y María se precipitaron llorosas sobre el lecho de Reinaldo, el cual estaba otra vez adolorido y fatigado. La vista de las dos lo reanimó bastante: les estrechó las diestras y se las besó con ternura.

Ved,—dijo al P. Antonio, que estaba ahí de pies —aquí tenéis á mi prima, la angelical María, y á mi hermana Blanca Rosa Miño, de quien os he hablado largamente en mi confesión, y á quien tanto conocéis.

La sorpresa de Blanca Rosa fue indecifrable: miró al Padre, y bajó en el acto la vista, y se encendió como las rosas del jardín de Bellaestancia. Volvió á mirarle, y volvió á bajar los ojos, á encenderse y avergonzarse. Conocía y desconocía al mismo tiempo al P. Antonio, y le parecía estar soñando. Al fin, después de mirarle varias veces, ó éste es Leonardo González—se dijo—ó es una aparición ó delirio de mi fantasía.

Volvióse á María y le dijo en vóz apagada y temblorosa: fíjate en Leonardo González.

María se fijó en el P. Antonio, y se estuvo contemplándolo, y, tornando á mirar á Blanca Rosa, —¿es posible?—le dijo.

—Sí—respondió Blanca Rosa y ocultó el rostro avergonzada.

El Padre Antonio, entretanto, tenía fijos los ojos ya en el suelo, ya en el semblante del enfermo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En el rostro amarillento y penitente del religioso asomaron también tintes de rosa, y estuvo pensativo.

Reinaldo, para no olvidar su franqueza, y conociendo lo que pasaba en el fondo de esas dos almas, dijo: hermana mía, estás pura como la nieve de la cima del Chimborazo, que nadie hasta hoy ha podido tocar con sus plantas. No te ruborices y recobra ánimo, y reconoce, en el P. Antonio, á un estimable y antiguo amigo de tu casa.

—Le reconozco ya—dijo la joven con voz apenas perceptible y temblosa, como la última nota de una lira que se apaga.

Dejadnos un instante solos—dijo Reinaldo á Pedro Arlés, á Martín Valverde y los demás soldados —y tu, buen Topete, criado y padre mío, párte con dos peones al lugar donde fue el combate y donde yace aún insepulto el cadáver del más fiel y virtuoso de los pajes. ¡Oh! Padre Antonio, si lo hubieseis conocido, os hubierais admirado de que en un cuerpo negro hubiese una alma de armiño. Lo asesinaron, estando ya rendido, y á mi pobre Eugenio no le cupo la buena suerte de quedar prisionero en poder de algún denodado y generoso enemigo, como sucedió con el bizarro Telmán Vitic, cuya vida salvó y guardó caballerosamente Flaviano, Coronel del bando opuesto y sobrino del dictador Tarcón, que no merece tener tan estimable deudo. Lástima que tantas bellas cualidades no estén al servicio de una justa causa... ¡Ay! excelente Eugenio mío.

Calló y derramó algunas lágrimas.

Lo conocí —dijo el P. Antonio—y, la víspera del desgraciado combate, le oí de confesión. Cuanto decís de Eugenio (que así me dijo se llamaba y era vuestro criado) es exacto. Tuvo el cutis negro co-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mo, el plumaje del cuervo y el alma blanca como un cisne.

Blanca Rosa y María renovaron su llanto por Eugenio, el ángel negro de Castalia y Bellaestancia.

Ño Topete obedeció y fue á dar sepultura al cadáver de Eugenio, y todos los demás salieron de la habitación de Mateo, donde yacía Reinaldo.

—Estamos solos— dijo éste—vos, buen Padre y amigo mío, mi prima, mi hermana y yo.

—Y Dios con todos nosotros—agregó el P. Antonio.

Ya, por mi confesión—dijo Reinaldo—sabéis, Padre Antonio, cuanto ha pasado con mi hermana, y como ella está pura, y el heroísmo con que triunfó de mi loca y caprichosa pasión. Lo sabe también María, y para ella nada tenemos escondido. Como Eugenio, María ha sido el ángel de Blanca Rosa, su consuelo y sostén, y la defensa contra mis acometidas desesperadas y constantes. Bendecid, P. Antonio, á estas dos vírgenes, y decidles, con vuestros propios labios, que yo soy ya de Jesús.

El Padre Antonio y los dos lloraron de ternura No te avergüences tanto —dijo Reinaldo á su hermana—y habla con el sacerdote, no con el antiguo estudiante.

Este se ruborizó, pero no alzó la vista.

Blanca Rosa exclamó: Vos os dignaréis perdonarme, si algún mal os hice, Padre.

Ninguno me habéis hecho nunca—dijo el P. Antonio—Os he vuelto á encontrar, en mi camino, pura aunque triste como el ángel del dolor, y veo que habéis heredado las virtudes de la incomparable Margarita.

Al oír el nombre de su madre Blanca Rosa se enterneció y exhaló repetidos sollozos, como arpegios de una vihuela gemebunda.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Decidme—exclamó, cobrando valor de súbito—por vuestra vida, ¿cómo está mi adorada madre?

—Debe estar bien—dijo el P. Antonio.

—¿No la habéis visto?

—Hace cinco años.

—¿Vive?

El Padre calló tristemente.

¿Vive?—repitió Blanca Rosa—¿Vive? Decidmelo por piedad.

—Creo piadosamente que está en verdadera y feliz vida.

—¡Oh! Dios, mi santa madre ha muerto, ¿y yo su asesina, vivo? Con razón no ha contestado mis cartas. Ella, vida de mi vida y luz de mis ojos, ha fenecido y se ha apagado. ¡Ah! yo he sostenido casi sobrenaturalmente mi existencia, con la esperanza de volver al regazo de mi madre amada, á la sombra de ese árbol venerable del hogar mío. ¡Oh! mi Dios, ya no la he de contemplar jamás. Así te plugo castigar mi desobediencia y el abandono.....

Calló ahogada de los gemidos. Nadie hablaba. Reinaldo estaba más conmovido.

Antiguo amigo de mi santa y dulce madre—dijo después de algunos momentos la huérfana— y ahora Padre mío, contadme el fin de los días de Margarita. Nada me ocultéis: ahora es el día de mis dolores, y los quiero apurar todos de una vez. Sea vuestro relato como penitencia y expiación de mi culpa. No os detengáis ¡por Dios!

El P. Antonio callaba.

Padre y amigo mío—le dijo Reinaldo—Dios le dará valor á mi hermana. Contadle lo mismo que, en sigilo, me habéis contado ya. Yo os relevo del secreto.....

Está bien,—dijo á Blanca Rosa el P. Antonio —si queréis que os haga una relación de dolor y que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

yo mismo renueve la herida que se abrió en mi corazón, os referiré lo que deseáis saber.

LXXXIV

Blanca Rosa apura todo el cáliz del dolor

Era el martes de carnaval: yo seguía preso en el Panóptico, cuando, al caer la tarde, asomó, en el umbral del chiribitil de mi prisión, mi hermana Petronila, fatigada y dolorosa. Habiendo desaparecido yo, sin que ella supiese mi paradero, se anduvo buscándome por todas partes y averiguando por mí, con tal solicitud y diligencia, que llegó á descubrir que yo estaba preso. Una infeliz mujer, que cerraba su tienda en el instante en que me aprehendían, junto al arco de Santo Domingo, le dio noticia de lo acaecido conmigo, y Petronila logró hablar secretamente con el celador Juan Martel, que le impuso de todo. Mi hermana desplegó actividad increíble, y descubrió que se me imputaba falsa participación en trastornos políticos. Supo ingeniar tan bien las cosas, que alcanzó del Director de la Penitenciaría, Don Bertoldo Francanza, hombre humano y caballeroso con los presos políticos (cosa entonces extraodinaria), que durante una noche y un día me diese oculta licencia para salir, con la condición de que yo voluntariamente volvería á mi prisión, como cumplido caballero.

El objeto principal de mi hermana fue llevarme á casa de Margarita, que estaba ya desahuciada de los médicos y próxima á morir. Petronila había sospechado que la buena viuda se inclinaba á creer

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que yo era el raptor de su hija. Parece que la habilidad satánica de una persona logró imbuírle semejante juicio, y era oportuno desimpresionarla. Condújome, pues, hasta el lecho de la enferma, y cuando llegamos allá, era ya muy avanzada la noche, y Margarita estaba sumamente debilitada y quejosa. Al verme, sonrió, y, sorprendida, me estrechó la diestra con la ya lángida suya, y, sin poder contenerse, exclamó: "fue el mismo Reinaldo. ¡Ay! Dios mío, que ella no sea impura aunque llegue á ser desgraciada. Yo bendigo á ese pedazo del corazón que se me ha arrancado, y á Reinaldo le perdono con toda voluntad, y hago también lo mismo con aquel otro desdichado que, ahora conozco, supo tan pérfidamente engañarme, y no ha vuelto á aparecer." Calló y dos lágrimas le resbalaron por el rostro ya lívido y prolongado.

—¡Madre de mi amor!—dijo Blanca Rosa, sin poderse contener.

El Padre Antonio continuó: después dijo Margarita que sólo quería acordarse de Dios, á cuyo seno se encaminaba ya, y me pidió que le trajese un sacerdote. Yo volví luego con un virtuoso Padre dominico, y él, Petronila, la virtuosa Manuela y yo asistimos á la enferma hasta que expiró tranquilamente, levantando la diestra, como para bendecir á una persona que estuviese lejana.

—¿A qué hora espiró?—dijo con ansiedad Blanca Rosa.

—Cerca del amanecer del miércoles de cenizas—dijo el P. Antonio.

¡Oh! dolor ¡oh! crueldad mía—exclamó la jóven—mi madre moría en el mismo instante en que yo la abandonaba, y los dobles de campana, que entonces oí, fueron sin duda toques de agonía por mi madre. ¿No es verdad, Padre mío?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sí—dijo el P. Antonio—por ella eran los dobles de la campana de Santo Domingo.

Hubo un momento de silencio y dolor general.

Acabad; que aun tengo sobrenatural valor para escucharos—dijo Blanca Rosa.—

El P. Antonio siguió: Petronila y yo tributamos á vuestra santa madre los últimos honores y servicios, y entendimos en todas las diligencias mortuorias, y la sepultamos en el panteón de San Diego.

El Padre calló.

Apuremos toda la relación,—dijo Reinaldo—contadle, P. Antonio, lo que fue de vos.

Yo—dijo el Padre—volví al Panóptico, á cumplir mi palabra, cuando me hallé con la noticia de que Don Holofernes de la Rada había ordenado ya mi libertad á condición de que yo no volviese á conspirar jamás.

Cuando volví á mi casa, hallé á Petronila con una mujer, cuya presencia me desagradó. Salió ella y mi hermana me dijo: esta mujer, á quien llaman la beata Felipa, ha descubierto la causa de tu prisión, y ayer, cuando moría Margarita, ha visto á Reinaldo, á Blanca Rosa, al tío Pelmas y algunos pajes bien montados con señales de un largo viaje. Me ha contado cuanto ha llegado á descubrir, y asegura que lo hace por simpatías que nos tiene á los dos hermanos y para que se persiga al infame raptor que te dejó aprisionado. Yo callé, porque en cosas irremediables, vale más enmudecer y sufrir.

—Has hecho bien—dije á mi hermana.

A los pocos días de la muerte de Margarita, Petronila recogió á la leal Manuela y aun vive con ella. Yo, lleno de los pesares y desengaños, que ofrece el mundo á manos llenas, me acogí inmediatamente al silencio del claustro, y me metí en este burdo hábi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

to, con el que estoy más contento que un rey envuelto en manto de púrpura y pedrería deslumbrante.

Estoy ahora de paso á otra nación, y fuí detenido por los soldados del General Cornejero, á cuyos ruegos no pude ni debí negarme. Debía acoger á los que quisieran purificar sus almas, y auxiliar á los moribundos. Ha sido casualidad ó más bien providencia altísima para bien de Reinaldo, que me hayan tomado por capellán los soldados. Después dirán acaso que los frailes somos revolucionarios y sediciosos y, por causa mía, oprimirán á mis hermanos de Quito. Sea lo que quiera, Dios sabe la verdad.

Pasaron algunas horas de silencio. Reinaldo empeoraba, y no era ya posible llevarlo á Castalia, ni convenía hacerlo; porque estando ahí la abuela, era natural que volvieran á enardecerse los resentimientos. Blanca Rosa y María llorando pero solícitas, cuidaban del enfermo y le prodigaron cuantos remedios pudieron alcanzar en aquellas tristes y desoladas horas.

Reinaldo dijo al Padre Antonio: sabed que tengo escrúpulo de no haber cumplido una oferta por temor de que llegase á perderse mi carta y caer en manos de quien descubriese mis secretos.

—¿Cuál es vuestro escrúpulo, Reinaldo?

—Prometí al cura Arteta, vuestro pariente, que escribiría á Quito, interesándome por vuestra libertad, y no cumplí mi palabra de caballero, contra mi costumbre.

—No os apenéis por eso. Yo estaba ya entonces libre, y vós, perdonado. Mayores causas tenéis para arrepentiros.

—Sí; mis inquietudes ó mis faltas y el haberme expuesto á ser, al fin, marido de mi propia hermana.

—De caso tan lamentable, ignorándolo, no hu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

biérais sido culpado. Vuestro buen padre, cuya historia y naufragio me habéis contado, ha debido revelar á Margarita el secreto de sus desgraciados amores, y el hijo que había tenido. Estas revelaciones, con necesaria prudencia, deben hacerlas los casados, tanto como expiación de su propia culpa, cuanto para evitar que se realicen, aunque ignorados, incestuosos matrimonios y uniones monstruosas, como muchas, que han pasado inadvertidas; porque habéis de saber que en esta vida pasan cosas tan extraordinarias, y casos tan increíbles, que no están en las novelas, y que, relatados, parecerían hechos inverosímiles y ficticios. Los confesores tenemos motivo de saber muchas novelas realizadas.

Reinaldo amaneció muy empeorado y, presintiendo cercana su muerte, se apresuró á hacer llamar al Escribano del Cantón.

Ño Topete, que acababa de llegar, después de haber dado sepultura al cadáver de Eugenio, avisó que también había encontrado el cadáver de Lorenzo Muro, ya corrompido y deforme, y que lo dejó en una hoya cavada al intento. Fue á cumplir las órdenes de su patrón, y después de algunas horas vino con la noticia de que, al pasar por cerca de Castalia, le avisaron que Ña Pola estaba también de muerto, y no quería morir como cristiana.

Blanca Rosa y María rogaron al Padre Antonio para que acudiese á salvar esa alma, y el religioso, sin detenerse un punto, partió con Ño Topete apresuradamente.

Reinaldo otorgó su testamento. Instituyó como únicas herederas de Bellaestancia á Blanca Rosa y María, y dispuso que una huerta de cacao se entregase á Ña Perpetua, la cual había quedado pobre á causa de sus importantes revelaciones.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Mientras estuvo ausente el Padre Antonio, Blanca Rosa y María hicieron con Reinaldo los oficios de madre, de esposa, de hermana, de sierva y de sacerdote, dándole consuelos y esperanzas del cielo.

Cuando Reinaldo supo que también la abuela estaba moribunda, no pudo oír su nombre sin manifestar fastidio, y crueles tentaciones de venganza le enardecieron el cerebro.

Notólo María, y dijo: primo del alma, no odies á nuestra infeliz abuela. Estás ya con Dios, y más bien perdónale de corazón.

—¡Qué ardua virtud me exigís, María!

—Ardua, porque no has tenido la costumbre de perdonar. Hazlo, primo, esta vez.....

Reinaldo vaciló unos instantes—Mi madre y el P. Antonio, es decir Leonardo González, te perdonaron, y tú ¿no perdonarás á tu abuela moribunda?—dijo Blanca Rosa.

—Sí, hermana y prima mía, le perdono de verás. ¡Ojalá! ella se salve, como yo espero salvarme.

Al decir esto entró el Padre Antonio, después de seis horas de ausencia.

Sabed—le dijo María—que vuestro penitente acaba de ejercer un acto de sublime vencimiento de sí mismo, imitándoos á vos y á Margarita.

—¿Qué acto?—dijo el Padre Antonio.

—Perdonar á nuestra abuela, cuyos hechos debéis saber en lo que se relaciona con el padre de Reinaldo y Blanca Rosa.

Ha hecho una bella acción,—dijo el Padre Antonio,—digna no sólo de un cristiano sino aún de un caballero; porque, en el perdonar, hay hasta verdadera caballerosidad.

Luego María llamó separadamente al Padre Antonio, y le preguntó si la abuela quedó penitente y arrepentida.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El Padre, entristecido, dijo: estaba ya sin habla, cuando yo llegué. Le pregunté si se arrepentía de sus culpas, y me contestó con un movimiento tal, que no pude conocer si era de afirmación ó negación. Sin embargo, la absolví condicionalmente.

Estaba hablando el Padre Antonio, cuando llegó la noticia de que acababa de expirar la desgraciada Policarpa Aguirre.

María la lloró amargamente.

Blanca Rosa, más que por la muerte misma, sintió por la manera de morir de la abuela de su hermano.

Ambas procuraron ocultar á Reinaldo la muerte de Ña Pola. Convenía que ni aún se acordase de ella; porque á un moribundo debe quitársele de la vista y no recordársele cualquier objeto que le turbe la mente ó tienda á fomentar las postreras tentaciones en la última lucha de la muerte con la vida.

El Padre Antonio, tanto como se desconsoló con la muerte de Ña Pola, estuvo complacido con las disposiciones de Reinaldo, que murió con tranquilidad, al romper la aurora del cuarto día después del combate, apoyado en los brazos del Padre Antonio, y arrodilladas al pie del lecho Blanca Rosa y María.

Ambas jóvenes lloraron inconsolables, llenando de plañidos la casa del jornalero.

Todo ha muerto para mí—dijo Blanca Rosa—mi madre, mi hermano, mis esperanzas y mi amor.

Pero no ha muerto vuestro pudor,—dijo el Padre Antonio—Consolaos, y cuanto pesar os venga, recibidlo como expiación enviada del cielo. Todos debemos padecer, llorar un poco y callar.....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXXXV

Exequias y tumba de Reinaldo

El siguiente día, se formó un fúnebre cortejo Ño Topete, Martín Valverde, Pedro Arlés, Mateo y otros soldados que habían escapado del combate, con muchos peones venidos de Castalia y Bellaestancia, condujeron el cádaver del Comandante y generoso patrón, y tras del ataúd iban el Padre Antonio, Blanca Rosa y María.

Condujeron el cadáver á una aldehuela vecina, donde se hicieron sencillas ó improvisadas exequias, con orquesta de llantos y gemidos.

El Padre Antonio celebró *misa de requiem*, rezada, lleno de devoción y de lágrimas, y cantó un solemne responso, cuyos acentos repetidos en la soledad de las selvas, se dilataron como si fuesen las voces de algún genio aprisionado en el fondo de la espesura.

Sobre el ataúd estaban depositadas coronas de frescas y hermosas flores traídas de los jardines de Castalia y Bellaestancia, y el féretro rodeaban los agradecidos labradores, á quienes el difunto joven nunca les defraudó el salario, y antes supo recompensarles con largueza su trabajo.

Terminada la misa, aderezaron la chata Blanca, no con velamen de blanco lino, sino de negro cortinaje, y se embarcaron en ella el Padre Antonio y las jóvenes, con Ño Topete, Pedro y Martín. En el bote de Reinaldo, fueron Mateo y los demás peones y soldados del muerto Comandante.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Lenta y tristemente subían las embarcaciones con dirección á Bellaestancia, cuando, al pasar junto á Daule, vieron venir á los peones y sirvientes de Ña Pola, que regresaban del cementerio, después de dar sepultura á su Señora. En ese entierro no hubo ni lágrimas, ni suspiros, ni alabanzas, ni siquiera compasión ó la vulgarísima palabra de ¡pobre!

Todo fue en indolente silencio y, con la última palada de tierra, quedó también sepultado el recuerdo de la abuela de Reinaldo, de Violante y de María.

El Padre Antonio debía quedar en Daule para tomar el vapor que le llevase á Guayaquil, y de ahí, partir fuera del Ecuador; pero vencido con lágrimas y ruegos de Blanca Rosa y María, accedió á acompañarlas hasta el siguiente día.

La chata y el bote llegaron á Bellaestancia junto con las sombras de la noche, y toda ella la pasaron en vigilia nuestros dolientes: el Padre Antonio orando, y las dos jóvenes, en silencioso llanto, cerca del féretro donde descansaba el cadáver de Reinaldo. No se oía sino el chisporroteo de cuatro cirios en contorno, y, á cada hora, como voz de centinela alerta, el tristísimo canto de una ave desconocida.

Cuando clareó el día, Blanca Rosa ordenó á Ño Topete que hiciese conducir el cadáver, para sepultarlo en el lugar que ella designaría. Nadie se opuso á su voluntad, y el muerto Comandante fue llevado á la gruta tan conocida del lector.

Todos se sorprendieron al mirarla, y el mismo Padre Antonio se quedó maravillado de la hermosura del paisaje y de la amenidad del retiro.

María le contó brevemente cuanto había pasado en aquella edénica ermita, y Blanca Rosa le rogó que bendijese la gruta, donde su hermano dormiría el sueño eterno. El Padre Antonio, llorando, bendijo aquel lugar, y el ataúd se depositó en el fon-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

do, sobre la silla de piedra, donde la joven penitente había solido sentarse á meditar y gemir.

Blanca Rosa, antes de que se sellase la entrada de la gruta, se prosternó delante de la imagen, que había dejado pegada en la pared, y, destrenzando los cabellos, lloró en silencio, pidiendo al Señor, para ella perdón y, para Reinaldo, plácida quietud. Blanca Rosa, en la actitud, en que todos la vieron, apareció triste y peregrinamente bella. Así la arrepentida Magdalena, á los pies de Jesús, bañándolos con sus lágrimas y enjugándoselos con su rubia cabellera, estuvo más hermosa que en los días de sus galas y atavíos.

Al fin Ño Topete hizo sellar la entrada de la gruta, y quedó dentro de ella Reinaldo del Valle. Ahí sólo se oiría en adelante el murmullo del arroyo como un perpetuo gemido.

Después de algunos meses, cuando ya planta humana no llegó á ese lugar, condensándose los árboles, tupiéndose y enlazándose prodigiosamente, y formando lianas y enredaderas un laberinto inextricable de verdura, quedó oculta, como un misterio, la gruta, sin que nadie, hasta hoy, haya podido descubrirla.

El P. Antonio partió en la tarde del mismo día, dejando á las dos jóvenes en grande aflicción. Su despedida fue eterna: además de los antiguos desengaños, los recientes acontecimientos le confirmaron en su propósito de vida austera y desapego de las cosas terrenales. Salió del Ecuador, y fue á ocultarse en una de las ciudades serraniegas del Perú.

Blanca Rosa y María permanecieron en Bellaestancia algunos días. Allí se decidieron á vender esa hacienda que habían adquirido por herencia, y trasladarse á Quito, á vivir las dos, en unión

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

perpetua, ignoradas y solas. Ambas juráronse mutuamente cumplir su resolución, y no separarse jamás.

¡Oh!—dijo Blanca Rosa,— cuándo imaginé yo llegar á tener bienes de fortuna. Sin embargo, María, aunque ya lo dije otra vez, ahora, más que con los labios, te digo con el corazón: mil veces preferiría mi antigua pobreza, junto á mi bastidor, frente á frente de mi madre y en dulce conversación, que no las comodidades y abundancia que aquí me rodean. Hoy me confirmo más en la repetida verdad de que el dinero solo no hace la felicidad de nadie. Yo, María, debo pasar en adelante una vida de expiación, y tratarme con sencilla modestia en mis alimentos y vestido. Sólo así se vive vida tranquila é ignorada, sin aspiraciones que nos desasosieguen ni esperanzas burladas que nos enloquezcan.

—Dices bien. Ya sabes que mi alma está como transfundida en la tuya, y que haré solamente lo que te plazca.

—¡Ay! hermana mía, tú no tienes faltas que expiar, y no es justo que pases una vida de privaciones y casi de penitencia. Si vives conmigo, te tratarás como corresponde á tu belleza y tus bienes heredados. Yo sola debo, como humilde compañera tuya, vivir á tu albedrío, y en traje y trato modestos. Tú sabes vestirte como cumple á tu bizarra edad; porque tú no has abandonado á tu madre, ni has asistido á citas amorosas, ni menos has convenido en escoger, para lugar de un rapto, el mismo templo de Dios. ¡Ah! yo sola debiera llevar trajo de penitencia y de dolor.

—Yo, hermana mía, me apeno mucho de oírte hablar así. Bastante has llorado ya, y no te contristes tanto. Unidas con lazo de amor y de idénticas aspiraciones honestas, seamos también iguales en el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vestir y alimentarnos, en trabajar y orar. Te pido que, desde ahora, quede esto resuelto ó irrevocable.

—Yo haré tu voluntad, hermana mía-

LXXXVI

Blanca Rosa se despide del árbol de las naranjas de oro

Con precisión y prudencia arreglaron las dos todas las cosas, de manera fácil y expedita, para ausentarse y emprender el viaje á Quito. Dieron á Ña Perpetua la huerta de cacao que le había sido legada por el generoso Reinaldo, y vendieron Bellaestancia al opulento rico de esas regiones, al pomposo D. Arcadio Rocafuerte, quien se comprometió á depositar el precio en la Capital de la República, y lo cumplió caballerosamente.

Don Arcadio, bastante arruinado en su salud con los achaques que también suele ocasionar la vida muy descansada y regalona, cuando supo la muerte de su amigo Reinaldo, se esforzó por convalecer y manifestarse todo un varón, con el único intento de casarse, diz que, con la viuda del Comandante, cosa que le pareció á él fácil y hasta natural, por el solo hecho de ser rico. No dio crédito alguno al rumor de que Blanca Rosa y Reinaldo hubieran resultado hermanos, á pesar de que él también había conocido y tratado á Rogerio Miño, y no ignoraba el origen del difunto joven militar.—Buena está una beldad viuda para un solterón rico,—se dijo; y, sin tino ni prudencia, llevado de la pasión, que en los viejos si es lenta, no es por eso menos exigente, se resolvió á escribir á Blanca Rosa una carta de amo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

res y de propuesta, tan disparatada en su redacción como ridícula en sus conceptos; porque el género epistolar amatorio, si no lo maneja persona de grande sensibilidad y talento, suele degenerar en adefesios *rañonescos,* que excitan en todos la hilaridad á costa del enamorado.

Malísimo éxito tuvo la epístola amorosa de D. Arcadio; porque, á pesar de tantas penas, hizo sonreír á Blanca Rosa y María no pudo contener una estrepitosa risa. Aun en el mismo dolor, hay á veces, en la vida, disparates que nos divierten y distraen un momento.

Blanca Rosa y María, de acuerdo, contestaron á Don Arcadio: Estamos resueltas á haceros donación de Bellaestancia, que es nuestra, con tal de que, en materia de amores, no volváis á decir: esta boca es mía. Además de la imponderable pena por la pérdida de nuestro Reinaldo, tenemos ahora la de veros con una pretensión que, en vuestra edad, es no sólo inconveniente sino también lastimosa.

Semejante contestación cayó como un rayo en el cerebro de Rocafuerte. Su amor propio no le hizo creer que se le rechazaba por importuno y viejo, sino porque se le juzgaba codicioso y aficionado de la herencia de Blanca Rosa. Para hacer ver lo contrario, propuso la compra de Bellaestancia, en el precio que quisieran pedirle, y de este modo se facilitó la pronta enajenación de la hacienda, quedando D. Arcadio más rico pero menos enamorado.

Entregado el fundo precioso, y dispuesto todo para el viaje, Blanca Rosa y María quisieron, siquiera de distancia, mirar la gruta donde dormía su hermano y primo; pero, por más que la buscaron en la selva, no la hallaron. Todo era follaje, verdura, intrincada vejetación, silencio y horror.

A punto ya de embarcarse, se llegaron las dos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

al pie del árbol de las naranjas de oro, del árbol liberal, que al fin quedó con el nombre de «el árbol del recuerdo».

Cuando Blanca Rosa lo vio, cual si se despidiese de una persona querida, vertió copioso llanto y, contemplándolo un momento, dijo: ¡Adios! árbol bendito, plantado por las manos de mi padre, preferido de mi hermano y admirado de todos como hermoso y sin igual en el huerto. ¡Adiós! ornato de la orilla, rey de los árboles bellos, cuya sombra me ha dado frescura y solaz en mis horas de pesar y tedio, y cuyos frutos han sido para mi paladar dulces como los recuerdos de la inocencia y aromosos como el aliento de un ángel invisible. Arbol de los consuelos, tu imagen va grabada en mi mente, y me llevo las semillas de tus frutos, como el buzo se lleva las perlas que arrancó del peñón dentro de los mares. Pliegue al cielo que siempre tus ramas conserven tu verdor, y no se marchiten como mis esperanzas, y que siempre seas alegría del que los contempla, y estén estos frutos dorados como los sueños de un niño. ¡Adiós! árbol del recuerdo, yo te dejo para siempre.

Calló Blanca Rosa.

El árbol, replegando sus ramas, con la brisa que oculta soplaba entre ellas, pareció que daba un gemido.

Así lo creyó María, y sollozó también, y las dos jóvenes fueron á embarcarse.

Cuando la Chata Blanca se desprendió de junto á la orilla, las doncellas volvieron tristes los ojos á la playa que quedaba desierta y silenciosa, y, llenándose de lágrimas, suplicaron á Ño Topete y sus remeros para que rápidamente impeliesen la embarcación aguas abajo.

Cuán diversa era la navegación de entonces á las de años anteriores, cuando botes, chatas, y cha-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lupas, llenos de alegría, se deslizaban por el río, y cantaban el piloto y los remeros, y Ño Patiño, enamorado de Violante, arrancaba á su instrumento ya quejumbrosas, ya plácidas armonías. Ahora no había más música que la de los gemidos del corazón.

Al cerrar la noche llegaron las viajeras á Castalia, donde la rubia Violante las recibió con alguna benevolencia. Ella aprobó la resolución de las dos jóvenes de retirarse de las costas y vivir en la serranía.

Violante deseaba quedarse sola: había conseguido que la abuela le dejase, en su testamento, las tres cuartas partes de sus bienes, y á María, apenas la rigurosa legítima, gracias á una ley que favorece la pasión de un testador, que, por odio, resentimiento, error, sugestión ó mal entendida preferencia, puede dejar á un heredero, rico, y á otro, casi en la pobreza, y perpetuar así en las familias lastimosos recuerdos, y envidias y disensiones.

María, la desinteresada rubia, recibió en dinero, y sin observación alguna, la parte que Violante aseguró que le tocaba, y la rubia interesada quedó de única poseedora de Castalia, y oro y alhajas. Después de pocos meses, cuando la pingüe herencia consoló fácilmente á Violante de la muerte de la abuela, Ño Patiño dio en frecuentar la hacienda, y contuplicó las serenatas, pues ya María estaba muy lejos para que pudiera servir de obstáculo á las repetidas visitas del Trovador.

Sólo cuando murió el amigo, no asomó á rendirle el tributo de pena, que impone la amistad como doloroso deber. Los compañeros de los sarnos, orgías, juegos, y otros placeres vedados, son los menos frecuentes en los días de duelo y raras veces se los ve junto al féretro del amigo difunto. El Trovador no apareció en la semana primera de las desgra-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cias de la familia de Reinaldo. No faltó, más bien, quien contase á Blanca Rosa y las dos primas, haberle oído decir á Ño Patiño, que su amigo fue un cobarde, porque no supo morir *en su ley*, como buen radical. Es decir que el Trovador sentía que el Comandante hubiese muerto como creyente. Bueno hubiera sido que Reinaldo, por darle gusto á Ño Patiño, se hubiera ido á los infiernos.

Blanca Rosa y María se indignaron, pero Violante fingió no creer la especie, ó talvez no la creyó en realidad, ó la cegó el amor; porque deben saber mis lectoras, que antes de un año, era ya la esposa del Trovador de la comarca, y Ño Patiño el dueño de la rubia altiva y de Castalia. El rasgueo de la guitarra y el gemido de la bandola pudieron más que los ya olvidados consejos y sátiras de la abuela, y el que Violante creyó que apenas podía servirle de paje, llegó á ser su Señor marido. La soberbia realiza, como los yankees, lo que parece imposible.

Blanca Rosa y María, después de una semana, verificaron su viaje, despidiéndose primero de las palmas del amor y la esperanza, que quedaron solitarias junto al Daule, sin que después nadie fuese á apoyarse en su tronco y pedirles sombra y frescor.

Violante, viendo que las dos jóvenes lloraban al despedirse, vertió también algunas lágrimas. Aunque una persona no haya querido mucho á otra, cuando la ve partir y sabe que ella no volverá jamás, siente pena y experimenta un momento de tristeza.

Violante abrazó á su hermana y á la de Reinaldo, derramando aún lágrimas y dando un suspiro.

Ño Topete, el anciano venerable, al despedirse de él las jóvenes, bañóles las diestras en llanto y se las besó, inclinando la cabeza coronada de canas. En su semblante se delineaba entonces la ino-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cencia, y en sus ojos aparecía el tierno llanto de un niño.

Ña Perpetua, agradecida con el beneficio recientemente recibido, angustiada al mismo tiempo con la muerte de su desgraciado Lorenzo, sintió doblarse su dolor, cuando vio partir á las dos patronas que más amaba. Puesta á la cabeza de Manuel y Rosario y de otros peones que agrupados en la orilla llorabau, se desató en sollozos, y, poniéndose de rodillas en tierra, extendía los brazos como queriendo detener á las viajeras que se alejaban de la playa.

LXXXVII

En viaje á Quito

Blanca Rosa y María dejaron la Castalia para no volver á verla jamás. En su ida á Quito resolvieron viajar como incógnitas y con modesta apariencia, sin llamar la atención ni curiosidad de nadie. Por eso se embarcaron con sencillos trajes y asimismo tomaron el tren hasta Chimbo. Allí una casualidad, que Blanca Rosa juzgó como favor del cielo, que quería secundar las miras de un oculto regreso, le deparó, como guía y porteador de equipaje, al mismo arriero Prudencio, que robusto todavía y vigoroso, seguía su honrado oficio. Su vista alegró á la joven serrana, que comunicó su contento á María.

Niña de mi corazón—dijo Prudencio, cuando se le acercó Blanca Rosa—felices mis ojos que la vuelven á ver. ¿No le dije á Su Merced que, cuando se quiere bien, procura uno volver á encontrarse con la persona querida! Miren cómo Dios me ha dado salud y vida hasta volver á hallar á mi niña Blanca Ro-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sa, y servirlo otra vez de paje y arriero de sus cargas.

Y de buen compañero sobre todo—dijo Blanca Rosa—Es para mí una felicidad volver á encontrar á un hombre honrado.

—¡Gracias!, Señorita. ¿Pero qué ha pasado con Su Merced? La veo muy arruinada y triste. ¡Válgame Dios! En cosa de cinco años no debe de estar así Su Merced, y se conoce que ó ha sufrido mucho ó ha estado continuamente enferma. ¿Qué es del patrón Reinaldo, que ni parecía tarconista, porque era muy bueno? ¿Por qué está de luto Su Merced? ¿Quién es la niña rubia que le acompaña á Su Merced? ¿Por qué deja la costa?

Prudencio se atropellaba en estas y otras preguntas. Blanca Rosa le dijo que Reinaldo no existía ya en el mundo y que María era prima del difunto.

¡Conque, ya es muerto el patrón Reinaldo!—exclamó Prudencio.—Amo de mi vida, qué generoso era, y cómo trataba tan bien á un pobre chagra. Lástima que haiga muerto. ¡Ah! niñas de mi alma, si ahora sólo se están muriendo los caballeros y los hombres honrados, y quedando los miserables y los ladrones de las bestias de los pobres arrieros. Antes no era así, niñas, y había menos pícaros y más garantías. Les doy pésame á Sus Mercedes por la muerte del patrón Reinaldo. Ahora pensemos en arreglar el viaje.

Todo corre de tu cuenta—dijo Blanca Rosa—Arregla como mejor te parezca; porque, desde aquí hasta Quito, queremos ir sólo á caballo y hacer rápidas jornadas. Busca los mejores animales y no repares en el precio del alquiler. No queremos viajar en ómnibus ni en coche expreso, como podríamos hacerlo. Vamos de duelo y queremos ir tristes y solas como conviene á nuestra situación.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Está bien, patronita. Yo sólo he de arreglar el precio de las bestias de silla que me den otros arrieros, que para la carga, yo tengo las buenas mulas mías, y un arriero mozo, Miguel Buenaño, de mi misma parroquia de Chillogallo. Yo mesmo me entenderé en el pago de los tambos y otras cosas. Para eso la quiero bien á Su Merced.

—Sí, Prudencio, tú sólo has de hacer todo, como si fueras nuestro papá.

Prudencio rió mucho y dijo: Haga de cuenta Su Merced que lo soy.

—Así lo haré, Prudencio mío.

—¡Ah! niña, cómo se conoce que Su Merced es viuda de un caballero generoso y liberal para dar no para quitar como son otros militares de Tarcón.

No dejaron de sonreírse las jóvenes, y el viaje quedó arreglado después de dos horas, porque todo lo allana y facilita el dinero.

El viaje fue rápido, porque se caminaba, abreviando jornadas y en fuertes y generosos caballos. Blanca Rosa deseaba alejarse pronto del teatro de sus tragedias y ansiaba por llegar á su ciudad natal, alimentando aún la ilusión de volver á ver á Margarita; porque, á intervalos, se olvidaba de que su madre dormía el sueño perenne.

Blanca Rosa hizo un viaje de expiación y tristes recuerdos. Emprendía un camino de Calvario, llena de reflexiones, tristezas y profundos pensamientos. ¿Y quién, durante la vida, no viaja hacia la cumbre del Calvario? Cada uno tiene el suyo, y, por distintas direcciones, de grado ó por fuerza, todos concluímos la común jornada, impacientes unos, conformes otros y la mayor parte llorando!

Las viajeras procuraban hospedarse en las hosterías menos frecuentadas y preferían la casa parti-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cular de algún aldeano, pagando con largueza el hospedaje.

Pasaron rápidamente por Victoria, de temor de encontrarse con el poeta Dueñas, aunque Blanca Rosa ignoraba si aquel amigo de ocasión existía aún en el mundo.

Pernoctaron muy cerca de la parroquia del Cura Arteta y, aunque de vergüenza, no quiso Blanca Rosa verse con él, averiguó por tan estimable sacerdote, y supo con pena que había muerto un mes antes.

Durante el camino iba contando á María cuanto le había acontecido en su viaje con Reinaldo, y enseñándole los lugares donde pasó algo de notable. Le indicó el punto donde se encabritó el caballo *chugo* de su hermano, animal brioso y gran corcel para la guerra, el cual, en el combate de Pozos Muertos, había caído muerto junto á su herido Señor. A tal recuerdo, ambas lloraron y siguieron silenciosas.

En otra jornada las sorprendió la noche antes de llegar al tambo ó venta que estaba aún distante. Prudencio aseguró que lo mejor era hospedarse en la cercana aldea, en casa del taita Cura Munive, que aun vivía allí.

Recelo tuvo Blanca Rosa de llegar allá; pero era forzoso hacerlo ó dormir á la pampa. Al fin se resolvió á ser otra vez huéspeda del sacerdote, de cuya sencillez, virtud é ilustración habló á María, contándole haber sido él el primero que anunció á Reinaldo, que no moriría en defensa de mala causa. María deseó conocerlo y tratarlo.

Era ya obscura la noche cuando llegaron á la casa del Cura, que les recibió con amabilidad y buenas maneras.

Apéense, apéense, Señoritas,—les dijo—US. se han hecho un poco tarde, y en estos andurriales, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con paso frecuente de las desmoralizadas tropas tarconistas, hay muchos peligros.

Cuando Blanca Rosa estuvo en pie y saludó de cerca al Cura, éste, después de contemplarla, exclamó sorprendido: ¡hola! ¿Ud es la Señorita.....Ren .....dón, hermana del militar que hace mucho tiempo se hospedó en esta su casa? Bienvenida sea, Señorita. Y qué *acabada* está Ud., siendo todavía tan joven. Vaya, pues. ¿Qué es del Señor.....su hermano? ¿Y esta señorita, que parece costeña, á qué viene por acá?

Éstas y otras cosas más preguntó el Cura Munive, con atropellamiento de palabras semejante al de Prudencio, y llevó á sus huéspedas al cuarto más cercano y mejor amueblado.

Blanca Rosa satisfizo á todas las preguntas del Párroco, el cual sintió mucho la muerte de Reinaldo, alegrándose al mismo tiempo de que se hubiera cumplido su presagio de no morir en defensa de mala causa.

Así le anuncié—dijo el Cura;—porque, aunque se jactaba de ser liberal *convencido*, comprendí que en ese corazón había un fondo de bondad y un principio de fe, casi imperceptible. Ví que no era incrédulo adrede, de moda y por sistema, sino más bien por falta de instrucción religiosa y lectura de buenos libros. Me pareció juicioso, inteligente el caballero, y con alguna virtud oculta, de esas que Dios no deja sin premio. Le juzgué, eso sí, bastante calavera, y en esto no me engañé; porque después supe algunos *milagros* del joven militar, siendo el principal.....pero perdón, Señoritas, no quiero aparecer indiscreto.....

Blanca Rosa coloreó, pero, conociendo la sencilla virtud del Cura, hablad, le dijo, cuanto queráis.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ya os he dicho, que María es prima hermana del difunto Reinaldo.

—¿Y vos sois la hermana, la hermana?—dijo el Cura, recalcando la palabra entre amable é irónico y con candorosa sonrisa.

—Pues ciertamente, es hermana de Reinaldo,—dijo María.

—Esto es innegable, señor Cura,—dijo Blanca Rosa.

¡*Ujú!*—dijo el Cura, meneando la cabeza,—á mí, después de muchos días que vos pasastéis con el joven militar, no faltó quien me dijera que ibáis robada. Los hermanos no roban hermanas sino novias ó amantes. Decidme la verdad, Señoritas.

—¿Quién os dijo tal cosa?—preguntó Blanca Rosa entre curiosa y avergonzada.

—Fuí á Riobamba, y allí una parienta de Petronila González me contó que un joven liberal se había ido robando de Quito una señorita, Blanca Rosa Miño, y que, para poderla robar, había hecho poner preso en el Panóptico al joven Leonardo, á quien yo conozco, y es ahora el Padre Antonio, que hace dos meses pasó por aquí y se hospedó en esta casa. Petronila lo descubrió todo por medio de una tal beata Felipa; porque las beatas, Señoritas, no pueden callar nada y les da dentera si no revelan los secretos. Parece que Petronila escribió en confianza á su parienta, y ésta, en confianza, se lo contó al Cura Fermín Arteta (que en paz descanse) y éste, también en confianza, me lo contó á mí y á otras personas; pues ya es sabido que, de confianza en confianza, las cosas llegan á ser conocidas de muchos, y luego públicas y á noticia de todos. Oyendo yo esto, eché mis cuentas entre mí, y, sin vacilar ni creer que era juicio temerario, dije: el militar y la robada joven son los mismos que fueron mis huéspedes; porque,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Señoritas, no hay cosa que se transparente más que el engaño de los que se fingen hermanos, siendo sólo amantes ú otra cosa peor.

—Muy cierto es eso, Señor Cura,—dijo María.

Y muy cierto lo que les he contado, Señoritas, —dijo el Cura.

Os hablaré la verdad,—dijo Blanca Rosa—ya como amigo, ya sobre todo, como á sacerdote; pero vos guardaréis completo sigilo.

Si así me advertís,—contestó el Cura,—el sigilo que guardaré, será sacramental. Hablad, buena joven, que yo os oiré como amigo, padre y sacerdote.

Blanca Rosa hizo al Cura Munive la relación exacta de cuanto le había pasado, y, cuando llegó á narrarle cómo se descubrió, en la gruta, que era en efecto hermana de Reinaldo, el Cura le interrumpió, exclamando: ¡primera vez que la mentira ha sido verdad!

Así es,—dijo Blanca Rosa:—se convirtió en verdad la mentira inventada por Reinaldo, para engañaros á vos.

Después la joven terminó su relato hasta la muerte de Reinaldo y el encuentro con el Padre Antonio.

En vuestra relación, Señorita, hay,—dijo el Cura,—mucho que admirar, mucho por qué dolerse y mucho para bendecir á Dios, que, por desusadas sendas, lleva las cosas al término señalado por su suave Providencia. Que vos, de entre tantos peligros, hayáis salido ilesa y con vuestro pudor incólume, es todavía más maravilloso que cuanto me habéis contado. Sin duda las virtudes de vuestra madre os alcanzaron de Dios una gracia tan eficaz y triunfadora. Otras, en vuestras circunstancias, no contarían este prodigio. Alavad á Nuestro Señor, seño-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ritas Blanca Rosa y María, y dignaos ahora aceptarme mi pobre cena, que ya es hora de tomar algún alimento á que vayáis á descansar.

¡Gracias!—dijo Blanca Rosa;—pero extraño mucho ahora no ver á vuestra bondadosa hermana, la Sra. Eduvigis, que tan atenta estuvo conmigo en la ocasión que pasé por aquí. ¿Vive aún?

En el cielo—contestó el Cura haciendo pucheritos de niño—Hace dos años que la perdí.

Los sentimos de veras, dijeron las dos huéspedas y variaron de conversación, para no contristar al Cura con recuerdos inoportunos; porque, cuando estamos á la mesa, debemos pasar momentos de solaz y de expansión de ánimo, y han de evitarse memorias tristes, ideas desagradables y palabras que expresen objetos sucios ó indecentes. Lo primero prueba pobreza de pensamientos que recreen é instruyan, y lo segundo, es signo infalible de mala crianza.

Después que todos satisficieron el hambre, y Prudencio y Miguel Buenaño arreglaron su cena y los caballos de sus Señoras, y dieron á todos los animales abundante pienso, el Cura dejó solas á las dos jóvenes, para que ellas mismas aderezasen sus lechos, y él se fue al cuarto vecino á rezar Completas. Las jóvenes alcanzaban á oír el susurro del rezo, y estaban contentas con la franqueza, sencillez y virtud del Cura, que aun á Reinaldo pareció bien en el primer viaje.

—A través de la humildad de este sacerdote, se descubren sus virtudes y una mente ilustrada,—dijo María.

Sí,—dijo Blanca Rosa,—es manifiesto que la sencillez no está reñida con la sabiduría; y yo prefiero una persona sencilla, humilde y sabia, á otra con sólo *viveza de conejo*, como solemos llamar, en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Quito, á los que no tienen verdadero saber y talento sino apenas una apariencia de ellos, ó sea más bien, un instinto pronto y listo para decir ó hacer lo que les conviene en provecho propio.

—He admirado la manera cómo ha llegado á saber el Señor Cura tus amores con Reinaldo, el rapto y la prisión de Leonardo.

—La indiscreción de la parienta de Petronila. No supo guardar reserva y fue causa de que se divulgase mi deshonra. El primero, que revela el secreto que se le confió, es el culpable y principal autor de las malas consecuencias. Por eso no debemos confiar un secreto sino en caso muy necesario y casi inevitable, y ésto á personas, cuya lealtad hayamos probado dilatadísimo tiempo, ó que sean semejantes á nosotras mismas, como aconteco con las dos, cara María.

—Así es, Blanca mía. Descansemos ya; que pienso nos faltan aún algunas jornadas. Yo que, por primera vez, viajo por la sierra, nada conozco y soy como extraña.

—Eso no, hermana mía; donde quiera que pises, estás en tu patria, en el Ecuador. Cuando vivas en Quito, verás que ahí no hay el apocado espíritu de provincialismo, que es enfermedad endémica en otros pueblos y ciudades.

—Si todas las quiteñas son como tú, Blanca Rosa, viviré contenta, á pesar de que nos conviene la vida ignorada, para esconder, diré así, tu historia y que se ignore tu rapto ó al menos no se recuerde; porque, te diré con franqueza, lo que yo también he oído decir. Aunque los quiteños sean corteses y hospitalarios hasta con los extranjeros perniciosos, y quieran á todos los provincianos, en punto á murmurar, y destruír la honra ajena y poner apodos hasta á los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

santos, diz que no tienen rival entre los demás pueblos de la tierra.

—Cierto es que, en mi ciudad, hay, como en pocos lugares, el terrible don de apodar y burlarse del prójimo; pero no con la exageración y extremo que se nos atribuye.

—Basta tu verdad, hermana mía.

El sueño cerró los párpados de nuestras simpáticas viajeras, que descansaron tranquilas, al són del viento, que en aquellos páramos se desata con todo su furor.

LXXXVIII

Recuerdos del camino. La vista del Chimborazo

El siguiente día, al romper el alba, estuvieron ellas en pie, para continuar el viaje, y el Señor Cura asomó con un criado, que traía á sus huéspedas la *aguita caliente*, para matar el frío que estaba muy semejante al de la afamada Cuchilla de Angamarca. Después les ofreció caldo, carnes y café, almuerzo anticipado y muy conveniente para un viaje de largas jornadas.

Cerca de despedirse, Blanca Rosa dijo al Cura: Os suplico que pidáis por nosotras, y en la misa os acordéis de mí, para que Dios me perdone los grandes extravíos de mi desobediencia á mi madre. ¡Cómo hubieran quedado ellos ocultos!

No es fácil eso, Señorita—dijo el Cura—:nuestras culpas grandes son como los peces tamaños, que no pueden ocultarse del todo en las aguas, y siempre salen á la superficie y á flote, mientras que los pececillos no se dejan ver fácilmente sino del ave de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ojo muy perspicaz. La Señorita costeña sabe que esto es verdad.

Sí, Señor Cura,—dijo María muy risueña—me ha caído en gracia vuestra comparación.

También yo ví eso una vez—dijo Blanca Rosa—estando á las orillas del Daule, y le hice una aplicación á mi pobre Reinaldo.

Llegó el momento de partir. Las viajeras se despidieron del Cura Munive, y éste, deseándoles, como expresó, toda clase de felicidades, les echó una bendición. A poco andar, Blanca Rosa indicó á María la calle de árboles por donde Ismael Duarte, el amable colombiano, que dio inequívocas muestras de haberse enamorado de ella, había desaparecido, para no volver á verse jamás. ¿Quién sabe si acaso ya no aspiraría aura de vida?

Tras de largo caminar, hacia la izquierda de la senda que seguían, y algo desviadas de ella, se divisaban las ruinas de un edificio. La paja crecía al rededor de ellas, y un rebaño de cabras estaba esparcido entre las derruídas y negras paredes, ramoneando en los matorrales que habían creado. Un indezuelo, sentado sobre un gran trozo de piedra, que parecía haber sido jamba de puerta, estaba custodiando su grey, al són de las tonadas de un *rondador*, tan triste como las ruinas.

Siempre contrista la contemplación de lo qué fue, y toda ruina tiene su melancólica poesía. No solamente los restos de los grandes colosos, llámense Menfis, Babilonia, Palmira, Itálica ó Cartago, despiertan la aflicción y las grandes reflexiones y pensamientos, también las reliquias de la pobre casa del paciente aldeano inspiran compasión y tristeza. Cuántas veces una pajiza cabaña, ya destruída y abandonada, nos causa pena, y nos parece que el viento, soplando en la destrozada techumbre y ha-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ciendo gemir las endebles y conicientas pajas, está llorando la destrucción.

¿Qué ruinas son aquellas?—dijo Blanca Rosa—Cuando yo pasé con Reinaldo no me parece que existían.

—¿No recuerda Su Merced qué edificio ó casa pobre había aquí?—dijo Prudencio.

—No recuerdo nada absolutamente, Prudencio.

—¿No se acuerda Su Merced de un hombre algo *homoto*, gordiflón, barrigudo, de cachetes rojos, que le temblaban como *cuajada*, de un charlatán que monopoliba la palabra?.....

—Monopolizaba querrás decir, Prudencio.

—Eso es, Señorita. ¿No tiene presente al hombre, que adulaba á los pasajeros ricos, y no les hacía caso, si eran pobres como yo?

—No doy con el sujeto.

—¿No trae á la memoria al bribón, que solía vender gato por libra?

—Por liebre, dirás, Prudencio.

—Eso es, Señorita. ¿No tiene recuerdo de la cara de ese hombre de ojillos picarescos ó *chuspis*, como decimos nosòtros los chagras?

A pesar de tus señas y contraseñas, no doy con él.

—¿No se le viene á Su Merced á la imaginación la figura de ese hombre que decía ser un gran catador di vinos?

—¡Ah! catador de vinos.....Ya me acordé, Prudencio. ¿Por qué, dejándote de rodeos, no dijiste sencillamente: ¿se acuerda de Don Custodio?

—Porque, patronita, no me gusta ni pronunciar el nombre de ese *pillastrón*.

—Ya le has cargado de insultos. ¿Qué ha sucedido con ese pobre y qué males te ha hecho á tí?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Ha sucedido que esas ruinas fueron el tambo de Don Custodio y que él ya es difunto.

—¿Murió? ¿y quién le destruyó la casa?

—Murió en la pobreza; porque los soldados tar conistas, que ya vienen, que ya vuelven, no dejando verde ni seco, en cada vez le robaban algo y no le pagaban un solo centavo por la comida y el hospedaje, hasta que, al fin, lo dejaron *in puribus,* á la luna de Paita, bien *fregado,* en la miseria, como él merecía. Los soldados del Tarcón, aunque ladrones, acertaron á robar á otro ladrón. El fue á morir en Mocha, y nadie, de miedo á las tropas corruptas, quiso tomar el tambo y seguir con el negocio, y así la casa quedó inhabitada, y se vino al suelo. ¡Bien hecho!

—No digas así, Prudencio. Juzgo que, de sencillez y no por maldad, te expresas tan duramente.

—Así es, Señorita. Yo digo lo que he oído á mis compañeros de oficio.

—¿Y á tí te hizo algún mal?

—No me acuerdo, patronita; pero á este pobre Miguel Buenaño le trampeó el alquiler de dos mulas.

—Así fue, patronita,—dijo Miguel—y por eso yo apostara que Don Custodio está ardiendo en la paila.

Sonriéronse María y Blanca Rosa, y ésta, sacando un sucre, se lo dio á Miguel, diciéndole: haz cuenta de que Don Custodio te restituye siquiera esto.

—¡Gracias!, patronita,—dijo admirado Miguel —ahora sí le encomendaré á Dios el ánima del pobrecito Don Custodio, que sólo debe de estar en el Purgatorio.

—¡Ojalá!—dijo Prudencio—aunque sí fue bastante ladrón. ¿No recuerda, niña Blanca Rosa, cuánto le exigió al patrón Reinaldo por la noche que pasamos en aquel tambo?

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—No me lo dijo Reinaldo. ¿Cuánto le pidió?

—Quinientos sucres le ajustó, patronita.

—¡Imposible! Prudencio. Serían, á lo más, cien sucres. Con razón dicen que no hay comerciante, mayordomo y arriero que no mienta ó por lo menos exagere las cosas. Tú, no mientes, buen Prudencio, pero si exageras el pago. Aunque Reinaldo era muy pródigo, por una regular comida y unas pobres camas, no hubiera dado tan fuerte suma, siquiera para no pasar por tonto.

—Así ha de haber sido, Señorita; pero la verdad es que, cuando el buen paje Eugenio le entregó un rollo de billetes á Don Custodio, éste, ufano, no sabía qué hacerse, y se metía los tales billetes en los bolsillos de los pantalones, de la levita, por el seno y hasta por las narices. En fin Dios le habrá perdonado.

Blanca Rosa y María volvieron á sonreír, y notaron que, entrenidas con el platicar de su guía, habían caminado considerable trecho.

El cielo estaba diáfano y hermoso.

Cuando las jóvenes vieron el Chimborazo, que brillaba con los rayos del sol, se alegraron mucho, y María que lo veía por primera vez, se detuvo á contemplarlo. ¡Qué hermoso es este monte, hermana mía!—exclamó entusiasmada.

—Muy bello es, hermana mía,—dijo Blanca Rosa—es el gigante más hermoso de la creación. Sabrás que en mi venida con tu primo, cuando pasé por aquí, como por inspiración, ante la presencia de esta maravilla de Dios, hice juramento de no manchar mi pureza y de que, si no me casaba, mi candor quedaría tan blanco como esa nieve.

—Has cumplido tu juramento con fidelidad.

—¡Ay! cuántos afanes, congojas y pesadumbres he pasado para ser fiel á Dios, sólo tú lo sabes, Ma-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ría. ¡Oh! Chimborazo, si mi candor vuelve puro como tu nieve, traigo también, como ella, helado mi corazón, y ya entre mis negros cabellos hay algunos blancos como tu cima.

María se entristeció, oyendo á Blanca Rosa, y alzándole el sombrero suavemente, vio que en realidad, como tenuísimos hilos de plata, seis cabellos estaban blancos y resaltaban mucho, por lo mismo que los demás eran extremadamente negros.

Al llegar á un recuesto del camino, Prudencio dijo á Blanca Rosa: ¿recuerda, patrouita lo que nos pasó aquí? ¿No ve Su Merced, allá más lejos, una cruz?

Sí,—dijo Blanca Rosa— ya sé qué hecho me quieres hacer recordar, y aun me parece que estoy viendo el lento agonizar del mozo arriero. No hay cosa que se renueve y represente con más viveza que las imágenes del dolor.

Suspendiendo el caballo y volviéndose á contemplar el sitio, Blanca volvió á contar á María la muerte de Ureisino Pérez, asesinado por las tropas de Tarcón.

¿Castigaron á esos forajidos?—preguntó María

¡Qué han de castigar!—dijo Prudencio—¿Quién hay ahora, en el Gobierno, que reprueba ningún crimen? Más bien los han de haber premiado, y ahora los asesinos serán ya oficiales, coroneles y aun alguno habrá con charreteras de general.

Sonrieron las dos, y luego continuaron su camino, dando un sollozo al ver la cruz de Ureisino, la cual desaparecía ya entre el espeso pajonal.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LXXXIX

Comisiones que van y vienen

Al llegar á la ciudad de Ambato, toparon en el camino con numerosos soldados, jefes, oficiales y empleados de Gobierno, y, para no ser conocidas, Blanca Rosa y María se taparon cuidadosamente con sus sendos velos negros.

¿Qué habrá?—dijo sobresaltada Blanca Rosa—¿Talvez revolución? ¿Lo sabes tú, Prudencio? Peligramos, y sería mejor buscar otro camino menos frecuentado. No vayan á quitarnos las bestias, y quedemos á pie, como ha pasado con algunas mujeres, si es verdad lo que me han contado.

Verdad es—dijo Prudencio;—porque los tarconistas ni al bello sexo le tienen consideración; pero ahora Sus Mercedes no se acuiten. No hay bullas de guerras sino preparativos para elecciones.

—¿Qué van á elegir?— dijo María.

Van á elegir un sucesor del Tarcón—dijo Prudencio—Las tales elecciones, niñas de mi vida, han de ser sólo de militares y no populares; porque el pobre pueblo ha de quedar burlado y con la boca abierta. Por cada ciudadano que sufrague y dé su voto, si puede, cada soldado ha de sufragar diez veces, convirtiendo en fisga, y burla y diversión el tal sufragio, y ha de reinar el abuso, y mandar la infamia, y todo se ha de hacer, como de costumbre, á la bayoneta. Nosotros, aunque chagras, todo lo estamos viendo, eso sí, calladitos; porque, si no, á la artillería de Guayaquil.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿Conque, hay elección de Presidente?—dijo Blanca Rosa.

—Si, patronita, y sabe Dios si mejoraremos ó empeoraremos de sujeto, aunque ya no cabe peoría.

¿Quién responde?—dijo con sorna Miguel Buenaño.—Somos tan dichosos los ecuatorianos, que puede llegar día en que suspiremos por el Tarcón.

Dios no quiera,—dijo santiguándose Prudencio.—Más bien puede sucederle un gran chasco al abusivo Tarcón: pone en la Presidencia á la persona, que el se antoje, para hacer de ella su maniquí, y esta persona se hace la nene y agradecida, hasta subir al puesto, y una vez sentada en la silla, le da un puntapié al ponedor y lo arrincona lejos.

Cierto,—dijo María,—que es posible pase este no previsto chasco, y que el soñador, que pensó y resolvió seguir gobernando tras bastidores y haciendo cuanto le plazca, ruede á la ínfima escala y deje de ser caudillo.

Así sucederá talvez,—dijo Blanca Rosa;—porque creo que las ilusiones de mando y poderío, así como las del amor, suelen disiparse ó convertirse en amargas hieles y desengaños.

Dijo así, y suspiró.

En esto llegaron á la ciudad, esquivándose siempre de ser conocidas de las numerosas comisiones, que iban y venían sin cesar.

En la siguiente jornada, cuando las viajeras salían de Ambato, donde se hospedaron de incógnitas, al pasar frente á Antocha, perdida entre los árboles, Blanca Rosa exclamó: ¡Oh! si vivieses, egregio vate, cómo os rogaría para que escribieseis la historia de mi desobediencia.

—¿Por qué dices así?—preguntó María.

—¿Porque esa es la quinta del poeta autor de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la dulce y triste Cumandá. Allí vivió y escribió sus cantares.

—Sólo oí su nombre y leí algunas de sus bellas producciones. ¡Cómo hubiera podido conocerle! Ahora tengo mucha pena, la que se siente al ver un nido vacío y silencioso y saber que jamás volverá á él el ausente ruiseñor.

Continuaron su viaje y pasaron la noche en Latacunga, en lugar donde no pudiesen ser vistas de nadie. Allí supo Blanca Rosa, que el estimable caballero D. Lucio Iturralde había muerto unos meses antes No pudo satisfacer la curiosidad de imponerse cómo este Señor cumplió la comisión de Reinaldo, para que contuviese y despachase por otra dirección á un pésimo compañero.

Válgame Dios,—dijo Blanca Rosa,—voy dejando, en mi camino, muertos acá y acullá, á los que antes conocí: me parece que voy viendo tumba tras tumba, y que el mundo mismo no es sino un vasto cementerio. Dejo esperanzas, ilusiones y amigos muertos, y voy sólo llevando recuerdos.

—¡Ay! hermana mía, esa es la vida,--dijo María.

Al siguiente alborear de la mañana, ya las dos viajeras estuvieron caminando. Respiraba una aura tranquila, y las aguas del Cutuche gemían como ecos perdidos, y en ellos Blanca Rosa creía escuchar los acentos de sus antepasados, que fueron de honorable familia latacungueña.

Las comisiones eleccionarias seguían cruzándose por el camino, y todos pasaban fijándose en las dos viajeras, con esa curiosidad de lo desconocido y de cuanto va oculto tras de un velo.

Blanca Rosa y María iban de veras temerosas de que algún audaz oficial ó jefe se llegase á saludarlas ó cometer alguna indiscreción. Además creían que los generosos caballos, en que ellas cabalgaban

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

eran temible tentación para los soldados. Por dicha, nada aconteció. Embebecidos en las elecciones militares, que se preparaban, todos los servidores del Gobierno, pasaban rápidamente.

Desde la cumbre del Cotopaxi se desprendían inmensas columnas de humo, que dilatándose por el espacio, se tornaban en nubes blanquísimas, que figuraban nuevas montañas, torres, palacios, árboles gigantescos, templos y monstruos en caprichosa variedad.

María, que veía objetos tan nuevos para ella, se estuvo contemplando al coloso con esa rápida fruición que inspira lo hermosamente sublime.

Si en el Chimborazo,—dijo María,—hay sublimidad y hermosura, en el Cotopaxi hay belleza y terror. ¡Qué objetos tan grandiosos!

Como son todas las obras de Dios, —dijo Blanca Rosa.—Sólo el hombre, si hoy hace una bella acción, mañana comete una bajeza. Fíjate, hermana, qué variadas formas toma el humo, pero todas ellas cuán poco duran.

Como los proyectos humanos,—dijo la rubia,—como las glorias y vanidades que también no son otra cosa que humo del volcán de nuestras pasiones.

En esto dejaron atrás la venta del Chasqui, que tan tristes memorias despertaba en la mente de Blanca Rosa.

XO

La cruz de Tiopullo. El mendigo de la puente

ESTA, al llegar al pie de la cruz de Tiopullo, recordó á María la visión que tantas veces le había contado en la costa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Este viaje,—dijo,—ha sido para mí un *vía crucis*, en que he venido visitando cada uno de los lugares de mis recuerdos, como si en todos ellos viese también cruces, y ahora vengo á pegarme junto á una verdadera cruz. ¡Oh! cruz humilde y sencilla, por el tiempo y las inclemencias del cielo, ennegrecida ya, antigua cruz, á la cual han pasado, pasan y pasarán venerando innumerables viajeros, muchos de los cuales no volverán á verte otra vez; yo torno ahora á contemplarte con ojos entristecidos, que ya, de tanto llorar, no tienen lágrimas, y vuelvo á decirte ¡salve! porque eres signo de salvación, y sobre tí me parece aún, que se dibuja la imagen sangrienta del atormentado Amor, que sonríe con la ovejuela que regresa al abandonado aprisco..... ¡Oh! vieja cruz, que ya tan numerosos años te levantas en este lugar salvaje y silencioso, recibe mi plegaria, que yo, al paso, me inclino ante tí, y te adoro.

María escuchó conmovida la súbita salutación de Blanca Rosa á la vetusta y enegrecida cruz de Tiopullo, ante la cual todos los viajeros creyentes nos inclinamos al pasar. María inclinó también la frente é hizo una muda deprecación. Prudencio y su compañero, quitándose los sombreros, se limpiaron los pies con sendas piedrezuelas, y las dejaron junto á la cruz.

Continuaron su viaje, ya en silencio y meditar, ya conversando afablemente y enseñando á María montes, valles y lugares que hasta entonces ella no había visto otra vez.

Antes de pasar el puente de Jambelí, en el borde opuesto del río, vieron un demacrado y harapiento mendigo, cuya vista causó á las viajeras compasión y repugnancia mezcladas con cierta misteriosa antipatía. Tenía el mendigo los cabellos completamente blancos y erizados, como si estuviese en por-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

petuo espanto. Levantaba la denegrida frente con cierta altivez ajena de un pordiosero, y á veces en sus amoratados labios y quemada faz aparecía una sardónica risa, cuya convulsión le obligaba á toser desesperadamente. Pedía limosna con voz de despecho, enronquecida y quejumbrosa, y nunca rogaba en nombre de Dios ó por Jesucristo y la Virgen María. Tan dulces nombres no sonaron nunca en sus labios. *Dad, si no sois tacaños*, eran las expresiones con que pedía.

Era un mendigo especial y estrafalario: si el pasajero le socorría, tomaba la limosna, sin pronunciar ni una sola palabra de agradecimiento. Si el caminante pasaba sin atenderle, cuando ya estaba algo alejado, el mendigo le llenaba de insultos y obscenos improperios, y quedábase dando como gruñidos y refunfuños de perro.

Los habitantes de los pueblos de Machache, Aloag y Aloagsí no le conocían sino con el nombre de «El Mendigo de la puente», y lo miraban con alguna aversión impropia de sus naturalmente compasivos corazones. El mendigo ahí se estaba todo el día, como centinela ó más bien fantasma del puente, y nadie sabía dónde se albergaba las noches.

Cuando María y Blanca Rosa pasaron el puente, el mendigo les salió al encuentro, exclamando: Señoras, si no sois tacañas, dadme algo con que matar el hambre maldita.

El caballo de Blanca Rosa, aunque de suyo no era asombradizo, retrocedió soplando. La joven lo detuvo, y acudió Prudencio á tomarlo de la brida. Llegó también María, y ambas sacaron de sus portamonedas algunos reales. María, que fué la primera, dio limosna al mendigo, y él la tomó callado, como de costumbre; mas cuando Blanca Rosa le extendió la diestra, y él, al recibir el socorro, miró fija-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mente el rostro de la doncella, dio un verdadero berrido, é involuntariamente volvió atras la cabeza, sin querer aceptar la caridad.

La jóven se sorprendió, y, más compasiva, se empeñaba entonces en socorrer y llamar al pobre, que comenzó á retirarse á un matorral.

Pobre de Dios,—le dijo,—¿por qué no queréis recibir el óbolo que con buena voluntad os ofrezco? Deteneos y recibid.

Nada quiero recibir de tus manos,—contestó el mendigo, con acento tembloroso y ronco.—Tú debías darme, no limosna, sino una puñalada.

—No soy asesina, para que me digáis así.—¡Pobrecito! talvéz la debilidad le ha trastornado el cerebro.

—No el cerebro sino la conciencia,—gritó con despecho el mendigo.—Déjame solo, te suplico ó te mando; porque tu vista me horripila, y, en el fondo de mi alma, despierta horrenda zozobra, y en mi corazón vuelve á abrir más la llaga que hasta hoy no he podido cicatrizar. Véte de aquí.

—¿Pero cómo os he hecho yo tantos males? Decídmelo ¡por Dios! que lo ignoro.

—Tú no me has hecho mal ninguno, sino yo soy quien te lo hice muy grave, y fuí grande parte para tu perdición y desventura. Quisiera, como dijeron de Judas, que más me valiera no haber nacido que haber tratado contigo jamás.

—¿Pero quién sois, que así os contristáis á vos mismo y afligís á una inocente pasajera?

—¿No me conoces ya?

—No por cierto.

—Porque estoy de mendigo, sin duda.

—Creedme que no os conozco.

—¿No recuerdas de mí?

—No conociéndoos, no puedo recordar.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Pues, si así quiso mi mala suerte, conóceme al fin, y recuerda: yo soy el desdichado tío Pelmas.

Estas palabras, dichas con voz ronca, resonante y despechada, aterrorizaron no sólo á Blanca Rosa y María y á Prudencio y Miguel, sino que aun se volvieron á espantar los caballos.

Todos callaron y sólo el mendigo hablaba entre dientes.

Blanca Rosa, en la persona del repugnante y horroroso mendigo, reconoció, á la postre, al mismo tío Pelmas, al causador de sus desgracias.

María estaba atónita en presencia de lo que pasaba.

Prudencio y Miguel, que varias ocasiones habían encontrado aquel vestiglo y aún, de pasada, arrojándole algunos centavos, al verlo ahora tan de cerca, tuvieron miedo, y cuanto oyeron les pareció ininteligible y misterioso. Prudencio no pudo acordarse de que el tío Pelmas fue uno de los viajeros hasta Lataeunga.

El mendigo dio señales de querer huír.

Blanca Rosa, venciendo el horror que le causaba el ver á un hombre tan inicuo, exclamó: no huyáis de mí. Yo os he perdonado antes y vuelvo hoy á perdonaros la parte con que contribuisteis á mi desventura y deshonra. No quiero recordaros esa historia: para que el perdón sea hermoso y cabal, no se deben traer á la memoria las ofensas. Lo único que puedo deciros, aún con juramento, es que no estoy, como pensáis vos, *perdida*. Soy sí desdichada pero no impura.

El mendigo dio señales de duda.

No pudiendo Blanca Rosa hablar mucho, porque la la emoción le embargaba la voz, suplicó á María, para que ella hiciese, al tío Pelmas, la relación de sólo el descubrimiento de haber sido her-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mana de Reinaldo, omitiendo los demás acontecimientos de Castalia y Bellaestancia, que no venían al caso ni era preciso el relatarlos.

El tío Pelmas, con la relación clara y concisa de la rubia María, quedó estupefacto, y semejaba la imagen de un espectro petrificado.

Luego exclamó: pues yo te he tenido por perdida y pasto sólo de los antojos de aquel ingrato calavera.

Este lenguaje desagradó mucho á la hermana y á la prima de Reinaldo, y quisieron alejarse.

El tío Pelmas dijo á Blanca Rosa: detente. ¡Sabes si aun vive tu madre!

—Sé que murió en la madrugada del mismo día en que salimos de la ciudad,—contestó con alguna indignación, pena y suspiros.

—Así es la verdad. Yo, cuando regresé de Latacunga, despachado por D. Lucio Iturralde, que me entregó el dinero que me había dejado aquel Tenorio, en la mañana del abandono, vine á estos pueblos y en ellos gasté cuanto tuve, al extremo de quedarme á mendigar. No quise ir á Quito, por no toparme alguna vez con Margarita, y evitar sus reconvenciones y quejas, y aspavientos. Después, aunque supe que ella había ya muerto, no me resolví á dejar estos andurriales, y preferí vivir en soledad, ignorado de todos; porque yo odio al mundo y á cuantos seres le pueblan, y me aborrezco hasta á mí mismo. Esta puente es como mi casa, mi palacio, mi propiedad, y, apoyado en el brocal, veo pasar á los viajeros como á enemigos míos. Si alguno me da algo, me callo; porque cumplió con el deber de amparar al menesteroso. A los que no me dan, los denuesto, porque así lo merecen. ¡Oh! Blanca Rosa, yo detesto la creación, la luz, el día,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y maldigo mi existencia. Retírate ya de mí, que pocos días me faltan por vivir.

Pero siquiera esos días vivid, convirtiéndoos á Dios,—dijo Blanca Rosa.—Yo os lo aconsejo por vuestro bien. Si mi madre viviera, os diría lo mismo.

—Tu madre no lo haría; porque es seguro que murió maldiciéndome. Tenía razón, aunque yo ni de maldiciones ni apóstrofes hago caso, ni de nada; porque quien todo lo ha perdido, ya no tiene que perder.

—Mi madre, lejos de maldeciros, como sin fundamento aseguráis, os perdonó, según me lo ha contado después un virtuoso sacerdote.

—Haya sido como quiera, poco me importa ya. Ella murió, y á mi tampoco me queda otra cosa que morir. Los rufianes y traidores somos los seres más abyectos y ruines del mundo.

—Pero morid siquiera como católico y volveos á Dios. Os lo suplico.

—Déjate de súplicas. Dáme, si quieres, la moneda que ibas á dejarme, y no te detendré más. Así compensaré el disgusto, el estremecimiento y la sacudida de conciencia, que me ha ocasionado el verte por última vez, aunque sin culpa tuya.

Blanca Rosa puso varias monedas entre las negras y temblorosas manos del renegado mendigo, y ella, María y los arrieros se alejaron, llenos de pesadumbre y horror.

El pobre se perdió por entre unos espesos matorrales; y, pasados algunos días, no volvió á aparecer nunca. Sólo se veía, muy separada del camino, hacia la parte oriental del puente, sobre un hoyo recien tapado, una tosca cruz de madera, que plantó mano piadosa, y que los arrieros llamaron la cruz del mendigo de la puente.

De noche, los tímidos, supersticiosos y cobardes

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

no pasan, sino acompañados, el puente de Jambelí, de miedo de encontrar allí el vestiglo, ya no maldiciente sino mudo, boquiabierto, con los cabellos erizados y los brazos rígidos, enjutos, extendidos, como en actitud de atrapar á alguien.

Blanca Rosa y María, desmayadas y entristecidas con la escena que acababa de pasar, resolvieron quedarse en la próxima casa de posada, del camino, y continuarlo de que se anunciase el alba. Ambas, en el mismo lecho, se estrecharon varias veces durante la noche, creyendo que otra vez se les aparecía el fantasma de la puente.

XCI

Tres corazones que se unen

Era la hora en que las campanas de Santo Domingo llaman á la gente á la última misa de la mañana, cuando nuestras viajeras llegaron á la ciudad, bien encubiertas con sus velos de camino, y buscaron la habitación de Petronila González. Esta, por una de aquellas casualidades ó coincidencias, que dan á los acontecimientos más tristeza ó más placer, según los casos, estaba entonces leyendo una carta detrás de las cortinas transparentes de su ventana. Cuando oyó tropel de caballos, y alzó la vista, para conocer quienes venían, conoció á Blanca Rosa, no por el rostro encubierto con el velo, sino por el timbre de la suavísima voz de la hija de Margarita. Al oírla, quedóse suspensa, y esperó que volviesen á hablar y llamar á la puerta de la casa. Cuando oyó otra vez el conocido acento y sintió que entraban al patio, bajó desaladada al encuentro de su amiga, y, creyendo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que soñaba ó tenía delante de sí una visión súbita y extraña, aun con la carta en la mano, se llegó á Blanca Rosa, antes que ésta descabalgase.

No acertaron á hablarse al principio, embargadas por el placer, la sorpresa, el cariño y los recuerdos é ideas, que se agolpaban en la mente de cada una de ellas. La larga ausencia es un prolongado y triste sueño, del cual despertamos como admirados, y bendecimos la luz del día en que vuelven á aparecer los seres queridos.

Las miradas de Blanca Rosa y Petronila se entendían y las manos se estrechaban en señal innegable de gozo y de amor. Un calorcillo, plácido y suave, como la brisa de las márgenes del Guayas, discurrió por las venas de las dos amigas, y Blanca Rosa, casi inconsciente, descendió ella misma del caballo, y estrechó entre sus brazos á Petronila, sin decirse palabra todavía.

Entraba en ese instante la excelente Manuela, y al encontrarse con ese cuadro de muda ternura y conocer á su llorada Señorita, también ella perdió el uso de la voz, y se precipitó en los brazos de Blanca Rosa, y le besó en el rostro, y lo bañó el pecho en lágrimas, y luego, puesta de rodillas sobre las duras piedras del patio, en actitud de bendecir al cielo, volvió á levantarse y llorar, porque el llanto es á veces signo de un placer íntimo, delicado y puro.

María, entretanto, estaba aún sin descender de su caballo, también callada espectadora de lo que pasaba. Vuelta en sí ya de su sorpresa y alegría, Petronila saludó á la hermosa rubia costeña, y le pidió perdones por la involuntaria desatención. Cuando dos seres queridos se encuentran después de mucho tiempo, aunque se vean rodeados de numeroso concurso, ellos sólo se buscan, se miran y se estrechan, como si fuera de sí mismos, nadie hubiese en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

derredelor. Este como egoísmo de la salutación y del cariño, es muy natural en casos semejantes al que acaecía con Blanca Rosa y Petronila.

María, tan avisada y hecha á sondear las interioridades del corazón humano, bajó del caballo, gallardamente, y abrazó á Petronila y á Manuela, llamándola por su nombre, como si ya supiese que era la criada de Margarita. Esto sólo bastó para que Manuela quedase cautiva del amor de María; porque una alma sencilla, en cualquier acto, al parecer insignificante, sabe sorprender los secretos del verdadero cariño y las inspiraciones de una primera simpatía.

Entrelazadas de manos Blanca Rosa, Petronila y María subieron á una pieza alta. Allí, en expansión de alegría, amor é íntima amistad, la hija de Margarita y la hermana del Padre Antonio departieron larga y dulcemente sobre todos los sucesos de cinco años de ausencia, ya sonriendo si recordaban lo plácido, ya derramando lágrimas, si les venía á la memoria lo lamentable y lastimoso.

Cuando Petronila, durante dos días oyó la relación de todas las escenas de la vida de Blanca Rosa y singularmente lo acaecido en casa de Mateo Suárez entre Reinaldo y el Padre Antonio, quedóse asombrada y bendijo á Dios; porque el rival de Reinaldo, en amores, había llegado á ser para éste padre, salvación y vida.

Grandes son,—dijo Petronila,—los arcanos de la Providencia y ocultos los caminos por donde nos sale á encontrar, cuando menos nos imaginamos. Reinaldo dejó á mi hermano en una prisión, y mi hermano sacó á Reinaldo de otra prisión, la de las pasiones y el indiferentismo en materias religiosas. Así deben pagarse los agravios: no hay lazo, que más una las almas, que el sincero per-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dón. Al que nos perdona, al principio le tenemos vergüenza, pero pronto le profesamos amor. El perdón es una virtud, si sublime, bella también y consoladora. Nos admira y nos enternece, nos sorprende, y agrada, cautiva el pensamiento y ata el corazón. El perdón y la gratitud se asocian y se dan el ósculo de paz venturosa.

En todo pienso como vos,—dijo María.—Digna hermana sois del Padre Antonio,—dijo Blanca Rosa.

Si el Padre Antonio, mi adorado hermano,—concluyó Petronila,—no hubiera hecho con Reinaldo lo que me habéis contado, sería hijo indigno de aquel serafín humano, que se llamó Francisco de Asís. ¡Oh! ahora quiero más al Padre Antonio, porque ha sabido perdonar y sentir el verdadero amor.

—¿Qué os parecen mis desventuras?—le preguntó Blanca.

—¡Ah! Blanca Rosa, no quisiera yo entristeceros ahora.

—Decidme lo que queráis. Estoy ya tan acostumbrada al dolor, que casi he llegado á tenerle cariño, y es él como el compañero de mi existencia.

—No debéis renovar la herida ahora que con tanto placer y tan inesperadamente os he recibido en mi casa, y cuando llegasteis á ella, precisamente en el momento mismo en que yo leía una carta vuestra.

—¡Mía! ¿Cómo puede ser?

—Una que escribís á vuestra madre, creyéndola aún viviente. Yo, al pasar leí casualmente *Margarita Salazar* en la lista de cartas del correo, y saqué la vuestra para evitar que cayese en manos profanas. Conocí vuestra letra, y temblando de gozo; al ver que aun viviáis, la leí muchas ve-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ces, y la guardé. En vuestra carta decís que le habéis escrito otra, pero con la primera no ha sucedido lo que con la segunda. ¡Ojalá! también ella hubiera caído en mis manos.

—Cuánto hubiera aquietádose entonces mi corazón. Las cartas familiares, íntimas, tienen algo de sagrado, y cuando ojos extraños las leen, cometen una profanación. Sobre todo en tiempos de revueltas políticas es muy posible la interceptación y lectura clandestina de las cartas de los particulares, infamia que aquí es ya moneda corriente. ¡Quien tendrá la mía!

—Vuestra carta última está fechada en Bellaestancia. Le anunciáis á Margarita que habéis encontrado allá un hermano. Ahora comprendo que habláis del mismo Reinaldo, verdadero hermano vuestro, según la relación que me habéis hecho. Si Margarita hubiera vivido, su sorpresa habría sido indefinible. Con razón ella, en sus secretas confidencias conmigo, me dijo una ocasión: «El encarecimiento con que Rogerio me encargó que impidiese el enlace de nuestra hija, con algún hombre desconocido, ya fuese extranjero y sobre todo de la costa ecuatoriana, encierra para mí algún misterio. ¿Quién sabe si, por allá, tuvo talvez, en sus mocedades, algún desliz, y resultó un fruto de desgraciada unión? ¿Acaso Rogerio temió que un día llegara á realizarse algún suceso de esos que parecen novelescos, y que, sin embargo, acontecen y pasan ignorados?»

Vano es vuestro temor,—le decía yo por consolarla.—Si vuestro esposo hubiera dejado en alguna parte el fruto de un ilegítimo amor, lo habría revelado á su esposa, para evitar tragedias y os hubiera expresado la causa de sus temores. Cuando así no lo hizo, vuestro temor es infundado.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Quien sabe,—me contestó ella,—si talvez le venció el pudor y no me quiso confesar su culpa?

Pero un hombre,—le observé yo,—no tiene grande inconveniente ni empacho en hacer revelaciones semejantes, cuando hay muchos que, en materia de amores, aun inventan pecados, peripecias y lances imaginarios, sólo por la necedad de jactarse de triunfos y de conquistas.

No creáis,—me contestó ella,—que todos tengan esa criminal jactancia, porque en algunos jóvenes, así como en nosotras, hay verdadero rubor y vergüenza de sus debilidades. Mi Rogerio era hombre pudoroso.

Ahora—continuó Petronila—veo que Margarita, más que adivinó, acertó con los temores de Rogerio, y que éstos se volvieron realidad, y estuvo á punto de verificarse una horrenda unión. Ella participó de los temores de su esposo y, por eso, os impidió el matrimonio con Reinaldo, hasta no saber cúyo hijo era y de qué familia procedía. ¡Ah! ella se opuso á vuestro enlace; porque las madres inteligentes y virtuosas no sólo adivinan sino anuncian y penetran los arcanos del porvenir.

Así es—dijo María—Según he entendido por las relaciones que me ha hecho Blanca Rosa, Margarita fue mujer de perspicaz inteligencia, y ésta, en las madres, con el amor se aviva y perfecciona.

¡Ay!—dijo Blanca Rosa—aunque me afligen el corazón las conversaciones acerca de mi madre, se alegra al mismo tiempo la mente con el recuerdo de su talento y virtud. ¡Ojalá! así recordara de mi padre. Cuando él murió, quedé por extremo niña. No me suena en los oídos su voz, ni me es dable recordar sus acentos; pero conservo su retrato, y ahora no sólo uno sino dos. Vedlos y conoced, Petronila, al esposo de vuestra dulce amiga, al padre de la hija

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sin ventura y del joven desgraciado que pereció víctima de la civil discordia.

Blanca Rosa lloró.

Petronila y Manuela, ahí presentes, contemplaron largamente los retratos, descubridores del misterio, y se renovó el recuerdo de la inesperada escena de la gruta de Bellaestancia.

¡Qué idénticos son ambos retratos!—dijo Petronila—La letra del reverso de ambos, la misma, los consejos hermosos y realizados casi en la gruta. ¡Oh! si vuestro padre hubiese sido más franco en declarar la causa de sus temores y revelar su falta.

Yo sola soy la responsable y dueño de mis desventuras—dijo Blanca Rosa—Mi madre supo temerlas y casi anunciármelas, cuando me aconsejaba que esperase y no la desobedeciese. Una ocasión me dijo: «Por que te amo, te aconsejo y quiero evitarte tristezas; porque yo, para tí, Blanca Rosa, deseo todas las alegrías, que anheló y jamás tuvo mi corazón. Será mi único placer que tú las tengas cumplidas. Saber que es feliz la persona amada, ya es felicidad para los que amamos de veras.» Así me dijo mi adorada Margarita. ¡Oh! si yo hubiera sabido complacerle y amar á mi madre más que á mi entonces ignorado hermano, no estuviera hoy deplorando mis desgracias.

Pero ya ellas pasaron—dijo María—y tus pesares se mitigarán con la vida de silenciosa expiación que te propones emprender en compañía perpetua de la prima de tu hermano.

Y yo—dijo Petronila—que hoy vivo sola, me juzgaría llena de ventura, si me fuera concedido el vivir convosotras.

Cuánto me place—dijo Blanca Rosa— Tendré á mi lado á la dulce amiga de mi madre, y viviré siempre con vos y os verá como si ocupaseis su lugar, y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sabré obedeceros con facilidad y gusto, ahora que sé, con escarmiento propio, cuán funesto y calamitoso es desobedecer á una madre.

Os agradezco—dijo Petronila; viviremos juntas las tres.

Os aplaudo—dijo María.—Todas tres formaremos una sola alma en idénticos deseos y aspiraciones.

—Seremos todas tres hermanas en el afecto y mútuo cariño.—dijo Blanca Rosa.

—Y enlazaremos nuestras voluntades, siendo tres corazones que se unen para siempre—concluyó Petronila.

María y yo—dijo Blanca Rosa—compraremos una casa pequeña, donde todas tres vivamos solas con mi Manuela, la prenda que mi padre dio á su esposa, según sé, el día de las bodas. Hoy la amo con más predilección que antes.

Blanca Rosa contó la historia del naufragio y cómo la hija del buen José, el fiel criado de Rogerio, era la misma Manuela, salvada de las olas del mar por Luis Cortés, el padre del malogrado Eugenio.

Manuela lloró de ternura, é imprimió en su memoria la relación de la muerte de su padre, para ella hasta ese momento ignorada. Cuando se ahogó José, ella era demasiado niña para poder conservar recuerdos del naufragio.

Petronila, Blanca Rosa y María torneron á abrazarse como hermanas y á darse palabra de ser *tres corazones que se unen.*

Prudencio y Miguel habían partido á Chillogallo al siguiente día que dejaron en Quito á las *patronitas*, y, sin entender bien lo que habían oído y observado durante el viaje, forjaron una historia á su modo, para tener que contar en sus casas y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en el punto denominado *el mentidero,* que lo hay en casi todas las poblaciones pequeñas.

Pasados algunos meses, las tres compañeras vivían en la misma casa donde murió Margarita, en la casa color de rosa, conocida de mis amables lectoras y buenos lectores. Blanca Rosa y María lograron comprarla al antiguo dueño, para conservarla y morir en ese hogar de tantos recuerdos para la primera. Si antes había Blanca Rosa vivido en ella, con estrechez y como inquilina, ahora la ocupaba como dueña, y quería expiar su falta en el mismo lugar donde la cometió.

Ya la casa no tenía el color rosado de otro tiempo: las paredes exteriores estaban descoloridas, y cortinaje de obscuro color velaba las vidrieras. En las ventanas se veían tres macetas, donde, como recuerdos, brotaban lindas flores aunque melancólicas, de las simientes que Blanca Rosa trajo de los jardines de Castalia y Bellaestancia.

Adentro moraban las tres nuevas hermanas en el amor y la unión de los corazones. Eran como las tres gracias; porque todas tres eran también hermosas y llenas de virtudes. Petronila era de muy grata fisonomía, ojos de azul de cielo, animados y graciosos, rostro de vivos colores, frente serena y cabellos dorados. María estaba más hermosa que en la costa, y Blanca Rosa, aunque conservando un leve tinte de habitual melancolía y sus seis cabellos de plata, aparecía aún gallarda y más embellecida. Volvió á hermosearla la virtud.

Ella tenía, ante sus ojos, la imagen de Margarita, y se figuraba contemplarla y oírla en ese mismo hogar, en donde algunas ocasiones, volviendo á tomar su bastidor ó tejer un ramo de flores, frente á Petronila ó María, soñaba estar conversando con Margarita.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Algunas veces en sus ocultas meditaciones, exclamaba: ¡Quién me dijera que esta mansión había de llegar á ser mi propiedad, habiendo sido yo tan pobre! Pero ¡ay! más que con dinero, la he comprado con lágrimas, y al precio de las pesadumbres pasadas y de los peligros, de que apenas he salvado. Más feliz era yo, cuando bordaba aquí, ó cosía ó formaba ramilletes de flores, y era pobre y casi menesterosa, que no hoy, que abundo en bienes materiales. ¡Oh! santuario, donde habitó y murió la madre mía, casa de mis recuerdos y mis lágrimas, plegue al cielo que yo muera en la misma estancia donde expiró Margarita.

XCII

Flor de una tumba

Era el dos de Noviembre: numeroso concurso de gentes, esparcidas en todas direcciones, recorría el panteón de San Diego y visitaba los sepulcros.

Era el día de los muertos, el día del llanto, la plegaria y los recuerdos.

Ora sencillas, ora opulentas y suntuosas coronas entretejidas unas por el dolor, otras por la vanidad, decoraban las tumbas, y el pueblo de los vivos se movía, con murmullo, como si quisiera despertar al pueblo de los muertos.

Aquí plegarias, allí suspiros, acá recuerdos, allá susurros de alabanza, se oían en todas partes.

Gentes, que meditaban en silencio, gentes que leían las inscripciones de las losas, éstos consternados, aquellos indiferentes, curiosos únos, devotos ótros, vagaban al derredor del Cementerio.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Una aura lánguida, como un gemido, meneaba blandamente las copas de los árboles, tan sombríos como la idea de la muerte.

El cielo de Quito, lleno entonces de nubes clarobscuras, parecía acomodarse á los pensamientos tristes del día de los finados.

Sobre el Pichincha, al occidente, los labradores habían prendido fuego al seco pajonal, y el humo se elevaba al aire como en forma de una cruz inmensa, y, hacia el oriente, se divisaba un celaje de nubes sonrosadas. Entre el este y el ocaso había la diferencia de la cuna á la tumba, sonriente el primero, nebuloso y melancólico el segundo.

Se acercaba la tarde, y la muchedumbre iba disminuyéndose poco á poco, y desapareciendo como las gavillas de mies de un campo antes colmado, y quedando sólo las segadas por la muerte.

Las auras soplaban más continuas y lúgubres, las campanas de las ciudad clamoreaban como formando unánime coro, volvía el silencio al Cementerio é iban quedándose solos los muertos.

El sol poniente bañaba los sepulcros con luz amortecida, cuando entraron tres mujeres, cubiertas de negros mantos y en actitud de pena y manifiesto dolor. Dos de ellas eran de mediana aunque elegante talla, y la otra alta, esbelta y de rostro bellamente triste.

Ya durante algunos meses, el sepulturero había notado que ellas visitaban el Cementerio dos veces en cada semana, casi siempre al declinar la tarde. Veía que la joven más alta se llegaba á una tumba y junto á ella se quedaba como en meditación, semejado una imagen de la Virgen Dolorosa. Veía que, empapando en lágrimas una rosa blanca, la colocaba entre la hendidura del sepul-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cro, y volvía á quedarse como absorta en su meditar. Entretanto, las otras dos, á alguna distancia, estábanse en respetuoso silencio, y así permanecían casi media hora.

Esta lúgubre visita era ya de costumbre y tenía admirado al sepulturero, sin que nunca se atreviese á interrumpir á las tres mujeres ni intentase conocerlas. Llegó á quererlas por simpatía, á saludarlas de lejos y aún á compadecerlas y hacer como suyo el pesar de las desconocidas amigas del Cementerio.

En el día de los muertos, cuando nosotros las vemos por primera vez, la joven alta se adelantó y llegó junto á una modesta y medio escondida tumba, donde no había ni losa ni galana inscripción sino solamente una sencilla cruz de ébano y al pie de ella, en la hendidura, prendida una flor.

Las compañeras la esperaban retiradas.

La joven, como tenía de costumbre dos veces cada semana, oró primero breve y fervorosamente, y luego, cogiendo en las manos la rosa blanca, ya muy pálida y marchita, casi seca, la bañó en llanto, entonces más copioso que en otras ocasiones.

La flor, tantas veces refrescada con rocío de lágrimas, como por un prodigio, abrió entonces sus pétalos y recobró vida.

La joven era Blanca Rosa Miño junto á la tumba de su madre, y las que la aguardaban, algo lejos, eran Petronila González y María del Campo. Estaba realizada la visión de Margarita.

Blanca Rosa otra vez empapó en llanto la flor, la cual, volviendo á reanimarse, quedó bella cómo el amor y, al mismo tiempo, triste como la desobediencia.

FIN

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

INDICE

	Pgs.
Confidencias de un hogar.	5
La visita del enamorado.	9
Entre airado y dudoso.	10
Noticias sobre Rogerio Miño	15
Desazones de madre y tristezas de enamorada.	19
Un nuevo personaje.	24
Los dos pajes y asistentes de Reinaldo.	31
El tío Peluas va á ofrecer sus servicios.	38
La pronta intimidad de los vicios.	40
Algunos datos acerca de la familia del Capitán.	46
El que tiene el hilo y quiere dar con el ovillo.	48
El estudiante Leonardo Gonzalez.	53
El tío cree llevar una mala noticia.	55
No surte el plan de genealogía	59
Maquinaciones del tío infame.	69
En vez de jubileo cita impensada.	79
Blanca Rosa en la primera falta.	85
Reflexiones sin arrepentimiento.	89
¡Sin capa y sin sombrero!	95
Un fantasma de visita	99
Frente á frente dos rivales.	111
El júbilo de la ropa nueva.	115
Nuevas confidencias y pesares.	121
Planes para escribir una carta.	129
Nuevos planes é ilusiones.	133
La beata Felipa.	137
Don Holofernes de la Rada.	161
Las intrigas y temores del tío.	171
Triunfo del seductor	183
La prisión del estudiante	190
La tarde del sapo.	197
La visita del inteligente.	202
El dolor inmenso de Margarita.	211
La prisionera voluntaria.	219
Visitas muy inoportunas	226
Las galanterías de los dos negros.	234
Dados y Copas.	239

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Las últimas vivezas ó infamias del tío Pelmas. 246
Viaje al doble de campanas. 253
En la segunda jornada. 261
Un compañero menos y un viajero más. 273
El arriero condiscípulo de los hijos del poeta. 285
La venta de Don Custodio. 291
Una despedida triste. 301
El taita Cura Munive. 308
El Cura joven Arteta. 326
El hospedaje de un poeta. 346
El viaje en ferrocarril. 351
Blanca Rosa en Castalia. 358
Primeras contradicciones de Reinaldo. 367
¡Otra noche sin la esposa! 374
Las revelaciones de Blanca. 380
Solaces y esperanzas. 388
Primero y recio combate del amor contrariado. 392
Las palmas del amor y la esperanza. 398
La gruta de Bellaestancia y los cantos de Blanca. 402
Por enamorado, muerto. 408
El pájaro pescador. La Calandria desolada. 416
Blanca y María filosofan sobre el amor primero. 425
Antes muerte que deshonra. 431
El regalo de dos naranjas. 440
Un paseo bello y triste. 446
Un viaje en noche de luna. 451
La mansión en Bellaestancia. 457
El refugio de la gruta. 462
Gran feria en Daule. 469
Desolaciones de Blanca. Una cinta de escarlata. 481
Otra vez en Castalia. La primera carta á Margarita. 487
Un matrimonio de negros. 491
Señales de un gran incendio. 493
El arroyo se despierta. La plegaria de Blanca. 503
Lo que resulta de la comparación de dos retratos. 506
En confianza ya de hermanos. 512
La fada del platanal. 521
Ño Topete revela una parte del misterio. 528
Lorenzo da malísimo rato á Ña Pola. 537
Altiveces y miedos de Ña Pola. 543
Ña Perpetua y el autor dan completa noticia de los sucesos de Rogerio Miño. 547
Ña Perpetua refiere la muerte de su esposo Tiburcio. 555
Del suceso de la Calandria. 559
Combate de Pozos Muertos. 567
El Padre Antonio. 570
Anuncios tristes é impresiones nuevas. 578
Blanca Rosa apura todo el cáliz del dolor. 587
Exequias y tumba de Reinaldo. 592
Blanca Rosa se despide del árbol de las naranjas de oro. 596
En viaje á Quito. 601
Recuerdos del camino. La vista del Chimborazo. 610
Comisiones que van y vienen. 616
La cruz de Tupullo. El mendigo de la puente. 619
Tres corazones que se unen. 626
Flor de una tumba. 635

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Fe de erratas

A pesar del esmero con que se ha hecho la edición de esta obra, se han deslizado algunos errores. Notaremos sólo los más substanciales, prescindiendo de los cambios de letras y faltas ortográficas, tan fáciles de notar.

Página	Línea	Dice	Léase
5	17	porqué	porque
9	16	epitámico	epitalámico
19	27	de ella	con ella
37	37	entra	entrá
51	29	pintado	pintada
136	20	deshechó	deshecho
186	1	lo tienen	lo tienen también
237	3	epreciosa	e preciosa
238	13	solos é	sólo sé
247	21	cierto	cierto?
275	23	sola	sólo
288	12	aun	aún al
308	22	¡arré!	¡arre!
313	15	mucho y más	y mucho más
319	27	porqué	porque
334	32	sona bagrato	sonaba grato
385	4	ocultaé	ocultó
387	24	legitimidad	ilegitimidad
338	25	enumerado	enunciado
389	21	aliviaron	alivió
403.	35	árboles	arcos
410	24	también	tan bien
412	25	Efrén	Efraín
433	13	Ser rana	serrana
446	31	anduvierno	anduvieron
533	26	patrón Reinaldo	patrón Rogerio
535	7	ploto	piloto
503	3	fue e	fuese

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

